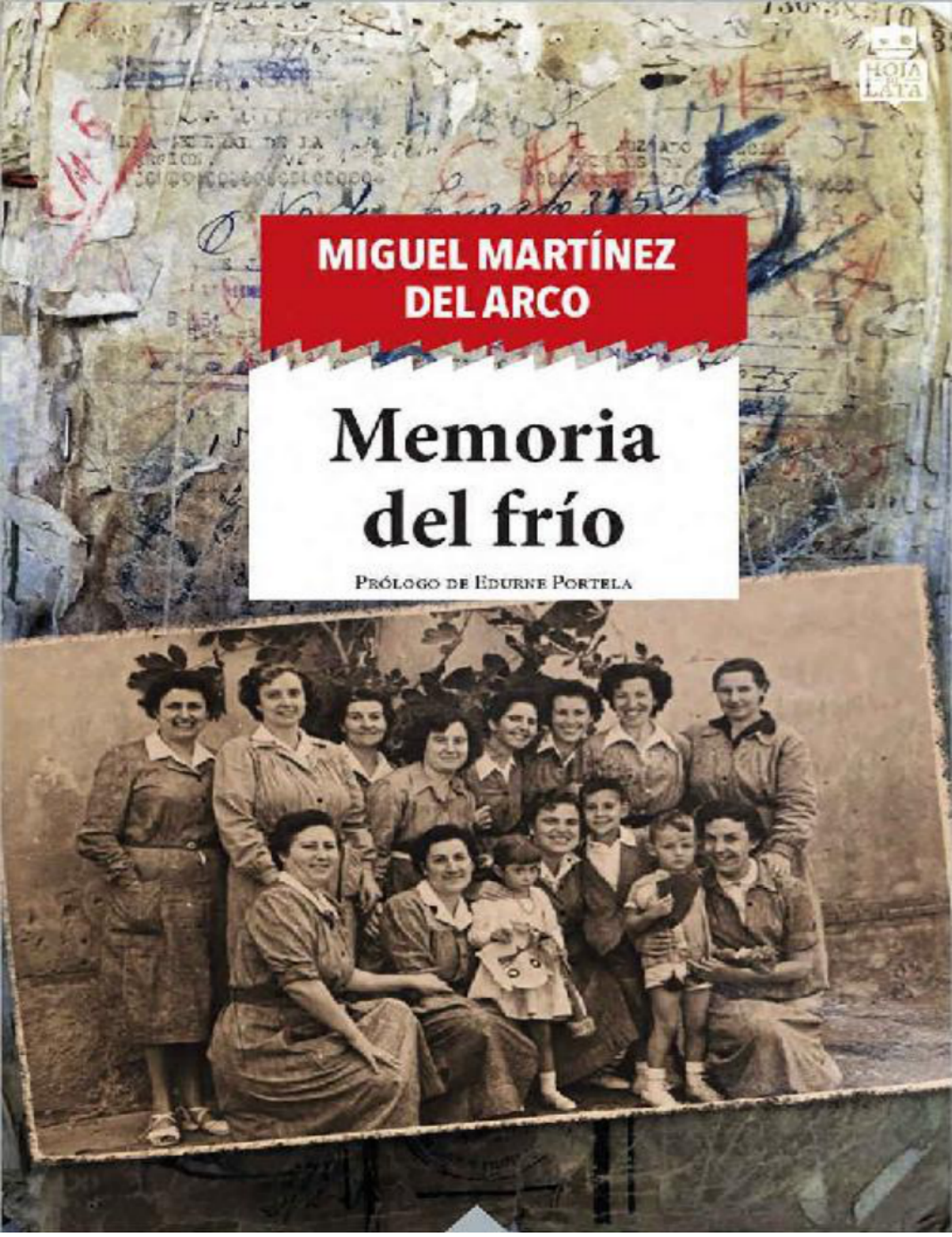

HOJA DE LATA
MIGUEL MARTÍNEZ DEL ARCO
Memoria del frío
PRÓLOGO DE EDURNE PORTELA

MEMORIA DEL FRÍO

colección
SENSIBLES
A LAS LETRAS

MIGUEL MARTÍNEZ DEL ARCO

MEMORIA DEL FRÍO

PRÓLOGO DE EDURNE PORTELA

Sensibles a las Letras, 74

Primera edición en Hoja de Lata: septiembre del 2021

© Miguel Martínez del Arco, 2021
© del prólogo: Edurne Portela, 2021
© de las imágenes de la portada: archivo de Miguel Martínez del Arco
© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2021

Hoja de Lata Editorial S. L.
Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212 Xixón, Asturies [España]
info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Diseño de la colección: Trabayadores culturales Glayíu
Corrección: Tania Galán

ISBN: 978-84-18918-18-6
Producción del ePub: booqlab

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Miguelángel, mi cómplice. Y a quienes con él quiero.

A la memoria de mi madre y de sus amigas/ compañeras
que resistieron al franquismo y nos legaron la risa.

ÍNDICE

Prólogo, Edurne Portela

Nada, 2020 25

1. Raíles chirrían. 1941. 1939

Madrid, 2019

2. Parker 51. 1941

Bilbao, 2006

3. Nocturno con acordeón. 1940. 1941

Madrid, 2020

4. Fumar calma el hambre. 1942. 1943

Madrid, 2019

5. Hay cena en los juzgados. 1943

Madrid, 2020

6. Polvareda de esparto. 1943. 1948

Madrid, 2019

7. Sin sed. 1948. 1952. 1956

Segovia, 2019

8. Tortitas con nata en Manila. 1956. 1960. 1961

Madrid, 2020

Donosti, 2019

9. Castaños asustan en la carretera. 1963. 1969

Lavapiés, 2019

Madrid, 1972

10. Estado de sitio. 1976

Final, 2020

Nota del autor

Agradecimientos

PRÓLOGO

Mientras preparo este prólogo, Pablo Casado, dirigente del Partido Popular, afirma en el estrado del Congreso de los Diputados que la guerra civil española fue «un enfrentamiento entre quienes querían la democracia sin ley y quienes querían ley sin democracia». No pierdo el tiempo desmontando esta falsificación de la historia tan burda. Pero sí quiero reflexionar sobre las implicaciones que tiene que el líder del partido mayoritario de derechas de este país —un partido fundado con el nombre de Alianza Popular por el exministro franquista Manuel Fraga Iribarne y otros gerifaltes del régimen— aproveche la tribuna del Congreso para hacer semejante aseveración. No fue una *boutade,* no fueron palabras improvisadas. El discurso de Casado tiene como objetivo tergiversar la historia y transformar el campo semántico con el que buena parte de la historiografía y de la memoria democrática han nombrado el pasado franquista: levantamiento militar, golpe de Estado, represión sistematizada, fosas comunes, desaparecidos, tortura, campos de concentración, prisión, dictadura, exilio, expolio. La utilización de palabras pertenecientes al campo semántico de la represión y la dictadura está basada en el archivo y los hechos, en eso que se llama «verdad histórica» y que discursos como el de Casado niegan. Lo que pretende la derecha de este país es borrar de la historia las palabras que nombran el horror, que lo señalan y lo visibilizan, un horror que se desató el 18 de julio de 1936, que continuó en diferentes versiones y grados a través de la institucionalización de la violencia hasta la muerte del dictador y que no terminó ni con la transición ni con la llegada de la democracia. Para los cientos de miles de víctimas de la represión franquista y sus familias, la muerte del dictador, la transición a la democracia y las décadas de gobiernos democráticos no trajeron ni un atisbo de justicia, verdad y mucho menos de reparación. La represión y la persecución de la disidencia fue dando paso a un lento abandono y,

sobre la experiencia de las víctimas, continuó imperando el eterno aliado de los vencedores: el silencio.

La transición no incluyó un proceso restaurativo que atendiera a las víctimas de la guerra ni de la dictadura; durante los cuarenta años de democracia siguientes se ha perpetuado el relato cainita sobre la guerra —«hubo víctimas en un bando y en otro», «fue una guerra entre hermanos»—, lo cual obvia que hubo una represión sistematizada y organizada que impuso como método de exterminio las violaciones, torturas y asesinatos masivos; se han desechado como «historias de abuelos» los relatos de los familiares de represaliados que en ocasiones servirían para señalar las fosas donde están enterrados sus muertos; se ha olvidado que hasta 1944 se hacían sacas de las cárceles casi a diario y se fusilaba en las tapias de los cementerios a hombres y mujeres condenados en juicios farsa; se desconoce que hubo mujeres y hombres que pasaron hasta veinte años en prisión por repartir propaganda o por ser familiar de un guerrillero; se ha perdido la pista de los cientos de bebés que robaron monjas franquistas para regalarlos a familias del régimen; se ha intentado borrar la memoria de los lugares de la violencia y aquellos que deberían convertirse en espacios pedagógicos de memoria sobre la represión se destruyen o se disfrazan con banderas institucionales, como la infame Dirección General de Seguridad, sede actual de la Comunidad de Madrid en plena Puerta del Sol y en la que ni siquiera figura una placa que recuerde a los miles de hombres y mujeres que fueron allí torturados. Quizá estos sean algunos de los motivos por los que es tan fácil hoy, en 2021, blanquear y tergiversar la historia de la sublevación militar, la guerra y la dictadura, ensalzar en tribunas públicas y sin pudor el falangismo, el nacionalcatolicismo y la dictadura. Pero no es mi intención analizar por qué estamos viviendo este preocupante *revival* del franquismo. Lo que pretendo con estas palabras introductorias es celebrar que, frente a los discursos de camisa azul de los Casado, Abascal, Olona, Smith, Ayuso, Almeida y compañía, existen libros como este, *Memoria del frío*, de Miguel Martínez del Arco.

Memoria del frío nos introduce, a través de los mecanismos de la ficción, en uno de los aspectos menos conocidos de la represión del régimen: la persecución, tortura y prisión de las militantes antifranquistas, las que los agentes de la represión llamaban por defecto «putas rojas». Ellas eran el reverso del modelo de mujer del franquismo basado en la sumisión al hombre en todos los aspectos de la vida (política, economía, moralidad, sexualidad) e institucionalizado gracias a la Sección Femenina, la Iglesia y las

nuevas leyes que aniquilaban los avances de la Constitución de 1931 y condenaban a la mujer a una eterna minoría de edad legal. Pilar Primo de Rivera, fundadora de la Sección Femenina, concebía así la misión de la mujer en la nueva sociedad: «Cada uno tiene su manera de servir dentro de la Falange, y lo propio de la Sección Femenina es el servicio en silencio, la labor abnegada… Como es el temperamento de las mujeres: abnegación y silencio». Las mujeres de la «España Nacional» eran buenas madres y esposas, serviciales y piadosas, ángeles del hogar, descanso del guerrero, mientras que las «otras» eran mujeres monstruosas, encarnación del mal y el pecado, había que exterminarlas o redimirlas a través del sufrimiento, la tortura y la humillación. Como señaló Shirley Mangini en *Recuerdos de la resistencia: la voz de las mujeres de la guerra civil española*, «de los testimonios orales y de los textos memorialísticos se infiere que después de la guerra civil las presas recibieron el mismo trato que las mujeres "perdidas" de los siglos anteriores. Los sentimientos básicos no habían cambiado: estas mujeres habían transgredido y tenían que ser castigadas por "putas rojas"» (p. 116). El insulto «puta roja» condensa cómo la mujer disidente es doblemente perseguida: por sus ideas y activismo político y por el hecho de ser mujer que se rebela contra la norma moral. El castigo que los represores consideran purificador, el tratamiento como «perdidas» que diría Mangini, va desde el escarnio público (rapadas, aceite de ricino, paseos desnudas por los pueblos) hasta las torturas sexuales (violaciones, mutilaciones, quemaduras y golpes en vagina, ovarios, útero y pechos), a la «reeducación» nacionalcatólica en las cárceles de mujeres o al robo de sus recién nacidos. Cuenta Consuelo García en su introducción a *Las cárceles de Soledad Real* que mientras grababa el testimonio de Soledad para después transcribirlo, notaba que hablaba en voz bajita, como con miedo a que la escucharan. Un día le contó que el marido de su vecina era guardia civil y que «los niños, cuando la veían en el patio, decían en voz baja, de modo que casi solo la marcaban con los labios, la palabra puta. O con la cara pegada a los cristales de su ventana la repetían una y otra vez: Pu-ta, pu-ta» (p. 9). Era el año 1982, Soledad Real tenía sesenta y cinco años y llevaba más de veinte fuera de la cárcel.

Las experiencias de las mujeres antifranquistas que pasaron buena parte de sus vidas en prisión no entraron en el archivo histórico, aunque sí sus expedientes judiciales. Su sufrimiento, el intento de deshumanización al que fueron sometidas por parte de las instituciones penitenciarias y la Iglesia, las torturas, el hambre, las

enfermedades, el hacinamiento, la explotación, no se recogieron en la ficha que de cada una guardaban sus carceleros, pero algo de ello se filtró en las cartas que enviaban a sus familias, mucho más en las clandestinas. No pudieron expresarse, denunciar su situación, apelar sus sentencias, reclamar derechos, si acaso alguna se acogió a un indulto, una conmutación de pena. De sus largos años en las cárceles quedaron unas pocas fotos, muchas cartas, expedientes incompletos. Y, sobre todo, quedó su memoria, su testimonio y su voz.

Durante finales de los años setenta y principios de los ochenta del siglo XX comenzaron a salir a la luz testimonios de «los vencidos». Nos han llegado muy pocos testimonios y memorias de lo que fue la experiencia de las mujeres en la guerra y la militancia antifranquista, de la tortura, la cárcel y la clandestinidad. Estamos, de nuevo, ante el problema de la invisibilidad de la experiencia femenina, ya que el relato de la resistencia antifranquista y la represión lo dominaron los hombres. Ellos fueron los protagonistas y los principales narradores, relegando a segundo plano tanto el compromiso político de sus compañeras de lucha y resistencia como la persecución y represión que sufrieron. Además, las propias mujeres se autocensuraron, a veces por miedo —recordemos a esos niños llamando puta a Soledad Real—, a veces por no considerarlo tan válido como el relato masculino, a veces por pudor, a veces por pensar que lo importante era el trabajo político y no lo que ellas consideraban un sufrimiento personal. Muchas, también, quisieron hablar pero no encontraron interlocutores. En 1978, Juana Doña, militante comunista, publicó la novela-testimonio *Desde la noche y la niebla*, en la que narraba, a través de su *alter ego* Leonor, su militancia y vivencias durante la guerra, sus dieciocho años en prisión, su compromiso en la clandestinidad. Doña había escrito el libro en 1967 pero no encontró quien se lo publicara, y la culpa no solo era de la censura oficial: «Se contaban las epopeyas de las cárceles masculinas y las heroicidades de sus protagonistas, se rompía el cerco de la censura y en la más negra clandestinidad se divulgaban acciones y sufrimientos protagonizados por luchadores-hombres. Rara vez se hablaba o escribía sobre las heroicidades de las luchadoras-mujeres» (p. 28). Los testimonios que nos han llegado están narrados con la necesidad y la urgencia (a pesar de los años transcurridos entre los acontecimientos y la escritura) de denunciar las injusticias que vivieron y de las que fueron testigos. Todas testimoniaron para describir unas vivencias que, si no fuera por ellas, serían olvidadas. También porque el hecho de testimoniar significaba reafirmar el compromiso, la lucha y la propia vida. Rebecca Solnit, en

un contexto muy diferente, diría que «ser incapaces de contar nuestra historia es una muerte en vida» (p. 27). El testimonio de estas mujeres se alza contra el olvido, que es también una muerte en vida. Además de la obra de Juana Doña, es imprescindible el ya citado *Las cárceles de Soledad Real*, una transcripción de la larga entrevista que Consuelo García hizo a Soledad Real sobre su militancia en las Juventudes Socialistas, su participación en la guerra y sus casi veinte años de prisión. Son indispensables también los tres volúmenes que editó la militante comunista y expresa política Tomasa Cuevas y que bajo el título *Cárcel de mujeres* recoge los testimonios de presas políticas de toda la península. En todos los testimonios se narra el dolor, el hambre, la tortura, el miedo, la muerte, las enfermedades, los castigos, la humillación, el aislamiento, la experiencia de maternidad, y frente a ello la solidaridad, el ansia de vivir a pesar de las condiciones, la necesidad de seguir luchando y aprendiendo. Todas narran cómo los años pesan y pasan, cómo las cicatrices de la tortura y la desnutrición provocan amenorreas, menopausias tempranas, enfermedades crónicas. Y aun así, cuando salen a esa otra prisión que era la España franquista de finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, la mayoría continúa la militancia clandestina.

El testimonio, según el historiador Paul Ricoeur, «constituye la estructura transicional fundamental entre la memoria [individual] y la historia» (p. 21). Es también una forma de reorganizar la realidad, de desmantelar y transformar representaciones hegemónicas, una narración que abre la puerta a nuevas formas de representación colectiva (Narváez, 240). El testimonio, ese género que en los países latinoamericanos tiene una tradición mucho más arraigada que en España, es hacer pública la propia voz para hablar de una lucha colectiva y denunciar abusos de poder (Yúdice, 46). El yo del testimonio es un nosotras. La misma Soledad Real así lo expresa en su dedicatoria: «A todas las mujeres que, habiendo vivido una vida como la mía, no han sabido o no han podido hablar». También lo reconoce Tomasa Cuevas en sus agradecimientos: «Gracias queridas amigas por vuestra aportación, al dar a conocer vuestros testimonios vivos, jamás lo hubiera hecho para solo dar a conocer el mío, uno de tantos miles» (p. 18) y Juana Doña, cuya voz «testimonia el sufrimiento de miles de mujeres que fueron perseguidas, torturadas y ejecutadas» (p. 30).

Con este mismo corpus testimonial construyó Dulce Chacón *La voz dormida*, una novela en la que desplegó toda su potencia poética y narrativa y en la que resuenan las voces de estas mujeres. La obra se centraba en las vidas de un grupo de presas encarceladas en la prisión

madrileña de Ventas y en la de sus familiares, algunos involucrados en la lucha clandestina y en el maquis. Esta novela desempolvó estos testimonios veinte años después de que se hubieran publicado y fue una contribución fundamental a la renovación del debate sobre memoria histórica de principios de siglo.

Hoy, otros veinte años después, se publica este libro excepcional, que entronca con los testimonios de las militantes antifranquistas y con la novela de Dulce Chacón. Lo hace de forma única y especial. *Memoria del frío* amplía el campo de nuestro conocimiento sobre la experiencia de las mujeres en las cárceles franquistas y sobre la relación entre los mecanismos de la ficción, la memoria y el trauma heredado. Miguel Martínez del Arco es hijo de Manoli, Manuela del Arco, un nombre que se repite en todos los testimonios citados anteriormente. El hijo intenta reconstruir el pasado de la madre y de sus compañeras de militancia y cárcel, también el de su padre y el suyo propio, el niño al que la policía política llevó a la Dirección General de Seguridad para presionar a la madre, el que visitó al padre en el penal de Burgos y que escuchó tantas historias como silencios. En las primeras páginas de esta novela, el autor, con el estilo fragmentado y escueto que caracterizará toda la obra, resume el mundo en el que estás a punto de entrar: «Hace mucho tiempo. Una mujer pasó diecinueve años en la cárcel. En el franquismo. Con otras muchas. Era mi madre. Mantuvo una relación con un hombre que pasó diecinueve años en otra cárcel. Con otros muchos. Era mi padre. Luego "salieron". Y regresaron. A otra cárcel. Con otros. Esta es su historia. No. Claro que no. Esto es solo una exploración. Un viaje». En ese viaje, Miguel Martínez del Arco completa con la imaginación todo aquello que las huellas materiales —las cartas, los archivos, las fotografías— no muestran o, si acaso, solo dejan intuir: escribe los silencios y hace presentes las ausencias, narra la alegría y la esperanza, la solidaridad y la resistencia. Ese viaje también es un diálogo constante entre su yo presente de 2019 y 2020, que investiga, reflexiona y reconstruye, y el pasado narrado en tercera persona en el que Manuela del Arco, sus compañeras de prisión y, en segundo plano, su padre y él mismo como niño, son protagonistas. En el presente, el yo narrativo relee las cartas entre la madre y el padre durante esas casi dos décadas de prisión —«5 463 cartas. Cinco mil cuatrocientas sesenta y tres»—, visita los lugares en los que se ubicaron las cárceles y los centros de tortura, contempla las fotografías y las interpreta, dando vida a las mujeres que las habitan —como la que ilustra la cubierta—. Escribir, nos dice el narrador, es «Reconstruir. Rehacer.

Revivir».

Para entender la excepcionalidad de una novela como *Memoria del frío*, creo útil reflexionar brevemente sobre el término «posmemoria», que se acuñó en el área de estudios académicos sobre memoria y trauma del holocausto para definir ciertas dinámicas de transmisión y representación de textos escritos por una «segunda generación», es decir, una generación que no vivió los eventos traumáticos de primera mano o que, si lo hizo, era demasiado joven para tener una participación activa en ellos. El primer estudio sobre las dinámicas de la posmemoria en el campo de la representación lo hizo Marianne Hirsch al analizar obras como *Maus* de Art Spiegelman, el famoso cómic que narra, a través de personajes encarnados en ratones (judíos) y gatos (nazis), la relación de un hijo con su padre superviviente de Auschwitz. Como señaló Hirsch, el trauma de la segunda generación no se vive en relación con el evento que lo provoca, sino en relación con la representación del evento, a partir de los testimonios orales, escritos y/o visuales que ha dejado tras de sí la primera generación. Es más, el trabajo de posmemoria no depende tanto de lo que se recuerda personalmente sino de cómo se pueden representar las huellas de memoria que otros han dejado. La prosa de Miguel Martínez del Arco es un claro ejemplo de este diálogo intergeneracional. Testigo infantil que escucha los silencios, vive con las ausencias, crece con narrativas en las que no se cuenta todo tal vez porque hay cosas que un hijo no debería saber, tal vez porque hay cosas que nunca se van a poder narrar. Solo él, como heredero de todos esos silencios, puede encarnar en su prosa el fantasma de esas vidas excepcionales, tanto en su resistencia como en su dolor. «Se borraron los agujeros que dejaron los adoquines levantados. Se construyeron paredes donde hubo ruinas. Nada de eso he vivido. Solo lo siento contado en mí. Trato de verlo». Este fragmento corresponde a uno de los momentos en los que el yo del presente lucha desesperado por «recuperar» una imagen del pasado que le lleve a imaginar la cárcel de Ventas y recorre el lugar esperando una señal, como si el espacio fuera un palimpsesto que en algún momento revelará la letra escondida. «Solo lo siento contado en mí» es una de las frases más certeras y poéticas que describe el trabajo de la posmemoria: la intuición de una vida no vivida pero sentida, el conocimiento y la memoria que le llena por dentro y que solo es traducible, solo se hace tangible, a través de la ficción. Y ahí reside, creo yo, la inmensa fuerza de esta novela: Miguel Martínez del Arco nos cuenta lo que ha sentido contado en él.

Si el testimonio es la figura transicional entre memoria individual e

historia, la ficción de la posmemoria hace presente el pasado a través de una imaginación que se nutre de la memoria, el saber y los afectos heredados, que amplía la profundidad y aumenta la intensidad con la que entramos en la parte más desconocida y subjetiva de la historia, la de las vivencias íntimas que abarcan desde el dolor y el desamparo más radicales hasta la resistencia y la solidaridad más alegres. El ejercicio literario, imaginativo y reconstructivo de Miguel Martínez del Arco, su ficción poderosa, hace que en la esquina de Rufino Blanco con Marqués de Mondéjar hoy, en 2021, no veamos unos edificios lustrosos de ladrillos rojos, sino «Las rejas en todas las ventanas. Las tapias. La cárcel de Ventas» y revive, a través de su aliento poético, a las mujeres sonrientes que te miran desde la cubierta de este libro.

EDURNE PORTELA
Sierra de Gredos, julio de 2021

BIBLIOGRAFÍA

Cuevas, Tomasa. *Cárcel de mujeres*. Barcelona: Edicions Sirocco, 1985.

Doña, Juana. *Desde la noche y la niebla (mujeres en las cárceles franquistas)*. Madrid: Ediciones de la Torre, 1993.

García, Consuelo. *Las cárceles de Soledad Real*. Madrid: Alianza Editorial, 1982.

Hirsch, Marianne. *Family Frames: Photography, Narrative and Postmemory*. Cambridge: Harvard UP, 1997.

—«Projected Memory: Holocaust Photograph in Personal and Public Fantasy». En Mieke Bal (Ed.). *Acts of Memory: Cultural Recall in the Present*. Hannover: UP of New England, 1999 (pp. 2-23).

—«Surviving Images: Holocaust Photographs and the Work of Postmemory». *The Yale Journal of Criticism* 14:1, 2001 (pp. 5-37).

Mangini, Shirley. *Recuerdos de la resistencia: La voz de las mujeres de la guerra civil española*. Barcelona: Península, 1997.

Narváez, Jorge. «El testimonio 1972-1982: transformaciones en el sistema literario». En (Eds.) *Testimonio y literatura*. Minneapolis: Society for the Study of Contemporary Hispanic and Lusophone Revolutionary Literatures, 1986.

Preston, Paul. «Introducción». En (Coord.) *La memoria de los olvidados: Un debate sobre el silencio de la represión franquista*. Valladolid: Ámbito, 2004.

Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Trad. Agustín Neira. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.

Solnit, Rebecca. *La madre de todas las preguntas*. Madrid: Capitán Swing, 2018.

Yúdice, George. «Testimonio and Postmodernism». *Latin American Perspectives* 18.3, 1991 (pp. 15-31).

«De nada somos dueños, ni siquiera de nuestro pasado».

JULIO RAMÓN RIBEYRO

Nada, 2020

Prisión de Segovia, 24 de mayo de 1950. Y cuando han pasado tantos años y cuando en realidad no hay grandes perspectivas de una mejora de vida, nos aferramos a estas pequeñas cosas, que tan grandes son para nosotros, porque nos ayudan a continuar, nos estimulan a vivir y a desear la vida con más ardor, pensando en el día que podamos resarcirnos plenamente de todos estos años de privaciones totales. No creas, querido mío, que me pesan estos años, nada más lejos de la realidad. Estoy satisfecha de ellos y una vez que lo he pasado sentiría no haberlos vivido, porque me han trasformado, me han hecho una mujer totalmente distinta, creo —y no quisiera equivocarme— que algo mejor, más real, más práctica, pero también con mayores sentimientos. Ahora bien, todas estamos cansadas, y es natural. Los años, la apatía de fuera tienen su repercusión y sin nada para estimularte cuesta mucho mantener una moral quebrantada por innumerables sufrimientos…

¿Te haces una idea de cómo será nuestro encuentro? ¿Recuerdas lo que me dijiste cuando nos despedimos en el camión? «Tú y yo hemos de hacer grandes cosas». No lo olvido y mil veces me he preguntado ¿cuándo? No encuentro la respuesta justa, así que siempre confío que será pronto. Más allá de la exigua realidad. Te abraza tu Manoli.

Atravieso la estancia. Avanzo en medio de las llamas. Protegida la cara con un trapo blanco. Corro por el pasillo hacia la habitación. Con las manos por delante como si fueran un escudo. Entro en el cuarto. Apenas veo. Solo escucho el crepitar de los muebles que se queman. La cama ardiendo. Bajo la cama, las cajas de cartón que atesoran los documentos. Protegidas aún por las sábanas que arden. Por la madera que comienza a prender sobre ellas. Tiro de las dos cajas hasta colocarlas junto a mis pies. Las levanto con dificultad, me doy la vuelta. Regreso por el corredor anegado de humo oscuro hacia la salida. Hacia el fondo. Hacia la luz.

Cierro los ojos. Me dejo guiar por el ruido. Un graznido. Un chillido de pajarraco. Como si fuera un faro. Que me orienta. Avanzo

con las dos cajas en las manos. Pensando en no caerme, en que el fuego que me rodea no asalte el cartón. Cuando salgo a la calle pienso que puedo abrir los ojos. Me aquieto en la acera. Deposito con cuidado las cajas en el suelo. Solo entonces miro por fin. Hacia abajo. A los cartones junto a mis pies. Están chamuscados, negros. Ataúdes. Urnas. Arcas salvadas de las llamas. Luego tanteo hacia delante. No veo nada. Solo el vacío. Un espacio hueco. Más allá de la exigua realidad.

Prisión de Málaga, 15 de mayo de 1947. Mi queridísimo Ángel. Tanto afán como tenía por escribirte una carta larga, extensa y sin ninguna persona que viole nuestros sentimientos, y aquí me tienes esta noche, sin saber ni qué decirte de tanto como tengo acumulado. […] Este compromiso común que tenemos, que parece el gran estímulo, necesita también de alicientes particulares. Las mujeres parecemos predestinadas solamente a ser esposas, a ser novias, a ser madres amantísimas del hijo, del marido. Pero ¿sabes lo peor? La falta de oportunidades, la falta de cultura que tenemos por las sociedades que nos han precedido, claro está. Voy a acostarme, son más de las doce de la noche. Terminaré mañana. Muchos besos infinitos de tu…

Bajo la cabeza. Abro los cartones. Extiendo el botín frente a mi cuerpo. Los restos. Los abalorios. Los escombros. Un enjambre. Un reducto de insectos. Un hormiguero. La tela de araña. Las arañas que tejen la tela. Ahora están las arañas en el suelo. Las primeras pruebas.

Se me viene a la boca. Cuando deshago el paquete forrado con el solo aviso de su letra. Cartas. No pone otra cosa. Cartas. Llevo años durmiendo sobre este enjambre. Cojo el paquete dividido en fajos. Son cientos de cartas cada uno. En tinta negra. En tinta azul. En lápiz. Esa información cruzada entre las cárceles. Entre ellos dos. Abro por fechas, las de 1943, las de 1948, las de 1953, las de 1956. Las de después, en la primera libertad: las de 1961, las de 1968. Abro cada parte. Abro el último fajo. Veo la tinta verde con la que escribía cuando yo era niño. Veo mi letra de niño en una carta. Como si fuera la carta final.

Extiendo las cartas en el suelo vacío. Lejos del fuego que me precede. Cuento. Tardo. 5 463 cartas. Cinco mil cuatrocientas sesenta y tres. Calculo que es menos de la mitad de las que fueron. El resto no está. Se fue. Se perdió. La mayoría son las cartas oficiales. Las que pasaban la censura de cada cárcel. Apenas hay de las otras. Las clandestinas. Las que cuentan más. Leo frases sueltas. La lectura es invasiva. Me coloca fuera. Me coloca dentro. La letra de mi madre invadiéndome. Las palabras de mi padre en respuesta. Se repiten.

Las cartas son la historia de un cortejo. Cada una tiene respuesta

en la otra. Son como espejos. Espejos con orificios. Con huecos. Con grietas. Por las grietas se cuela la luz. Una sucede a la otra en una maquinaria perfecta de doble vía. Parece que nada está perdido.

Buceo en las letras. Pero no me conviene. Usurpador. Como un detective impreciso.

Prisión de Alcalá de Henares, 22 de diciembre de 1959. Dentro de dos días vuelve a celebrarse Nochebuena y una más que las circunstancias nos mantienen separados, ¿será la última? Esta es mi esperanza y no puedes imaginar la cantidad de proyectos que formo, pensando que pudiera ser así.

Hace mucho tiempo. Una mujer pasó diecinueve años en la cárcel. En el franquismo. Con otras muchas. Era mi madre. Mantuvo una relación con un hombre que pasó diecinueve años en otra cárcel. Con otros muchos. Era mi padre. Luego «salieron». Y regresaron. A otra cárcel. Con otros. Esta es su historia. No. Claro que no. Esto es solo una exploración. Un viaje. Tras las palabras de unas cartas.

Prisión de Segovia, 14 de diciembre de 1950. Tengo las manos imposibles para hacer nada, y es un gran conflicto pues no se puede perder un minuto de trabajo. Aquí está nevando, hace muchísimo frío. ¿Tienes muchos sabañones? Yo tengo los suficientes para entretenerme. Pienso en el frío que tendrás y no sabes cómo me apena…

Urdir la trama. Reconstruir las cenizas. Salir a buscar las cartas perdidas. Las palabras. Las manos que se deslizaron por las hojas. Las estancias en las que fueron escritas. Los pensamientos que las animaron. Las oquedades. Los agujeros. Salir a las calles. A los archivos. A las voces que quedan. A las imágenes. A las ruinas de las prisiones. A las declaraciones de los verdugos. Buscar y poner nombre. Reconstruir. Rehacer. Revivir.

Busco entre las palabras las preguntas abiertas. Las preguntas. Las respuestas. Busco las respuestas. Qué. Cómo fue. Quién estuvo ahí. Quién persiguió. Cómo te encontró. Quién delató. Quién torturó. Cómo torturó. Cómo era la celda. El tiempo que pasaba. El momento detenido. Quién te dejó esa señal en tu rostro. Cicatriz. Herida. Sangre. Sabor a sangre. Mierda.

La información del infortunio. El relato de la alegría.

Prisión provincial de Carabanchel, viernes 23 de enero de 1963. Queridísimos de mi vida, mi compañera adorada y mi hijín de mi alma. Estas líneas, mis primeras noticias desde hace unos interminables diez días en el calabozo, van llenas de mi recuerdo y amor. Sé valiente, amor de mi vida. Estoy bien, lo mejor posible. Llegué aquí hace tres días y durante siete aún permaneceré en periodo de aislamiento. En la comida no traigas pan y

con dos o tres latitas y unas manzanas me arreglo muy bien. Insisto en que yo puedo resolver muy bien la situación mía aquí y no quiero que tú y mi hijo carezcáis de lo esencial. Tú eres valiente y profundamente sensible y no quiero que te dejes vencer por el dolor. Un beso infinito de tu Ángel.

Todo ocurrió. Voy a contarlo. Voy a buscar. Saber qué pasó. Más allá de estas palabras mudas apretadas en las cartas. Sí, otro condenado relato sobre la memoria histórica. Memoria. Resistencia. Oculta en la maraña de voces que se han ido. Las voces. Las risas. En un lugar. En un momento. Un momento. Un momento que parece siempre. Siempre no es para siempre. Pero para una persona sí lo es. Es su tiempo.

Retorno la mirada atrás. Tras de mí solo quedan los escombros. Ruinas quemadas. Me apoyo en el suelo donde las cartas descansan. Cierro los ojos para ver mejor. Aprieto los párpados. Sigo apretando los párpados. Con mucha energía. Para ahogar las pupilas. Para que se callen. Para que se calmen. Pero al apretar descubro que siguen vivas. Como insectos. Insectos que vuelan.

Eso nos queda. Comprobar si nos mata. Ver si nos libera. O solo sucede. Sucedió. Mientras tanto.

Prisión de Segovia, 12 de noviembre de 1952. ¿Será la última vez que estemos separados?

«Soy la espuma que avanza y cubre de blanco el borde superior de las rocas, soy también una muchacha, aquí, en esta habitación».

VIRGINIA WOOLF

1. Raíles chirrían. 1941. 1939

No puede ser. No puede ser.

Se ha levantado muy temprano. Algo nerviosa, quizá excitada. Ha elegido un vestido sastre color granate oscuro, unos zapatos de tacón alto, un bolso de piel de tonos marrones. Después de ducharse, con mucho cuidado de no mojarse el pelo que ayer peinó en la peluquería hasta convertirse en esa melena de reflejos caobas llena de suaves ondas, se maquilla con esmero. Se mira satisfecha en el espejo de su cuarto y sale.

En la cocina ya están Cony y Valeriano tomando el desayuno. A un lado reposa el saco de viaje, un enorme bolsón de piel que se cierra por arriba con un artilugio metálico. Lo mira con aprensión. «Eso debe pesar un mundo. No voy a poder con ello». «Habrá que intentarlo, yo te lo pondré en el portaequipajes de tu departamento en el tren y en Madrid tienes que tratar de llevarlo hasta el taxi tú sola. Luego será más fácil». «¿No hubiera sido mejor que me fueran a recoger a la estación directamente?». «Resulta muy peligroso, es mejor hacerlo como hemos acordado. ¿Tienes claro la dirección del bar y todo lo demás, no?».

Lo tiene claro. Tiene perfectamente estudiado el lugar donde está esa cafetería y todo lo que tiene que hacer para llegar a ella, entregar el saco de la mejor manera, salir a salvo. Y regresar a San Sebastián. El plan que ha habido que improvisar de repente lleva pensándolo horas con Valeriano. Preciso, determinado. Si luego hay imprevistos, confía en su suerte. En su suerte y en la experiencia. En su suerte y en la sagacidad que la clandestinidad aporta.

Toma el café con avidez. No es café, es achicoria con algo de café. Y leche. Con sopas de pan, como le gusta. Revisa de nuevo su bolso con sus cosas personales, se pinta los labios, se levanta y coge el saco de viaje, para probarlo. «Puedo con él, pesa mucho pero puedo, no te preocupes, Valeriano. Vamos».

El departamento de primera que tiene asignado en el tren correo a

Madrid está aún vacío. Suben, mientras la gente revolotea por el andén, y se coloca en su sitio, donde indica el billete. Afortunadamente junto a la ventana. Mientras Valeriano coloca el saco de viaje en el portaequipajes sobre el asiento, Manoli mira por la ventanilla, en una mezcla de simple curiosidad y también de comprobación, aunque está segura de que nadie está sobre sus pasos.

—Me voy. Como máximo seréis seis aquí en este departamento, que para eso esto es primera. Te queda un buen rato para descansar.

—¿Para descansar? No estoy cansada, pero en ocho horas me leeré de cabo a rabo una novela. Eso me mantendrá con la cabeza ocupada.

—No estés nerviosa. Todo irá bien.

—Sí. Lo sé. Todo irá bien. Y, no creas, me hace mucha ilusión volver a Madrid después de dos años. Ver la ciudad, aunque no pueda ver a nadie conocido. Sentir cómo huele.

—No se te ocurra salirte de lo planeado.

—Que sí, hombre, pesado, me sé muy bien todo. Para ya.

Se abre la puerta del departamento y entra una pareja. Un hombre y una mujer de unos cincuenta años. Se saludan. Él coloca su maleta también sobre el portaequipajes y se sienta a su lado. Valeriano y Manoli salen entonces al pasillo y se dirigen a la puerta del vagón. «Ve tranquilo, atiende bien a tu mujer, que está muy nerviosa con el embarazo. No te preocupes, en un par de días estoy aquí». Le da un beso en la mejilla y él la abraza. La abraza como un padre despide a una niña. Ella se ríe por dentro pensándolo. Se desase y lo mira divertida. «Yo sé lo que os cuesta creerlo, pero las mujeres podemos. Podemos solas, no sufras. Saldré viva de esto, y tú también. No pongas esa cara…».

Cuando entra de nuevo a su departamento ya está todo el mundo sentado. Avanza hasta su sitio junto a la ventanilla y se acomoda. Pone su bolso sobre las piernas, saca un pañuelo y una novela. *La montaña mágica*, el primer tomo. Entonces levanta la vista y lo ve. Frente a ella.

Un hombre de unos cuarenta años, quizá alguno más, vestido con su camisa azul de la Falange, con el rojo bordado en el bolsillo con el yugo y las flechas. Ese bordado que parece una alimaña, una araña venenosa. En los hombros lleva galones, debe ser un gerifalte del régimen. Él la mira e inclina la cabeza levemente, ella hace una mueca que quiere parecer una sonrisa.

«Pero no puede ser. No puede ser…».

El tren se desplaza lentamente entre los valles. Mantiene el libro en las

manos mientras mira por la ventana el torpe discurrir del vagón. Mira sin ver, pensando qué va a pasar. Qué va a pasar en unas horas, cómo va a discurrir el viaje con ese hombre frente a ella y la multicopista oculta en el saco de viaje de cuero sobre su cabeza. ¿Y si se bajara en la primera estación, o en alguna otra antes del destino? ¿Pero no resultaría sospechoso que fuera en primera clase y se bajara de repente, tan rápido? ¿Y si se bajara, qué haría? Todo el dispositivo se vendría abajo, tendría que buscar hotel, esperar otro tren, avisar antes mediante telegrama y que se montara otro operativo para recoger el aparato en Madrid.

Busca alternativas mientras sigue mirando por la ventana, como si no hubiera nadie frente a ella. Como si estuviera sola, o pudiera ocultarse en medio de la multitud, un soplo de viento que no se percibe. Tan abstraída está en su propio paisaje que no se da cuenta de que el tren se para, el chirrido del frenazo la saca de sí y mira el andén lleno de gente, gente que camina para entrar en los vagones de segunda y de tercera, mujeres con cántaros y con cestones de mimbre. Tolosa. Regresa con la vista ahora hacia delante y observa cómo él la mira fijamente, y cómo distrae rápido la mirada cuando ella lo mira. Se lleva de manera automática la mano al pelo, como queriendo evitar algún incordio no previsto, o un mechón fuera de su peinado en cascada. ¿Por qué la mira, le ve algo sospechoso? ¿Qué le ve? Aprovecha que él ha vuelto su atención hacia el pasillo por donde pasan algunos viajeros nuevos para fijarse mejor. El pelo engominado hacia detrás, oscuro, sobre unas facciones sin señales: la cara de un hombre moreno, bien afeitado pero con la sombra oscura casi azul sobre sus mejillas, la nariz recta y grande, los labios finos que no están apretados, sino entreabiertos, sin tensión. Un señor vasco del barrio de Aiete, un señor con dinero. Pero no va vestido de requeté, lo mismo no es vasco, estará de viaje. Algo en su gesto la tranquiliza, quizá los labios que no se aprietan entre sí, o una sensación de cuidado algo impostada, como no natural. Tan planchado, tiene la cara tan planchada como la camisa.

De repente, él se vuelve y la descubre mirándolo. Ella no retira la mirada, algo le dice que debe fijar el campo de juego. Cuando él sonríe, ella continúa observándolo sin más. Escudriña su sonrisa y no es capaz de decidir qué hay en ella, ni en esos dientes cuidados que se intuyen. Ese hombre podría ser su padre, por edad, seguro. Más que le dobla sus veinte años. Pensando en cómo debe protegerse, en qué hacer, no escucha lo que le dice.

—Perdone… no le he oído.

—Le preguntaba si iba usted también a Madrid.

Ha sido lenta, tiene que responder ya. ¿Se baja antes, dónde, en Valladolid, en Miranda, dónde?

—Sí voy también a Madrid, a ver a mi tía.

—¿Va para muchos días?

—Apenas tres o cuatro. Luego tengo que volver. Tengo permiso en mi trabajo.

La suerte está echada. A Madrid, jugarse el todo por el todo. Tanto meditar y la pregunta ha llegado de improviso. A Madrid, a ver a su tía. A su tía que en realidad murió en el 38, en plena guerra. Ya hace casi tres años. La tía Mariana. Su anillo aún está puesto en su dedo. Lo toca con la otra mano. Como aquel día.

Se toca el anillo que no le han quitado, que pensó que desaparecería en la celda. Mira a su alrededor como si fuera una forastera. Hace un esfuerzo por recordarse, por rememorar quién es y cómo era la vida hace apenas tres semanas. Contempla de nuevo y se ve rodeada de mujeres como ella que salen todas en fila india de la cárcel de Ventas, por la calle Marqués de Mondéjar. Escrutan su camino porque les resulta otro y huelen que todo ha cambiado. Observan a sabiendas de que la ciudad está llena de quintacolumnistas. Caminan hacia Manuel Becerra para tomar el metro. Avanzan, por decir algo, lo que hacen es deambular sin saber qué está pasando. Sin creerlo. Nunca hubieran imaginado que Madrid caería en manos de las tropas franquistas, que Madrid sería capital del enemigo. Que habrían perdido la guerra.

Van tomadas del brazo, pero no pasean. Han salido en el último minuto, tras mucho presionar a Pura de la Aldea, la jefa de servicio de la cárcel de Ventas, que esperaba una orden superior para sacarlas a la calle. Pobre Pura, aún esperando que la legalidad la apoyara. Todas sabían que la junta de Casado se había rendido sin más y que las tropas franquistas avanzarían ya sobre Madrid. Avanzarían tan rápido que encontrarlas encerradas, arracimadas en la prisión, sería un gran regalo. Por eso Pura debe liberarlas, y así lo hace: para que no sea una ratonera en manos del ejército de ocupación.

Cuando llegan a la boca de metro se separan. Son un grupo grande, ¿cuántas? Cien, doscientas. Por lo menos había quinientas en la cárcel de Ventas encerradas por la gente de Casado. La mayoría comunistas, o simpatizantes, o socialistas de la tendencia de Negrín.

Hubiera querido tomar el metro en Manuel Becerra y bajarse en su estación, en Chamberí. Pero salieron de la cárcel con lo puesto, a mediodía, y mientras avanzaban torpes por la calle solo les daba para

pensar que la ciudad estaba siendo ocupada. Y que tenían que empezar a escapar. Eran desde el primer momento mujeres en fuga. Tomada del brazo de Pilar Valbuena, trataba de poner en orden sus ideas, adónde ir, dónde esconderse, cómo continuar. No tiene dinero. Se toca otra vez el anillo de su tía Mariana, mira a Pilar que está a su lado y la calle abierta en ese ambiente tupido. «¿Qué día es hoy?». «27 de marzo de 1939». «Sí, pero ¿qué día?». «Yo creo que es lunes». ¿Adónde ir? Los lunes los niños no tienen escuela, debería ir a casa de su prima Angelines; su casa, la casa de sus tíos, será una encerrona. Cualquier casa es un agujero negro. Pilar va hacia Puente de Vallecas, y se separa de ella con un abrazo. Le desea suerte, les va deseando suerte a todas, ese grupo enorme de mujeres que en la plaza empiezan a diseminarse como hormigas. Hormigas sin hormiguero.

Camina por la calle Alcalá, luego por Goya hacia Colón, y sigue mirando extrañada, la ciudad vacía, sin milicianos, aunque se oyen tiros y detonaciones a lo lejos. En esa observación desordenada ve ahora algunas banderas monárquicas colgadas de las ventanas altas del barrio. Se estremece, se arrebuja en sí misma, porque de repente es consciente de que tiene frío. Que ese lunes 27 de marzo aún hace frío en esa incipiente primavera madrileña.

Al llegar a la calle Génova ya sabe que va a pasar por casa de sus amigas de la calle Orellana. De Manola y de Feli. Sigue mirando asombrada y simplemente espera pasar desapercibida. Al llegar al edificio lo encuentra apagado, silencioso. Entra decidida y sube los cinco pisos muy rápido, no quiere encontrar a nadie. Toca con los nudillos en la puerta de aquella buhardilla tan conocida, pero nadie abre. Vuelve a tocar, y le parece que escucha algún ruido dentro, algo quedo. «Feli, Feli, Manola…», sin casi alzar la voz. Y la puerta se entorna y ve detrás a la madre. «Pero niña, niña, ¿de dónde sales? Niña, niña, entra». Se mete en medio de la sala y de repente un abrazo la recoge por la espalda. «Manoli, pero ¿cuándo has salido, de dónde vienes? Manoli, ¿cómo no has avisado?».

Mira a Manola, sus ojos enormes que la miran y la besan, esos besos sonoros que la hacen reír. La besa y le tira del pelo, como si no se creyera que estaba delante de ella. «¿Pero de dónde vienes, de dónde vienes?». Manola la acoge en su cuerpo grande, su cara como de muñeca, su voz de eco.

Cuando acaba el plato de caldo frente a Manola y su madre, trata de expresarse: «No me explico por qué cuando aquel miliciano me pidió la documentación al entrar a la puerta de la oficina fui tan tonta. Ni por un momento se me ocurrió pensar que había algo detrás, todo

me pareció una rutina. Saqué el primer carné que encontré a mano. El del Socorro Rojo, o el Mujeres Antifascistas, no me acuerdo. O el del partido. Cuando me dijo aquel hombre con el traje del ejército republicano que tenía que acompañarlos seguí pensando que todo era un error. Había escuchado tiros por la noche desde mi cama, pero como todas las noches». Nada le hizo sospechar. Nada le hizo sospechar por última vez. Luego, siempre sospecharía. De todo, sobre todo de cualquier uniforme.

Se la llevaron al Colegio de los Salesianos en la Ronda de Atocha. Cuando llegó, ya con la mañana avanzada, allí había un montón de gente. Vio desde el patio a muchos milicianos encerrados en la parte de arriba, en el patio circundante, entre los escalones. Desarmados y como desvalidos, solo gritaban. Rodeados de otros milicianos con fusiles y de ametralladoras dispuestas alrededor. A ella la llevaron a un sótano bajo la iglesia, donde se encontró con muchas caras conocidas. «Pero ¿qué está pasando?». «Los de Casado han dado un golpe de Estado a Negrín y quieren entregar la ciudad a Franco». Tan extraño, tan imposible le pareció el planteamiento que ni lo registró. «¿Qué ha pasado?».

No recuerda haber tenido nunca tanta sed. Y tanta hambre. Cientos de mujeres dormían en el suelo del sótano de la iglesia, tiradas, sin nada, y apenas les daban alimentos, ni explicación, ni agua. Cada vez que se ponían a gritar o a exigir algo, las señalaban las ametralladoras y las empujaban con las puntas de los fusiles. Arriba y a los lados, sus compañeros, la mayoría milicianos, se quejaban como ellas. Aún no se explica por qué entraron en ese estado de languidez, por qué no se sublevaron, por qué no hicieron algo. ¿Tenían miedo? ¿Era miedo? Todavía era algo parecido a la sorpresa, un asombro viendo los uniformes de los milicianos frente a los uniformes de los milicianos.

¿Iban a entregar Madrid? ¿Madrid, que había resistido casi tres años? Lo hablaban y lo hablaban entre ellas, atontadas, seguras de que más temprano que tarde llegaría el ejército de verdad, el ejército leal, y pondría a estos niñatos en situación.

Hartas de estar sucias y con tanta hambre y sed, cada vez gritaban más. Cada vez se ponían más agresivas con sus vigilantes, y estos más agresivos y más nerviosos. A los seis días, llegaron camiones y empezaron a sacar a los hombres, que estaban en los otros recintos. Subían a los camiones y se marchaban. «Pero ¿qué pasa, qué pasa?». «No sabemos, nos llevan a otro sitio, no sabemos».

«Pues así fue, chicas. A nosotras también nos llevaron. Acabamos en la cárcel de Ventas. Después de los Salesianos, aquello fue un

paraíso, teníamos celdas con camas y había agua. Y comida, mala, la verdad, pero comida. Eso sí, seguíamos como lelas, sin saber qué estaba pasando. Nos fuimos dando cuenta, y también vimos las celdas que tenían retratos de vírgenes y de José Antonio, imagínate. Quería decir que habían liberado a las presas franquistas cuando llegamos a Ventas. Quería decir que estábamos perdiendo la guerra, quería decir, no sé… El caso es que ayer o antes de ayer nos dimos cuenta de que estos sinvergüenzas iban a entregar la ciudad a Franco, así, por las buenas. Desde anoche hemos presionado mucho a la dirección, ayer casi nos amotinamos, no faltaba más que los franquistas entraran en Madrid y nos encontraran a nosotras dentro, ahí colocadas, como pajarillos en jaulas. Ni hablar. Nos dio por gritar y por dar golpes, y esta mañana un grupo de nosotras, con Pilar Valbuena, ¿te acuerdas, Manola?, se ha puesto a parlamentar con la jefa de las funcionarias, Pura de la Aldea, y al final esta ha cedido y nos han puesto en la calle. Hace un rato. Pero claro, ella esperaba órdenes. ¿Qué órdenes, ya me dirás tú? Y he venido hasta aquí como una autómata, porque ir a mi casa vacía, no sé, me daba miedo. Pensaba ir a casa de mi prima Angelines, pero lo mismo está vigilada, mejor ir más tarde, creo yo. En fin, que aquí os he caído como tantas veces».

Manola vuelve a darle esos besos sonoros, esos besos que son como un refugio. «¿Dónde está Feli?». «Con mi padre, viendo cómo conseguir comida para unos días, la cosa se va a poner mal. Imagínate, ya han salido los facciosos del primero, que ya sabíamos nosotras que andaban ahí escondidos y esta mañana han insultado a mi madre. Pero tú ahora no te preocupes. Te quedas aquí, esta noche me voy yo a acercar donde tu prima Angelines, averiguo cómo está la cosa y decidimos».

—Iré contigo.

Cuando escucha de nuevo la sirena del tren, están entrando en Vitoria. Lleva alejada de ese vagón un buen rato, dando vueltas al anillo, mirando por la ventana sin ver, evitando la mirada del falangista frente a ella, sin meditar qué hacer con su viaje, cómo acabar, cómo no provocar sospechas. El tren frena con brusquedad y, de repente, un rollo de multicopista cae desde su saco de viaje. Cae con un sonido seco en medio del departamento. Envuelto en tela blanca, que ella misma había dispuesto. Lo mira como quien observa una bomba, un pájaro muerto, algo que no quiere ver. Observa con cara embobada y no es capaz ni de levantarse para cogerlo. Ahora sí, la suerte se le ha venido encima, y no es capaz de recuperar algo que le indique cómo

seguir. ¿Salir corriendo del departamento hacia el pasillo, tratar de huir? Ve al falangista cómo se levanta, se agacha frente a ella y recoge el rollo, ese rollo pesado de la multicopista, que va despiezada como un animal en el matadero dentro de su saco. La imagen de la pieza animal se le hace enorme, y casi puede ver la huella ensangrentada cuando él, con toda normalidad, le tiende la mano con el rollo y le dice: «Señorita, esto ha caído de su bolso de viaje».

Por fin reacciona, se levanta y muy sonriente, lo recoge y, dándose la vuelta y poniéndose de puntillas, vuelve a poner el rollo en su sitio, dentro del saco de piel, y lo cierra con empeño. Se vuelve exhausta:

—Muchísimas gracias por molestarse.

—Las que la adornan. No es molestia. Veo que pesa…

—Son rollos de una máquina de coser, para hacer distintos tipos de costura…

—Ah. No sabía. ¿Se dedica usted a la costura?

—No, son para mi tía. Se los llevo a Madrid.

—Pero usted no es de San Sebastián.

—Pero vivo aquí hace ya tiempo. Como si lo fuera.

—¿Le gusta vivir en San Sebastián?

—Me gusta mucho. La ciudad es tan hermosa. Me gusta mucho el mar, voy mucho a pasear por la Concha, cada vez que puedo.

—¿Vive usted cerca de la playa?

—Bueno, relativamente cerca sí… ¿Y usted?

—Yo no, yo vivo más a las afueras, por Aiete.

—Un precioso barrio, Aiete.

El falangista saca un paquete de tabaco del bolsillo de su pantalón, ofrece rápidamente al señor mayor que se sienta junto a él y se enciende un cigarrillo. A ella, claro, no le ofrece ninguno. Pero ella está tan nerviosa que le encantaría poder encenderlo. Tiene la sensación de estar sometida a un interrogatorio, de que él no se fía, de que no puede imaginar qué hace con ese bolsón. Vuelve a pensar cómo escapar, cómo salir ilesa de este embrollo. El tren sigue su lento discurrir y aún queda tanto viaje.

Decide levantarse y salir al corredor. Pero le da miedo que vuelva a caerse algo del saco y todo se venga abajo. Le falta el aire, mientras sigue poniendo cara de nada frente a la mirada de él, que parece escrutarla entre el humo. ¿De verdad la observa? ¿O simplemente mira sin más, y es ella la que concentra en su cara la curiosidad de él? Tiene la sensación de estar roja, de sofocarse. Se levanta sonriente, abre la portezuela y sale al pasillo de primera clase. Para no alejarse, por si acaso, simplemente se apoya en la ventana y mira hacia fuera.

El paisaje se ha aquietado. Van entrando en los llanos castellanos que están verdes en primavera. En esta continuidad sin aspavientos piensa en que no hay pasado ni presente alguno, solo el perpetuo cambio en el que se haya imbuida… Un cambio que quiere llevarla hacia el futuro, pero ¿llegará hacia él? ¿Adónde la conduce este tren que serpentea entre la nada, como si no hubiera peligro? Pero sabe que está amenazada. En realidad, siempre está amenazada.

Se da la vuelta y regresa a su sitio. Suavemente se sienta y saca de nuevo el libro para tratar de leer. De repente, el tomo primero de *La montaña mágica* le resuena a peligro. Y saca el otro, el que debería servirle de señuelo para su cita en Madrid, *Alicia en el País de las Maravillas*. Lo abre por donde está señalado y lee para sí: *La cuestión es, dijo Alicia, si puedes hacer a las palabras significar cosas diferentes. La cuestión es, dijo Humpty Dumpty, quién va a ser el amo, eso es todo*.

¿Cómo puede hacer para que las palabras signifiquen otras cosas? Levanta los ojos y mira al falangista que la mira. No es una figura inocente, no es un simple peligro en su camino. Ese hombre quiere ser el amo, ahora también. Representa justo todo aquello que ella aborrece: el orden, la misa diaria, las mujeres sometidas a dictados que no quieren, en el que son figuritas decorativas o sirvientas dóciles, o las dos cosas a la vez. Ese hombre no la dejará fumar. Ese hombre no es un enigma, ella lo sabe. Necesita saberlo ahora que tiene que llegar a su cita y entregar la multicopista en piezas. Necesita seguir. La cuestión es quién va a ser el amo, sí. Y no quiere amos. Quiere un cigarrillo.

Apagan el cigarrillo en la terraza de la azotea de Feli y Manola. Manoli y Manola lo han fumado como si fuera el último. Luego, ha ido con Manola hasta casa de su prima Angelines. Caminando casi escondidas, parapetadas bajo los muros de los edificios de la calle Santa Engracia. Las dos tocayas han avanzado sin apenas hablarse, cogidas del brazo, mientras a su alrededor hay un ambiente viscoso, gente como ellas que deambula sin ojos, huecas las cuencas mientras avanzan por la acera. Están tan asombradas que no son capaces ni de mirarse, y solo se aprietan con las manos y respiran esa tarde del 27 de marzo. Algunas detonaciones, más cercanas, más lejanas. Una tarde de lunes de Madrid con las tropas del ejército de ocupación a punto de entrar en sus calles.

Angelines la mira con tristeza. No sabe qué decirle. Intuye que todo está en peligro, intuye sobre todo que su prima está en peligro.

—Te esfumaste de tal modo que entramos en pánico. Luego nos

dijo Manola, o Feli, no me acuerdo, que todo estaba muy revuelto y que había una asonada, que Casado y otros socialistas habían dado un golpe contra Negrín. Y que estaban deteniendo a los de Negrín y a vosotros. No sabíamos qué hacer, todo se puso peor porque te puedes imaginar los vecinos reaccionarios, se les oía respirar, nos miraban con rabia en la calle y en la escalera. Tú no estabas, yo sola con los niños, Justi aún en el frente. Estaba hecha un lío, solo se oían tiros por la calle. Se armó una que no te imaginas en la glorieta de Bilbao, pero no nos atrevimos a salir. Los nuestros contra los nuestros. No entiendo nada… Bueno, lo importante es que ya estás aquí, entera y verdadera.

No se oye nada desde la casa de Santa Engracia. No hay ruido, mira por la ventana y trata de ver los movimientos de las calles. Tiene que salir a averiguar, tiene que saber qué hacer. Su amiga Mercedes ha llegado casi de noche y le ha dicho que Pepe Suárez está desaparecido. En realidad ha venido para decirle que se va, que sale para Valencia o Alicante y que se vaya con ella. «Ven conmigo, Manoli. Esto va a ser una ratonera. Ven conmigo. Dicen que están llegando barcos ingleses y franceses y que podremos salir. Y luego ya veremos. Vámonos, yo me voy de madrugada, tenemos un furgón grande que nos espera en el Puente de Vallecas. Los muchachos están todos yendo para allá. Hay que salir, niña. Vente conmigo».

—Es demasiado tarde, Mercedes. Ya están aquí, están entrando, ya están en el Clínico, mañana estará esto plagado con la guardia mora. Hay que pensar en resistir aquí. Nos cogerán como a tontas en la carretera de Valencia, antes de que lleguemos a Arganda. Yo me quedo, aquí está mi gente. No sé…

Sentada en la cama, piensa en si se arrepentirá o no. No sabe aún que se pasará la vida pensando esto. Optando y dudando. Optar será el futuro, hasta el final. Será su gran herencia, su principal patrimonio, su bagaje fundamental. Pero aún no lo sabe, le faltan unas semanas para cumplir diecinueve años, y cuando repasa los últimos días le parece que algo se ha metido en su vida como una turbina, dándole energía al mecanismo, una energía incontrolable, una fuerza que la arrastra, que no controla. Como durante toda la guerra, pero la guerra se ha acabado. Se ha acabado y la ha perdido. ¿Se ha acabado?

Es sábado. Primero de abril de 1939. La ciudad está tomada, llena de banderas monárquicas y de gente en las calles que parecen celebrar. Lo observa desde la ventana de la cocina de la casa de su prima Angelines. Cree que allí escondida va a poder pasar de largo. Arrebujada en la silla, destemplada aunque no hace frío, mira por el

único espacio del piso interior que asoma a la calle, por encima del cine de verano de Luchana. Mira gente lejos, y escucha en su cabeza los distintos consejos, cada sugerencia, cada mirada muda. «Quédate aquí, nadie va a venir a buscarte aquí, irían a tu casa». «Vete de aquí, vete hacia algún pueblo, cerca de Madrid y te iremos diciendo cómo trascurre todo. No paran de coger gente desde el día 28 cuando entraron, y todo el mundo dice que los matan, que los pasean, que los desaparecen». «¿Por qué no te vas al norte, al pueblo, a Carranza? Allí podrías estar segura». «Si todos se van, ¿cómo vamos a resistir? No podemos conformarnos».

Lleva tres días encerrada, pero hoy que es sábado va a salir, va a buscar a la gente, va a confundirse entre la multitud, va a esconderse en el metro… A través de una vecina ha quedado con Feli y con Manola para ir a la calle, buscar, encontrar, hablar al menos… En un rato, estarán juntas.

Suena la puerta. Imperioso el golpe, con los nudillos. No pueden ser ellas, es temprano aún, y no llamarían así. No pueden ser ellas. Pero los golpes no paran, cada vez más fuertes. Cuando se levanta, Angelines la empuja hacia el retrete, la puerta del fondo en la cocina, el único hueco posible, mientras Justi va hacia la puerta. Nadie habla, pero su prima lo ha entendido, están llegando.

Cuando la puerta se abre, entran en tropel. ¿Cuántos? Siete, ocho, diez. Alguno vestido de militar, algún civil, otros con la camisa oscura de la Falange. Gris, caqui, azul. Azul. «¿Dónde está, dónde está?». «¿Dónde está quién?«. «Imbécil, no te hagas la imbécil, venimos buscando a esa chica, tu sobrina, tu prima, a Manolita, a Manolita del Arco. Dinos dónde está, coño. Venga ya…».

Entran por el pasillo hasta la cocina. Angelines con sus tres hijos los espera apoyada en la pila. Los mira, y reconoce en uno de ellos al jovencito Espinosa, los del paseo del Cisne, el nieto o el sobrino del nuevo gobernador militar. Lleva años sin verlos, pero ya están aquí. En realidad nunca se han ido. Siempre les hicieron la vida imposible, molestando a su tío Pedro en la carbonería, y a su tía Mariana cuando iba con Manoli niña de la mano a las manifestaciones de la izquierda. Son ellos, ya han llegado. Va a hablar para proteger a Manoli, pero no le da tiempo.

La puerta del retrete se abre y Manoli sale. Los tipos se miran y van a por ella como si fuera una persona a punto de volatilizarse, como si pudiera esfumarse. La cogen de todas partes y, entonces sí, Angelines habla.

—Pero ¿qué quieren con mi prima? ¿Para qué la buscan? ¿No ven

que es una muchachita?

—Manuela del Arco. ¿Eres tú? Aquí está, esta puta roja. Ya la tenemos. Revisar los cuartos, a ver qué encontráis. Y a esta nos la llevamos.

—¿Cómo que se la llevan, adónde? ¿Qué hacen, qué quieren?

El niño pequeño entre sus piernas se pone a llorar, mientras sus hermanas se encogen junto a él. Angelines lo toma entre sus bazos y ve cómo los hombres aprietan a su prima contra la pared, y tiran, revuelven, gritan, dan golpes, todo al tiempo. Uno de ellos encuentra su pequeño joyero con su reloj de oro, la cadenita del tío Pedro, la esclava de su tía. Sin más lo vacía y se lo echa al bolsillo entre risas. Hay un ruido de tumulto, un ronquido, un vuelo de manos y de piernas. Una jauría.

Manoli observa y grita. Grita que se estén quietos, que no hagan daño a los niños, que ella va con ellos. Angelines dice que no se la pueden llevar, se desase de sus hijos y la agarra de la chaqueta.

—Pero ¿quiénes son ustedes, dónde están sus papeles, quiénes son ustedes?

—Cállate, loca. Nosotros somos la ley, nosotros somos los amos, los amos, ¿te enteras?

—No pueden llevársela.

Caminando hacia la puerta arrastran a Manoli hacia el descansillo. La escalera en penumbra, nadie se asoma. «¿Adónde van, adónde se la llevan?». «Esta puta roja se viene. Esta puta roja se viene con nosotros».

El ruido punzante de botas y risas atraviesa la escalera mientas bajan a la calle. Gritos, estallidos. Jauría.

Lee los diálogos sorprendentes de *Alicia* y deja fijada la mirada en la ilustración de Lola Anglada. Ve a la niña tomando en sus manos al cerdo mientras el conejo la contempla. Levanta la cabeza y mira de nuevo al falangista, sentado frente a ella. Él también la mira. Ella sonríe. No va a ser el amo esta vez. A eso se agarra. Me ha costado tanto llegar hasta hoy que es demasiado tarde para ser mañana.

—¿Es usted maestra?

—Perdón. Estaba distraída…

—Siento interrumpirla. Le preguntaba si es usted maestra.

—No, soy contable, secretaria.

—Ah. Pero me dijo que trabajaba usted, ¿verdad?

—Sí, trabajo en Jugueterías Justiniano.

—Ah, la mejor de San Sebastián. Es un buen sitio para trabajar. Un

sitio serio.

—Así es, una empresa muy buena, he tenido mucha suerte —y piensa para sí: Ay, si tú supieras, ganso. Y sonríe.

—Para una señorita antes de casarse es un buen lugar —y ahora es él el que sonríe.

¿Se le está insinuando? ¿O es una mera conversación sin más, pura cortesía? Tendrá que cuidarse, pero tiene cierta sensación de seguridad, tiene menos miedo. Lo observa de nuevo con más detalle, ese azul que se le trasluce también en la cara de barba cerrada. Unas manos grandes que reposan en su abrigo negro. Ahora que lo mira bien, repara en el bulto marrón a un lado, lleva pistola. Vuelve a mirarlo con expresión segura y le pasa como tantas veces, parece que sea un muñeco, un disfraz, una construcción de su cabeza. La encarnación del régimen como en un cuento. La camisa azul.

—¿Por dónde vamos?

—Estamos llegando a Valladolid, ya queda menos.

Y en ese momento otro frenazo. De nuevo, un rollo pesado cubierto de tela cae del saco de viaje al suelo frente a ella. Él vuelve a levantarse y ella también, casi chocan. No va a llegar a Madrid. Se va a descubrir. Esto no es un cuento, ella no es Alicia. Ni él el conejo.

Apenas ve el edificio al entrar, han llegado rápido. Es el número 36 de la calle Almagro. Tiene un portal monumental, inmenso, con una gran enrejada negra. La suben a trompicones por las escaleras a la segunda planta, abren la puerta sin más y dentro aparece una multitud. Una multitud que la acoge. Junto a la puerta hay una mesa y un montón de hombres con camisas azules que parecen ordenar papeles. La paran ahí. Un joven de civil y un falangista le piden los datos. Por detrás oye una voz. «La puta roja del PC, la sobrina de los de la carbonería de la calle Caracas. Que te dé los datos y para dentro».

¿De dónde han salido tantos falangistas, tanta tela azul? Los amos disfrazados de nuevos amos. No tiene miedo, está tan sofocada, tan excitada que no tiene miedo ahora. Solo queda expectación, curiosidad. Apenas da sus datos, los apuntan en un libro de registro. Pregunta dónde está y por qué la han traído. Nadie contesta. Vuelve a preguntarlo, entre los ruidos de gente dando vueltas y voces que se entrecruzan. «Estás aquí porque eres peligrosa, esto es una comisaría. Nosotros somos la policía del nuevo Estado».

Pero esto no es una comisaría, ella lo sabe. La empujan hacia dentro y llega a lo que habría sido el salón de la casa. No tiene un solo mueble, salvo un par de sillas en un lado. La chimenea preside el

espacio y hay tanta gente que incluso en su embocadura ve a tres mujeres mayores. Trata de encontrar caras conocidas, rostros en los que descansar sus ojos. Gente tirada encadenada a los radiadores, otros sentados, otros parados junto a las paredes. Va de cara en cara y descubre que es un deambular de miradas. Todas las fisionomías le parecen cercanas, todas observan con expresión asombrada, todas son como ella.

El hombre con traje oscuro se sitúa en medio del gran salón. Habla con tono paternal, rodeado de otros cuatro en mangas de camisa, con las pistolas en la sobaquera. A su lado, ese montón de guardias y falangistas con los fusiles en ristre. Habla y habla sobre la justicia que llegará, la vida nueva que ha venido, que no hay nada que temer, que solo los asesinos tendrán castigo. Lo escucha sin atención, las palabras resbalan mientras sigue observando, de pie junto al radiador. La luz enorme de la primavera en la ventana, en la otra el albor contenido del patio interior.

Al otro lado del salón se abre un pasillo. Largo. Con puertas a los lados. La conducen hacia allí. Abren una puerta al lado derecho. Un cuarto lleno de mujeres. La empujan dentro.

Sentadas en el suelo de la habitación que hace de celda esperan que vuelva esa mujer a la que se llevaron hace más de una hora. Cuando la puerta se abre y la tiran en el suelo como un fardo, se vuelcan todas hacia ella. La acunan, viendo sus heridas abiertas en la boca y la expresión de desconsuelo. «Dejadme descansar». «¿Qué ha pasado, qué te han hecho?». «Dejadme descansar». Al cabo de un rato va volviendo a la vida, y las mira desde lejos. «No me han preguntado nada, nada de nada. Solo me pegaban. No me preguntaban, solo insultaban y me decían tú eres de Vallecas, de los del tren de la muerte. Pero nada más. ¿Por qué me pegaban así, sin preguntarme nada?». Para divertirse, piensa Manoli, por puro placer. Pero calla.

Cuando se vuelve a abrir la puerta, la llaman a ella. Se levanta y sale al pasillo, mira a cada lado y ve el revuelo constante del sitio, la gente amontonada, las puertas cerradas. Quiere ir al baño, pero no lo dice. La puerta de la habitación del fondo se abre y entra en un lugar con ventanas tapiadas con maderos informes y luz en el techo. Paredes sucias. «Hombre, esta es la secretaria de Mendezona, y de Pepe Díaz. De los asesinos, que se han largado y te han dejado aquí tirada. Mírate niña, ven, siéntate aquí». Cuando otro policía le aprieta el hombro y se sienta, solo tiene en los ojos la luz de la lámpara. Un destello. Y silencio.

Piojos. Y chinches. Se lo dice la de Vallecas. No sabía lo que eran, solo era rascarse, no los había visto hasta ahora. Luego los verá mucho más, aún no lo imagina. No hay ninguna higiene, dos minutos para lavarse las manos y la cara una vez al día, cuando las llevan al baño. Una manta que le ha traído Angelines es lo único que tiene, sobre lo que duerme. Como todas. Reparten lo que una vez a la semana traen las familias, las que pueden. Pero no están hundidas, no están desalentadas, ni siquiera después de las sesiones de golpes. Piensan que ya se va acabar. No puede durar. Van a salir indemnes. La de Vallecas, que es la mayor del grupo de catorce mujeres amontonadas en el cuarto, es la menos animosa. «Nos matarán aquí, o nos matarán fuera de aquí, vamos a envidiar a los que ya se murieron antes», dice de repente cuando ve a alguna de ellas llegar hecha un sudario tras algún interrogatorio. Pero luego pasan horas, incluso días sin que la puerta se abra salvo para ir al baño. Y entonces todas piensan que ese tiempo ha de acabar. Se cuentan sus vidas, algunas se conocen de vista, o conocen a gente común. Una malla que se teje y se desteje.

Se abre la puerta y otra vez llaman. Todas están en tensión. Se levanta de nuevo. Ya sabe.

Ve al hombre con la camisa sucia, el más mayor. En la mano sujeta una taza. Quizá de café, pero no logra verlo ni olerlo. Mantiene la taza en el aire sin probarlo mientras la observa en silencio. Sentada en una silla con tapicería color burdeos, una silla de patas torneadas, espera. Los primeros golpes llegan sin preguntas. Luego los dos que la golpean comienzan a hablar. No interrogan, solo hablan. Acusan. Desde el suelo al que ha caído, le parece imposible lo que escucha. «¿A cuánta gente matabais en tu oficina del partido, la escondíais allí mismo? ¿Dónde están los cuerpos de las monjas a las que habéis matado? ¿Dónde habéis enterrado a los niños?». Escucha, pero no escucha. Se dobla en el suelo tratando de protegerse de las patadas en la tripa, en los costados, en la espalda. La suben de nuevo a la silla. La boca le sabe a sangre. Tiene tanta sed. Desplaza los ojos y lo sigue viendo, frente a ella, con la taza suspendida en la mano.

«Dinos el nombre de tu jefe. Quién era tu jefe. ¿En la carbonería escondías las armas? ¿Mataste a gente en la carbonería?». Piensa en su tío Pedro, en su tía Mariana. Tan mayores, trabajando aún con el carbón para que ella estudiara. Por dentro se ríe. Es como una defensa. Escucha por primera vez la voz del hombre de la camisa sucia. «Atadla». Ve entonces cómo inclina la taza sobre su boca y se la bebe de un trago. Un solo trago. Sí, parecía café.

Cuando regresa al cuarto no es capaz de sentarse en el suelo. De apoyarse en la pared. Le han guardado un poco de agua en un frasco y se lo dan cuando se tiende. Sabe que tiene que esperar un rato. Aguardar. No dice nada. Con los ojos cerrados trata de imaginar lo que ha pasado. En medio del dolor, duerme.

Ya no tiene hambre. ¿Qué día es hoy? Ya no lo saben, pero ayer trajeron a cuatro mujeres nuevas, tres habían salido por la mañana. Vienen de la calle Jorge Juan, otro lugar como este. «Hay muchos lugares como este, chicas. Y las cárceles están llenas». ¿Qué día es hoy? Es miércoles. ¿Miércoles qué? Miércoles 19. 19 de abril de 1939. «Mañana cumplo diecinueve años», dice Manoli. «Lo vamos a pasar en grande, ya verás». Y se ríen.

La puerta se abre otra vez. Otra vez. Se callan. Silencio.

Modesta, la de Vallecas, está deshecha. «No puedo más. Firmaré lo que me pidan, por mis hijos. No puedo más». «Aguanta, aguanta…». «¿Para qué? Igual voy a salir con las piernas por delante. Ya no puedo». «Aguanta, aguanta…». «¿Para qué?». «Para no ser una chivata…». «¿Chivata?».

Modesta aguanta callada, pero aprovecha un descuido del tipo que la lleva al baño por la mañana, abre la pequeña ventana, se sube al alféizar. Y se tira al patio. Se desploma. Se vence en el espacio hueco y parece suspendida mientras cae. Así se siente. El ruido de los cristales rotos, el sonido de algo que retumba, un clac de un golpe seco. Ellas lo oyen desde su celda. No saben qué es. No se atreven a imaginar. Cuando el guardia abre la puerta por la noche le preguntan. «La de Vallecas se ha ido». «¿Se ha ido?, ¿cómo que se ha ido? ¿Adónde?«. «Se ha ido. A callar». Cuando cierra la puerta se miran pero no se dicen nada. No saben qué decir. Miran el suelo y la rubia jovencita que no ha dicho su nombre acaricia el dibujo de la baldosa y llora. Nadie se mueve. Todas miran el recorrido de sus manos en el suelo. «Se ha ido».

Esa mañana hay más movimiento del habitual. Se oyen ruidos en el vestíbulo, voces, gente que llega, golpes de puertas. Mira a Cloti y a Ciri en la penumbra, casi las adivina. Tiradas en el suelo. Tienen hambre y sobre todo tienen sed. Siempre tienen sed, porque no les dan agua. Esa mañana tienen mucha sed, porque desde el mediodía anterior no les han dado nada. Como cada mañana cuando se

despiertan y un poco de luz se filtra entre las lamas cerradas de las ventanas, se ponen a patear. Rítmicamente, como si fuera un ensayo de un paso de baile. En un *crescendo* que no cesa hasta que entran y les gritan, las golpean, las arrastran. Pero finalmente traen agua. Hay algo incomprensible en la falta de agua, el agua que sale por los grifos de ese sitio improvisado. Agua en una ciénaga, un no-lugar.

«Levántate y sal. Y tú. Y tú. Y tú. Y tú…». Las empujan hacia otra habitación. La luz del sol que entra por las ventanas las deslumbra, una luz a raudales se come el escenario blanco, blanquísimo, de la estancia. Tres hombres con papeles las miran como si no estuvieran ahí, como presencias fantasmales. «Tu nombre». «A ver, Manuela. Pues hoy te vas para tu casa, tu domicilio es calle Caracas, 3, 2.º centro. Pero ahí no puedes volver, esa casa va a ser recuperada para el Estado, vete con tu familia. Este papel es tu salvoconducto. Tienes que presentarte en la comisaría de Hospicio, en la calle San Mateo, 25. Con este papel, para que te lo sellen, un día sí y otro también, hasta nueva orden. Sabrás de nosotros. Ahora, largo». Va con el papel hacia la salida y se detiene a esperar a sus compañeras. «Lárgate ya, ¿o prefieres que te dejemos?». En el vestíbulo, camina hacia la puerta. Con lo puesto, nada tiene que recoger, nada se ha llevado, nada trajo.

Un muchacho vestido de falangista se dirige con ella al descansillo. Ahí, la detiene y, entonces sí, otras cuatro o cinco mujeres se paran junto a ella. No ve a Cloti, ni a Ciri, ni a la chica rubita. «Andando». Bajan las escaleras del inmueble, la luz tamizada de las vidrieras modernistas que se asoman, la sensación del lujo, del buen gusto. ¿Puede ser que ese espacio de ausencia, ese espacio que no existe, se esconda allí y que nadie lo vea? Mientras baja piensa en los vecinos, en la gente que vive en esa finca, que escuchan los gritos de dolor, el trasiego de personas. Nunca sabrá que ese piso es enorme y lleno de recovecos con gente encerrada, a la que no ha visto, que en apariencia nunca estuvo allí. Un agujero negro en la realidad.

En la calle se despiden como autómatas. Se tocan y se desean suerte. Ella vive al lado, apenas a unas manzanas. El sol la calienta, la envuelve. Al llegar a la esquina de la calle Caracas, su calle, se mira en el reflejo de un portal y se ve con un aspecto deleznable, de abandono, como si llegara de un hospicio, de una batalla, de una guerra. Y de ahí es de donde llega. Con rapidez sube la calle, pasa por delante del portal de su casa, mira la oscuridad del zaguán y sigue de largo. ¿Será alguno de los vecinos de su escalera quien la ha denunciado? ¿Quién? ¿Alguien que también pretende quedarse con el piso? Junto al portal, la vieja carbonería de su tío está a medio abrir, con el cierre a la

mitad. ¿Quién está ahí? Desde la muerte de su tío hace apenas un año, la carbonería está cerrada. No puede evitar agacharse y asomarse por debajo. Siente como un vómito en la garganta cuando ve a varios hombres dentro, hablando entre ellos, uno de ellos un primo suyo lejano, y también el portero de una finca del paseo del Cisne. Se incorpora rápida y sigue hasta Santa Engracia, cruza y se mete como una proscrita en el portal de su prima Angelines. Como una proscrita, porque es una proscrita.

Esta vez no puede perder el tiempo. Mientras sube la escalera empieza a maquinar. Quiere ver a Joaquín, a Mercedes, a Pilar Bueno, a la gente que pueda encontrar y que le digan cómo se están organizando. Se va a asear, sacarse los piojos, y va a ir a buscarlos. A Feli y a Manola, a ver cómo están. A pensar qué van a hacer entre todas. A pensar cómo sobrevivir.

—¿Cómo que te vas? ¿Que te vas adónde? —dice Angelines asustada.

—Me tengo que ir de Madrid. He dado vueltas todo el día buscando gente. Manuel está encerrado en el campo de concentración que han montado en el estadio Metropolitano, Joaquín en la cárcel de Torrijos, a Pilar se la han llevado a la cárcel de Quiñones o a la de Ventas, no lo sé. Pero he visto a otra gente. Tengo que salir, me parece lo más prudente ahora. Antes de que os ponga en un problema a los demás.

—Pero ¿has visto cómo estás? Con la cara señalada y el cuerpo lleno de moratones, Manoli. Así no puedes ir a ninguna parte. Te vas a enfermar. Tienes que recuperarte primero. Además, ¿y adónde vas a ir?

—Esta es la cosa, hay que pensar qué sitio sería el más adecuado, adónde puedo llegar y aparecer sin más. Estoy haciendo acopio de memoria. Mi amiga Fina, ¿te acuerdas?, que iba conmigo a clase, vive en Coruña desde el 36. Sería una posibilidad. O el tío Paco, que debe estar en Santander. Salir hacia algún sitio donde no se me imagine. Pero no puedo estar yendo cada día a presentarme a la comisaría de San Mateo. Todo el mundo me ha dicho que eso es ratonera segura. Además, quien me ha denunciado volverá a denunciarme, los que se quieren quedar con la casa y la carbonería, no sé.

—Lo de la casa y la carbonería son los Espinoza, los del paseo del Cisne. Se están quedando con medio barrio. Para eso su tío es el gobernador. Pero no puedo imaginar quién te ha denunciado, no me lo explico.

—La gente de Almagro eran los del servicio de información de Franco, los del SIPM. Alguien me ha denunciado, y volverá a hacerlo. Y entonces no me llevarán solo a mí, Angelines, caeremos todos. Y eso no puede ser.

Nunca sabrá Manoli quién la denunció, si esa denuncia existió, esa denuncia que no aparece en ningún sitio, que ningún archivo contiene. O era una pieza más de una gran batida. Como de caza.

—Manoli, te va a parecer una locura, pero ¿por qué no te vas a Bilbao? —dice Angelines de repente.

—¿A Bilbao? ¿Y qué voy a hacer yo en Bilbao?

—En Bilbao vive tu madre, tenemos su dirección, podrías quedarte en su casa, vive con su marido y con tu hermana.

—Pero Angelines, no conozco a mi madre, nunca la he visto en mis diecinueve años… Bueno, nunca no, desde los cuatro años. No me acuerdo de ella. Ni ella de mí. Es como que no exista.

—Quizá sea el momento de hacerla revivir. Quizá este sea el momento.

Absorta, pensando en Bilbao, sabiendo que no hay tiempo, pero con un sabor acre en la boca. Su madre, un agujero. Otro más. Una puerta cerrada desde siempre. ¿Hay que abrirla ahora? No le da tiempo ni a avisarla. Presentarse en su casa, a puerta fría. Y descubre asombrada que le falta valor, que prefiere quedarse, que no quiere afrontar esa herida.

—Mejor me quedo antes que ir a Bilbao. No quiero ir a Bilbao.

—Pues me parece que es la mejor opción. Piénsalo mejor, consulta a tu gente, pero si quieres hacerlo rápido… —Angelines la mira, se acerca y la toma de la mano. Luego da la vuelta.

Suena la puerta, los golpes de unos nudillos se agolpan en sus oídos. Se asustan. Pero son golpes suaves, quedos. Cuando se repiten, Angelines va hacia la entrada y pregunta. «¿Quién es?». «Somos Feli y Manola».

Se abrazan otra vez. Cada vez que se abrazan parece un universo que se abre. Feli está tan delgada. Es como la copia de su hermana en puros huesos. Pero toda su boca pinta alegría. Manola besa a Manoli con esos besos sonoros que tanto la reconfortan. La vida de las tres pende de un hilo. Lo saben, pero solo a medias. Estos días de torbellino no dan para mucho meditar, solo para sobrevivir. «Vete a Bilbao, Manoli. Es buena idea, y desde allí lo piensas mejor. Pero puede ser un buen refugio, nadie te va a relacionar con tu madre, al menos de momento». «Pero ¿y llego y me presento sin más, por las buenas, qué tal está usted señora, yo soy su hija, me persiguen, vengo

a quedarme? ¿Así, alegremente? Es una locura». «La locura es esto, tienes que salir y no hay ningún sitio ahora en Madrid seguro para ti, ya lo has visto». «Me siento en medio de la niebla, sin saber adónde ir, cómo girar. Un marinero en medio de la niebla, con solo mar alrededor». «No seas tan literata, déjate de monsergas, ni que conocieras el mar. Hay que decidirse, y tirar, tirar, no dejarse engañar, hay que seguir…».

Juan, un camarada también de Chamberí, consigue el billete para esa noche, el tren nocturno que sale de la estación del Norte. En tercera, no tienen para más, pero al menos ha podido conseguirlo a través de un contacto en las taquillas, sin documentación. Y otro contacto en la estación que la auxilie para entrar. Angelines la ayuda a hacer una maletita, lo que queda de su ropa, unos pendientes pequeños de oro, el anillo de la tía Mariana. Están sin una peseta, han confiscado sus cuentas en la Caja de Ahorros. Rebuscando atesoran algunas monedas.

Cuando anochece sale a la calle. Junto a su primo Justi, que lleva la maleta, se dirige al metro de la plaza de Chamberí. En la propia boca se despide de Feli y de Manola. Se abrazan. No saben aún que no volverán a verse en años. No lo saben, pero se abrazan como si lo supieran, como si no fueran conscientes de que apenas tienen diecinueve años. Son ya unas viejas. Cargadas de cenizas.

Sale disparada con Justi escaleras abajo, hacia el andén. Va nerviosa, pero menos de lo que imaginaba. Recuerda las instrucciones. No te quedes sentada en el mismo asiento siempre, el tren irá muy lleno en tercera. Muévete, métete en el servicio del tren cuantas veces puedas y quédate allí. No tienes documentación en regla, ese salvoconducto destrúyelo cuando llegues a Bilbao, recuerda bien las direcciones, la de tu madre, la de los contactos del partido en Gallarta y en Bilbao, ve tranquila, observa a tu alrededor lo que pasa, mira los periódicos cada día, pon telegramas en sitios distintos, no des señas ni nada, come bien, busca cómo salir de Bilbao, no vuelvas a Madrid, vuelve cuando puedas…

En la estación hay un control a la puerta de los andenes. Pero tiene el contacto de un mozo de maletas que la espera en el lado derecho del vestíbulo. Se despide con un beso de Justi casi sin tiempo y observa a los mozos buscando alguno que lleve puesto en el brazo un pañuelo negro como si fuera de luto. No lo ve. Se acerca más. No lo ve. Alguien le toca el hombro por detrás y un señor bajito le sonríe, señalándose el trapo de luto. Le devuelve la sonrisa y lo sigue a toda prisa, él entra por una puerta donde se acumulan las sacas de correo,

la atraviesan sin decir nada en medio de un montón de carteros, dan vueltas por unos pasillos y salen al andén. «Ese es el nocturno de Bilbao, niña». «Muchas gracias. Muchas gracias, y suerte». «Suerte tú, que la vas a necesitar».

Sube al tren en la sección de tercera. Está lleno, muy lleno, no hay asientos en los bancos de madera. Se coloca en una esquina esperando que el tren salga. Cuando el revisor aparece pidiendo los billetes, se dirige hacia atrás. El vagón comienza a moverse y ella se esconde en el servicio. El revisor aporrea la puerta. «Un momento, ahora salgo». Y deja pasar el tiempo, luego sale y va en sentido contrario. El primer peligro ha pasado. Le queda toda la noche para seguir burlándolo.

Sale y entra de los servicios cuando cree que alguien puede pedirle los papeles. No se da tregua, se mueve en la oscuridad del tren tratando de pasar desapercibida. Primero sonríe a la gente, sin hablar con nadie. Luego, cuando observa sus miradas opacas, sus bocas fruncidas, como cosidas, deja de sonreír. Una sonrisa ahora parece una provocación. Todo parece estar bien, el váter del tren cada vez más sucio, ella allí escondida empujando el tiempo para que pase rápido. Alguien amartilla la puerta, y ella calla. Espera que se aburra y se vaya a otro servicio. Pero esta vez no para, y ella abre y sale, rápida, y tira hacia la derecha. Una mujer la para en el pasillo y dice muy bajito, metiendo la cabeza en su oreja, «no des tantas vueltas, quédate un poco aquí conmigo, estamos a punto de llegar a Miranda de Ebro. Ahora nadie va a pasar, ven, siéntate». No ha pasado tan desapercibida. Duda, pero se sienta a su lado.

Cuando por fin el tren llega a Bilbao es de día. Lentamente entra en la estación. Sale por última vez del servicio y, sin pensarlo, da un salto al andén. La estación parece bombardeada, está a medio desmontar, llena de andamios, todo a medio caerse o a medio construirse. Se queda parada observando si hay control, pero ve cómo la gente salta por las vías y sale sin más a las calles aledañas. Y eso hace, sin mirar mucho, avanza, salta y está en una calle. Mira hacia arriba y lo ve todo gris, gris, gris. Parece que la ciudad esté envuelta en la bruma. Avanza por la calle, eligiendo a quien preguntar por la dirección donde vive su madre. Solo sabe que está cerca, que está en el centro. Una señora mayor que espera en la esquina le parece lo mejor y le pregunta. «Perdone usted, podría indicarme dónde está la calle Colón de Larreátegui».

Camina lentamente siguiendo las indicaciones que le ha dado. Ha regresado a la ciudad donde nació. Un lugar desconocido. Va como flotando, se siente de repente muy cansada. Una sensación de tristeza

y de desazón, ese sabor amargo en la boca. No hay marcha atrás. Sí, es verdad, está perdida en la niebla, pero no en medio del mar como pensó, sino en la bruma pesada de esa ciudad oscura.

Vuelve el falangista a darle el rollo envuelto en tela y vuelve ella a colocarlo en el saco de viaje, tratando de nuevo de cerrar muy bien la apertura para que no vuelva a pasar. «Gracias de nuevo, es usted muy amable, siento molestar». «No se preocupe, siempre es agradable ayudar a una señorita como usted».

Se sienta y trata de volver sobre el libro. Está tensa, pero no quiere mostrarlo. Lo siente en sus manos y se ve perdida. Quizá él no sospeche nada, pero cuando llegue a Madrid tiene que poder alejarse de él, de la estación, seguir hacia su cita. Recuerda el viaje al revés, metida en el tren nocturno que la llevaba a Bilbao desde Madrid, la guerra recién perdida. Hace ya dos años. Aún sigue huyendo, porque esto es una huida. ¿O no? Quiere huir. ¿Quiere huir? ¿Qué es huir? Absorta mientras mira las páginas de Carroll sin leerlas, piensa en que podría escapar desde San Sebastián hacia Francia, y entonces se metería de bruces en otra guerra, en otro espacio ocupado, en otra andanza. O dejarse diluir en Madrid, quizá pasar desapercibida en la gran ciudad, olvidada de todo y de todos, a lo suyo. O bajarse del tren en la próxima estación, que debe ser Medina del Campo. Sonríe al pensarlo, en Medina, donde está la sede de la Sección Femenina de la Falange. Sonríe porque pensar en todo esto le resulta gratis, sabe que no lo hará. Porque no quiere, porque lo tiene claro, desde la guerra, desde antes, desde que aquel cura le dio una bofetada cuando con catorce años ella le dijo que no podía entretejer en su cabeza la presencia de un ser sobrenatural. Más claro lo supo cuando la golpeaban como a una estera los del SIPM en la comisaría de Almagro, y no entendía nada. Sabe que va a continuar porque le va la vida en ello. No la vida por perder, sino la vida por hacer. Algo que le corre por dentro, pero sobre todo algo que le permite vivir, algo que tiene que ver con la manera de entender el mundo.

Pero se cansa, le cuesta entender qué pasa. La idea de que este régimen no puede durar, que pronto va a acabar, que la guerra mundial la va a perder el fascismo. Aunque los partes de guerra de los aliados no son tan optimistas, los nazis no dejan de avanzar, y los italianos. Pero no lo puede imaginar. No puede imaginar todo reducido a cenizas, después de tantas llamas.

Mira a su alrededor en ese departamento de primera clase. Una mujer de unos treinta años está al frente en el extremo. Con los ojos

entornados, ve cómo mueve los labios en silencio mientras maneja en la mano un rosario. Ausente, alejada, acunada por su propia salmodia. A su lado el que parece su marido, un hombretón rotundo, de traje, con chaleco, un maletín entre las piernas, el periódico que le oculta la expresión de fastidio. A su lado otra mujer, mayor, con un velito azul oscuro sobre la cabeza y que lleva dormitando un buen rato apoyando la cabeza en el hombro del que parece ser su hijo, peinado y repeinado, con una insignia del requeté en la solapa y que levantó el brazo arrobado cuando llegaron a Valladolid mirando al falangista.

El falangista. Frente a ella, que mira y no mira. La pistola al cinto. Por sus formas no parece uno de esos matones del régimen. Debería averiguar más de él, es ella la que debe preguntar y saber, eso quizá le dé pistas para salir de este tren ilesa. De ese departamento que explica por qué no puede huir, esa gente bien comida, bien vestida, a resguardo. Tan distinto del vagón de tercera que la trajo a Bilbao.

No puede escabullirse, no puede salir indemne. Vuelve de nuevo la mirada al libro de Alicia, las palabras son a menudo lo único a su disposición para afrontar la realidad, los sobresaltos de cada día. Por eso adora las palabras.

—Ya nos falta menos. Estoy deseando llegar. A ver si en Madrid hace bueno. ¿Va usted por mucho tiempo? —pregunta al falangista.

—Yo viví un tiempo en Madrid, hasta junio del 36. Estudiaba allí, pero justo cuando el alzamiento yo estaba en mi casa, en Pamplona. Afortunadamente. Pero vuelvo de vez en cuando para algunos trámites.

—Ah, entonces usted no es guipuzcoano. Es navarro.

—Sí, navarro, pero ahora vivo en San Sebastián, ya le dije. El deber me ha llamado ahí.

—¿A qué se dedica en San Sebastián?

—Uhmm, a Abastos y a Aduanas. Estoy en la Comisaría Central de Abastos y me ocupo sobre todo de los pasos aduaneros. Para servirla.

—Tendrá usted mucho trabajo, tan cerca como estamos de la frontera.

—Pues sí, y también por los puertos.

—¿Los puertos?

—Sí, me ocupo de las entradas y salidas de los puertos, sobre todo de Pasajes, y también de Bilbao.

Manoli se estremece.

—¿De Bilbao también? Pero está lejos…

—Sí, pero tengo que ir una vez a la semana, a Bilbao llegan grandes mercantes de América, y ahora con la guerra europea tenemos

que estar muy vigilantes.

—¿Por qué?

—Porque puede haber mercancías de contrabando, o para actividades sediciosas, y tenemos que estar muy alerta.

—¿Actividades sediciosas?

—El enemigo no descansa, el enemigo nos odia porque hemos sido los primeros defensores de la civilización cristiana, de la nuestra. Ahora afortunadamente nos siguen nuestros amigos en Europa y vamos a ganar en todas partes, pero no podemos bajar la guardia, hay que estar muy atentos. Hay muchos marinos extranjeros de ideas liberales, o masones, o aun peor, y nuestra labor es saber qué ocurre en las aduanas».

A medida que hablaba, el falangista ha subido el tono, ha afinado alto y su voz suave se ha vuelto enfática, como en un púlpito, buscando la atención de todo el departamento. Y lo ha conseguido, hasta la joven del rosario se ha vuelto hacia él. Erguido hacia delante, mientras la sigue mirando intensamente, se sabe observado por todos. Sonríe, y se lleva la mano a la cartuchera en el lado derecho de su cinto, y luego al bordado de la camisa, al yugo y las flechas.

Satisfecho, baja de nuevo el tono, dirigiéndose solo a ella en tono suave:

—Pero no me he presentado. Soy Javier Salazar. Encantado, señorita…

—El gusto es mío. Yo soy Dolores García.

Cuando pronuncia el nombre y recuerda su cédula falsa en el bolso, se siente sin embargo segura. Es un parapeto. Es la impostura que la hace libre. Vuelve de nuevo la mirada al libro, y fija su atención en la ilustración de Alicia con el gato. *¿Podrías decirme, por favor, qué camino he de tomar para salir de aquí? Depende mucho del punto adonde quieras ir —contestó el Gato—. Me da casi igual dónde —dijo Alicia—. Entonces no importa qué camino sigas, dijo el Gato*.

Alicia, Alicia. Se llama como su madre. Ve la cara de su madre mientras mira la ilustración, el camino que la llevó hasta ella. Que la salvó. ¿Qué milagro nos salvará esta vez? ¿Quién me va a salvar? Y recuerda su llegada, su primer encuentro con la madre desconocida.

Su primer encuentro con la madre. El edificio de la calle Colón de Larreátegui. Una buena casa de Bilbao. Sube las escaleras hasta el cuarto, el último piso. Unas escaleras arregladas, ostentosas, hasta el tramo final, el tramo de los sirvientes. Allí son oscuras, con olor a humedad, le mantienen los ojos entornados y las manos alerta.

Cuando llega frente a la puerta, en el descansillo, se para, deja la pequeña maleta en el suelo y mira. Se mira. Se mira y se pregunta. Qué hace aquí, frente a esa puerta. Está huyendo. No está huyendo, está escondiéndose. No se está escondiendo, está buscando. Está apaciguándose. Esto durará poco, no es más que un mal sueño, un sueño tenso pero breve. La vida regresará. Entonces golpea la madera con los nudillos.

La puerta se abre. Aparece una cara de ojos grandes y rasgos suaves. Una mujer mayor, ajada más que mayor. Con el pelo oscuro corto peinado hacia atrás. Sin expresión. Esta mujer no debe ser su madre, nada de ella le resulta familiar. La mujer pregunta qué quiere y ella duda al contestar. Al fin dice: «Buenos días. Perdone que la moleste. Estoy buscando a Alicia del Arco». «Buenos días. Pues con ella habla…». «Vengo de Madrid». «Ah, pase usted, me traerá alguna noticia de mi familia y de mi hija. Pase, pase, vamos hacia la cocina, estoy cocinando».

La cocina es pequeña, muy pequeña, y huele a repollo, a verdura, a carbón. Parada a un lado, mira el fogón y mira a la mujer. ¿Cómo empezar? Mira sus pies y mira los pies de esa señora, observa sus botines negros con algo de tacón y las zapatillas oscuras de ella, bajas, ajadas. Observa el tamaño, le parecen unos pies pequeños; ella siempre ha tenido los pies grandes, buscar zapatos no le ha sido fácil. Pero es que ella es más alta.

—Vengo de Madrid.

—Sí, ya me dijo. ¿Cómo están las cosas por allí? ¿Viene usted de parte de mi familia? ¿De la tía Anselma, de Ángeles? Nadie me ha avisado. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Yo… Sí, todos están bien. Todos le mandan saludos. La situación ahora es difícil allí, se podrá usted imaginar. La guerra… la guerra se ha acabado y…

—Pero ¿están bien? ¿Usted los ha visto?

—Le traigo una nota de Angelines, espere que la busque…

—Léamela usted, yo apenas sé hacer mi nombre, nunca aprendí. ¿Y usted cómo se llama?

—Yo… Yo, yo me llamo… —se detiene pensando que parece una mala escena de novelita, de las que le gustaban a su tío, una escena tonta, y no sabe seguir.

—¿Sí…? —dice Alicia vuelta hacia ella.

—Bueno, es que yo soy su hija Manolita. Soy yo su hija.

¿Había esperado la voz de la sangre? ¿Se imaginaba una escena llena de emoción y de lágrimas? ¿Creía que iba a reconocer sus ojos

en los ojos de la desconocida, sus manos en sus manos, que se derrumbarían diecinueve años de ausencia simplemente al mirarse? ¿Que desaparecerían los miedos, las culpas, los reproches, las dudas?

Mientras toman ese líquido negro hecho de posos de café se observan, apenas se hablan, se sonríen, se callan y miran hacia el suelo. «No sé si me he explicado bien. En realidad no tengo ninguna nota de Angelines, no podía correr el riesgo de que me cogieran con una nota. No querría molestarla, ni a su familia, pero tenía que salir de Madrid, salir rápido para evitar que fueran a detenerme. Están metiendo presa a la gente, a toda mi gente. Algunos han desparecido, ya sabe que están dando el paseo a muchos. Y pensamos que podría estar aquí unos días, como le he dicho, hasta encontrar una mejor ruta. Yo creo, nosotros creemos que esto no puede durar mucho, la guerra en Europa está a punto de empezar, este régimen no puede durar, yo creo que será cuestión de semanas, o de meses, pero pronto pasará. Pero yo no quiero molestarla, ya sé que usted vive con su marido y con mi hermana, solo serían unos días. No quiero causar problemas, no podré decir quién soy. Siento que esté todo siendo así. Siento todo esto…».

No hay gestos, ni siquiera una mano que avance sobre la suya en la mesa. Un silencio denso, como si la niebla que percibe en todas partes desde que tomó el tren de Madrid se hubiera también metido en esa casa pequeña, en esa cocina, entre ellas dos. Una bruma que le impide ver. Habla mirándose las manos, con la voz queda, asustada de que la puerta se abra de pronto y penetre algún desconocido. El silencio abruma. «Puede que la policía me busque, la gente del SIPM me metió en una checa, en una comisaría, me tuvieron allí, y bueno, no fueron unos buenos días. Allí cumplí diecinueve años, ahora…». La madre la mira por primera vez, con ojos muy brillantes, como si fueran a explotarle en la cara, la mira y se lleva las manos a la boca y al pelo. «El 20 de abril es tu cumpleaños, ya lo sé, acaba de pasar. Ningún año lo he olvidado, yo lo sé bien, yo lo sé. No me mires así. No me hables de usted. Aquí puedes quedarte todo el tiempo que quieras, esta es tu casa, esta es tu casa, tu casa es donde yo esté. Nos arreglaremos. Yo trabajo asistiendo, por casas, y también cocinando. Nos arreglaremos. No me mires así, todo irá bien, no tienes que preocuparte. Soy tu madre, tú eres mi hija».

Soy tu madre, tú eres mi hija.

Cada día madre e hija van a trabajar asistiendo. Alicia limpia en casas, cocina, atraviesa el barrio de Abando de un domicilio a otro y luego

baja hasta la ría y compra comida para ellos, compra los posos de café de algunos bares, compra y llega y cocina, y acompaña a su hija que también va a limpiar. Para no tener problemas, Manoli limpia escaleras, barre, friega, le da brillo a los pasamanos de madera, deja los cristales lustrosos, escaleras de mármol, escaleras de baldosas, escaleras de madera. Sube y baja y luego también va al puerto con su madre. Allí la madre ve que la hija se separa y habla con algunos hombres, vuelve hacia ella y no dice nada.

Llegan a casa y la madre cocina. La hermana pequeña ya ha llegado de la escuela, es una niña de doce años y se parece a Manoli. Es una niña que está asombrada, que de repente tiene a una desconocida a la que su madre también llama hija. Es una niña que mira, que observa, y que también cocina y ordena. Su padre, Maxi, casi cada día regresa borracho, no de caerse, pero subido de tono. Grita, refunfuña, se queja de la vida. Él también ha perdido la guerra, ha estado movilizado en un batallón socialista, ahora dice que no encuentra trabajo, tampoco lo busca. Mira a su nueva hijastra, la mira con desdén, o con deseo, o con admiración, o con extrañeza. Le habla suave mientras grita a su mujer, pero se calla luego. Y se va a la calle, al bar, tras pedir alguna moneda.

—Manoli, ¿es verdad que ibas a estudiar a la universidad? —pregunta su hermana.

—Sí, estaba matriculada, pero empezó la guerra.

—Pero las mujeres no van a la universidad. Me lo ha dicho la amatxu, las mujeres no vamos a la universidad.

—Las mujeres *sí* vamos a la universidad, lo que pasa es que siempre nos han condenado a cuidar a los hombres, a casarnos, a tener hijos, a estar en la casa y trabajar en las casas, pero las mujeres también podemos estudiar. Tú tienes que poder estudiar también. Es una cuestión de contar con posibilidades. Las mujeres podemos, claro que podemos.

—Manoli, pero en las casas adonde va a trabajar la amatxu tampoco las mujeres ricas van a la universidad.

—Nosotras sí iremos, tú irás, verás. Precisamente porque no somos ricas.

—Yo lo que quiero es casarme bien —dice la niña.

—¿Casarte? ¿Así por las buenas? ¿Sabes qué es casar? Hilar, parir y llorar. Mira la amatxu cómo vive… Tú tienes que formarte.

—Estás loca.

Lo ha escuchado cien veces en las reuniones de Mujeres Antifascistas. Ahora lo ve en su madre. Parir y llorar. Hablando con

ella se ha enterado de que parió otros dos niños con Maxi, pero no sobrevivieron. Nunca lo supo, nadie le dijo. Como un folletín trata de entender qué pasó, pero aún no pregunta. No pregunta porque quizá no haya respuesta.

Sin decir nada, ha encontrado al contacto que traía desde Madrid y se ha puesto en relación con la organización comunista. Lo ha hecho muy discretamente, callada, en los descuidos de su madre, de la casa, en el puerto. Pero ahora tiene que ir a Artxanda a ver a un camarada. Subir al monte, y su madre tiene que saberlo.

«Amatxu, ¿cómo se llega a Artxanda?». «Pues andando, es ese monte que está al otro lado de la ría, cruzando por el puente del ayuntamiento hacia arriba. ¿Para qué quieres ir a Artxanda?». «Tengo que encontrar a un amigo allí». Y la niebla vuelve. Alicia deja lo que está haciendo, un remiendo de un pantalón. «Llevas aquí solo tres meses, la cosa sigue fatal, tú lo ves, cada vez más presos, tú lo ves. No quiero que te metas en líos, quiero que mantengas el tipo, que continuemos bien, que no te pase nada, hija. Eres una huida». «No soy una huida. No huyo, estamos a la espera. Amatxu, no tengas miedo. Pero no voy a quedarme aquí viendo cómo los días pasan mientras yo limpio escaleras. Esconderse no es vivir. Hay que seguir, hay que intentar, no desistir». «Ay, hija…».

El miedo es vecino de la culpa. «No te preocupes, madre, nada va a pasar».

Vuelve de Artxanda inquieta. No por seguridad, sino porque ha percibido que el camarada al que ha visto no ha terminado de fiarse de ella. Allí refugiado, en aquel caserío, no ha terminado de darle tareas. Le ha hecho muchas preguntas y la ha dejado ir, encomendándole que regrese la próxima semana. Pero sabe que todo son suspicacias, que él se siente inseguro, que no sabe qué pensar. Él, Realinos, un alto cargo del partido en el País Vasco, quizá el más, pero está ahí oculto en medio del monte, a tres pasos de la ría. No sabe cómo asegurarle que ella es quien dice ser. Por eso, saltándose la seguridad, le ha dicho que no se llama Dolores García, que no se llama Lolitxu. Le ha dicho su nombre real para que él compruebe.

Pero está incómoda. Entra en casa, saluda a su hermana y a su padrastro y pregunta por su madre. «Ha ido a la ría, a rebuscar…». Baja de nuevo la escalera y va a su encuentro. Camina por las calles hasta la ría, la busca y no la ve. Observa a su alrededor y por primera vez se siente insegura. Se sienta en un poyete frente al cauce, mira los humos que salen por un lado, los humos de la Babcock Wilcox, las

aguas rojas, anaranjadas, el color oscuro del cielo, un cielo sin nubes, azul cobalto. Un cielo casi negro. Alguien la toca en el hombro y se asusta. Su madre, que le sonríe desde detrás.

Han pasado horas frente a la ría. Su madre hablaba y ella escuchaba en silencio. Tragaba, sin digerir. Parecía una película soviética, de las que ha visto en guerra en la Gran Vía, una película sobre una mujer pobre, la madre de Gorki, pero sin épica. Una película que es su historia. La deglute sin orden para poder ordenarla luego. Se da cuenta de que es una historia como tantas, que es la historia de una pobre mujer vasca, de una campesina de Carranza, una historia corriente. Solo que es su madre la que habla. Habla para que ella escuche.

Alicia no había cumplido diecinueve años cuando parió a Manoli. El joven con el que había pecado no debía ser mucho mayor. El padre de su madre, su abuelo, Manuel, la echó apenas se dio cuenta de que estaba embarazada: «Vete de aquí con tu bastardo». Y ella se fue. En realidad ya se había ido, había emigrado a Bilbao a los trece años para colocarse en una casa sirviendo. Aprendió a cocinar, aprendió a escribir su nombre en un papel, a ahorrar dinero, a mandarlo a su casa e ir una vez cada seis meses al caserío. Como sus hermanas, muchas hermanas en el caserío y pocos hermanos. Conoció a ese chico ferroviario, ese chico de la margen izquierda, que la llevó a un mitin de Facundo Perezagua. Le gustaron las palabras de ese hombre, que eran como las de ese chico: tenemos derecho a una vida mejor, los ricos nos quitan los derechos. Cuando se dio cuenta de que estaba embarazada se le vino el mundo encima. No sabía qué hacer. Regresó a Carranza buscando amparo de su padre, o de sus hermanas, o de sus tías.

Cada vez más gorda, la echaron de la casa en la que servía. Y se puso a asistir de casa en casa, a limpiar suelos, a limpiar escaleras, a cocinar en tabernas del puerto. Dice que el novio se había ido, ese ferroviario, que no había pensado casarse. Se había ido, la había dejado. Pariría sola. No era la primera, ni la última. Le dijeron que fuera a la parroquia de San Francisco, que allí la aconsejarían. La llamaron pecadora, pero eso ya lo sabía. Que iba a ser una desgraciada, y su hijo también. Que lo dejara en el hospicio, que lo dejara en la casa cuna de Santander, que allí nadie la conocía. Que se fuera a Santander, que pariera allí, que fuera a la inclusa.

Se dispuso a hacerlo. Dice que, poco antes de irse, el novio regresó y le dijo que quería apoyarla. Manoli procesa el dato: el padre vuelve, ese padre desaparecido vuelve para atenderla. Eso dice su madre. Eso

dice. El parto llegó antes. La madre parió a su hija en el hospital de Bilbao, un martes de abril, y llovía. El jueves cogió a su niña y se fue a la estación. Tomó el tren con su hija en brazos, la amamantó para que no llorara y fue viendo pasar las estaciones. En Santander le fue fácil buscar la casa cuna. No sabe lo que firmó, no lo sabe porque no lee, pero le dijeron que la niña estaría bien, que la darían en adopción, que se la veía sana. Dejó el dinero que había ahorrado durante meses de miserias a la monja de la inclusa y tomó el camino de vuelta. De nuevo el tren, pero esta vez se bajó en Carranza.

En el caserío, nadie preguntó nada. Nadie habló. Bajó a la cuadra, ordeñó a las vacas y se ordeñó a sí misma, el pecho hirviente de la leche que su hija no tomaría. Con su primo Félix regresó a Bilbao. Él no indagaba, ella no decía. Cuando llegaron a la habitación que ella tenía alquilada en Zabala, la patrona le dijo que su novio andaba buscándola cada día. Esa noche llegó, esa noche ella lo miró y le dijo que sí, que había parido, pero que el niño murió al nacer. Eso le ha dicho su madre a Manoli. Que su padre fue borrado con esa mentira. ¿Por qué? ¿Qué dijo él, se dio la vuelta y se fue? ¿Así acabó todo, con un hijo muerto? Así acabó, eso dice ella. Eso dice. Dice que se llamaba Ángel. Que era un buen mozo, que ella tiene sus ojos. Y su nariz de vasca. Que aún lo sueña.

Pero su primo Félix la escucha. «¿Estás loca, has dejado a la niña en la inclusa de Santander? Pero si tú estás sana, llévala a Carranza». «Mi padre no quiere, me ha echado de casa, no me quiere allí, sin niña o con niña». Félix tenía dinero ahorrado para emigrar a México. Su madre le dice a Manoli que entre los dos lo pensaron. Eso dice. Decidió irse a México con él, en el barco que él había reservado, en tres semanas. Entonces hizo lo que tenía que hacer. Tomó el tren de vuelta a Santander, regresó a la inclusa y habló con la monja. Quiero a mi niña, me la llevo de vuelta. Eso no se puede hacer. Quiero llevarme a mi hija. Traigo dinero. Y se llevó a su hija de vuelta. Tomó el tren en Santander, con Manoli en un hatillo. Y se la llevó a Gallarta. Eso le cuenta su madre a Manoli.

En Gallarta negocia con un ama de cría. ¿Cómo se llamaba? No me acuerdo. Allí la deja, le da un dinero y le promete que le mandará más cada dos meses. Le enseña ahora una foto. Su primo y ella en el puerto a punto de coger el barco, ella con grandes sayas negras, como una campesina sin edad. Una joven de diecinueve años que se va a Veracruz. Parece una anciana. De luto. Iba de luto, eso le cuenta su madre frente a la ría.

No duró en Veracruz. Se regresó, con lo poco ahorrado. Manoli

tiene el recuerdo del recuerdo. Su primer recuerdo, su madre que llega, el ama que se lo dice. Recuerda. Dice que recuerda. La niña se va a Carranza, la madre sigue en Bilbao sirviendo, ahorrando para mandar dinero, cocinando.

La tía Mariana, otra sirvienta, una sirvienta con suerte, llega a Carranza. Desde Madrid. Y se lleva a la niña con ella. Pone una única condición: esta niña me la llevo, pero no volverá a cruzarse con su madre. Es mi condición. Eso dice su madre, por eso nunca supo, nunca habló, nunca estuvo. Era su condición. Manoli lo recuerda, es su vida, es Madrid. ¿La salvó su tía? ¿Y ahora quién me salva, quién nos salva?

Eso dice su madre, que la salvó. A su madre no la salvó casarse con Maxi, un nuevo peso, tres nuevos partos, dos hijos muertos, una niña a la que criar, un alcohólico en casa. Una hija ausente, una señorita lejana en Madrid. ¿La salvó? ¿A quién salvó?

Está digiriendo. Está digiriendo al padre ausente. Ese hombre que siempre la ha acompañado, ese hombre sin apellido. Está rumiando, porque rumiar es más que digerir. Ha escuchado, ha tragado y ahora lo escupe sola, en la oscuridad de su cama. Se acuerda otra vez de ese hombre al que no conocerá y que llevaba a su madre a ver al comunista Facundo Perezagua. Que decía que los pobres tienen que pelear, que la vida está para vivirla feliz y sin miserias. Eso dice su madre.

¿Quién las salva a ambas? Rumia como las vacas, pensando en que no hay salvación. Porque no se puede construir la identidad desde el olvido.

El tren va entrando en la estación del Norte. Observa por la ventanilla y ve la estación tomada, un montón de policías de uniforme en el andén. ¿Qué pasa?

—Un control especial —dice el falangista frente a ella—. Algo malo que viaja en este tren. Habrá que tener paciencia.

—¿Un control especial?

—Sí, no se preocupe. Es lento, pero no pasa nada. Mirarán los equipajes y ya está, esté tranquila. Es por el bien de todos, los sediciosos no descansan.

Y ahora, ¿quién me salvará? ¿Cómo me salvaré? Ahora, ¿hay escapatoria?

El falangista se levanta y se estira la camisa, la acaricia como supremo bien, coloca la cartuchera y se observa embelesado sus zapatos negros, brillantes. Manoli permanece sentada, con la cabeza como una marmita, esperando que todos salgan del departamento

para tratar de esconderse en el servicio del vagón y salir más tarde, aunque imagina que lo registrarán todo. También podría tratar de saltar hacia la vía por el otro lado. Pero no, qué locura. Entonces lo piensa: tiene que deshacerse del saco de viaje, esconderlo en cualquier sitio, y salir solo con su bolso, confiando en que su documentación amañada no levante sospechas. Sí, es lo mejor. Dejará el saco de cuero en el retrete y saldrá sola. Pero para eso tiene que esperar.

Impaciente, mira a sus compañeros de viaje, que van saliendo mientras se despiden. El falangista la mira, ella sonríe y decide levantarse para despedirse de él, tratando de que salga ya.

—Encantada de conocerle. Que tenga una buena estancia en Madrid.

—Igualmente para usted, que todo le vaya bien —y sonríe amigablemente.

—Eso espero, claro que sí.

Segundos, apenas segundos se enmarañan en el tiempo. Él con su maletín en la mano la mira y no sale. Ella parada frente a él, sin hacer nada. Una imagen helada. Manoli se vuelve hacia su equipaje y levanta las manos para tomarlo. Él espera. ¿Qué espera? ¿En realidad él siempre ha estado acechando, es este su minuto final?

«Pero yo la ayudo a bajarlo, no se apure, espere». «Muchas gracias, no se preocupe». «No faltaba más, ya está. Sí es verdad que pesa lo suyo. ¿Ha venido alguien a buscarla?». «No, nadie, me iré en un taxi». «¿Usted sola…?».

Sola sí, vete ya para poder salir. Sola, sola.

—No se preocupe entonces, yo la acompaño hasta el taxi. Mire, coja usted mi maletín que yo llevo su saco de viaje.

—No, no, por favor… Déjelo.

—No se hable más. No hay problema. Yo también voy a un taxi. Vamos, vamos.

Lo sigue por el pasillo del vagón como abierta en canal. Con su bolso y el maletín de él en la mano. Un buen maletín, que casi no pesa. Se estira la falda mientras camina, como si la tela pudiera protegerla. No puede pensar mientras lo sigue hasta la puerta del vagón, y desciende tras él, que le sonríe desde el andén mientras le tiende una mano. «Gracias de nuevo». «Vamos, pasamos el control y la acompaño al taxi».

Avanzan mientras ella trata de hacerse cargo de los efectivos allí dispuestos. No puede contarlos, le parecen cientos, miles de policías, solo ve policías alrededor, y muchachos vestidos de militares hasta que llegan al embudo del control. Un hombre mayor de civil se dirige

al falangista con un gesto de su cabeza. «Buenas tardes, ¿qué pasa, inspector? ¿Sirviendo a la patria a estas horas?». «Ya ve». «¿Algo especial?». «Pues parece que llega una mujer con algún paquete de propaganda desde el norte». «¿Y saben quién es?». «Parece que tenemos una descripción aproximada. El comisario está en el control, ya le dirá».

La cola se ha ido estrechando y ya están a pocos pasos del control. A un paso. Nada que pensar, nada que hacer. Busca palabras en su cabeza que la ayuden, porque las palabras pueden saber de nosotros más de lo que nosotros sabemos de ellas. Palabras que la expliquen mientras observa a los tres policías que abordan uno a uno a cada pasajero, su documentación, el equipaje abierto en la mesita allí dispuesta, el cacheo en algún caso. Sin discreción, al contrario, ostentando ese poder. El mundo en sus manos. Busca palabras mientras sonríe, o cree que sonríe al falangista colocado a su lado, que es apenas un poco más alto que ella, que es más alta que la mayoría de las personas de la cola. Se estira pensando que desde arriba lo ve todo mejor, mientras sigue buscando palabras. Como Alicia en el libro, mojada y desconcertada rodeada de miniaturas. Como su madre Alicia, absuelta de sí misma.

Ya llegan. Se piensa enrojecida, se imagina con la expresión de la cara que delata, con el gesto que anticipa la peor suerte. Se siente en el fin. Sin palabras. Mantener la dignidad: pero la dignidad es un sentimiento frágil e inseguro, necesita señales y garantías, y no las tiene ¿Quién la salvará ahora, quién? ¿Y cómo? ¿O no hay salvación?

Madrid, 2019

Mantengo el teléfono frente a mí sin decidirme. Observo la pantalla iluminada. Una boca dentada. Una cueva. Un túnel. Por fin poso el dedo en cada número. Espero la respuesta. La voz se abre ante mí. Sostengo mi historia. Entre el balbuceo y la convicción. Apunto la cita, esta misma tarde.

Llego media hora antes de la hora fijada. Paseo alrededor del edificio. Le doy vuelta. Apoyo mi mirada en el blanco de su fachada. Blanco crudo, cuidado, dando volumen a sus adornos y sus formas redondeadas. A los miradores. La cerrajería negra. La puerta de hierro abierta de par en par como entrada de carruajes. Un edificio noble de una calle noble. El mejor sitio para una empresa de prestigio.

Llegan los agentes inmobiliarios. Un joven delgado, con un traje barato comprado en una gran superficie. Un traje que le está grande. Unos zapatos de punta negra gastados. Un portafolio de plástico azul en la mano. Una mujer algo más mayor, con ropa anodina y tacones altos. Maquillada apresuradamente, con desgana. La prisa que da levantarse rápido y poner su casa en marcha en las afueras. Luego llegar al centro de Madrid y trabajar en una inmobiliaria. Lacónico, me presento. Les acompaño por el portal inmenso tratando de acumular cada detalle. Como si cada detalle tuviera voz. Veo el mural informativo. Todos son empresas, ya nadie vive aquí. ¿Desde cuándo? Me conducen hasta el ascensor. Les sugiero subir las escaleras andando. Asciendo paso a paso, mirando el mármol del suelo y el pasamanos. Sosteniendo una conversación insustancial, hasta llegar al segundo. La puerta de madera de doble hoja bajo un arco redondo. La llave da vueltas y vueltas. El espacio se abre. Penetro tras ellos y me quedo parado. Rígido. De repente, dejo de distinguir lo que me explican. Sus voces se convierten en una música de fondo. Una música macabra.

El vestíbulo es inmenso. Paredes blancas. Impolutas. Suelos de madera recién barnizados. Luego se abren pasillos y estancias. Muchas

habitaciones, salones. Ventanas a la calle principal. También al otro lado del edificio, a la calle Monte Esquinza. Recorro las piezas en estado de trance. Arropado por las voces que no me dicen nada. Cada cuarto blanco, con ventanas a las calles. Los pasillos entrecruzados. La antigua zona de servicio. Los baños que fueron celdas de tortura. El agujero del agua. Agujero. Agua. El salón del fondo se asoma al patio interior. Un gran patio. Pido abrir la ventana. Se abre y miro hacia fuera. El patio cubierto, una pérgola en buen estado. Regreso a un tiempo que no existe, a julio de 1939. Presencio cómo el doctor González Recatero, aquel joven amigo de mi padre, les dice con desprecio a sus carceleros: «No vais a seguir jugando conmigo». Y se tira en un gesto lento por la ventana de ese patio que yo ahora contemplo. Aplasta su cuerpo. Rompe el techo de aquella pérgola. Muere. Manda su ser hasta la nada. ¿Quién lo salva? Él se salva.

Cierran la ventana. Cuando saco el móvil para hacer fotos me dicen que no. Fotos no. Que su inmobiliaria me enviará. Vuelvo a internarme por cada estancia, seguido constantemente por ellos. Van conmigo. No me acompañan, me hostigan. Saco un metro y un cuaderno de mi bolso. Con amabilidad les comento que quiero medir. Apuntar algunas cosas. Entienden. Se quedan en uno de los salones centrales. Yo me aventuro solo por el piso.

Busco en mi móvil el anuncio. Calle Almagro, 36. Edificio exclusivo de oficinas en zona noble. Oficina muy luminosa. Superficie recién acondicionada. Ascensores. Conserje. Agua caliente. Aseos. Vistas privilegiadas. Luz natural. Techos altos. Calefacción. Aire acondicionado frío/calor. Transporte público. Estación de metro. Parada de autobús.

Mastico cada palabra y observo alrededor en la encrucijada de un pasillo blanco. Veo al menos dos habitaciones abiertas a mi mirada. Un baño de azulejos blancos y suelos en damero blanco y negro. Todo bien conservado. Reformado. Lo viejo parece nuevo.

Veo los cuerpos. Cuerpos. Cuerpos. Veo los cuerpos amontonados en los tres salones y en el vestíbulo. Las habitaciones como calabozos. Las otras estancias como salas de interrogatorio. Veo las cadenas que cuelgan de los radiadores de hierro con las que sujetan a la gente. Los cubos dispuestos junto a los váteres. Alicates. Navajas. Martillos. Hay muchos hombres. Algunas mujeres. Jóvenes. Viejos. Más jóvenes. En un espacio enmudecido por el blanco. El blanco como enemigo. Veo el gesto de los cuerpos de las mujeres, que desfallecen en el espacio constreñido. Las rodillas dobladas, incapaces de sostenerse en pie. Veo el espacio inmenso. Mi mirada se concentra en el dolor de los

personajes ausentes. Y el dolor se hace rojo. Estridente.

Veo y escucho. Las voces se me hacen insoportables. Las voces que son quejidos. Que son clamores. Que son gritos. También susurros. Las palabras que salen de los cuerpos. Que imaginan, que inventan, que tiemblan. Las voces altas de los torturadores. Llamando. Gruñendo. Insistiendo. El tableteo de una máquina de escribir. Las voces apagadas de los torturados. Casi inaudibles.

También huelo. El sudor huele. La sangre huele. La mierda huele. Huele. El blanco de cloro que está por encima no esconde el hedor que impregna cada estancia. Deambulo, buscando olores. Vago por el pasillo. Los sonidos se me vuelven insoportables. Veo las caras, las miradas. Veo los cuerpos.

Luego los sonidos callan de repente. Se asustan, huyen. Silencio. Rumio el silencio. Es el mismo silencio. El silencio de mi madre al hablar de este lugar. Al callar. El silencio de todos esos lugares. No-lugares. No-expresión. No-ruido. No-luz. Me desplazo a otros espacios iguales, llenos de sombras de cuerpos. Estoy en la antigua ESMA, en Buenos Aires, silencio. En Mauthausen, en sus celdas, silencio. En Tuol Sleng, en la calle 113 de Phnom Penh, silencio. El mismo silencio se apodera de todos. Cuerpos en silencio.

Los agentes de la inmobiliaria me devuelven a la realidad. «¿Alguna duda, quiere saber algo más? ¿Qué le parece este piso, se adapta a sus condiciones?». «No lo sé, quizá se nos queda pequeño». «¿Pequeño…? Son mil metros cuadrados». Contesto firme. «Como le dije, represento a un importante estudio de arquitectura francés que quiere instalarse ahora en Madrid y quizá necesitemos un espacio más diáfano. ¿Este piso se puede reformar?». «No, es un edificio protegido». «Ya supongo». «¿Siempre ha sido así, está como el original?». «Creemos que sí, esta es una finca histórica, un sitio de prestigio, un privilegio tener aquí una oficina, un local con reputación…». «¿Ustedes saben quién estaba antes aquí?». «No, pero siempre ha sido un lugar distinguido. Excepcional. Por eso no se puede tocar».

No se puede tocar. No se puede enmendar. Un lugar poblado de sombras. Lleno de fluidos. Lleno de miasmas. Lleno de cuerpos. Estoy por explicarles a los agentes qué lugar es este. Pero me contengo.

¿Quién nos salva? Cuerpos anónimos que gritan y que sobreviven, que resisten. Cuerpos enfebrecidos que se amontonan. Se tocan. Se miran. Se consuelan. Almagro, 36, segunda planta. El Servicio de Información de la Policía Militar (SIPM) franquista abrió ese espacio cuando entró en Madrid, nada más llegar. Un centro de tortura. El 1

de abril de 1939 ya estaba abierto. Se cerró en agosto. Cinco meses. Mi madre cumplió en este sitio diecinueve años, en abril. Diecinueve años.

Salgo de nuevo a la calle tratando de recuperar el aire. Delante de la fachada, tres acacias despojadas como fantasmas. Sin hojas, amenazantes. ¿Estarían entonces, cuando llegaron los apresados por docenas, verdes porque era primavera? ¿Miraron sus ramas desde las ventanas después de los interrogatorios? ¿Se veía la luz azul de la ciudad desde el suelo donde se amontonaban?

Silencio. El silencio me aturde. Saco el móvil y los cascos. Me los pongo. Ligeti. Réquiem. Ligeti que estuvo en Auschwitz. La polifonía negra del réquiem me envuelve. Voces corales de fantasmas. Busco en internet. Almagro, 36, noble edificio construido en 1902 por el marqués de Aldama. Viviendas de carácter distinguido en una vía de prestigio de la ciudad, «la más lujosa casa de Madrid».

La segunda brigada del SIPM ocupó la primera y la segunda planta tras la guerra. La segunda devino en un depurado centro de tortura. Cuando se fueron, ahí quedó la Sección Femenina de la Falange. Ahora compañías de prestigio habitan los mismos espacios. Como El Laboratorio, que ocupó este piso. Se disolvió luego, involucrada en una trama de empresas dedicadas a falsear facturas para el Partido Popular de Madrid en 2007. La realidad como una farsa.

Espacio de silencio. De silencio impuesto. Nada. Ni una placa. Ni un letrero. Nada en la memoria de la ciudad indica que este no-lugar existió. Solo se deja ver por la presencia terca de los cuerpos. Por sus rastros. Por sus sombras. Recupero la referencia catastral de la casa para seguirle la pista. 1460203VK4716A0009TR. Eso queda. Un régimen que apuntó todo. Que anotó todo. Que registró cada cosa. Ahora no dice nada. Desaparecidos. Cunetas.

Sentado en un banco de la calle Almagro frente al edificio. Aquí estoy. El hijo de esa mujer que va en un tren con una multicopista escondida en un bolso de viaje. Ochenta años después. El dolor llega mientras uno desayuna. O cierra la ventana. O se sienta en un banco sin objeto. Desposesión.

¿Quién me salva ahora?

«Madre leía de pie o sentada / casi siempre entre tareas, / al hacerlo movía los labios en silencio».

ERICH HACKL

2. Parker 51. 1941

Lleva un traje oscuro, pero se ha desprendido de la chaqueta que cuelga de su hombro. No disimula la pistola en la sobaquera. Está detrás del control, algo a la zaga de los guardias con los fusiles y de los demás agentes distribuidos en el andén de la estación del Norte. Desde ese atrás mira cada cara, cada mueca, apenas echa un ojo al contenido de los equipajes y con un leve gesto da el paso. Ella lo observa sabiendo que en su ojo está su escapatoria. O no. El falangista, apenas un poco adelantado junto a ella, con su saco de viaje en la mano con la multicopista dentro, de repente hace un movimiento con la mano. Un movimiento leve. Un gesto casi de duda. El hombre del traje oscuro se adelanta, se acerca y le da la mano. Hablan entonces muy bajo, apenas escucha. «Una mujer, dicen que se llama Isabel, pero quién sabe. Una mujer muy delgada, con trenzas y con gafas… Sí, de San Sebastián, debe ser propaganda. Peligrosa, todas son peligrosas…».

Un escalofrío. Saben mucho. Pero no todo. Ya llega al punto de control, el falangista se queda a un lado, avanza por el flanco con el hombre del traje, levanta el brazo hacia los agentes que también lo levantan. Nadie lo para, nadie lo mira. Ella sigue en la fila, enseña su documentación. Dolores García Santisteban. Abre el maletín. Lentamente. El agente se concentra y observa la loción para después del afeitado, el paquete de cuchillas de afeitar que reposa sobre una camisa azul, una brocha, una muda blanca, muy blanca. No lo mira. «Pase, señorita». Cierra el maletín, pasa, avanza sobrecogida. Al otro lado el falangista espera, se despide del comisario del traje con un gesto.

Sigue caminando a su lado hacia la salida, hacia la parada de taxis. Ante el coche negro, el taxista abre el maletero y el falangista coloca el saco de viaje dentro, con cuidado, como si pudiera romperse, como si se tratara de un objeto muy delicado para él. «Muchísimas gracias, ha sido usted muy amable, no puede imaginarse cuánto, muchas

gracias, de verdad». «Por favor, señorita, no es nada, nada que usted no se merezca». «Pues encantada de haberle conocido, gracias de nuevo». «Que tenga una buena estancia con su familia en Madrid. Quizá nos encontremos de nuevo en San Sebastián. Cualquier día me dejo caer por la juguetería». Ella sonríe asintiendo ya sentada en el taxi. Se vuelve y le da la dirección al chófer con mucha seguridad y una vez más gira a su derecha y levanta la mano en señal de despedida.

Ya está. Ha atravesado la valla de espinas, el cerco de ametralladoras, las balizas. Se siente como una miliciana después de una batalla. Y se muere de risa. Tanto que no puede evitarlo y comienza a reírse dentro del taxi. De manera incontenible. Una risa que le sale de dentro, una risa de una muchacha de veinte años metida en un coche negro. Una risa que le deforma la cara y el cuerpo. Se disculpa con el taxista que calla, y sigue riendo. Ya está, ha salido viva con la multicopista en el maletero. Ya está. Ilesa, como Alicia en el País de las Maravillas. Sola, sana. Y salva.

Salgo del taxi aún riéndome, con castañuelas en la boca. El taxista me ha mirado todo el trayecto sorprendido, porque no podía parar de reír. Imagínate, cuando ya me veía esposada por la policía a la salida de la estación del Norte, la supuesta cortesía de ese falangista me salvó el cuello. Y así llegué hasta el taxi con él, colocó mi bolso en el maletero con dificultad, de lo que pesaba, y tomó su maletín y se largó. Yo había perdido el miedo que me atenazó las largas horas entre San Sebastián y Madrid. Pero tanta bulla me llenó de una extraña alegría, contagiosa. Por eso no podía parar de reírme en el taxi.

Ahora estoy con el bolso de marras frente a la cafetería. Cafetería Puente. Algo retrasada. Tengo que entrar ya. Sé que el camarada me espera sentado en una mesa lejos de la barra. Avanzo tras abrir la puerta y lo veo. No puedo evitar estremecerme: aunque lo sabía, él también va vestido con camisa azul de la Falange. No sé bien por qué. No sé si es el disfraz para las citas clandestinas, o que trabaje en una oficina de la Falange, no sé. Pero al verlo me da miedo.

Voy hacia él segura, recordando la contraseña, con el libro de Alicia en la mano, como se había convenido. Pero algo me produce desconfianza, no sé qué es. Se levanta al verme arrastrando el bolso, separa su silla y me ayuda a colocarlo a su vera. Le doy la mano y me la aprieta fuerte. Es moreno, más bajo que yo, como la mayoría, con un abundante pelo negro con muchas canas, aunque no tendrá más de 35. Me sonríe apenas y me observa curioso desde sus ojos oscuros. Por

fin me dice: «¿Qué tal, cómo estás?». Y yo le contesto tratando de acordarme bien del diálogo del libro:

—¿Podrías decirme, por favor, qué camino debo tomar?

—Eso depende de adónde quieras ir.

—Lo cierto es que no me importa demasiado adónde…

—Entonces tampoco importa demasiado en qué dirección vayas.

—… Siempre que llegue a alguna parte.

—Te aseguro que llegarás a alguna parte si caminas lo suficiente.

Me sonríe y yo también.

Y con esto me siento ya más sosegada. Me miro las manos, y le miro las suyas. Lleva anillo de casado en la mano izquierda, pensé que había que llevarlo en la derecha. Las mueve rápidamente mientras me habla y llama al camarero, y finalmente deposita la mano derecha en el bolso que traigo, con delicadeza.

Me pregunta por el viaje mientras esperamos los cafés, el mío con leche, el suyo cortado. Me encantaría contarle cómo ha sido el viaje, que no he viajado sola, que una pléyade de fantasmas me ha salvaguardado para estar aquí con la multicopista. A fin de cuentas, gracias a la colaboración de un militante del fascismo. Que él, sí, viajaba solo.

Le pregunto por el tiempo en primavera en Madrid, y algo me dice, no me fijo mucho. En realidad estoy deseando irme y darme una vuelta. Ya estamos en abril de 1941, hace justo dos años que salí de Madrid, todavía con los agujeros de las bombas en las calles y los moros de Franco haciéndose ver en sus caballos. Me fui tan precipitadamente, tras salir de la comisaría de Almagro, tan desposeída, tan confusa, sin despedirme de casi nadie y sin saber cómo lograría esconderme de la policía que me seguía los pasos, que volver ha sido mi gran deseo. Al principio pensé que podría regresar pronto de vuelta, pues me imaginaba que Franco mucho no iba a durar, eso era imposible. Pero a medida que fueron pasando los meses y la guerra mundial avanzaba con las victorias de los nazis, como ahora, me fui dando cuenta de que la cosa iba para largo. Se acabó la improvisación.

Estoy aquí, en mi ciudad que no es mi ciudad, en pleno barrio de Salamanca, y no puedo evitar pensar en lo que echo de menos la vida de antes, y las clases, y que si todo hubiera sido como debiera seguiría siendo una becaria ocupada de asistir a la Facultad de Derecho.

Sé bien que no debo pasear por los lugares conocidos, que tengo que irme al hotel que he reservado y regresar mañana a San Sebastián. Pero me puede el antojo. Aunque no quiero tentar a la suerte, voy a ir

hasta mi barrio y voy a tratar de ver a mi prima Angelines, aunque sea de lejos. Nadie me puede reconocer con el aspecto que tengo, parezco la madre de la chica que huyó, ni yo me reconozco en el espejo.

Pero estoy siendo una maleducada, mi camarada sigue hablando conmigo y apenas le escucho. Me sonríe amable. «Andas despistada». Y le contesto que no, que hacía tiempo que no estaba aquí y que los recuerdos me alcanzan. No debería decírselo, pero no puedo evitarlo.

Termino de tomar el café. No sé de qué seguir hablando y le pregunto por las películas que ponen en los cines de estreno en la Gran Vía. Me observa con la mirada juguetona, quizá asombrada, y me dice que no tiene ni idea. Sonríe y mira su reloj. Yo miro el mío.

—Tendríamos que pagar.

—Sí. ¿Cómo salimos?

—Juntos, y caminaremos hasta la segunda esquina a la derecha. Allí hay una farmacia. Nos despedimos y tú entra y compra algo.

—Bien, pues vámonos ya.

—Sí, esperamos las vueltas y salimos.

En la calle hace fresco. Se pone el gran bolso al hombro y me toma del brazo. Caminamos por este barrio, que la verdad siempre fue un barrio de derechas. Se me hace increíble caminar con un hombre vestido con la camisa azul, y que la exhibe bajo el abrigo. Observo gente que lo mira condescendiente, pero a medida que avanzamos veo miradas bajas, vacías, a su paso. Miradas sin expresión. O eso me parece. Estoy muy incómoda, pero sigo sin más.

Por fin llegamos a la esquina de la farmacia. Se para, deja el bolso en el suelo y me dice quedamente: «Ten mucho cuidado, la ciudad es una ratonera, todo es una ratonera. Mucha suerte». «Gracias, igualmente». «Pues entonces adiós, espero que pronto volvamos a vernos en mejores circunstancias». «Ojalá», le digo, y nos damos un beso.

En la puerta de la farmacia miro hacia atrás. Camina rápido y, como si supiera que lo observo, se vuelve apenas y me hace un pequeño gesto con la boca, no es exactamente una sonrisa, pero se parece.

Entro en la farmacia pensando en qué comprar. Mientras la empleada se dirige a mí inquiriéndome con la mirada, aún muda, pienso en eso de que nos volveremos a ver en mejores circunstancias. Quién sabe, lo normal es que no nos veamos nunca más. No sé su nombre. Pero realmente espero que las circunstancies mejoren.

—¿Tiene aspirinas Bayer? Quería un tubo.

Otra vez en este bar. La última vez estuve aquí con Tina, yo ya con la camisa azul y ella toda de negro, con un velo que le cubría la cabeza, parecíamos disfrazados para un carnaval. Después de la muerte de Tina, no he vuelto nunca. No por algo en particular, es que no ha coincidido. Yo creo que el camarero alto, que debe ser hijo del dueño, era simpatizante nuestro. Bueno, nuestro, o del Frente Popular. Por eso me mira con esa cara de desprecio, si él supiera…

Me siento a esperar. Saco el libro de Víctor Hugo, seguro de que está prohibido por estos curas de mierda, pero como es en francés y lo llevo yo, nadie se fija. Lo llevo siempre para no esperar en vano, me encanta Víctor Hugo, pero tengo últimamente la cabeza a pájaros. Estoy inquieto, la verdad. La gente no me lo nota, porque tengo siempre esa mueca como de chiste, según me dicen. Pero ando agitado, desde que anunciaron que nos mandarían refuerzos para el partido desde el exterior me da miedo. Toda la gente que se fue cuando se nos vino abajo la guerra y se instaló en Cuba, o en México, o en Argentina… no digo yo que no pongan buenas intenciones, pero me resultan muy sectarios. No paran de mandarnos consignas sin sentido, se creen que estamos en febrero del 36. No se imaginan lo que es esto, no entienden que cada día hay sacas desde Porlier, desde Yeserías, desde Ventas, desde todas las cárceles, y que siguen sin parar de fusilar a gente cualquiera, y a nuestros camaradas. Además, llegan confiados, sin darse cuenta de que aquí las reglas de la clandestinidad o se cumplen a cabalidad o estás frito.

Encima yo, infiltrado en la Falange, no lo entienden. Se creen que lo que quiero es vivir sin estrecheces, como si fuera mi gusto estar aquí metido, ir a misa diaria y cantar el *caralsol*, jugándome el cuello. Me dicen, mira el francesito, como un caballero parisino. Unos cojones. La cosa es que desde que pudimos empezar a introducirnos somos más de cincuenta jefes de casa, y eso nos permite un montón de cosas. Para empezar, acceder a las cartillas de racionamiento y sobre todo a las redes de estraperlo. Estos cabrones meapilas de la Falange son los campeones del chanchullo, se forran a cuenta de la pobre gente, todo el sistema de abastos está en sus manos. Los del partido de fuera se creen que acceder a las cartillas y a los abastos es una actividad menor, como un capricho pequeñoburgués. Me río yo del capricho pequeñoburgués, gracias a que estamos infiltrados podemos dar de comer a muchos, y meter en las cárceles comida, que nuestra gente está literalmente muerta de hambre.

Se me ha ido el santo al cielo y esta mujer no ha llegado aún. ¿Qué hora es? Se ha retrasado ya más de cinco minutos, espero dos más y

me voy, a ver si la han cogido con la carga en la estación y ha cantado que ha quedado conmigo. Sí, voy a ir pidiendo la cuenta, no me arriesgo más. Se para un taxi, a ver si es ella. Sale una mujer y del maletero el taxista saca un maletón, debe ser ella. A ver.

Pues sí. Un mujerón. Es muy alta, parece una señorita de la burguesía. Como si viviera en París, pero a lo clásico. Muy sonriente, me gusta cómo me mira. A ver si me acuerdo bien de la consigna. No sé por qué han elegido ese diálogo del cuento de Alicia. Han elegido un diálogo en el que yo hago de gato.

—Hola. ¿Qué tal, cómo estás?

—¿Podrías decirme, por favor, qué camino debo tomar?

Repito con toda naturalidad. El texto, ¿lo habrá elegido ella? Para ser un cuento de niños, me parece que tiene mucho detrás.

¡Qué alivio!, la consigna correcta, todo está bien. Cojo el bolso y me doy cuenta de lo que pesa. Debe ser una multicopista de las grandes, por lo que veo. Nos viene de miedo.

Nos sentamos al unísono y pedimos café. Me extraña que ella no dude en pedir café conmigo. Casi hubiera pedido un aguardiente, pero me contengo. Debe ser una transacción rápida. Le hago algunos comentarios y le digo que tengo prisa, pero me parece que no me escucha, está como distraída, mirando a un lado y a otro. Me fijo ahora mejor en ella, en realidad debe ser mucho más joven de lo que parece a primera vista, bastante más joven que yo. Me gusta cómo sonríe y me gusta así tan poderosa, parece que está a sus anchas, divertida. Viene del norte, me han dicho, quizá allí la vida sea más fácil.

Me pregunta por los cines de la Gran Vía. Yo qué sé. Le digo entonces que tenemos que irnos y rápidamente se atusa el pelo rojizo y salimos. La tomo del brazo y me parece que se pone tensa, pero ir del brazo resulta menos sospechoso. Es más alta que yo. Me gusta ir de su brazo por la calle, yo creo que desde que Tina murió es la primera vez que voy con una mujer del brazo por la calle. La gente nos abre paso por la acera, mi camisa azul es infalible. Quizá ella no lo observe, pero la gente me mira con miedo, o peor, con odio. Yo lo noto, y me alegro, pero como la camisa la llevo yo también me produce canguelo, o no sé qué sensación innombrable, algo como vergüenza. Madre mía, cómo me iba yo a imaginar ejerciendo este papel, infiltrado entre los fascistas.

En la próxima esquina tendremos que separarnos. Demoro a propósito la marcha, pensando en que me agrada ir de su brazo. Aunque este bolso con la multicopista pesa un infierno. Entorno los

ojos y me imagino la posibilidad de tener una vida normal, ir con mi mujer del brazo, pasear después del trabajo, llegar a casa y cubrirla de besos, sin miedo. Soñar no sirve mucho cuando estamos como estamos.

Me despido ya. Le doy un beso. No puedo evitar pensar que esta no será la última vez que la vea, que algo nos ha unido en este momento. No sé por qué lo pienso, cuando en realidad llevamos vidas de soldados o de monjes. El caso es que ella me sonríe y se da la vuelta.

Sigo adelante pensando en que mañana tengo que entregar la multicopista y que ahora debería esconderla en un sitio más seguro que mi propio cuarto. La voy a dejar en el almacén de la Falange, que se jodan. Me río por dentro, me gustaría habérselo podido contar a esta camarada. No sé ni su nombre. Me vuelvo un momento y la miro. Ella también se ha vuelto. Bueno, menos mal, aún me miran las chicas. Sonrío un poco sin que se me note y sigo pensándolo: raro será que nos volvamos a ver, pero lo haremos.

John llega al monte Artxanda acompañado de Luis Fernández. Han subido por la colina del monte desde la ría, refugiándose del sirimiri bajo los árboles. No han hablado nada, o casi nada. John preferiría no haber subido, solo va a estar una noche en Bilbao, el buque parte a la mañana siguiente y no quiere meterse en líos innecesarios. El verde y el gris lo acongojan, tanta tierra húmeda para un marino. Un lecho de cieno y de hongos lo cubre y se introduce debajo de su ropa, del gran chaquetón de piel negro, del jersey de lana, de la piel. Se siente un batracio. Abre la boca en Artxanda y bebe la humedad que le sabe a hierro. Rojo, pero de un rojo sucio. Hierro rojo en la garganta.

—Hay que esperar a Lolitxu, que baje con ella —dice Realinos cuando llegan al caserío.

—¿Por qué? Yo voy con él.

—No, Luis, tú te quedas, que baje con Loli. Ella sabrá qué hacer.

John sigue en la puerta. Les entiende, pero no dice nada. No sabe para qué ha venido. ¿Para hacerse real ante este hombre oculto en esa casa de la colina sobre la ría? ¿Quién es este hombre, para qué tanto misterio? La carga está en el barco, quiere sacarla, es un peligro que esté ahí. No van a poder partir a Saint-Nazaire, la guerra está empeorando. El buque zarpará de vuelta temprano.

Mira a su alrededor mientras les escucha hablar. Le cuesta entender el idioma, aunque sus padres lo mantienen intacto. Pero en Baltimore él ya nunca lo usa, solo en las reuniones cuando llega algún camarada español y tiene que traducirle entre sus compañeros del

sindicato. Cada vez es más difícil, la guerra está avanzando, y no hay quien pare a los nazis. Por eso él aprieta. Aprieta, aprieta. En cada barco se consigue algo, alguien que trae o que lleva, para Vigo. O para Bilbao.

Loli. ¿Quién es Loli? ¿Cuándo llega? Masca la humedad roja. Tiene hambre. Tiene frío. Pero no hace frío. No ha oído los pasos cuando el hombre de la casa le dice: «Ahí está, baja con ella, ella recogerá. Habla con ella, ella puede hablar en inglés». Ella es Loli.

Loli es alta, lleva el pelo recogido bajo un pañuelo. Joven, vestida con una falda negra ancha y un capazo en la espalda. Una blusa blanca. «My English is very simple, very bad. I don't know if I can understand you». «Come on». Ella lo mira y mira hacia dentro. Se vuelve seria, «come on». John no parece marino, es pequeño, rubio, con poco pelo y un rictus de tristeza en los ojos pequeños que no tienen color. Lo mira mejor. Tiene los ojos amarillos.

«Yo puedo hablar español, poquito, pero puedo. Mis padres son asturianos. ¿Por qué me habéis hecho subir aquí?». «Por seguridad». La mira asombrado. Pasear con un marino por ese monte lejos del puerto, eso sí es peligroso. Ella sabe lo que él piensa. Lo sabe, pero se calla. «El camarada quería conocerte, es eso». «¿Para qué? No me ha dirigido la palabra». Masca la humedad roja mientras baja por el camino con la joven. Es el humus. Algo que le inicia. Algo nuevo. Verde, gris. Agua.

Me llamo John. Sí. Todos os llamáis John. Yo Dolores, Loli, Lolitxu.

Me llamo John. Vivo en Baltimore, pero mi familia vive en Nueva York. Emigró allí desde Asturias, desde Cangas. Tuvieron allí sus hijos, somos seis hermanos. Trabajo desde pequeño en el puerto. Me gusta el mar. Primero como estibador. Ahora como marino. Desde que empezó la guerra. Esta guerra también afecta a Estados Unidos, a su gente, pero todavía están empeñados en que no. Pronto se darán cuenta. Soy del sindicato desde los quince años. De estibadores. Sindicato de estibadores. Es fuerte el sindicato, muy fuerte. Cuando empezó la guerra aquí yo quise alistarme en la Brigada Lincoln, pero se alistó mi hermano mayor. Yo me quedé. Mi hermano mayor no regresó. Murió. Aquí. Dicen que en el asalto al cerro del Mosquito, en Brunete. Pero no lo sé. Si tengo una hija la llamaré Bruna, y si es un hijo, Bruno. Para recordarle. ¿Que cuántos años tenía? Tenía veintitrés, como yo ahora, era mayor que yo. Se llamaba… se llamaba John. Se llamaba John y era de la Liga de Jóvenes. Yo también después. Nos mandaron una carta Pasionaria y Steve Nelson, diciendo que había muerto por la

libertad. Pero no llegó nada de él, nada. Todo desaparecido. Mi madre aún cree que está vivo, hace cuatro años ya. Cuando regresaron los de la Brigada preguntamos por él, pero no dimos con nadie que lo conociera. Yo seguí en contacto con ellos, y en el sindicato. Luego llegó gente vuestra y empezamos a ver cómo ayudar. Nada fácil. Cómo ayudar, con los nazis avanzando. Pero esto no puede durar, el conflicto mundial nos va a favorecer. Lo sé. Hicimos un grupo, un grupo en el puerto, para poder embarcar las cosas. Otro grupo de marinos. Para poder transportarlas. No, no todos hablamos español, pero la mayoría sí, un poco, algo. Empezamos a traer dinero, ya lo sabrás, dólares para poder cambiar. Eso venía bien aquí. Luego también la propaganda, cuando se pudo empezar a imprimir en Nueva York. O cuando los barcos salen de Veracruz, o hacen escala. O en Puerto Rico. O en La Habana. Y después las máquinas de escribir, las multicopistas. No es fácil traer las multicopistas. Hay que traerlas en piezas. Luego no sabéis armarlas. Hacemos la traducción de las instrucciones en los días de travesía, pero no siempre sirven. Trajimos multicopistas, pero no trajimos tinta. Hay que traer tinta. Noticias, noticias y tinta. Lo del dinero no es fácil. Conseguimos dinero allí del sindicato, y de muchos emigrantes. Como mis padres, que estuvieron durante toda la guerra haciendo campaña en Nueva York por la República. Pero la guerra se perdió. Para nosotros también. Mi padre dijo: he perdido un hijo y he perdido un país, ya no tengo país al que volver. Y pidieron la ciudadanía americana. Yo también. Yo también la pedí. Ya soy americano. Pero no quiero quedarme sin país, como ellos. Nunca he estado en España, solo aquí. En el puerto, con las cosas. En otro puerto también. En Vigo. Allí conocí a… ¿Que me calle? ¿Por qué? Bueno, pero nadie va a detenerme a mí, nadie podría imaginar. Yo soy ciudadano americano, me llamo John. Y ya está. En Baltimore, cuando me acuesto, solo queda ruido. En el mar, tras el ruido de las máquinas, está el silencio. El mar no se oye. Solo el silencio. La soledad. Solo yo, en ese espacio, sin lugar al que agarrarme. Por eso estoy aquí, porque mi hermano me dijo «No perdamos las respuestas». No perdamos las respuestas. Hay que actuar. Ahora yo quería saber cómo había sido con la carga anterior. Si había servido. Por eso subí a ver a ese camarada al monte, para que me dijera si está funcionando. O me diera una carta con esa información. Tenemos que saber si fue una buena idea. Una idea buena. No sé quién la tuvo, quizá vosotros. Pero ¿os ha servido? ¿No sabes de qué se trata? Tenemos que ver a alguien que lo sepa. El otro que me subió hasta el monte sí sabe. No, la carga no la traje yo, la

trajo otro camarada. Desde Nueva York. No, no era John. Era Stewart. Pero sabe poco español. Ahora quiero saber si seguimos mandando las cargas. ¿Cómo puedo averiguarlo? ¿Tú no tienes ninguna carta para mí? El barco sale mañana, tenemos que saberlo hoy. Sí. Lo sé. Pero tenemos que verlo hoy. Ya hemos llegado. Ese es el buque, lo ves. Ah, ya lo conoces, el Lehigh. Yo volveré y estaré allá, en la bocana. ¿Allí no? ¿Dónde entonces? ¿En el bar de Portugalete? Bueno, ¿vendrás tú? Aquí tengo los partes de guerra ingleses, guárdalos. Son los de noviembre. Lo pone aquí, ¿lo ves? Noviembre de 1940. ¿Por qué queréis estos partes de guerra? ¿Solo publican los alemanes? Bueno, está difícil la guerra. Los franceses se retiraron como gallinas. Pero vamos a ganar. Luego vuelves. Adiós, Loli. Me llamo John.

Manoli vuelve de nuevo en el tranvía. Piensa a quién acudir. No va a decírselo a Luis, la relación con él cada vez le resulta más compleja. No quiere hablar con él. Mejor es buscar a Jesús Ugalde. Irá al banco, lo esperará cerca de la plaza Moyúa. Pero antes tiene que ir a limpiar una escalera cerca de su casa. En la calle Henao. Se la consiguió una vecina.

Cuando baja del tranvía, el sirimiri es ya lluvia, lluvia de otoño, lluvia fría. Camina rápido, sujetando la falda negra con la punta de una mano y el capazo en la otra. Pasa por el bar de Onofre para ver si tiene posos de café a la venta. Posos de café. Con eso su madre hace un cocimiento con una leche aguada que consigue en una casa donde va a lavar y planchar. Desayunan y cenan esos posos con migas de pan negro. A veces un huevo. Hay días que puede ir al mercado con la asignación que le pasa el partido. Pero no siempre.

De rodillas en las escaleras blancas y negras, las manos se le ponen rojas. Muy rojas. Algo le produce esa reacción en las manos, debe ser el jabón tan fuerte con el que friega. Va limpiando cada peldaño con la bayeta y cada cinco o seis mete la bayeta en el cubo de agua con el jabón, la enjuaga, la retuerce con fuerza y vuelve a empezar. ¿Qué será el envío al que se refiere el marino? ¿Por qué les han hecho subir a Artxanda a ver a Realinos, luego bajar de nuevo al puerto, sin decir nada? ¿Por qué no le han dado la información a John? Necesita llevar los partes de guerra a sus contactos, los tiene guardados en el capazo, debajo del paquete con los posos de café. Pero estaba previsto que le diera también propaganda para reproducir, y no le ha dado nada. Baja cada peldaño y trata de ir cada vez más deprisa, para llegar a encontrar a Jesús. Jesús le da confianza, Jesús, que le dice que va a buscarle un trabajo de contable con él en el banco, Jesús, que es muy

serio, muy callado. El día que ella lo llevó a la primera reunión con Valeriano, recién llegado de Madrid, Jesús estaba pálido. Como muerto. No entendía por qué. Luego, cuando lo comentó con Vale, se dio cuenta sola. Jesús tuvo miedo. Todos tenemos miedo. El miedo forma parte del día a día. Por eso va tan rápido, por eso mira constantemente hacia abajo, pensando que un guardia puede entrar de repente por la puerta y ella tendrá los partes de guerra ingleses escondidos en su capazo. Miedo tiene cada día cuando llega a su casa y ve a su madre y a su hermana. Ya no ve a su padrastro, que cuando estaba borracho era un imprudente. Cuando se trasladaron a la habitación en casa de Luis, su madre lo dejó en el camino. «Me llevo separando de él desde que lo conozco, desde que nos casamos». Ahora también se ha vuelto a separar, por la seguridad de ella, por la seguridad de todos.

Acaba de limpiar el portal, abre la puerta grande que da al patio, deja allí el cubo y las bayetas y sale a la calle. Antes, mirando el espejo del portal, se quita el pañuelo de la cabeza y se arregla el pelo. No le gusta llevar el pañuelo que su madre le coloca cada mañana. No se ve, no se siente parte de esa imagen. ¿Se avergüenza? ¿De parecer una obrera, una mujer que limpia escaleras? ¿Es por eso?

Se aleja de esta idea cuando sale a la calle en busca de Ugalde. Avanza rápido hasta la plaza y se aposenta en la esquina a la espera de la salida de los trabajadores del banco. Mira el reloj de la fachada y respira. Respira pensando cómo resolver la situación, que Jesús Ugalde sepa algo, que le dé las claves, que la acompañe a ver a John a Portugalete. Que salgan del entuerto y ella, además, consiga la propaganda. Y la tinta, la tinta de la multicopista que está en algún lugar escondida. Tiene frío, ese frío húmedo que te cala, aunque ahora ya no llueve. El frío gris de la ciudad. Un frío por dentro. Algo no le gusta, algo está fuera de su control, algo se le escapa. Quizá debería irse, por seguridad, por prudencia. ¿Pero irse adónde?

Al fin los oficinistas empiezan a salir por la puerta principal. Con su traje gris, la corbata negra, ni alto ni bajo, la expresión sin gesto, el pelo sin brillo, Jesús parece nadie. Luego en la distancia corta los ojos le brillan. Se adelanta un poco para que él la vea. La ve, sigue hacia delante y se para poco después. «¿Podemos hablar?». «Solo un momento». «El Lehigh está aquí, y necesita respuestas sobre la carga anterior». «¿Qué respuestas?». «Si fue útil…». Se hace el silencio, Ugalde mira hacia delante, hacia los lados, hacia sus zapatos y luego a ella. «¿A qué hora llega Valeriano de Madrid?», dice Jesús. «Ya llegó, creo yo». «¿Lo verás?». «No lo sé». «Tienes que verlo, yo estaré

también».

Ella continúa caminando hacia su casa. Mirando a los lados, como de costumbre. Ugalde le resulta siempre misterioso, entre precavido y taciturno. Con Valeriano es diferente, es como hablar con un hermano, es un «hermano de guerra», como él dice. Necesita que Vale actúe, rápido. John necesita respuestas.

«Tengo demasiadas noticias que darte». Manoli lo mira divertida. Con Valeriano no hay tregua, cada vez que llega de Madrid se abre una espita. Una espita que la llena de actividad y le devuelve vida. Cuando habla con él parece que todo vaya a cambiar de repente, como si se dibujaran miles de personas avanzando junto a la ría rodeadas de banderas rojas. Un paisaje de película soviética. Con él puede discutir de la situación política con normalidad, sin necesidad de pedir permiso. Opinar, arriesgar, planear en común. Hay momentos que parecen volver al Madrid en guerra, esa sensación de que el mundo te protege, que estás refugiada en un lugar sin brumas, que ninguna de esas balas que oyes silbar a tu alrededor tiene nada que ver contigo. Vale es un hermano mayor lleno de pasión. Tan pequeño, apenas le llega al hombro. También es más bajo que Cony, su mujer. Pero es guapo, con cara de actor francés, dice él. Y esa expresión dulce que sirve de acogida.

—Tengo demasiadas noticias que darte.

—Sí, pero ahora lo urgente es qué hacemos con John. Jesús Ugalde me ha dicho que también llegará y en un rato hay que ir hasta Portugalete, juntarse con él, y alguien deberá estar en el puerto, recoger lo que sea, y llevarlo a sitio seguro.

Valeriano insiste. «Tengo demasiadas noticias que darte». Y le cuenta que en la dirección del partido de fuera, la de México, la de Francia, Dolores y Uribe, Carrillo, están inquietos con la organización del partido en España. Manoli oye por primera vez en su vida el nombre de Heriberto Quiñones. Mucho lo oirá a partir de entonces. Valeriano le cuenta que desde el exterior se tiene una idea muy distorsionada de la realidad de dentro, que les parece que la militancia siempre se expresa quejumbrosa y desanimada, mientras ellos desde fuera ven que con un pequeño empujón todo se resolvería rápido. La propuesta de la dirección quiñonista es abrirse a cuanta gente antifranquista esté a disposición, desde los libertarios hasta la derecha democrática. Lo han llamado unión nacional. Los del exterior no lo ven. «Nos toman por niñitos desde el exilio. Van a mandar gente a dirigirnos. Que venga gente de fuera me parece bien, la verdad, pero

los que estamos aquí dando el callo algo tendremos que decir, ¿no?». «¿Y qué vamos a hacer?». «Eso digo yo, ¿qué?».

Ella se mira las manos. Recuerda. Recuerda el ruido de los obuses en la Gran Vía, los chatos volando sobre el cielo de Madrid haciendo cabriolas después de los bombardeos de los italianos, la escasez, la gente refugiada en el metro. Recuerda, y se recuerda saliendo asombrada de la cárcel de Ventas y viendo las banderas monárquicas colgadas de los balcones. Recuerda, recuerda el silencio de Almagro, el miedo, el pasillo que llegaba a la estancia de los interrogatorios, el sonido seco, el olor acre, la sed, la sed. De un manotazo, se quita algo que le sobrevuela junto a los ojos. Se lo quita de en medio, lo expulsa, lo esconde. «Los hombres tenéis mucha capacidad para liar las cosas y para reñir siempre por quién los tiene mejor puestos, ¿verdad? Olvídate. Estamos aquí para que esto cambie, vamos a lo nuestro. John nos espera en Portugalete, tengo que darle una respuesta y organizar la recogida de la nueva carga. Eso es lo que tiene que preocuparnos. No es momento para lo otro, hablaremos después. Dime qué, dime algo».

—Mira, Manoli, estamos organizando un salto enorme para la organización. Para eso tienes que venirte a San Sebastián cuanto antes.

—¿A San Sebastián? ¿A qué?

—Vas a trabajar en la administración de una juguetería muy importante. Te necesitamos allí.

—¿Una juguetería? ¿Haciendo qué…?

—Una juguetería que va a ser el centro de muchas cosas. Y tú desde la administración podrás facilitar mucho, todo.

—No te entiendo, Valeriano.

—Ahora no quiero contarte más. Pero este es el plan. Antes de que venga Ugalde quiero contártelo. Cuanto antes, debes estar en San Sebastián. Lo primero es alquilar una casa en condiciones, una casa decente en el centro. Una casa de tres habitaciones, en un buen lugar. Vete con tu hermana al principio si quieres, quizá pueda ayudarte. Antes cómprate ropa de calidad, vas a ser una profesional, necesitas cambiar de aspecto. Ponerte a nivel.

—¿Así de fácil? ¿Compro ropa, cojo a mi hermana por los hombros y me largo sin más? Necesito un poco de tiempo, Vale. Un poco de tiempo. Vivo con mi madre y mi hermana en casa de Luis, ya lo sabes. ¿Las voy a dejar solas ahí?

—A Luis, ni palabra, para empezar. Lo siento, Manoli, pero hay que actuar con rapidez. Dentro de una semana tendrás una reunión

con un camarada que trabaja en la juguetería, es el sobrino del dueño. Él te tiene que poner al día de tus labores formales. Y yo del otro trabajo a hacer —y se ríe él solo—. Vas a combinar cosas, pero no es el momento de que te las diga. Mañana te voy a dar dinero, lo suficiente para que vayas holgada, y puedas ir haciendo todo. Pero hay que ir rápido, no podemos perder el tiempo ni la oportunidad.

—¿Y tú?

—Yo también voy a trabajar en la juguetería. A tus órdenes en realidad.

—¿Una juguetería? ¿Por qué una juguetería?

—Ya lo entenderás, ya te lo contaré. Es una oportunidad, es una gran oportunidad. En Madrid están como locos con la idea.

—Has llegado lleno de cosas, Valeriano. No me da tiempo a pensarlo.

—Y una cosa más, Cony va a venirse a vivir contigo a San Sebastián.

—Pero bueno, ¿y eso? ¿No está segura en Madrid? ¿Le pasa algo?

—Sí. Le pasa. Le pasa que vamos a tener un hijo.

—Toma ya, vaya noticia. Vas a ser padre, Vale. Qué noticia, qué noticia.

—Puf, ¿qué te parece? En medio de esto, en medio de esto, pero así es la vida. —Y vuelve a reírse mientras le toca el hombro y ella le acaricia la cara como si fuera un niño.

En medio de esto. Siempre es en medio de esto. Se queda mirando hacia la ría. La ría que está roja, roja el agua, roja alrededor. No rojo de sangre, rojo de hierro. En medio del rojo como hoguera. Así llegan los niños al mundo. Así llegó ella, también en medio de algo. Nunca es la oportunidad. No para ellos, en medio de esta brega. ¿Se imagina luego, más tarde, con más años? ¿Qué se imagina? Su figura recortada frente a la ría dentro de diez, de veinte años. Frente a la ría, rodeada de hijos. Alguno al menos. Frente a la ría, en un mundo diferente. ¿Diferente a qué? A este, a este que tiene las cárceles llenas, que solo parece arreglarse con los hombres matándose y las mujeres muertas. Pero huye también de la imagen del futuro como huyó de la imagen del pasado, la espanta de un manotazo junto a sus cejas.

—Valeriano, ¿tienes un pitillo?

—Sí tengo. Pero no pensarás fumar aquí, no puedes.

—¿Por qué no? No nos ve nadie, si llega alguien te lo doy.

—No se puede, no seas loca.

—Quiero un cigarro. Dame uno. ¿Me tomas por idiota?

—Manoli…

—Dame un cigarro. Y cerillas. Y vayamos a lo urgente. ¿Qué pasa con la carga?

John espera en el barco y vuelve a contar los paquetes. Son seis cajas, no muy grandes. Las ha envuelto en tela de saco y las ha atado con un bramante azul que ha encontrado en el camarote de cubierta. Dentro llevan serrín, para que la humedad no las estropee. Sabe de su valor, sabe que tienen que funcionar perfectas, que no pueden encasquillarse, que no se pueden parar a mitad de su función. Que deben ir finas, exactas, precisas. Por eso valen lo que valen.

Son muchas esta vez. Son muchas, pero no las han pagado aún, porque no sabían si el envío anterior había servido, no les han mandado información. Así que las ha traído a riesgo, con la posibilidad de devolverlo todo en Nueva York a la vuelta, a los contactos que allí las han conseguido. No ha sido fácil obtenerlas, están muy valoradas, con la guerra en Europa todo se ha vuelto complicado, más arduo, más peligroso. Demasiado apreciadas estas piezas, y todavía no han reunido todo el dinero para poder pagarlas. Pero si se quedan aquí, las pagarán rápido. Y traerán más. Muchas más. Al menos ahora hay quinientas. De distintos tipos, la mayoría de las normales, las que más se buscan. Cuando tiene una en la mano, el metal helado entre sus dedos, siente un escalofrío. Recuerda a su hermano antes de irse, a su hermano ahora agigantado, lo evoca como un referente, alguien que le acompaña, que lo tiene dentro, como si viviera en él. Lo recuerda mientras acaricia el metal. Como ahora, recuerda su recuerdo.

Sale del barco y camina hacia el tranvía. Portugalete está muy cerca. Ya es casi la hora.

El tranvía avanza junto a la ría. Manoli está dentro. Sola de nuevo, aunque luego otros irán a por las cosas. Está sopesando tanta información. Un nuevo cambio, otra ciudad, otra identidad, otra vida. ¿Adónde conduce? Sentada en el tranvía, mira la ría y mira las fábricas, que son como bocas de humo, de ruido, de gente del color del clima. ¿Adónde va? A Portugalete, sí. A por la carga. Pero ese tranvía parece que la lleva a otro lugar.

Sonríe sin mover la boca, por dentro, al recordarlo. Cuando Valeriano se lo dijo. «Pero claro que ha sido útil la carga. Díselo, dile que es perfecto, que es perfecto. Que las hemos colocado todas, y que

con esto la organización ha dado un salto. Económico, al menos. Agradécele. Es una idea genial: dile que necesitamos más, hasta inundar el país. En cada provincia tienen que recibir una caja, por lo menos». «¿Pero qué es esta carga, qué nos mandan?». «No podrías imaginártelo». «¿Son armas, no? Pistolas, revólveres, artefactos…». «Sí, son bombas, bombas que nos llenan de pesetillas. Bombas, bombas». «¿Por qué te ríes? ¿Bombas?». «Tú misma las vas a ver, las recibirás en San Sebastián». «Qué locura, eso no me lo habías dicho. Eso me da miedo, Vale. Madre mía…».

—No tengas miedo, son bombas muy especiales. Son plumas.

—¿Plumas?

—Plumas, sí, plumas. Plumas estilográficas. Plumas Parker. —Y Valeriano suelta esa risa que desborda el mundo, mirando la boca abierta de ella.

Un universo de plumas, piensa mientras baja del tranvía al encuentro de John. Un mar de plumas. La venganza sobre el capital, comerciar con plumas. Comunistas haciendo estraperlo con plumas Parker. Franco cayendo gracias a unas plumas.

El barco con John se ha ido, las plumas a buen recaudo. Cruzando el puente del Arenal con su madre al lado, la ría parece una boca negra. El frío de invierno. Van hacia los juzgados, como han ido otros días. No lo cuenta a sus compañeros del partido, es como un juego, se salta las reglas. No es nada seguro ir a los juicios que se llenan de público solo con la idea de hacer bulto, de que la gente juzgada no se sienta asolada, perdida frente a los militares que preguntan y que no escuchan. La gente muda se agolpa en la sala y su presencia cambia el clima, lo hace menos hostil. Protege. Acompaña. Primero no entendió a su madre. Esa costumbre de ir cada tanto a los tribunales en el casco viejo, con encausados que ni siquiera eran gente cercana, simples conocidos de conocidos, nombres que su madre escucha en las casas donde lava, en las cocinas donde trajina, en las orillas de la ría, nombres de gente que va y que viene en medio de este constante bregar frente a los guardias. Dentro, en la sala oscura del juzgado, se sentía parte de una masa, una cara átona entre decenas de facciones sin expresión, el grito mudo que estallaba en la sala con cada sentencia proferida, un relámpago sin voz que detonaba en cada juicio y daba calor.

Lo entendió cuando le preguntó a su madre por qué ir, burlando el riesgo de su vida clandestina. «¿Por qué, hija? Qué pregunta. Porque somos vascas».

Porque somos vascas. Aún no sabe Manoli que habrá de recordarlo cada día de los días que le quedan, hasta el final. Recordando aunque duela, no dejando aflojar los sentimientos para no sentirse frágil.

A ese viejo sacerdote le pregunta el militar que hace de juez, y el cura anciano responde como si fuera un niño en su mal castellano: «¿Que si yo cuidar de los del monte? Claro, los cristianos viven en los montes, también. ¿Que si yo dar de comer a los huidos? No huidos, señor, ellos conmigo en la parroquia». «¿En la noche estaban en la parroquia?». «En la noche y en el día, dios está con nosotros». «¿Y no escuchaba los ruidos de la gente en la noche, no escuchaba que estaban disparando a la guardia givil?». «Gauez oihuak bakarrik entzuten dira. Oihuak». «¿Qué dice? Hable en cristiano». «Siempre hablo cristiano».

Al día siguiente les dirán la sentencia. El cura y el resto de aldeanos volverán al cuartelillo. Mañana los llevarán a la cárcel, saldrán acompañados de la gente. Los cubrirán todo el camino y los guardias no se atreverán a despacharlos. En silencio. Los gritos se quedan dentro.

Cuando suena el teléfono en su flamante escritorio, casi salta del susto. Es Valeriano. «Hoy llegarán dos para que les hagas contratos. Quizá los conozcas. Ahora él se llama Tomás Pérez. Y ella María Jiménez. Ya sabes. Formarán parte del equipo de viajantes. Él se hospedará en casa unos días. Ella irá donde el periodista».

La primera en llegar es la chica. Se conocen hace años, de Madrid, trabajaban juntas en el comité del partido. Era periodista, bastante mayor que ella. Con el gesto duro, pequeña, rotunda. La mirada honda. No pueden evitar abrazarse, nadie las ve. Sola en su despacho, Manoli se siente protegida. Ahora es Dolores García Santisteban, la responsable administrativa de Juguetería Casa Justiniano. En el centro de San Sebastián, en la calle Loyola.

Caminan las dos mujeres hacia la casa de la calle San Marcial, esa casa preciosa que ha encontrado cerca de la juguetería. Pasean por la que es para la recién llegada una ciudad desconocida. Saludan al portero y suben la escalera de madera rápidamente hasta entrar en el piso ahora vacío. Por el cristal del balcón se sumergen las primeras hojas en los plátanos, el runrún de la primavera adelantada. «¡Qué sitio precioso!». «Sí, es un piso precioso. Y nos sirve bien. Tiene cuatro dormitorios, uno para Vale y Cony y el niño cuando nazca, el otro mío, y el resto para todos los invitados como tú». Y se ríen como si aún estuvieran saliendo de la oficina del partido de la calle Serrano y

se fueran caminando por Alcalá para ver una obra de teatro, una zancadilla en medio de la guerra. Parece otra vida. Algo lejano.

—¿Cómo ves todo esto?

—La juguetería nos ha permitido dar un salto total, la red de gente que trabaja como viajante nos permite muchas facilidades, te puedes imaginar. —Saca un cigarrillo del bolso y lo enciende. Con un gesto ofrece, pero su amiga no quiere.

—¿No te has movido de aquí?

—No, desde que llegué en mayo del 39. Entre Bilbao y San Sebastián. Encontré a mi madre, todo un novelón. Ya te lo contaré. Y solo he viajado por la zona.

—¿Tú no viajas como los viajantes?

—No, yo estoy aquí tratando de que vuestros viajes den sus frutos. Bueno, una vez he ido a Madrid, hace poco. Trasladando una multicopista. Una aventura. Tenía que llevarlo una camarada. La compañera de un dirigente de Madrid. Al parecer era una muchacha con aspecto como de adolescente, delgadita, con gafas, con trenzas. Y les pareció que no podía ser, que resultaría sospechosa. Fui yo, y menos mal, porque la estación estaba tomada buscándola a ella. Una aventura, pero salió bien.

—Pero ¿cómo ves la situación tú desde aquí?

—Me es difícil hacerme una idea, Concha… Perdona, María, tengo que acostumbrarme. En San Sebastián vivimos completamente sumergidos en nuestro papel. La información sobre la guerra mundial es más fácil aquí, estamos más cerca, tenemos acceso. Al principio parecía que nada se movía, o que Alemania iba a ganar sin más, pero de repente en estos meses todo es distinto, Hitler no ha conseguido desembarcar en Inglaterra, en África los ingleses han entrado en Etiopía, los fascistas italianos no han conseguido llegar a Atenas. Y esto nos pone en otra situación, eso discutimos aquí por las noches.

—¿Pero a nosotros eso qué nos importa? Estamos lejos de ahí, Manoli. Yo he estado escondida en casa de mi madre, en Mansilla. No te imaginas, perdida en medio de la provincia de León. Ha sido horrible, no solo porque parecía que había viajado a la Edad Media, no podía ni salir de casa, toda la gente en misa, y los franquistas han matado a medio pueblo, a medio pueblo. No te puedes creer el miedo, el miedo se come con la comida, solo hay miedo. Nada más llegar me encontré que habían puesto en la puerta de la iglesia a cuatro mujeres rapadas al cero, allí colocadas las pobres. ¡Qué vergüenza! La gente está agotada y tiene miedo, Manoli. Esto se va a hacer eterno.

—Concha, que no, que esto no puede durar. Yo sé cómo están

reprimiendo, lo he sufrido en mis carnes. Si no hubiera huido de Madrid me hubieran liquidado también. Pero este régimen no puede durar. No hay de nada, la gente pasa hambre a raudales, salvo los señoritos que acceden al estraperlo. Pero la gente está harta, estoy segura. Lo veo, lo veo porque aquí encontramos apoyo, solidaridad.

—Esto es Euskadi.

—Bueno, pero los viajantes nos traen noticias, y seguimos organizando cosas. Gente que se suma. Claro que nos encarcelan y nos matan, pero… no sé, no se puede perder la esperanza. Este tiempo ha de acabar. Tú eres periodista, bien sabes que la situación internacional lo va a decidir, ya lo decíamos en la guerra cuando queríamos resistir…

—No te digo yo que no influya. Pero yo soy mayor que tú, estoy vieja ya.

—No digas tonterías.

—Sí, te digo. Estoy aquí porque no puedo vivir ahí escondida en casa de mi madre, en ese pueblo, ahí metida como una… como una alimaña. Pero no veo claro lo que dices. Además, la consigna soviética no es esa, ellos dicen que esta no es nuestra guerra, mira el pacto entre ellos y Alemania, es como cuando Lenin quiso abandonar la Gran Guerra. Esta guerra no es la nuestra.

—Mira, lo bueno de estar lejos de los postulados y las consignas aquí arriba es que no puedo darme la vuelta como un calcetín de un día para otro. Cuando supimos que Stalin y Hitler se habían puesto de acuerdo, no entendimos nada. Yo estaba en Bilbao, haciendo cosas de apoyo, recibiendo lo que nos llegaba de América en los barcos. No podía explicarme qué estaba pasando. Que no te engañen, los camaradas al principio se quedaron también patidifusos, luego empezaron a tratar de explicarse. Cuando yo me hacía cruces con el tema, me mandaban a callar. Joven y mujer, como si fuéramos tontas. Pero nos jugábamos el tipo para conseguir los partes de guerra ingleses que llegaban en los barcos mercantes. ¿A cuento de qué si no era nuestra guerra? Total, he optado por callarme, en realidad es un tema del que hablamos muy poco, porque no hay quien lo entienda. Y el resto nos lo restriega por la cara. A nosotros lo que nos interesa es que los aliados ganen y que luego liberen este país. Tenemos que defender la democracia, la libertad, lo mínimo. Que no nos maten. Que no nos encarcelen. Que la gente pueda regresar. No sé, yo te digo la verdad, cada fracaso de Hitler es una alegría para mí.

—Pero Stalin tendrá sus razones, seguro que las tiene.

—Seguro, pero la cosa para mí está clara, Concha. Nos están

matando, matando, ya lo ves. Y no vamos a morir así por las buenas. Lo tengo claro, no nos podemos equivocar de enemigos.

—Bueno, bueno. A ver, cuéntame mi trabajo.

—Yo solo sé una parte, adónde enviarte y alguna cosa que tienes que llevar. Pero el trabajo concreto no lo organizo yo. Esta noche o mañana verás a quien te diga. Yo sobre todo tengo que hablarte de las plumas.

—¿De las plumas?

—Sí. No te lo vas a creer, pero están sirviendo mucho.

—¿Plumas?

—Plumas Parker, Concha. Sí. Verás…

Sobre la mesa se despliega un mapa del norte de España, un papel, y un paquete pequeño envuelto en papel negro. Las dos mujeres se sientan y miran. Las manos dibujan escenas por encima del mapa, pequeñas anotaciones en la hoja de papel, voces bajas, risas, más anotaciones. Las manos de Manoli toman el paquete, desenvuelven cuidadosamente el celofán y abren la cajita de cartón. De dentro salen seis plumas Parker. El modelo 51, «la pluma más buscada». «Las hay así, normales, negras con capuchón metálico. Pero también tenemos granates. Las mejores son las de capuchón bañado en oro». «¿Y se venden fácilmente?». «Nos las quitan de las manos. Mira, ves el plumín, apenas se ve, por eso la tinta no se seca cuando la tienes sin el capuchón, pero luego se seca inmediatamente en el papel, no se mancha. Esa es la cosa». «¿Y a quién se lo vendemos?». «¿A quién va a ser? A los dueños del estraperlo, a los burguesitos finos, a señoras que quieren hacerle un buen regalo a sus maridos, a los gerifaltes del régimen, de la Falange, a curas, a médicos, a militares, a jueces… Con lo que sacamos mantenemos todo esto».

Todo esto. Los salarios, los viajes, las pensiones, la reproducción de propaganda… todo esto. Las dos se quedan en suspenso con las plumas en la mano. «Necesitamos tinta». Con las cabezas agachadas sobre el papel, mirando como un juego, un vuelo entre sus dedos. Una sombra que se cruza, el silencio. La luz del atardecer que se filtra entre las cortinas del balcón de la calle San Marcial. «Sí, lo sé, las sentencias también las firmarán los militares de los tribunales con estas plumas. Las condenas. Con nuestras plumas».

El croquis de los viajantes descansa sobre la mesa. María está en Galicia, Valeriano en Valladolid, Julián en Valencia o en Alicante. Tomás acaba de llegar desde Madrid. Viene en realidad para recoger a Jaime, el *Veinteaños*. Jaime está en la casa, recién llegado de Cuba.

Feliz de regresar a su tierra después de dos años dando vueltas, ahora retornado como polizón en el buque Artigas a Bilbao, cargado de propaganda y con nuevas cajas de Parker. No deja de hablar de su reciente boda con una chica cubana. Se queda mirando al infinito mientras Manoli trata de explicarle cosas básicas, cuidados elementales, realidades nuevas. Él quiere estar aquí, pero quiere estar en La Habana, y ni siquiera tiene una foto de su reciente esposa. Pronto se da cuenta de que Jaime no puede ser viajante, está demasiado atolondrado, ha venido a otra cosa, no se cree lo que se le cuenta, escucha pero no escucha.

—Tomás, creo que con Jaime tenéis que hablar ya. Ha venido con las directrices desde México y anda convencido de que vamos por mal camino.

—Me he dado cuenta. En Madrid también lo intuyen. Por eso me lo voy a llevar allí y que hable directamente con la dirección y con Quiñones.

—Pues no sé qué decirte. Habla locuras contra Quiñones, que si tiene posiciones burguesas, que si es un engatusador. No sé, los de fuera se marcharon y siguen viendo la realidad como si no estuviésemos en medio de esta locura, como si no nos mataran. No sé, no sé.

Se acuerda de las recientes caídas en Sevilla. Su viajante se salvó por los pelos, pudo esconderse y salir hacia Jaén. Por lo menos cogieron a noventa personas. Los juzgaron a toda velocidad, en apenas un mes, y condenaron a la mitad a pena de muerte. Luego los fusilaron en tres días, cuarenta de una vez, mujeres y hombres. Solo por una inmensa fortuna nadie relacionó a la juguetería, ni encontraron la propaganda, ni vieron las cajas de plumas que el viajante tiró al río mientras corría. Solo una casualidad los mantiene aún vivos. No tiene humor para hablar de lo que opinan los de fuera. Que están fuera.

Los viajantes hacen su trabajo, venden juguetes, la empresa crece. Liberto, el sobrino del dueño, hace que no mira cuando ve el dinero que llega, las cajas con las plumas, las reuniones a deshora. Los viajantes van y vienen. Además, hay que seguir atendiendo a los barcos, al Lehigh, al Artigas, al Cold Hamburg, que traen el maná, que traen las multicopistas, que traen dinero. A cada John que informa de lo que pasa en el mundo. De momento, todo parece fluir, una máquina engrasada que permite contactos, que genera adhesiones, que traslada sangre al cuerpo exhausto.

—Loli, una cosa, alguien tiene que ir a Albacete en una semana.

Quizá Rafa —dice Tomás casi de pasada.

—Rafa no puede. En los próximos quince días, no creo que pueda nadie.

—¿Y qué hacemos?

—¿No podrías acercarte tú desde Madrid ahora cuando vuelvas? Sería lo más fácil —se vuelve para mirarlo y ver su reacción.

—¿Podrías organizar el envío antes de mañana?

—Claro. ¿Tengo que saber algo sobre el contacto para disponer las entregas?

—Nada, salvo que los de Albacete son sastres. Sastres y sastras. Pues iré yo entonces. —Y Tomás retorna la cabeza al papel sobre la mesa.

Por la noche, en casa, le entrega a Tomás el envío para Albacete. Ni se figura cómo es Albacete, ni Sevilla, ni Zaragoza, ni Alicante. Desde su escritorio el croquis se despliega y trata de imaginar quiénes son, cómo viven, dónde lo esconden… Imagina sin preguntar, imagina construyendo una tela de araña. Una tela de araña que no se vea ni al trasluz, con hilos trasparentes. Se sitúa en medio tejiendo y tejiendo, como si fuera un tapiz, a sabiendas de que el hilo que parece fuerte resulta tan endeble que un simple manotazo puede destruir todo. Confía en su memoria, un refugio para no apuntar nada que no sea el tránsito de juguetes, de pedidos, de billetes. De la Juguetería Casa Justiniano.

—Tomás, necesito que me hagas un favor personal.

—Tú me dirás.

—Tengo que mandar un paquete a la cárcel de Tarragona. Quiero que alguien que pueda lo haga desde Madrid.

—Dame los datos. ¿A la cárcel de hombres?

—No, a la de mujeres. Es para mi amiga Feli. Felipa Plaza González.

Feli. Manola. Las chicas de la calle Orellana. Se acuerda de los paseos a la Casa de Campo antes de la guerra, esa permanente brega de un lado a otro. Y después, la despedida, la sensación de que el mundo se les había quebrado, ese objeto que creyeron de acero y se arrugó como papel cebolla. A Feli y a su padre los encarcelaron por la denuncia de una vecina. Su madre y sus hermanas vivían muy mal en Madrid, la ciudad sitiada desde dentro, con todo racionado. La ciudad del pan amarillo, esas pelotas fabricadas con mondas de patata y cáscara de manzana. A Feli podía enviarle leche condensada, chorizo, unas latas de sardinas. Algo que sirviera para aliviar el hambre. El

hambre que recuerda de la comisaría de Almagro, el hambre que te rompe por dentro. Ahora que ella en San Sebastián comía.

—Lolitxu, esta cena va a ser una despedida.

—¿Por qué, Jaime?

—Porque mañana me voy a Madrid.

—Bueno, no es una despedida. Pronto esto acabará.

—Sí. Yo también quiero pensarlo. Este tiempo ha de acabar —y sonríe—. Pero quiero pedirte un favor: manda un recado a La Habana, que le llegue a mi mujer. Le he escrito una nota, pero mándale algo más si puedes. Que sepa que la quiero, que la recuerdo. Que sepa que sigue siendo la compañera de Luciano Sádaba.

—¡Eh! Nada de nombres.

—No tengo miedo.

—Pero yo sí. Me expones a mí. Bueno, dame la nota y trataré de hacerle llegar algo. Veremos cómo. Y tú vete con buen ánimo, que Madrid te va a gustar. Me das envidia.

—Tú eres una mujer fuerte, Lolitxu, Dolores. Eres estudiada. Yo soy un chico de Pamplona.

—Tú eres un dirigente, no te olvides.

—Bueno… Yo soy…

—Ea, calla. Hay que seguir.

Se levanta para darle un abrazo. Le parece de repente frágil, asustado, dudoso. Mucho más pequeño que ella, un muchachito desvalido. Lo aprieta con ternura, pero también con aprensión. «Hay que seguir». La araña sigue dibujando en el aire, en la nada, teje con hilos que cada vez son mayores. La araña es también transparente. Una suerte de lienzo cargado de plumas Parker y de abalorios infantiles.

Viento. Viento que sacude las ramas desnudas frente al escaparate de la juguetería. Viento que trae humedad, briznas del mar cercano. Viento que desborda. Hormigueo. Miedo. Lleva días inquieta. Con mucho trabajo porque la Navidad es inminente y hay que repartir muchos juguetes. Se acaba 1941. Inquieta por las noticias, algunas que solo entrevé, otras que le llegan por carta. Su familia en Madrid vive solo tratando de comer, asistiendo a su primo encarcelado en Santa Rita, con tan escasos recursos que lo que ella misma puede enviarles desde San Sebastián apenas salva. Feli sigue presa, Pepe Suárez ha sido fusilado, Manolo también. Un mal noviembre. Y la policía está oliendo, husmeando sin parar, y alguna de su gente está detenida, en Andalucía, en Levante. En Madrid, sobre todo en Madrid. Ha habido

un cateo en Bilbao, y han encontrado cosas. Aún no lo sabe, pero luego podrá leer asombrada en el expediente policial que le mostrarán que en la casa de Luis, donde vivía su madre, encontraron «7 blocs de papel blanco, un rollo de hojas de papel blanco satinado, un bote de tinta para multicopista, una caja conteniendo 24 clichés para multicopista, una caja con 25 cápsulas para pistola de calibre 7,65, una placa de las usadas anteriormente para el cuerpo de vigilancia, a falta de escudo, un cuaderno de esquemas de aparatos de radio, 2 piezas metálicas gemelas, 9 mariposas metálicas y 1 tornillo, correspondiente todo ello a una multicopista y 6 850,25 pesetas».

El viento la tiene inquieta. Ha decidido irse unos días, aprovechando las navidades, ha mandado a su hermana a Bilbao con su madre cargada de propaganda, por si acaso. Se va a ir a Mansilla, Concha estará allí con su familia tras sus andanzas por Galicia y le parece un sitio lo bastante remoto para recibir el año 1942. Y lejos, y fuera de ese croquis gigante siempre presente en su cabeza, números, claves, nombres, albaranes, plumas.

Cuando oye el lejano sonador de la puerta de la tienda no se inmuta. Sigue en su despacho cerrando el estadillo de los pagos. La puerta se abre y el dependiente de mostrador la avisa de que un señor pregunta por ella. «Dile que pase».

—Buenos días. ¿Qué se le ofrece?

—Me han dicho que es usted la jefa de administración. Vengo a hacerle unas preguntas. Soy de la Brigada de Policía de Madrid —dice sin más, mientras le enseña un papel que ella apenas es capaz de leer.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Será muy breve. Estoy buscando a dos personas. A Valeriano García Barcina y a Manuela del Arco Palacios.

—Pues… no me suenan de nada esos nombres.

—Me habían dicho que trabajaban aquí.

—Ah, no. Eso seguro que no. Yo soy la responsable de las nóminas y de eso estoy segura. Nadie con esos nombres trabaja aquí. Las tengo aquí encima, usted mismo puede comprobarlo.

Mientras él se agacha sobre las hojas que ella le tiende, trata de controlar cualquier posible rubor, cualquier temblor, cualquier gesto de sorpresa. Él mira con detalle las hojas y luego la mira. «¿Y su nombre, cuál era?». «Dolores García Santisteban». «Sí, aquí lo veo. Bueno, si usted alguna vez escuchara o supiera de esos nombres, le rogaría que me avisara. Le dejo mi nombre y mis señas. Carlos Martín de Ellacuriaga…».

No puede evitar el estremecimiento al oír el nombre. *Carlitos*, el

agente torturador. Para tranquilizarse, lo observa con mirada neutra: pequeño, recio, con un abrigo marengo que lo cubre totalmente, sombrero gris y una cartera de mano de cuero negro. Los ojos pequeños también, ojos insolentes, ojos con un raro brillo irónico. Ojos que tapan la boca estrecha, el bigotillo falangista, los dientes ausentes. «Que tenga usted un buen día».

No hay casi nadie hoy en la juguetería. Solo el dependiente y ella. Ni siquiera Liberto. Respira, cuenta, respira e imagina el manotazo sobre la tela de araña. Un manotazo que está a punto de ocurrir. Escapar, escapar. Mantener la calma. Salir, llegar a casa, limpiarla de cualquier cosa, avisar, irse de allí. Coge dinero de la caja chica y se lo guarda en el bolso. Primero sale por la puerta hacia la tienda e inocentemente mira al dependiente. «Se fue. Parecía un policía. ¿Era un policía?». «No sé». Y se dirige distraída hacia el escaparate. No lo ve primero, pero luego una sombra que se escapa del bar de enfrente la pone en guardia. «Eloy, voy al almacén un momento. Si alguien pregunta por mí, dile que espere». Entra en su oficina y, en silencio, coge el croquis de viajantes que está sobre la mesa, su bolso y su abrigo y sale por la puerta que da hacia el patio del almacén. Atraviesa el almacén hacia la parte de atrás, busca en la argolla la llave del cierre y se dirige hacia él, mete la llave en la cerradura y con el mayor cuidado posible abre la verja que da a la calle Urbieta. El ruido le parece ensordecedor, abre lo justo y sale acuclillada a la calle. Nadie parece fijarse, mientras vuelve a cerrar y se dirige hacia la esquina. Entonces cree verlo a lo lejos, el sombrero gris, el abrigo marengo y los ojos encendidos. Y corre, corre, corre, escapa.

Al llegar a la playa se quita los zapatos y comienza a galopar por la orilla, por la arena. Lo ve detrás, lo ve correr tras ella, pero ella va muy rápida. Ya no mira hacia atrás, avanza corriendo hasta llegar al extremo, sube las escaleras, se calza de nuevo, atraviesa el parque y al llegar a la calle Arrasate se vuelve apenas, de costado, y le parece verlo a lo lejos, tras los árboles desnudos, tras los setos. Algo que se mueve mientras ella avanza sin fijarse si la miran, si alguien observa la situación, si alguien podría tropezarla. Ella huye sola con solo él detrás. El policía. Al llegar a la calle Garibai tuerce a la izquierda, ve el primer portal pero intuye un portero vigilante, va al siguiente, abierto, vacío, entra, sube los peldaños de dos en dos y al llegar al segundo piso se para, se coloca, trata de sosegar la respiración y de poner agua en sus ojos, agua calma, se atusa, se sacude la arena de las medias, llama a la puerta del centro, espera unos instantes que la hacen temblar, un tiempo de escalofrío, una tiritona. Cuando se abre

la puerta se siente helada y mira para sí por si fuera desnuda, como si hubiera perdido la ropa en la carrera. Al ver la cara de la señora que abre, sonríe, avanza decidida «Buenas tardes, ¿cómo está? Busco a Faustino Aliaga», penetra en el vestíbulo y suavemente cierra la puerta de la calle casi acorralando a la señora que la mira asombrada, muda, que no reacciona, «¿Faustino Aliaga? Pero aquí no vive ningún Faustino…». «Pero no puede ser». Y tomando su bolso, lo abre buscando un papel mientras sigue. «Pero tengo un encargo para él, de la joyería Munoa, a ver dónde lo he metido…». «¿De la joyería Munoa?». «Sí, sí». Mientras busca y busca, la mujer la mira, espera apoyada en la puerta de la calle, apaciguada, pensando quizá en quién puede mandar un encargo de esa joyería. Pasan otros instantes de temblor, «Pero es que en realidad aquí no vive ningún Faustino Aliaga, ¿seguro que era ese nombre? ¿Le han dado bien la dirección?». «Claro, esta es la calle Garibai, ¿verdad?». «Sí, claro Garibai, 8, segundo centro». «Pues esa es la dirección que tengo, no me lo explico. Me he debido dejar el papel en la joyería, qué despistada». «¿Y qué era la encomienda?». «La medida para una medalla, pero como me he dejado los papeles y los diseños, no sé qué decirle… tendré que volver a la joyería. Siento mucho no haberlo traído, no sé cómo he podido olvidarlo». «No se preocupe, por el amor de dios, no pasa nada». «Bueno, me vuelvo a por el pedido y regreso más tarde o mañana, con todo correcto…».

Sale al descansillo, baja lentamente las escaleras, con cuidado de no hacer ruido. No escucha nada, no oye nada. Desciende sin pensar en la escena, sin acordarse siquiera de su viaje a Madrid salvado por la suerte. Poco a poco llega a la calle, se asoma al soportal, sale y, sin dejar de observar, se dirige, ahora sí, a su casa de la calle San Marcial. Rápida, pensando en que tiene que coger algún tren, marchar, huir, poner tierra de por medio.

—Me voy hoy mismo. Voy a poner un telegrama a María, a Concha, que estará en Mansilla con su madre para pasar la Navidad y me voy allí, y luego vemos. Pero hay que desmantelar esto, ya.

—Estás exagerando, no será para tanto. —Y Valeriano la mira desde sus ojos divertidos.

—¿Exagerando? Tenemos noticias de toda la gente que ha ido cayendo en Madrid. Alguien ha hablado, o algo han encontrado. Hay que seguir las instrucciones.

—Pero mujer, no podemos ponernos todos en fuga —dice él, mientras se apoya en el respaldo de la butaca.

—¡Cómo que no! Hay que avisar a todo el mundo, aquí y en Bilbao, y que todo el mundo sepa qué hacer. Están sobre nuestra pista, Valeriano. Tomás está al llegar cargado de cosas, no tiene sentido no ver las señales.

—¿Qué señales? No te pongas dramática.

—Carlitos estaba delante de mí, Valeriano. Hace una hora. Ha venido directamente de Gobernación, de Madrid. Me ha seguido por la playa. Hay que salir de aquí. Avisa a la gente, y déjame que saque todo esto.

—Saca lo que veas y vete a Mansilla hasta que se te quite el miedo, pero no vas a avisar a nadie, eso me corresponde a mí, que soy el responsable. Vete, y ponme un telegrama de cómo estás y cómo podemos estar en contacto. Yo creo que podríamos vernos la semana que viene en Valladolid y evaluar.

—¿En Valladolid? ¿Por qué allí?

—Yo estaré allí y a ti te pilla bien desde León.

—Como quieras, pero avisa a la gente ya y que se mueva. Tienes un niño recién nacido, ¿hace falta que te lo recuerde? Menos mal que Cony se ha ido a Santander. Avísala y avisa a todo el mundo. Por favor, Vale. —Va hacia él y le pone las manos sobre los hombros, como si fuera un niño.

—Que no te pongas así. Salva lo que sea y del resto me ocuparé yo. —Y se vuelve impaciente, se desase.

—Bueno, tú mandas, pero a Tomás lo aviso te pongas como te pongas.

Tira de la maleta en que ha ido metiendo algunas cosas mientras hablaban y del escondrijo que está tras la despensa saca un paquete con propaganda, «La novena de Santa Teresa», «Los misterios de San Ignacio», unos papeles escritos a mano, y lo tira todo por el hueco de la cocina económica para encender la lumbre y que se vaya quemando. «Solo queda un paquete de plumas…». «Llévatelo, Manoli». Le da un beso, se agarra a él y lo abraza fuerte. «Aféitate y cuídate, Vale». Va hacia la puerta. «Nos vemos en Valladolid, pero deberías hacerme caso y salir pitando».

En Mansilla hace mucho frío. Todo está blanco en la calle, frente a la casa de Concha, en los campos yermos que se entrevén frente a la puerta, con los árboles mustios cerca del Esla. Miran las dos desde el zaguán sin decir palabra. Fuman. Dentro la madre calienta agua para achicoria, o para malta, algo que las entibie. Ayer Manoli regresó de Valladolid, se vio con Valeriano en un hotel, y también con otro

camarada que llegó con él desde Madrid. No hay día en que no haya detenciones, en Madrid, en Valencia, en Barcelona. Eso le comentan ellos. En Bilbao han entrado en una casa de un colaborador, han encontrado algún documento, algún parte de guerra de los aliados, poco más. De momento. Le dicen que Concha debe llegar hasta San Sebastián y recoger lo que quede y ella a Bilbao, y poner todo a buen recaudo. «Después de Reyes». Después de Reyes. Los sigue viendo demasiado confiados, esos hombres de mirada corta, los que dan las órdenes que carecen de sensores en la piel, que disimulan su fragilidad, el mal momento, que hablan con socarronería… «Después de Reyes va a ser muy tarde…». «Después de Reyes».

—Y tú, Valeriano, ¿qué vas a hacer?

—Me voy para Donosti. Allí te espero. No estés tan preocupada.

Cuando se despide de él en la esquina de la plaza mayor de Valladolid, un viento helado les congela la mirada. Se abrazan, y algo la estremece. «Vale, cuida a Cony y al nene». «Siguen en Santander a buen recaudo, en casa de esa prima que tú ya conoces». Lo mira, sonríe. También él. Lo deja irse, su figura sobre los ladrillos rojos de la plaza. No sabe que nunca más volverá a verlo.

Ahora lo recuerda junto a Concha, quietas las dos frente a la escarcha, pardas en sus envolturas, intrusas en el paisaje, inoportunas frente a la dureza del territorio sin color. A la intemperie. Ya es 8 de enero y esa noche salen. «En Miranda nos bajamos, tú coges el tren de Bilbao y yo el de San Sebastián. Si hubiera algún problema, nos regresamos aquí rápido, este es un buen sitio, mi madre nos atenderá». Tiran los cigarros al suelo y los pisan para detener el fuego. Se acercan la una a la otra y siguen mirando hacia el Esla, que parece despedirlas sin tristeza.

Es la humedad. Del río, de la vegetación, del invierno. Humedad. Permanece escondida tras los grandes helechos, esperando que anochezca. Escuchando. Mirando las sombras. El viento mueve y suena entre las plantas. Los árboles pelados junto al río Asón. No ha llovido, no ha llovido en todo el día, pero apenas ha salido el sol un rato. Aterida de frío. Pero no es frío. Es humedad. Humedad del río. Humedad.

Tiene hambre, se ha ido comiendo lo que llevaba en el bolso, algo de pan, algo de un chorizo rojo, unas galletas. Al pasar cerca de un corral vio una cesta con huevos y se llevó dos. Los rompió y se los tragó crudos. Agua sí hay, hay regatos por todos lados, bebe, espera no enfermarse. Bebe porque el agua le quita la sed y le quita el

hambre. Y la hace caminar mejor, de sitio en sitio. En la noche hubo un poco de luna, lo bastante para no perder de vista las vías y el río, y seguirlas en paralelo. Ahora ya huele el mar, debe estar cerca. Lo huele y lo siente, la humedad. Las vías se separan aquí del río. Ha visto un cartel que dice Colindres, pero no logra situar el mapa mental. Solo recuerda que su madre le dijo que cuando era joven era normal ir caminando de Carranza a Santander, que llegaban hasta Astillero y allí tomaban un transporte, y que tardaban un día. Ella ya ha estado caminando toda la noche, no sabe dónde está pero está más cerca.

Cuando amaneció se paró cerca de un vallecito, a un lado del camino, en una cuadra que le pareció abandonada, se refugió cerca del portón y se quedó allí oculta. Los ojos se le cerraron, y se durmió. Durmió un buen rato, se repuso, se masajeó los pies y se dio cuenta de que tenía heridas, pero no tantas. Y recordó todo. No pudo evitar reírse por dentro. Se vio de repente como una niña cometiendo una travesura, una niña que se había escapado de casa, miedosa de recibir un castigo, una niña en el campo. Y se acordó de Alicia, no de su madre, de la Alicia del cuento. «¡Qué extraño es todo hoy! ¿Habré cambiado durante la noche? Pero si no soy la misma, el asunto siguiente es ¿quién soy?». Quién es, quién es ahí parada, esperando la noche.

Llegó a Bilbao después de separarse en Miranda de Ebro de Concha. Sabía que tenía que llegar a Portugalete y prevenir a la gente que se ocupaba de los materiales que entraban por el puerto. Llegaba un nuevo barco en pocos días, y John, Stewart, Peter, alguno se bajaría con las cosas. Había que prevenir para que no se cayera toda la operación. Ni ellos, los marinos. En la estación primero pensó cómo llegar hasta su casa, la casa de su madre y de su hermana, la casa que compartían con Luis. Fue caminando hacia la calle Henao pero ya tenía pensado no subir, no hablar con el portero, no arriesgar. Nunca se había fiado del todo de Luis, además. Fue a la panadería de la calle Ercilla. La mujer de la panadería, que sabía y no sabía, siempre se había mostrado cercana, le habían dejado paquetes, cartas. Entró en el local y la vio en el mostrador atendiendo a una señora, pero la miró por encima con los labios tensos. Solo verle la cara y se dio cuenta de que había hecho bien en llegar ahí primero. Que ser precavida le iba a servir.

—Han llegado, han detenido al señor Luis y a su esposa. Todo el barrio se ha enterado.

—¿Y a mi amatxu y a mi hermana no les ha pasado nada?

—No, pero se han ido. Me ha dicho la portera que se han ido a su pueblo. Pero yo no las he visto, no sé cuándo. No sé qué más decirte.

—Muchas gracias, muchas gracias. Es muy valioso lo que me ha dicho.

—Llévate este pan tierno.

—No, no se preocupe, no me cabe.

—Sí, mujer, cómo no te va a caber. Mételo ahí, en ese bolso. Llévatelo, llévatelo.

También eso tiene que agradecerle. El pan, y que con el pan le dio un poco de chorizo envuelto en papel de estraza. Como si la panadera fuera adivina. Es lo que ha podido comerse. Lo que la ha hecho caminar ahora en la noche.

Toma el tranvía a Portugalete y no sabe si podrá decirle a alguien. O habrá ya más gente detenida. Y ¿cómo saberlo? En el tranvía le da vueltas y vueltas, y piensa mejor en llegar directamente al puerto, buscar a algunos de los operarios de altos hornos que los ayudan en silencio y preguntar si han visto a sus compañeros. Si han visto a Antón, si han visto a Goyo o a Matilde. A ver qué averigua. Luego se volverá, pondrá un telegrama a San Sebastián a Valeriano, a Concha, para que sepan, para que salgan de allí, para que se escondan. No hay tiempo, no hay tiempo. Después irá a Carranza, a buscar a su madre, a quedarse unos días allí y pensar qué hacer. Como si fuera pequeña y su madre la pudiera proteger. Como no la protegió cuando era niña, ahora sí lo haría.

Cuando se baja del tranvía y comienza a andar le parece que un hombre la sigue. Un hombre con boina y chaqueta negra de pana. Se para frente a la ría para observar, y el hombre sigue su camino sin más. Continúa andando hasta los tinglados del puerto, entra como otras veces por donde se embarca el acero y ve poco más allá a Antón. Entonces respira. Antón está ahí, está libre. El puerto está libre, las plumas a salvo. «Antón, Antón…». «Lolitxu, ¿qué haces aquí? ¿No te has enterado?». «¿De qué, Antón?». «Luis, Jesús, Antonio… han caído. Y los de San Sebastián». «¿Los de San Sebastián? ¿También?».

Regresa rápida hacia la estación. En el bolso lleva algo de su ropa, el pan, el paquete de plumas, un libro, algo de aseo. Le parece que pesa, pero lo lleva en la mano casi corriendo camino del tren. Aunque sin esperanza, pone un telegrama a Concha a San Sebastián, a la juguetería, y lo firma como Alicia: «Tío Ignacio pasó Bilbao. Próximo destino San Sebastián». Ocho palabras más la firma.

El tren ha viajado lentamente entre los valles, una hora, poco más. Ha estado todo el tiempo mirando para todas partes. Nada le ha

parecido raro, cada movimiento de otra persona le hace estremecerse. Pero el tren anadea como un animalito por las vías entre el verde. Hace sol. Parece protegerla. Al pasar Villaverde de Trucios se adelanta, se dirige al primer vagón para ver bien toda la estación cuando el tren llegue a Carranza. De pie, cerca de la puerta, observa de soslayo, toma del bolso un pañuelo y se lo echa a la cabeza, cubre su pelo y lo baja hacia la cara. Por si acaso. El tren llega y va deteniéndose, la estación parece vacía, mira y mira sin ver nada más allá de cinco o seis personas en el andén esperando para subirse mientras ella va a bajarse. Siente las piernas tensas, el brazo derecho que sujeta el bolso, el izquierdo apoyado en la puerta y la boca entreabierta, seca. Alerta. Alerta.

Entonces la ve. En el único banco de la estación está su madre sentada. Su madre mira el tren con expresión neutra, mira de frente, no buscando, en una espera paciente, sin moverse. Sentada sin moverse mira, pero no la ve. No puede verla. Salta hacia atrás y se pone al otro lado, el tren se para, las puertas se abren y ella se sienta al lado contrario, se queda quieta, el pañuelo que tapa, la mirada hacia las vías. Quieta, suponiendo que una mano va a depositarse en su hombro y una voz va a urgirla que se baje. Tiempo detenido, voces, el silbato, la puerta y el tren que sale. Otra vez salvada. Otra vez huyendo. Otra vez adónde. Sigue sin moverse, pensando que la policía tenía que estar escondida cerca de su madre, la policía que la ha colocado ahí como un señuelo. Aún no lo mastica, pero luego le dará tiempo a rumiar que la propia policía, sin querer, la ha dispuesto a la fuga.

Lo rememora ahora que aún queda luz. Espera agachada junto a una cancela a que se haga de noche. Ha escuchado el último tren de la tarde a su lado. Repasa cada movimiento, recuerda la figura quieta de su madre en la estación de Carranza, su mirada neutra, su figura sentada, pequeña. Esta vez ha protegido a su niña. Sin saberlo. O sí.

Se bajó en Udalla, la segunda estación después de Carranza. En quince minutos lo pensó: tenía que llegar a Santander, como su madre de jovencilla. Moverse por la noche, no mirar, no ser mirada, pasar desapercibida con su abrigo marrón y sus botines negros de tacón. Seguir y buscar a Cony y al nene de Valeriano en Santander, recordaba las señas de memoria. Y luego pensar.

Ya es de noche. Se levanta y se pone a caminar. Se ha metido trozos de otro pañuelo en los pies para que no se le revienten las heridas. Ya no hay río, pero están las vías. Camina y de vez en cuando aparece la luna, la luz de la luna en cuarto menguante. ¿Qué día es

hoy? Camina rápida pero sin prisas, tiene que llegar por la mañana a Santander. Ha perdido parte de la sensación de acechanza de la primera noche. Ahora camina sin perder de vista las luces, que son más numerosas, los ruidos, el reflejo de la vía. Camina también por dentro de sí misma. Trata de estar solo pendiente de lo que la rodea, pero algo automático la impulsa a no perderse, a seguir sin mucha duda, a olvidar el dolor en los pies. Anda como que erra, porque dentro la noche la deja solo pensar. Quiere programar qué hacer, cómo seguir la huida los próximos días, pero una voz le habla desde atrás. La cabeza se le llena de palabras, porque las palabras son lo único que tiene a mano para tratar de responder al desafío, para entender y entenderse.

No lo pensó. No pensó nunca que podría estar haciendo una ruta nocturna de huida hacia Santander. Una ciudad desconocida. Lejos. Lejos de casa. Porque todo está lejos de casa. Trata de encontrar entre las palabras alguna que le sirva para interpretar su mundo. Dónde se torció todo, cuándo los acontecimientos se vaciaron de sentido y la vida empezó a correr peligro. No encuentra palabra para encarnar lo que percibe alrededor. Esa sensación de violencia extrema, de desposesión, de crimen. Algo sucio, emponzoñado. No encuentra palabras, le parece que la muerte, la tortura, el mal que ve alrededor no es algo que pueda extrañarla. Casi sin querer podría acostumbrarse a ello. No. Lo que se abre paso en su cabeza mientras camina no es la huida del crimen, no. Eso es lo de siempre, es lo antiguo. Lo nuevo es la percepción de no encontrar la palabra que le permita describir la mecanización del mal, la cuidadosa programación de un lugar de moribundos sin sentido. No. No encuentra las palabras mientras camina. No sabe aún que, con el tiempo, las palabras serán las mejores aliadas para entenderlo. Una amalgama.

Ruidos y el fulgor de un cigarro. Cerca. A su lado. En la casi oscuridad, un hombre mayor la mira. Escalofríos. «Buenas noches». «Buenos días ya casi». «Voy a Santander». «Aún le queda». «¿Cuánto?». «Está en Heras, donde la ría del Tijero. Pronto llegará a Astillero, ahí puede coger el primer tren». «Gracias. ¿No hay otro transporte? No quiero coger el tren». «Entonces tome algún lechero y llegará hasta el centro».

Huele a leche. A mar. A humedad. Sigue andando y ahora sí ve las primeras luces, azul cobalto, azul violáceo, azul más claro. A su espalda. Avanza y oye un silbato. Llega a la parte de atrás de la estación de Astillero y sale a la carretera. Una fila de camionetas y pequeños camiones con cántaros y gente alrededor. «¿Por cuánto me

lleva a Santander?». Y saca el dinero del monedero del abrigo.

Cuando camina ya por la ciudad se fija que tiene las medias sucias, sucias de sangre, de barro, de verdín. Y los botines. Ha preguntado por la dirección que se sabe de memoria, la de Cony. Camina y ahora ya las piernas parece que no la sostienen, pero sigue. Llega a la casa, entra al portal y sube la escalera. Toca en la puerta, pero nadie responde. Es muy temprano. Toca otra vez y por fin la puerta se abre. Un hombre mayor, y detrás, en la oscuridad, Cony.

—Manoli, han cogido a Valeriano. En San Sebastián. Lo han cogido. ¿Qué haces aquí?

El tren de El Barco de Valdeorras a La Coruña sale dentro de dos horas. Dos horas largas. No puede quedarse en la estación a esperar, le da miedo que alguien la vea y se lo diga a su primo. O que a él mismo se le ocurra pasar. Cruza las vías y se refugia al otro lado, en la esquina de un hangar que parece en ruinas. Y espera.

Trata de recordar las señas de Fina en Coruña. Sabe que es la avenida de los Castros, pero no recuerda el número. Se le ha ocurrido en medio de la noche, cuando ha tenido que colocar una cómoda para taponar la puerta de la habitación donde dormía. Su primo trataba de derribarla a toda costa. Durante horas él ha rogado, ha gritado, ha empujado y golpeado. Finalmente se ha cansado y se ha ido a su cuarto.

Desde que llegó desde Santander a El Barco de Valdeorras con la dirección de un primo al que solo había visto un par de veces de niña, un primo que era viudo de una prima carnal que murió en la guerra, se sintió intimidada. Al principio lo achacó a su propia inquietud, a la huida, a la tensión de que la policía pudiera seguir sus pasos. Pero cada vez su conducta era más amenazadora, cada día él soltaba un nuevo piropo, un nuevo avance, una mano sobre la suya, un abrazo a destiempo. Como si intuyera que tenía en casa a una mujer acorralada, como si supiera que la historia que ella le contó al llegar no podía ser real. Unas vacaciones en enero de 1942. En un pueblo de la provincia de Orense, de paso hacia Galicia para ir a Santiago. Lo primero que se le ocurrió.

El día anterior, con olor a alcohol rancio y a sudor, se le abalanzó cuando ella entraba de fumar a escondidas en la cuadra. Logró calmarlo, pero supo que tenía que salir de ahí inmediatamente. Contó en la habitación el dinero que le quedaba, la ropa limpia, el paquete de plumas al fondo de su bolso de viaje. Luego buscó entre la ropa de su prima muerta, tomó alguna prenda, una chaqueta, una falda, unos

zapatos que luego fueron muy pequeños. En la cena, él, con tono de disculpa, le dijo que estaba muy solo, que los niños estaban sin madre y viviendo con la abuela, que ella bien podía vivir ahí, que casarse era una buena opción. «Sobre todo en tus circunstancias». Supo que no podía posponer la partida. En su habitación preparó todo dispuesta a salir por la mañana, despidiéndose con una nota.

No pudo imaginar que él quería todo a toda costa. Sus gritos y sus golpes en la puerta la dejaron atontada al principio. Luego arrastró la cómoda y se colocó detrás. Como en una barricada. Pensó en la comisaría de Almagro, pensó que aún podía protegerse. Apagó la luz mientras continuaba él con su intento, cerró bien la ventana que daba a la calle y esperó, esperó acuclillada en el suelo, lejos de la cama. La cama parecía una trampa.

Cuando escuchó que él se iba, con mucho cuidado se puso el abrigo y abrió la ventana. Estaba alta, pero podría saltar a la calle. Tiró primero el bolso y luego se balanceó hasta caer a la acera. Sintió el impacto del suelo dentro, como si algo se quebrara. Se levantó rápida, se sacudió y fue hacia la estación.

Ahora espera escondida el tren al otro lado de las vías. Observa el pueblo desde el frío escarchado, el viento que le congela la cara, los ruidos machacones de las sierras sobre la pizarra. Pizarra por todas partes, que cubre el pueblo, que lo deja negro. Vuelve a imaginarse como Alicia, y el pueblo le parece de brujas. Pero cuando es la hora y se cruza hacia el andén, con el sol de enero caldeando, piensa que la pizarra es también un lugar donde escribir, donde pintar. Cuando el tren llega y se detiene, se sube mirando para todas partes. Ni sombra de su primo, ni de nadie que la mire, que la siga. Avanza por el pasillo de tercera, el vagón está lleno, se para junto a un asiento de madera, acomoda el bolso y se queda mirando cómo la estación se aleja.

Atardece en Coruña. Huele a mar, a cieno. Es como San Sebastián, pero mucho más intenso. Avanzando por la avenida de los Castros va preguntando por su amiga, Fina Cabañas, Fina Cabañas. Fina Cabañas. Pero nadie la conoce, nadie le dice. A punto de volver hacia la estación pensando cómo dormir esa noche sin levantar sospechas, en una carbonería alguien le da una pista. «Ahí vive Sixto Cabañas». Se dirige hacia la casa, sube la escalera angosta, llama y una muchacha rubia y delicada le abre la puerta. «Vengo de Madrid, soy amiga de Fina Cabañas». «Es mi prima. Pero pasa, pasa…».

La casa se abre para ella. Lali, Tomasa, Pura, las tres hermanas. Como en una pizarra, puede escribir. Puede sumar. Puede restar. Resta. Se detiene y ve los pedacitos de lo que queda.

Bilbao, 2006

Humo. Nada. No queda humo ya. El humo del que me hablabas.

La ciudad está limpia. Humo. No.

Cabeza a punto de estallar. Tu yerno me dice: normal. Tensión. No noto tensión. Plaza Moyúa. Camino al centro. Primero la casa de Colón de Larreátegui. Luego la casa de la calle Henao. ¿Es así, es al revés? No sé. Luego a La Vieja, detrás de San Francisco. La casa de la calle Dos de Mayo. Cerca de la estación de tren. El barrio de putas de antes. Ahora no. Ahora es el barrio de los negros, de los magrebíes. De los migrantes. Con las fachadas pintadas de colores. Llueve cuando vamos. Humo no. Lluvia sí.

Antes en Donosti paseamos por la playa de la Concha. Buscamos los rastros, las huellas, pero no quedan. Nadie recuerda ninguna juguetería. La calle San Marcial sigue siendo una calle noble. En el teatro Victoria Eugenia representan una obra de Ionesco. Ahí viste *La Cenicienta del Palace*, de Celia Gámez. Desde el puerto de Ondarreta pasaste de excursión a San Juan de Luz un día de 1941. Con documentación falsa, un pase de un día. ¿Por qué no te quedaste? ¿Por qué pensabas que estabas protegida? ¿Fuera del alcance de las balas, de los males? ¿Ingenuidad? ¿Confianza? ¿La fe del comunismo? Irracional, ¿no?

El viaje al revés. Primero San Sebastián. Lujoso. Con ese aspecto de lustre, de lugar fuera. Fuera. Después, ahora, Bilbao. Ya no es negro, ya no es humo. Ya no es rojo. Es también lustroso, pero sigue siendo un agujero. Quizá.

Dolor inmenso en la cabeza. No puedo cenar. Volvemos al hotel, junto a lo que fue tu casa. Llueve. Me duermo y todo se revuelve. Sueño. John llega a mi cama y me despierta. Un John. ¿Qué John?

Luego por la mañana tu yerno sube a la habitación. Recoge la mochila y la bolsa con la urna. La hemos subido porque nos pareció mal dejarla en el coche. Toda la noche. Sola en el coche. La colocamos en el asiento de detrás. Como en un último viaje. Porque es un último

viaje.

Tomamos la ruta del tranvía. Seguimos los raíles. Atravesamos Baracaldo. Grande. Gris. Ya no hay altos hornos ni la «Balcovilco». Seguimos a Portugalete y paramos. Nunca hemos hecho este camino. Vemos el puente colgante. Hacemos una foto. Luego seguimos ruta hasta Gallarta.

En Gallarta te dejó tu madre cuando te sacó del hospicio de Santander. Viviste tres años en Gallarta. ¿Volviste alguna vez? ¿Buscaste a tu aya, a la mujer que te dio su leche? ¿Dónde vivía, tenías hermanas de leche? Cuando tú estuviste en Bilbao, Gallarta aún existía. Aún había hierro. Hierro. Hoy no hay nada. Todo es nuevo. El sitio es nuevo, porque la vieja Gallarta terminó por ser tragada en la tierra. Literalmente. No hay sombra de tu aya. Solo agujeros.

Seguimos. Montados en el coche seguimos. Yo, tu hijo, con tu yerno que conduce. Lentamente. Hace sol. No llueve. Llegamos al puerto. Todo es moderno. En un lado pone «Ferri a Plymouth». Hacemos una recreación en la cabeza. Aquellos buques en el puerto. El Lehigh, el Artigas, el Cold Hamburg, el Capulín, el Marqués de Comillas, el Blue Mermaid… Y John.

Miramos el mar. La bocana de la ría. Es un puerto. Hay barcos. Y ya. Frente a nosotros, la margen derecha. Neguri. Los señoritos. Siguen ahí. Y nosotros en la margen izquierda. Pero el puerto está estancado. El agua se muestra turbia. Nos vamos.

Seguimos hasta mar abierto, al final del puerto. Subimos los riscos que rodean la playa de la Arena. Miramos el mar. Humedad. Azul. Verde. Vamos con la urna en la mano. Solos. Para que nadie nos mire. Además, todo esto es ilegal. Una vez más. Acabas como empezaste. Fuera de la ley.

Trato de poner sentimiento al momento. Pero estoy seco. Reflexiono entonces. Transgresión. Desobediencia. Quiero reflexionar sobre la manera en que uno construye su pasado. Retrospectivamente. La memoria colectiva y con ella las memorias individuales. No solo son plurales, también cambiantes. Lo pienso mientras estamos sentados y sostenemos la urna entre nosotros dos. Miramos el mar y yo lo pienso.

Pienso en la niña criada ahí cerca. La nieta de una campesina que cuidaba vacas. La hija de una cocinera analfabeta, una migrante, una madre soltera. Monomarental sería ahora. Pero nunca fue familia monomarental. La niña sin padre, la herida todavía abierta. Las burlas de las funcionarias. La satisfacción de cambiar por fin el carné de identidad. Escribir donde ponía desconocido el nombre de tu padre. El

nombre que te dijo tu madre. Hija de Ángel y de Alicia. Un momento en que la vergüenza se transforma en orgullo. Desafía los mecanismos más profundos de la normalidad. De lo normativo.

¿Qué es ahora? Ni duelo ni dolor. Entonces ¿qué? Algo como una separación. Un alejamiento. Desposesión. Una pregunta acerca de los destinos sociales. La división de la sociedad en categorías. El pasado como futuro. Ya.

Hoy es abril. Hoy cumplirías ochenta y seis años. No llegaste a cumplirlos. Te moriste antes. Un día helado de enero. No podría ser de otra manera.

Abrimos la urna. Volcamos las cenizas. Con cuidado para que no nos dé la risa. Para que no sea como la escena de la película de Ken Loach y las cenizas nos embadurnen. Nos tiñan de gris. Lo pensamos y nos reímos. Hace viento. Vamos a sacarlo poco a poco para tirarlo al mar. El mar Cantábrico. Pero pienso qué artificial es todo esto. ¿Fue tu deseo? No, es mi deseo. Jamás volviste a ese mar, a esa tierra. Nunca. Ahora yo te traigo porque yo quiero. Cierro el círculo. Me parece razonable. Me parece literario. He leído demasiadas novelas. Nos reímos más mientras las cenizas caen. Dejamos unas pocas. Para tirarlas en un volcán. En Nicaragua. Como si así tuvieras un desenlace telúrico. Agua. Viento. Fuego. Todo. También tierra. La tierra junto al muro del cementerio del Este donde fusilaron a tus amigas y a tus amigos.

Acabamos, nos levantamos. Nos abrazamos. Nos montamos en el coche. Vamos a comer cocochas, algo rico. Algo muy rico. Regresamos por la ría hacia la ciudad. Sol. Hambre.

Hemos concluido. Lo frágil es aquello que requiere voluntad de ser cuidado.

«Non, rien de rien / je ne regrette rien / Ni le bien qu'on m'a fait / Ni le mal / Tout c'est payé, balayé, oublié».

EDITH PIAF

3. Nocturno con acordeón. 1940. 1941

Ángel se viste lentamente esa mañana. Está nublado, pero no hace frío, es un día típico de otoño en Madrid. Ángel se viste en su habitación del piso de la calle Fernán González, 20. Ese bajo enorme en el que vive con su mujer, Tina, a ratos con su cuñada Isabelita, también con Eladio Blázquez, falangista, sargento del ejército de Franco y caballero mutilado, de los que cuentan con un asiento reservado en el metro.

Ángel se viste y se pone como cada mañana la camisa azul de la Falange. Ese día no irá a trabajar al taller de la Renault. Tiene una buena excusa: su esposa yace muerta en el cuarto de al lado, y será enterrada en un rato. En el cementerio del Este, con un cura que dé un responso y con todos los vecinos falangistas de su barrio que creen que él es un fiel representante del régimen. Él solo, con esa gente.

Pero no estará tan solo en el cementerio. Sus amigos y camaradas comunistas, algunos al menos, todos clandestinos, escucharán respetuosamente el rezo que arroje el cura sobre el féretro de una mujer atea que ha muerto de una septicemia a los veinticuatro años. Una septicemia causada por un aborto mal practicado. Una mujer comunista que ha abortado en medio de la clandestinidad y que será enterrada como la esposa abnegada de un hombre falangista. Una cruz adornará su tumba.

Espera la llegada del coche fúnebre en su casa. Ese piso enorme. Lo encontró cuando regresó de Santander, al salir de la cárcel a fines del 39. Apenas conocía la ciudad. Madrid le parece un barrio grande. A él, que ha vivido en París casi veinte años. Solo en su cuarto, sin decidirse a salir a la sala, toma la foto de Tina y la observa como si fuera una desconocida. «A mi nene, de su Tina». Una mujer morena, de grandes ojos, el pelo suelto sujeto con una diadema hacia atrás. Desde que se conocieron en guerra en Valencia apenas pasaron algunos meses juntos. Cuando todo pareció acabarse, se citaron como tantos en el puerto de Alicante, para salir hacia el exilio. Pero ella no

llegó. Había sido detenida en Valencia, encarcelada y quién sabe cómo trasladada a un correccional de Salamanca. Un hospicio. Un lugar donde la metió su hermana monja. La pobre monja de la familia que le salva la vida. Por poco tiempo.

Él tampoco pudo huir, como tantos otros. Los barcos no llegaron. Campo de concentración, fuga, luego cárcel. Cuando al fin puede, Ángel va hasta Salamanca a buscarla, un favor conseguido por la hermana monja. Llega a la ciudad en un taxi alquilado. Flanqueado por sus dos cuñadas. Alfonsa, la religiosa. Isabelita, la comunista. Tina lo espera en el patio de ese extraño lugar. La tienen vestida de blanco, parece una muñeca. Él con camisa azul y rosario en el pecho. Los casan en un pispás, en medio del silencio. Salen del brazo para montarse en el taxi de vuelta a Madrid.

—¿Adónde viviremos, adónde vamos?

—He alquilado un piso grande en el barrio de Salamanca. Un piso para que quepamos bien. Sin estrecheces.

—¿Sin estrecheces? ¿Pero cómo vamos a hacerlo?

—Mi niña, ya te lo explicaremos. El mundo es otro. Es otro. Tu hermana Isabelita vive con nosotros. Y otra gente. Ya te lo explicaré.

Mira la foto sentado al borde de su cama. Mira la habitación, los muebles oscuros de nogal, el gran espejo, la puerta abierta al pasillo a oscuras. Tina siempre estuvo incómoda en esos pasillos. Nunca se acostumbró a verlo a él vestido con la camisa azul de la Falange. A verse a sí misma con un velo entrando en misa del brazo de su esposo. Se sentía ajena. Se sentía ajena también entre los suyos. Mira la foto y trata de explicarse qué pasó. Cómo aquello que surgió en medio de la guerra como un movimiento telúrico se fue entristeciendo. Hasta desaparecer. Cuánto de la tristeza de Tina en esa casa tenía que ver con que sus propios camaradas la miraran de soslayo. Apenas la contemplaban para tareas políticas. Nadie le dice nada, pero él sabe lo que se comenta. Ella también se daba cuenta. Nunca él le preguntó. La peor de las acusaciones. La delación. Mira la foto y tras esos ojos bellos busca algo que no encuentra. ¿Fue ella la causante de la detención de Quiñones en Valencia? ¿Habló? ¿Puso a la organización en jaque sin más? ¿Pero no sería que la torturaron, que la embistieron como bestias y que ella no aguantó? ¿Qué pasó? Nunca ella mencionó nada al respecto. Solo que la cogieron, que la metieron en la cárcel de Valencia, que su hermana Alfonsa logró sacarla de allí y llevarla a ese convento de Salamanca. Y ya está.

Isabelita lo llama. Se levanta y sale al pasillo. «Tenemos que irnos, despídete de ella. Vamos a cerrar la caja». Entra en el cuarto aledaño

con la foto en la mano. No reconoce lo que ve. Con Eladio y Félix cierra el ataúd sin observar. Sacan la caja entre los tres hacia la calle, los vecinos en la puerta con sus cruces. Lo percibe todo como en un sueño. Ya en la calle, frente al coche fúnebre ve a Quiñones, que lo saluda con una sonrisa y la mano en el sombrero. No puede evitar la duda.

Más tarde, Ángel regresa del cementerio de enterrar a Tina y entra solo a su cuarto. Se quita lentamente el abrigo y el sombrero y se observa en el espejo. Una cara envejecida, ojeras de dormir poco, muchas canas en su abundante pelo negro y un rictus en la boca que no le gusta. La camisa azul de la Falange lo hace aún más pálido. Se lleva la mano izquierda hacia el pelo y trata de colocárselo, de taparlo, de mesarlo. ¿Lo que le abruma es la soledad, la pérdida, el duelo? ¿Le pesa la sensación de oportunidad abandonada, de posibilidades dejadas en las cunetas? Sin poder evitarlo, recuerda de nuevo su salida de París, apenas cuatro años antes, como unas vacaciones para ver cómo la República sofocaba el golpe. De repente la vida alocada se convierte en bombas y detonaciones, y ahora esto. Observa su mirada hueca en el espejo, y trae hacia sí la cara de su madre, buscando un renuente consuelo. De pronto, se acuerda de su perro, abandonado en ese barrio lejano de París, el perro dando vueltas a su alrededor, corriendo hacia el río los días húmedos de la primavera. Recuerda a su perro como si fuera un paraíso perdido. Sin retirarse del espejo contempla inane cómo los ojos se le llenan de lágrimas. *Ne jamais arrêter d'aimer*. La mano baja desde el pelo hasta las pestañas y las limpia. Abandona esa mirada que no le place, se da la vuelta y sale del dormitorio hacia el pasillo. Lo que quedaba de vida, si quedaba, estaba fuera.

Hay pan blanco sobre la mesa del comedor. Pan blanco y café. Lo ha traído Eladio Blázquez, el caballero mutilado. Se sienta frente a Ángel y levanta el brazo a lo fascista. Ángel sonríe con sarcasmo y sigue comiendo.

—Los alemanes se están merendando a estos maricones. Se están merendando a los franceses, y a los demás. Si no fuera por mi pierna, allá que me iba, ya lo sabes. Pero mira, mira… va a ser una gran comilona.

—Así parece. Aunque ya sabes, tú que eres un militar, que nunca hay que confiarse. Que las tornas cambian pronto.

—No me jodas. Eso decían los rojos. Y ya ves cómo los hemos dejado… Para el arrastre. Esto va a ser igual. No te digo yo que no

cueste. Pero los vamos a dejar tirados en el Danubio.

—¿En el Danubio?

—En donde sea. Pero nos vamos a cargar a tanto ateo.

—Qué obsesión tienes con los ateos. —Y lo mira irónico—. Por cierto, Eladio. Necesito un certificado del ejército para un amigo. No sé si me lo podrías conseguir con tus contactos…

—¿Un certificado? ¿Y por qué no lo pide él directamente? Que vaya al gobierno militar y lo pida.

—Es que no es tan sencillo. Yo ya le he hecho uno de Falange. Pero va a trabajar en los juzgados de escribiente y le piden también uno del ejército…

—Normal.

—Sí, claro, lo normal. Pero a él la guerra lo pilló en Asturias y no pudo pasarse con los nuestros hasta que los rojos no retrocedieron. Para escaparse tuvo que conseguir una documentación falsa, y consta en los archivos del ejército con ese nombre. Pero claro, necesita un informe con su nombre de verdad.

—Que lo explique en el gobierno militar y ya está. No será el único caso…

—¡Pero si he ido yo con él para explicarlo! Pero nos hemos topado con un cabo de varas, hombre. Que no hay manera de que lo entienda.

—Bueno, dame los datos y veré de conseguirlo. ¿Cómo se llama?

—Luego te los doy. Se llama Moisés Torres.

—¿Seguro que será de fiar?

—Pues claro hombre. No te voy a dar yo una mala referencia. Me voy a trabajar. Volveré a la noche. Avisa a Isabelita para que lo sepa.

—¿Qué tal el nuevo trabajo?

—Me gusta mucho. No es cualquier cosa la Renault. Para un tornero como yo, es un desafío. Estoy en mi salsa.

—Eres un moderno. Los franceses son la peste. Pero bueno, tú sabrás…

Se levanta de la mesa y le da una palmada en la espalda a Eladio. Tiene que irse a trabajar, y antes tiene una reunión en Alcalá esquina Goya con Quiñones. Irán caminando por Goya por la acera de los pares. Le tiene mucho que contar. Son ya más de cuarenta jefes de casa como él mismo, infiltrados en la Falange. Lo van haciendo poco a poco, se meten dentro de las fauces del régimen. Logran estar enterados, consiguen favores y, lo más importante ahora, muchas cartillas de racionamiento. Arroz, pan, lentejas, algo de leche de vez en cuando. Para aliviar a los presos de Porlier y a las de Ventas. Para que coma la gente que sigue medio escondida por todas partes.

Sale de casa, dobla por Fernán González hacia Goya y piensa en su otro frente. Tienen una reunión programada en Lavapiés con el grupo jurídico, la gente que apoya desde dentro de la policía, de los juzgados, de los calabozos, de las cárceles. Es cada vez más difícil. El grupo anda con mucho tiento, pero la seguridad del régimen es tan eficaz. Y él está en medio. Tiene que hablarlo con Quiñones. No puede estar infiltrado como jefe de barrio en la Falange, acumulando víveres, y al mismo tiempo teniendo esas reuniones con la gente que apoya dentro. No puede, no debe. Con su nombre legal.

Pero sabe de antemano lo que le va a decir Quiñones. «Ilustre». Siempre empezaba sus conversaciones con esa palabra. «Ilustre. Tu camisa azul te protege. Nos protege a todos. Es un escudo. Nadie duda de ti, te conoce toda la Falange del barrio de Salamanca, nadie sospecha. Por eso puedes ir de un lado a otro. No podemos desperdiciar que hayas logrado colarte dentro». Lo de siempre. Pero sabe que no es buena idea, que va a provocar un problema.

Demasiados palos en las manos. Se da cuenta. Ahora todo su tiempo es para esto. Huele los inconvenientes y es muy precavido. Y muy obediente. Escucha los muchos comentarios sobre la dirección de Quiñones, las críticas que vienen de fuera, los desaguisados internos. Pero sabe que ahora son cientos, muchos cientos. En todas partes. Como un ejército de hormiguitas. Se ve en medio, a la puerta de los grandes hormigueros, vigilando. Solo. Muy solo. Echa tanto de menos París…

Quiñones lo espera en la esquina. Pulcro. Elegante con su abrigo de espiguilla beis y su sombrero gris. Se acerca y se dan la mano. Como si fueran dos vecinos franquistas del barrio. Él vive cerca, no sabe dónde. Cerca también está su compañera, la muchacha de las trenzas. «Ilustre, tengo algo urgente». «Tú me dirás». «Mira, una camarada iba a traer desde San Sebastián una carga. Pero pareció demasiado peligroso por su aspecto. Así que llega otra en el tren dentro de dos días. Trae una multicopista. Si tienes dónde guardarla en alguna parte segura, pues podrías hacerte cargo del tema. Piénsalo. Yo creo que es la mejor opción». «¿Una multicopista? ¿Así a lo grande?». «En piezas. La traerán en un gran bolso de viaje, luego la armarán los que saben. Dentro del bolso llegará también un sobre de la gente de Bilbao. Ese mejor que lo guardes por el momento en tu casa». «¿Dónde tendría que ir a buscarla? ¿A la estación?». «No, demasiado peligroso. A un bar del barrio mejor. Mañana te mando a decir dónde una vez tengamos todo confirmado. ¿Se te ocurre dónde ocultarla?». «¿La multicopista? No sé, tendré que pensarlo. En casa,

no. Lo mejor, en el local de la Falange. No hay mejor sitio, pero solo por unos días. ¿Y el sobre, por cuánto tiempo tengo que guardarlo? No me gusta esconderlo en mi casa, vivo con un militar, acuérdate». «Sí, lo sé. Solo unos días. Luego podrás dárselo a una camarada, la de Sainz de Baranda». «Ah, ya sé, ¿la delgadita de las trenzas?». «Sí, a ella. Será lo más rápido. Pues si lo tienes claro, te dejo donde el zapatero la dirección del bar». «Mejor lo pensamos ahora, vamos a quemar el contacto con tanta nota». «¿Dónde podría ser? Algún sitio fácil y seguro para que ella pueda traer en un taxi el bolso, que pesará bastante. Un sitio clásico del barrio… No sé». Ángel piensa en los bares del barrio, en las cafeterías. Siente una punzada. «En la cafetería Puente, en General Oraá. Podría ser… es un sitio seguro. A la luz. No levantaremos sospechas». «Bueno, como tú veas, yo no lo conozco…». «Hace ya meses que no voy, a veces íbamos a tomar café con Tina».

Quiñones le aprieta el brazo sin volverse a mirarlo. Siguen caminando hacia Manuel Becerra, y en la esquina se despiden. «No te preocupes tanto por el grupo jurídico, Ángel. Va bien. No tendrá problema. Cuesta mucho obtener apoyos dentro de las cañerías del régimen. Pero funciona. No te inquietes, todo está bajo control. Y recuerda poner el sobre a buen recaudo, solo unos días».

Lo ve alejarse por la plaza. Se vuelve y un guardia se cuadra ante su camisa azul. Lo saluda con un ademán y sigue andando de vuelta a la Renault.

Prepara la celebración de la Nochevieja. La Nochebuena y la Navidad la han celebrado en la casa con los vecinos falangistas, con Eladio y su hermano. Han bendecido la mesa, han rezado a la hora del gallo, han cantado los himnos de la patria sin inmutarse. Pero para la Nochevieja, no. Para la Nochevieja ha conseguido que Eladio se vaya con su familia y van a poder celebrarla entre sus camaradas. Sin rezos, sin cruces. Imaginando que 1942 será mejor. Esperando que los aliados avancen, que puedan mantenerse, que el régimen concluya.

«Este tiempo ha de acabar». Lo repite a cada uno de los que entra por la puerta. Pero no tienen cara de buenas nuevas. Desde noviembre no ha dejado de caer gente. No saben por dónde ha empezado la cosa, dónde está el cabo del hilo. Dónde está el resorte que ha abierto la espita, pero hay demasiadas detenciones. Lo saben a medias. Pero llegan noticias casi a tientas. Noticias de gente en distintos sitios. Se sienten como en un cerco. Sitiados en un piso del barrio de Salamanca. «Cayó el sastrón, pero el hombre aguantó aunque lo destrozaron. Y ahí se paró la espita». «Pero están cogiendo a gente en

todas partes, ha caído gente del aparato de propaganda, y me han dicho que los vascos también». «¿Los vascos? ¿Qué vascos?».

Está sirviendo el vino, pero se para como congelado al escucharlo. Se acuerda de la muchacha vasca que conoció hace unos meses, la que le trajo la multicopista. ¿Habrá caído ella? Recuerda su actitud casi burlona. Ni siquiera sabe su nombre. Fue la misma que trajo el sobre, el que estuvo guardado en el doble fondo del armario del pasillo, el que entregó a la muchacha de las trenzas, la compañera de Quiñones.

«Lo jodido sea que caiga Quiñones. Si lo cogen a él, se cae todo». «Nadie es insustituible, y él es un hombre duro. No hablará». «No es que hable o no, es lo que le encuentren». «Pero bueno, ya está bien de ser tan agorero, que es Nochevieja. A ver, hay que animarse». Isabelita coge la botella de sidra y pregunta a quién servir. La sidra adormece la cautela, y se ponen a cantar canciones de la guerra. Muy suave, tan bajito, como si las musitaran. Cada uno de los presentes se acuerda de algo, entrecruzan miradas llenas de evocaciones que callan. Sonríen mientras se balancean al ritmo de una música que solo oyen desde dentro. Brindan con fuerza, con tanta que dos vasos se rompen al entrechocar. Todos ríen.

Se saltan las reglas, es Año Nuevo. Ángel cuenta la gran alegría de la semana. Pudo conseguir un montón de carne de pollo y de queso seco del estraperlo de la Falange. Lo repartió entre gente conocida, sobre todo entre familiares de presas y presos. Mucho pollo de repente entrando en las cárceles repletas de Madrid. El año del hambre. Nadie dio con la clave. Nunca. Un comunista infiltrado en la Falange se llevó kilos y kilos de pollo y de gallina, los guardó en su piso del barrio de Salamanca y los distribuyó a escondidas en hatillos pequeños. Como si fueran bombas de contacto.

También ellos comieron pollo. Bebieron y comieron hasta la madrugada. Jugaron al tute, disputando en cada partida un futuro que ya no tenían. Sorteando la suerte. Sin saber. Pensando en huir. Pensando en quedarse. Se dieron unas horas de sosiego y desplazaron para el día siguiente continuar con sus cuitas. Haciendo caso omiso de las señales que iban colocándose en la ruta. Dan vueltas. No saben que las cartas ya llegan marcadas.

A mitad de la noche, Ángel saca el acordeón que consiguió en el Rastro. Lleno de parches, lejos de la maravilla que dejó en París. Se apoya en la pared y comienza a tocar y a cantar. Josephine Baker. *Madiana, Madiana, Madiana, petit bijou des îles, Madiana aux lèvres de corail, ta bouche est une fleur fragile de chair palpitante et d'émail*. Canta muy mal, pero todos se ríen y se ponen a bailar. Sigue luego con un

charlestón. Trae su juventud parisina de obrero emigrante, canciones extrañas aquí. Iluminan la noche. «Pero toca un pasodoble». «¿Pero qué cojones un pasodoble? Yo no sé tocar esas canciones anticuadas… A bailar con esto, esto es para bailar». Dan vueltas. Giran al ritmo de las notas del acordeón. Será la última vez que lo toque en su vida. Pero no lo sabe. «No nos van a joder la vida estos cabrones. La vida es nuestra, hay que vivir, hay que vivir».

Al día siguiente, se despierta sobresaltado. Se ha quedado dormido. Se levanta y va hacia la cocina en busca de café. Allí lo encuentra, dispuesto en una olla. Se sirve, enciende un cigarro y se coloca tras las cortinas de la ventana que da a la calle. La mira vacía. No le indica nada. Busca la hora en el reloj de la pared y se da cuenta de que su contacto no ha llegado tal como esperaba. Decide no preocuparse, apaga el cigarro en el cenicero del alféizar y toma el último trago de la taza. Con el café, una corriente eléctrica le atraviesa el estado de ánimo. Una avalancha de adrenalina en el flujo sanguíneo que enmascara el miedo. Piensa para sí: cuando tengas miedo, míralo de frente. Míralo de frente.

Ángel no sabe admitir el miedo. Nunca supo. Mira lejos y se mantiene incólume, dispuesto a la brega. Siempre dispuesto a la brega. Huir, esconderse, no estaba en los planes. O no ve el peligro. Una motivación extrema lo mantiene en guardia. Tiene treinta y cuatro años llenos de canas. Está solo y añora París. Piensa en que mañana día 2 irá a una cita de control. Que nada pasa. «Míralo de frente». Qué tontería, el miedo no devuelve la mirada.

«Nos vemos delante del Cine Salamanca a las 10, iré con un periódico en la mano derecha. Cuando me veas, tócate la frente si crees que todo está bien. Luego, diez minutos después, pasaré delante del Viena Capellanes de la calle de Alcalá y me detendré ante el escaparate. Cuando me vuelva, si todo sigue bien, pon tu mano en la barbilla. Si no hay novedades ponte detrás y cuando me dé la vuelta ponme lo que sea en el bolsillo de la gabardina».Y así se entera. Apenas cinco minutos después, cuando regresa a casa, saca de su bolsillo un recorte del periódico *ABC* que dice: «El 30 de diciembre fue recogido en la calle un caballero de unos 35 años de edad, de buena complexión y pelo castaño, con entradas bastante pronunciadas. Viste traje y gabán color café, con espiguilla; sombrero gris y zapatos marrones. Por haber sido hospitalizado y no tener documentación que le identifique, se ruega a los familiares, dueños de pensión o casas particulares que hayan notado su falta se personen en la Inspección de Guardia de la

Dirección General de Seguridad (Puerta del Sol) a efectos de identificación». El recorte lleva pegado con un alfiler un papel pequeño que dice en francés «*se débarrasser de tout*». Y una nueva cita al día siguiente, con claves ya prefijadas.

Entonces lo sabe. Quiñones ha caído. El secretario general está en la DGS y no ha dicho ni cómo se llama ni quién es. La policía, hábil, trata de buscarlo. Ángel tiembla, ahora sí. Porque sabe que vive cerca de su casa, pero no sabe dónde, la compartimentación es total. Y porque imagina que en esa casa, donde sea, hay mucho material que esconder. *Se débarresser de tout*, deshacerse de todo. ¿Por dónde empezar? Desde su casa en el piso bajo, sin pensar mucho, se dirige hacia el primero, justo encima del suyo. Allí, a una vecina muy beata le ha dejado al menos cien ejemplares en papel biblia de la Novena de San Ignacio de Loyola que esconden propaganda comunista. Lo recupera y sale disparado con las cajas sin saber cómo deshacerse de ellas. Hay que pensar rápido. No quiere quemarlo en su casa, es demasiado evidente. Calcula lo más fácil, cruza la calle Fernán González y se dirige al zapatero remendón, su camarada Prieto, ese hombre enorme y bonachón que perdió la pierna en la batalla de Teruel. «Enrique, guarda esto en la bodega y quémalo esta noche con la goma de zapatos. Sin falta».

Pero el problema no está ahí, lo sabe. Si Quiñones no ha dicho la dirección de donde vive, es que en su casa está la documentación vital. ¿Cómo hacer, cómo averiguar dónde está la casa? Decide saltarse todas las recomendaciones que tan bien conoce y se dirige calle Fernán González abajo, hasta la avenida de Sainz de Baranda, hacia una casa concreta. Solo había estado una vez, en una reunión con Luciano Sádaba, cuando la entrega del sobre de Bilbao. Sabe que la anfitriona de esa casa es la compañera de Quiñones. ¿Estará vigilada? Se responde rápidamente que no, el recorte lo dice todo, él está callado. Pero es arriesgado.

Es un mediodía muy frío del enero madrileño, con esa luz especial de la ciudad en invierno. Una luz que ciega. Pero está alerta, muy alerta, todo tendría que ser rápido, limpio, eficaz. Calle abajo va cruzando calzadas, mirando a todos lados, tratando de otear señales que le indiquen que pueden estar siguiéndolo. Pero no ve nada. Decide parar en el bar que hay en la esquina con Sainz de Baranda, entra, pide un café a sabiendas de que será achicoria y se enciende un cigarro. Mira su mano fijamente. Piensa en qué hacer. Finalmente decide que esperará pacientemente a que la muchacha salga a la calle, tratará de comprobar si está vigilada y entonces la abordará. Apenas

la recuerda, una joven vestida de negro, muy delgada, con gafas y con trenzas. Como un muchacho. Pero casi no habló con ella, solo un saludo y un apretón de manos. Luego ella entró en la habitación en la que se reunieron y trajo una jarra de agua y unos vasos. Por detrás escuchó otra voz de mujer que llamaba: Nenaaa.

Sale del bar y se pasea por el bulevar frente al edificio de Sainz de Baranda, 22, apenas son las 11.30. Saca otro cigarro y da vueltas, sin perder de vista la casa ni sus alrededores. No observa a nadie vigilando, pero no está seguro. Sabe que no puede quedarse así mucho tiempo. Tampoco sabe cómo abordarla, qué decirle, si ella lo reconocerá o no. Recorre sus pasos una y otra vez entre Narváez y la casa, por el centro del bulevar. El tiempo pasa. De repente, el portal se abre. Es el portero, barriendo el quicio. El portero lo mira y él se da la vuelta y se cubre más con el sombrero. No es buena idea seguir así. Decide cruzar al otro lado y entra en una zapatería de arreglos. Una vez dentro no sabe qué preguntar ante la mirada expectante del hombre que lo escruta. Pide tinte para unos zapatos: de negro a marrón, le dice, a sabiendas de la respuesta. «Eso es imposible, caballero». Sonríe, da las gracias y sale de nuevo. El portero se ha esfumado y reemprende sus paseos. Son las 12.15, se da veinte minutos más, contraviniendo toda norma básica de clandestino. Se ríe un poco de sí mismo. Más que un militante comunista parece un gánster, un sabueso, de esos que salen en algunas películas que vio en París.

Está helado, pese a los guantes y la bufanda. La puerta se abre una vez más, otra vez el portero, pero luego una señora bien vestida, muy delgada, con una capelina marrón y, tras ella, la muchacha de las trenzas. Se da la vuelta y las observa, se dirigen con paso rápido hacia Narváez, doblan la calle y suben por la acera. Las sigue a distancia, van del brazo, mientras él mira constantemente a su alrededor. Se da cuenta de que la muchacha también vigila sin cesar, mira hacia atrás, mira a los lados. No lo ve. Siguen caminando hasta la calle Menorca, doblan la esquina y entran en una pequeña frutería. Mantiene la calma, se queda fuera, al otro lado de la calle, espera, ahora suda pese al frío. Cuando ellas salen, por fin se cruzan las miradas, ella lo ve enfrente. Su cara se altera y frunce el ceño, él levanta levemente una mano como pidiendo calma, como dando tranquilidad. De nuevo, las dos mujeres del brazo regresan por el camino inverso, él detrás, esperando alguna señal, alguna manera de hacerle ver el peligro, de decirle.

La ve caminar desde atrás, con su abrigo negro y sus botas pardas,

planas, sin tacón. Ella levemente vuelve la cara y por fin hace un gesto casi imperceptible, un gesto que parece pedir paciencia. Al fin, las mujeres se paran frente a un puesto de flores. Él también se detiene, se pone a su lado, saca cuidadosamente el anuncio de periódico del bolsillo y, diciéndole simplemente «ilustre», trata de enseñárselo. Ella baja la mirada, observa. Parece tranquila, se agacha para ver lo que parece un rosal silvestre y al hacerlo le dice: «Bodas. En San Antonio, en veinte minutos». Se incorpora, toma a su madre por el brazo y se aleja lentamente. Sin más.

¿Bodas? ¿Qué bodas? Cruza la avenida y se para frente a una carbonería. Pregunta por San Antonio al chaval que está fuera. «¿La parroquia de los franciscanos…? Sí, en Duque de Sesto, aquí al lado».

Avanza a pasos rápidos por la acera y llega a la parroquia. Parece cerrada. No ve a nadie cerca. En el costado, observa una puerta pequeña con un cartel grande. Sacristía, de 9 a 1. Catequesis, de 4 a 8. Preparación de bodas y ropero, de 9 a 2. Tras la puerta, un pasillo angosto, oscuro. Entra y apenas unos metros después una señora vestida con algo que le parece un sudario le reclama: «¿Qué quiere?». «Vengo a informarme sobre las bodas…». «Al final, la última puerta». «Pase y siéntese a esperar, pero ya es muy tarde, no sé yo…».

Sigue, abre la puerta y ve un cuarto con bancos corridos. Con bastante gente, catorce o quince personas, o más. Mujeres, pero también algún hombre. No muy jóvenes, mal vestidas, mirando hacia abajo. Al volverse hacia la puerta la ve, está sentada en el banco cerca de la única ventana y lo mira. Sin pensárselo dos veces se sienta a su lado. Ella sonríe cogiéndole la mano, como novia en confianza. «Llegas tarde, como siempre».

Él sonríe igualmente y quedamente le explica lo que sabe: «El ilustre, Anselmo, está detenido, estoy seguro, ¿has visto el anuncio del periódico? Tengo que sacar todo lo que haya en su casa, me temo que podrían encontrar cosas valiosas. Pero no sé dónde vive. Por eso te he buscado, tengo que tratar de sacar lo que encuentre».

—Sí, lo han detenido. Yo también estoy segura. No ha acudido a nuestras citas de los últimos días. El anuncio no deja lugar a dudas. Pero no voy a ir a la DGS, es una encerrona. ¿Sabes algo más, cómo está, cuánto lleva allí? ¿Cómo estará, madre mía…?

—Pero claro que no, no sé nada, solo el anuncio y que hay que sacarlo todo.

—En mi casa no hay nada, lo saqué ayer.

—Pero es su casa la que me interesa, la de él.

—Pues estamos mal. No sé dónde vive…

—¿Qué? ¿No te fías de mí? ¿No me recuerdas? Yo he estado en tu casa con él y con el chico vasco. ¿Crees que soy un oreja?

—No, no. Es que no lo sé. Antes vivía en Ayala. Pero cuando cogieron a los americanos, con la caída de Larrañaga, se fue. Y no me dijo dónde.

—Pero es aquí cerca, estoy seguro.

—Sí, ya. Pero no lo sé, no sé dónde.

—¿Qué vamos a hacer?

—Yo, esperar a que salga vivo de Gobernación y cuando llegue a Porlier ir a verlo. Tú, no sé. No puedo decirte nada más. Ahora vámonos, tenemos que salir juntos.

Se levantan y salen del local de los franciscanos. Ya en la calle, cada quien toma para un lado. Con las prisas, ni siquiera le ha preguntado cómo está ella, si necesita algo, por qué eligió ese sitio, si se dan otra cita. Se vuelve, y ya no la ve.

Ángel no encuentra la casa de Heriberto Quiñones. Pese a que está en el portal de al lado de su trabajo en la Renault. No lo sabe. Ni él, ni nadie. Pero la dueña de la pensión también lee el anuncio. O alguien de su entorno. El caso es que la mujer se presenta en Gobernación, en la DGS, y dice que creía conocer al hombre descrito, que no estaba inquieta porque en esos días alrededor de la Navidad los huéspedes se ausentan para ir a visitar a sus familias, pero que el anuncio la puso en guardia.

Esa mujer se toma el trabajo de acicalarse y abrigarse en medio del frío polar del invierno, en plenas fiestas, y coge el metro en la estación de Goya, se baja en Sol, entra en el vetusto edificio de la DGS. Ingresar, preguntar, esperar, dar explicaciones, ser interrogada. «Para mí es un hombre muy educado y cordial, siempre atento, encantador. Nunca habla de política, es viajante, buen pagador». Ella va a la DGS, la cueva oscura, el lugar del pánico. Se lo ha dicho su familia. «No te la juegues, vete a informar, la cosa está muy mal, ya ves cuánta gente está encarcelada, o muerta».

Ella va. Miedo con hambre de miedo. Quizá también piensa en alguna recompensa por su colaboración. ¿La obtuvo? El caso es que Mercedes Tenes Guardiola, de cuarenta y ocho años, natural del Jumilla, hija de Teodora y de Inocencio, llega el día 5 de enero de 1941, la víspera de Reyes, a eso de las cuatro y media de la tarde a la DGS y dice: este es el hombre. Estampa su firma en la comparecencia, una caligrafía de escuela primaria. Luego sale y, aprovechando que está en Sol, compra unos churros. Para la noche. Mercedes Tenes

Guardiola dice «este es el hombre». Y se abre la historia.

La policía llega por la tarde al piso principal derecha de la avenida de Felipe II, 28, la casa contigua al taller de la Renault. Fuera no indica nada, pero es la pensión de Mercedes. Ella ha llegado antes con los churros que ha dejado en la cocina. Abre con su llave maestra la puerta del dormitorio del hombre desaparecido. Extiende la puerta y los agentes Hernando y Zambrano entran, Segador y Peláez se quedan fuera. Todo está recogido. La cama hecha. Una silla en la que descansa un pantalón gris y una corbata burdeos. Sobre la mesa, *Gerona*, de Pérez Galdós. Lo abren y cae un separador. En la primera página está escrito un nombre. J. A. Villa. Nada más. Sin fechas.

Un agente abre el armario, tres trajes, seis camisas, dos jerséis cuidadosamente doblados en un estante, ropa interior. Debajo dos pares de zapatos negros, un par de zapatos marrones, unas botas negras. Buscan entre la ropa, pero no aparece nada digno de sospecha. Encima del armario hay una maleta y una cartera tipo ministro. Cerrados. Retiran el colchón y bajo el somier se ven otras dos maletas. También cerradas. Sacan las maletas al comedor y van abriéndolas una a una encima de la gran mesa. Mercedes observa atenta sin decir nada.

Un gran tesoro. Ejemplares de propaganda ocultos bajo increíbles denominaciones, una Novena en honor al todopoderoso San Basilio, Quince minutos de Jesús sacramentado que dentro tiene un comunicado del PCE y un mensaje de Stalin, unas falsas obras completas de Rubén Darío, y las novenas de San Ignacio que están por todas partes. Cartas, manuscritos, partes de guerra ingleses y rusos. Pero especialmente las circulares internas, los organigramas, las posiciones de sus camaradas, las instrucciones. El documento de *Anticipo de orientación política*, ese documento que eriza los pelos de la dirección comunista del exterior porque explica desde dentro cómo el franquismo es fuerte, es poderoso, está asentado y su fractura solo podrá resolverse con esfuerzos enormes de acuerdo y unidad entre demócratas.

Todo está ahí. Frente a los agentes que han llegado y han abierto ese tesoro. Son los mismos agentes que lo han detenido. Segundo Hernando Moreno, Manuel Zambrano Vázquez, Ángel Segador Borrasca y Juan Peláez Castañón. Están exultantes. Desde octubre ha ido cayendo mucha gente, todos los que creen más importantes, todos los troncos, todas las ramas. Ahora han llegado a la raíz. Hay tanto que ver que tardarán dos días en leerlo todo. Muchas direcciones en

papel rosa y papelillos de fumar. Un mapa sin fin. Un muestrario inmenso.

«Está todo aquí, todo». «Cierra y vámonos, que es noche de Reyes. Ya lo veremos, vamos a la oficina y lo vemos con calma. Esta señora tendrá que aviar la cena». «Que sí, que sí. Pero es increíble, mira, mira. ¿Pero cómo es posible que con lo listo que es este hombre haya dejado todo aquí, tenga todo guardado en unas maletas en su casa? Es increíble». «A lo mejor no es tan listo». «Pero hubiera muerto antes de darnos su dirección, menos mal que hemos dado con ella». «¡Vámonos ya, joder! Que yo tengo hijos que atender, no me jodas. Vámonos».

Una gran suerte. Una gran desgracia. El cerco aún no se cierra del todo. Pero ahora sí todas las cartas están marcadas.

Ángel a su alrededor percibe escombros. Por eso cuida especialmente desprenderse de todo, no solo deja la casa limpia y peinada, también se desembaraza de los documentos que ha depositado en manos de los vecinos más franquistas o en los propios locales de la Falange zonal. Luego hace correr la bola con mucho esmero. Limpiamente. Pone sobre aviso solo a dos jefes de casa infiltrados como él. Aprovecha a hacerlo en la Falange de la zona, mientras distribuían el escaso alimento que había llegado. Luego sigue la cascada de mensajes. Los infiltrados continuaron en sus puestos. Se quedan como camaleones con sus camisas azules. Acaso fuera de peligro. No supo más. Cuando años después trató de hacerse con noticias, no encontró el rastro. Ni dentro ni fuera. Como si se hubieran volatilizado. Un grupo de dos o tres decenas de infiltrados diluidos entre los resquicios de los muros.

Luego, a mediados de enero deja la casa de Fernán González. Le dice a Eladio, a las vecinas, a la portera, a los de la Falange de su zona que se va a Santander a ver a su familia. Pide un permiso en la Renault y se esconde en una casa del barrio de Tetuán, se queda oculto quince días y a finales de enero regresa como si tal cosa. Protegido con su camisa azul, piensa que el peligro ha pasado. Sabe que buena parte de su organización ha caído. Se ha esfumado. Pero sus contactos están limpios, los jefes de casa siguen en sus sitios, los colaboradores de los juzgados y de las cárceles se mantienen. Se pregunta dónde ha estado el cordón de seguridad, pero, como siempre, retira las dudas de su rostro a manotazos. «Hay que seguir, hay que reconstruir. No hay que titubear».

Pero tiene algunas noticias del grupo de apoyo jurídico. Inquietantes. No está tranquilo. Nunca se ha sentido tranquilo ahí. Tiene que avisar, que hacerlo desaparecer, dejarlo oculto. Con un lápiz

en la mano hace dibujos de turbinas en un papel en el comedor de su casa. El buen tornero. La realidad con esa linealidad masculina. Fuera de cualquier intuición, lejos de los sentimientos, como si fueran máquinas soldadas para vehículos. Sin que se adivine el miedo, porque el miedo trasluce mal. A su cuñada Isabelita ya se lo ha dicho. «Vete al pueblo, vete por un tiempo. Ponle cualquier excusa a Eladio y que esto siga siendo un hogar católico y falangista, sano y salvo. Todo está muy inseguro». Hace garabatos pensando cómo llamar a Moisés, cómo poner en guardia al otro grupo. Cuando suena el teléfono, es Eladio quien lo coge. «Es para ti, de tu trabajo». Se levanta hasta el pasillo y toma el auricular negro en sus manos. Ya sabe que no es la Renault. Oye la voz del camarada infiltrado como auxiliar del fiscal en los juzgados de las Salesas y solo contesta con un «Claro, iré sin falta, allí estaré».

La cita es como siempre cerca de la entrada de El Retiro de la Puerta de Alcalá. Ángel entra con el *ABC* del día en la mano derecha. 21 de febrero de 1942. El contacto llega enseguida, atraviesa la puerta y se dirige al puesto de castañas junto a la verja. Un joven cualquiera con un abrigo negro. Ahí se para. Ángel observa hacia todos los flancos, entra y se detiene a su lado, cambiando el periódico de mano. No intuye peligro. Pide un cucurucho de castañas y al cogerlo se le cae al suelo. No todas las castañas, algunas. Se agacha para recogerlas al tiempo que el joven de negro se inclina también. «En la portería he dejado un expediente». Se incorpora y se va.

Lo habitual. Está inquieto, en medio de la escarcha trasparente de la ciudad sigue tenso y algo le desagrada de todo ello. Se revuelve bajo el abrigo, se calza aún más el sombrero y sale de El Retiro rumbo al metro. Lo toma en Cibeles y se baja en San Bernardo. Realmente, aún no conoce bien esta ciudad, esa ciudad a la que llegó en pleno alzamiento. Ese 19 de julio de 1936, apenas hace cinco años, fue su primera visita. Luego vino circunstancialmente durante la guerra y cuando se instaló a mediados de 1940 se dejó guiar por Tina y por sus contactos. Un año después tiene un croquis en la cabeza, un mapa construido con planos y esquemas hechos a lápiz, para tratar de no equivocarse. Pero le faltan puntos de referencia, y las casas de ladrillo con balcones de los barrios del centro le parecen todas iguales. Toscas, pobres, umbrías.

En la glorieta de San Bernardo vuelve a mirar a todos lados. Se concentra hasta recordar y baja por la Carrera hasta toparse con la calle Quiñones. No le gusta esa estafeta, tan cerca de la cárcel de Comendadoras. Debe ser un contacto del Bolita, pero se siente

indefenso, en ese barrio desconocido, con la camisa azul bajo el abrigo. Llega hasta el 13 de la calle, entra en el oscuro portal, se sorprende del olor dulzón y desagradable. Olor a repollo cocido y a humedad. A cloaca, a tristeza, a oscuridad. Y piensa que Madrid está mortalmente herida. Toca suavemente la cancela y, cuando sale la niña, simplemente la mira como otras veces. «Dile a tu madre que si tiene el recibo para el agua». Casi inmediatamente aparece una mujer, le sonríe y le alcanza una bolsa de tela. Al hacerlo, le aprieta el brazo. Ambos se miran con la intensidad de estar participando en algo notable. En la mirada de ella no percibe ningún miedo, y sin embargo él quiere trasmitirle que debe tenerlo, que la situación está mal, que él sí tiene miedo. Pero no puede expresarlo, y se estremece por no saber hacerlo.

Sale a la calle y vuelve por donde ha venido, pero al llegar a la Carrera de San Bernardo decide bajar hacia la Gran Vía. A la altura de la plaza de Santo Domingo, en la esquina con Torija, entra en un bar que ya conocía. No le gusta el alcohol fuerte, pero continúa inquieto. Y nota que con la preocupación pierde reflejos. Pide una copa de coñac, en plena hora de comer, y se va al baño para revisar lo que lleva. Un expediente con siete peticiones fiscales de pena de muerte. El auxiliar infiltrado podría tratar de rebajar alguna, dos o tres. No más. Hay tantos casos que, a veces, pocas, si se operaba un leve cambio en la petición fiscal mecanografiada que llegaba al juez, nadie se enteraba. Alguno de los encausados pasaba de una solicitud de pena de muerte a una de 30 años. Un par de vidas salvadas. Algo es algo. Mucho. El auxiliar del tribunal de las Salesas tiene que ser hábil, pero sobre todo tener mucho cuajo. Que nadie detecte, que pase sin más.

El juicio sería en breve, dice la nota. Hay que decidir. Aquí llegaba lo peor. Leer los testimonios de condena elaborados por la fiscalía y ventilar que dos o tres personas eran más salvables, para decirle al auxiliar. Esa decisión tremenda, esa decisión que permitirá que alguno salve la vida, pero los demás no.

No mira los nombres de los encausados. Nunca lo hace, porque además casi es seguro que no conocerá a nadie. Pero por si acaso, mejor no mirarlos. No queda otra, tienen que verse de nuevo, tienen que verse en casa del practicante en Lavapiés. Y algo peor, en ausencia de Quiñones, de la dirección central, ¿a qué recurso acudir para que le diera orientaciones? ¿Cómo pasar los nombres para que alguien tomara una decisión? ¿Y si el canal está completamente perdido? ¿Tendrían que hacerlo ellos solos?

Hace lo habitual. Pregunta si hay teléfono en el bar y le dan una

ficha. Llama al 24045, al bar Pablos de la calle Barceló. El dueño de voz bronca levanta el auricular. «Hola, guárdame unas croquetas, que llego en una hora». Y cuelga.

Sale a la calle rumbo a Barceló. Ese viento de febrero como de la estepa que se cuela por todas partes lo pone en guardia. Sigue en estado de alerta, pero al mismo tiempo lleno de despistes. De nuevo, la ciudad se le hace extraña. Embestido por el viento, aferrado con sus piernas fuertes a un suelo que desconocía, que no era el suyo. Apretando hacia sí el ala del sombrero, se descubre perplejo de la situación. No son dudas, no es miedo, o no solo. No reconoce las pistas, no sabe. Es la zozobra de alguien que imaginó un mundo diferente y que de repente se encuentra sujeto a fuerzas que desconoce. Esos principios forjados en la escuela y en la fábrica de Levallois, que lo han convertido en un técnico de éxito, en un tornero instruido, en un comunista de manual. La revolución era el gran acontecimiento de su vida, como un cartujo de una iglesia universal. Como tantas veces antes, sobre todo como tantas veces pensaría después, cree sin más que los días del fascismo están contados. Se aferra a esa confianza, como hace siempre, como haría invariablemente después, «un comunista muerto con permiso para ausentarse».

Cuando llega al bar, mira al dueño y a su mujer, y le pide un chato de vino a esta. El bar está lleno, es la hora de comer. Ella le sirve sin mayor expresión y el marido se acerca a él, le dice que las croquetas se han acabado y que tendrá que volver otro día. «¡Qué lástima! Pero mañana tienes que dejarme media docena. Te lo digo desde hoy para que no se te olvide y volveré a mediodía, cuando salga de trabajar». Saca dinero para pagar. «Estás invitado». Sonríe y le da las gracias. Va al baño y le deja una copia del expediente en el lugar de siempre, tras unos azulejos así dispuestos. Ha añadido una nota para la dirección, por la urgencia del momento, y dando a entender que sabe que todo pende de un hilo.

Vuelve a su taller en el metro. Tiene necesidad de comer, pero no apetito. Va al vestuario, saluda a un compañero al que apenas conoce y se quita el traje para ponerse el mono. Le gusta su trabajo, el jefe de torneros, una categoría increíble para un hijo de campesinos pobres de una aldea de Cantabria. Un sueño hecho realidad: jugar con la mecánica, lo manual, todo lo que tiene que ver con el trabajo fino de las manos.

Con esmero, se pone a ver las piezas de los coches en reparación, a supervisarlas, a preguntar a los torneros y a los mecánicos cómo había

sido la prueba, si han observado problemas de mala combustión, si ven escapes. Nunca lo dirá, pero le sacan de quicio los obreros en Madrid, son unos chapuceros, nunca comprueban nada. Lo piensa, pero se siente tan culpable de pensarlo, hace huir la idea con un gesto de su mano.

Sobre las cinco, el encargado le avisa para que vaya a administración, tiene una llamada. Se pone en guardia, toma el auricular tratando de parecer normal y dice «Aló», a la francesa, no puede evitarlo. Es el dueño del bar. «Imposible mañana las croquetas, andamos mal de abastos, no creo que haya en los próximos días». O no han recogido el expediente o, peor aún, están cortadas las vías hacia arriba. Se lo imagina, caído Quiñones, está todo derrumbándose. Pero él no nota nada a su alrededor, no ve que lo sigan, la policía solo ha preguntado una vez a la portera… ¿Qué está pasando?

Vuelve a su trabajo y deja pasar el tiempo hasta las seis viendo bujías, colocando algunas en los motores de los viejos Renault ahora que no hay repuestos con la guerra. Cuando ve que es la hora, regresa al vestuario, deja el mono, se lava cuidadosamente las manos de grasa, restregándose y restregándose para limpiar lo negro de las uñas, se enjabona también el pecho, el cuello, la cara, con fruición, aunque nada permite pensar que estén sucios. Se viste y sale a la avenida de Felipe II, sabiendo que ahora no hay escapatoria, que tiene que convocar reunión donde el practicante, que no puede ser más tarde que mañana, que el auxiliar del juzgado no puede esperar más y tendrán ellos que decidir quién se salva y quién será fusilado, que la suerte está echada.

Se pone en marcha. Pasa por la tienda de café de la calle Narváez y, como las otras veces, pregunta por Gloria a la dependienta de ojos claros. Ella le dice que no ha venido, y él simplemente le contesta: «Volveré mañana a mediodía». Con eso, todos los compañeros sabrán que deben estar mañana en casa de Jiménez en Lavapiés. El olor de la tienda le ha abierto por dentro, decide tomarse un cortado en el bar Puente, pero cuando llega algo lo asusta. Mira y mira buscando pistas sin ver nada y tarda en darse cuenta de que está dentro de él. Lo sabe cuando, a través de los cristales, cree ver sentada a la muchacha vasca, a la de la multicopista. Entorna los ojos para comprobar. Dentro no hay nadie. Solo su fantasía.

No le gusta Lavapiés, tan oscuro, tan en cuesta, tan sucio y abandonado. Tampoco el portal y la casa de Jiménez, siempre con tanta gente para arriba y para abajo entrando en su casa a ponerse una inyección. Buscando algarrobas para matar el hambre en el campo

de concentración de Albatera conoció al practicante Jiménez. No lo volvió a ver hasta que regresó a Madrid cuando lo liberaron en Santander, cuando se pudo reunir por fin con Tina. Fue él quien le puso algunas de aquellas inyecciones de sulfamidas que consiguió en el mercado negro cuando ya estaba más muerta que viva, y que no sirvieron de nada.

Aún no son las dos de la tarde. A la casa de Jiménez llega hoy bajando por Ave María. Toda la calle huele también a verdura podrida cocida, ese olor dulce de Madrid. Aunque no lo reconoce, está nervioso. Decide parar en Bodegas Alfaro a tomar un chato de vino. Por la hora, la taberna está llena de hombres silenciosos. Le parece que todo el mundo habla en voz queda como si compartiese secretos. Se siente cómodo, entre gente amiga, pese a su aspecto elegante de traje y corbata, hoy que no lleva la camisa azul que desata miedos. Observa con una cierta sensación de fatalidad, de última vez, como si nunca más hubiera de regresar ahí, o a otro sitio como este, donde a veces se ha citado con alguno de su célula de apoyo.

Sale, tuerce en la primera bocacalle y llega al 28 de Olivar. Sube al primero desde la penumbra sin luz del portal y llama. Le abre el practicante y le hace una señal con la boca para que pase a la sala, que sirve también de consulta. Allí están Vaquerizo, Maruja Postigo, Chelo y Moisés. Falta alguno. En realidad, son demasiados, pero la ocasión lo impone. Saluda apenas y de un bolsillo interior oculto en la parte baja del abrigo saca cuidadosamente doblada la copia del expediente, reproducida en papel cebolla y en tinta azul. Explica lo que tienen que hacer. Tomar una decisión para facilitar la rebaja de la sentencia de dos personas entre las encausadas, tratando de hacerlo de la manera más objetiva, buscando los elementos que les permitan elegir. Si tienen familia o no, si su papel en el futuro del partido es más relevante o no, si para ese porvenir enmarañado su presencia será más útil. Lo tienen que hacer así porque el contacto hacia la dirección está roto. Luego calla, contempla las caras como máscaras, espera.

Jiménez habla el primero. Nervioso, casi balbuceante. Ángel lo observa extrañado. Es el mayor de todos, supuestamente ha estado en mil bregas, siempre repite que está curtido y mira a los demás por encima del hombro. Algo le pasa hoy. «¿Qué ha pasado con la dirección? ¿Por qué no contesta? ¿Por qué tenemos que decidir esto nosotros? No me gusta lo que está pasando, no nos estás informando de todo. Esta no es nuestra función, esto es un riesgo, en mi casa. Hay que acabar con esto».

Como en esas películas negras francesas que tanto le gustan, se

masca el recelo. Están casi en penumbra, en esa habitación de por sí oscura con un balcón a la calle cubierto por la persiana. Parece que tras sus palabras la luz se ha apagado, que las sombras se adueñan del espacio. Observa la olla que está hirviendo donde se cuecen las jeringas, las frascas de alcohol, las cajas de níquel, el algodón, ese olor a desinfectante. Se acuerda de Tina, de cómo se consumió en unos días después de que abortó en esta misma habitación. Quiere quitarse el pensamiento de encima, pero no puede. Escucha alguna palabra, apenas musitada, de Chelo o de María. No las entiende, está inmerso en su propio laberinto. Jiménez tiene razón, están en peligro.

Una mierda, piensa. Una mierda todo esto. Le sorprende su propia frialdad al explicarse y al mismo tiempo sabe que tienen la posibilidad de salvar una vida. Un antídoto frente a las tapias del cementerio del Este. Una mierda, sigue pensando.

Vuelve a la vida y a su papel de frío rector. «No nos toques los huevos, Jiménez. Hay que leer y decidir. Y se acabó». Ve las miradas agujereadas, sin expresión. Insiste: «Vamos a leer esto, no tenemos tiempo. Hoy es 22 de febrero, el juicio es en tres días».

Se escucha ruido en la escalera. Jiménez se levanta y en silencio se dirige a la puerta. Todo queda mudo. Se miran sin más. Suena un ruido de nudillos recurrentes en la puerta, voces que inquieren, golpes en la cancela, la voz del practicante preguntando quién es. Más silencio, miradas entre ellos dudando sin hablar, un gesto de Chelo indicando la ventana, una mueca de Ángel pidiendo paciencia. Los papeles arrugados en sus manos. El estruendo de los agentes que están entrando. ¿Quién nos salva? No te puedes salvar solo. Si fuera una obra de teatro las luces se irían apagando. Y los actores quedarían congelados, paralizados en escena. Silencio. Telón. Telón.

Madrid, 2020

Desde niño siempre me contaron que alguien habló. Habló, no. Todos hablaron. Pero alguien delató. Busco la declaración del supuesto chivato, el practicante, el primero en ser interrogado. Ahí están los nombres que luego caen en cascada. Describe a Ángel, mi padre. Lo describe con esmero. En sus gestos. En sus pasos. En su vida. Pero no todo cuadra ahora cuando leo su declaración. La policía tiene demasiados datos. Demasiadas evidencias. Hace preguntas muy concretas. La policía sabe mucho. Lo sabe antes de que el practicante fuera interrogado. ¿De dónde sacó la policía tanta información?

El practicante no es la fuente. No es la única fuente. Ahora, setenta y seis años después, no puedo decirle a nadie que cuando el practicante habla la policía ya sabe. A ninguno de los otros veintidós encausados. Todos están muertos. Tampoco puedo decírselo a él. Su rastro desaparece enseguida. Y también está muerto.

Mi padre declara a la policía por primera vez a las 11 de la noche del 22 de febrero de 1942. A las 3 de la mañana está de nuevo declarando. Otra vez después, a las 6. Hasta la extenuación. Siempre de noche. En los calabozos siempre es noche. Trato de entresacar entre sus palabras algo que me haga comprender la situación. Es un trabajo inútil. Solo se refiere a encuentros casuales. A favores domésticos. A labores de estraperlo. La policía sabe más y se encara con él. ¿De dónde saca la policía esta información? El expediente pone en palabras de su boca cuando regresa al calabozo: «este maldito Jiménez nos ha hundido». En la trémula firma de su declaración entreveo el dolor. Los golpes. Los gritos.

Jiménez, el practicante. Tiene nombre y apellidos. Joaquín Jiménez Muñoz-Delgado. Es un hombre de cincuenta años. Ha trabajado en el Hospital Obrero durante la guerra. Con el doctor Planelles. Su única familia es una hermana. Luego, en 1939, cuando sale del campo de concentración de Albatera, logra desvanecerse. Como tantos. Presta su casa de la calle Olivar para las reuniones de un

grupo del que dice no formar parte. Y cuenta y cuenta, la policía tira y él sigue hablando. Cuando lees te cuesta pensar si habló mucho o poco. Solo percibes que él justifica lo que hizo como fruto del engaño. Como que alguno de los otros le tomó el pelo. Que fue la consecuencia de un infortunio. Su croquis de la historia es también confuso. Apenas se entiende. Salvo que un grupo de gente diversa llegaba a reunirse a su casa. A buscar cobijo. A rescatar papeles. A por sobres cerrados que trasladaban a otras partes. A que les pusiera una inyección. Ser practicante da cobertura. Mucha gente entra y sale por su puerta. Eso debía levantar menos sospechas.

Jiménez, el flautista. También es músico. Toca la flauta y el clarinete en bandas y orquestas de Madrid. Leo una carta que aporta su hermana Rosario. Una carta manuscrita por Jesús Pindado García. El cura de la iglesia San José de Madrid. Es una buena persona, indica. Es músico y practicante. Ha ayudado a muchas parturientas pobres. Eso escribe. Y acaba: «Pero tiene un gran defecto, como le ocurre a muchos otros hombres, pero en su caso exacerbado: que tiende a exagerar y que le gusta ser el centro de todo». El cura cierra así y firma. Yo leo ahora. Pienso en el músico que ponía inyecciones. Que practicaba abortos en su consulta. Que desaparece de los archivos. El fiscal pide para él lo mismo, pena de muerte. «Da igual que hablaras o no, porque te matan igual». Luego es indultado como los demás. Y se esfuma de nuevo para siempre. Queda atrapado en la memoria de la delación. Una memoria turbia. Esquiva. Torcida.

En la casa de Jiménez. Organizaban esa suerte de aparato de apoyo. Con pequeñas ramificaciones en los juzgados. En las dependencias policiales. En las oficinas penitenciarias.

Un auxiliar de juzgado cuyo nombre se ha perdido. Logra rebajar penas en las peticiones fiscales. Se jugaba literalmente el tipo con ello. Pero ahora no podemos seguirle la pista.

Una mecanógrafa de los tribunales. Introducía cambios de destino carcelario. Sin que nadie se diera cuenta. No sabremos su nombre.

Un cabo destinado en los calabozos de la DGS. Aliviaba la vida terrible de los detenidos. Curaba sus heridas. Llevaba comida. Trasladaba mensajes. Desconocemos su identidad.

Eso hacía ese grupo en la casa del practicante. Urdir una comunidad de apoyo. En las entrañas del régimen.

Además estaba el piso de Fernán González, 20. El piso en el que Ángel, mi padre, vivió con Tina. Su piso como jefe de casa de la Falange. El partido único infiltrado. Con algunas decenas de comunistas dentro. Que se esfuman de los expedientes. Que no se

mencionan. Que nadie recuerda. Sin pistas. La red de comunistas con camisa azul.

Jiménez, el practicante, no sabe nada de esto. No lo menciona. Pero la policía sí lo sabe. Mi padre y sus compañeros creen que ha sido el supuesto delator. U otros chivatos. Así se ha repetido. Ahora yo sé que no fue así. El 5 de enero de 1942 sacan de la casa de Mercedes Tenes las maletas de Quiñones. Con información ingente. La policía tarda dos días en leerlo todo. Una relación que el expediente abre ahora ante mis ojos. Inmensa. Enumerando cada cosa con exactitud. Me cuesta leerlo, de tan prolijo. Cuando llego al final me encuentro con la gran sorpresa. «Instrucciones generales para los jefes de casa a nombre de Ángel Martínez Martínez-Fernán González, 20». Pero las instrucciones han desaparecido del expediente Quiñones. Han volado. Como los infiltrados.

Quiñones en el centro. Quiñones como enigma. ¿De dónde llegó? Era un agente de la Internacional Comunista. Un agente intermedio. No sabemos dónde nació. Quizá en Bukovina. Quizá en Moldavia. No sabemos quién lo mandó a España a principios de los años treinta. Ni para qué. No conocemos cómo llegó a tener identidad asturiana. A llamarse Heriberto. A hablar sin acento. No estamos al corriente de cómo consiguió ser el máximo dirigente de la organización comunista en el año 1940. Respetado por sus compañeros cercanos. Denostado por sus camaradas en el exilio. Acusado de espía. De burgués. De traidor. Jamás habló. Su fusilamiento enterró también su identidad. Hasta hoy.

No fue Jiménez, el practicante. Desde cincuenta días antes de su detención, la policía supo de la existencia de mi padre. De su papel. De su dirección. Pero no lo detienen inmediatamente. Tampoco lo siguen. O él no lo percibe.

Trato de recrear el silencio. El miedo. La tensión. El aliento helado de la policía tras cada nuca. Leo ahora sus testimonios en los expedientes policiales. Los comparo con mis propios recuerdos. Todo me resulta excesivamente simple. Demasiado menor contrastándolo con la magnitud de las penas. ¿Solo por esto os condenaron a muerte? ¿Os dejaron en la cárcel diez, quince, veinte años? ¿Este era el gran desafío para el régimen? ¿Así iba a caer Franco?

Día lluvioso de noviembre. Recorro ahora el camino que hizo mi padre. Bajo también por la calle Ave María. Llena de restaurantes modernazos. También de banglas. De tiendas finas. En la esquina de la calle Olmo me sigo encontrando con las Bodegas Alfaro. Entro, como tantas veces. Pido un vermú de grifo. Hay gente a esta hora. Gente

llena de color. Que colma el espacio de voces. De voces altas. Observo a mi alrededor apoyado en la barra. Seres anonimizados, que se parecen a mí. Respiro el buen rollo. Me disuelvo en él. El aire de mi barrio. Pago y salgo. Sigo calle abajo. Me planto delante de la calle Olivar, 28. Una casa estrecha como tantas de Lavapiés. Pintada de beis. Con dos balcones a la calle en cada uno de sus pisos. Con mugre. Llamo al primero exterior. Esa casa que fue del practicante. Nadie contesta. Llamo al segundo. Pido que me abra. Digo que llevo un sobre para el primero y que no hay nadie. Suena el crac de la puerta y entro al portal. Pequeño, estrecho. Ahora bien iluminado. He tratado de dar la luz. No la luz eléctrica. Hacer la luz. Miro en los buzones. En el buzón del primero no aparece ningún Jiménez. Jiménez, un hombre común. Como yo. Como cualquiera.

Subo los escalones de madera. Muy desgastados. Muy despacio. Como si fuera descalzo. Los labios apretados, muy apretados. Es como una reversión. Llego al descansillo del primero. Veo la puerta con un santo de latón pegado. Toco el timbre. Nadie contesta. Luego aporreo la madera con los nudillos. Nadie contesta. Oigo ruido. Es dentro de mí. Apoyo la oreja en la mirilla. Solo silencio. Silencio. La luz de la escalera se apaga y me quedo ahí. A oscuras. Recostado en la puerta. Esperando una respuesta. Tiniebla. Silencio. Silencio.

«… una chispa de aquellos placeres / brilla en la hora vengativa. Su fulgor puede destruir vuestro mundo».

LUIS CERNUDA

4. Fumar calma el hambre. 1942. 1943

Lo ve por la calle y él la mira. Lo ve y tiene un escalofrío. Algo le dice que esa casualidad va a traer cola. Manoli sigue a buen paso por la avenida de los Castros, no se vuelve, pero sabe que ha sido mala suerte. Piensa en hablar directamente con su contacto para decirle que está en peligro, pero no está segura de que surja efecto. Teme que su instinto, que ha sido hasta ahora muy útil, en este momento la haga dramatizar. O que le dirán que es una exagerada.

Sube por los Castros hasta su casa y trata de observar si la siguen. Lo hace con cuidado, porque el tipo que ha visto sabe tan bien como ella las normas de clandestinidad. Puede ser que él esté también huyendo, diluido en otra realidad, fagocitado. Pero siempre ha pensado que es un confidente, o al menos alguien de lengua fácil, de quien no fiarse. ¿Qué hace este hombre en Coruña? Está claro que nada que el partido sepa, porque nadie la ha avisado.

¿Y si no la reconoció? Teñida de rubio platino como va, con gafas y vestida como una señorita de la burguesía. Pero su mirada fue clara. Lo sabe. Lo sabe y ya está. Y sabe que tiene que poner otra vez tierra de por medio. Su contacto le dijo que mandaron al inspector Carlos Martín de Ellacuriaga, *Carlitos*, a buscarla a El Barco de Valdeorras, pero no dieron con la pista y su primo no dijo nada, o no lo encontraron. Pero la puso en guardia sobre cómo la buscan y que la idea de que ha huido al extranjero vía Francia no ha cuajado. O no lo suficiente.

Escabullirse otra vez. Pero ¿adónde? ¿Y si está exagerando? Quizá este tío no diga nada, o aunque lo diga, ¿la encontrarán tan sencillamente en Coruña? Llega a la casa con todos esos pensamientos alocados y sube las escaleras muy rápido. Toda la familia Cabañas la está esperando para cenar, como cada día. La tratan como una reina, el padre, la madre, las tres hijas. Es una hija más, con el peligro que corren alojando a una perseguida. Pero les da igual, y el padre, con su dulce cantar de gallego, no para de decirle: «Niña, quién va a venir a

buscarte aquí, no andes preocupada, esto es seguro, y tú tienes que estar tranquila».

Pero ahora no lo está cuando se sienta a la mesa y se pone a comer las patatas cocidas con grelos de cada noche, hoy con algún tropezón de tocino. No está segura porque tiene la mirada de ese hombre entre sus cejas y no puede olvidarse.

—¿Qué tal hoy el trabajo, Begoña? —Toda la familia ha incorporado su nombre falso y ahora ya es Begoña para todos, incluso para sí misma.

—Bien, como siempre, hoy los niños andaban revueltos, pero rápido me hacen caso cuando les digo que se van a quedar sin merendar.

Suerte tuvo que le encontraran ese trabajo. De institutriz en esa fina familia del régimen, unos falangistas de nuevo cuño, gente de dinero de siempre, gente muy católica que obliga a interrumpir cada día la lección para rezar el ángelus a las doce. Pero le pagan bien, la tratan con cuidado y se siente protegida entre esas paredes donde nadie irá a buscarla. Ahora incluso mete propaganda en la casa y la esconde entre sus cosas, que nadie mira. Incluso un día pudo recibir en el patio a John el marinero, que pasó por Coruña antes de llegar a Bilbao y le dejó dinero para la organización y noticias. Nadie sospechó nada.

Está deseando que acabe la cena para poder hablar con Lali a solas. Para avisar a Lucho, el novio de Lali, que es policía, y está al tanto de todo. Quiere decirle que hoy la han visto, que está inquieta, que quizá lo mejor es marcharse. Cuando todas se levantan para recoger, ella se pone a lavar los cacharros en la pila y espera que vuelvan al comedor para decirle a Lali lo que ha pasado.

—No te preocupes. Ponte algo y vamos a buscar a Lucho a su casa. Algo nos dirá.

Salen con la excusa de dar una vuelta hasta el mar y llegan adonde Lucho, pero su madre les cuenta que está en la cantina. Y allí se dirigen, se asoman a la puerta y ven el lugar lleno de humo y lleno de hombres. Atraviesan incómodas esas miradas intensas mientras sortean las mesas, hasta encontrar al amigo charlando junto a la barra. Se sorprende al verlas y rápidamente adopta el papel de anfitrión. «¿Pero qué quieren mis chicas, qué hacéis por aquí? No me digáis que os apetece un aguardiente». Su mirada burlona cambia ante las palabras de Lali: «Queremos ir hasta la orilla, a ver la mar».

A ver la mar. A la playa de Oza. La mar está cerca, y los tres caminan como fantasmas mientras anochece. No hace frío a finales de

abril, y la luz del sol acostándose reverbera en los vidrios de las ventanas, deslumbrando sus vistas. Caminan sin ver bien adónde van, y cuando llegan a la orilla, cubierta de cabezas y raspas de pescado, se sientan. Manoli saca un cigarro del bolso y lo enciende, con cuidado, no es buena idea que la vean fumar. Y hablan mirando alrededor, sin tregua.

—No te preocupe, mujer. No creo que ocurra nada, pero si pasara yo sería el primero en ver en la comisaría la orden de búsqueda o de detención. Y me da tiempo a avisaros antes de cualquier cosa y podrías irte al pueblo de mi madre, de momento.

—No sé, Lucho. Ya no es solo por mí. Sería un problema para todos, para toda la familia si llegan a buscarme. Para ti también. No sé.

—Que no, chica. Teniéndome a mí no hay motivo. No te obsesiones.

Tres días después suena la puerta, de noche. Ella ya sabe lo que es. Por pura modestia, por cretina timidez no ha sido capaz de decir que a la comisaría de Coruña no llegaría ninguna orden de detención, que quien fuera vendría directamente desde Madrid, buscaría y encontraría. Toda su vida lamentará no haber tomado la decisión de salir, de huir, de volver sobre sus pasos, de esconderse en una aldea, de intentar llegar a Portugal…

Cuando el padre abre la puerta, el inspector Antonio Fernández Arias se identifica y pregunta por ella. Por su nombre real, no sabe otro. El padre gana tiempo y dice muy alto que allí no hay nadie con ese nombre. Dentro de la casa, todas se han revuelto, se han levantado, se han reunido en la cocina. Sin saber qué hacer. Manoli sabe que no hay escapatoria. Se mete en el baño, no para esconderse de nadie. Con una idea fija, hacer desaparecer la cédula de identidad falsa que Lucho le consiguió, la cédula a nombre de Begoña García. Piensa primero en tirarla al váter, pero el ruido de la cisterna y la posibilidad de que no desaparezca la hacen dudar. Oye los nudillos invadiendo la puerta, «ya salgo», y rompe a toda prisa el documento en pedazos, se lo mete en la boca y se lo traga. El sabor ácido invade su garganta, se disuelve. Y ya.

En la comisaría de Los Castros se amontona toda la familia. De pie, apoyados en la pared, se buscan con la mirada y buscan algo frente a sí, en el trasiego de policías entre las mesas. El padre, la madre, las tres hijas y la huida, la causa de que estén allí. Arias sale de un despacho, los observa con gesto de desprecio y llama a los agentes. «Todos a los calabozos, rápido. Separa al padre de las hijas. Y a esta

déjala, que de ella me ocupo yo. Rápido». El padre se vuelve hacia ella y la abraza, tras él Lali y Tomasa, pero los agentes los separan y los arrastran por el pasillo. Ella los ve avanzar mientras la miran con las cabezas vueltas, como tratando de no desasirse. Sigue sus pasos hasta que desaparecen y la culpa, la tremenda culpa, toda la culpa se le agolpa en la boca y en los ojos, la vuelve casi ciega. ¿Qué será de ellos?

En el calabozo, Antonio Arias no está solo. Lo acompaña un hombre pequeño con orejas de soplillo. Manoli lo ve por primera vez en su vida mientras él le dice su nombre. «Yo también soy Arias, Carlos Arias Navarro, para que no te olvides. Soy fiscal de la Audiencia de Madrid, he venido para asegurarme de que esta vez no te nos escurras», y se ríe. Apenas le presta atención, pero tendrá ocasión de recordarlo. Mientras le mira los ojos diminutos, el policía le da un puñetazo y cae al suelo. Desde allí, trata de levantarse, pero Arias le pisa la mano y con una voz sin expresión dice: «Prepárate, que nos vamos a Madrid. Me puedes ir contando qué sabes de Valeriano y de Ugalde, y así ahorramos tiempo». Lo mira desde el suelo, atontada, aún sorprendida, lo mira y no contesta, no contesta porque se siente atrapada y todavía sin capacidad de procesar. No contesta porque no puede, porque no sabría qué decir. No contesta porque en la garganta lo que tiene es un agujero.

—Tan educada que eres, y no te han enseñado a responder… Pero vas a aprender, vas a aprender. Levántate, que nos vamos al tren, verás cómo en el trayecto te da tiempo a recordar.

Y le da una patada en la tripa. Sigue como inconsciente cuando se levanta, ausente, sin capacidad todavía para pensar. Cuando un agente llega de fuera con las esposas, le tiende las manos como una autómata. «Más prietas», dice Arias el fiscal. Y se las pone que no puede mover las manos, que le acuchilla las muñecas. Pero no dice nada, piensa solo en que quiere fumar, en que quiere un cigarro. Piensa en que tiene que centrarse y ponerse a pensar.

—Quiero despedirme de esta familia que me ha acogido. Esta familia no sabe nada de mí, es completamente ajena a mi vida. Yo estudiaba antes de la guerra en Madrid con una sobrina de ellos, por eso estoy ahora aquí. Esa gente no ha hecho nada, no sabe nada, no saben de dónde vengo, les he dicho que estaba aquí para cambiar de aires y buscar trabajo. No saben nada de nada.

—Eso ya lo veremos, señorita. Ahora lista que nos vamos.

—Quiero despedirme de esta familia.

—Lista, que nos vamos. Cállate, que los vas a perjudicar. Nos vamos ya, vamos en el coche que nos espera fuera hasta la estación. Sin numeritos.

Cuando van hacia la puerta ve a Lucho en un lado de la oficina, él la mira pero ella hace por no verlo, por hacerse la desconocida, por trucar sus ojos como si estuviera ciega. Pero tiene la sensación de que la gente se da cuenta, porque él no deja de mirarla, porque él la sigue con la cabeza cuando ella avanza. No se vuelve, la meten en el coche y solo entonces piensa: aquí no volveré. Respira hondo entonces, como para llevarse el olor del mar, el olor a pescado del barrio de Los Castros, el olor a humedad y a lluvia de la playa de Oza. Un olor del que se está despidiendo.

En la calle, la brisa húmeda de mayo. Salen del coche y por una puerta lateral entran en la estación. Se ve rodeada de policías de paisano, y alguno de uniforme. En el tren, suben y la meten en un compartimento de segunda clase. Cierran la puerta y corren las cortinillas, se sienta y dos policías se ponen a su lado. Frente a ella, Antonio Arias. El otro Arias ha desaparecido. Tiene hambre, tiene sed y tiene ganas de fumar. Pero calla. Calla esperando que alguien le diga algo, calla porque tiene la sensación de que no tiene voz y que va a carraspear, o que va a tener una voz de pito. Ellos comentan cosas entre sí hasta que el tren se pone en marcha. Todo está cerrado a su alrededor, como si estuviera aislada en un contenedor de insectos, envuelta en una crisálida que parece protegerla.

Piensa que no lleva nada, que no posee nada, que todo lo que tiene está en ella y en su escasa ropa, la que lleva puesta. El resto se ha quedado en la casa de Los Castros. Se siente desguarnecida pensando en que allá adonde la lleven solo podrá enfrentarse con su cuerpo. Echa de menos un bolso, un pañuelo de nariz, un simple monedero, como si esos instrumentos fueran escudos protectores. Ya sabe adónde va, sabe que va a la Puerta del Sol, al edificio de la Dirección General de Seguridad. Lo sabe, pero es como no saber nada. Aún no tiene miedo, o lo que cree que es el miedo, como el que tuvo cuando la perseguían, o cuando estuvo detenida en la checa de la calle Almagro. Aún no tiene miedo, sino esa sensación de soledad, de desamparo. Un desierto en ese departamento del tren que la lleva a Madrid.

No sabe cuándo se ha adormecido. La despierta un golpe en el hombro de uno de los policías, y su voz que le dice que se cambie de sitio, que se ponga a un lado, que el tren va a parar. Oye los ruidos de una estación y pregunta qué hora es. El policía le dice que se mire el

reloj de pulsera que lleva puesto, pero no puede verlo con las esposas tan prietas, las manos entumecidas. Lo intenta con la escasa luz, y cuando el poli se ríe y le tira de las manos siente un gran dolor. Las esposas le están produciendo heridas en las muñecas. El poli sigue riéndose, «me gusta ese reloj, me gusta para una de mis mujeres» y cuidadosamente se lo desabrocha. Él lo hace con esmero, con delicadeza, casi con ternura, tratando de que no se enganche con las esposas, pero le cuesta. Tira suavemente hasta que consigue tenerlo entre sus manos y se lo guarda en el bolsillo de la americana. Ella mira extasiada cada movimiento, «qué miras, puta, aquí tú no puedes ni mirar», y le da un bofetón que la devuelve al mundo.

—¿Qué hora es?

—¿Qué te importa qué hora sea o deje de ser? Para ti ya no hay horas, te has quedado sin tiempo.

—Tengo sed.

—Haber bebido antes. —Y se ríe contento de su gracia.

Quiere ir a orinar, tiene que ir al baño, pero no quiere decirlo. El tren vuelve a parar y el policía vuelve a cambiarla de sitio, y la sujeta con una mano. Cuando se pone de nuevo en marcha, la puerta se abre y entra otro. El departamento se llena de olor a licor, a tabaco, a sudor. Se deja caer en el asiento frente a ella y la mira. La mira y le hace muecas. Ella desvía los ojos, pero no puede quitarse de encima las ganas de ir al baño. Le duele todo, sentada sin moverse, con las manos agarrotadas por las esposas. Se oye decir, como si fuera otra, «Tengo que ir al servicio». Nadie dice nada. «Tengo que ir al servicio». El policía sentado junto a ella se vuelve, la empuja y se levanta, tirando de ella. «Vamos, con cuidado, no se te ocurran bromitas».

Cuando sale al pasillo, hay mucha gente de pie, mirando por las ventanas y fumando. El policía la conduce entre la gente, que al principio no observa nada, pero a medida que avanza hacia el extremo del vagón entre los guardias entrevé sus miradas, miradas de miedo, o de complicidad, no sabe. En la puerta le dice al guardia que le quite las esposas, pero el tipo la mira socarronamente:

—Ni hablar, eres una experta en fugas. Yo entro contigo y te bajo las bragas —mientras sonríe.

—No, me lo haré encima y se acabó.

—Peor para ti.

—Peor para todos.

Ha alzado la voz lo bastante para que los pasajeros puedan escucharla. Es su única salida. El poli le afloja las esposas, pero se coloca una él en su muñeca y la estira. «Arréglate así, tendré la puerta

entornada y mi brazo dentro atado al tuyo. No tengas miedo, las rojas sucias no me interesan».

Es un anticipo, pero no lo sabe. No lo sabe.

Cuando llegan a la estación del Norte, se acuerda de su último viaje aquí. Tan diferente entonces, trasladando la multicopista, abrumada por el miedo, pero llena de fuerza. Sofocada en aquel día seco de Madrid. Hoy, cuando baja custodiada al andén, después de un rato parados con el tren ya vacío, descubre el sol, ese sol de la primavera madrileña que es casi verano. La luz de la ciudad la invade y no puede evitar sentirse aliviada, como si hubiera llegado a casa, como si alguien querido fuera a saludarla al pie del vagón. Salen por un lateral y un coche celular los espera. Alrededor, un montón de guardias, de policías de uniforme. Trata de contarlos de una vez, diez, quince, quizá más. Vaya recibimiento para ella, esposada y desmadejada, teñidos de rubio sus recientes veintidós años.

El coche celular lleva las ventanillas despejadas. Mira desde dentro la ciudad que ya no conoce. La Gran Vía se está desperezando, es muy temprano. Ve la cara de Alfredo Mayo en un cine, un estreno, *¡A mí la legión!* Más arriba, llegando a Callao, otra vez Alfredo Mayo, y *Raza*. La sobrecogen los títulos, embobada de sus recuerdos en esa misma calle, yendo a los cines mientras caían las bombas sobre ellos, los obuses retumbando.

El coche da la vuelta a la DGS y entra por el callejón posterior de la Puerta del Sol. El paseo ha terminado, los recuerdos también. Sale al patio del caserón y mira sin ver. Arias hace un gesto y los policías la empujan por las escaleras, llegan a un descansillo con una mesa y un guardia sentado frente a ella. «Es la vasca». La mira y grita. «Chicos, el paseíllo para la vasca». No entiende, pero cuando la pasan por el corredor está plagado de guardias a los lados, y a medida que avanza le dan golpes en los muslos, en la cabeza, en la cara, en el pecho, mientras gritan como si estuvieran en una feria. Con las manos ensartadas en las esposas, apenas le da tiempo a cubrirse, y solo trata de correr, de avanzar sin mirar, de esfumarse, de desaparecer. Oye cómo claman, «mira la puta, qué buenas ancas, mírala cómo corre, una rata, puta, roja, puta». Al final, una puerta de metal abierta, una puerta que se cierra tras ella. La oscuridad. Tarda en acostumbrase a la penumbra mientras se calma, sube las manos atadas hasta su cuello y posa sus dedos como puede en él, se oye los latidos desbocados, tiene la sensación de que la yugular le va a estallar. Quiere calmarse y cierra los ojos, respira y va bajando las manos lentamente.

Cuando los abre, mira las sombras. Hay un jergón tirado en el

suelo. La escasa luz entra de arriba, de un ventanuco en la pared de ladrillo, con rejas, pero tapado además con mampostería. Un cubo de zinc al fondo, sobre el piso de cemento. No hay más. Quiere sentarse, pero antes emprende una tarea ineludible. Como puede con las manos esposadas da vuelta al final de su falda y coge el dobladillo. Tiene que buscar un espacio pequeño por donde descoserlo y sacar un papel que lleva dentro, sacarlo antes de que lleguen y puedan descubrirlo. No ha podido hacerlo antes, en Coruña, en el tren. Pero ahora tiene que hacerlo. Estira un dedo, pero tiene mucho dolor, las muñecas ya son heridas palpitantes en carne viva. Con la uña del dedo índice parte un hilo y por ahí saca del dobladillo el papelito. Lo toma entre las manos y lo abre. Lee las palabras escritas con plumín: son fechas de las llegadas de los buques, del Artigas, del Sinfóromo, del Lehigh, al puerto de Vigo. Por el otro lado, alguien le ha puesto: «Cuidado con el Lehigh, luego va a Bilbao. Sé prudente. Cuídate. No desistir».

No puede evitar la angustia cuando lo lee. No desistir. Parte como puede el papel en trocitos y se los lleva a la boca. Cuando se los come, tiene la sensación de que se traga el mundo, de que se traga la vida. La tinta disuelta en su garganta, en su esófago. Cuando lleguen de nuevo su cara se habrá vuelto azul. Azul oscuro. Mientras traga lentamente, siente en la boca el sabor de la sangre.

Piensa en hacer como Robinson Crusoe, marcar en la pared de ladrillos muescas para saber los días que lleva aquí. Cree que llegó hace once días. Lo piensa en la oscuridad, porque siempre está oscuro en el calabozo. Y sigue sola en él, aunque escucha permanentemente las voces de los otros, sobre todo cuando se los llevan a interrogar y sus gritos o sus lamentos se extienden por todas partes, como si estuvieran dentro de sus oídos.

Está sola pero sabe que no. Cuando le dan el rancho o cuando sacan el cubo donde hace sus necesidades, le han ido pasando notitas. Palabras de ánimo, o noticias sobre sus compañeros vascos que están ya en la cárcel, que pasaron por aquí hace meses. Palabras de aliento casi siempre, no sabe de quién. «Resiste. Aguanta. Cuídate. Ánimo. Fuerza». Las palabras la interrogan. ¿Qué es resistir, qué es aguantar? Pero también le han pasado las informaciones que la policía ya tiene, para que pueda manejarse.

Lo peor es no saber nunca lo que va a suceder. A veces pasan dos días y la puerta no se abre, solo para darle el rancho y agua. Hoy fue peor, la despertaron y se la llevaron otra vez. Eran otros policías distintos, uno de ellos el que llaman Bachiller, lo conocía de

referencias. No tiene nada nuevo que decir, la policía sabe mucho, mucho más que ella. La policía tiene información de encuentros, de citas, de mensajes, de paquetes, de viajes. Primero le preguntaban de manera inocente, pero cuando ella decía «no sé nada» empezaban a dar datos, fechas, lugares… Alguno de sus camaradas le ha adjudicado a ella cosas que desconoce. Los guardias acusan y ella observa asombrada.

Al principio decía a todo que no. Pero era absurdo. Con las instrucciones que le pasaron y a su propia manera, ha ido contando historias tratando de no inculpar a otros. A menudo le parece increíble que la policía conozca algunos detalles, pero ha optado por repetir como un mantra la historia que tiene en la cabeza y a lo demás decir no sé, no sé, no estaba allí, no sé.

Los golpes la dejan exhausta. Esos vergajazos en la espalda, en los muslos, en el culo, que se le ha ido poniendo negro, como si tuviera una malla azul marino desde las rodillas hasta el espinazo. No sabe cómo ponerse cuando la devuelven al calabozo y la tiran sin más en el piso. Se coloca y se recoloca de lado en el suelo y se sumerge en un estado de modorra hasta que consigue estar un poco más fuerte. Entonces recita para sí todos los poemas que se sabe, y canta en silencio todas las canciones de la guerra, esperando que la oscuridad de las paredes se filtre dentro de ella y deje de estar.

Pero sí, hoy fue peor. La despertaron y la llevaron a golpes hasta la sala donde la interrogan. La pared de azulejos blancos llenos de mugre. De sangre. De saña. El cordel de donde cuelgan unas corbatas ajadas. El policía joven dijo: «Aquí está, Bachiller». Ella se volvió para observarlo, el inspector maldito. Pero no llegó a verlo en ese momento, porque le dio un puñetazo y la hizo caer al suelo. Oyó su voz, una voz meliflua, atiplada. «A la argolla». Y la arrastraron a la parte de atrás, la elevaron entre dos o tres a los que apenas presintió y la colgaron de las piernas boca abajo. Luego empezaron los golpes en los muslos y en los riñones. Se recuerda gritando de dolor, pero luego tenía sangre en la boca de morderse la lengua. No para callarse, era algo automático, se pasaba así cada sesión. Con la lengua que parecía que iba a partírsela con los dientes.

Después de un rato la bajaron y la dejaron tirada en una esquina. Sin preguntarle nada. Sin hablarle, sin dirigirse a ella. Los veía entre las pestañas que cerraban sus ojos. Luego alguien llegó con una comida y se pusieron a comer y a beber. No los escuchaba, pero el olor de lo que parecía un estofado se colaba en su nariz y le hacía daño.

Cuando acabaron empezó la sesión. La levantaron y le daban golpes por la derecha o por la izquierda y solo le preguntaban: «¿Quién es John, quién es John, quién es John?». No puede evitar sonreír para dentro cuando contesta: «Un marino americano». Parecía un tango. Una copla de Imperio Argentina. Y siguió sonriendo para sí porque eso era lo único que no sabían: que había muchos John. Que venían constantemente y traían cosas desde Nueva York, desde La Habana, desde Veracruz, desde San Juan. Pero sobre todo traían plumas, decenas de plumas Parker, las plumas que luego eran el regalo de la gente del régimen. Hasta de los jefes de la policía.

Lo recuerda ahora en el calabozo y se ríe sola. Se ríe para dentro, pero se ríe. Han detectado un único cargamento de plumas, se han creído que era algo anecdótico y solo preguntan por la propaganda que llegaba en los buques, o las multicopistas, o los partes de guerra de los aliados. Y no llegan a imaginarse que esa organización de cientos de personas sobrevivía gracias a la venta de Parker de contrabando. Esa íntima satisfacción la mantiene. Eso, y una juventud que quiere la vida, que busca la vida, que reclama la poca luz que se filtra por el ventanuco tapado.

Lo peor es la soledad. No poder hablar, no saber cómo continuar, sentirse tan insegura, tan alejada. Pese a los mensajes. La soledad es peor que cuando le hacen el «avioncito» y la dejan descoyuntada de los brazos, o cuando le meten la cabeza en los baldes de agua sucia. Piensa: «Esta no soy yo, esta de aquí es otra. No es Manoli. Seguro que no. Porque yo no lo resistiría». Lleva veintiséis días ahí metida y ya no sabe cómo seguir musitando sus canciones. Se aferra como una poseída a las canciones, y después de repetir diez veces la *Joven Guardia*, sigue con las coplas infantiles que aprendió en párvulos. Estaba el señor don Gato sentadito en su tejado, marramiamiau, miau, miau, sentadito en su tejado.

Suena la cancela y aparece de nuevo un guardia. «Arriba, nos vamos». «¿Adónde?». Y escucha su risa. Llega hasta la sala a trompicones, le cuesta mucho andar, sabe que algo por dentro no está bien porque está orinando sangre. Cuando entra, el inspector le señala una silla y se sienta.

—Señor inspector, estoy orinando sangre y tengo fiebre.

—¿Y a mí qué me cuentas? Pórtate bien, dinos lo que sabes y cuento acabado.

—Ya les he dicho todo lo que sé. No hay más que pueda decirles.

—¿Qué sabes de las reuniones que se celebraban en casa del

practicante?

—¿Del practicante? ¿Qué practicante?

—De Jiménez, coño. Del practicante.

—No conozco a ningún practicante.

—El practicante de la calle Olivar, no te hagas la idiota. Habla, antes de que me cabree.

—¿Calle Olivar? Pero si yo vivía en San Sebastián, inspector. No vivo en Madrid desde hace años.

—Cállate idiota, y dime lo que sabes.

El golpe la tira de la silla al suelo. «Ya me he cansado, vamos a ponerle las corrientes». Pero no se las ponen, la dejan tirada en el suelo y le dan patadas en la tripa y en los riñones. Se queja, pero desconecta, se evade, se fuga, lejos, lejos. Piensa que esto se está acabando, si me preguntan por un practicante es que ya no tienen más que preguntar. Y se ve recorriendo la Concha bajo el sirimiri, mojándose la cara, dejando que las finas gotas le resbalen por la barbilla y por el pelo, impregnada de la lluvia que la lava.

La levantan y la llevan de nuevo por el pasillo hacia su calabozo. Pero el poli que tira de ella pasa de largo sobre su cancela, sigue hacia la izquierda y abre otra puerta en otro pasillo. La entorna, la mira y le hace un gesto para que entre. Ella lo observa bajo la escasa luz de la bujía del corredor. ¿Cuántos años tiene este guardia? Los de ella, quizá alguno más, pero no parece haber cumplido los veinticinco. Barbilampiño, escuchimizado, vestido de oscuro, con los zapatos viejos, gastados. ¿Cuánto cobrará por todo esto? Poco, seguro. Y no come demasiado, o no lo parece. «¿Qué miras? Entra, joder».

La empuja hacia dentro, se tropieza y cae a un lado. Aún no ve nada en la oscuridad, la puerta se cierra, e inmediatamente una mano le aprieta la pierna. «¿Cómo estás, quién eres? Dime cómo estás».

Es una voz con acento del sur. Se incorpora como puede y la ve. Una mujer pequeña, rubia, delgadita. Detrás de ella hay otra, de pie, que las mira a ambas.

—¡Por fin! Ya no estoy sola. —Pero cuando lo dice piensa para sí: ¿será una treta? ¿será una confidente, una oreja?

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Veintiséis días, creo, no sé. ¿Y vosotras?

—Nosotras llevamos más, llevamos más de dos meses. Yo soy Paca, Paquita. Y esta es la tía Gertrudis.

—Yo soy… yo soy Manoli. ¿Tenéis agua? Tengo la boca seca, seca.

—Sí, aquí hay. Tengo un botijo. Dame, tía, ¿no oyes que tiene sed?

—¿Un botijo?

—Me lo trajo mi madre, la pobre, desde Albacete. Curado con anís. Se creía que esto iba a ser un rato, y ya ves. Entre la comisaría de Albacete y lo que estamos aquí…

Paquita coge un trapo que tiene junto al jergón y lo moja. Con eso limpia la cara de Manoli y luego se lo pasa por el cuello. La refresca, aunque no tiene calor. Al contrario, tiembla, y eso que es comienzos de junio. Pero esos sótanos son Siberia.

Bebe. Es la primera ocasión desde que llegó que se siente aliviada. Sentada en el suelo, observada por esas dos mujeres desconocidas, algo se quiebra por dentro y le brotan las lágrimas. Solas. No puede evitarlo. Sin aspavientos, como si fueran de otra, mirando como la miran.

Paquita se pone a hablar mientras le toma la mano. «Yo sé quién eres tú, nos lo han dicho los camaradas. De tu expediente ya no queda nadie aquí, eres la última. Eres vasca, ¿no? Dicen que tienes muchas acusaciones, que la policía sabe cosas. Muchas cosas. Y que te están dando duro. A todas nos dan duro, no te creas. A nosotras nos llevan de vez en cuando, sobre todo a mí. No me tengas desconfianza. Que soy de fiar. Mira, somos de Albacete. Yo soy sastra. Fíate de mí. Soy del partido desde la guerra. Era la encargada de un taller grande para hacer uniformes. Luego seguí en contacto con todos, claro. Toda mi familia es militante. Mis dos hermanas, sobre todo una. El caso es que yo solo he hecho de estafeta, ¿qué te parece? Y por eso me tienen aquí desde hace dos meses. Bueno, a las dos. Lo único que hacía era recibir mensajes y entregarlos a otros, o recibir a gente del partido que llegaba de Madrid o de Valencia. Poco más. ¿Tienes hambre? No me mires así, mujer, como si fuera pecado, estate tranquila, aquí hay un cabo, en este pasillo, que nos ayuda cuando puede, que no es que yo sea de la bofia. Y tenemos un poquito de pan, de pan blanco. «Tía, saca el pan, vamos a darle».

Manoli recordará siempre ese pedazo de pan en la boca, el pan de Paquita. No sabe aún el hambre que le queda por pasar, pero en ese momento todo es el pan, el agua del botijo y la voz imparable de Paquita, que habla como una escopeta. Las armas de la policía son el agua y el pan, la oscuridad y la ausencia de tiempo, el miedo, el mutismo. Las armas son también los ausentes, los que no están, la familia de la que no sabes nada, tus compañeros que gritan como tú cuando les pegan y que no saben tampoco qué decir, qué argumentar, qué inventar. Los ausentes son tus sueños ausentes, que de repente no reconoces, el porqué de las cosas, las miradas que te facilitaron la vida. Los ausentes son los días, que han desaparecido de ti, porque

todos parecen noches. El pan le llena la mente de presencias. Será el mejor pan de su vida.

Los pasos se oyen de nuevo tras la puerta. Cada vez que resuenan y se acercan, las tres mujeres se ponen en guardia. Esperan que pasen, que no se detengan, que continúen. Pero ahora se paran, el ruido ensordecedor de los cerrojos retumba y la cancela se abre. ¿A por quién vendrán? Ese momento contradictorio, en que quieres que no sea tu nombre el escuchado, y la culpa de pensar que le toca a otra. Es un sentimiento casi animal, un sentimiento que te deja exhausta, la lucha entre el mero instinto de supervivencia y el dolor diferido de lo que le pasará a otra. «A ver, la de Albacete». Silencio. «¿No me oyes?». «Aquí somos dos de Albacete». «La joven, la rubia, rápido». Paquita se levanta del suelo y sale. Siente las manos de las otras dos entre las suyas, y avanza encogida, pasillo abajo. La puerta se cierra de nuevo y Manoli y Gertrudis quedan en silencio. Sin ninguna posibilidad de contar el tiempo, sin luz, sin ruido, como en una cápsula que las envuelve. Las envuelve y las aísla. Manoli se ve desde fuera y se siente como una fiera herida, como una alimaña. La visión la trastorna.

—Tía, cuéntame algo.

—No sé qué quieres que te cuente, ya no tengo palabras.

—Cuéntame algo de antes de la guerra, lo que hacías, algo que nos entretenga, algo…

—Me gustaba mucho cocinar, aunque soy sastra siempre cociné mucho, para mi familia, pero también para mis compañeras, soy muy buena cocinera…

—Nos va a dar hambre. —Y se ríe sin poder evitarlo—. Cuéntame una receta. Una buena.

—Ay, lo más rico, los gazpachos manchegos.

—Ah, los conozco, con tomate, cebolla…

—¿Qué dices, niña? Eso es de Andalucía. El gazpacho manchego es un plato de pastores. Se hace con una torta de pan, pero el pan tiene que estar ácimo. Mira, coges unos ajos, bastantes, y los pone a freír en la cazuela. Lo mejor es poner toda la cabeza de ajos sin pelar, y que suelten todo. Después le echas la carne, dependiendo de lo que tengas, lo mejor conejo o perdiz. Si no, pues pollo. Lo doras bien y lo sacas, y en el mismo caldo que ha dejado echas un poquito de tomate y pimientos, y que se hagan así, lentitos, para que le dé sabor. Yo entonces le echo el pimentón, porque en mi casa les gusta mucho el picante. Luego dejas que se vaya haciendo en el hornillo y…

El ruido de pasos la hace callar. Las dos en silencio esperan. El

cerrojo, el ruido de las bisagras, la puerta y el haz de luz. El policía suelta a Paquita de un empujón como si fuese un saco, pero ella no cae, agarrada como puede a la pared. Cuando la puerta se cierra, se lanzan sobre ella para taparla, para cubrirla, como si estuviera desnuda, como si lloviera y necesitara un cobijo. Para que nadie pueda verla. Paquita se sienta y se duele, trata de encajar de lado porque las piernas parecen rotas. Nadie dice nada. «Quiero dormir un rato». Tendida sobre el suelo se queda dormida.

«Me machacan cada vez que me llevan a interrogarme. Yo, que he sido una simple estafeta. Están obsesionados, Manoli. Me preguntan por el contacto que llegaba de Madrid. Quieren cogerlo, quieren ir a por él. También preguntan a mis compañeros. Lo que pasó es que un inspector que está aquí también está rabioso, el tal Antonio López Pardo. Se había infiltrado en el partido en Madrid y, no sabemos cómo, había averiguado la consigna para hablarnos. Este policía llegó a Albacete, y se va a ver a mi amigo el sastre, a Manolo Montesinos. Y Montesinos lo conduce al resto de la gente. Caemos los más cercanos. Pero en realidad tenemos poco que contar y toda su obsesión es saber quién era el contacto del partido de Madrid, quién es el que viene y va y trae las orientaciones, quién es, esa es su única obcecación».

«Pero tenéis que decirles algo, ellos ya saben mucho».

«Ya. Por eso a través del cabo nos pasamos notas para darles una versión común. Solo lo vi yo. Era un tipo de unos treinta o treinta y cinco años, delgado, bajito, castaño pero perdiendo el pelo. Y no sabemos más». Manoli se lleva la mano a la boca y se vuelve hacia la pared. Como si mirara un mapa. Con su mano, toma la de Paqui y se la aprieta. Con fuerza. Paquita la observa con ojos ajenos, baja el tono, retira la mano y se la lleva a la garganta. «A mí me desloman, Manoli. Me han hecho de todo, me han quemado, me han pegado, me han golpeado sin parar en la cabeza y en la tripa, y en los pechos. Pero lo peor de todo fue cuando me dejaron desnuda, desnuda como dios me trajo al mundo. Desnuda completamente. Completamente. Rodeada de esos hombres. Me hicieron caminar a gatas porque decían que les gustaba ver cómo se me bamboleaban los pechos. Yo estaba tan avergonzada. Además me daban patadas mientras yo caminaba desnuda a gatas, no sabía cómo taparme. Luego me pegaron y me dejaron mareada por los golpes en la cabeza, ni me acuerdo bien. Pero sabes, cuando yo volvía aquí al calabozo todo esto podía soportarlo, yo sabía que eran unos asesinos, yo lo sabía, yo sabía lo que podía pasarme. Me hacía cargo. Tenía mucho miedo, pero no había más que pudiera decir, no sé más, soy estafeta, Manoli. Pero sí que hay una

cosa que ellos no saben y que ni se imaginan. Por eso me da miedo marearme y de repente ponerme a hablar. Me da miedo también decírtelo a ti, te lo contaré cuando salgamos de esta, si es que salimos. Por eso me entra la furia. El caso es que me revientan los oídos de los golpes y luego sangro, y me quedo aturdida. Pero también esto lo llevo como puedo. Pero no es eso. Lo peor es cuando ese día me dejaron turulata después de hacerme caminar a gatas desnuda y me medio desperté tiritando en el suelo en una esquina, arrebujada en una manta sucia que me habían echado encima. Entorné los ojos, para que no supieran que estaba otra vez consciente y los vi ahí, frente a mí, cuatro, cinco, seis, no sé cuántos, fumando y charlando, y uno le decía al otro que mañana iba a llevar a sus hijos al fútbol, porque han vuelto a inaugurar el estadio Metropolitano, y que él era del Atleti y no podía perderse un partido. Y luego llevaría a sus hijos y a su mujer a algún merendero de los alrededores, que hasta dijeron el nombre. Y el otro le respondía entre risas que el Atleti iba a perder, y que él iba a llevar a su novia al cine, a la Gran Vía, que con las mujeres no se puede ir al fútbol. Todos se reían, y otro contaba que luego podían ir a comer a un bar que ponen callos. Lo hablaban como si yo no estuviera allí, como si fuera un paquete, como si no me hubieran puesto la cara del revés y me hubieran insultado y pegado mientras caminaba desnuda y me decían, perra, perra. No podía escucharlos, era como si me hubieran arrancado algo, estaba como rota por dentro, no sé explicarte. Como si yo fuera una cosa, pero yo no soy una cosa. Algo me impedía siquiera moverme, pero estaba tan incómoda que me moví. Entonces uno de ellos, el que iba a llevar a sus hijos al fútbol, se volvió hacia mí y dijo a sus compañeros: «esta ya está lista, tráela para acá que vamos a seguir a ver si canta».

«Mira, Manoli, yo soy muy debilucha, poquita cosa, soy una sastra que se ha quedado sin novio, pero cuando me pegan a mí me duele, y me quejo. Pero no he llorado. Y me ves ahora, te lo cuento y no puedo evitarlo, me pongo a llorar. Lloro por todo. Es como que la vida se me escapa entre los dedos, me siento un animal, un trapo tirado, no puedo imaginar que alguien te muela a palos y te humille y mientras tanto hable de cómo se divierte los domingos. No me lo puedo imaginar. Por eso lloraba como una tonta. Al principio, lloraba por mí, porque es tan injusto, porque son unas bestias, y por mi madre, la pobre, que me mandó un botijo y no puede imaginarse cómo estoy, cómo han desnudado a su hija y la han hecho pasear como un mono de feria. Pero luego mi sentimiento cambió, y por eso ahora cuando me llevan a interrogar voy como si estuviera salvada, como si no me

doliera. Lloro, sí, pero ahora lloro de otra cosa. Ahora lloro de rabia. De rabia. De rabia por el género humano. La rabia es buena a veces, Manoli, nunca la había sentido. Ahora me da igual lo que me pregunten, porque no voy a decir nada. No por compromiso ni por otra cosa, no voy a decir nada porque no quiero, porque la rabia me mantiene en pie, porque yo soy una mujer aunque me torturen y me violen, porque yo soy una mujer y una persona, entera, de carne y hueso, y ellos no me pueden ver, ni intuir… Me he hecho de cera».

Manoli no la mira. Está con los ojos perdidos en el fondo, en la oscuridad, en la nada. Ni siquiera es consciente de que Gertrudis también está allí, callada, con la receta de gazpacho a medio decir. Trata de digerir, trata también de explicar la rabia, la rabia que también tiene, pero no se siente invulnerable como dice Paquita. No se siente inmune, ni protegida por su propia rabia. Se vuelve a Paquita y le dice:

—Yo sé quién es el camarada por el que te preguntan. No debería decírtelo, pero qué más da.

—¿Sabes quién es el que vino de Madrid a Albacete? ¿Tú lo sabes? ¿Cómo puede ser?

—No te voy a decir quién es. Pero lo sé. Lo sé porque yo fui quien lo envió, yo lo mandé a Albacete.

A la hora del rancho se abre la puerta del calabozo y un guardia les da tres cacillos de un caldo blanco. Recoge el cubo y se va. Al rato, la puerta se vuelve a abrir. Es el cabo. Con la puerta apenas entornada, llama a Manoli y le da una nota. «Van a traer esta noche a uno de tu expediente de Bilbao, a diligencias otra vez desde la cárcel, no sé qué quieren más que diga». «¿Quién es?». «No lo sé, viene de la enfermería de la cárcel de Yeserías, debe estar mal, pero no sé quién. Deshazte como sea de la nota».

La bombillita es tan débil que apenas ilumina. Se empina como puede mientras Paquita la ayuda. «Camarada, soy Ángel Martínez, de tu expediente. Estoy en Porlier después de haber pasado por allí. El P. me ha dicho que pueda servirte de enlace a partir de ahora. Ya nos conocemos, pero tú no te acordarás. Tus compañeros de Bilbao están ya en Porlier la mayoría. Ten en cuenta que pensaban que habías huido a Francia, por eso la policía te acusa de tantos casos. Creemos que pronto saldrás de ahí, y te llevarán a Ventas. Estos días van a llevar a Luciano Sádaba de nuevo a declarar. Está destrozado en la enfermería de Yeserías y muy mal de ánimo. Nuestro contacto va a tratar de que lo puedas ver en algún momento. Dile que la clave es

Luis Fernández, pero ya no hay solución, que esté tranquilo. Mucho ánimo, cuídate mucho. No desistir».

—¿Qué pasa?

—Es que van a traer a Luciano Sádaba.

—¿Y quién es?

—Un muchacho de la JSU. Es de Pamplona. Cuando el policía Carlitos vino a buscarme a mí a San Sebastián también iban a por él. Pero él estaba en Madrid, y lo cogieron en enero, cuando yo andaba ya en Coruña. Y lo cogieron con muchas cosas encima, por lo que me dijeron luego. Le dieron muy duro y debe estar fatal.

—¿Pero qué le pasó?

—Un muchacho encantador. Después de la guerra pudo escaparse y desde Francia llegó primero a República Dominicana, y de ahí a Cuba. En Cuba conoció a una chica habanera y se casó. Pero le dijeron que tenía que venirse para reorganizar la JSU aquí. Y se vino, claro. Un periplo por Nueva York, luego lo recoge gente del partido en Baltimore y se embarca en uno de los barcos con los que teníamos relación, el Lehigh. Como polizón, pero los marineros que son nuestros camaradas lo protegían. Llega a Bilbao como si fuese un paquete más de los que nos llegaban en los barcos. El caso es que lo recibimos en Bilbao, se vino conmigo a San Sebastián. Andaba al principio muy despistado, pobre, recién casado, muy enamorado, no paraba de hablar de su mujer, imagínate. Luego se vino a Madrid para ver a Quiñones, que ya estábamos en líos con la dirección del exterior y lo que opinábamos nosotros aquí. Y solo lo vi un par de veces más. Luego supe que lo cogieron con información encima, debió de pasarlas canutas.

—¿Es mayor?

—Pero qué va, tendrá veinticuatro o veinticinco años. Un poco mayor que yo.

—Sois todos unos niños.

—Unos niños muy enseñados. Y tú también, Paqui.

—Yo no, yo ya tengo veintiocho años.

Los gritos se escuchan por el pasillo. No son gritos, son lamentos, son quejidos. Es de noche, todas las luces apagadas, y se oye el sonido metálico de una puerta próxima que se abre y se cierra. Luego, de nuevo, el silencio en la oscuridad. Ellas están despiertas sin hablarse, hay una calma tensa y los ruidos las ponen en guardia. Manoli tiene hambre y tiene sed, y tiene ganas de levantarse y de hablar, pero se queda quieta en el suelo. Le sigue doliendo mucho el costado y sangra

cada vez que orina. Los guardias tienen que verlo, porque vacían el cubo cada día, o cada dos días, o cada tres días. La noche agiganta los problemas, aumenta cada pequeño detalle y lo convierte en monstruoso. Una soledad inhóspita en la que es imposible guarecerse. Dice la nota, la nota que ya se ha comido, que pronto la van a sacar de Gobernación, del calabozo, de la tortura, de esta ciénaga sin luz. Está deseando, por la noche parece que las fuerzas la abandonan. Piensa que va a sucumbir, que va a ceder, que va a decir todo aquello que sabe y que no preguntan.

Cuando suena de nuevo el cerrojo, instintivamente se sienta en el suelo. Paquita también. Pero le extraña que la puerta se esté abriendo muy lentamente, con suavidad, casi sin ruido. Apenas se entorna un resquicio y la cabeza del cabo se asoma. «Rápido, ven. Tenemos diez minutos como mucho. Sshhhh, en silencio total».

Se incorpora como está, sale descalza al pasillo y el cabo la empuja a la celda de al lado. Entra y apenas ve, solo la luz esquiva de un cigarro y el olor a humo. Se abre en ella un deseo imperioso de fumar. Se acerca a la colilla y lo reconoce. Es Jaime, es Luciano Sádaba. Lo mira y él a ella, sin decirse nada. Está delgado, esquelético, y tiene la cara hinchada de los golpes, un ojo casi cerrado y el cuerpo como tirado, desmadejado en el suelo. Pero le sonríe y le acerca el cigarro.

—Loli, Lolitxu. ¿Todavía te gusta fumar?

—Claro que sí.

—Pero qué alegría, ¿cómo estás? Supimos en Porlier que te cogieron, pero a mí me llevaron a Yeserías a la enfermería y ya no supe más.

—¿Cómo estás? ¿Por qué estás en la enfermería?

—Estoy hecho un trapo, estos cabrones me han dejado para el arrastre, pero bueno, aquí sigo.

—¿Y cómo fue?

—Caí como una sardina en una red. Tontamente. Parece que pusieron vigilancia por toda la zona de Atocha y Antón Martín, yo tenía una guarida en la calle Amor de Dios. Pero no me cogieron ahí, no me explico cómo me pillaron en Atocha. Me pidieron la documentación y me dije: la has cagado. El caso es que llevaba la cédula falsa, claro, y un permiso militar de un regimiento de Sigüenza. Pero eran Antonio Arias y Carlitos, que ya sabes cómo se las gastan. Y me cachearon allí mismo con esmero.

—¿Y te encontraron cosas?

—Esa es la faena. Como ya habían cogido a Quiñones y andábamos muy apurados, yo había cogido papeles y me los había escondido

dentro del forro del abrigo, cosidos.

—¿Y eran importantes?

—Pues sí. Pero lo peor es que llevaba las notas últimas que hicieron algunos camaradas justo antes de fusilarlos, las cartas últimas para sus padres, o para sus compañeras. La de Eugenio Mesón. La de Enrique para sus padres, también la de Bores, la de Eladio, la de Carlos Toro y la de Suárez.

—¿La de Suárez? ¿Han fusilado a Suárez?

—Sí, ¿lo conocías?

—Era como mi hermano mayor. Desde la guerra. Él y Mercedes, su mujer. ¿Cómo estará ella? Madre mía.

—Lo siento, Loli. El caso es que me caí con todo el paquete. Me trajeron aquí. Pero oye una cosa.

—¿Qué?

—Oye una cosa. —Y una suerte de llanto, de hipido seco se sucede —. Yo no dije nada que ellos no supieran, Loli, de verdad. La policía sabía de todo, la policía tenía muchos datos, datos de Valeriano y de Concha, y de Ugalde. Y datos tuyos también, muchos datos. Yo no pude ocultar nada porque ya lo sabían.

—Bueno, no te preocupes. Esto no es ahora lo importante.

—Sí, claro que es importante. ¿Y si dudan de mí? Yo no he sido el delator, alguien habló y contó de todo, tenían muchos datos, muchos, sabían que llegaban barcos con propaganda, con máquinas de escribir, con dinero…

—¿Saben lo que llega en los barcos? ¿Todo lo que llega?

—Sí, lo que te he dicho: las multicopistas, el papel y la tinta, la propaganda del partido, dinero.

—¿Nada más?

—No. ¿Es que hay algo más?

—No, nada.

Percibe entonces que se asfixia. Se siente muy incómoda ante ese joven adorable y destruido. Se siente culpable porque de repente no se fía. No se fía y comienza a pensar que este cruce no es por solidaridad del cabo, no es porque tengan un encuentro de viejos conocidos, no es porque puedan fumarse un cigarro. ¿Y si es una trampa? ¿Y si el pobre Sádaba quiere sacarle alguna información?

—Tengo que irme ya, que el cabo está esperando en la puerta.

—Espera un momento, mujer. Tengo dos cosas que decirte.

—¿Qué?

—Un día no resistí y conté que me vi con la gente de Madrid en casa de la novia de Quiñones. Y la describí a ella. Yo creo que es su

novia, una chica morena, delgada, con trenzas y gafas, una chica que parece un chico. ¿Tú la conoces?

—Yo no, no sé nada de ella.

—Pero si la han cogido y te la encuentras en la cárcel de Ventas, dile que yo no pude evitar describirla, no dije nada, pero la describí. Pero yo no soy un delator.

—Bueno, tranquilo, no te preocupes ahora de esto. Si la hubieran detenido y estuviera en Ventas, no dejaré de decírselo. ¿Y qué otra cosa?

—Quiero que el partido le haga llegar a mi mujer a La Habana ayuda y mis noticias. Y que le diga que se sienta libre, que haga su vida, que tenga un futuro. Mi pequeña niña…

—Pero no seas fatalista. Saldremos de esta, ya verás, y ella podrá venir desde La Habana y podréis estar juntos.

—No seas ilusa, Lolitxu. Nos van a matar, a mí me van a matar. Seguro. De esta no salgo. Ya me he hecho a la idea, lo que quiero es que se acabe y que no me sigan trayendo aquí. Preferiría morirme en la enfermería, pero bueno, la cosa es que se acabe.

—No digas sandeces.

—Es así. Hoy nos estamos despidiendo. Tú cumple con mi encargo. De todas maneras, que ella sepa que la recuerdo, que la ayuden, pero que no se sienta culpable. Además, tal como estoy, me he quedado inválido.

—¿Cómo inválido?

—Sí, inválido. Ya nunca podré tener hijos. No es plan para un matrimonio.

El cabo asoma la cabeza y les mete prisa. Manoli se levanta y, desde arriba, lo abraza y lo besa. Sigue incómoda, y se siente mal por estarlo. Pero no lo denota. Cuando va a desasirse él la aprieta y muy bajito le dice: «Yo no soy delator, Loli. Pero sé quién es. Es Luis, Luis Fernández. Cuídate mucho de él. Díselo a tu familia. Es él, él fue el que habló».

Ella desde arriba le mesa el pelo. Sabe que no volverá a verlo. Lo mira en la oscuridad y parece encontrarlo por primera vez. Un muchacho de veinticinco años, sonriente, un muchacho que recuerda a su mujer, un muchacho que ahora tiene la cara inflamada y con sangre. Como si fuera un disfraz. Se da la vuelta y sale, entra quedamente en su mazmorra y se sienta.

Se tumba en el suelo y cierra los ojos. El delator, su madre en Bilbao sin saber nada, Sádaba tirado en el calabozo contiguo. Cuando el sueño la vence, en su cabeza se repiten desordenadamente imágenes

de plumas. Plumas. A batallas de amor, campos de pluma.

Cuando el coche celular se para y baja, hace un sol espléndido. Un sol que quema. Justo hoy que preferiría la lluvia. Deslumbrada, atraviesa esposada el patio, conducida por un par de guardias. Llega el rastrillo de ingresos y una funcionaria vestida de azul la recibe en la puerta. Entran en la oficina de la prisión y observa a una monja de pie junto a la mesa.

—¿Cuántas vienen, Susana?

—Solo esta.

Tiene la monja un acento raro, arrastra las erres como si escupiera, un acento que parece alemán. «¿Qué día será? No sé ni en qué día vivo». El policía entrega los papeles a la funcionaria, le quita las esposas y se da la vuelta. Lo ve irse con indiferencia. «Firme aquí». Lee el papel y se observa las manos llenas de pequeñas heridas. Firma y mira a la funcionaria, escruta su cara a ver qué adivina. Parece un palo, sin expresión, pone firmas y sellos, y mira a la monja: «A la galería de ingresos». La monja, tras ella, la coge por el hombro. Se da la vuelta y mira una gran imagen de la virgen, de alguna virgen. Al lado, un letrero enorme en letras de imprenta: «En este recinto impera la seriedad de un banco, la caridad de un convento, la disciplina de un cuartel».

La monja la mira con ojos trasparentes, de un azul metálico que parece cristal, como si detrás de ellos no hubiera nada. Solo vacío. La puerta se abre y salen a un patio. Un hormiguero de mujeres la espera a la puerta, se abalanzan casi sobre ella, la tocan, le gritan. «Manoli, Manoli, ya estás aquí, Manoli, aquí estamos todas, Manoli, te esperamos, Manoli, te va a encantar este hotel, verás qué buenas camas…». Casi no distingue, sigue deslumbrada por el sol, como un insecto recién salido de la larva, como extraviada en una cueva. Ve a Paz, a Cloti, a Toñi. Chicas, qué día es hoy.

—Hoy empieza el verano, es 21 de junio. Hoy es fiesta, que ya estás aquí.

Madre mía, llevo más de un mes en Sol. Mes y medio. He perdido la noción del tiempo.

Atraviesa el patio entre gritos, y entre imprecaciones de la monja. Entra en otro pabellón y encuentra a otra funcionaria.

—A ver, el ingreso. Nombre completo.

Dolores García Santisteban. Loli. Lolitxu. Begoña García Trápaga. Bego… Los nombres. Todos los nombres.

—Manuela del Arco Palacios.

—Nombre del padre.

—No tengo padre.

—Todo el mundo tiene un padre.

—Yo no. Soy hija de madre soltera.

—¿Eres piculina?

—¿Qué?

—Que si eres piculina.

—Pero qué dice. Yo soy una presa política.

La pregunta de la funcionaria es como un cuchillo en una herida siempre abierta con su madre. La hija insiste en preguntar, pero la madre solo da datos vagos, imprecisos, fechas, lugares, situaciones sin contraste, imágenes que salvan. «Remover el pasado no sirve para nada», dice la madre a la hija. Luego la hija se lo repetirá a sí misma cuando lo necesite.

La galería de ingresos está a rebosar. Todas las presas mezcladas. Muchas jóvenes, algunas mujeres de mediana edad. Las «quincenarias», cada tanto se pasan quince días en la cárcel, esperando que su chulo venga a pagar la fianza. Afronta por primera vez la grieta que luego estará en cada prisión que pise: las presas políticas no se mezclan con las comunes, las miran desde otro lugar, desde otro territorio.

«¿Estás aquí por robar? ¿O eres de la vida?». No. «¿Has hecho estraperlo?» No. «¿Eres de las rojas?». Y se calla sin saber qué decir. Es de las rojas, sí, es de las rojas como si eso fuera una condición pegada a la piel. Roja porque lucha por una vida mejor para la gente humilde. Eso se dice mientras mira a su alrededor y se ve rodeada de mujeres pobres. De mujeres veladas por la miseria, de chicas jóvenes desdentadas, con la piel moteada de manchas, con golpes en los brazos. De mujeres mayores que la miran con desconfianza. Algo que no sabe nombrar la separa de ellas, algo que la ubica en otro sitio. Se estremece al sentirse tan lejos, como con miedo. Miedo vecino de la culpa.

—Manoli. Traigo un mensaje de Toñi.

—¿Eh? ¿Cómo?

—Soy una mandanta. Soy Visitación, la de Vallecas. Puedo entrar aquí porque soy mandanta. Toñi me dice que estés tranquila, que cuidado con el rancho, que cuidado con estas… Que te protejas.

—¿Cuánto tiempo estaré aquí en esta galería?

—Tres semanas, un mes… Depende. Pero podremos vernos alguna vez en el patio de la segunda galería. ¿Tú ya has estado aquí antes, no?

—Sí, cuando el golpe de Casado. Casi un mes. Pero era otra cosa, ahora esto parece un, un… no sé, un hospicio.

—Un almacén, estamos apiñadas, ya ves. Pero las políticas estamos separadas. Aquí hay otras cuantas, mira en las celdas últimas, pregunta. Te voy a traer una muda para que te cambies. Pero primero, busca sitio, antes de que te lo busque la monja. La monja esta es maldita. Es una alemana nazi. Ven, vamos, te acompaño arriba.

Atraviesan el pasillo hacia la escalera, rodeadas de mujeres. Mira hacia las celdas, las ve atestadas de cuerpos que no distingue. A las puertas, en los pasillos, sentadas, observa las caras desde arriba, caras que miran hacia ningún lado, caras que gesticulan, caras que se gritan entre ellas, caras que callan. Avanzando, un par de veces le tiran besos, o le hacen muecas. Se pone roja y arde por dentro.

En las celdas últimas están las políticas. Cuando llegan a una celda y se paran, desde la de enfrente oye su nombre. Ve a Paquita, que había dejado la DGS hace unos días. ¿Cuántos? ¿Qué día es hoy?

La ducha ha sido una bendición. El habitáculo está muy sucio, pero el agua sale de la regadera y la alivia. Huele a frutas. Se observa el cuerpo y lo ve astillado, cárdeno aún de cintura para abajo. Ve señas, muescas, huellas por todas partes. Piensa en las ruinas, y cuando se toca le parece hacer una labor de arqueología, de disección. Con cada tacto recuerda una escena, y tras la escena en la sala de interrogatorios, un nombre, una fecha, algo que ocultar. No distingue todavía entre lo esencial y lo trivial, y le parece que el único consuelo es imaginar el barco que seguirá llegando a puerto, el marinero que baja, las cajas, las plumas.

Tiene mucha hambre. El rancho es un líquido blanco con olor a pis. Alguna vez pueden pasarles algo de las galerías de fuera, pero mientras no salgan del pabellón de ingresos es difícil. Le han dejado escribir una carta, una breve cuartilla de quince líneas exactas para entregar a la censura de la prisión. La primera no la ha enviado a su madre, ni a su prima Angelines. La primera la ha enviado a Lali y a su familia, a Coruña. Pidiendo perdón. No cree que le contesten, pero se siente culpable de haber llevado a toda la familia a la policía. ¿Qué habrá sido de ellos? Luego ha podido mandar una notita breve a su madre, una nota clandestina que le ha pasado a la mandanta. Una nota para que sepa que está viva, que está detenida, que está en Ventas. Alguien tendrá que leérsela.

Todos los días salen un rato al patio. Ahí, a veces, antes del conteo ritual de las funcionarias, puede verse con amigas de antes. Algunas

parecen haber envejecido de golpe y tienen miradas ausentes, o rictus en la boca que las escora hacia el suelo. Pero pueden abrazarse y se ríen. Se ríen, como se reían antes entre los obuses. Se ríen, porque la vida se les escapa por la boca, la risa se escabulle cuando se miran, maltrechas, mal vestidas, casi ridículas.

Esta tarde, justo antes del conteo, mira a una muchacha muy delgada, de cara alargada, morena, con trenzas y gafas. Trata de acercarse a ella, pero no puede. Cerca tiene a Ciri, y le pregunta. ¿Quién es ella? Josefina Amalia Villa, la compañera de Quiñones. «Tengo que hablar con ella».

—Cuidado, tienes que saber que está bajo control especial. Bueno, ella y muchas. Incluso a lo mejor tú, y aún no lo sabes.

—¿Qué dices?

—Es que están las que defienden las posturas de Quiñones y la dirección del interior y las que defienden las posturas de la dirección de fuera. La dirección de fuera dice que Quiñones y los suyos eran agentes del extranjero, que eran vendidos, que además colaboraron con la policía. Que todo lo que ha pasado ha sido culpa de ellos.

—Pero qué locura. A todos los detuvieron y los destrozaron en Gobernación. A todos, a Quiñones el primero.

—Bueno, yo te digo para que sepas.

Qué locura, piensa de nuevo. Qué locura es esta. Cuando llega a su celda después del conteo se sienta con Paqui y con Carmen y directamente les pregunta. La miran y la miran. «No sé qué decirte, cuando salgamos de la galería de ingresos nos enteraremos mejor. Pero parece que la dirección de fuera ha enviado a nueva gente y que la organización de la que dependíamos de Madrid no era la buena, que Quiñones era un espía, que alguien habló, que esa gente quería pactar con los monárquicos, que le pagaba Inglaterra… No sé, Manoli, tendremos que esperar a que nos saquen y nos enteremos bien».

Hay que esperar, hay que esperar. ¿Esperar a qué? Mira a Paquita y esta la mira. Como perdidas. Paquita aún tiene los oídos en mal estado de los golpes y escucha mal, tuerce el cuello como para captar mejor los sonidos y sus ojos azules intensos se incendian de vez en cuando, como si imágenes sordas le llegaran de dentro. «Mira, Manoli, ahora que estás aquí te tengo que contar lo que realmente me preocupaba en la DGS. Me preocupaba tanto que me mordía los carrillos de la boca para no decir nada, para callarlo todo, para no equivocarme. El caso es que mi cuñado está escondido en mi casa, emparedado en el corral que tenemos en el patio. Le hemos fabricado un lugar detrás de donde se ponen las gallinas. Está todo lleno de

mierda de gallina, y por eso ha pasado tan desapercibido que cuando vinieron a buscarme a mí y registraron toda la casa, no lo encontraron. El tema es que si descubren a mi cuñado lo matan, Manoli, lo matan sin más. Y yo tenía tanto miedo de que se me escapara de repente. Ellos pensaron todo el tiempo que yo era una tonta, una pobre sastra sin instrucción, una chica sin nada en la cabeza. Ya ves, quizá es verdad, porque yo soy una militante de base, yo soy estafeta, ya lo sabes, pero cuatro cosas tengo claras, y la rabia que me da esta gente es una de ellas. Una no escoge su tiempo para venir al mundo. Yo soy comunista porque no me queda otra… Y ahora me vienen que si Quiñones era un traidor. No estoy para mandangas de estas».

La monja alemana, sor Serafines, la manda a llamar a gritos y le dice que coja sus cosas y salga, que va a la tercera galería derecha. ¿Sus cosas, qué cosas? «¿Ahora o más tarde?». «Nos vamos ahora». Paquita salió hace unos días, en su celda quedan tres chicas recién llegadas que son de Valencia, Elvira Albelda se llama la mayor. La abraza y sale rápido por el pasillo para encontrarse con la monja. Con ella va al patio, lo atraviesan rápido y entra de nuevo a otra galería similar, pero más silenciosa, con una sensación de orden que se respira desde la llegada. Es tarde y las mujeres están en los baños o en las celdas. Susana, la funcionaria, sin mirarla le grita: «Vaya hasta el fondo, a la 54». Avanza hacia allá, y de repente un crisol de caritas salen a su encuentro, Manoli, ya estás aquí, Manoli, tengo algo que darte, Manoli, ahora nos vemos, Manoli, te toca donde Angustias.

Y Manoli llega hasta su celda. A la entrada hay un petate doblado. Es el suyo. «Lo hemos dejado fuera porque no cabe, pero no te preocupes, que luego cabemos todas. Yo soy Paz». Se siente como si hubiera llegado a su casa. Se siente ligera después de tanto tiempo. Aún no calcula, aún no es capaz de medir, pero le parece que todo será mejor, y que será breve. A la espera del juicio, pero breve.

—Tengo una encomienda para hacer. ¿En qué lugar está Josefina Amalia?

Angustias y Paz la miran raro, Angustias aprieta los labios. Al lado, otra a la que aún no conoce se vuelve y habla la primera. «¿Para qué quieres verla, para qué?». Angustias, más suave: «Mira, tenemos que explicarte, verás…». «Esas explicaciones vendrán luego. Ahora decidme dónde está y ya hablaremos». «Pero ¿para qué?». «Bueno, voy a buscarla, alguien me dirá». Cuando sale oye una voz detrás: al final de la galería, en la segunda celda.

Cuando llega a la celda, la ve sentada en un lado. Está apoyada en la pared y con la cabeza parece canturrear con los ojos cerrados.

—Hola. ¿Josefina? Soy Manoli.

—Ya sé quién eres, la de San Sebastián.

No se levanta. No hace ningún gesto. Solo la observa, detrás de sus gafas. Un cristal está roto y el ojo se ve entre virutas. Como si no tuviera ojo.

—Sí, la de San Sebastián. Tengo un recado para ti.

—¿De quién?

—De Jaime.

—¿Qué Jaime? No sé quién es, no me suena ningún Jaime.

—De Luciano Sádaba.

—Ah, el de Pamplona. ¿Y qué quiere?

—Quiere pedirte disculpas. Dice que no pudo evitarlo y que te nombró. Que te describió más bien, y teme que por su culpa estés aquí.

—Me doy por enterada. Pero no creo que puedas trasmitírselo.

—Supongo que sí podremos. Debe estar en Porlier, y podremos hacerlo.

—Mi compañero también está en Porlier. O estaba, porque parece que lo van a mandar a la enfermería a Yeserías. Que hable con él. Si se atreve. A mí me da igual.

—Solo quería trasmitirte esto. No sé si por su culpa se produjo tu caída o no. Tampoco a él lo conozco lo bastante. Pero estaba destrozado cuando lo vi en Gobernación, y a estas alturas me da igual cómo haya sido todo, pero… no sé, era mi compromiso. No sé si ha sido un buen comienzo, pero me alegro de conocerte.

—Yo también me alegro. No te preocupes. No importa cómo caí, el caso es que estoy aquí y a nadie más se lo debo. Como tú. La policía me ha machacado con lo que han dicho Sádaba y Realinos sobre mí. Pero me ha dado igual. Me han nombrado, pero ¿qué? Da igual.

—¿Da igual?

—No podemos conformarnos. Eso sí que no da igual, pero ahora nos queda sobrevivir. Va a ser largo, no será sencillo. Pero es lo que nos toca. Sobrevivir y ayudar a otros a que también lo hagan. Lo demás, no importa.

Se queda callada. Siente algo como un destrozo. Demasiada dureza. La dureza de las rejas. Mira a su alrededor, los petates en el suelo, la puerta abierta hacia la galería, la luz que se filtra, el ruido, un ruido sordo que parece no venir de ninguna parte. Un ruido que se sitúa dentro de sí. Mira a Joseamalia y sonríe al levantarse:

—¿Alguien tendrá un cigarrillo en este convento?

—Ojalá, pero tener algo de pan ya sería mucho —contesta Joseamalia.

—Fumar calma el hambre.

Y sale por la puerta.

La mandanta grita su nombre en el patio. Lo escucha desde la oficina del economato, donde la Serafines la ha colocado para trabajar en administración. Cuando se lo dijo, le pareció infame tener que ir a trabajar a la oficina de la cárcel, así, prácticamente gratis, mientras sus compañeras estaban en los talleres cosiendo uniformes. Juntas, al menos. En la reunión de la célula del partido lo discutieron. Manoli no quería, pero todas eran conscientes de que estar en la oficina de control de la cárcel era una oportunidad. Colocada entre miles de papeles atrasados, libros de cuentas vacíos, números a disponer. Pudo verlo: robaban con esmero, robaban del dinero para la comida de las presas, y luego robaban también la comida, robaban tela, botones, hilos. Robaban hasta el zotal que llegaba para matar los piojos que eran los dueños del penal.

Cuando escucha su nombre de nuevo a gritos, se asoma a la reja de la oficina y mira al patio. La mandanta está repartiendo la correspondencia. Pide permiso a la funcionaria y baja las escaleras. Mira las manos que le tienden las cartas. Tres cartas, tres sobres abiertos con el sello de la prisión y la letra del cura o de quien sea que las ha censurado. Una a una.

«Querida hija. Le dicto esta carta a tu prima Angelines. Estoy en Madrid, me he venido desde Bilbao, y espero que pronto también se venga tu hermana. Voy a buscar trabajo aquí para poder atenderte. Quiero que estés lo mejor posible. He pedido ya permiso para comunicar, pero no me lo han concedido, dicen que la próxima quincena. Hija, qué alegría saber de ti y saber que estás bien. Te hemos mandado un paquete, espero que te haya llegado, llevaba dos mudas, una blusa clara, unos zapatos, unas medias, unos panes blancos y un chorizo. No hemos podido mandarte más, pero estamos bien. Te mando un beso muy fuerte y que sepas que estaré pronto contigo. Tu amatxu.

Manoli, sigo yo, Angelines, todos te mandamos muchos besos, los niños están bien y preguntan mucho por ti. Justi aún no está, vino el tío Ignacio a preguntar por él y decidió salir para el campo, pero creo que volverá pronto. Yo también iré a comunicar con tu madre. Todos te queremos mucho. Dinos lo que necesitas, que trataremos de

buscarlo para ti. Te mando todo nuestro cariño de siempre. Angelines, Justi y los niños».

Apoyada en el pretil de la galería, no puede evitar emocionarse. Se imagina la escena, su madre en Madrid adonde no ha venido jamás, la recolección de cosas para enviar el paquete. Ese paquete que aún no ha llegado. Unas bragas nuevas, eso sí que es un lujo. Al pensarlo, se regocija. Quiere estar en la calle, una calle que se ha mantenido en su cabeza detenida en el tiempo. La policía sigue incordiando a su familia, pobres, el «tío Ignacio» sigue merodeando. Casi le parece ingenuo el cura y su censura, que no se entera de lo que le ponen.

La otra carta la firma un tal Francisco. Y es muy breve: «Querida prima, te mando noticias de tu primo Ángel, que no ha podido escribirte estos días porque se ha puesto malo y está en enfermería, pero volverá pronto. Esperamos que estés bien, he hablado con el padre Gumersindo y me ha autorizado a que podamos cartearnos una vez cada dos meses, tenemos que estarle muy agradecidos por su bondad. Como estás pendiente del juicio, quiero decirte que parece que se retrasará, pero te seguiré informando, querida prima. Ahora me despido de ti con un fuerte abrazo y esperando para los dos la bondad del Altísimo».

¿Qué es esto, quién es, qué quiere decirle? Quizá sea algo en relación con su contacto del partido en Porlier, el tal Ángel. Pero ¿y esta misiva? No logra entender si hay lenguaje cifrado, no logra ver entre líneas.

La tercera es una pequeña postal. Es de Lali. De Coruña. Una foto del mar. Corta, pero tan cariñosa, tan delicada, que ni le cuenta qué le pasó a su familia. Esa última imagen de todos en el pasillo de la comisaría coruñesa se le atraganta en la cabeza. «Todos estamos muy bien, y te recordamos con muchísimo cariño. Junto con esta enviamos paquete». ¡Otro paquete! Va a ser un festín.

Intrigada, vuelve hacia la oficina, pero antes de subir le hace una señal a Paz, que está en el patio, y le da a escondidas la carta del tal Francisco. «Dásela a Angustias o a Toñi, a ver qué dicen. A ver si entienden algo». Y sube las escaleras pensando en sus bragas nuevas.

Como tantas noches, ha oído las descargas. Ella y todas las demás en la celda. Se miran de nuevo, sabiendo que algunos hombres han muerto al alba. Un alba negra, porque está muy oscuro. Después del estruendo, se escuchan diez detonaciones, una a una, cada tiro de gracia. La cárcel de Ventas está tan cerca del cementerio del Este que parece que resuena en el muro de la cárcel. Hoy no saben quiénes son,

porque no han recibido ningún mensaje de Porlier, nadie ha filtrado nada ni ha llegado ninguna noticia entre las funcionarias.

Lo que queda de noche pasa lentamente. Apretujadas en sus petates, casi inmóviles, esperan las primeras luces demoradas. El invierno trae frío y trae sombra. Parecen tinieblas detenidas en el suelo de su celda, como un animal de varias cabezas, un cuerpo informe de muchas manos. Cuando el ruido del rastrillo resuena, se levantan todas, esperando que la funcionaria venga a abrir las celdas. Apenas se miran, apenas se ven.

Van saliendo lentamente a la galería. Con ellas, las mujeres del resto de las celdas. Esas mañanas todas se miran con desgana, como si los ojos se les hubieran llenado de vendas. Se dirigen como autómatas a las duchas y se van metiendo bajo el agua pese al frío, pese a ese frío como cuchillo que da el caudal helado. Ni con eso mueren los piojos, pero salen del baño fortalecidas. Cada vez que el agua las despierta, sienten que aún tienen nombre. Que aún son personas.

«Manoli, Manoli». Es Alfonsita, que la llama desde la puerta del baño. «Manoli, Manoli». Se seca como puede el pelo y va rápido. La Veneno es hoy la funcionaria de turno. «Aquí no se grita, rápido a vestirse y a trabajar».

—¿Qué pasa?

—Son tus compañeros.

—¿Qué?

—Sí, han matado a los del expediente vasco. Ha sido esta noche. Eran ellos. Y alguno más de otro expediente, pero eran ellos.

Sus caras se le aparecen una a una. Realinos, Valeriano, Félix Miñón, Toño Quirós, Jesús Ugalde, Luciano Sádaba. También han matado a Luis Fernández, al que todos acusaron de delación. Siete. Recuerda cada cara y cada escena, con algunos muchas, con otros apenas unas palabras cruzadas. A Vale lo recuerda entre risas, en la playa de la Concha, mirando cada ola como si no hubiera peligro, como si la bahía los fuera a salvar de cualquier desvelo. Viento fuerte en sus caras y risas.

Luciano, tan destruido en Gobernación. Ella pasó su encargo, el otro encargo: que cuidaran a su mujer en La Habana, que no la olvidaran… Tuvo razón Luciano, nunca volvería a verla.

Con el pelo empapado se va hacia la oficina de la cárcel. No es capaz de tomarse el rancho, ni siquiera el poco pan que guardaban en la celda. Un hueco, solo un hueco bajo su boca.

Hoy comunicaba con su madre y con su prima Angelines. Y con su

amiga Manola. El locutorio era un mercado, solo voces, como siempre. Y solo quince minutos, ni siquiera la media hora reglamentaria. Cuando entró, vio a las tres mujeres juntas haciéndole señas con las manos, su madre en medio. Eran tantas mujeres que casi no cabían ante la reja. Al otro lado, en la otra reja, tampoco cabían los familiares, que siempre llegaban con cara de susto, los ojos muy abiertos, las mejillas alborotadas.

—Amatxu, ¿cómo estás?

—Muy bien, hija. Te hemos traído paquete. ¿Y cómo estás tú?

¿Y cómo estás tú? ¿Y cómo estás tú? Hay ratas por todas partes, se asoman por los resquicios de la pared, por las ventanas, aparecen por el techo, caminan sin cesar sobre petates y sobre las cajas con los paquetes. En la noche, salen por el hueco del inodoro, salen en tropel, como si hubiera estampida, salen y la miran. Los pequeños gemidos de las ratas por todos lados, junto a sus oídos, sobre su pecho, al lado de sus manos. Ratas que gritan y que se apresuran sobre ella. Ratas que se suman, que se pelean unas con otras, que se hacen sangre, sangre, pelos de rata. Y entonces despierta temblando. Lleva semanas soñando lo mismo, tanto que la aterra dormir y solo saberse ahí, entre el montón de ocho mujeres en el suelo, le concede algún alivio. ¿Cómo estás tú? Y sonríe a su madre mientras asiente con la cabeza. «Bien, muy bien».

—¿Cómo está Feli, Manola?

—Pues está bien, dicen que pronto van a soltarla. Sigue en Tarragona, no podemos ir a verla. Solo nos escribimos.

—Ojalá vuelva pronto.

—Ojalá sí. Oye, Manoli. Tenemos carta de tu primo Francisco. Como no te puede escribir, nos manda noticias. Él va de cuando en cuando a Las Salesas para informarse del juicio, pero aún no hay fecha. Y nos ha buscado un abogado amigo suyo, que es de la Falange, y vamos a verlo estos días.

—Muy bien. Dadle las gracias de mi parte.

—Nos ha dado una noticia que dice que te va a alegrar. Es de un chico amigo tuyo, de Pamplona.

—¿Sí?

—Sí, de Pamplona, uno jovencito. ¿Sabes quién te digo?

—Sí, sí. ¿Y qué?

—Pues que ha tenido un niño. Su mujer tuvo que irse de la isla en la que estaba, y nadie la localizaba, pero resulta que ha vuelto. Y tiene un niño, ya grandecito. Se llama como él.

—¿Un niño? ¿Y a él alguien se lo dijo? ¿Desde cuándo se sabe?

—No sé, lo han sabido hace unos días. Ella estaba perdida y hasta ahora no había vuelto a su tierra. ¿Por qué pones esa cara? ¿No es una buena noticia?

—Sí, sí. Muy buena. Es que estoy un poco desconcertada.

Cuando las puertas se cierran tras ella, sigue trastornada. Automáticamente va hacia el patio y busca a Joseamalia. La busca entre los corrillos y entre las que están apostadas a los muros absorbiendo esas briznas miserables de sol. La ve al final, tan delgada, con su larga trenza, hablando con Paz.

—¿Vino tu madre, verdad?

—Sí, vino con mi prima y mi amiga Manola.

—¿Y qué tal?

—Bien, pero quiero comentarte algo que me han dicho.

Juntas las dos, acuclilladas sobre la pared, miran hacia delante como si hubiera una pantalla. O un paisaje extraordinario, una gran montaña. Como si pudieran ver en La Habana a la mujer de Luciano que pasea con ese niño que nunca conocerá a su padre. Como si Luciano hubiera sabido antes de morir ante aquel pelotón del alba que su mujer estaba a salvo y que tendría un niño. Como si no fueran tan frágiles, tan desmadejadas allí, en medio de ese patio, habitando ausencias.

Mira hacia delante, sin hacerse una idea de lo que le espera. Rehúye pensar en lo de cada día, sobre todo en el hambre, en el frío de cada ducha helada, en no tener un solo espacio de soledad, en no tener un libro. Ni un cigarro. Huye de pensar en ello ahora que imagina a ese niño desconocido en un lugar remoto que nunca sabrá que ella lo presiente, lo sospecha. Junto a la muchacha de las trenzas, la compañera agitada de Quiñones, por fin ve el mar. El último mar que miró antes de caer entre muros secos. Retorna. Las olas remansadas del Atlántico, como un dique de contención. La playa de Oza.

Madrid, 2019

Fuera hace ese frío que trae la sierra. Primero te identificas en el gran portón. Atraviesas los patios y te identificas de nuevo. Entras en la sala de taquillas como si fueras al gimnasio. Te quitas casi todo. Te quedas con lo justo. Con un lápiz. Un papel. Y con el ordenador portátil que te permiten.

Irrumpes como en la sala hipóstila de un templo griego. Pero no hay ninguna columna. Entras en la base de datos. Buscas por apellido, pero el sistema se cuelga. Decides ir buscando por las iniciales. Se hace arduo. Hay 604 552 expedientes. Personas archivadas. Con su nombre y apellidos. Solo en la región militar de Madrid. Estás un ratito. Encuentras varios de los expedientes que buscas. El de tu madre, el de tu padre, que es el mismo. El de Paquita. El de Joseamalia. El de Isabelita. El de Mary Blázquez. El de Feli. Y comienzas a pedir.

—Solo se puede tener en la mesa uno. Solo se pueden pedir tres. Aquí están los guantes. Se pueden hacer treinta fotocopias por cada expediente. Cada fotocopia vale treinta céntimos.

Y ya está. Te sientas a esperar. Llega el primero. Es el número 111 601. El legajo 3 989. Metido en su carpetilla beis. Abres la carpeta con tus guantes y dentro está encuadernado con hilo rojo. Pesa. Pesa bastante. Quizá un kilo y medio. Tiene 870 páginas.

La portada está muy destruida. Muy anotada. Aparecen todos los nombres de los encausados, pero casi no se ven. El nombre de tu madre es el único subrayado con trazo negro y una nota al margen que dice «Atención». A mano.

Abres y ves el inicio del expediente. No lo lees, ya volverás. Te urge mirar todo, tener una visión de conjunto. Sobrevolar las páginas. Intuir algo. Como si con esa primera mirada te pudieras dar cuenta de grietas, de detalles, de indicaciones. Eso es. Como si fuera un mapamundi. Un recetario. Un crucigrama. Miras y miras. Páginas que están en buen estado. Otras destruidas. Avanzas y encuentras casi al

final, en la página 836, la letra inconfundible de tu madre. Es una solicitud de 1958. Dice «Que por la causa número 111 601, delito incurso en el artículo 3.º de la Ley de 29 de marzo de 1941, en virtud de la sentencia dictada en Madrid el 5 de junio de 1943, fui condenada como autora del delito contra la seguridad del Estado, a la pena de muerte, conmutada por la de treinta años de prisión mayor…».

La solicitud sigue. Pones un señalador de cartón que te han dado. Pero no sigues leyendo. Porque reconoces que eres hijo de la impaciencia. Víctima de la urgencia. Solo querías un primer viaje a poca altura sobre esas páginas amarilleadas. Arrugadas muchas. Rotas algunas. Perfectamente ordenadas. Era una primera pesquisa por si encontrabas un túnel a primera vista. Pero no. Solo has adquirido conciencia de algo que sabías. Pero no sabías. De que todo está anotado. Cada paso. Cada momento. Cada circunstancia tiene un papelito. Algo que hace constar. No ves restos de sangre. Residuos de piel. Sedimentos de cada uno de los anotados. No ves despojos. No están. No son evidentes. Solo ves apostillas. Certeras. Precisas. Firmas y firmas. Sellos. Un mecanismo perfecto de control. Perfecto, no. Deseoso de serlo.

Vuelves al principio. Ya es mediodía. Hay que desalojar la sala. Volver más tarde. Sabes entonces que a simple vista no descubrirás nada de lo que buscas. Que necesitarás lupa. Accesorios de observación diversos. Brújula también. Anotar para contrastar. Lo que pone. Lo que tú sabes. Contraponer. Decidir. Imaginar cada momento. Pero ¿qué buscas?

La mañana siguiente el frío es el mismo cuando llegas. Te fijas entonces en la construcción. Esos edificios militares que son tan parecidos en todas partes. De finales del siglo XIX o principios del siglo XX. Ladrillo. Piedra gris. Teja. Sabes que por ahí has paseado. Y es que son iguales que las viejas cárceles. Esa uniformidad de plantígrado. Entras de nuevo en el edificio del Archivo Militar. Te identificas. Dejas tus cosas en la taquilla. De nuevo en la sala hipóstila que no es hipóstila. No hay nadie. Nadie. Excepto la persona encargada. Rellenas otra vez la ficha. Te dan el legajo y te sientas. Ahora te ves de nuevo ante la portada hecha migas. Con los guantes puestos.

«Don Jesualdo de la Iglesia y Rosillo, general de división honorífico, juez especial, nombrado por el excelentísimo señor ministro del Ejército para los delitos de espionaje y otros derivados de actividades marxistas con jurisdicción en todo el territorio nacional y

del presente sumarísimo ordinario que se instruye contra». Y entonces aparecen los nombres.

Moisés Torres, Manuela Guerrero García, Guadalupe Jiménez Calvo, Dolores García Hernández, Concepción Martínez Garralón, Consuelo García García, Joaquín Jiménez Muñoz-Delgado, María Postigo Santos, Ángel Martínez Martínez, Félix Rodríguez Bello, Luisa Díaz Canellada, Vicente Bermejo Colmenar, Ramón Amilibia Machimbarrena, José García Méndez, Secundino Abelenda Baltar, Segundo Freire Rivas, Manuel Domínguez Esteiro, Bernardo Vázquez Comesaña, José Magdalena Lago, Manuela del Arco Palacios, Silverio Legorburo Urquijo, José Laredo Estévez. Agosto de 1942.

Están numerados. Hasta veintitrés. Pero son veintidós. Porque quien hubiera de estar en el número quince no tiene nombre. Se lo saltan. No aparece. ¿Será un error administrativo? ¿De quien mecanografía? ¿Hubo un nombre que se borró luego, alguien que desapareció?

Revisas cada nombre. Lo buscas en tus recuerdos infantiles. Algunos, siete, ocho, sabes quiénes son. Los has conocido. Has hablado con ellos. Los has tocado. De otros sabes el nombre. Un sonido metido en tu cabeza. De muchos nada. Nada. Tendrás que leerlo y atar cabos. Buscar. A ver qué hallas.

Luego sigue la larga referencia de declaraciones. Las declaraciones firmadas. Ves la letra de tu padre casi al principio. Su firma. La firma de siempre. La primera declaración. La firma endeble. Al final, antes de pasar al oficial de juzgado, dice que no reconoce nada de lo que ha dicho. No. Nada. Nada.

Avanzas. Lees las declaraciones de los otros. Nadie habla de nadie que no esté en esta lista. Nadie habla de algo que no sea una casualidad de encuentros. «Me encontré con un viejo conocido en el metro de Cuatro Caminos». «Paseaba por El Retiro y alguien me chistó, resultó ser un vecino de una amiga que se fue al extranjero después de la guerra». «Me llamó mi amiga para que la ayudara con unas labores porque soy una buena costurera, pero yo no sabía si en esa casa había otras reuniones». Buscas el primer hilo del ovillo. Lees y lees las declaraciones. Pero el hilo no está. No está aquí. Algo no ves. Algo no está o no lo encuentras. ¿Quién habló? ¿Todos hablaron? No. La policía llega con tantas pruebas. El foco está antes. El foco, ¿dónde está?

La mecanización perfecta. El informe de todo. El protocolo que se va depurando con los años. Las huellas dactilares de los torturados que ya no pueden escribir. Las rúbricas deformes, temblorosas. Los

garabatos de madrugada tras horas interminables de tormento. ¿Con qué firmaron, qué les prestaron para el momento? Como veo borrones, imagino que serían plumas normales. Plumas que perdían la tinta. No como la Parker 51.

Tras las declaraciones están los informes de los oficiales. De los secretarios. Del juez instructor Jesualdo de la Iglesia. Sus rúbricas firmes, tan reconocibles de repetidas. ¿Y ellos, firmaron con las nuevas Parker? Imposible no estremecerse. Escalofríos.

Como tu madre es una extraña en ese expediente, buscas referencias. Las que salen en el propio atestado. Te levantas hacia el ordenador de la sala y buscas. Buscas entre los 604 552 nombres. Expedientes. Referencias. Encuentras. Es el expediente 109 493. Lo pides y esperas a que lo suban. Vuelve a ser tarde. Hay que irse, hay que regresar. Un día nuevo.

Llegas al día siguiente. Llueve. Levemente. Te sientas en la mesa. Esperas. Esperas a que lleguen dos archivos. Se ha dividido en dos partes. La primera tiene 651 páginas. La segunda, 712. Quizá. Porque está lleno de páginas rotas. Arrancadas. Desordenadas. Lo tomas en tus manos y te parece la muestra de lo que fue. El registro de una tortura. El repertorio de una destrucción. Se te viene encima.

Aquí hay veintisiete encausados. Lees los nombres. Conoces muchos. Conoces los primeros. Son nombres de muertos. De gente fusilada: Antonio Quirós Expósito, de treinta y tres años, albañil, soltero, natural de Madrid, hijo de Concepción. Jesús Ugalde Baztán, de treinta y un años, natural de Sestao, perito mercantil, hijo de Baldomero y Anastasia. Félix Miñón Merino, de treinta y siete años, casado, natural de Burgos, peluquero, hijo de Jacinto y Piedad. Luis Fernández García, de treinta y cuatro años, casado, natural de Sama de Langreo, perito mercantil. Luciano Sádaba Urquia, de veinticinco años, natural de Pamplona, metalúrgico, hijo de Conrado y Eulalia. Realinos Fernández López, de treinta y nueve años, natural de Reales del Campo (Valladolid), confitero, hijo de Antonio y de Georgia. Valeriano García Barcina, de treinta y tres años, practicante, natural de San Millán de Cera (Logroño), soltero, hijo de Maximino y María. Todos fusilados.

Todos hablaron. Lo que pudieron. Lo que les permitió despistar. Justificar. Confundir. Eliminar. Lo que pareció menos grave. Es lo mismo. La policía tiene demasiadas pruebas. Ellos argumentan. Ellos inventan lo imposible. Lees y es tan prolijo. Ese nivel de detalle. Las firmas que se repiten vacilantes. O que se convierten en huellas dactilares. Sigues mirando cada declaración. Vas apuntando en un

papel un gran croquis. Quién hacía qué. En qué fecha. Cuándo se encontró con otros. Cuándo llegó a Bilbao. Cuándo fue a Madrid. Te haces el esquema y todo parece casar. Casa tanto que parece una fórmula matemática. Todo parece una trama urdida sin fisuras. Todo está ahí. Se te muestra como el final de una novela policiaca mala. Previsible. Predecible.

Tratas de encontrar la piel. De mirar sus caras. Pero no tienes caras. Ni fotos. Solo vagas descripciones que alguna vez hizo tu madre. Ves de nuevo la firma cuando el juez dicta sentencia. Luego ves la firma del secretario la madrugada que les informa de que serán fusilados de manera inmediata. El 15 de diciembre de 1942. Sabes que cuando los matan tu madre está a la espera de su propio juicio, pero en otra causa. Eso le salvó la vida. Quizá. Te imaginas cómo mueren. El más joven, con veinticinco. El mayor con treinta y nueve.

Es la historia de un final. Aquí está todo. Miras de nuevo el esquema perfecto. Cada cuadrito es un nombre. De cada cuadrito salen flechas. Con fechas. Con lugares. Con datos. Y entonces recuerdas de nuevo. Recuerdas que tampoco el enigma está aquí. Mejor dicho, sí está aquí. «Nadie habló nunca de las plumas». No es cierto, sí hablaron, pero de manera tan accesoria que la policía no lo registra. Se mueren, pero el secreto real de la causa no aparece. Los matan. Pero no los matan por lo que deben. El mundo queda suspendido. Hablan, mucho. Y hablando tanto ocultan lo principal.

Miras de nuevo el esquema. Sonríes. El misterio está en que el esquema responde a una maquinaria perfecta. Pero lo perfecto fue inventarla.

Es inaudita la capacidad del sistema represor de saber. De averiguar. De reventar las costuras para descubrir las pobres vísceras. De cortar con el bisturí y ver lo que había dentro. Sí. Y registrarlo todo. Cada corte. Cada sutura. Cada temblor. Una lección de anatomía. Literal.

Pero entre medias se le escapaban las frutas. Las plumas. Las plumas. El complejo procedimiento de acopio de medios para la resistencia. Los marineros gringos. Los John. Los barcos desde Nueva York. No están.

Devuelves el expediente. Pides sesenta fotocopias. Treinta por legajo. Luego vuelves a mirar los documentos antes de colocarlo en el anaquel. Con tus manos has alisado algunos papeles arrugados. Has dispuesto las bridas reventadas del expediente. Has escrito una nota para la archivera explicando el nuevo orden. Las hojas aparentemente en su lugar. Ese ejercicio leve de ordenación. De limpieza. Como para

salvar a sus protagonistas. Ausentes.

Luego te has puesto a buscar en internet. En listados telefónicos que ya están fuera de uso. En las redes sociales. En las páginas de desaparecidos. En los registros mercantiles de Navarra, de Guipúzcoa, de Madrid, de Valladolid, de Asturias. En los registros de los cementerios. Buscas sin éxito. Apenas hay algunas referencias. Sin rostro. Nadie explica las pequeñas cosas. Nadie cuenta que en la casa de Luis Fernández vivía tu madre, con tu abuela y tu tía. Que Luis era un hombre con mala fama. Que no se fiaron de él. Que lo pusieron bajo control. Que lo torturaron y dijo lo mismo que los demás. Mucho. Poco. Buscas al hijo de Valeriano y de Cony. Al que tú has conocido. Buscas a través de la embajada cubana los rescoldos de Luciano Sádaba. Su mujer. Su hijo. Nada.

Buscas. Llamas al archivo del cementerio del Este. Preguntas por la mujer que abortó en la casa del practicante Jiménez. Dudas que haya datos. Pero la voz mecánica responde en segundos. Agustina Alvarado Sánchez fue enterrada el día 2 de diciembre de 1940. El 25 de abril de 1951 fue trasladada al osario público. Ante la falta de reclamación de nadie. Sin inscripción. Sin memoria.

Cada regreso al archivo es un viaje sin billete. Nunca sabes adónde vas. Adónde llegas. Para qué. También te parece que «debajo de las sumas, hay un río de sangre tierna». ¿Qué has encontrado? ¿Qué estás buscando? Todos los papeles repartidos por el suelo. El esquema. Te miran como animalitos muertos. No respiran. Lo que te dicen ya lo sabías. O no.

«Puede que esté inventando, o que pinte sin saberlo y con ansia un muro, como hacen los niños de las calles de Roma donde dejan manos sueltas o bocas o caras espantadas o mensajes de amor entre estrellas».

María Teresa León

5. Hay cena en los juzgados. 1943

Lleva días muy nerviosa. Apenas duerme, querría levantarse del petate cada noche, dar una vuelta, despejarse. Pero no lo hace porque despertaría a todas las demás. Están encajadas en el suelo para poder dormir, como en un puzle, una para arriba, otra para abajo. Así hasta diez, contrapeadas, tan pegadas que para darse la vuelta tienen que ponerse de acuerdo. Ahora, a la derecha, y todas se vuelven, al tiempo, como en una coreografía. Al principio se equivocaban, porque como están contrapeadas, para cada una la derecha era una cosa, y al moverse se armaba el revuelo. Se partían de risa, de risa ahogada, para que no viniera la monja a castigarlas.

Las presas rojas no tienen derecho a la risa. Verlas reír sacaba de quicio a las monjas. Que luego las castigaban. Las tijeras como castigo. El corte de pelo al cero. La celda incomunicada. Pero cortarte el pelo al cero era tan humillante… Lo sabían las monjas y las funcionarias, y lo sabían ellas también.

La última vez que la amenazaron con cortarle el pelo al cero fue en mayo. Por una tontada. Le había pedido a su madre en el locutorio, el día que por fin pudo comunicar con ella, un trozo de jabón. Había un griterío fenomenal, y no se oía nada. Todas las presas les gritaban a sus familiares, pero son tantas, y con tantas ganas de contar, que parece un mercado. Se lo repitió por lo menos dos veces. ¿Qué? Un trocito de jabón. ¿Qué, no te oigo? Un trozo de jabón, mamá, es lo único que necesito. Ah, ya te he oído. Pequeño, mamá, un trocito de jabón. A la semana siguiente la presa común encargada de paquetes le dijo: «Vete a ver a la Serafines, que está en el economato. Que te quiere preguntar por el paquete de tu madre».

En la mesa de la oficina del economato está depositada una cajita abierta. El paquete. La madre Serafines lo señaló y la miró desafiante.

—¿Esto qué es, Manolita?

—Pues parece mi paquete.

—Mírelo bien. ¿No le extraña?

—¿El qué? Un pedazo de chorizo, unas bragas, un pan… No sé. —Y Manoli imagina que ha encontrado algo oculto.

—Mire esto, mírelo bien. Es un pedazo de jamón… De jamón serrano. ¿Desde cuándo su madre le puede enviar jamón serrano?

Lo miró fascinada. Era pequeño, un taco, no sabría calcular el peso, pero tendría cuarto de kilo. Quizá menos. Solo de verlo, salivaba. Y entonces empezó a reírse. Un pedazo de jabón, un pedazo de jamón. Mi pobre madre, qué habrá hecho para conseguir esto de estraperlo. Habrá pensado que me he vuelto loca.

La monja alemana se puso roja. ¿De qué se ríe, de qué se ríe? De nada. Pero no podía parar de reírse divertida, y cuanto más furibunda veía la cara de sor Serafines, más se reía.

—Basta ya, o la dejo sin comunicación por tres meses. Que se calle.

—No, madre, perdone. No puedo evitarlo.

Paró de reírse por fuera, pero no podía estar tranquila. La monja no había terminado.

—Recoja el paquete, y lléveselo a la celda.

—¿No trae carta?

—¿No ve que no? Recoja de una vez, dese prisa.

Empieza a recoger metiendo de nuevo todo en la caja, y cuando toma el pedazo de jamón vuelve a sonreírse. Pero la monja le coge con fuerza la mano y el jamón cae sobre la mesa.

—Ah, no. Eso no. ¿Qué se ha creído? Esto se queda aquí.

—Pero qué dice. Esto lo ha mandado mi madre y es mío.

—¿Su madre es puta como usted? Las rojas solo siendo putas pueden conseguir ahora jamón en Madrid. Y en Ventas no queremos putas. Esto se queda aquí.

—Devuélvamelo, es mío.

—Váyase ya, a ver si se queda sin todo el paquete y sin comunicación.

—Es mío.

—Se lo dije, usted está siempre contestando. Un mes sin comunicación. Y ahora márchese. Alégrese de que no le cortamos el pelo.

Lo sintió por el jamón, y por las bragas, solo tenía unas, pero más por no poder comunicar, ahora que por fin el juicio era inminente. Pero no dijo más, se dio la vuelta y se fue. Entró en la celda hecha un mar de furia, era casi la hora del rancho. Cinco de sus compañeras estaban dentro, cosiendo. «¿Qué pasa?». Y se lo contó, pero cuando acabó se pusieron todas a reír. Como chiquillas. Una risa floja. El jamón se lo comería la Serafines. Y la Veneno y Victoria Úbeda. Las

carceleras. «Ojalá le reviente en el estómago a la nazi».

Estar sin comunicar estas semanas se le hizo un calvario. Llevaba casi un año metida en la cárcel de Ventas. Ahora, a la espera de juicio, quedarse sin poder ver a su familia hasta el día del tribunal la llenaba de inseguridad. Sus compañeras la animaban constantemente, «no os preocupéis, en los últimos tiempos apenas han fusilado mujeres».

Recuerda a la abuela Brígida, la pastora. No era tan mayor, tenía cincuenta y seis años. Era de un pueblo de cerca de Madrid y llevaba desde 1940 en Ventas. La sacaron en febrero. Junto con ocho hombres de Porlier. Ella no se lo esperaba, ni nadie ya. Vivía en Vallecas, tenía tres hijos que habían sido milicianos, uno de ellos ahora preso en el penal del Dueso, el otro desaparecido, el otro fusilado. La acusaron de quemar iglesias y de haberse puesto a pegar tiros contra un tren en el que viajaba un obispo. Sin una prueba, sin un testimonio que no fuera amañado. Ella estaba tranquila, daba vueltas por el patio y solo se acordaba de sus hijos, de la vida de antes de la guerra cuando ella iba a su pueblo y traía miel para vender en Madrid. Se fue al juicio arreglada por sus compañeras, que le colocaron una blusa nueva y un pañuelito. Al regresar de Las Salesas, la llevaron a la galería de penadas, nadie podía haberlo imaginado. Angustias pudo acercarse a ella por la ventana. Tenía la mirada hueca, como si nada pasara más con ella. «No te preocupes, le dijo, aquí tampoco hago nada ya. ¿Para qué sirve que me quede?».

Angustias acudió a Manoli, a la oficina de la cárcel: «Quizá puedas ver la sentencia de Brígida cuando llegue, ella está ahí como muerta ya». Y la sentencia llegó apenas unos días después, y antes de pasarla a la jefa de servicio, la leyó de cabo a rabo. Lo vio claro, querían una vez más dar un escarmiento. Fue directamente a ver a Brígida, con miedo como siempre de que la pillaran, para tratar de darle algún ánimo, para decirle que la sentencia ya había llegado, pero que habría que esperar la posible conmutación. Que ya no fusilaban a mujeres.

Tres días después, en la noche, la Serafines la llamó a gritos desde el pasillo. Ya estaba en la celda. «Manolita, venga ahora mismo». Se levantó del suelo donde estaba sentada y se dirigió hacia ella. «¿Qué pasa?». «Venga a la oficina». Y en la oficina estaba la orden de ejecución, Brígida tenía que entrar en capilla. Pasó el enterado a máquina sin saber bien lo que escribía y puso la fecha, 10 de febrero de 1943. Luego se lo tendió a la monja.

Ya no pudo verla. Solo supo que el cura llegó para darle la confesión y que ella simplemente dijo: «¿No es que me matan por quemar iglesias y pegar a curas? ¿Y quiere usted que me confiese?

Vaya usted con dios, señor cura. Yo ya estoy lista».

Salió sola hasta el furgón. A oscuras. En cada ventana de la cárcel, tras las rejas, se agolpaban las mujeres a las que no veía y que no la veían. Cuando se oyó el ruido de la cancela, empezaron a silbar, cada vez más fuerte, con las funcionarias gritando que se callaran, y con la abuela Brígida ausente dirigiéndose como autómata al furgón. Se mezclaron sin orden los gritos con los silbidos en una extraña ceremonia de despedida. Se oyó en medio cómo se cerraba la puerta del furgón, el ruido del motor, la cancela de la cárcel, y los silbidos se hicieron aullidos, alaridos, lamentos de dolor. En medio de la noche.

En su celda, luego, Manoli estaba apoyada en la pared, nadie dormía. Nadie hablaba tampoco. Todas esperaban, como muchas noches. Un rato después, un rato largo, un rato corto, se oyó el estruendo de la detonación. Un estruendo sostenido en el tiempo, como una traca de feria. Luego de nuevo el silencio y ahora sí, un tiro tras otro. Uno, dos, tres… hasta nueve. Aún no clareaba, en febrero amanece muy tarde. Un alba sucia. Siguieron despiertas la madrugada. Se daban calor, todas pegadas, en el silencio.

Hoy se acuerda de Brígida cuando se ve nerviosa. En el patio, en el rato que puede estar ahí, mirando las escasas nubes blancas, hace calor. Esa luz de junio, una luz que solo presagia buenas intenciones. Pero en tres días irá a juicio y quiere pensar y no pensar. Pensar en distraerse. Pensar en la ropa que se pondrá. Y ahora entiende mejor que vestirse decentemente para el juicio es para cada una algo más que un acto de dignidad, es una señal de supervivencia.

La noche antes del juicio. No llega luz a la galería. Lupe, Loli, Concha, Chelo, Maruja, María Luisa y ella misma. Siete mujeres que tienen que arreglarse para ir al tribunal. Que tienen que arreglarse por dentro y por fuera. Han hecho acopio de sus mejores galas, las pocas blusas claras que se mantienen en pie, unas faldas oscuras que da pena verlas y algunos adornitos. Manoli tiene veintitrés años recientes. Se arregla el pelo castaño abundante y se coloca un lazo blanco. Es un lazo que ha sacado de un paquete. Paquita le dice: «Pero mujer, ¿a qué ese lazo…?». Pero quiere ponerse un adorno en la cabeza, algo que denote que está en disposición. ¿En disposición de qué? En disposición de seguir peleando.

Los zapatos son más problemáticos. Solo tiene los suyos, ya muy destruidos, pero es alta, más que la media, una de las más altas, y nadie tiene número tan grande. No importa, le echan hollín de la cocina para que se vean bien negros. Los deja a la puerta de la celda y se esconde a ver si duerme. Todas la miran con buen ánimo.

Angustias, con su tono jocoso, propone hacer un concurso de chistes. Merche se queja: «Pero Manoli tiene que dormir…». «No podremos dormir de todos modos, vamos a jugar». Y empiezan con los chistes, se hartan de contener las risas para que el ruido no las delate y ya de madrugada caen rendidas en su *performance* imposible, en su puzle exacto que ocupa cada hueco.

Por el furgón cerrado ve Madrid. Apenas, por los resquicios. Van solas las siete mujeres desde Ventas a Las Salesas. Cuando ve Recoletos y la Biblioteca Nacional a lo lejos siente un ahogo de emoción. Momentáneo, intenso. El furgón para en la esquina de Las Salesas, junto a una entrada pequeña. Se abren las puertas y saltan a la calle rodeadas de policía armada. Cuando pisa el suelo mira a todos lados y hacia arriba, hacia el verde de los árboles cercanos.

Se adentran en los pasillos hasta llegar al rastrillo central. Está mal iluminado, con unas bombillitas miserables. Los presos ya están allí. No conoce a casi ninguno de ese expediente que en realidad no es el suyo. Los mira desde lejos, con la policía de por medio, tratando de distinguirlo. A Ángel, al hombre de la cárcel de Porlier que el partido le asignó desde que llegó a la DGS. En las misivas que lograban pasar de cárcel a cárcel escondidas en los paquetes él le había dicho que ya se conocían. Pero no conseguía imaginar de dónde. ¿De la guerra en Madrid? Pero había conocido a tanta gente… Con la escasa luz va fijando la mirada sonriente en las miradas sonrientes de ellos. Ve a Amilibia, el único vasco caído ahí fortuitamente, como ella. Él la saluda con la mano, moviéndola mucho. Ella apenas la levanta. Amilibia, que escribía tan bien.

Y a la derecha de Amilibia lo ve. Él la abraza con la mirada. Lo recuerda inmediatamente, el camarada vestido de falangista, al que entregó la multicopista. El que le dijo que se volverían a ver. Y aquí estaban, efectivamente. Aquí, no en un mundo nuevo, ni paseando como lo hicieron por las calles del barrio de Salamanca. No, aquí, a punto de que el tribunal militar los juzgue.

El oficial del juzgado aparece de pronto. «Ahora bajará el capitán Martín Fernández, su abogado defensor». Los pasa a una sala con sillas donde pueden sentarse, con dos policías armados a las puertas. Comienzan a hablar atropelladamente. Ángel se acerca a ella, la abraza, le dice a borbotones: «Estate tranquila, todo va a salir bien, te veo muy recuperada, ¿te han llamado muchas veces a diligencias? ¿Sabes tu petición fiscal? ¿Viene tu familia?». Lo observa divertida y se ríe. Es una metralleta. Se ríe y se asombra de su risa. El policía

manda callar, justo cuando el capitán Martín Fernández entra por la puerta:

—Buenos días. El juicio empezará en breve. Ustedes ya saben sus peticiones fiscales. Yo voy a pedir una rebaja. Pero el caso es muy grave, las consecuencias de sus actos son muy graves y es muy difícil para mí ayudarles. Hoy el tribunal verá la causa tal cual ha sido instruida. Luego esta tarde se retirará a deliberar. Quizá ustedes duerman aquí. Mañana por la mañana tendremos la sentencia y volverán a sus prisiones. ¿Alguna pregunta?

—¿Cuándo podremos intervenir? —dice Amilibia.

—Ustedes no tienen que intervenir nunca. Mañana, si el juez quiere, alguno podrá decir algo. Ahora, prepárense, bajarán rápido a llamarles. Encomiéndense al Altísimo.

La sala del tribunal es un espacio lóbrego y oscuro, mal amueblado y nada solemne. Había imaginado distinto el lugar, lleno de oropeles. Todo parece improvisado, hasta la colocación de las sillas. Apenas hay sitio, las familias se amontonan al fondo. Levanta la mano y saluda a su madre y a su hermana. A su prima Angelines. Sonríen. Como ella.

Observa a esos hombres. Los militares están sentados al frente, son cinco. A un lado están el defensor y el juez instructor, al único que conoce, Jesualdo de la Iglesia. Diminuto, con su barbita blanca de chivo, esos ojitos casi cerrados. El presidente comienza a hablar y abre la sesión. Son las diez de la mañana. Empieza diciendo sus nombres. Trata de retenerlos en su cabeza, pero no tardará en olvidarlos. Preside el comandante Marcos Lobato Castillo. Capitanes Carlos Rodríguez del Valle, Salvador Daguerre Vico, Avelino Larrocha López. El fiscal ponente, Ángel Baena Oria. Luego resuenan los nombres de los encausados, uno a uno, lentamente. Escucha el suyo como si fuera una espectadora lejana, como si no estuviera allí. Toma la palabra el ponente, que lee el informe del instructor como una voz monótona y vacía, como si estuviera trasmitiendo las notas de un almacén.

Mira a los militares, diferentes entre ellos, uno tan gordo y reluciente, el otro consumido, como Jesualdo, ausente tras sus gafas. Los uniformes les confieren un aire fantástico. Sabe que debe sentir miedo, pero le sobreviene una sensación cómica. Parece que estén representando una obra, como esas que veía en la Alianza de Intelectuales durante la guerra. Las parodias de los militares fascistas se parecen a los militares fascistas…

A su lado, sus compañeras miran también. ¿Qué piensan? Todas van arregladas, bien peinadas, vestidas con blusas claras, como si estuvieran en el cine. Por debajo, las faldas negras no se ven, ni los

zapatos. No han podido ponerse medias, no tienen. Ellos, al otro lado, van con trajes de chaqueta, algunos muy gastados, pero todos con corbata. ¿De dónde habrán sacado las corbatas? Casi todas son oscuras, color cieno, como de luto. Demasiado formales, ellos parecen estar en un funeral. Trata de escuchar las palabras del fiscal, esa monodia interminable, pero la mente se le escapa. Huye, y se ve en la Dehesa de la Villa, se oían los tiros porque el frente estaba al lado, pero daba igual, iban a los merenderos a tomar sangría y bailaban pasodobles. Nunca le gustó bailar. Mira a Ángel, con su pelo encanecido y su traje gris. Lo mira y él también la mira. Lo recuerda vestido con la camisa azul de la Falange el día que se conocieron. Ahora le parece un sueño.

Cuando acaba el fiscal, habla el abogado defensor. Se levanta, y, monocorde como una oración, repite casi de la misma manera los delitos y rebaja las penas, donde el fiscal pide pena de muerte, él solicita cadena perpetua. Acaba pidiendo al tribunal la ayuda de dios y aceptando comprensivo que la magnitud de las infracciones atenta contra la seguridad del Estado y contra el bien de España. Y se sienta, sin apenas mirar.

El fiscal solo hace dos o tres preguntas. A Ángel, a Amilibia, a Moisés. Ellos tratan de argumentar, pero el juez los acalla. El defensor se excusa de preguntar. Se produce entonces un silencio largo. El juez mira a su alrededor como si esperase algo más. Pero no espera nada, llama a la policía. «Conduzcan a los encausados a los calabozos, el juicio continuará mañana por la mañana». El tiempo ha pasado rápido, llevan ahí sentados cinco horas.

Salen por la puerta lateral con las cabezas vueltas hacia sus familias, que ahora vociferan, lanzan noticias, gritos de ánimo. Mira a su madre que la mira y le tira besos con las manos en la boca. De repente, ya está en el pasillo interior. Ya está, ya nada. Cuando bajan, encuentran en la habitación del fondo un montón de cajas y de hatillos de tela. Los agentes del juzgado han permitido a las familias dejar sus paquetes. Se quedan tan sorprendidos que ni hablan de lo ocurrido en el juicio, y cuando el auxiliar los va nombrando y entregando cada paquete, sonríen alborozados como niños. Ella recibe un gran saco de arpillera. Con cuidado, lo deposita en el suelo y lo abre. Dentro hay una cazuela, y en la cazuela arroz con pollo y verduras, abundante, algo increíble. Además hay unas galletitas, un pedazo de salchichón, dos latas de sardinas. Una fiesta gastronómica. Se queda tan asombrada que ni sabe dónde está y cuando Maruja, a su lado, viendo su propio paquete grita alborozada: «Muchachos, a

comer, vaya festín…», todos se vuelven como si realmente estuvieran en una reunión de amigos.

La voz del cabo los trae a la realidad. «Comerán cuando les digamos, ahora no es hora». Lo miran como si no lo hubieran escuchado, esperando que tras él los agentes del juzgado digan algo. El más mayor añade secamente: «En la tarde podrán estar juntos merendando en esa mesa».

Cuando se sienta de nuevo a la mesa y abre la cazuela, con una vaga sospecha en la cabeza, es ya la tarde. No hay casi luz, porque en el sótano la luz es solo la de la triste bujía. Nadie mira, el oficial está a la puerta vigilando de lejos. Con cuidado, mete la mano en la cazuela y busca, en el fondo aprecia una tapita, algo metálico que choca con sus dedos. Con mucha delicadeza lo mueve poco a poco y debajo siente la textura del cartón. Lo saca y le parece que son al menos tres o cuatro hojas. Tapándose como puede lo limpia sobre la propia cazuela y se lo mete bajo la falda. Luego tendrá que leerlo, hace tanto tiempo que no recibe carta de nadie que solo pensarlo la pone contenta. Arregla de nuevo la superficie de arroz y saca mientras tanto el chorizo y el pan. Entonces siente una mano sobre el hombro y se respinga.

—¡No te asustes! Soy yo.

—¡Qué susto! Pensé que era el cabo.

Se vuelve y encuentra su sonrisa. Ahora que se fija, lo ve mucho más delgado que cuando lo conoció en aquel café del barrio de Salamanca. Y con muchas más canas. ¿Dónde estará la multicopista, la habrá descubierto la policía?

Apenas escucha su conversación apacible. Él la mira divertido, consciente de que no le pone atención. «Por favor, escúchame, tengo algo que decirte. Y apenas hay tiempo. A ver… Tengo treinta y cinco años y soy viudo. Viví en Francia diecisiete años, hasta la guerra, y para mí ha resultado siempre complicado hacerme entender aquí por las mujeres, porque me educaron en París para hablar claro, por igual con todo el mundo. Soy tornero mecánico, y tenía además unos cuantos taxis en París con un amigo, nos iba muy bien. Ahora no sé qué habrá pasado con todo eso, es difícil tener noticias desde Porlier. En realidad, no me importa mucho. Estoy algo nervioso, pero desde aquella vez que nos conocimos cuando trajiste la multicopista sabía que volveríamos a encontrarnos. Por eso, cuando supe que estabas detenida pedí ser tu contacto entre cárceles. Yo no sé si nos van a matar o no, pero si es que no, a mí me parece que todo esto acabará pronto. Esta vez sí ganaremos la guerra en Europa y Franco tiene sus

días contados, estoy seguro. Me miras con dudas, ¿no lo crees? Estoy seguro. Lo que no sé es si estaremos vivos, sobre todo yo, cada día hay sacas desde todos los penales, no paran de fusilar, y eso que ya han pasado cuatro años desde que acabó la guerra. Bueno, pero si me matan será pronto. La cosa es que si permanecemos me gustaría seguir viéndote, me gustaría que pudiéramos ser compañeros. Es cierto que apenas hemos hablado, salvo por las notas que nos mandamos. Pero ¿tú no tienes compañero, no? El caso es que a estas alturas no está la cosa para andarse con contemplaciones. Para mí el partido está por delante de todo, y yo creo que al final todo renacerá. No es que lo crea, estoy convencido. El ejército soviético está parando a los nazis, y al final los aliados tendrán que ceder y harán lo que no hicieron durante la guerra, defender la democracia. Hasta los monárquicos. Pero el caso es que solo nos quedan unas horas juntos, o menos, no sé. Y quería preguntarte qué te parece lo que te propongo. Al menos escribirnos de cárcel a cárcel, y así nos vamos conociendo, y cuando salgamos, que será pronto, pues ya sabemos quiénes somos y lo que queremos. Claro que, como te digo, a ti no te van a condenar a pena de muerte, pero a mí seguramente sí. Es verdad que este expediente ha ido muy lento, a los camaradas del sumario vasco, ya ves, casi todos fusilados. Casi todos no, pero los hombres sí. No te van a condenar a muerte, te lo digo. Pero bueno, si a mí me condenan a muerte y no me la conmutan, pues aquí no ha pasado nada. Como se dice en Francia, *la vie continue et nous sommes la vie*. Seguro que tú saldrías pronto, y harás tu vida, por mí no te preocupes, que todo irá bien luego y ya está. Pero mientras tanto podríamos escribirnos y tal. Claro, para escribirnos legalmente tendríamos que decir que estamos casados, a ver qué pasa. Porque así podemos aprovechar la correspondencia permitida, además de nuestros canales. No sé qué te parece. Hoy es todavía 5 de junio, nos queda un rato esta noche mientras nos dejen aquí. Nos dejarán un buen rato, pues hay algún viejo contacto involucrado, de esa gente que nos ha ayudado desde el principio, y van a hacer la vista gorda. Un rato, claro, luego nos llevarán al calabozo y se acabó. Pero no sé, quiero que lo pienses, quiero que lo pienses con cariño. Yo ya lo tenía pensado, claro, no creas que se me ha ocurrido de repente. ¿Tú no lo habías pensado? Se lo iba a haber comentado a Amilibia, pero me ha parecido poco cortés sin decírtelo antes. Tampoco te lo iba a mandar escrito. Pero sí que él me habló muy bien de ti, que pareces mucho mayor de lo que eres, que tienes mucho carácter y que eres muy inteligente. Lo importante es seguir, que sigamos como podamos. Si aún nos quedan algunos

meses presos, pues seguir, y luego seguir en la calle, cuando consigamos de nuevo la libertad y la democracia. Uy, qué nervioso me he puesto, no he parado de hablar, no te he dejado decir ni una palabra. ¿Me prometes que te lo vas a pensar? ¿Qué piensas? No me mires así, dime algo. Piensa que hoy es nuestro juicio, quién nos iba a decir que íbamos a estar en el mismo expediente. Es más que una casualidad. ¿Qué me dices?».

A lo largo de los años, cuando ella recuerda la escena, siempre se siente absurda. Ese hombre le lanza un largo monólogo desde su posición de camarada maduro, o de hombre exótico, o desde el miedo, o desde la simpatía. ¿Desde dónde le lanzó semejante discurso? Allí en medio, entre los paquetes a medio abrir, con toda la gente pululando alrededor, con los agentes vigilando cada paso. Al recordarlo, tiene la sensación de que cuando él empezó a hablar era de día y cuando acabó estaba anocheciendo. En aquel sótano sin luz y sin relojes. Deja entrar sus palabras en ella, sin sorpresa, sin contención, sin sentido. Se le viene la muerte a la cabeza por primera vez. Ese hombre le pide poco menos que matrimonio y ella de repente es consciente, completamente consciente, de que quizá no saldrán vivos.

Recordó para siempre la conversación sin invocar sus palabras. Solo su paciente escucha y la verborrea incansable de él. No contestó nada, nada que no fueran gestos. Sin embargo, salió de allí sabiendo que cuando todo acabara, si acababa, él la esperaría en la puerta para irse a vivir juntos. Y que eso no podría ser a mucho tardar. O pronto. O nunca.

Cuando él acaba de hablar, Maruja y Félix el Bolita se dirigen hacia ellos y los sacan de su crisálida. «¿Pero a qué hora se cena aquí, que estáis alelados, de qué habláis?». Y rápidamente los cuatro se pusieron a ordenar las cosas en la mesa para poder comer. Como si la conversación no hubiera ocurrido, o como si hubiera sido algo completamente banal. La vida se había dado la vuelta ese 5 de junio, con una sentencia en ciernes.

El cabo trae cucharas de madera. Sentados alrededor de la mesa, comienzan a comer y a reír. Los cuerpos cimbreantes, como relojes de arena, estrechos en medio pero llenos por arriba y por debajo de granitos que parece que se derraman de un lado a otro. Y luego se dan vuelta. Ahora se ríen como si no hubiera mañana, porque no hay mañana.

Moisés habla con tono amargo. «Parece que no habéis escuchado las solicitudes del fiscal. Nos quieren machacar». Hay un silencio. Se

quedan quietos. «Sobre eso no hay qué podamos hacer. Pero lo que yo tengo es hambre. Hambre de años. No voy a lamerme mis heridas con el estómago vacío». El movimiento de las manos se reanuda. Todavía en silencio. Pero las voces van ganando terreno. Miran la comida y se miran a sí mismos comer. Las bocas mastican. Mastican. Con los dos únicos vasos de metal brindan por turnos y se beben el vino malo. Se derrama. Se salpican. Humedecen los dedos en el vino caído y se lo llevan a las frentes. «Alegría».

Si hubiera constancia de la cena… Una foto, un retrato. Una filmación. Luego abundarán los carboncillos como imágenes de última voluntad. Ahora no queda nada. Solo comen. «Cuando salgamos…». La frase acaba ahí. Nadie sigue. Pero nadie cae. Adrenalina servida en la comida. No se aprovecha cada minuto como si fuera el último. Nadie indaga en la angustia. Parece una extraña cena de amigos. Se sigue el tiempo que se escapa. Los ojos abiertos parecen cerrados. Las risas. Siempre esas risas. «Hay que disfrutar de la vida». La voz de Amilibia, grave, se eleva sobre las otras. «Hay que disfrutar». «Pero mira qué panorama…». «A lo hecho, pecho. Esto irá a mejor». Casi parece una letanía. Siguen comiendo.

Los llevan a los calabozos para dormir. Ella entra la última en el de las mujeres. El sitio está tan sombrío que las caras de todas ellas brillan como máscaras iluminadas mientras la oscuridad se traga sus cuerpos. Se tumban en los jergones y callan. Están llenas de emoción, de una alegría extraña, pero a medida que la penumbra avanza en la noche aparecen otras sensaciones. Miedo. O no, quizá zozobra, falta de control. Chelo, tan grande como es, le coge la mano y le susurra. «¿Qué crees que pasará? ¿Qué pasará mañana?». Manoli sonríe, a sabiendas de que nadie puede verlo y trata de no pensar, pero sobre todo vuelve a ella ese sentimiento reconocible de cada noche de su infancia, un sentimiento de orfandad. No sé qué pasará mañana, tampoco sé si merecía la pena. Los ojos de todas van cerrándose en un duermevela dispuesto a no acabar. Saben que la luz no llegará en ese agujero, lo que vendrá será la voz cortante del cabo de guardia.

El secretario del juzgado les dice que se pongan en pie. Se levantan poco a poco, se miran con desgana. «En la plaza de Madrid, a 5 de junio de 1943, reunido el consejo de guerra número 2 para ver y fallar el sumarísimo ordinario número 111 601, seguido contra los procesados y resultando probados que los hechos que se declaran contra Manuela del Arco Palacios revisten las características de un delito contra la seguridad del Estado definido en la Ley de 29 de

marzo de 1941, en su capítulo 31 capítulo 1.º, con los agravantes de peligrosidad y trascendencia, de cuyo delito aparece responsable la procesada en concepto de autor por su voluntaria y directa participación, fallamos que debemos condenar y condenamos a la procesada como autora de un delito contra la seguridad interior del Estado a la pena de muerte…».Y así hasta nueve penas de muerte de los veintidós encausados. Cinco mujeres y cuatro hombres. La lectura es rápida, todas siguen de pie, como si estuvieran de nuevo observando el ensayo de una pieza de teatro. El juez da las gracias al secretario y, dirigiéndose a los encausados, pregunta si alguno quiere tomar la palabra. Amilibia hace un gesto breve como de levantar la mano y comienza a hablar en tono muy alto: «Este tribunal es ilegal, no tiene ningún derecho a efectuar este juicio, todo esto es una pantomima, no acepto ninguna de las acusaciones por las que se me condena…». Pero el policía, a instancias de un simple gesto del juez, se dirige a él para que se calle. Amilibia trata de seguir y el policía le encañona y lo sienta. Se levanta entonces Moisés. «Sea como sea, nosotros tenemos la razón de la libertad…». El otro guardia lo coge por detrás y lo calla. Los militares apenas se revuelven. Miran hacia su presidente. Con paciencia.

El juez se levanta, se atusa el uniforme militar y ordena el desalojo. El juicio ha terminado. Las familias hablan desde atrás. Gritos de ánimo. Los condenados, ahora sí, salen en orden por la puerta de nuevo hacia el sótano. Tienen que recoger sus cosas de los calabozos y volver hacia las cárceles. Cuando llegan abajo, el impulso de abrazarse se hace imperioso, pero rodeados de policías parece una indiscreción, una debilidad, una humillación. En el pasillo se toman todos de las manos, sin decirse nada, sin apenas rozarse, mirándose como si todo estuviera acabado ya. Manoli mira a los que tenían una condena reducida, colocados en segunda fila, como avergonzados de su buena suerte, de que irán por largos años a la cárcel, pero continuarán vivos. También el practicante, el supuesto delator, que apenas había cruzado con ella palabra durante la tarde y que ahora, desde su lado, trata de recomponer su chaqueta y ajustarse los zapatos. El practicante, también con pena de muerte. Ella lo contempla por primera vez, sin que él se permita devolverle la mirada.

Ángel la mira desde el otro extremo. La mira y le sonríe, y le hace un gesto de confianza, y luego una mueca cómica. Ella entonces vuelve a reírse, y Maruja, Chelo, Lupe, la observan primero asombradas, para reírse luego también. «Chicas, recojamos, hay un montón de comida que ha sobrado y tenemos que llevar a la cárcel.

Chicas, vamos».

Hay un solo coche celular. Se suben todos. Ángel se sienta junto a ella y la toma por el brazo. «No pasa nada». «¿Nada?». «No, ahora nos conmutarán la pena. Ya verás. Y saldremos pronto».

En el furgón cerrado se meten los ruidos de la ciudad, cláxones y voces, y también los olores, y briznas de luz entre las rendijas. Pero apenas queda tiempo. El tiempo se ahoga para ellos, que parecen inmersos en una jugada eterna. El camión avanza a empellones, y de repente no saben qué decirse. ¿Es una despedida? ¿Cómo vamos a decirnos adiós? Cuando el vehículo para y se oye el ruido de la cancela de Ventas, Ángel la abraza:

—Dime algo —le dice él.

—¿Qué te voy a decir? No sé qué decir.

—No pierdas el ánimo.

—No lo perderé. Ni tú tampoco.

—Manoli, nos veremos pronto, muy pronto, antes de lo que te crees. Haremos grandes cosas juntos. No habrá que esperar mucho. La libertad llegará y nos encontrará.

—Eso espero. Sí. Lo espero. No desistir.

—Sí. No desistir. Ya sabes. —Ángel se calla y mira al suelo. Y en tono bajo sigue, como avergonzado—. Es hielo abrasador, es fuego helado, es herida que duele y no se siente.

Quevedo, piensa ella mientras se baja. Quevedo. Sonríe entre enternecida y jocosa. Y la puerta se cierra tras de sí. Se vuelve hacia atrás mientras el camión da la vuelta. Mueve la mano para despedirse sabiendo que nadie la verá, y mira hacia arriba, hacia el cielo, hacia el sol, el sol que le ilumina la cara. Todo luz, la luz del día, la luz de la calle, la luz frente a la penumbra. Nos veremos pronto, nos veremos pronto, nos veremos pronto. Se ríe sola. No puede evitarlo. Mirando a la monja que la mira.

La Serafines va directa. «Todas ustedes a la galería de penadas, luego yo les llevaré las cosas de su celda. No pueden comunicar con ninguna de las otras presas. Que dios se apiade de ustedes. Andando».

Sótano de penadas. Un cuarterón con ventanas enrejadas en las partes altas. Por una puerta se sale a un patio abandonado. Todo aislado. Apartadas del resto de la reclusión, ellas solas ahí, dejando pasar el tiempo. Sin derecho a paquetes, con comunicación muy limitada con el exterior, sin saber qué pasa más allá de ese recinto, sin

saber qué pasa en la calle. Sin saber, sin saber.

Es 6 de junio. En la galería no están solas, allí encuentran a Paquita y a Gertrudis, las de Albacete, que habían sido condenadas a muerte sin comérselo ni bebérselo, solo por ser enlaces de correo. Paquita, siempre de buen humor, siempre riendo. Maltrecha, ríe. Se acuerda de su madre, que llegó a verla la primera vez con un botijo, por si no tenía agua. Y agua es casi lo único que tienen, sin paquetes de fuera solo les dan rancho, ese líquido maloliente con cuatro lentejas. A medida que los días pasan, sin más posibilidad que mirar las paredes y salir al patio dos ratitos, con el calor extremo del verano madrileño, lo único que tienen ya es hambre.

Hambre. De repente, el hambre pasa a ser el foco principal. Tras la noche llega el día y siguen teniendo hambre. Exigen a las funcionarias más rancho, algo de pan, algo de algo. Sus compañeras inventan tretas infinitas para irles metiendo comida. A través de una funcionaria a la que compran con sus escasos recursos, o cuando salen al patio o trasladando a través de las rejas paquetes con alguna cosilla. A riesgo de castigo y corte de pelo al cero, Angustias, o Joseamalia, o Nieves atraviesan la puerta de enfermería cuando está poco vigilada, saltan luego un portillo y llegan al patio de penadas. Así entran cartas, informaciones, paños higiénicos, comida.

Todo es a media luz en el sótano. Por eso cada día hay un dolor como de estómago al despertarse. No solo es hambre. Tiene que tragar saliva y no pensar. Pensar solo en respirar. A respirar se aprende. Como en los calabozos de Gobernación. Respirar. Ducharse. Peinarse con los dedos. Atusarse la falda. No llorar. No gritar. Hacer que el día avance respirando. Esperar a mañana.

Huele a acetona. En el sótano huele a acetona, a fruta podrida. A algo turbio que se te mete en la nariz y no te deja. Te envuelve todo el tiempo. A cloaca también, a agua ponzoñosa. A mierda. Un olor tenue pero constante. Manoli se va poniendo amarilla. La ictericia ha llegado, la monja le permite salir al patio para que le dé más el sol. Una luz intensa de agosto llena todo, impregna la piel, la pobre ropa, los brazos desnudos, las piernas al aire. La luz cálida se toma su cuerpo y la transporta, la mece en un mundo de silencios cómplices. El sol cierra los ojos y permite luego traspasar tras los párpados imágenes de sueño. Volver a la vida, expuesta sin filtros al calor, amarilla, frente a un mundo de sombras.

Cada día ese rato sin vigilancia es la gran oportunidad, es el momento. Alguna compañera se pone al otro lado del murete y pueden hablar y, con suerte, mover pequeños paquetillos con una

cuerda. Con cuidado. La cosa era seguir estando amarilla para poder salir.

—¿Con quién habla?

—Con nadie, estoy recitando poemas para pasar el rato.

—Cree que soy tonta, ¿con quién habla?

—Ya le he dicho que con nadie. Estoy recitando para mí misma, para pasar el rato.

—Se va a enterar.

Las funcionarias arman un dispositivo. Angustias, que está al otro lado, logra esconderse en una celda de la galería de mujeres ancianas, cubierta por telas y petates, mientras las funcionarias buscan a la infractora. Manoli, en tanto, permanece quieta en su patio esperando. Si hubiera creído, habría rezado para que no descubrieran nada. Pero no cree.

Al rato, vuelve la monja Serafines. No está sola, va con una funcionaria, Victoria Úbeda. «Diga lo que diga, estaba en contacto con alguien al otro lado». «Se equivoca, hermana».

—Cállese. Merece un castigo, o me dice quién era o la pelo al cero.

Rapadas al cero, muertas en vida. Nada peor.

—Le digo que estaba hablando para mí misma. Estaba recitando. Usted se inventa la situación.

—He dicho que se calle, entre y veremos.

—De aquí no me muevo, quiero ver a la directora.

—¡Entre!

Del resto de mujeres penadas un grito sordo empieza a crecer. Algo parecido al ulular de un búho. Sin parar, el «uuuuuh» de las mujeres se hace más alto. Y de repente se extiende por el resto de galerías, primero por la enfermería, donde están las más afectadas y algunas mujeres recién paridas, y después por el resto de la prisión. Un agudo sonido que parece salido del vientre de la cárcel.

—¡Cállense! ¡Cállense todas! ¡Entre de una vez o va a ser peor!

—Que venga la directora. No me muevo.

Empiezan a forcejear. No pueden con su fuerza, no es fácil. El grito de la cárcel se hace incontenible, las funcionarias se miran inquietas y la Veneno se va hacia Dirección. A los pocos minutos, María Irigaray, la directora, con su tono suavón y sus andares de princesa aparece en el patio. Una escena de sainete. Dulcemente, pide tranquilidad:

—Que no haya nervios. Manolita, díganos quién fue y asunto terminado. No pasa nada. Usted es una mujer leída y razonable, no sea necia.

—No había nadie aquí, estaba hablando sola, estaba recitando un

poema.

—No sea tozuda, será peor para todas. Diga a sus compañeras que se callen. Haré una nota a su expediente si no colabora, y está usted casi en capilla.

—No tengo nada que decir.

—Pida perdón por lo menos, arrodíllese.

—¿Qué dice? ¿Arrodillarme yo? ¿Por qué? No he hecho nada. La hermana Serafines lo está inventando. Yo estaba recitando una poesía.

—¡Basta ya!

—Eso digo yo.

—¿Recitando una poesía? Pero qué majadería. A ver, si es verdad, póngase a recitar, que yo la escuche.

Se hace el silencio, poco a poco el «uuuuuh» de las mujeres se interrumpe. Manoli piensa. «Es mi turno, que me salga la voz. Respira».

¡Ay mísero de mí, ay infelice! Apurar, cielos, pretendo. Ya que me tratáis así, qué delito cometí contra vosotros naciendo. Aunque si nací, ya entiendo qué delito he cometido; bastante causa ha tenido vuestra justicia y rigor. Pues el delito mayor del hombre es haber nacido. Solo quisiera saber para apurar mis desvelos dejando a una parte, cielos, el delito del nacer, ¿qué más os pude ofender, para castigarme más? ¿No nacieron los demás? Pues si los demás nacieron, ¿qué privilegios tuvieron que yo no gocé jamás? ¿Y teniendo yo más vida, tengo menos libertad?

El tono de la voz sube con cada verso, con cada estrofa. Su voz trepidante, acabando a grito pelado en el vacío mudo del patio, de todos los patios, de todas las mujeres asomadas a las ventanas de las galerías desde las que nada ven, pero desde las que escuchan. Como una corriente eléctrica, el grito final da paso a un silencio pétreo, denso, un silencio con la voz dentro. Y luego, de nuevo, el «uuuuuuh» de las mujeres, como la respuesta desde la nada. Un grito tan sonoro que atraviesa los muros hacia la calle.

Cuando reacciona la directora es ya tarde para ella. «Pero ¿qué ha recitado usted?». *La vida es sueño*, señora, bien lo sabe. Calderón».

Lo sabría o no, pero la deja muda. Rabiosa, pero muda.

—Se está usted jugando la…. Se está usted jugando la…

—¿La qué? ¿La vida? ¿Recitando a Calderón de la Barca?

—Entre y cállese. Dos días sin comer. Y nada de salir al patio, aunque se ponga amarilla como un limón. Se acabó esto.

Sonríe para dentro mientras entra, entre las miradas excitadas en las caras impasibles de sus compañeras penadas. ¿Se juega la vida? Ya

no era tiempo de jugarse nada, el juego estaba echado.

Lo que sí se juega son las pobres lentejas. Al día siguiente, la presa común encargada de meter el rancho logra darles dos huevos duros. Y al otro día dos trozos de pan. La vida es sueño, sueño de comida. Viven soñando comer.

El 8 de septiembre la dirección decide hacer una misa especial con procesión. Por la virgen. Las penadas a muerte ni piensan en la posibilidad de no ir, es una oportunidad para ver a las demás, para salir simplemente al patio exterior, para mirar otras caras. Quizá para que les puedan dar algunas cartas.

Hace mucho calor en septiembre de 1943. La tremenda sequía, meses sin llover. Las mujeres se van agolpando en el patio grande, a un lado del edificio. Las condenadas a muerte salen las últimas por el rastrillo del primer piso. Desde esa plataforma en alto, Manoli mira hacia abajo. Cuando ve aquel espectáculo de mujeres depauperadas alrededor de una virgen de yeso, piensa en llorar. Pero otra vez le da la risa. Parece un carnaval, una fiesta macabra, las monjas con esas tocas, alas de ave rapaz, y las funcionarias como cuervos negros, alrededor de la figura coloreada de la santa. Cada una de ellas con un cirio y el cura delante con el sahumerio. Con un sol de justicia, el sacerdote va sudando como un pollo, gordo como un tonel, dando giros al incensario y gritando lamentos en latín.

En torno empieza a ver las caras conocidas de sus amigas. La primera, Angustias, con el pelo casi cortado al cero. A ella sí se lo cortaron. Ceci, Pili, Elvirita, Toñi, todas con cara de no estar allí, mucho más delgadas, mal vestidas pero muy enhiestas. Murmurando un berrido sordo con los labios cada vez que el cura dice *ora pro nobis*. Si pudiera filmarse, resultaría un retrato tragicómico. «Pero mira, hay un fotógrafo tomando secuencias». «Está loca la directora, queriendo hacer esto, parece una pintura negra».

Bajan y se mezclan. Levemente se tocan unas a otras, se acarician, como si no pasara nada, y se miran con esa mirada intensa que no les mueve las facciones de la cara, una mirada de complicidad que echa fuego. Dan vueltas a la cárcel, como una plaza de toros, mientras tras el *ora pro nobis* se musitan las noticias. Parece que os van a conmutar. Los aliados han entrado en Sicilia. Tu madre ha mandado una carta, ahora te la dará Joseamalia. Se ha muerto la hija de Asun en la enfermería. La directora está borracha todo el día, mira qué cara tiene. Ángel te ha escrito por lo menos tres notas, está en la galería de penados de Porlier, pero pasó unos días por la enfermería en Yeserías

porque estaba con colitis, pero ya está bien. Los soviéticos han liberado Jarkov, no paran de avanzar. Dicen que los aliados, cuando avancen, van a desembarcar en Valencia y tomar todo el país en un santiamén. Van a trasladar a Nicolasa a Saturrarán. Hemos conseguido unos albaricoques, a ver cómo os los metemos. ¿Podéis coser ahí dentro, os dejan? No os preocupéis, esto pronto se va a acabar, pronto se va a acabar, pronto se va a acabar…

El silencio se asienta con los días. Al final, es el peor enemigo, cuando todas callan, las cabezas empiezan a dar vueltas y las miradas se enmarañan. Solas y aisladas, las penadas solo esperan, y el final de la espera puede ser la conmutación. O el paredón. No pueden dejar que el silencio las destruya e inventan sus propias tretas. Manoli, que sabe un montón de poemas clásicos, decide recitar pausadamente para que las demás también los memoricen y luego construir una puesta en escena a varias voces. Santa Teresa aparece en escena, pero sus versos son muy tristes. Encuentran poemas satíricos, y con Sisebuto y Berenguela consiguen actuar y no paran de reír. La Veneno las observa furiosa, pero calla. La hermana Serafines es más astuta.

Once de la noche. Las penadas duermen en sus petates. Oscuridad total. De repente se abre la cancela con un jolgorio de ruidos metálicos. Todas se despiertan y la angustia llega. En medio de los cuerpos aparece la Serafines: «Manolita, recoja su petate y salga inmediatamente. Rápido». Una voz mineral rompiendo el silencio. Manoli se levanta, se pone la falda y se ajusta los zapatos. Todas la rodean y la abrazan, Paqui llora desconsolada agarrada a su brazo, todas musitan palabras que no se escuchan. «Rápido, es para hoy», dice la monja. «Avisad a mi madre, que ella avise al resto de la familia. No cedáis. Ya sabíamos que esto podía pasar». Manoli, Manoli… Y se abrazan fuerte, muy fuerte. No quieren llorar y no lloran, salvo Paqui, que sigue hipando diciendo hijos de puta, hijos de puta.

Sale al pasillo y sigue a la monja hacia la puerta. Le extraña que el capellán no haya llegado, pero se imagina que la estará esperando en la capilla. Al llegar a la puerta, la Serafines se para y le dice con su voz más amable: «Perdone que la haya molestado a estas horas, pero como usted estaba en la oficina antes de la condena… Es que no sabemos dónde ha colocado el libro de cuentas del economato».

—¿Cómo dice, hermana?

—Que no sabemos dónde ha colocado el libro de cuentas del economato.

—¿Para eso me despierta a estas horas?

—Es urgente, hija.

—Hermana, hace más de dos meses que estoy aquí metida, no tengo idea de dónde puede estar ese libro, antes estaba sobre la mesa de la administradora.

—Ah, pues lo habremos buscado mal. Siento haberla despertado, vuelva a su sitio, gracias.

En la penumbra de la luz del pasillo, difícilmente la monja puede ver la expresión de Manoli. Ella hace un esfuerzo enorme por no traslucir ninguna emoción, se da la vuelta y se dirige en la penumbra hacia su lugar. Todas sus compañeras están asomadas en lo oscuro, intuye con su mirada sus caras.

—¿Qué ha pasado?

—Esta sinvergüenza ha llegado para darme miedo, para darnos miedo.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Que dice que no encuentra un libro de cuentas y que si yo sé cómo localizarlo.

—¿A las once de la noche, a la hora de las sacas?

Y ahora se vuelven a abrazar y estallan los nervios. Ahora sí estallan, casi imperceptibles. Lloran todas, lloran de alegría, lloran de miedo, lloran por saberse tan vulnerables, tan lejos de controlar la realidad. Lloran porque son unas penadas a muerte esperando su condena. Lloran, pero nadie las oye. Lentamente, Manoli se quita la falda y los zapatos y vuelven a tenderse en el suelo sobre sus petates. Ya no pueden dormir más en toda la noche, heridas de algo nuevo, heridas de muerte.

Cuando amanece, todas están agotadas. Pero la luz de septiembre hace milagros. Llega la presa común encargada del rancho de la mañana y les pasa una nota. Toda la cárcel se ha enterado del episodio. La nota para Manolita lleva la caligrafía de Joseamalia: «No te hiere lo que no te alcanza. Muchos besos». Y ya está. Pero sí está herida, está indefensa, sabe que volverá a pasar, pero ¿y si un día no es una treta de la monja y realmente se confirma la pena? Eso, que estaba ahí como algo viscoso e informe, es de repente una posibilidad concreta. Tanto pensar en poemas en los últimos días y se acuerda de la fábula del pastorcillo y el lobo. ¿Y si llega el lobo?

La Serafines decide seguir con su treta y cada tres o cuatro días llega a las once, cada vez con más algarabía de cerrojos y de pasos, y se encuentra al llegar a Manoli levantada y vestida, que simplemente le dice con voz de esparto: «¿Y hoy qué acontece?». «Recoja sus cosas

y acompáñeme». Y al final, siempre: «Disculpe, Manolita, la oficina está muy desordenada, por eso no encontramos nada». Cuando regresa a su celda, todas están despiertas y se tranquilizan sin más, y a veces se ríen incluso de las ocurrencias cada vez más disparatadas de la monja. Se ríen, porque la risa es el mejor antídoto contra el miedo.

No hay nada que hacer, salvo esperar. Y matar el tiempo del hambre recitando a Espronceda. Hasta aborrecer a Espronceda.

El 18 de octubre la luz se apaga como cada día. Casi a las doce, con todas en el duermevela de cada noche, el ruido se acerca y la cancela se abre. Esta vez la Serafines no llega sola. Escuchan voces distintas y el taconeo de muchos zapatos. Se yerguen sobre el suelo y se observan en la total oscuridad. Los cuerpos como piedras, rígidos. ¿Quiénes serán? Los tacones se acercan y la luz se enciende en el pasillo, tras la puerta del sótano. Por debajo y a los lados de la cancela penetra una mortecina fosforescencia, un halo que, ahora sí, devuelve sus siluetas de las sombras. El ruido de los tacones se acrecienta de tal manera que parece un estruendo. Como autómatas, se levantan y se ponen las faldas, todas, sin saber cuáles de ellas saldrán por las puertas, cuáles no volverán. Paqui coge la mano a Manoli y se la aprieta, de repente todas están agarradas entre sí como en un corro mientras escuchan el sonido del cerrojo y las voces ya sobre ellas.

Cuando la puerta se abre y la luz las ilumina, cada una está de pie, desasida, con los brazos cruzados. Miran hacia fuera, descalzas, enhiestas. Si alguien pudiera fotografiar la escena y centrarse en las miradas, encontraría en el lugar de los ojos oquedades negras.

María Irigaray, la directora, las mira y sonríe. A su lado, la Serafines está muy seria. La directora abre la boca y la cierra de nuevo, como si las palabras se le hubieran encallado en la laringe. La voz, al fin, le sale áspera y seca: «Ha llegado un telegrama de los tribunales. Acaba de llegar. Se lo leo: Estimado señor juez… como capitán general de la primera región militar tengo a bien comunicarle que…». Y se calla. Las mira antes de continuar, en un silencio que solo rompe la respiración agitada de la monja que la acompaña.

Prosigue más lentamente. «A bien comunicarle que, de acuerdo a la notificación ofrecida por el excelentísimo auditor de nuestro ejército, don Ignacio Cuervo-Arango y González Carvajal, el jefe del Estado ha conmutado la pena de muerte a los encausados en el expediente 111 601 Guadalupe Jiménez Calvo, Dolores García Hernández, Consuelo García García, María Postigo Santos, Luisa Díaz Canellada y Manuela del Arco Palacios, por las condenas inferiores de

treinta años de prisión mayor».

—Esto es todo, señoritas. Mañana por la mañana, que ya es martes, les entregaremos el enterado para que lo firmen. Como ya es casi de madrugada, hoy dormirán aquí y mañana las trasladaremos a sus nuevas galerías. Den gracias a dios por la compasión del generalísimo.

No ha habido ni un murmullo. Solo al final se oye un lamento largo de la monja Serafines y, por detrás, muy quedo, el ruido de las mujeres que se mueven y se rozan. Pero no sale ni una sonrisa, ni una mueca, ni un gesto perceptible de ninguna cara. Solo Maruja ha ladeado la cabeza, como tratando de mirar el hueco tras las figuras en la puerta, el hueco oscuro donde no hay nadie.

—Acuéstense. A las 8 de la mañana haremos el traslado.

La cancela se cierra de nuevo. El ruido de los tacones y el murmullo de las voces de las funcionarias se alejan, la luz del pasillo se apaga y la penumbra se adueña de todo una vez más. La noche. Ellas siguen paradas, quietas, sin decir nada, agarradas de nuevo de las manos. Cuando el último cerrojo se escucha, por fin se abrazan, se abrazan como en una piña, y las lágrimas se desbordan en alguna de ellas, pero lentamente, mojando las caras de todas como si fuera una brisa. Seis mujeres han vuelto a la vida. Otras tantas, las de Albacete, las de Extremadura, continuarán en la galería de penadas. Se mezcla el alivio con la pena, la alegría de vivir con algo viscoso parecido a la culpa.

Se sientan en el suelo y se ríen de nuevo. Se ríen y recitan a Espronceda. «Yo me duermo sosegado arrullado por el mar». Pero no pueden dormir, están excitadas y están hambrientas, como siempre. Y ese terrible sentimiento encontrado, ¿cómo explicarlo? Paquita se apoya en la pared que da al pasillo. Manoli está a su lado mirando la sombra.

Me siento tan aliviada porque te vas, porque no te van a matar, porque podrás comunicar con tu madre pronto, porque recibirás carta de Ángel y seguirás hablando con él, porque la libertad llegará, y porque podrás comer algo mejor que los paquetes que recibimos. No te preocupes por mí, estaré bien, también nosotras tendremos suerte y nos conmutarán. Ve tranquila, yo estoy bien.

Ay, ahora me siento tan frustrada. Me voy, sí, y veré a mi madre algún día en el locutorio, y veré a las otras, y se abrirán las cancelas, y voy a vivir. En realidad nunca pensé que iba a morir, me resultaba tan difícil conformarme. Pero vosotras… ay, lleváis aquí ya cinco meses y no pasa nada. Y ahora os quedáis más solas. Es tan raro esto que tengo. ¿Qué os va a pasar, qué nos va a pasar?

Pero ninguno de estos pensamientos sale de sus bocas. Solo silencio. Manoli, al fin, dice: «Seguid practicando con los poemas de Espronceda, y con los de Góngora, y los de Quevedo, y el de Sisebuto. Así cuando os conmuten haremos un espectáculo en el váter para las demás. No se os olvide». Y mira a Paqui sonriendo con una mueca que es un rictus, y Paqui le acaricia la barbilla. «Claro que sí».

Paqui se quita el reloj de la muñeca. «Llévatelo». «Pero ¿qué dices, loca? Es tuyo y lo necesitarás. No seas boba». «Que te lo lleves. Es lo único que conservo de aquella vida. Quiero que lo tengas. Por si acaso…». «¿Por si acaso, qué? Que no». Paquita agarra con fuerza su mano y se lo pone ahí. «Por favor, es un regalo». En la oscuridad, lo mira. Agujas. Le inquietan las agujas. Dolor. Muerte. Parece que giran en esas dimensiones. Se alarma y se lo pone en la muñeca. «Lo guardaré para ti».

Al cabo de un rato, cuando se supone el alba y un reflejo diminuto entra tras la puerta de la galería, oyen las detonaciones. Un estruendo que llega en sordina, el estruendo conocido de los fusilamientos en las vallas del cementerio del Este. Se levantan de una vez para escuchar los tiros de gracia. Los van contando, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. Y de nuevo el silencio. Ya hay más luz. Ya se pueden mirar. Y en donde están los ojos aparecen de nuevo vacíos.

Manoli se agarra a Paqui. ¿Quiénes son los hombres fusilados? ¿Qué habrá sido de Ángel, será uno de ellos? ¿Lo habrán fusilado? ¿Todo habrá acabado aquí? Recuerda su imagen y recuerda su voz con acento raro, recuerda su abrazo, sus manos sobre su pelo, «nos veremos pronto». Se pierde por dentro. Frío en la mañana de octubre. Trata de detener la cabeza. En medio de la angustia vuelve a recordar el día que en clase descubrió a Quevedo.

Madrid, 2020

Mi madre nunca supo que la suya escribió una carta a Jesualdo de la Iglesia, el juez instructor. O lo olvidó. Una carta pidiendo clemencia para su hija. Algo común entre los familiares de presos. Buscaban cualquier treta. Cualquier recomendación de un cura. De algún preboste del régimen. De una dama de la Sección Femenina. Simplemente de los vecinos de la casa. Que se exponían firmando y afirmando que la persona encausada era una proba cristiana. Lejana a la política. Hacendosa. Trabajadora.

Mi abuela Alicia siempre fue sirvienta en casas ajenas. En Madrid estaba empleada de cocinera. En la calle Marqués de Riscal número 9. En casa de los señores de Martín. Nunca supo leer ni escribir. Quizá supo firmar. Su carta ahí está como una pieza de una novela sentimental de principios de siglo.

«En mis años jóvenes, y como fruto de mis relaciones amorosas con determinado hombre, tuve la referida hija a la cual parece ser que por sino fatal persigue la desdicha, como si su origen le fuese imputable y hubiera de redimir el pecado de sus progenitores, pues aunque ello me produzca sonrojo como mujer, forzoso me es reconocerlo como madre. Después esa niña, sobre la que, como ya digo, parece se cierne un sino fatal, se ve actualmente complicada en un proceso por fuer de las circunstancias y para contrastar, ilustrísimo señor, valgan los siguientes antecedentes, fiel reflejo de la verdad. Con anterioridad al 18 de julio de 1936, mi hija se hallaba viviendo en compañía de sus tíos carnales, hoy difuntos, los cuales la tenían recogida desde los cuatro años de edad, procedente de la casa cuna de Santander, dispensándole el trato propio de padres a hijos, y así le proporcionaron una educación esmerada, inculcándole siempre los tradicionales principios cristianos que hacen resaltar las virtudes y cualidades de la auténtica mujer española. Del entrañable cariño que se profesaban mutuamente mis tíos e hija, nacieron vínculos que al sobrevenir las muertes de aquellos, en plena vorágine marxista y

viviendo los amargos episodios del Madrid rojo, causaron quebranto tal en el ánimo de mi hija que estuvo en trance rayano con la locura, padeciendo una psicosis que llegó a hacer temer por la pérdida de la razón».

Una firma perfecta con su nombre concluye la misiva. Una firma que no es suya. 17 de noviembre de 1942. Con su hija presa en Madrid. En la cárcel de Ventas pendiente de juicio. Un juicio que se retrasaba, que no llegaba. La zozobra de la espera era peor para los familiares. Para los encausados, cada día de demora sumaba un día de vida. De vida en la cárcel.

La carta llegó a su destino. Por eso yo ahora la tengo entre mis manos. En su expediente. Me asombra, en su lenguaje engolado. En su tono melodramático, convirtiendo a mi madre en una demente para tratar de salvarla. ¿Quién escribió esto? ¿Quién cuenta una historia llena de elementos reales, pero tan ficticia? ¿Quién la leyó en el juzgado? ¿Cómo mi madre no lo supo nunca? La carta no sirvió de nada. Nada varió luego en el juicio. Ni siquiera se tuvo en cuenta entre las pruebas. Ni siquiera fue mencionada. Por nadie.

Atravieso la plaza en febrero. Mes metálico en Madrid. Plaza de la Villa de París. Uno de esos lugares que responde a su nombre. Parece que estuvieras en un barrio de la burguesía parisina. Pulido, con sus imponentes edificios. Ese gran palacio que sigue siendo la sede del Tribunal Supremo. Mucha gente cree ahora que los tribunales militares del franquismo estuvieron ahí. Pero no, estaban cerca, al otro lado de la plaza. Tras los árboles (¿qué son, acacias?) que lo cubren. En un edificio mucho más neutro. Gris, alto. Pasaría desapercibido si no fuera por su tamaño. Tiene una puerta no muy grande en la que ahora pone Tribunal Superior de Justicia de Madrid. A un lado, se asoma a una plazuela abierta junto a la iglesia de Santa Bárbara. Las Salesas. El nombre Las Salesas resuena en mi cabeza. Un no-lugar. Un espacio sin término. Como si el firmamento hubiera girado en torno a Las Salesas.

El juicio fue en Las Salesas. Fue el 5 de junio de 1943. 5-6-4-3. El guarismo de sus vidas. La clave para todo de mi madre. La del banco. La de las tarjetas. Un juego numerológico a través de esas cifras. También de estas otras, 19-10-43. Ese día de octubre en que le conmutaron la pena de muerte, cuatro meses y medio después. El 19 de octubre se convirtió en la fecha de conmemoración oficial en mi casa. De cumpleaños. De aniversario. Cada año se celebró mientras estuvieron vivos algunos de los encausados. Cartas, tarjetas. Llamadas de teléfono. Mucho más que los días de celebración tradicional.

Los juicios eran farsas. Claro. A veces se celebraban con mucha celeridad después del momento de la detención y la tortura. Porque el régimen tenía necesidad de un escarmiento rápido que sirviera de lección a otros. Los juicios siempre fueron públicos. Y las sentencias eran como piezas literarias dedicadas no solo a los encausados. También a sus entornos. A todo el mundo. Los juicios eran autos de fe. Autos sacramentales para escenificar la realidad en que se vivía. Para que no hubiera dudas.

Las personas encausadas eran transportadas desde las respectivas cárceles a Las Salesas. Allí quedaban en los calabozos, en los sótanos, durante los días que duraba el juicio. Contaban con un abogado defensor. Un militar. Puesto ahí por el propio tribunal. Casi sin función. Normalmente solicitaba una petición de condena un grado menor que la expuesta por el fiscal. Que se le hiciera caso dependía de elementos no previsibles. Jamás recurría. Pero era mucho. Era la distancia inabarcable que va de seguir existiendo a desaparecer sin más. El capitán Pedro Martín Fernández actuó en este caso de defensor. Lo fue también en muchos otros expedientes. Se reunía con los encausados. Les leía atropelladamente las conclusiones del juez instructor, Jesualdo de la Iglesia. Luego la solicitud fiscal. Plagada de penas de muerte. Sin inmutarse. Como quien lee una receta de cocina.

5-6-4-3. Después de algunas notas cruzadas entre cárceles, mis padres volvieron a encontrarse sentados frente al abogado defensor. No ellos solos. Con los otros veinte encausados. Mi padre siempre dijo que estaba seguro de volverla a ver después de su único encuentro dos años antes. Una cabriola circunstancial la había colocado en su mismo expediente judicial.

El juicio fue por la mañana. Temprano. El fiscal aportó sus pruebas. El secretario del tribunal leyó un texto referente a la encausada Manuela del Arco con las imputaciones del expediente vasco. El expediente que hubiera sido el suyo de no haber estado huida durante ocho meses. Un testimonio apabullante de su papel en la organización del PCE en Euskadi. De los demás, sus reuniones en casa del practicante. Sus intentos de organización de un grupo de colaboradores en las entrañas del régimen. Sus citas. Sus idas y venidas. La propaganda que encontraron en los registros. Poco más. Leído ahora, todo parece escaso. Lo que la policía dice descubrir no es sino un leve intento de reorganización de un aparato político. Pobre. Incipiente. Sin armas. Sin grandes modelos organizativos. Solo gente que se encuentra para resistir. Para no sucumbir. Para no desistir.

Sigo leyendo la carta de mi abuela. «Estas son las vicisitudes,

ilustrísimo señor, sufridas por mi desdichada hija y sus antecedentes, que someto a vuestra consideración y que aún sin rebatir concretamente los cargos o imputaciones que pesen sobre mi hija, espero no obstante que tocar puntos de índole privada, por lo reveladores que son, habrán de serviros para forjar un concepto acertado de mi repetida hija al acogerlos con la piedad que os caracteriza…».

Con la piedad que os caracteriza… El general de división honorífico Jesualdo de la Iglesia Rosillo, nombrado por el ministro del Ejército juez general para «los delitos de espionaje y otros derivados de actividades marxistas con jurisdicción en todo el territorio nacional». Instruyó miles de casos. A miles condenó a muerte sin más. En 1944 fue sustituido por su adjunto. El famoso caballero mutilado coronel Eymar.

La sentencia apenas ocupa un par de páginas. Resuelve rápido el tribunal. Nueve penas de muerte, diez peticiones a treinta años, otras menores, a veinte, a quince. Todo en apenas unos renglones. Sin aspavientos. Simplemente condenando a la pena capital. Sin más. Y ya está. Empezaba un nuevo tiempo. Con la piedad que os caracteriza.

Lo leo ahora. Asombrado no del horror aparente, sino de la meticulosidad. Leo la sentencia y la orden de traslado a las cárceles. A las galerías de penados. No hay retorno. Sigo leyendo sabiendo que no todo fue como dice la sentencia. Tampoco nada se parece a lo que dicen las pruebas indagatorias. Podrán asesinarlos, pero por delitos que en realidad no cometieron. Sin llegar a averiguar la realidad como era.

Observo las firmas de los enterados. Primero los miembros del tribunal. El presidente. Sus vocales. El secretario. Luego ellas y ellos. Los condenados. Rasgos parecidos, firmas veloces, como de trámite. Es todo. Parece el final. Pero no es el final.

Intuyo la mayor parte de las caras de los encausados. Las veo en mi memoria. En la memoria de las fotos que me acompañan. Casi puedo escucharlos. Pero no puedo ver la cara del juez. Ni la del secretario. Ni la de los vocales. ¿Quién comunicó la sentencia? Quizá el secretario.

Busco en internet sus nombres, y solo aparece la referencia de Jesualdo de la Iglesia, pero no su foto. Su esquela funeraria está a la venta en una página virtual de subastas. Por 11,99 euros puedo ver que murió en 1964. A los noventa y cinco años. Que tenía dos hijas. Que le hicieron un funeral en una iglesia de la calle Juan Bravo. Por 11,99 euros tendría ahora yo su muerte en mis manos. Su resurrección. Su condena. A un clic. Con la piedad que os caracteriza.

Sigo mirando el vetusto edificio desde Las Salesas. De muy niño estuve allí algunas veces. En juicios de otros. Luego, apenas adolescente, en el sepelio de los abogados laboralistas de Atocha asesinados por la extrema derecha. Ahora observo y huelo. Sigo pensando en las caras que miraban como yo. ¿Por dónde entraron, por dónde salieron? Trato de entrar en el edificio, explico las razones. Pero no me dejan. Necesitaría un permiso, me dicen. Pero no saben cómo puedo solicitarlo. Pregunto por los calabozos y me observan con sorpresa. Necesitará un permiso. Sí, lo he entendido.

Vuelvo atravesando la plaza de la Villa de París. Está llena de perros que pasean con sus dueños. No se ven niños. Hace sol. Desde su centro miro de nuevo el edificio de juzgados. Su lateral. Es cierto, podría no verse. Es un lugar sin forma. Sin color. Un no-lugar. Otro. Es una ciénaga. Nadie lo mira.

Los números me vuelven. Exactos. Contumaces. Estrictos en un relato tan poco preciso. 5-6-4-3. 19-10-43. Con la piedad que os caracteriza.

«Podrías escribir una carta y mantenerla guardada en la gaveta. Podrías escribir una maldición en una cinta de plomo y enterrarla para que nadie la lea por mil años».

ANNE CARSON

6. Polvareda de esparto. 1943. 1948

A las once de la noche se abre la puerta de la tercera galería del penal de hombres de Porlier. Todos los presos se empinan en sus petates. Sobre todo los del fondo, que están esperando esa llamada, que duermen cada noche esperando esa llamada, esa voz, el ruido de la puerta al abrirse, la luz tenue del pasillo que se introduce por la galería, los cuerpos sobre los petates en el suelo.

Se abre la cancela y entra un funcionario. Apenas se le distingue. Tras él, otros dos se quedan junto a la puerta. Se gira para que la luz le dé sobre la hoja que lleva en la mano y habla con esa voz átona que parece elegir nombres al azar, una relación casual de un equipo deportivo, o de alumnos de un curso cualquiera de primaria, o de trabajadores de una fábrica que comienzan su turno. Antonio Elvira Segovia, Adolfo Redondo Varela, Gerardo Jiménez Melgarejo, Luis Giménez Melgarejo, José Wajsblum Herman, Tomás Melgares de Pablo, José Mota Ortega, Rafael Mota Ortega, Manuel Prades Blanco, Marcelo Gutiérrez de Diego, Ángel Martínez Martínez.

Cuando oye su nombre, el último, el único de su expediente en ser nombrado, está desprevenido. Se había acercado ya a Wasjblum, el polaco que conoce desde el campo de concentración de Albatera, luego su responsable en Madrid antes de Quiñones, con el que organizó la red infiltrada en la Falange. Cerca de él para abrazarlo, sin imaginar que pronto, de inmediato, él sería también abrazado por los demás, que lo llegarían a cercar, a tocar, a consolar. Se separa y se pone la camisa arrugada y luego la chaqueta. Un movimiento como de reptil, un runrún bronco, un bramido animal recorre la sala por debajo. Como cada vez. Recoge su hatillo que apenas tiene nada, pide algo de papel en voz baja, reparte lo que tiene, el reloj que aún conserva, un pañuelo, una punta de un cigarro casi por acabar y se lo da a Moisés, que está a su lado. Van saliendo lentamente al pasillo con los funcionarios. Fuera están los guardias, cuatro, cinco. Los esposan a todos mientras la puerta de la galería se cierra y luego avanzan por el

pasillo en silencio, incómodos, como si hubiera una equivocación, como si se tratase de un error que se va a subsanar en un rato. Como si la oscuridad que los rodea no fuera sino la de un sueño.

La capilla de la cárcel de Porlier está dispuesta. Siempre está dispuesta. Enorme, con luces tenues que iluminan las imágenes pintadas de escayola. Se van colocando entre los bancos y los guardias les quitan las esposas. El funcionario anuncia que el cura llegará en breve y no contesta cuando todos le dicen que no quieren verlo, que no necesitan sus servicios.

Se sientan en los bancos maltrechos y se miran. Gerardo pide al funcionario papel. Papel y lápiz. Que todos necesitan papel y lápiz, que tienen que escribir. El funcionario calla. No mira. Parado junto al guardia observa la puerta cerrada de la capilla. Gerardo insiste, y todos empiezan a decir lo mismo. Papel, papel, papel. El tono sube y el funcionario calla, los guardias elevan los fusiles, el ruido se agolpa. La puerta se abre y entra el cura, que escucha el grito sordo, que chista silencio, que se lleva la mano a la boca para hacer callar. Se para en mitad del pasillo. «Estoy aquí para aliviarlos, estoy aquí para que puedan aliviar sus culpas, para confesar y comulgar. Dios es misericordioso». «Papel, papel, papel, papel…». «Cuando confiesen habrá papel». El sonido sordo de los hombres se hace más denso, más oscuro, más rocoso. No sube de tono, pero la salmodia se vuelve descarnada. Golpea. El funcionario se vuelve hacia la puerta lentamente y abre. «Voy a por el papel, regreso ahora».

El cura insiste. «Aún es tiempo para el perdón». Manolo Prades contesta suavemente. «El tiempo se acabó. Por favor, váyase, no le necesitamos. Déjenos, ya nos ha oído». «Lo hago por piedad». «Por piedad, váyase. Váyase, padre, es hora».

El cura se mueve hacia atrás y se apoya en la pared. La puerta vuelve a abrirse y el funcionario entra acompañado por otros dos. Trae tres pequeñas cuartillas, las muestra y las tiende. «Arréglense con esto, hay dos lápices, hagan turno y repártanselo». Ángel toma el papel y divide cada hoja en cuatro, le salen doce trozos pequeños. «Necesitamos más, esto es muy poco». «¿Para qué más? Para una despedida con esto tienen». «Necesitamos más, cuando a uno lo van a matar necesita despedirse de su familia». El funcionario calla, pero el otro que le acompaña sale por la puerta. «Y más lápices…».

Cada uno se coloca con su trozo de papel. En su banco. Ángel mira la hoja en blanco y piensa qué puede decir. Lo piensa con la mirada perdida en el papel vacío, hundida en el papel, disuelta. Todo esto no puede ser real, no puede estar ocurriendo. Esto debe ser un mal sueño,

una pesadilla perversa, una alucinación. Desde que los juzgaron hace más de cuatro meses ha vivido esta escena cien veces en su cabeza. La ha vivido cada vez que la puerta de la galería se ha abierto y otros han salido para estar donde ahora está él. Desde que entró en la galería de penados, la puerta se ha abierto seis veces, la última el 18 de agosto, hace justo dos meses. Han salido cincuenta hombres, los ha contado, todos los han contado, de todos se ha despedido. Pero ahora está ahí, frente al papel, y tiene que pensar qué escribir, a quién, para qué. Y sigue imaginando, el fin de la noche, dentro de cuatro horas lo volverán a esposar, lo conducirán al camión, subirá y llegará a la tapia del cementerio con las primeras luces. Las luces de octubre. Verá el destacamento y se colocará con sus compañeros junto a la valla. Todos dirán que no quieren que les venden los ojos, él también lo dirá. Y gritará como todos. Gritará porque sabe que todos gritan, gritará porque no puede dejar de hacerlo, gritará porque lo están matando. Gritará viva la república, o viva el socialismo, o viva la revolución, o viva la clase obrera. Gritará. ¿Qué gritará?

El funcionario entra de nuevo con más papel y más lápices. Le tiende una hoja mayor. La parte en dos. Ya tiene tres papeles. Escribe a su hermana María, la mayor, la que se quedó en el pueblo, en Luena, la que ha sido como su madre. La rememora y se le nubla la vista. No quiere, no puede, no debe. Escribe. Le manda disculpas, le dice que para toda la familia su cariño, que se cuiden, que recuerde siempre que su hermanito chico no es un delincuente, que esto es así porque ha luchado por un mundo mejor. ¿Entenderá esto María? ¿Para qué se lo dice? Termina tranquilizándola: «Estoy tranquilo, sereno. Ojalá toda la familia pueda disfrutar de una vida mejor». Y firma.

Luego escribe a su hermana Rosario, la de París. Con la que ha vivido todos sus años de emigrante allí. Diecisiete. Que ahora está sufriendo la guerra, que lo adora, a la que no tiene nada que explicarle. Escribe lo mismo, pero al final se acuerda de sus sobrinos y acaba en francés. *Mon dernier désir est pour mes neveux et en particulier pour ma petite nièce. Je vous aime beaucoup. Ma plus grande illusion est que vous ayez une vie meilleure. Un baiser de tonton*. Ya solo le queda un papel. Tiene que escribir a Manoli. No sabe qué decirle. No sabe qué ponerle. «Nos veremos pronto, nos veremos pronto». Pero de repente le viene una bocanada como de vómito. ¿Estarán las mujeres en capilla, estará ella también en capilla? Se levanta y va hacia el funcionario. «¿Están sacando también hoy a alguna de las mujeres de mi expediente?». «Y yo qué sé». «Averígüelo». «Sí, claro, yo estoy aquí a tu servicio». «Por favor, averígüelo». Y se vuelve hacia el cura, que

no lo mira. El otro funcionario a su lado, el que trajo los papeles, se da la vuelta y sale.

Vuelve a su banco y observa las miradas de los demás. Han levantado la cara al verlo moverse. Observa esos ojos como ciénagas, como estanques de agua. Perdidos. Les explica y todos le tranquilizan. «Ya no salen mujeres, ya no sacan a mujeres». Se pone de nuevo frente al papel y conjura la mala idea que ha tenido. Decide escribir, pensando que así hace huir las tinieblas. «Querida Manoli». ¿Cómo sigue, qué decir? La punta del lápiz se queda parada sobre el papel. «Nos veremos pronto». Cualquier palabra le parece ridícula. Te recuerdo ahora en estos últimos momentos. No. Suena muy triste, muy común. Te recuerdo ahora que… La cabeza se le va de nuevo. Piensa que va a despertar, que esto no es cierto, que no. Se coge la cabeza con la mano y se tira del pelo. Siente el tirón, siente el dolor, pero no despierta. ¿Qué hora es? ¿Qué hora es? Las dos y diez, le dice un guardia, el tiempo se agota, ya no queda tiempo. Tiene que escribir.

Observa el dibujo al carboncillo que le ha hecho Martínez de León. A su lado, junto con la chaqueta. Su retrato. No se reconoce, pero le parece que es la mejor carta. Se lo enviará a Manoli. Una imagen detenida en el tiempo. Y una voz de ánimo. «La tierra será un paraíso». Entenderá.

Tomás Melgares se vuelve y lo mira. Lampiño, con la carita como de muñeco, las cejas grandes, negras, los ojos perdidos. «Cuando la guerra no tuve miedo. Ahora tengo miedo». «¿Cuántos años tenías cuando te alistaste?». «Tenía dieciséis, pero no tenía miedo. Ahora tengo veintidós. Mi pobre madre, primero mi hermano, ahora yo. No sé qué escribirle». «Dile que los quieres, que los recuerdas, ella entenderá lo demás». Pero no sabe cómo consolar, cómo decir que no tenga miedo. Miedo, miedo.

Se abre la puerta y se vuelve. El funcionario entra pero no se dirige a él, sino hacia el otro funcionario y hacia el cura. Detrás entran otros dos. Todos se agrupan, se cuchichean, se miran. El recién llegado se estira la chaqueta y va hacia él. Se enerva, se levanta. «¿Qué pasa, qué ha pasado con las mujeres?». «¿Las mujeres…? Nada, nada. No sale ninguna. No, es otra cosa. Ha habido un error, ha habido un error. De tu expediente todos han sido conmutados». «¿Cómo que todos han sido conmutados?». «Sí, todos, todos. La orden de conmutación llegó al mismo tiempo que la ratificación de las demás condenas. Aquí está, mírala, es la comunicación de tu conmutación, te han dejado la perpetua». Le parece que se está mareando. Se agarra al respaldo del banco y no puede leer lo que le tiende. Mira, pero no ve. ¿Qué es

esto? Tomás lo coge del brazo y lo aprieta y luego Antonio Elvira se levanta y lo abraza. No sabe qué hacer. «Firma y nos vamos, te devuelvo a la galería, cuanto antes, que es muy tarde». Firma Ángel, firma. Firma, firma, firma…

Empiezan a darse abrazos. Está atontado. «Qué suerte el francesito», dice Wajsblum. Todos se ríen mientras lo empujan. Esto sí parece una alucinación. Tomás le da una caja de cerillas y se la guarda en el bolsillo. Gerardo se acerca y le da un libro alargado amarillo. «Está dedicado, llévatelo». En la puerta mira hacia detrás, levanta la mano, levanta el puño, lo levanta mucho antes de recibir un golpe del guardia. La puerta se cierra. Avanza por el pasillo. Mira de nuevo hacia atrás, la puerta de la capilla, la cruz encima, el cielo opaco sobre el tejado. El patio desierto.

En la tercera galería no hay sitio. «Pues es muy tarde, que le hagan sitio como sea». Mientras camina entre los petates, la voz se ha corrido y un mar de manos le tocan las piernas, le dan palmadas. El runrún vuelve a sonar y sigue caminando. «Que se acueste en el váter, toma mi petate, acuéstate allí, por lo menos tendrás sitio». Se sienta en el suelo entre los váteres vacíos, un desconocido le da agua, otro enciende un cigarro. Trata de hablar, se palpa los bolsillos, las cartas a medio escribir, la caja de cerillas, el libro amarillo, su retrato. «Tengo que dormir». Y cae en un sopor mientras oye los ruidos de claxon de Levallois, los ruidos de la fábrica de París, los ruidos de…

«¿Qué hora es?». «Querrás decir qué día, llevas durmiendo más de veinticuatro horas. Es 20 de octubre. Ni el olor a mierda ni el ruido te han despertado, imagínate». Se incorpora y va hacia el lavabo. Se moja la cabeza y se palpa la cara. Sonríe mirando a la pared, como si hubiera un espejo imaginario, como si pudiera verse. Sonríe y se toca el pelo, se tira y ve que le duele. Tiene una alegría animal, algo que le sube por dentro, algo como calor, no puede evitarlo. La cara se vuelve hacia el suelo, se mira los zapatos. Una risa que lo avergüenza, que lo abochorna. Han matado a sus diez compañeros y él está alegre. Se vuelve hacia atrás y le parece que es una bestia. Es la misma sensación que ha tenido cuando ha habido sacas en la noche y el funcionario no ha dicho su nombre. Pero ahora más. Mucho más. Algo irracional, una fiera, una alimaña se le abre por dentro. Y la culpa se le hace gigante.

Sale a la galería y busca caras conocidas. Hay muchas, la gente lo abraza, la gente lo aplasta. «Quiero ir al patio, al patio». Va como en volandas y allí, cuando consigue zafarse de tanto contacto, se saca las cartas del bolsillo de la chaqueta. Las lee de nuevo y no reconoce ni su

letra. Rompe la de su hermana María en pedacitos pequeños. Luego la de su hermana Rosario. «Querida Manoli. La tierra será un paraíso…», y se da cuenta de que quizá nadie la ha avisado de que él está vivo, de que también lo han conmutado. Se vuelve hacia la galería para ver cómo mandar una nota a la cárcel de Ventas, con algún familiar que vaya a comunicar, con alguien, como sea. «Moisés, Moisés, tengo que mandar una noticia a Ventas, ¿quién tiene hoy comunicación?». «¿Qué noticia?». «Que le digan a Manolita del Arco que estoy vivo». «¿Nada más?». «Solo eso, que estoy vivo».

Se vuelve y se palpa el libro en el bolsillo. Lo saca y lo mira. Por primera vez. Es un atlas, un pequeño atlas del mundo, con páginas llenas de mapas, con los nombres de las ciudades, de las montañas, de los mares. «En los últimos momentos de mi vida a mis queridos compañeros. Gerardo Melgarejo, 19 de octubre de 1943». La letra cuidada de Gerardo le grita muda desde la primera hoja. Palpa las letras como si tuvieran relieve, como si fueran accidentes geográficos. Piensa entonces que sí, que todo ha sido un sueño, que todo ha sido una alucinación, un espejismo. Y que Gerardo le ha regalado el mundo. Un planeta para él. «La tierra será un paraíso».

«Hoy empieza la vida», le dice Joseamalia cuando la ve de nuevo en el patio. La mira sin ser capaz de sonreír. Ha dejado a las otras en el sótano de penadas. Y no sabe nada de Ángel. «Pero han conmutado a todo tu expediente, Manoli, no estés preocupada». La mira de nuevo. Lo sabe. Pero le extraña no tener ninguna noticia. Es 21 de octubre. Han pasado dos días. «Octubre es un mal mes». La mira y recuerda. En octubre, hace un año, fusilaron a Quiñones. Tan maltrecho estaba que tuvieron que fusilarlo sentado. Sí, cada día es malo aquí.

Llueve a mares. Las mujeres apoyadas en las paredes para no mojarse en el patio. Es la hora de patio. Antes de entrar de nuevo a los talleres. A coser uniformes con esa tela dura. A extraer de la tela asignada a diez uniformes al menos once. O doce. Para poder sacar al exterior, que las familias los vendan, que con eso puedan meter hilos y lanas para que las labores que hacen cuando acaban en los talleres les permitan comprar algo en el economato. O fuera. Fuera. En la calle.

«No tengáis duda. Las monjas se quedan con una parte importante de las ventas de la ropa, solo declaran una parte. Y también se quedan con una parte de la asignación de la Dirección de Prisiones para el mantenimiento. Roban de todo». La miran mientras hacen tapetes con

ese hilo crudo y grueso. Las manos vuelan, al unísono. «Con el hambre que pasamos, con esa mierda de rancho que nos dan, con lo que trabajamos. Son insaciables esta gente, estas monjas. Ya verás cuando esto se acabe…». «Ay, loquita, cuando esto se acabe, cuando esto se acabe. ¿Y cuándo se va a acabar?». «Pronto, Sole, pronto, no seas descreída, van a perder la guerra mundial, te lo digo yo, y luego ellos caerán, caerán». «No sé si estaremos vivas para entonces». «No nos queda otra que estar vivas, no les vamos a dar el gusto de morirnos. Solo que nos maten…».

¡A formar!

Vuelven a los talleres y Manoli sube hasta la oficina. Saluda y se sienta sin más, tiene que pasar los asientos al estadillo del libro de cuentas y cerrar la contabilidad. Lo más rápido que pueda, es la excusa que siguen poniendo para no reponer nada en la enfermería. Llena de niños con tosferina y con poco que comer. Va corriendo pasando números cuando llega la funcionaria Susana Grande, con un expediente bajo el brazo. «Deje lo que está haciendo y pase esto inmediatamente a máquina. Rápido, que es para hoy». Coge el papel entre sus manos y se estremece como siempre, sin leerlo. Nada bueno. Lo revisa mientras coloca el papel, las tres cuartillas, las dos hojas de carbón para las copias. A Elvira la van a bajar al sótano de penadas. Hoy. Ahora. Teclea pensando en cómo salir de la oficina para comunicarlo inmediatamente a la dirección del partido. Tiene que ver a Angustias. Acaba rápido, saca de un tirón las tres hojas con los carbones del carro de la Hispano-Olivetti y se lo da a la funcionaria, que está vuelta de espaldas. Mientras lo mira y pone el sello, sigue pensando en contar lo que ha escrito, cómo detener la hemorragia.

Angustias escucha la información sin mover la cara. Algo se está tramando. Manoli se da cuenta, pero no sabe qué. «Tenéis que estar preparadas en tu galería». «¿Preparadas para qué?». «Preparadas, sin más. Que no haya nadie en los váteres esta noche haciendo punto, cada quien en su celda, en el petate».

Hay algo en el ambiente de la segunda galería. Cada celda sabe que tienen que acostarse cuando el toque de silencio, a las diez. ¿Qué va a pasar? Se oye un ruido leve de una puerta, algo que se arrastra, unos susurros. Y luego nada.

El ruido llega mucho más tarde. Ruido de llaves, de tacones, gritos, «levántense, levántense». Las puertas de las celdas se van abriendo en la segunda galería derecha. Salen las mujeres al pasillo, amontonadas, las luces se encienden. Victoria Úbeda las cuenta como cada noche, como cada mañana, una, dos, tres, setenta y tres, ciento veintidós.

«Está todo bien, están todas, aquí no falta nadie. Acuéstense».

Entran en la celda. Toñi, tendida junto a Manoli, apenas audible, «será una fuga, pero quién iba a fugarse desde aquí, no le veo sentido. En todo caso sería alguna desde el sótano de penadas». «Hoy han bajado a Elvira Albelda a penadas». Silencio después, sueño. Y la luz de nuevo. Ruido, cerrojos, tacones. «Levántense, levántense». Las mujeres de nuevo abandonan las celdas y regresan en fila al pasillo. Victoria Úbeda regresa al conteo, cuarenta y cuatro, noventa y uno, ciento veintidós. Están todas. «Lo siento, acuéstense». La sonrisa aflora en las caras de las presas. Regresan a los petates. «Pero ¿quién puede faltar de aquí?». Diez minutos después la voz imperiosa de la funcionaria regresa al pasillo. «Levántense, levántense». Las caras de las presas no pueden ya ocultar la sonrisa. Las expresiones de sorna se van agigantando, crecen en las bocas, en los ojos. Setenta y una, ciento dos, ciento veintidós. «Lo siento, acuéstense». Ahora ya el silencio se hace imposible. En el pasillo, antes de meterse de nuevo en las celdas, se ha ido corriendo la noticia, alguien la ha traído desde el inicio del corredor. «Hay dos fugadas, no encuentran a dos». «Pero quiénes son, quiénes son». «Dos se han ido, una desde penadas, Pacita está en el rastrillo, ella abrió la puerta». Y cuando están todas dentro, las risas se corren de celda en celda. Risa, risa, risa a coro, inevitable. Algo insignificante, algo poderoso. Justicia poética, dulce venganza.

Los ruidos vuelven al pasillo. Las mujeres, que no se han tumbado, que están todas alerta, salen de nuevo antes de escuchar los gritos de la funcionaria. Llegan ahora tres para contar, nerviosas, casi descompuestas. Siete, veintinueve, setenta y seis, ciento cuatro, ciento veintiuna. Sí, ciento veintiuna. «Falta una, falta una. A ver, ¿de qué celda falta una? Hablen de una vez. ¿De qué celda falta una?». Silencio sonoro. Nadie habla, un silencio espectral, pero también las funcionarias saben que detrás está la risa.

«¿Pero quién se ha ido, quién se ha fugado?». «Han sacado a Elvira Albelda de la galería de penadas, parecía que iban a ejecutarla mañana o pasado». «Pero ¿quién ha salido de la segunda derecha?». «Chon, la Peque, Asunción García». «¿Chon? ¿Y por qué Chon?».

Cuando Chon y Elvira saltan por la garita vacía que da a la calle Rufino Blanco corren juntas hasta la esquina, siguen hacia Marqués de Zafra y poco más arriba se separan. Se desean suerte y se alejan. Cada una tiene un destino distinto. Chon se dirige a la dirección que le han dado, se para frente al portal antes de Manuel Becerra y escucha un chistar. «¿Hacia dónde va el caballo?». «Hacia el establo». Una mano

tira de ella y la mete en un patio. Casi sin palabras la empujan dentro del carromato y la tapan con mantas y trapos. No ve nada. Luego oye ruido de puertas y cancelas, el gozne de las ruedas bajo ella que se mueven. El ruido del metal, el olor de la leche.

El trayecto parece interminable. El carro se para y de nuevo unas manos la empujan hacia fuera. Entra en un portal, sube unos cuantos escalones y una puerta se abre a su izquierda. Entra por un pasillo y las manos la siguen empujando hacia delante hasta que llegan a un dormitorio casi en penumbra. Allí, una mujer pequeña la abraza y la sienta.

—¿Cómo estás?

—Bien, bien. ¿Qué hay previsto?

—Yo no lo sé. Estarás aquí solo hasta mañana. Este sitio no es seguro, está demasiado quemado. Pero para hoy no había otro mejor.

—¿Y entonces, por qué me han traído aquí? ¿Por qué no me han llevado a un sitio mejor? ¡Qué gente esta!

—Se ha hecho todo lo posible, no te preocupes. Mañana te irás y te sacarán a Francia. Pero costará unas semanas. Mañana sabrás.

—Yo te conozco, yo te he visto antes.

—Puede ser. Pero como que no me hayas visto nunca.

—Pero tú sabes quién soy yo, ¿no?

—Sé que estabas penada y que podrían matarte y había que sacarte.

—Penada. Aunque no confirmada aún. Pero me iban a penar. Y soy una dirigente, tenía que salir.

—¿Pero no estabas penada a muerte? ¿No estabas en el sótano con las demás?

—Estaba aún en la galería, no me habían confirmado. Pero estaba en mucho peligro.

—Aquí todas estamos en mucho peligro. No entiendo entonces. En fin, aquí te quedas hoy y mañana te sacarán. Si quieres algo para comer, tengo huevos y leche.

—No es de tu incumbencia lo que el partido decida. Yo tengo que salir de España.

—Mi vida sí es de mi incumbencia. Ahora a dormir. Lo dicho, si quieres algo me dices.

—Bueno, bueno. A ver, por dónde estoy. Quiero saberlo.

—¿Qué más te da?

—¿Qué pasa, que no te fías?

—Estás en la calle Fernán González.

—¿Fernán González? ¿20? ¿Aquí no vivía Quiñones?

—No. Aquí no, es la casa de mi cuñado y de mi hermana.

—¿Y dónde están?

—Mi hermana muerta y mi cuñado en Porlier.

—¿Y cómo me han traído a un sitio tan poco seguro? Tienes que avisar que me saquen ya.

—Ahora está todo hecho. Mañana te sacarán. El baño está al fondo. Sobre esa silla te he dejado ropa para que te cambies y mañana puedas salir. Es un hábito de monja, póntelo entero.

—¿Un hábito de monja? ¿De dónde lo has sacado?

—No importa. Cuando vayas al baño, no enciendas la luz, buenas noches.

La puerta se cierra. Isabelita tiene un ataque de rabia. Se cruza los brazos sobre el pecho y se sienta en una silla. Este trato de mierda. ¿Por qué la han sacado? ¿Por qué nos ponen en peligro? Se acuerda de Tina y se acuerda de su hermana Alfonsa, la monja, si supiera.

Por la mañana, apenas se cruzan. Isabelita le da leche con achicoria y pan. Contesta con monosílabos a sus preguntas. Espera inquieta que el timbre suene y esa mujer salga de aquí. Pero la mañana pasa y nadie llega. Chon está cada vez más nerviosa. «Vete a donde sea, busca tus contactos, tengo que salir de aquí». «Hay que esperar, vendrán lo antes que puedan». «Tengo que salir, parece que no lo entiendes». «Estate tranquila, hay que esperar». «Qué fácil para ti, pero a mí pueden matarme». «A todos pueden matarnos, si no estás dispuesta a esperar ya sabes dónde está la puerta».

Cuando el timbre al fin suena, las dos dan un respingo. Abre la puerta y un camarada al que apenas conoce entra rápido.

—Buenos días, ¿qué tal? ¿Todo bien?

—Está muy nerviosa, muy nerviosa. Y yo también.

—No hemos podido llegar antes.

—¿Y por qué habéis sacado a esta mujer? No estaba en el sótano de penadas…

—Camarada, órdenes del partido. El partido sabe.

Los ve partir desde la ventana que da a la calle. Una monja que camina humilde junto a un hombre delgado. El partido sabe, el partido sabe. ¿Qué es lo que sabe? Vuelve hacia la habitación, saca las sábanas de la cama y coge la ropa de Chon para hacerla desaparecer. La guarda en un capacho para sacarla ya, no puede quemarla sin generar sospechas. Algo la reconcome. Un animal dentro le dice que no le gusta. Espera que logre evadirse, porque tiene la sensación de que si la cogen, la delatará. Un mal gusto en la boca le atropella las manos. Hay que salir.

Isabel nunca pudo imaginar lo que la fugada escribió tiempo después en su informe oficial al partido. Nunca supo que Asunción Rodríguez, Chon, la Peque, escupió en un papel todas las mugres. Como aves muertas. Quizá para salvarse ante el aparato comunista del exterior. La parte oscura, la sombra permanente, la desconfianza. Esa desconfianza que convertía en secuaz de traición a cualquiera. Isabelita puso las sábanas en lejía, aunque no estaban sucias. Nunca supo más, tampoco sus compañeras. Tras su informe, la estela de Chon, de la escapada, se pierde en Toulouse. Se diluye. Quizá tampoco nunca más ella vio a la otra fugada, a Elvira Albelda. Elvira, que pasó un año escondida en Madrid, que luego logró llegar a su tierra, a Valencia, y que pasó después a Francia caminando por el monte. Allí se encontró con su hermana Teodora y trabajó en Decazeville en un restaurante. Y nada más. Esa antigua concejala penada a muerte que escapó un 15 de noviembre de 1944 de la cárcel de Ventas se evapora. Su nombre quedará unido a la memoria como una música, elviralbelda. Un sonsonete. Una victoria de las presas. Elviralbelda, elviralbelda, elviralbelda. El sonido las hará reír. Las sanará, entonces, luego, mucho después, hasta el final. A las presas, a las que se quedaron, a las que no pudieron fugarse. Y que sin embargo con ella también pudieron volar hasta desaparecer. Volar como compensación.

Hay un cuchicheo. Apenas se siente. Algo como un susurro. Soterrado. Oculto. Están hablando las de la dirección del partido con un grupo de la segunda galería. Hablando de la fuga.

—¿Y están a salvo?

—Eso nos han dicho, que de momento están a salvo.

—¿Adónde irán?

—No lo sé. A otra región, me imagino.

—A lo mejor a Francia.

—Sí, quizá a Francia. O a México.

—Ha sido increíble, increíble. La cara que se le ha quedado a la Victoria Úbeda. Estaba pasmada esa mujer, pasmada.

—Y porque no habéis visto al director en enfermería, estaba empeñado en que habían salido por la ventana de ahí. Pero era imposible abrir esa ventana, lleva atrancada desde hace años. Y él tirando y tirando, y nada. Al final, se ha roto el picaporte y él se ha caído en una cama donde estaba una enferma. No nos hemos podido parar de reír. Él estaba como un loco, pero de verdad que las compañeras no podían parar de reírse.

Se ríen todas. Una risa contagiosa. No lo evitan. Están alborozadas,

ese triunfo como de anticipación. Ven la luz. La luz.

—Chicas, silencio, que se os oye todo.

—Lo que no me explico es por qué sacaron precisamente a Elvira Albelda de penadas. Y el resto de penadas se ha quedado ahí. No lo entiendo.

—El partido dijo que ella era clave. Había sido concejala en Valencia. Y era del comité de Madrid antes de que cayera.

—Sí, pero todas están condenadas, estaban en el sótano desde antes, estaban ahí. Me imagino cómo se quedaron, sale una y las demás se quedan.

—El partido dijo que era fundamental.

—¿Chon también? Esa mujer desde que entró no ha parado de buscar su beneficio.

—Mujer, no digas eso, el partido decía que había que sacarla.

—Desde que llegó no dejó de intrigar.

—No es verdad eso.

—Yo pienso lo mismo, que desde que llegó no dejó títere con cabeza. Pregúntale a sus compañeras de celda.

—Bueno, la cosa es que había que hacerla salir y ya está.

—Bueno, bueno. No os pongáis así. Pero a mí me parece que… no sé.

—Cuando el partido dice algo… Sus razones tendrá.

—Y nosotras también.

—No podemos estar enteradas de todo. Seguro que va a ser bueno para todas.

—Sí, bueno ha sido. Pero no me queda claro por qué ellas.

Hay un silencio de repente. Interviene Paz con voz quebrada. «Las orientaciones del partido son órdenes para nosotras. Nos mandaron las órdenes muy claras desde Porlier». «El partido también somos nosotras. No entiendo desde cuándo los hombres de Porlier deciden por nosotras que estamos aquí, y que nada nos consultan». «Tú también eres dirección del partido, Angustias. Te hemos elegido nosotras». «Oye, no se pueden tolerar estas actitudes, hay que estar unidas».

Se van levantando del suelo poco a poco. Las penumbras se animan, la pobre bombilla del techo dibuja contornos en las paredes mientras se acercan a la puerta donde Pili vigila. «¿Nos escribirán alguna postal cuando puedan, no? Para saber cómo están. Y para darnos ánimos. Las fugadas, digo».

No saben aún que no sabrán que durante años la fuga será un acontecimiento que se repita, que se narre, que se recree. Una gesta.

Pero no saben que no sabrán que no habrá noticias, que ninguna postal llegará con algo en clave. No habrá nada.

—De verdad, esto ha sido una señal. Este tiempo ha de acabar. Estoy segura. Pasará rápido el tiempo y saldremos a la calle. Nos veremos fuera, lo hablaremos delante de un buen café, sin hambre, en casa de alguna. Todo esto parecerá un sueño cuando lo contemos a nuestros amigos, a nuestros hijos. Será un tiempo para acordarse con alegría.

—O un tiempo para no acordarse. Lo mismo olvidamos todo. Olvidamos todo.

El camión llega a la estación de Atocha, se detiene en la parte de atrás, donde los equipajes. Las mujeres, dentro, miran por la ventana aunque ya solo ven una pared marrón, sucia, y grandes cajas en la acera. Manoli vuelve a decirle al guardiacivil que le afloje las esposas. No va unida a otra presa, como las demás. Va atada a sí misma, con las muñecas tan prietas que empieza a abrírsele la piel. «Cuando estemos en el tren. Ahora se espera».

Han visto las calles. Después de cuatro años, ella ha visto las calles, Alcalá, Cibeles, el paseo del Prado, Atocha. Desde las ventanillas del autobús. Hace sol, el sol de primavera de Madrid, el sol de abril, que va y viene. 1946. Va a cumplir 26 años, los va a cumplir en el traslado. Se han despedido atropelladamente en el patio de Ventas. Cada una de las de su celda para un lado. Paquita a Saturrarán, Joseamalia se queda en Ventas, Toñi a Amorebieta, Ceci a Segovia. Cada una a una punta. Ayer comunicó con su madre. Aún no sabía la fecha exacta del traslado, pero sabía que era a Málaga, lejos de Madrid, tan lejos. Lejos de todo y de todos, lejos de la gente que puede venir a verla. Su amatxu, que se volverá a Bilbao, que no puede seguirla a Málaga, que la miraba llorosa pero entera. «Iré a verte cuando pueda, hija, iré a verte. Te mandaré paquetes, te escribirá tu hermana para contarte», «No te preocupes, amatxu, estaré bien, estaré bien, en Málaga hay mar, ya sabes cuánto me gusta». La ve irse hacia la puerta del locutorio, tan delgada, tan mayor con lo joven que es aún, tan alicaída. La ve irse y se pregunta cómo será la próxima vez que se vean, cómo serán la una y la otra. No sabe que no habrá otra vez, que no habrá futuro, que esa imagen por la espalda de esa mujer que avanza agachada será la última. La que luego le ayude a recordar.

Ahora en el tren, sin embargo, se siente animada. La rutina rota, es eso. A las 7 en pie, recogiendo los petates para caber en la celda, a las 8 en fila y primer conteo, luego a esperar los calderos con el

desayuno, pasar con cada plato, volver a la celda. Acababan, y todas a los talleres y ella a la oficina de la prisión, hasta la 1, a formar, a comer de nuevo arrastrando la escudilla, y salir por fin al patio. Dar vueltas, ver a otras, dar vueltas, una hora, y otra vez a los talleres y a la oficina, hasta las 8. Al patio otro rato, corto, a veces con tanto frío, caminar, tocar el viento. Después las clases, la escuela que han improvisado. Cenar y formar otra vez. Cada vez los gritos de rigor. España una, grande y… libre. Gritaban locas lo de libre y las funcionarias y las monjas mandaban callar. Cada vez, cada día, cada ocasión del día. Uno tras otro. A las 10 la luz se apaga, solo queda encendida una pequeña bombilla en los váteres. Y todas seguían cosiendo pañitos a oscuras, o agrupadas en los servicios. Haciendo labores para vender, para mantenerse, para mantener a la gente de fuera. Pañitos de ganchillo, de punto, con cinco agujas. Los de cinco agujas eran los peores, pero los más cotizados. Con cinco agujas. Mil agujas en la espalda cuando por fin tendían los petates y se dormían. Inertes. Cada día.

Ahora en el tren hace repaso esperando que se ponga en marcha. Están todas en el mismo vagón, solo para ellas, un montón que van para Málaga. Mira por la ventana y mira al otro lado, los guardias con los fusiles, uniformados y acharolados, ellas con las ropas que les quedan, unas batitas y unas chaquetas, esos zapatos desvencijados. No tienen uniformes, lo prefieren, los uniformes con los que las amenazan son advertencias, son avisos. No los quieren, porque pronto esto cambiará y saldrán a la calle.

El tren traquetea por el páramo. Es su primer viaje al sur, nunca ha estado. Ve los campos verdeados, llanos, superficies enormes que se pierden más allá. Nada que ver con el norte. Colinas muy lejanas, que luego se pasan. Todo es idéntico, como un cromo, como una foto.

—¿Dónde dormiremos hoy?

—Cuando lleguemos lo veréis, no es de tu incumbencia.

El tren va parando en estaciones de nombres que le recuerdan la escuela, lugares que no tenían forma, solo sonido. Mira por la ventana y se traga lo que ve, los campos informes, las gentes que en las estaciones las observan y vuelven las cabezas, los andenes sucios, los ruidos del tren que son siempre iguales.

Se acuerda sobre todo de Paquita. La mandarán esta misma semana a Saturrarán. Al norte, tan lejos de su familia, tan lejos de todo. Con lo delicada que está. A veces le parece una muñeca rota, pero luego, detrás de su fragilidad, hay una llama. La llama que la mantiene viva. Como Joseamalia, la mitad del tiempo en enfermería,

con sus dos trenzas como el primer día, sus gafas de culo de vaso y los dolores de cabeza que la martirizan por los golpes en la DGS. Y además, siempre bajo control, siempre en duda por ser la compañera de Quiñones, ahora su viuda. «No te preocupes, Manoli. No me hiere lo que no me alcanza». Pero sí la alcanza, sí la hiere.

Se bajan en Alcázar de San Juan. Una estación grande, grande. Las dejan colocadas en una sala esperando que llegue el retén del pueblo a por ellas. Algunos guardias jóvenes en las puertas, todos con cara de hambre, con la piel ennegrecida, la mirada huidiza. Con los fusiles en las manos, como si esas sesenta mujeres fueran a atacarlos. Los mira burlona. Le siguen doliendo las muñecas, las tiene en carne viva, porque nunca se las han aflojado. Aprovecha.

—Perdone, puede desatarme un momento las esposas. Tengo que sacar dinero de mi monedero.

El guardia la mira con desconfianza. Abre mucho los ojos, luego la boca. Se acerca y le abre las esposas y se queda a su lado apuntándola con el fusil. Por fin estira las manos, se toca las muñecas con sangre y saca el monedero del bolsillo de la chaqueta. Aspira fuerte. Habla alto y claro.

—Mire, tenga este dinero y vaya por favor al estanco que he visto en el andén y compre dos paquetes de pitillos. De Carabelas. Y una caja de cerillas.

El guardia coge sin más el dinero y sale. Regresa muy rápido, le da los dos paquetes, las cerillas y las vueltas. «Muchas gracias». Abre apresuradamente la cajetilla y mira a Sole y a Antoñita, que están frente a ella. Les ofrece, pero le dicen que no con la cabeza. Con lentitud estudiada, lleva el cigarrillo a la boca y lo enciende. Aspira fuerte, ahora sí, y una enorme sensación de calma la invade. Una sensación de soledad, de estar llegando, de alegría. Observa cómo el guardia, que no ha dejado de mirarla, abre los ojos embobado y luego la boca, sin saber cómo seguir, qué hacer, cómo actuar.

—En mi pueblo, las mujeres decentes no fuman.

—En el mío, los hombres decentes no son guardiaciviles.

Cuando recibe el puñetazo en la cara está preparada. Cae al suelo, sin poder evitarlo, mientras sus compañeras atadas en parejas se alzan y comienzan a gritar, a quejarse, a ulular como palomas. Mientras se levanta, con el cigarrillo en la mano, no puede evitar sonreír. Para dentro. Para sí. Como que la vida se abre paso en ese cruce de raíles.

Suben de nuevo al tren hacia Linares. Llenas de piojos. Llenas. Los mismos piojos que han sido dueños de Ventas durante años. Dueños

con las chinches. La lucha contra ambas especies ha ocupado tiempo, discusiones, planes, peleas con las funcionarias y las monjas, plantes. Pero en Alcázar han dormido durante días en una nave sucia, sin agua, casi sin luz, llena de piojos. Consiguen queroseno y se lo echan en el pelo, que ahora aparece en todas como una cortina húmeda. Cuando por fin logran organizar el retén de la guardia civil, tras días y días de espera impaciente, se suben de nuevo al tren, aisladas en su propio vagón, sucias, como apestadas, con los guardias que las observan de lejos, que las empujan con las puntas de los fusiles y las sientan. Esperan que el tren se ponga en marcha y piden comida, piden agua, piden ir al retrete, piden, piden. «Cállense, cállense, cállense, o las vamos a callar nosotros…». No se callan, siguen gritando hasta que traen algo de comida, agua, silencio.

«Y tú que decías que este viaje iba a ser bueno. Bueno de verdad, un viaje de placer». «Por lo menos que ellos se fastidien también, ya que nos llevan como bestias, que se mezclen con las bestias». «La siguiente parada será en un balneario, ¿no?». Se ríen, se ríen todas mientras mastican los pedazos de pan negro que les han dado y miran por la ventanilla como si fuera un cine. El paisaje que cambia, las filas de olivos, los árboles alineados como soldaditos de un ejército bien uniformado. Las colinas que serpentean y el tren que deambula lentamente, un vagón repleto de mujeres piojosas, con la ropa sucia y con hambre. Un tren de presas.

En Linares atraviesan la ciudad en fiestas. Desde la estación a la cárcel, pasan por las avenidas donde los señoritos toman cerveza con aceitunas. Las miran con desprecio, con la seguridad de sentirse protegidos por sus trajes de feria y por los guardias que las custodian. Al otro lado, la gente que pasa las saluda con la mirada, con la mano. Un grupo de mujeres que baldean en el lavadero público las miran y paran de trabajar a su paso. Las miran sin expresión, con las manos apoyadas sobre las ropas. Se hablan entre ellas en voz apenas audible, como un murmullo, y una se levanta, toma una palangana del suelo y se dirige sin más hacia la fila de las presas, se acerca a Aurora y en silencio le ofrece las naranjas. «Apártese señora, apártese». «Son las últimas de la temporada, ya no están muy dulces, pero les vendrán bien». «Que se aparte». Las naranjas caen en los regazos levantados de Aurora y de Toñi, las sujetan como pueden con las manos esposadas. «Que no se les caigan, que no se les caigan». El coro de gracias, gracias, gracias va elevando el tono. «Más rápido, que no tenemos todo el día, rápido, ya».

La cárcel de Linares está atiborrada de mujeres. Políticas y

comunes mezcladas en las galerías repletas, en el patio, en los pasillos. Las colocan en el fondo de un galpón, en el suelo y las aíslan con unas cuerdas. Al lado están los baños, y hay agua. Se lanzan como locas a las duchas, entran y se meten, cuando los guardias y las funcionarias tratan de impedirlo ya están desnudas metiéndose en los cubículos. El agua las abraza, las abrasa, las exonera de la mierda del viaje, de la mierda de la vida, de la mierda… Se mojan en medio de gritos, sesenta mujeres desnudas ante la mirada asombrada de funcionarias y militares.

Salen al patio al anochecer y las mujeres las rodean. Al final del patio hay un busto. «¿Qué es eso?». «Es Manolete». «¿Manolete?». «Él pagó esta cárcel». «Con razón nunca he soportado los toros». Las comen a preguntas. Manoli recuerda cuando le decían en Ventas que fuera de Madrid las cárceles eran mucho peores y no podía creerlo. Ahora lo percibe. Solo es miseria, mujeres rotas, desvencijadas, niños de pecho por todas partes colgados de sus cuellos. Mujeres jóvenes y mujeres viejas. Todas dando vueltas alrededor de ellas, contando sus vidas, sus esperas antes de juicios que se demoran meses, años, las cartas que no llegan, las familias ausentes. «Todas estamos aquí por auxilio a huidos, y es que somos de las guerrillas, toda Andalucía está llena de guerrilleros, toda la sierra. Nos tienen aquí para amedrentarlos, para obligarlos a bajar, para que vengan. Yo lo que quiero es que sigan ahí, aunque a veces oímos tiros. Lo mismo una noche bajan, sí, pero para abrir las puertas de esta cárcel. Y nos vamos todas para el monte».

Tiradas en el suelo encima de mantas sucias tratan de dormir. Manoli se toca las muñecas reventadas y mira en la noche la propia noche. Pili a su lado se revuelve, al otro lado Pepita mueve los brazos como si volara. Esto no puede estar ocurriendo, este tiempo acabará. Irnos al monte.

Recién llegadas, están dormidas tiradas en una galería del viejo caserón. Se despiertan las más próximas a la cancela cuando oyen pasos, ruidos sofocados, murmullos. Adivinan entre las sombras figuras que se mueven lentamente por el suelo, desde la cancela hacia ellas. Todas comienzan a despertarse, pero se mantienen quietas, a la expectativa. Sonidos de arrastre animal, como de caza. Pepita recibe un apretón en la pierna y el sonido quedo de alguien. «Tranquila, tranquila, no os asustéis. Somos de la galería de enfrente. Venimos a daros la bienvenida». Poco a poco todas se van incorporando, se sientan sobre las mantas, y las presas del traslado se aproximan a ellas

y se entremezclan, hasta formar un animal de cien cabezas, de movimientos sinuosos, un reptil lleno de manos.

«En Córdoba estamos bastante organizadas. Ya sabíamos que llegabais, nos lo avisaron del otro lado, del lado de los hombres, que es justo de la otra parte del patio grande. Con vosotras se irá gente de aquí también para Málaga, van a aprovechar. Estamos hacinadas, y quieren llevarse a las que más les molestan». «Os traemos melocotones. Aquí hay poca cosa, la situación está jodida, pero algo podemos daros». «Somos muchas, muchas, es como un almacén. Con la guerrilla están muy nerviosos, las sierras andan llenas de hombres». «Nuestros hombres están en el monte, nosotras en la cárcel, os podéis imaginar». «Pero la gente de Córdoba es muy solidaria, y los presos nos pasan cosas, ellos siempre tienen más comidas, ya os imagináis». «¿Por qué os trasladan a Málaga?».

«Nos trasladan por la huelga. ¿No os habéis enterado de que en enero hicimos una huelga en Ventas? ¿No sabéis nada? Nosotras pensábamos que se había trasladado la noticia por todas las prisiones. Hicimos una huelga de hambre. Una presa común que ya no pudo más y se negó a comer el rancho. Agua infecta con cosas sucias que nadan en ella. Y se armó la tremolina. La pobre mujer fue incomunicada y rápido nos pusimos las políticas en huelga. El director y la directora y las monjas y las funcionarias se pusieron muy nerviosas. Bueno, el caso es que al cabo de cinco días volvimos a comer, pero las condiciones habían mejorado bastante. A cambio, nos han puesto una nota grave en el expediente y aquí estamos, de traslado». «¿Pero el traslado es un castigo?». «Claro que es un castigo. También porque dimos una paliza a una chivata en el patio, una mujer que no paraba de descubrirnos e ir con el cuento a la dirección, nos hacía mucho daño y quisimos darle un escarmiento. Con ella, a otras posibles. Ahora nos mandan muy lejos de nuestras familias, nos dejan sin recursos, se rompen nuestros canales de comunicación y se debilita Ventas. Pero bueno, así es, hay que pencar».

—¿Una presa común la que inició todo? ¿Y luego el resto de las comunes?

—El resto de las comunes, ¿qué?

El patio está repleto. Las mujeres cada día se despiojan el pelo al sol, echándose lo que pillan, vinagre, bencina, ceniza, nada. Juntas. Los niños corretean con sus madres cerca. Pero las comunes son las otras. Las otras.

Manoli está sentada junto a una señora más mayor, a la que más gente rodea. Ella va juntando las hebras del esparto para construir una

malla, una urdimbre que luego será un cesto. Lo hace sin mirar. Los dedos se mueven tan rápido que Manoli no puede dejar de fijarse, de perderse en la eficacia de la escena. No hablan, solo está sentada y espera. Detrás de los dedos que urden la trama, espera. Ha tratado de contactar con Ángel, que está a punto de ser trasladado también a Burgos. Tan lejos, aunque qué más da, lejos igual estaban entre las cárceles en Madrid. Pero está castigada, sin cartas, sin comunicaciones. Sigue absorta en los dedos de la señora. Espera nada, solo que se la lleven, solo que pase pronto.

Otra mujer vestida de negro se acerca a ella. Sonríe. «¿Damos un paseo?». Se levanta y la sigue. Pasear. Por dónde pasear. El patio es un espacio cuadrado, limitado. «Me llamo Ana, me voy con vosotras a Málaga. Soy de Genalguacil. Me llaman la Oveja». «¿Dónde está Genalguacil?». «En Málaga, cerca ya de Cádiz». «Ahora estarás más cerca de tu familia entonces». «Mi madre está también en la cárcel, en la Goleta, en Málaga, adonde vamos. Del resto no queda nadie, todos se fueron». «¿Se fueron? ¿Adónde?». «Se fueron, se fueron, los mataron… Ahora vamos a pasear». Junto a Ana pasea por el patio, sorteando los cuerpos, observando las miradas que la miran, las alpargatas y los pies descalzos con los que los suyos se cruzan. Caminan las dos en silencio, en círculo. Deambulan.

Pasea, y se vuelve anónima. Se deja llevar por un ritmo lento. Observa con ojos de entomóloga, de naturalista. Moscas sobre las cabezas de las niñas, sobre los pelos que sus madres limpian. Mucho luto en la ropa. El sol que se fija en las caras y las vuelve de cartón. Camina en silencio, dejándose llevar. Ana solo recorre el lugar con ella, la transporta sin hostigarla, sin hablarle. Autómata, sonríe cuando le sonríen, mira cuando la miran. ¿Qué hace en este sitio? Se pierde en enumeraciones de cosas por hacer, de situaciones a las que asirse. Está lejos. Lejos de su casa. Pero ya no tiene casa. Lidia con las contradicciones. Escucha las voces, escucha las voces con un acento que no conoce. Escucha las risas mientras hace una foto de lo que hay. De lo que cree que hay. Sumergida en la multitud de ese patio.

«¿Cuántos años tienes?», pregunta Ana. «Veintiséis. ¿Y tú?». Cuando la cogieron tenía dieciocho, la primera vez. Luego veintiuno la segunda vez, en Coruña. Parecía que iba a ser rápido, provisional. Pero el tiempo se vuelve esquivo, se adelanta. Ya no se ve joven. «Eres muy joven, muy joven aún. Yo tengo casi treinta». Sonríe al pensarlo. Pero tira de algo dentro que le dice que esto pronto cambiará. No puede ser que las potencias aliadas no intervengan. La guerra ha terminado, los aliados han ganado. El fascismo ha caído. Están en

Córdoba y solo hablan de guerrilla. Los huidos, tantos huidos. En los montes. Esto no puede durar. La gente peleando en todas partes. ¿Cómo no va a cambiar?

Vagabundea y avizora. Tiene hambre, siempre tiene hambre. Saldrán pronto de esos patios. Salir, ese es el verbo. Saldrán y se encontrarán que hay mucho que hacer. Será como antes, sumergirse en el tiempo que circula vertiginoso. Ya no será tiempo para estudiar. O sí. ¿Vivirá en dónde? ¿En Madrid, en Bilbao? En Madrid, en Madrid. Con Ángel. ¿Cómo será vivir con él? ¿Cómo será pensar lo que las cartas destilan, lo que dejan entrever entre noticias, entre pequeñas notas? Las cartas que se han cruzado saltándose la norma, fuera de las oficiales. Ahora no hay cartas. Las cartas que son el lugar donde se ase. «¿Tienes hijos?». «No. ¿Y tú?». «No, yo tampoco. A mi compañero lo fusilaron, al principio. Y no me dio tiempo a traer niños al mundo. Casi mejor». «No digas eso, Ana». «¿Qué quieres que diga?». Un golpe seco. Sigue dando vueltas. Un sabor amargo en la boca. Los hijos. Mira de nuevo a los niños jugando en medio del patio, al sol, mientras sus madres les gritan, los jalean. Entrecierra los ojos y sigue. El olor ácido le llena la nariz, pero lo expulsa. Ahora pasea por… una calle, una calle con árboles. Camina rumbo a alguna parte. Camina y respira pensando que va a llegar tarde, que la esperan, que cuando llegue se sentará y encenderá un pitillo. Que cuando llegue mirará y habrá un espacio amplio frente a sus ojos. Que cuando llegue…

Francisco Alegre, corazón mío, tiende su capa sobre la arena del redondel; Francisco alegre tiene un vestido con un te quiero que entre suspiros yo le bordé.

La voz la devuelve. Mira a la mujer que canta. Otras se suman. Cantan en el patio de la cárcel de Córdoba. No es un balneario. Pero las mujeres cantan. Cantan como en Ventas, pero son distintas. «¿Ana, sabes si en Málaga habrá algunos libros?». «¿Libros? Estás loca. Apenas sabemos leer y escribir. Yo pude estudiar un poco, pero soy la excepción. En Málaga vas a encontrar hambre, piojos, mujeres que están enfermas. La Goleta no es Ventas. Pero te adaptarás». «¿El partido está organizado?». «Supongo que algo, pero no como aquí, en Córdoba. Aquí la gente está más entera. Y además están los hombres». «¿Los hombres?». «¿No has visto que la cárcel es mixta? Al otro lado del muro están los hombres. En continua comunicación». «¿Y qué?».

Avisan para el rancho. El hambre le oprime las tripas. Las tripas siempre gritando. Engañar al hambre.

—En Málaga, al menos, habrá mar. Me gusta el mar… —dice Manoli.

—¿Y qué más te da? Desde la cárcel no sabrás si hay mar o no. Solo un patio y una terraza. Las galerías llenas de mujeres. No verás el mar, te dará lo mismo.

—No. Estará cerca. Podré olerlo. Además, será por poco tiempo.

—Dios te oiga…

—Será por poco tiempo, me oiga o no. —Y se ríe.

Las dejan en una estancia al lado de un pabellón. Para el ingreso en la prisión de Málaga. Destino final. Han llegado de noche, cargadas de paquetitos que las mujeres de Córdoba les han dado. Pan duro. Manteca *colorá*. Botellitas de aceite. Chorizo seco. Algo de azúcar. Lo que tenían, todo lo que tenían. Las han despedido en el patio cantando. Abrazos, besos. Gritos. Los niños subidos por sus faldas. Ahora han llegado y solo han visto el patio y los pabellones a los que se asoman mujeres, mujeres como ellas, mujeres que saludan. Pero no ha visto el mar. Tampoco lo huele. Pero le gusta el patio, tiene plantitas, algunas flores. Hace calor. Sueño. Tiene sueño.

—¿Ducharse? Las duchas están cerradas. No funcionan —dice la monja.

—Pues habrá que abrirlas. No vamos a estar sin ducharnos.

—No hay duchas para las señoritas. Y se acabó.

—Habrá que abrirlas. Será mejor para todas. Tendrán que abrirlas.

Llenan los baldes. Ana ayuda a Manoli con el suyo y se ponen en medio del patio. Entre las dos se bañan, se ríen. Tienen tantos piojos que al lavarse el pelo saltan al agua. Buscan aceite y se lo echan. El agua resbala mientras el resto mira. «Hay que bañarse, hay que lavarse». Sí, esto no es Ventas. Pero hace sol, hace calor. Se secan al aire.

Luego les toca la misa. El cura en la capilla se sube a un cajetón. Detrás, una gran cruz. Las monjas con esas tocas como alas amenazantes en la cabeza se ponen delante, junto a la jefa de servicio. Las mujeres les han contado que el cura es un viejo verde, un tío que abusa de las presas. De las comunes. El cura lee el evangelio, y las mujeres de pie, en la capilla y en el patio. La funcionaria jefa de servicio, justo antes de que el cura termine su lectura, se arrodilla, adelanta un poco los movimientos del ritual, informa a las ignorantes de la conducta a seguir, cambia la expresión al escuchar detrás de ella el rumor que a su espalda desata su gesto. Las políticas recién llegadas se quedan como están, de pie. Las otras, el resto de las políticas, las

que ya estaban, las miran y las imitan. El cura retira las manos del altar y se vuelve, clava su mirada en la luz cegadora que entra por la puerta, la que da al patio. Alza la mano y lentamente se persigna. La iglesia suena como una jaula de pájaros. Los niños bajo los pies de sus madres se mueven y las mujeres murmuran, uno llora. El cura empieza y las políticas le escuchan por primera vez.

«Amadas hermanas. El evangelio de hoy es una muestra de lo que la fe supone a los ojos del Señor. La fe es la base, es la vida del alma. Vosotras que estáis aquí castigadas, que sois pecadoras, que habéis pecado y estáis penando por vuestras faltas. Pero sabed que con fe podréis ser perdonadas si hacéis caso a las madres, que con caridad y arrepentimiento podréis aspirar al premio eterno».

Un intenso llanto cruza la capilla y una mujer toma al niño en sus brazos y lo menea para acallarlo. Las mujeres se revuelven de rodillas, miran hacia ninguna parte. El cura se detiene, saca el pañuelo de la manga y se suena la nariz.

«En el evangelio de hoy hay que apuntar otra lección. No robar, amar a Dios y ser obedientes, sí. Pero además ser agradecidas, por la generosidad del altísimo, y por la generosidad del gobernador, y del director de la cárcel, de la jefa de servicio, de las hermanas. Y por la generosidad del Caudillo, que os tiene aquí recogidas para que aliviéis vuestros pecados. Ser obedientes y no dar problemas».

El niño sigue llorando y las palabras del cura quedan tapadas detrás de él. «Vamos a ofrecer la comunión».

Las políticas se retiran hacia la puerta y salen al patio en silencio. El resto de las mujeres las miran, se colocan en fila, avanzan hacia el altar lentamente, reciben del cura la hostia y se vuelven a su sitio, deslumbradas por la luz que entra del patio, una luz blanca, violenta, que ciega todo, que oculta todo, que deja todo en silencio.

Se pone a escribir en la terraza de arriba. Una brisa cordial, esa humedad del mar que se sabe cerca pero que no se siente, ni huele, ni nada. Solo huele a cieno, a lodo, a tuberías emponzoñadas, a agua estancada. Pero a esa hora las funcionarias vigilan menos. Después de meses en La Goleta han ido arrancando cosas, pocas, a la dirección. Comen muy mal, siguen los piojos, pero un agua turbia sale de las duchas y han podido limpiar algunos pabellones. Sobre todo el de enfermas de tracoma, que estaba lleno de mujeres casi ciegas y tiradas en el suelo, y que siguen haciendo cestos de esparto con sus dedos mágicos.

Ha aprendido a hacer cestos. Va lenta, pero poco a poco aprende y

hace cestos después de salir de los talleres. Hace también trabajo en la oficina del economato, pero todo está tan dislocado que su labor casi no da para nada. Permite controlar un poco los pedidos de comida, poco más.

Desde que llegó Encarna en diciembre se pasa los días hablando con ella. La llaman abuela, aunque no tendrá ni cincuenta años. Abuela Encarna. Es cordobesa, y está también casi ciega, también del tracoma. Lleva años militando en el partido. En Montilla. Fue tanto lo que la torturaron en la comisaría de Córdoba que Encarna intentó quitarse del medio cortándose las venas con el cristal de sus propias gafas. Esas gafas que aún le permiten mirarla, esos ojos detrás. Su llegada ha permitido cerrar contactos desde la calle. Ya puede recibir correspondencia oficial, le han levantado el castigo, pero sobre todo han conseguido un canal de comunicación a través de los obreros que están arreglando el tejado. Un canal que sirve, que sirve mucho. Por eso ahora escribe, porque el partido fuera le ha pedido un informe de la situación de la cárcel y está haciendo un borrador para luego discutir entre ellas y poderlo enviar. La abuela Encarna le ha dicho que cuente lo que ve. Pero ¿qué ve? ¿Qué es lo que ve?

Cuando llegó el grupo de castigadas de Ventas, encontramos una prisión en condiciones muy pobres, casi sin recursos, con las mujeres amontonadas, mezcladas las políticas con las comunes. Las presas políticas son sobre todo de expedientes de lo que se llama Auxilio a Huidos. Los expedientes de las guerrillas. La represión en esta zona es altísima. Constantemente entran mujeres. Mujeres muy pobres, en general de pueblos de la serranía, también de Algeciras, de Cádiz, de Córdoba. El nivel de organización es bajo. Las mujeres han sufrido muchas torturas, y muchas además han quedado solas, sus maridos han sido fusilados, encarcelados o están en el monte. También hay muchas mujeres encarceladas porque sus hijos son militantes. La mayoría es gente ligada al partido, también hay un núcleo anarquista.

La cárcel está dividida en pabellones. Hay un pabellón de madres, un pabellón de enfermas de tracoma, un pabellón de gente con condenas largas, un pabellón revuelto con todo tipo de penas y…

Se para. No sabe cómo seguir. No sabe cómo explicar. No quiere explicarlo. No quiere escribirlo. Hay un pabellón que las funcionarias llaman de matrimonios. Lo consienten, el cura también. Es un pabellón de mujeres que mantienen relaciones entre ellas. Lo piensa: «Es un pabellón con mujeres que tienen relaciones amorosas. Relaciones sexuales. Todas lo sabemos, ellas se comportan como parejas, y se pelean como lobas cuando hay infidelidades, o cuando no

muestran su relación con claridad». Piensa, pero solo el pensamiento le genera vergüenza, dolor. No quiere pensarlo. «Son invertidas». Lo ha visto en Ventas alguna vez. Ahora lo ve aquí, que la cosa es aún peor, que tienen tanta hambre, y tantas epidemias, que están llenas de piojos, que ha habido sarna. No se lo explica. No le cabe en la cabeza. Sabe que además para la dirección es una ventaja: las chantajea. Claro, piensa, entre las políticas no pasa. No pasa. No va a escribir sobre esto. No quiere tampoco hablarlo. No se puede permitir. Es algo que no pasa. Entre mujeres. ¿Cómo puede pasar?

Todas las mujeres trabajamos en talleres de costura que están en muy malas condiciones. También se hacen cestos y otros instrumentos de esparto. Muchas mujeres presas políticas, pero también presas comunes, tienen que enviar dinero a sus familias, que están en la calle a veces en peores situaciones que ellas aquí dentro. Los sostenes de estas mujeres siempre son otras mujeres, que cuando pueden mandan paquetes o vienen a comunicar con ellas cada quince días. Pero se encuentran muy abandonadas, algunas con sus hijos aquí, y con condiciones higiénicas muy desfavorables, sin tela para pañales, sin comida. Sus compañeros están en la guerrilla, pero no reciben auxilio de ellos. Son mujeres muy golpeadas por la represión, pero muy luchadoras.

No sabe cómo comentarlo. No sabe cómo explicar que ya estamos en febrero de 1947, que el régimen sigue, que la información que reciben de fuera es que está a punto de caer, que va a caer, que la guerrilla continúa, que la nueva organización de países que ha sustituido a la Sociedad de Naciones ha condenado a la España franquista, que Francia ha cerrado la frontera. Sabe eso, lo que llega desde fuera, pero ve que no paran de caer mujeres por la ofensiva del régimen contra la guerrilla. Sabe que no pueden más.

Hay mujeres que han perdido todo, su familia, sus maridos, sus hijos, su casa, su manera de mantenerse. Las han rapado en sus pueblos, las han obligado a cebarse con aceite de ricino para humillarlas delante de sus vecinos. Su sufrimiento es mucho. Algunas tienen largas condenas, otras condenas más cortas, pero cuando salen no tienen adonde ir. Este sería uno de los principales problemas a enfrentar.

¿Se entenderá bien? ¿Quién va a leer este informe, adónde llegará? Piensa en Ana Trujillo, la de Genalguacil. En sus hermanas Lucía y Lola Trujillo Domingo, también presas, una en Cádiz, la otra en Sevilla. Ana aquí, con ella. Ana se quedó viuda tan joven, al acabar la guerra. Restituto, su hermanito pequeño, murió en el frente, cerca de Fuenteovejuna. Y cuando ella estaba presa en Córdoba, el otro, el único que le quedaba vivo, al que creía sano y salvo porque logró

cruzar la frontera, había muerto en Mauthausen, en Austria. Allí, solo. Cuando llegaron a cogerla a ella a su casa de Genalguacil buscando a muchachos de la guerrilla, o buscando a su padre, o buscando solo cómo atemorizar, cuando llegaron sacaron a su madre, a sus dos hermanas, a ella y las pusieron delante de la casa, allí donde estaban, perdidas en el monte, en el cortijito que tanto habían cuidado. Cuando el padre regresó de la huerta lo pusieron delante de ellas y empezaron a pegarle, a golpearle la tripa, a golpearle las piernas, a golpearle los huevos, y el hombre no hablaba, no hablaba, moría en su silencio terco. Luego calentaron un hierro y le quemaron la espalda, lo marcaron como a una vaca, el hombre gritaba, las hijas gritaban y la madre se descomponía y se torcía, se agachaba sobre la tierra. Pero seguía muda, como su marido. «¿Dónde están, dónde están? Habla de una vez, Oveja. Habla si no quieres que te matemos». Pero el hombre no hablaba, seguía mudo. Le siguieron pegando, «vas a acabar como tus hijos, como tu yerno». Pero seguía en silencio.

«Cómo iba a decir nada, Manoli. Él no sabía nada, no sabía dónde estaban los muchachos, no sabía nada del monte. Él hacia sus cosas, pero éramos nosotras las que organizábamos todo. Él callaba porque no sabía y porque no quería decir nada, porque ya no le quedaban hijos, porque nos miraba a nosotras y no quería hablar. Yo me di cuenta de que se nos iba cuando vi cómo sangraba por la boca, tirado en el suelo, nosotras gritando. Entonces el cabo sacó su pistola del cinto y le apuntó en la cabeza. Mi madre entonces soltó un alarido, un grito como de bestia, algo oscuro, algo de dentro, como si le desgarraran las entrañas. El cabo entonces le disparó a ella y le dio en la pierna. Nosotras nos abalanzamos sobre ella para protegerla, para taparla. Pero mi madre ya no gritaba, se había quedado callada y solo nos decía bajito, tranquilas, tranquilas. Entonces el cabo cogió por el pelo a mi hermana Lucía y la arrastró, y comenzó a sacarle la ropa a golpetazos, la pobre, la más chiquita, le sacó ropa hasta dejarla desnuda y le gritaba a mi madre “voy a dejar a tu hija como nueva, para que aprendáis”, y empezó con mearle, y luego le empezó a dar golpes con un arreo de caballo. Yo le decía que había que atender a mi madre, que iba a desangrarse, y agarró una cuerda y le hizo un torniquete en la canilla, y luego tiró de mí, y de mi hermana Lola, y nos desnudaron a todas, nos encañonaron con los fusiles en la cabeza, y que dijéramos los nombres, los lugares, quién les daba de comer. Pero ya todo era silencio, ya no íbamos a hablar, era como que estábamos muertas, yo empecé a escuchar el lío de los animales, nuestras tres gallinas, el burro, todos gritando los animales, y solo se

oía el ruido de los animales y el de los guardias. Dispararon al pobre borrico para que dejara de rebuznar. Cuando se cansaron se dieron la vuelta "mañana volvemos a ver si tenéis la lengua mejor, y si no, seguiremos" y entonces nos levantamos, mi hermana Lucía fue a ver a mi madre y Lola y yo a nuestro padre, que yo ya sabía que no, que no, que se había acabado. Le sobé la cara, pero sabía que estaba muerto. ¿Y entonces qué, Manoli, qué íbamos a hacer? Te lo digo, yo sé que no estará bien, pero yo solo quería que esos guardias se murieran, que se murieran no, matarlos yo, con mis manos, ahogarlos. Ahogarlos. En la tarde, cuando el sol se iba, enterramos a mi padre en un alto con la ayuda de los vecinos. Porque los vecinos siempre nos hemos cuidado, aquí nadie ha abandonado. Ellos trajeron al médico de Cortes de la Frontera, que lo trajeron en mula, lo trajeron como pudieron, y curó a mi madre. Por eso ahora cuando oigo a ese cura diciendo que somos unas pecadoras, no sé, no sé…».

Muchas de las condenas de las presas comunes se deben a la situación de miseria y de represión que impera en la zona. Muchas mujeres son trabajadoras del campo, o del esparto, y algunas de las antiguas fábricas de Málaga. Pero se han visto en situaciones muy difíciles, y eso las ha obligado a delinquir. Mujeres sin medios y que no tienen formación.

No sabe cómo continuar, no sabe cómo exponer que muchas mujeres están presas porque han matado a sus niños recién nacidos. Cuando se lo contaron, le pareció tan feroz que le dio grima, que no sabía cómo mirarlas, cómo hablar con ellas. Un día le dijo la abuela Encarna. «Hasta yo he tenido días que prefería estar muerta que sufrir esto. Envidia llegué a tener de los muertos». El régimen daba muchos atenuantes a las mujeres que habían acabado con sus hijos. Ahora cantaba con ellas en el patio. Pero esa palabra, asesinato, le escocía. No podía explicarlo en un informe. Su cabeza daba vueltas sin encontrar asidero, sin explicación. Un pozo.

Por eso hemos montado escuelas en el patio. Ha tenido que ser en el patio porque no hay otro sitio en la cárcel. Lo pactamos con la dirección a cambio de no armar jaleo en cada misa. Nos dejan, hemos hecho grupos, la mayoría de alfabetización, para que al menos aprendan a leer y a escribir. También hay grupos algo más avanzados para las que han ido a la escuela alguna vez. Nos permiten la entrada de libros, bajo su supervisión, y hemos hecho círculos de lectura. Por eso, el acceso a los libros es tan importante para nosotras y lo reclamamos siempre. Ahora nos los mandan nuestras familias a algunas, las que pueden.

No quiere seguir. Se ha hecho casi de noche. Se siente vacía. ¿Para qué este informe? Pasea con aprensión la mirada por el contorno seco

del muro y le llega el olor a ciénaga. Vacila, oye ruidos y rápida se guarda las hojas bajo la blusa. Es Amalia, con su cara preciosa y sus ojos tan negros. Amalia Guerrero, la tangerina, que sube a buscarla.

Es mediodía. El sol cae a plomo y las mujeres han dispuesto unas telas y unas tiras de esparto para taparse. Acaban de comer ese líquido que salan con raspas. Los niños dormitan alrededor, menos los mayorcitos, que se sientan con sus madres a recibir las clases. En la pizarra improvisada en el muro de ladrillo pone «mar». Pone mar y pone «MAR». Luego al lado se puede leer «azul, azulado, azulete». Los niños miran fascinados cómo los rasgos toman forma y lo repiten una vez tras otra. Azul, azulado, azulete, azulito, azulón. Amalia repite y repite, la voz de ella, la voz que dice «asul, asulete, asulito». La voz y las voces que no tienen zeta. Manoli se ríe y repite ella, los niños se ríen de su tono grueso, de su voz gigante. «Ahora escribamos, cada una en su cuartilla, la que no tenga lapicero que espere a su compañera».

El sol atonta, pero las mujeres siguen. Amalia toma el libro y comienza su lectura. *Margarita, está linda la mar, y el viento lleva esencia sutil de azahar; yo siento en el alma una alondra cantar: tu acento. Margarita, te voy a contar un cuento*. Todo el mundo atiende en total silencio, las criaturas más pequeñas enmudecen. La voz del cura se escucha desde el fondo, desde la puerta de la capilla.

—¿Pero qué libro es ese? ¿Ha pasado la censura? ¿Quién lo ha autorizado?

—Es de Rubén Darío, padre —responde la funcionaria.

—No me gusta, no me gusta. ¿Cuál es el otro que tienen en la mano? —pregunta acercándose al círculo.

—Es una biografía. De Marie Curie.

—¿Marícurí? ¿Y quién es esa? ¿No será una comunista, o una atea?

Manoli no puede reprimir una sonrisa. Calla. Calla y lo mira a los ojos. El hombre se vuelve rabioso hacia la capilla. «No entiendo por qué no leen los evangelios. No lo entiendo».

Mientras se va, las mujeres atruenan con su voz, una voz alta que cubre el patio, un trueno. *Asul, asulado, asulete*, mar, *asul, asulado, asulete*, mar.

Cuando anochece, después de horas de urdir esparto con sus manos, Amalia se acerca al grupo. «Ha llegado correspondencia, ya ha pasado la censura y la van a repartir». Todas se levantan y se dirigen hacia la puerta de la jefa de servicios. Pero nadie sale, la sombra se va comiendo el patio y el silencio va ganando a las conversaciones en

sordina de las presas de fuera. Esas treinta mujeres se miran revueltas. Llevan seis meses sin recibir carta por los canales oficiales, llevan seis meses esperando noticias. Seis meses y una noche más. La puerta no se abre. Las mujeres se van a la galería a dormir.

Duermen apiñadas. Han medido bien el pedazo de suelo. Treinta y cinco centímetros. Los han medido. Con el metro de costura. El tamaño de su sueño. El petate en treinta y cinco bostezos. De lado, de medio lado, contrapeadas. «Hay que ver qué bien duermen con nosotras los piojos, ellos sí que sueñan».

Por la mañana, en el patio, una funcionaria grita. Está repartiendo el correo. Dice los nombres y espera para entregar las cartas. Es la hora del desayuno. Un caldo blanco. «Si se salen de la fila del desayuno, ya no pueden volver a entrar». Todas se salen, maldito rancho. Cada mujer recibe sus paquetitos, los sobres abiertos, las hojas escuetas de tinta azul. Azul, azulado. Azulete.

La carta de Feli es de Madrid. Ya está en libertad. Ha salido de Tarragona y ha llegado a su casa, a la calle Orellana. «Mi padre está bien, trabajando, llegó antes que yo desde su sitio. Mi madre está contenta pero también triste, desde que murió mi hermana Mari no levanta cabeza. Manola trabajando, trayendo algo para casa. Yo buscando. Te mando un paquetito con azúcar, arroz y un chorizo. Te quiero mucho». Feli ya está en la calle y puede escribir. Joseamalia escribe desde la cárcel de Segovia. «Me trasladaron con otras siete. Pero parece que van a trasladar a todas aquí, que nos van a juntar. Todas te mandamos nuestro cariño y nuestro recuerdo, y…». A su madre alguien le escribe la carta, «este trabajo de cocinera no está mal, y vivimos en una casita pequeña cerca de la iglesia de San Francisco. No logro ahorrar para poder ir a verte tan lejos, hija. Bilbao está muy lejos. Pero te mando un paquetito con latas de sardina y tela para que puedas hacerte un vestido o algo, unas zapatillas, una muda. Tu hermana no quiere estudiar, trabaja conmigo, quiere ser actriz…». Desde la cárcel de Saturrarán, Paquita, «he tenido una infección grave de oídos, aquí hace mucho frío y mucha humedad…». Y Ángel.

—¿Qué te dice Ángel, qué te dice Ángel? —es Amalia.

Pero ella mira la cartita, tan corta, y se la guarda. Hace quince días tuvo otra que llegó a través de una prima de Ana *la Oveja*, la metieron dentro de una lata con manteca *colorá*. «Me dice que me quiere y que en Burgos hace frío». Todas se ríen. Lee en alto un romance que le manda, el mismo que otras veces, como un fetiche: Que por mayo era por mayo, cuando hace la calor, cuando los trigos encañan y están los campos en flor; cuando canta la calandria y responde el ruiseñor;

cuando los enamorados van a servir al amor; sino yo, triste, cuitado, que vivo en esta prisión, que ni sé cuándo es de día, ni cuándo las noches son, sino por una avecilla que me cantaba al albor. Matómela un ballestero; dele dios mal galardón.

—¿Qué es calandria?

—Es un pájaro.

—¿Un pájaro cómo?

—No lo sé, un pájaro, un ave. Que vuela.

Otras chicas esperan cartas de Burgos. Ese trueque entre presas y presos que no se conocen, que se escriben para aliviar la soledad. Una suerte de agencia de parejas. A distancia. Para ahormar el futuro. Cartas en aluvión, que Ángel recoge en el penal y envía a Málaga. *Prisión de Málaga, 13 de mayo de 1948. Dile a los chicos que a ver si se deciden a escribir a las chicas cuyos nombres mandé, pues todas esperan impacientes y ahora más sabiendo que Lolita ya ha recibido de Pepe. Yo también lo deseo, pues esto sirve para romper un poco la monotonía, y estimular, que ya son muchos años*.

Amalia no ha recibido nada, ni un apunte. Ni una postal. Nada. Agarrada de Manoli del brazo se sienta entre el esparto y mira. «No sé nada de mi gente, estoy muy inquieta. Desde Tánger no es tan difícil mandar algo, es una ciudad abierta, por eso me preocupa. Desde que fusilaron a mi compañero, todo son disgustos. Mi hermana me dijo que quizá se trasladaran a Málaga, pero es una locura. No entiendo que no dé señales de vida, hace meses que no sé de ella ni del resto».

Hablan enredadas entre las hebras de esparto. Los dedos rojos de darle vuelta a las cinchas. No escuchan el runrún de la sotana que se acerca a ellas por detrás. «Amalia Guerrero, aquí tiene su carta». El cura se la entrega y la mira desde arriba. Amalia saca la hoja del sobre abierto y ve todas las líneas tachadas con tinta azul. Solo se distingue la firma. «Con todo mi cariño, Petra». Su hermana.

—Pero, pero… ¿por qué está todo tachado?

—¿Por qué va a ser? Porque escriben cosas que no están permitidas, que yo no puedo permitir. Y hay que tacharlas. Las tacho y ya. Azul, azulito, azulete, como le gusta a usted.

Amalia pone la hojita hacia el sol. La luz no devuelve nada. Todo se vuelve negro.

Lleva días sangrando. Sangra mucho y está pálida. El médico solo le dice que son problemas típicos de mujeres. Pero sangra con la orina, todo es rojo y cada vez le duele más la espalda. La primera vez le pasó en la DGS, pero se fue pasando. Alguna vez se repitió. En Ventas.

Cuando llegaron a Córdoba en medio del traslado. Pero nunca tanto, nunca así.

Hoy quiere cavar un pozo en la tierra y meterse dentro. Con las uñas destrozadas de tramar el esparto, con los dedos gastados, con los brazos, y enterrarse, volverse raíz, o hierba, o lodo, sola, olvidada del cansancio. Porque no quiere más días, primero uno, luego el otro, y otro más. No más días. Recorre con sus manos su propia cara y la siente ajena. Ya no se sabe. Hace siglos que no se mira en un espejo. Ya no se siente. Solo el cansancio.

El médico le manda que se ponga al sol. Es pleno agosto. Se queda sentada en la sombra. Dormita sin hacer nada. Amalia se levanta, luego Sole. Le dan pan untado con manteca *colorá*. No es capaz de tragar. Ana le da aceite puro por la boca. «Tienes que comer». Los niños corretean a su alrededor y le hacen caricias cuando pasan. El tiempo pasa a su lado como un lago, algo inconcreto, algo que se mueve.

Se ve rodeada de mujeres que la miran. Amalia vuelve. «Manoli, he hablado con el médico, hemos recolectado dinero y le hemos convencido para que compre sulfamidas. Estoy segura de que es una infección. Para algo soy enfermera, hazme caso. Te vas a curar». «Me tengo que curar, ahora que dicen que nos van a trasladar a Segovia, no me lo voy a perder». «Ojalá no os trasladen, nos quedaremos aquí muy solas». «Pero con la nota que nos han puesto en el expediente, nos van a castigar. Y ya ves cómo estoy, no estoy para castigos».

Sonríe entre nubes. La fiebre la deja entre humos. Escucha los ruidos, escucha los niños, escucha cuando vienen. Una a una pasan a su lado, colocada entre cestos de esparto a la sombra del patio. Huele el tufillo húmedo de la cuerda. Huele su cuerpo que suda. Por las venas le corre lodo, le corre manteca *colorá*. Densa.

La abuela Encarna se acerca a ella, le besa la frente y le toma la mano fuerte.

—Niña, niña. No te enrames.

—No, abuela.

—Niña, este tiempo terminará. Os van a trasladar. Es un buen presagio, hazme caso.

—Eso espero, abuela Encarna. Pero me encuentro muy débil.

—Niña. Ánimo, que te vas a mejorar. Manoli, escúchame. Intenta no morirte.

Intenta no morirte.

Madrid, 2019

Camino desde el metro de Manuel Becerra lentamente. La calle Marqués de Zafra recién asfaltada. Alcorques recientes. Luego Marqués de Mondéjar. Todo lo nuevo parece de antes. Y al revés. Trato de recuperar una imagen de hace diez años, de hace cuarenta, de hace setenta. No tengo ninguna. Nunca estuve allí. Si estuve, no lo recuerdo. Cada nuevo elemento cubre tan eficazmente los anteriores que la memoria se superpone hasta hacerlos desaparecer. Se borraron los agujeros que dejaron los adoquines levantados. Se construyeron paredes donde hubo ruinas. Nada de eso he vivido. Solo lo siento contado en mí. Trato de verlo.

Hay un recuerdo lejano de un locutorio. Quizá con seis o siete años. Llegar para comunicar con Milagros, con Elvira o con Pilar. Aquellas jóvenes detenidas en Ventas a finales de los sesenta. Antes de que la cárcel fuera cerrada y demolida. Apenas me acuerdo de ellas. Muchachas de pelo largo que mi madre atendía. ¿Habría vuelto mi madre alguna vez antes a ese lugar? ¿Cómo era para ella el regreso al locutorio de su primera cárcel? ¿A las calles que la rodeaban? ¿Al color, al ruido, al agujero? Trato de recordarme caminando con ella de la mano para llegar al locutorio. Trato de recordar si su mirada era triste. O expectante. O inquieta. O alegre. Pero no recuerdo nada. Solo quizá un locutorio blanco. Más blanco que el de Burgos, que era un hueco oscuro.

Camino hacia la calle Concepción Bahamonde por Marqués de Mondéjar. Lo hago tratando de impregnarme de algo en el ambiente. Mirando los balcones a los que se asomaba la gente cuando esa cárcel estaba llena. Mirando los portales ahora cerrados por los que pasaron las mujeres cuando salían en libertad. Mirando las aceras e imaginando las colas de los familiares. Pero todo es artificial, porque no veo nada. Porque no queda nada, porque nada permanece. Es pura contorsión.

Llego al establecimiento al que voy. Fuera solo pone «Reparación

de electrodomésticos». Nada más. Está vacío. Una pequeña estancia con un mostrador de madera. Detrás una mujer delgada. De sesenta, de setenta, no sé. A su lado un chico con una camiseta negra. «Mire, se me ha roto el recipiente de la batidora, una batidora Osterizer. De vidrio. Traigo la foto. Quiero saber si tienen el repuesto». El chico observa, mira la foto que le enseño. Responde sonriente. Es caro el repuesto, pero menos que una nueva. Y más sostenible. No puedo dejar de comentarle que adoro mi batidora. Mientras espero que el chico la traiga del interior pregunto a la mujer: «¿Dónde está la calle Rufino Blanco?». «Es la paralela, la siguiente más abajo. A qué número va». «Bueno, en realidad voy a… Voy a… Voy a la esquina de Rufino Blanco con Marqués de Mondéjar, creo». ¿Qué puedo explicar? ¿Adónde voy? A seguir imaginando. A un lugar que no existe. A un espacio ocupado, a algo que fue. La mujer me mira sin decir nada y no me responde. Llega el repuesto, lo miro. Me diluyo en su observación, casi avergonzado de estar allí. De haber preguntado. De no haber sabido preguntar. Asustado. Absurdo. En realidad no he venido aquí a recrear nada. He venido a buscar el vaso de una batidora. Y de paso… Pago y sonrío. Gracias.

La señora habla. «Mire, salga a la izquierda y luego tome la primera a la derecha. La siguiente esquina es la que busca». Sigo sonriendo. «Gracias, gracias». «Espere, salgo con usted para indicarle». «No se preocupe». «No pasa nada. Vamos». En la acera, toma el camino hacia la izquierda. La sigo, me pongo a su lado, es una mujer alta, delgada, que no me mira. ¿Por qué camina conmigo? Sigo callado y al llegar a la primera esquina me paro dispuesto a despedirme. «Voy con usted, es un momento». Sonrío otra vez. No sé qué decir. Cruzamos la calle y avanzamos. Apenas unos metros. La nueva esquina se abre de repente. Los dos nos mantenemos detenidos en el bordillo. Sin decir nada. Frente a nosotros, unos edificios nuevos. Lustrosos, de ladrillo rojos. Jardincillos cuidados, una verja magenta. En medio, la calzada, que parece un foso. Que parece un hueco. Un acantilado que se abre, una frontera. Miro y la miro. Me imagino que se va a dar la vuelta ya. ¿Y yo? ¿Ya he llegado yo adonde quería llegar?

Su voz me interrumpe. «¿Escucha, escucha el griterío, escucha las voces, escucha las voces? ¿Puede escucharlas?». La miro atónito. La observo, aunque ella no se vuelve. Dirige su cara al frente, insinuando un paisaje lejano. Una *performance*. Una pantalla de cine. Sigo mirándola. «¿Lo escucha, escucha las voces?». Y repentinamente, al volver también la cara al frente, más allá del abismo que es la calzada,

más allá de esa calle estrecha, oigo. Percibo el ruido. El alboroto como de patio de colegio. Los murmullos que ascienden, que son voces. Que son rumores, que también son gritos. Y que llegan mezclados. Voces de mujeres que se juntan. Escucho al borde de ese abismo. Veo la vieja muralla. Los muros blancos descuidados con ladrillos rojos. Las rejas en todas las ventanas. Las tapias. La cárcel de Ventas. Veo y escucho y retorno. «Sí, lo escucho, lo escucho. Sí, lo escucho». Colgado del sonido. Transportado. Escucho. Puedo distinguir distintas modulaciones. Distintos timbres. Distintas emociones.

Cuando vuelvo en mí miro a la mujer que está a mi lado. La que me acaba de vender el vaso de vidrio de mi batidora. Miro sus ojos. Un espejo burilado. Me veo reflejado diminuto en el agua de su pupila. La cojo del brazo. No sé si por alumbrar un gesto de complicidad. De afecto. O porque tengo que asirme a algo para no caerme. Ella se apoya también en mí. En mi propio brazo. Seguimos mirando esa fosa que se abre más allá de nuestros pies. Cerca. Esa fosa que nos estruja. De la que tenemos que alejarnos. Dar un paso atrás para no caer ahí definitivamente. Volver. Volver mientras las voces desaparecen y el asfalto regresa bajo nosotros. Escapar. Nosotros podemos escapar.

«Sí, lo escucho».(Luego pudimos hablar. Ella pudo decirme que su tía y su madre estuvieron allí presas. Decirme sus nombres. Recordar a sus hermanos mayores que iban a verlas. Que entraban cuando había visitas. Ella no, que nació después. Que no entró nunca. Que solo lo vio de lejos. Yo le digo que mi madre también estuvo allí. Que yo también nací después, mucho después. Que quizá de niño vine con ella a ver a mujeres de las nuevas generaciones que estaban allí encarceladas. Que nunca más he vuelto hasta hoy. Hasta ahora que tenía que reponer mi batidora. Que yo no soy crédulo ni impresionable. Que nunca veo nada. Que no presiento nada. Que soy muy cerebral. Que nunca antes he oído voces, que, que, que. Me excuso por mi fragilidad. Como siempre. Me despido de ella. La calle retoma su forma. Sí, lo escucho).

«A cuatro bajo cero se respira / el aire como si fuera el cielo / que es el aire lo que se respirara. / Corta y se expande y un instante / rebrota antes de herir».

OLVIDO GARCÍA VALDÉS

7. Sin sed. 1948. 1952. 1956

Se abre con muerte. Se cierra con muerte. La cancela. Es de noche.

Avanzan por el pasillo ancho hasta la primera puerta y suben la escalera hasta la oficina. A lo lejos han visto ese espacio central de vidrio, como una colmena. Desde allí, en la escasa iluminación que brinda una bombilla pobre, les ha parecido ver una mano que saludaba. Que se elevaba y que se movía.

Un hombre con cara de sueño está sentado junto a una funcionaria delgada y alta. Ella sobre el uniforme lleva un jersey de lana azul, luego la capa. Se colocan apelotonadas tras la guardia civil, que por fin les quita las esposas. Han llegado andando desde la estación, pero no han podido arrastrar sus pequeños petates consigo. Exhaustas, miran alrededor buscando algo. ¿Qué? Un gesto de condescendencia, una mirada.

Luego de ese viaje al revés por Córdoba, Linares, Alcázar, los días en la cárcel de Ventas han sido un consuelo. Un consuelo lleno de abrazos, de alguna comida, de noticias, de recuerdos. Para Manoli ha sido un plan de reposo. Sangre y dolor han remitido, color en la cara, color en la cabeza. No va a morirse, no está dispuesta. Se coge el pelo abundante en dos grandes trenzas y se lo echa hacia atrás. Llegar a Segovia y descansar.

Cuando se abre la puerta para que pasen a la pieza en la que van a dormir, solo hay suelo. Se vuelven hacia la funcionaria, «pues haber traído los petates, señoras». Pero las señoras no van a tirarse al suelo sin más y comienza el lío. Cuando los gritos suben de tono y la funcionaria intenta dirigirse a la puerta de salida, las voces aparecen al otro lado. Gritos dentro, gritos fuera, gritos de mujeres. La puerta al otro lado de la sala se abre hacia la galería de detrás, casi a oscuras. Manos, brazos, saltos. «Chicas, os esperamos, chicas, no os preocupéis, chicas, hay cena, chicas, no os vamos a dejar ahí, chicas, chicas, chicas…». Se miran entre ellas. Han llegado al penal de las peligrosas, de las jodidas políticas, de las gritonas, de las revenidas, de las

matonas, de las putas rojas. La Prisión Central de Mujeres de Segovia.

Demasiado tarde. Mucha noche. Cansadas. También las funcionarias. Se miran, miran a la mujer delgada que sigue con su capa en la puerta, agazapada. «Hay que darles colchones y que se pongan en la sala de arriba». Calla. «A ver, ¿ustedes dos no venían enfermas?, ustedes dos, ustedes dos. Pues que las lleven a enfermería». Se vuelven Sole y Manoli. «Ni hablar, vamos con las demás. Ni hablar».

Pasan al rastrillo donde están todas, son un montón. Apenas llegan a verlas porque se abalanzan sobre ellas, les cogen las maletitas de cartón, las achuchan y las abrazan. Las caras conocidas. Ahí están, más ajadas, más viejas, pero sonriendo con las manos, con los brazos. Joseamalia, Paquita, Pili, Toñi, Carmen, Isabelita. Gritan, gritan y bajo los gritos la noche se acalla.

No se había muerto. No podía morir sin ver esto acabar.

Está sentada tras su mesa de la oficina de la cárcel de Segovia. Con una funcionaria frente a ella. Coge el cuaderno de claves y trascribe la información. La información que ha entrado en un envoltorio diminuto en una lata. Debajo de las sardinas. La lee una y otra vez y la trascribe en el cuaderno de labores para que todo el mundo se entere. Han fusilado a Seoane y a Gayoso. En La Coruña. El 6 de noviembre de 1948. El doctor Bartrina ha sido conmutado en el último momento y trasladado al penal de Burgos. Las cuatro mujeres se han salvado: Mary Blázquez, Tina Gallego, Carmen Orozco, Fina González Cudeiro.

Trascribe en su complicado lenguaje del punto. Para que todas lo sepan, para que se enteren. ¿Qué será de las mujeres? ¿Llegarán a Segovia?

Recuerda la carta de Burgos. De Ángel. Deja el lápiz y mira al frente, mira de hito en hito a la funcionaria, que también la mira. Mira casi insultante. Vigila y recuerda. Las palabras. Las palabras que nos salvan. Las palabras de las cartas que son casi el único refugio frente a los sobresaltos.

Sigue trascribiendo. *El día en que España recobre la libertad, cuando la bandera tricolor sea enarbolada en montes y aldeas por los guerrilleros, ese día, camaradas*… Lo trascribe y se ve como una taza hueca. Un tambor que no retumba, un instrumento sin sonido. Trascribe. ¡Al combate, camaradas! *¡A luchar!* Trascribe. La cara de Mary se le aparece en la hoja. Su cara de entonces, de hace diez años, la última vez que la vio en la Dehesa de la Villa. Rubia, con aquellos ojos claros, al lado de su novio, tan chiquito, ella tan alta. Trascribe. *Sed inflexibles*

con los enemigos del pueblo… Mira de nuevo a la funcionaria. Que también la mira.

La puerta del rastrillo se abrió a las seis de la tarde. Llevan todo el día esperando. Las cuatro mujeres entran y alguien da el queo. Todas las internas se dirigen hacia el pabellón central, las funcionarias gritan. Da igual. Van en tropel. Las miran desde lejos. Apenas las ven. Se quedan esperando que los trámites de registro sean rápidos. «Vayan a sus cosas, vayan al taller». Se quedan. A través de las ventanas de las celdas el gris del cielo ha invadido el día, ahora es de noche. Es 8 de diciembre. De 1948. La purísima.

Cuando la puerta se abre, se oye la voz de la funcionaria. «A enfermería». Llegan al centro entre las galerías las cuatro mujeres. Cuatro fantasmas. Tina con la pierna en ristre apoyada en Fina. Carmen delgada, pequeña, sonriente. Al final Mary Blázquez. Rubia, bella, los ojos azules que observan. Manoli se lanza sobre ella. Se abraza. Se pega. Entonces se da cuenta. «¿Pero de cuánto estás?». «Casi de seis meses». Y se ríen. Se ríen. Algo se desatasca. Todas las manos se acercan a su tripa. La acarician, la aprietan. «Parezco una virgen, no me toquéis tanto». «Virgen no, virgen no». María Victoria, la funcionaria joven, recién llegada, ríe también. No puede evitarlo. La funcionaria antigua, María Sacristán, mira furiosa.

«A enfermería, a enfermería». Las ven alejarse. La risa suena en el frío terrible de las paredes del penal, el frío de Segovia. Risa y frío. La cena de hoy.

Sombras que titilan en los azulejos quebrados de las duchas.

—Me gustaría dejarlo escrito para mis nietos —Mary lo dice sin tono, como de pasada.

—¿Para tus nietos? Pero si aún no has parido, Mary. De momento para tu niño. O para tu niña —contesta Manoli.

—Mi hija ya tiene ocho añitos, Manoli.

—Bueno, pues escríbelo para tu hija y para lo que venga.

—Para lo que venga… ¡Cómo suena! ¿Qué será lo que venga? Es el segundo niño que voy a parir en la cárcel. Mi hija nació en Ventas. Ahora este.

—Pero es la alegría. La alegría. Imagínate. Es un buen presagio. Ese niño que venga vivirá en libertad.

—¿Tú crees?

—Claro que lo creo. Estoy segura. Falta menos. Ya verás. Esta

criatura nos traerá suerte. Te lo digo. Pero ponte a escribir, escribe para que no lo olvides, para contárselo a tus hijos.

—Escríbelo tú, Manoli. Tú escribes mejor, tú sabes, Manoli. Más que yo. Yo te cuento y tú lo escribes. Será tu regalo por el nacimiento. Escúchame y escribe.

—¿Yo? Con todo lo que tenemos que hacer. No podemos parar de hacer paños, Mary. Hay que vender algo para Navidad, estamos secas.

—Escucha mientras te lo cuento y ya lo escribirás.

—Bueno, venga, te escucho. Y ya veremos.

Paquita las mira a ambas. Está con las cinco agujas haciendo una labor. Primorosa, dice la monja. Ella la imita. «Primorosa, primorosa. Hace un frío que corta el cutis, primorosa». Risa, risa.

—Cuenta, Mary. Cuenta.

«Cuando salí de la cárcel de Durango estaba rota. En 1943. La niña con mi hermana, yo hecha un guiñapo. Llegué a Madrid como atontada. Manolo estaba preso todavía. Yo quería ayudarlo, pero también quería dejarle claro que ya no, que la niña era de los dos, pero que estábamos lejos uno de otro. La gente me dijo que parecía una crueldad. Y ya ves, lo fusilaron en agosto de este año. Salió, estuvo unos meses fuera y lo cogieron y lo mataron. ¿No lo sabías? Matan a tantos, todavía ahora. Por lo del polvorín de Alcalá. Lo mataron en Ocaña. Por eso te digo, que dos niños que voy a tener y los dos sin padre, los dos con padre que les han fusilado. Los dos huérfanos y conmigo en la cárcel. Bueno, no me pongo derrotista, pero es que no me digas. Bueno, bueno. Pero ¿os cuento o no? Sin penas, está bien. Sin penas. El caso es que en Madrid me puse rápido en contacto con el partido. Andaba físicamente mal, me había quedado mal después del parto de mi hija, tuve infección. Pero en la calle salí adelante. Con la ayuda de mi hermana, la pobre, siempre de arriba para abajo. El partido quería mandarme a Barcelona, porque parecía que Madrid era demasiado peligroso para mí. Al final, me fui a Coruña. A Coruña, más lejos imposible. En Coruña teníamos que ayudar a la organización de la guerrilla. En toda Galicia, claro. Mi primer contacto fue con Fina Cudeiro. A través de ella conocí a un grupo pequeño, y me presentaron a López. López, qué nombre feo. Apellido, vaya. Pepe Gómez Gayoso, me refiero. Era él. Me lo presentaron para que trabajáramos directamente. Como su asistente, qué sé yo. Era gallego, se sabía muy bien las maneras del sitio. Leía, me contaba cosas y de vez en cuando se le escapaban frases y dichos que eran de otros sitios. Me di cuenta, pero no dije nada, claro. Luego supe que en realidad él venía de Cuba, después de la guerra había

logrado salir con su mujer, que era valenciana, hacia América y estaban en Cuba. Tenía un niño. Tiene un niño. No ha sabido nada de ellos durante todos estos años, no ha escrito, no le han escrito. Muy cuidadoso con todos los contactos. Yo también. Ya sabes que para eso soy muy estricta. Mi hermana no ha sabido nada de mí en cuatro años. Ni yo de ella ni de mi niña, la pobrecita. Hasta ahora que la he visto por la fotito que me ha mandado mi hermana. El caso es que la niña ya tiene ocho añitos, imagínate. Todo el tiempo lejos, desde que la sacamos de la cárcel para que no se me muriera de tosferina. Con mi hermana. ¿Por qué me preguntas eso? Pues claro que la he echado de menos. Pero ¿qué podía hacer? Yo pensé que rápido esto acabaría, que con la guerra mundial ganándose sería cosa de darle un empujón. Que no nos iban a dejar solos. Todavía lo pienso ahora, con la guerrilla por todas partes vamos a conseguir que los aliados se decidan de una vez. Como dice el partido, ¿no? Es lo que toca. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos tú y yo, Manoli? Yo creo que en guerra, en la Navidad del 38, ¿verdad? ¿A primeros del 39? Puede ser, puede ser».

Mary calla. Manoli la mira. También Paquita. Todas quedan en el silencio de la noche, con las agujas que no se caen de las manos. Telas que crecen como un ajuar interminable, paños de color crudo que serán colchas, que serán manteles, que serán mantos para las vírgenes. Cosen como Penélope, tejiendo esa urdimbre imperecedera.

—Yo lo que mejor sé es bordar en realidad. Creo que eso daría mejores frutos —dice Mary.

—Pero con ese barrigón ahora no tienes que preocuparte. A ver si para Navidad conseguimos que nos traigan de la calle hilos de colores para bordar y telas blancas de algodón. Para sábanas. Pero de momento, tú vete haciendo lo que quieras. Además, tienes que estar fuerte para el parto. Mejor es que te vayas a dormir.

—Sí, mejor es que me eche. En este fantástico suelo. —Y se sonríe.

—Mañana nos sigues contando.

—Esto va a parecer *Las mil y una noches*. Voy a ser vuestra Sherezade.

—Y yo que tengo que escribir para tus hijos, ¿quién voy a ser? ¿Barba Azul? —Y Manoli se ríe al decirlo.

Bajo la bombilla tenue del váter, se ríen. Se ríen y se tapan las bocas con la mano. Mary se levanta con cuidado y va hacia su celda. Avanza y no puede evitar llenarse de congoja. De congoja porque se siente de luto. Se para en el corredor para que nadie lo note cuando entre en la celda y se acueste en su pedazo de petate en el suelo. No quiere que nadie la consuele.

Prisión de Segovia, 22 de diciembre de 1949. Dentro de dos días vuelve a celebrarse Nochebuena y una más que las circunstancias nos mantienen separados, ¿será la última? Esta es mi esperanza y no puedes imaginar la cantidad de proyectos que formo, pensando que pudiera ser así. Me veo a mí misma con mi carácter, más formado, es verdad, pero más amargado, quizá hasta con mal genio, producto de las circunstancias y de que ya soy más vieja. Ángel, te mando el jersey, unas galletas para ti y el portapapeles para que se lo des a los chicos… No tengo carta tuya desde el 12 del 12. Necesito aquellas direcciones que mencionamos. Te quiero mucho. Por favor, cuídate mucho y no estés preocupado, recibirás noticias mías. Te envío miles de besos. Tu Manoli.

María Victoria, la nueva funcionaria, ha traído telas de retor e hilos de colores, de los brillantes. Han hecho un bastidor con unos palos y Mary está bordando unas flores. «Un tú y yo, a ver cómo me sale». Bajo la bombilla del váter las palabras le brotan.

«Yo no quería que me pasara nada con Pepe Gayoso. Nada. Trabajábamos como locos. Él y Seoane montaron unos dispositivos en los dos años que estuvimos trabajando que ahora resulta increíble de contar. Grupos por todas partes. Se organizó a muchísima gente en Galicia. La guerra mundial se había acabado solo hacía unos meses. El partido dijo que con grupos de guerrilla fuertes en las montañas sería mucho más fácil que las potencias entraran y sacaran a Franco. Pepe y Seoane se pusieron manos a la obra. Con la gente, claro. No ellos solitos. Yo era responsable de montar *El Guerrillero*, que era el periódico. A primeros del 47, el año pasado, éramos miles. Bueno, no me mires así, éramos cientos, en la montaña y en el llano. Cientos. Yo lo sé porque sabía lo que mandábamos y lo que teníamos entre manos. Logramos montar operativos por todas partes, contra la Falange, contra los estraperlistas. Teníamos mucha presencia. Recibíamos más cosas en los barcos que llegaban de América, más desde que acabó la guerra. Hubo muchos enfrentamientos con la guardia civil, pero salíamos bien parados. No se lo esperaban. Y todo funcionaba bien engrasado. Yo vivía con Pepe en una casa cerca de la Marina en Coruña. Vivimos en muchas, pero en esa estuvimos varios meses. Lo recuerdo porque… Bueno, yo quería evitarlo. Yo sabía que él estaba casado, que tenía un hijo. Yo sabía lo que nos jugábamos. Pero no pudimos impedirlo. Leíamos, montábamos el boletín, él salía a sus reuniones clandestinas, yo a las mías. Decíamos que éramos un matrimonio. A los vecinos, digo. Y lo acabamos siendo. Yo nunca me había sentido así. Así de alterada, quiero decir. Traté de controlarlo,

yo creo que él también. Pero ya está. ¿Que si nos enamoramos? No nos lo dijimos así nunca. Ahora no sé qué decir. Ya, lo sé. Pues sí, nos debimos enamorar. Por eso ahora me siento así. Como una viuda. Sola. Sola sin él. Pero no lo puedo decir, no me gusta hablar así. Pero sí, sí. Pensé que podríamos vivir así eternamente. Felices. No sé qué digo. El primer año todo fueron éxitos. Como cincuenta acciones guerrilleras, las contábamos en *El Guerrillero*. Entramos y dimos mítines en casi treinta pueblos. Cogimos camiones con leche y con mantequilla y las pudimos distribuir. Robamos armas en destacamentos de falangistas. Es verdad que el tal coronel Varela empezó a reprimir fuerte. En agosto pasado cogieron a un chaval de veintiún años, a Rodríguez Gallo. Lo torturaron de manera salvaje, pero el pobre no dijo ni mu, terminó suicidándose en la cárcel de Coruña. Seguimos. Nos mataron a gente, claro. Pero la red se extendió por los pueblos, con colaboradores que estaban abajo, en las ciudades. Y la demás gente en el monte. Yo además trabé relación con gente de la Universidad de Santiago. A veces iba con Pepe, pero después fui sola. Yo creo que sirvió. ¿Qué, qué me dices? Ya, ya lo sé, pero no quiero hablar de eso. Pepe fue claro, estaba casado con Conchita. Ella era su segunda mujer. Pero así fue. Para ellos siempre es fácil. Era un buen camarada, era muy inteligente, muy culto, muy disciplinado. Valiente. No quiero hablar de eso. Era mi compañero. Pero ahora, para todas, su compañera es su mujer. Así es, no quiero ponerme más triste. No me preguntes más, Manoli. No me preguntes de eso».

Respira y mira al techo, donde la bombillita. Paquita deja su paño a un lado, se levanta y le acerca el agua. Bebe. Traga. Sigue.

«Teníamos una cita con Fina y con Seoane. Eran citas siempre con mucha seguridad. Eran cada tanto y no creas que a tontas y a locas. De hecho, en más de dos años nunca nos habían fallado. Pero hubo un chivato, un malnacido, un cabrón, un canalla. Sí, lo digo así. Que no, que no lo torturaron, que le ofrecieron cosas, que fue directo. El caso es que el día 10 de julio de este año que se acaba cogieron a Seoane y a Fina en un bar. Pero no lo supimos. Cuando el día 11 fuimos a su casa tal como habíamos convenido, llamamos a la puerta con los cuidados de costumbre y la policía abrió. Abrió un guardia y nos encañonó. Yo entonces me adelanté para que Pepe pudiera huir por la escalera. Me puse delante de él y le di un empujón al policía. Pepe se tiró escalera abajo, pero el poli se recuperó y se puso a disparar. El primer tiro me lo llevé yo, aquí, en el estómago, aquí. Me caí hacia atrás, empecé a sangrar. El poli se fue tras Pepe y siguió disparando. Otro poli cayó sobre mí, que trataba de levantarme. Dentro había un

regimiento. Yo solo vi que corrían por la escalera y que disparaban. Luego supe que un tiro le dio en la cara, en el ojo izquierdo. Aun así siguió corriendo, pero sin parar de sangrar. En el camino perdió la pistola, si la hubiera llevado encima no lo cogen. No lo cogen, te lo digo. Lo habrían agarrado, pero muerto. Nos llevaron al hospital, claro. No nos vimos, pero lo sabíamos a través de alguna enfermera. A mí me pusieron en la cama y haciéndome las curas ya me estaban interrogando. Luego me curaron y me ataron a los barrotes de la cama, no me quitaban las esposas ni para comer. ¿Operarme? ¡Qué me van a operar! La bala se quedó dentro. Imagínate. La tengo dentro. Dejé de sangrar. No me di cuenta de que estaba embarazada hasta octubre, poco antes del juicio. Porque se me retiró la regla, pero claro, con las torturas, la bala, no sé. Me quedé en los huesos y al tiempo empecé a engordar. Se lo dije, claro. Fue peor. Sois como conejas las rojas, putas conejas, todo os gusta. Puta coneja. Yo al final pensaba, voy a abortar. Pero no, hija, la bala soldó al niño a la tripa. No os riais. Es un niño curtido este, pobrecito. O una niña. Con Pepe logramos pasarnos información, claro. Pero no nos vimos nada más que una vez, el día del juicio. Estaba tuerto del balazo. Me enseñó de lejos un retrato suyo de perfil con una dedicatoria, pero no logré leerlo desde tan lejos y no dejaron que me lo diese. No sé qué pondría. Luego pude decirle que estaba embarazada, que esperábamos un hijo. No sabía si decírselo o no, yo tuve claro que lo iban a matar. No sabía qué era preferible pero pensé que era mejor que lo supiera. Que en medio de esta zapatiesta yo estaba en estado. Y eso que tomábamos precauciones. No sé, al final me digo que es un regalo del amor. Y de la revolución. No seas tonta, no te rías. No soy una cursi. Ahora este niño que va a venir me ha mantenido serena, viva. Ha sido un regalo. Pobrecito niño. O niña. Pero vámonos, que ya es muy tarde».

—¿Te pegaron mucho?

—Pues os podéis imaginar. Nos tuvieron un mes en los calabozos. A mí me malcuraron de la bala y luego palo y palo, y me quemaron, bueno, no quiero seguir. A la pobre Tina Gallego la han dejado medio paralítica de una pierna, ya la habéis visto. Yo adelgacé tanto que parecía trasparente, pero claro, me empecé a hinchar. Con el embarazo.

—¿Pudisteis hablar en el juicio?

—Pues como había habido tanta campaña internacional, había cuatro cónsules extranjeros. Por eso nos rebajaron las penas a algunos. Pepe habló por un cuarto de hora, el juez se comía las manos, pero no se atrevió a cortarle hasta el final. Estaban todos furiosos, sobre todo

cuando describió las torturas. Yo allí sentada, con la bala dentro. No sé.

—¿Pero tú lo viste, no? ¿Pudiste hablar con él, pudiste despedirte? ¿Pudiste…?

—Ay. Pude y no pude. Estábamos separados. Las mujeres de los hombres. Nos mirábamos. Nos hacíamos gestos. Pero no me pudo dar el dibujo. No sé qué ponía. No lo sé. Los mataron el día 6 de noviembre, quince días después del juicio. Ese mismo día a nosotras nos trasladaron para acá, también muy rápido.

—Vámonos, chicas. Ya es hora.

Es Paquita la que habla. Se siente acongojada. No quiere que se le note. Se levanta y se da la vuelta, con su labor de ganchillo en la mano. «Estoy bien, Paqui. No te preocupes. Yo soy dura, Manoli lo sabe. Yo estoy bien». Pero Paqui no la cree. Nunca la cree. Tiene la sensación de que no usaban las palabras para expresar sus sentimientos, sino para ocultarlos.

«Mary, ¿tú alguna vez has matado a alguien?». Paquita la observa desde sus ojos azules mientras fabrican unas canastillas para el día de Reyes, cuando los niños entren a ver a sus madres. «¿Por qué me preguntas eso?». «Porque en la guerrilla hay enfrentamientos, y se ajusticia gente del régimen, y hay tomas y ataques, ¿no?». «Sí, pero yo estaba en retaguardia. Tenía una pistola, la sabía manejar, claro. Pero yo estaba en labores de logística, el periódico…». «¿Pero te dabas cuenta de los ataques, de que había gente que moría?». «Claro que me daba cuenta, sobre todo cuando los caídos eran nuestros. Pero la situación es así. Es la lucha». Mary mira con sus ojos azules los otros que la observan. La mira con ternura. «Es una guerra, Paqui. Es una guerra». Y sigue callada, ordenando los paquetitos humildes con los que recibirán a los niños.

«Chicas, necesito estirar las piernas, con el embarazo las tengo tan hinchadas». Manoli se levanta con ella y salen al patio. Dan golpes con las zapatillas a la escarcha. Miran el suelo paseando, calladas.

—Estás muda. Nunca hablas de ti. De ti. ¿Tú cómo te sientes? —Manoli vuelve la cara para mirarla mientras se lo dice.

—Ya os lo he dicho. Estoy bien. Lo que importa es que hagamos lo que se espera de nosotros. Yo soy una buena militante, siempre lo he sido. Por encima de todo. No voy a flaquear ahora por estar embarazada.

—Pero es normal que estés triste. Es normal que estés confundida. Es normal que…

—Déjate de líos. Hay que seguir. No me hagas más líos. Ya sabíamos que era así. Nos exponíamos. Esto es una guerra. Matar o morir. No queda de otra. No me digas lo contrario. Es una guerra. Hay que ser disciplinadas. Hay que superar los sufrimientos.

—Mary, ojalá fuera como dices. Tan fácil. Pero estamos aquí, congeladas, hambrientas. Llevamos años presas. Y esto no acaba. Parecía que sí. Yo aún lo quiero creer. Pero estamos aquí y estamos vivas. Acuérdate. Estamos vivas. No es de frívolas enamorarse en medio de la lucha, ya lo sabes. Podemos perder la cabeza entre las balas y no pasa nada. Nada. Tenemos sentimientos y tenemos dilemas. No es tan fácil.

—Pero no estamos solas. Está el partido. Está el partido.

Salen al patio a hacerse las fotos y se arraciman para entrar en calor. Se ponen todas juntas en varias filas con los niños que han entrado. Sus hijos, sus sobrinos. Cantan villancicos y tocan unas zambombas que han construido con cartones rotos. Las funcionarias dan vueltas alrededor, renegando de estar allí vigilando a las cautivas. Quieren estar en su casa. Llevan sobre los gruesos jerséis de lana los capotes reglamentarios. «Mamá, las funcionarias parecen brujas. Sobre todo esa». Se lo dice Loli a Piedad. Todas se ríen. «¿A qué vamos a jugar hoy? ¿Por qué no jugamos a comunicar en el locutorio y que está papá? Vamos a jugar a que papá ha venido hoy también». «Mejor os voy a enseñar un juego diferente. Vamos a jugar al pañuelo y así nos calentamos». Pili organiza el juego como si estuviera en el patio de su colegio de la Institución Libre de Enseñanza. Entorna los ojos en el gris del día y lo ve. Ve a las niñas saltar y saltar y ordenar los parterres de plantas, y adornar los viejos olmos y los chopos con colores, y fabricar muñecos grandotes con telas, y leer poemas. Lo ve todo mientras coloca ahora a esas criaturas delgaditas a los dos lados del patio y explica el juego. «El que primero llegue a su grupo gana. Cada vez se elige a uno de representante de cada grupo. Democráticamente. Y todas las niñas y todos los niños tienen que jugar. Ah, y una cosa, si es un grande frente a un chiquitín, el grande cuenta tres antes de correr hacia el pañuelo». «Pero eso no es justo, todos somos iguales». «Claro que es justo, porque precisamente no todos somos iguales».

La algarabía oculta a las mujeres que a un lado revuelven la olla donde han hecho gachas. La revuelven sin fuego, sin lumbre, para que no se apelmace, antes de llevarla a la cocina para calentarla. La gran cocina de Reyes. Además, han envuelto como han podido los regalitos

para cada niño, un juguetito de madera, una labor bordada, un pañuelito con sus iniciales. Están expectantes, han recibido también las misivas que los niños traían escondidas para ellas. Las leerán por la noche, cuando las brujas de los capotes hayan desaparecido. Las guardan dentro de ellas, es su regalo.

Fina no ha recibido a nadie, su familia está en Vigo, nadie puede llegar desde tan lejos. Pero Juanito, el sobrino de Pili, le ha traído su cartita. No sabe cómo ha funcionado la red, pero le ha llegado. La guarda como un capricho, una cartita de su hija.

—¿Pero a los niños no los registran a la entrada?

—Claro que los registran. De arriba abajo. Los miran con todo detalle —le dice Joseamalia a Fina.

—¿Y entonces?

—Los niños son muy listos, qué te has creído.

—¿Pero ellos saben lo que traen?

—Claro que lo saben.

—¿Y nunca se despistan?

—No, no se despistan. Qué se van a despistar. Son nuestros ángeles. Ya lo ves.

Juanito la mira y sonríe. Juanito tiene ocho años. Juanito sabe, Juanito calla. Juanito lleva callando desde siempre, cuando cogieron a su madre y la metieron dentro. Luego a su padre. Luego a su tía Pili. Calla y hace lo que le dicen. Cuando el funcionario le pregunta en el penal de hombres, pone cara de tonto y dice la verdad a medias. «A mí nadie me ha dado nada». Calla.

Manoli entra corriendo al patio. Viene de la oficina. Se acerca a Pili y a Joseamalia. «Vamos a tener una visita de una delegación, una periodista chilena o argentina. Lo he oído en la oficina». «¿Cuándo?». «A finales de enero, pero no me he enterado del día». «Pues habrá que prepararse bien, hay que aprovechar». Pili sigue con el juego.

—A ver, otra vez. Ahora cada vez que alguien gane con el pañuelo, tiene que decir una adivinanza. Y a ver quién la acierta.

—No, Pili, no. No. Que hace mucho frío.

—¡Qué va a hacer frío! A ver, voy yo con la primera. Todos pasan por mí, yo no paso por nadie, todos preguntan por mí, yo no pregunto por nadie. ¿Qué es, qué es?

Se revuelven, gritan. Se dan choques y se tiran de las mangas. «¿Qué es, qué es?». La voz profunda de la niña más alta resuena desde el final. «La calle. Es la calle».

Ha deshecho la cama, colocando las mantas en el alféizar como si

alguien la manipulara desde lejos. Como una marioneta. Después, lentamente ha dispuesto la sábana bajera, tirando de los bordes para dejarla tensa. Perfecta, sin una arruga. Ha colocado encima la sábana de arriba, las dos mantas de lana lisas, el embozo bordado que es parte de su ajuar. En un lado lleva su inicial, la V en letra gótica. Estira todo, redobla. Con sumo cuidado. Coge la colcha para situarla encima, pero en ese momento se sienta al borde de la cama. Mira hacia la ventana entornada.

Ha despedido distraída a su marido esa mañana. Quería quedarse sola. Mirar para dentro. Se siente manejada por un tiempo que no es el suyo. Turbada, hace repaso del último mes. Se ve doblada por dentro. Tan revuelta que le duele el estómago. Mira la imagen de la Virgen de la Fuencisla sobre el arcón, pero no le devuelve ningún consuelo.

Cuando se enteró de que iba a llegar una delegación chilena, supo que habría lío. Lo vio en la cara de Manolita, que sin mirar prestó atención al comentario del director a María Sacristán. No movió el gesto, pero lo intuyó en algo de su mirada mientras seguía pasando oficios a máquina. Supo que las presas no iban a dejar pasar la oportunidad. Supo que tendría consecuencias. Hubiera querido detener el tiempo, volver atrás. Solo rezó. Pero no fue bastante.

El día que llegó la enviada de Chile hacía el mismo frío de siempre. Era martes, se acuerda porque los lunes suele ir por la tarde a la parroquia, pero no le dio tiempo. Habían limpiado todo y habían encendido las calderas. A la periodista la acompañaba María Topete, la directora de la prisión maternal de Madrid. Hasta don Adrián el director le tenía miedo. Las presas estaban bien dispuestas en filas. La chilena avanzó sonriendo con toda la corte de la dirección a su lado, ella iba la última. La chilena se paró y preguntó a Pili Claudín. Pili habló con su voz suave. La chilena comenzó a torcer el gesto. El director la urgió a callar. La chilena se volvió y con su propia mirada impulsó las siguientes palabras. Ahora mira a Mercedes Gómez. Y la voz de Merche resonó como un trueno. Los váteres están dentro de las celdas, el suelo es de cemento, puede usted verlo, encima ponemos los petates para dormir, mire usted el frío que hace. No, la atención médica es espantosa, el médico ni nos mira, usa las jeringas sin hervir el agua, no hay sábanas, lavamos con el agua fría de los patios, nos duchamos casi siempre con agua fría, la comida es escasa, apenas un caldo, llevamos años aquí, años, años. No señora, yo estoy aquí por luchar contra Franco, por querer la democracia, por la libertad. No señora, no somos asesinas, somos demócratas. No señora, no podemos ver a nuestras familias nada más que en el locutorio, cuando vienen a

comunicar, pero nuestras familias casi no pueden venir. No, señora, nos obligan a ir a rezar. No, señora, no hay paños, no hay toallas. No, señora, no, señora, no, señora.

La chilena se llamaba Klinfel. De apellido. ¿Y de nombre? No lo sabe. Todo eso pasó en la tercera galería. En medio de un silencio que se cortaba. La visita acabó ahí. Se fueron a comer. A las ocho de la noche fue la Junta de Disciplina. La dirección entró en pánico. Demasiado tarde para el alboroto. Al día siguiente metieron a Merche en la celda de castigo y se armó el motín. Las presas políticas comenzaron a gritar, a patalear, a moverse por los pasillos de las galerías, por las salas comunes. El director trajo a funcionarios de la cárcel de hombres para reducirlas y meterlas en sus celdas. A empujones primero. Pero no pudieron. A golpes después. Pero no pudieron. A porrazos luego. Ya era de noche. Ya no hubo rancho. Ya no hubo nada. Y entonces decidieron ponerse en huelga de hambre. Primero las dejaron en sus celdas como estaban, solo con los petates, se llevaron fuera todo lo que tenían. Su ropa, la escasa comida almacenada, las labores a medio hacer. Lo tiraron todo al patio. En medio.

Ella se fue a su casa caminando como siempre, pero ya de noche cerrada. Su marido estaba inquieto esperando su llegada. No supo qué decirle. Todavía no sabe y calla. Ya hace un mes. Eso fue el 25 de enero. Mal augurio para este 1949 recién empezado.

Al día siguiente continuó la huelga. Y al otro, y al otro. La dirección general empezó con los castigos, con las separaciones, con el paso a celdas incomunicadas de algunas. Recuerda cuando María Sacristán encerró a Manolita en la celda de castigo: usted misma escribirá cuando le toque las notas graves en sus expedientes, nada de redenciones, perderán todos los derechos, no podrán comunicar hasta nueva orden, no saben lo que están haciendo. «Pues saquen a Merche de la celda. Saquen a Merche».

A los cuatro días, con la cárcel llena de funcionarios de otras partes, el olor era tremendo. A acetona. A hambre. Algunas tuvieron que ser llevadas a la enfermería. Estaban heladas, estaban enfermas, estaban hambrientas. Apuntó todo, los nombres, las dolencias, las fechas. Lo apuntó en su libro de oraciones. Como si fuera una letanía. A Paquita Molina se le reventaron los oídos, con sangre por todas partes. Josefina Amalia Villa tuvo una pulmonía. Cecilia Cerdeño tenía las piernas tan hinchadas que no podía ni andar. Pilar Claudín tenía un cólico. Un serial de desgracias.

La huelga duró cinco días. Luego las castigaron en celdas de

aislamiento.

Cuando abre la puerta de la celda de Manolita la mira desde el otro lado. Trata de sostenerle la mirada, pero baja la cabeza. Le insiste. ¿Por qué no se arrepienten? ¿Por qué no lo escriben y piden clemencia? ¿Por qué no cejan en esto, no se da cuenta de que va a enfermar, de que ya está enferma? Quiero ayudarlas, no dejo de rezar por todas, por usted. Pero Manolita no le contesta más que con un movimiento de cabeza. Negando. Después, antes de que se cierre la puerta, responde: «Usted sabe cómo ayudar, María Victoria. Y no es solo rezando».

Se hizo funcionaria de prisiones porque no estaba dispuesta a quedarse simplemente en casa a cocinar y criar hijos. Se hizo funcionaria porque quería ayudar. Porque quería auxiliar a que esas pobres mujeres encontraran el camino. Se arrepintieran. Salieran dispuestas a una nueva vida después de la cárcel. Por compasión. Por eso reza por ellas cada día y las trata como una buena cristiana. Cumpliendo el régimen, pero con humanidad.

Vuelve a mirar la imagen y trata de orar en silencio. Pero no le sale. En los dos años que lleva en la cárcel de Segovia las oraciones se le han ido secando. No se lo puede permitir. Porque ella es una buena creyente. Porque a su hermano lo mataron los rojos, un chico adolescente cuyo único delito era ser de Acción Católica. Con quince años.

Se levanta y va hacia el arcón. Levanta la virgen y la pone en el suelo. Sube la tapa y saca de entre las telas la bolsa con las sulfamidas, la carta del marido de Manolita que ha llegado del penal de Burgos, un bote de leche condensada, una toalla pequeña, un lápiz, papel cebolla. Lo mete en su capazo y vuelve a colocarlo todo. Se siente febril, a punto de desplomarse. Al llegar al perchero del vestíbulo se pone el capote azul oscuro de funcionaria, abre la puerta y sale a la escalera. Tarda casi media hora en llegar a la cárcel andando.

Por el camino reza. Libre de la cólera de dios que la habitaba. Reza mientras piensa la mejor manera de abrir la celda de castigo de la cuarta galería y entregárselo a Manolita. Como si fuera el fruto de un expolio.

Calandria común (Melanocorypha calandra) *Ave de pequeño tamaño, pero de aspecto robusto. En esta especie dominan los tonos marrones en el dorso y el listado oscuro. Destacan la cabeza grande y el pico grueso. El canto consiste en un flujo continuo de secuencias cortas, trinos y gorjeos. Imita el canto de otras aves, peculiar comportamiento que le hizo*

protagonista de los versos del Romance del Prisionero. *Se toma como símbolo de la vida en libertad*.

La celda mide precisamente eso. Lo sabe. No en metros. En pasos. En sus pasos. Siete y medio de ancho. Quince pasos de largo. No son quince exactos. Casi quince. Prefiere no contarlo. Pero no se resiste. Hace tanto frío. Está tan oscuro abajo. Ve la escasa luz por la ventana de arriba. Una tronera, con rejas. Cada mañana escucha a la celda de arriba que le toca gritar el día que es. Y la fecha. Día, fecha, miércoles, cuatro, viernes, seis. Lo agradece. Cada tres o cuatro días la que abre la puerta puede meter algo. Porque la funcionaria que acompaña es María Victoria, que mira hacia otro lado y después le pregunta siempre lo mismo. «¿Cómo está? Resista, ya queda menos». Cada día que le toca se lo dice y le sonríe. Es buena gente María Victoria, ella misma compró las sulfamidas para que previniera otra infección. Cuando sangró. Cuando sangró más de lo habitual.

Ha resuelto una rutina imperiosa. Sin concesiones. Desde que se levanta hasta que se acuesta. Solo la rompe cuando hay excepciones, y alguna puede llegar hasta la puerta de la celda y le habla desde el otro lado. Difícil de escuchar. Pero se escucha. Le cuentan las novedades. Le dan ánimos. Joseamalia está en enfermería y le manda notas cada vez que puede, le hace un resumen de la situación política, lo que se sabe, lo que no. Le da esperanza. Paquita baja y le habla de su familia, de sus hermanas, de sus hermanos, de sus sobrinos. Pili salió de la celda de castigo hace unos días. Llegó también una noche. «Pero vete, Pili, que te van a pillar, que te van a meter otra vez en celda, vete, vete». Pili se ríe y sigue contándole.

Hace dos meses por fin le pudieron meter un libro. Habían retirado todos los libros tras la huelga, todos. Conseguir uno y metérselo fue una odisea. Lo consiguieron también gracias a María Victoria. Un libro enorme, de 925 páginas. Contando los índices y los dibujos. Un *Tratado General de Ornitología*. Al principio se le cayó de las manos. Para qué quería eso. Luego comenzó a leer, a ver los dibujos con detalle, a recordar los nombres en latín, a hacer relaciones entre familias, géneros y especies. Pinta entre sus hojas relaciones, aprende a catalogar, a enumerar. Cada mañana le dedica un par de horas al libro. Como si se lo comiera, porque tiene hambre. Las compañeras le meten lo que pueden con la comida, a escondidas. Huevos duros, pedacitos de pan, pedacitos de sardina de lata. Porque el rancho es agüilla, como siempre. Lee por la mañana. Luego para y se pasea. Dos pasos, un paso. Tres pasos, un salto. Dos pasos, medio paso. Rayuela. Un buen rato. Lo que calcula que es una hora, pero es complicado.

Espera el rancho del mediodía, es la clave. Luego del rancho se sienta en el petate. Siempre está helado, pero a esa hora le parece peor. Esa humedad. Por dentro. Pero por la tarde recuerda. Recuerda para poder luego contarlo. Recuerda la historia de Mary, para poder contárselo a su hijo. Parirá en Ventas, porque la trasladaron allí poco antes de que saliera de cuentas, después de acabar la huelga. La metieron también en celda, incomunicada. Pero estaba tan gorda, la sacaron y la enviaron a Ventas, a la Maternal. Con una nota en el expediente, como todas. Una nota disciplinaria: «Cuando pase este trance pagará por sus actos, no se haga ilusiones». Así la despidió la Sacristán. Mary ni la miró. Eso le contó Paquita.

Le podrá contar al hijo de Mary la historia de su madre. También la suya. Se pregunta si tendrá hijos. Desde que vio a Mary embarazada se le subieron las ganas. Mucho más que antes. Cuando estuvo en la cárcel de Málaga y veía a los niños en el patio, tan escuchimizados, tan tristes, jugando a pasar paquetes, a comunicar, a imitar al cura, pensó qué locura, es mejor que no, no está el mundo para bromas. ¿Qué haría con un niño? Ahora sí quiere, ahora le parece fascinante. Un niño de futuro. Lo piensa ahora, que es 7 de abril de 1949. Está hecha un fideo y el pelo, su precioso pelo que llevaba en dos trenzas, se le cae a mechones. Después de la huelga. Quiere tener un hijo. Le contará las historias. Pero ¿qué historias le contará? ¿Las de la cárcel? No quiere. A los niños hay que contarles otras historias. De niños.

Hasta el 20 de marzo no recibió carta de Ángel. Carta clandestina, claro. La comunicación oficial está cortada con la sanción en celda de castigo. Peor aún. El director le dijo que además de poner una nota disciplinaria en su expediente por participar en la huelga de hambre, pondría otra por mentirosa e inmoral. De alguna manera han sabido que Ángel y ella no están casados. Y han prohibido las cartas oficiales entre ellos de cárcel a cárcel. Ahora solo pueden usar sus canales propios. Le llegó carta y se la pudieron pasar cuando sacó la ropa sucia y le metieron otra. Lo de la ropa es difícil. Sobre todo con la regla. La regla ha sido siempre un problema para ellas. La regla. No sabían cómo resolverlo. Al principio, en la DGS o en Ventas, no había cómo hacer. Se ponían lo que encontraban. Luego pudieron ir fabricando paños higiénicos con los restos de ropa de la que cosían en los talleres. Paños que lavaban y lavaban. Pero ella sangra mucho. Sangra por su problema de riñón, ese que casi la mata. Sangra también por la regla, como todas. En la celda, hasta que lograron pasarle paños no sabía cómo hacer. Primero se puso papel de periódico. De *Redención*, que era lo único que le pudieron pasar. Pero

aquello era horrible. Sucio. Nauseabundo. Menos mal que ahora tiene paños. Está durante un rato pensando en los paños, en las reglas, en cómo la regla parece un castigo, cómo lleva años diciendo que ojalá no la tuvieran, que para lo que servía…

Se acuerda de Carmen Orozco, que se le retiró la regla con treinta y ocho años. O de Joaqui, con treinta y seis. Se desesperaron. Como una condena. Ella les decía, os volverá cuando salgáis, ya veréis. Pero ellas pensaban que eran como abuelas, que ya no tendrían hijos, que ya no, que ya no. Por eso se alegra ahora cuando nota que le llega. Ahora que tiene paños.

Cuando comenzó la huelga de hambre las dejaron juntas en las celdas. Sin nada, pero juntas. La Sacristán las increpaba. «Dejen el ayuno, dejen el ayuno, vuelvan a la disciplina». «¿Qué ayuno ni qué ayuno? Esto es una huelga, saquen a Merche de la celda y quiten las sanciones». Siguieron sin comer. Otra vez cautivas frente a guardianes. Como siempre.

Mary no dudó. Sus compañeras sí. Estaba de siete meses. «¿Y qué? Voy a sobrevivir. Si no se come, yo no como. Se acabó». El cura llegó y trató hasta de echarle agua bendita en la barriga. La forzaron, la chantajearon, la pusieron verde. No la conocían, fue peor. Se quedó ahí, sin ropa ni nada en pleno enero. Sin comer.

Hemos ganado la huelga, se dice ahora a sí misma. Esta vez, no tuvo hemorragia. Pero siente que han ganado, aunque todas estén aún metidas en sus celdas, con la mitad de sus cosas perdidas, y ella, como otras, incomunicada en las celdas de castigo. Siente que han ganado, porque más de doscientas mujeres pusieron en solfa a la dirección. Incluso algunas presas comunes. Siente que han ganado porque se siente viva. Recorre con los ojos los ladrillos de los muros y observa cada una de las irregularidades, todas las que sabe, todas las que permanecen ahí, frente a ella. Sube la mano por la pared y toca la aspereza de la piedra. La hendidura. Y sonríe.

Cigüeña blanca (Ciconia ciconia) *es una especie de gran tamaño. Su plumaje es mayoritariamente blanco con negro en las alas, y las patas y el pico de los adultos adquieren un color rojo. Mide un promedio de 100 y 115 cm desde la punta del pico hasta el final de la cola, y sus alas pueden llegar a tener una envergadura entre 155 y 215 cm*.

Hoy le han pasado una nota con el rancho. Mary ha parido en Ventas, en la Maternal de Ventas. Un niño. De más de cuatro kilos. Es como una venganza. Ni la bala, ni la muerte, ni la huelga. El niño ha salido tan grande. Lo ha llamado José, como su padre, claro. El 27 de marzo de 1949. Por los huecos se cuela la vida.

Tendrá que pasar todo esto al libro de claves. Para que no se olvide. En las notas que le pasan se da cuenta de la repercusión que la huelga ha tenido fuera. Ha salido en los periódicos. De Francia, de Estados Unidos. En las radios. Ha salido en los partes. Lo sabe la gente en la calle. ¿Cuánta gente? ¿Cómo es ahora la calle? Pero le han dicho que la gente lo sabe.

Es ya abril y sigue helada. Le han dicho que las demás ya empiezan a salir al patio, que las han sacado ya de sus propias celdas. Pronto saldrá ella también. Sigue con sus pájaros. Esconde lo que puede escribir, pero lo pasa a alguna de las presas comunes de confianza que llega con la comida. O con María Victoria, que le deja notas bajo la escudilla. La luz entra mejor por la ventana y lee sin esforzarse tanto. Ve ahora las paredes y descubre nuevos rotos, nuevas oquedades. Uno tiene forma de tulipán. Piensa que nunca ha visto un tulipán real, solo en foto. Se acuerda del tucán, que tiene ese pico tan desarrollado, con ese color. Y del quetzal, con ese plumaje. Aves exóticas. Quizá no las vea nunca. Quizá no llegue a conocerlas. En abril vuelven las cigüeñas, se asientan en los muros de los patios. Tan grandes. Ya las desea.

Hoy María Victoria le pasa una carta de Ángel. Después de tres meses. Una carta larga. Una felicitación de cumpleaños. Es tan larga que no sabe cómo esconderla bajo el petate que le dejan. Luego recuerda que nadie entra a limpiar, ni a registrar. A nada. Solo se abre la puerta para la comida. Y para que pueda sacar ropa y le den ropa limpia que lavan sus compañeras. Es una carta escrita en su letra perfecta, pero muy pequeñita, para que quepa todo. Es una mancha en tinta azul. La reserva para más tarde. La dosifica. Es su regalo.

Queridísima mía. Por si acaso, quiero que esta carta te sirva de felicitación de cumpleaños. Yo espero que entonces ya hayas salido de la celda de castigo. He estado muy preocupado por cómo estabas cuando supimos los sucesos de Segovia. Déjame decirte que estamos muy orgullosos de vosotras, de vuestro gran valor y de vuestra entereza. Este gesto servirá para la vida del futuro y hará más cortos los días que nos quedan reclusos, que yo espero que ya sean pocos. Mi mayor ilusión es pensar que acabaremos este año de 1949 en libertad, juntos los dos, con una mejor vida. Pero ahora lo importante es que te cuides, que no desfallezcas, que comas lo mejor que puedas. Me han dicho que te meten cositas las camaradas. Yo trataré de mandar algún paquete a través de la familia, a ver si me dejan. Pero sobre todo no hagas tonterías, mantén la mente ocupada y cuida tu salud. Tu vida es para mí lo más importante. Cuando supimos de vuestra huelga y de que estabais castigadas hicimos aquí un

acto en el patio. Era domingo, justo cuando nos convocan a todos para la misa y ya está el cura presente con la dirección. Empezamos a gritar para que os dejaran tranquilas y no hubiera castigos. No nos callamos, y aunque nos amenazaron con meternos en celda, sabíamos que no podían permitirse dos motines a la vez, aquí mil hombres por lo menos. No paramos de quejarnos durante una hora, y nos prometieron que no suspenderían la correspondencia con vosotras. No hubo misa, no hay mal que por bien no venga.

Corazón mío, echo mucho de menos nuestra correspondencia. Yo he estado bien. No he querido preocuparte antes, pero la úlcera de estómago que tenía y que cada vez me daba más problemas empeoró. Tuve una hemorragia muy fuerte después de Navidad. No te quise decir nada antes, por no saber cómo iba a evolucionar. El médico de la cárcel decidió finalmente operarme aquí, en la enfermería. Me pareció que era todo muy inseguro y muy insalubre, y no me decidía, pero me decían que si no me operaban podría tener consecuencias fatales. Además estaba muy débil, y aunque los camaradas me cuidaban con gran esmero, con el frío polar de enero en Burgos y las condiciones del penal no sabía cómo hacer. Pero en eso llegó Bartrina a la cárcel. Ya sabes quién es, el compañero de Gayoso y de Seoane de Galicia, que le conmutaron la pena en el último momento. Él es un gran médico, una eminencia. Es además un camarada maravilloso. Hemos insistido para que él, que es especialista en enfermedades de digestivo, estuviera en la intervención. Después de mucho batallar así ha sido, y él ha llevado la voz cantante. La operación ha salido muy bien, estoy ya muy recuperado y no sangro nada. Poco a poco voy comiendo más. No debes preocuparte por mí, puesto que estoy mucho mejor que antes. Solo te lo digo para que estés enterada de las cosas. Pero de verdad que estoy perfectamente.

Me despido ya. Saluda a todas tus amigas y camaradas de mi parte. Besos para mi cuñada Isabelita, que sé que también la han metido en celda. Para ti muchos besos y todo el amor infinito e imperecedero de tu Ángel.

No ve volar a las cigüeñas por el ventano de las rejas. ¿Habrán llegado ya? Cierra la carta de nuevo. Trata de imaginar dónde la ha escrito, cómo será el patio de la cárcel de Burgos, cómo habrá sido el paso por enfermería. Cuando salga de la celda y ahorre un poco va a tejerle un jersey. Pero ahora será complicado conseguir lana. Todo lo que tenían ahorrado se lo han llevado. No sabe qué ha pasado con sus cosas. Quizá Paquita las tiene.

Gorrión común (Passer domesticus) *es una especie de ave paseriforme de la familia* Passeridae. *Está adaptado al hábitat urbano hasta el punto*

de ser el pájaro más frecuente y conocido en esas áreas. Vive como comensal del ser humano.

Es 30 de abril. Hace diez días que fue su cumpleaños. Sus veintinueve. Lleva más de siete años presa. Ahora se da cuenta. Pero no puede mirarse a un espejo. No hay. No puede mirarse en ninguna parte. Sigue caminando. Sus compañeras le cantaron ese día a través de los muros. Lo escuchó por la ventanita. Se emocionó. Pili le cantó una nana en vasco. Ayer le dijo María Victoria que ya las iban a sacar, que la iban a dejar incomunicada ya en su celda normal, arriba, con sus amigas. Que podrían salir al patio de enfermería. Casi ha sido peor que se lo dijera. Le ha arrebatado la calma. Ahora mira obsesionada a la puerta, esperando un ruido, un gesto, un paso. Algo. Algo que le asegure que va a salir de ahí.

Repasa con las manos los huecos oscuros del muro. Se los sabe todos. Les ha puesto nombres que le recuerdan a cosas que se imagina. Les ha puesto nombres de países, de ciudades, de montañas. India, Himalaya, Garona, Leningrado. Carranza. Chamberí. Luchana. Casa. Calle.

Ha guardado la carta de Ángel en el libro. Para sacarla cuando salga. Espera quieta el ruido de la puerta. A las doce. A las cuatro. A las nueve. Oye a veces los pasos de las mujeres que bajan por las escaleras rumbo a los patios. Las oye o las imagina.

Hace frío. Siempre hace frío. Esa humedad del suelo que todo lo moja. Siente los huesos mojados, ya casi en mayo. Nunca se pasa. Se ríe pensando que cuando salga va a colgarse de la cuerda como si fuera una sábana. Va a ponerse tendida por unas pinzas hasta que se seque. Al sol.

Prisión de Segovia, celda 84. 29 de mayo de 1949. Querido mío. Por fin, y como todo llega en este mundo, ha llegado el que yo pueda ponerte unas líneas. Yo estoy muy bien, y no tienes que tener ninguna preocupación por mi salud, que me consta te trae de cabeza. Estoy perfectamente bien, y no necesito nada. Solo me vendrían bien unas miles de unidades de calorías, pero sé que también tú carecerás de ellas, de todas formas.

No te preocupes por mí.

No te inquietes en ningún aspecto.

No estés preocupado.

Siempre estar bien. Nunca inquietar. Mientras tanto.

Camina por el patio dando vueltas con Joseamalia a su lado. Repasan

lo que van a discutir hoy en la reunión del partido. Manoli saca el cuaderno de claves y lo repasa:

Primavera: Se empieza con 6 puntos de 4 agujas poniendo en 2 agujas 2 puntos, y uno en cada una de las otras dos.

71.- (6P) LPA (GLA5N) PPL3LPP (GLLA-5V) GPL

75.- (6P) LPA (GLLA-2V) GLPA (GLLA-2V) L3L (GLLA-3V)L (GLLA-2N) GLL3L

77.- (6P) L3LLAGLLAPGL (3PLAPGLLAPGL-2N) (3P) LAPGLLAGLL3

79.- (6P) LPAGLLAPPGL (15P) LAGL (2-4 N) PLAG (5P) LLAPPGLLALL3L133.- L(5P)GLA-(3V) L (GLLA-4V) PPL (A 6P) GLPG GLPGLLAPL-2V A (6P) GL (2P)(GLLA-4V)

Hay tres páginas de instrucciones sobre esa labor, la Primavera. Hasta 197 líneas con letras y números. Relee una a una de nuevo. Joseamalia ya lo ha hecho antes. Una operación precisa.

—Bueno, está todo aquí.

—¿Estás segura? —pregunta Joseamalia.

—Claro que estoy segura. Lo he apuntado tal cual llegó. Y me lo he comido. Que me voy a poner gorda de tanta cosa como me trago últimamente.

—No sé por qué te los has comido, Manoli.

—Por seguridad. Últimamente la Sacristán está insufrible. Ayer me quitó el libro.

—¿Qué libro?

—El tratado de ornitología.

—¿Y por qué? ¿Lo encuentra peligroso? —Y Joseamalia se ríe.

—Todo es peligroso para esta mujer. Ya sabes, pajaritos, libertad, no lo aguanta.

—Esa mujer se va a morir de lo mala que es.

—Pero esa es la que está poniendo trabas a tu libertad, Joseamalia. Que tú tendrías que haber salido hace tres meses, por lo menos. Y aquí estás. Es una desgraciada.

—Bueno, mujer. Así celebramos de nuevo nuestro cumpleaños juntas.

—Pero a ti no te gusta celebrar nada —dice Manoli.

—Este año sí. Cumplo treinta y tres años. La edad de Cristo, hay que celebrarlo. Que estamos vivas, Manoli.

—Madre mía. 1952 ya. Yo cumplo treinta y dos años. Esto no se va a acabar.

—Pero si tú eres la joven, no te quejes.

—La joven. ¿Qué joven? Llena de canas y de achaques. Parezco

una vieja.

—No eres tú de desanimarte, Manoli. No lo hagas ahora, que hoy viene el correo y seguro que te llegan cartas.

—Si no fuera por las cartas. Ahora que han vuelto a autorizar la correspondencia oficial con Ángel otra vez, por lo menos me escribe cada semana. Nos sentimos vivos.

—Vivos. Eso digo yo, Manoli. Estáis vivos. Seguiréis vivos.

—No quiero ponerte triste, Joseamalia. —Y la toma del brazo.

—No. Yo tampoco.

Cuando la mandanta llega a la esquina del patio con las cartas, se pone a vocear los nombres. La Sacristán, desde el otro lado, comienza a gritar. «Quédense quietas, no se apelotonen. Quietas, o suspendo la entrega y requiso las cartas». Así cada vez, en alguna ocasión efectivamente las requisa y las tira. Siempre amenaza. Amenaza.

Manoli recoge su fajo. «Cinco cartas, no te puedes quejar». «Y no me quejo», sonríe. La Sacristán le coge la mano. «Déjeme ver lo que lleva». «Mis cartas, ¿no lo ve? Ya han pasado la censura, ¿no lo ve?». «Tiene usted demasiadas». «Tengo las que tengo. ¿Qué quiere, que las lea aquí en voz alta para que se quede usted tranquila?».

Tal cual, se pone en medio del patio y abre una carta. Comienza a leer en alto, y todas se ponen alrededor. «¿Es de Ángel, es de Ángel?». «Sí, es de Ángel». Y grita. «Querida Manoli, esposa mía queridísima por delante. Espero que estés muy bien por detrás, cuando recibas esta por delante. Aquí hace mucho frío como siempre por delante, pero me protejo mucho por detrás, y eso me permite quitarme por delante los posibles catarros por detrás. Te echo mucho de menos por delante, cada día me acuerdo de ti por detrás. Todos me miran por delante, con tus cartas en el patio por detrás…». En ese momento, ya los gritos y las risas son una algarada. Un grito de rebeldía. Todas se retuercen de risa. «Sigue, sigue…».

—Pero ¿qué está usted leyendo? —dice la funcionaria María Sacristán.

—¿Qué quiere que lea? La carta de mi marido desde el penal de Burgos.

—Pero ¿cómo puede poner eso? —María Sacristán está roja, los labios apretados, la mirada al suelo.

—Pone lo que leo, señorita. Ha pasado dos censuras, ya lo sabe usted. Así que voy a seguir.

«He estado con muchas tareas por delante en el taller por detrás. Pero he podido ahorrar algo de dinero por delante para poder comprarte algo para tu cumpleaños por detrás. Espero que te guste por

delante porque está hecho con todo mi cariño por detrás…».

—Pero pare, ¡pare de una vez! ¿Qué está siendo esto? Deme la carta, deme la carta inmediatamente.

Manoli atrae la carta hacia sí y la sujeta con firmeza junto a su cuerpo. Las mujeres alrededor ríen, jalean, dan vueltas y vueltas. «Deme la carta, le digo». Sigue sujetándola con fuerza. «Esta carta ya ha sido visada por la censura. Por el cura. Es mía. ¿Qué le molesta?». «Deme la carta o le pongo una nota. Deme la carta, le digo, si no quiere consecuencias». Le acerca la carta y la funcionaria la toma entre sus manos, la extiende y la lee. «Pero, pero…». «¿Pero qué, señorita Sacristán…?».

Cuando se va hacia la puerta del patio, tras tirar la carta en el suelo, furiosa, la acompaña un coro de risas y de palmas. Dios mío sacramentado por delante, virgen santísima por detrás. Risas, risas, risas. Ahora que escasean.

Luego van a enfermería. Paquita, Joseamalia, Pili. Las dejan entrar. «Pero no os entretengáis». Mary está tendida en la cama y les sonríe cuando las ve llegar. «¡Qué buena cara tienes!». «Estoy mucho mejor, la verdad».

Mary llegó hace un par de meses. Desde Málaga. Ese fue su gran castigo. Participar en la huelga de hambre con semejante embarazo no iba a ser olvidado. Después de parir en la Maternal de Ventas, la directora, María Topete, la dejó allí hasta que el niño cumplió año y medio. Entonces lo tuvo que sacar para dejarlo con su hermana y la mandaron trasladada a la cárcel de Málaga. Castigada. Lejos. Sin ninguna posibilidad de ver al niño. Sin ninguna posibilidad de ver a nadie. Ahora su hijo acaba de cumplir los tres. Su hermana le acaba de enviar una foto que guarda entre las sábanas. Lo verá por primera vez el día del Carmen, en julio. Si le dan permiso, aún sigue con sanciones. Ella, enferma, ha encontrado en el médico su mejor aliado. Desde que llegó el doctor Juan del Cañiz a la prisión de Segovia la vida de las presas cambió. El anterior, el tal José Luis Canto, el de la huelga, era un desalmado. Pero don Juan se desvive, saca de donde puede medicinas, trae de la calle lo que más se necesita. Apoya, atiende, consuela. Y cura. Están tan sorprendidas. Don Juan del Cañiz está curando a Mary, que ha llegado con fiebres de malta. O con paludismo. Flaca como un perro flaco. «Mira el niño, mira la foto. Es igual que su padre».

—Mary, necesitamos que guardes entre las sábanas el periódico nuevo que estamos haciendo. A ti no te van a mirar —le dice Manoli.

—Pues claro. Yo lo guardo.

—Y el cuaderno de claves.

—Hay claves que sigo sin entender bien. ¿Hay algo nuevo? —pregunta Mary.

—Acabo de poner lo que ha llegado de fuera. Ha habido una huelga de tranvías en Barcelona. Una huelga enorme. Y el partido dice que este movimiento de huelgas se va a extender. Que ahora se debe ir por ahí, que esa es la política para el futuro.

—¿Y dónde se explica?

—Empieza en donde pone Primavera. Y acaba en Puntilla nueva, tiene 197 apuntes.

—Aquí todo estará bien, no te preocupes, nadie lo verá.

—¿Y te encuentras mejor? —dice Manoli.

—Carmen ha podido traerme hasta leche. No te digo más.

Prisión de Segovia, 24 de enero de 1953. He leído Tres maestros *de Stefan Zweig (biografía de Balzac, de Dickens y Dostoievski), que es magnífico, sobre todo la del último. Muy deprimente, como todos sus libros, pero maravilloso… He leído* Espartaco *y… He leído* La perla *de Steinbeck, cómo me ha gustado. Por fin he leído a Carmen Laforet*, Nada…

En el váter siguen hilando. Ese inmenso telar que nunca acaba. Son excelsas en sus labores. Paños crudos, jerséis blancos, calcetines de perlé, mañanitas para bebés, gorros, colchas cuando hay un pedido. Paños, paños. Los llaman paños como si fueran para la regla. Cada noche, cosen y cosen en el alivio escaso de la bombilla. A veces consiguen que la luz no se apague a las diez en las celdas, y se quedan allí, tiradas en los petates. Hablando. Hilando. Tejiendo.

Mientras hilan dan clase. Y la reciben. Por niveles. La prisión es una universidad en permanente movimiento. Por materias. Economía. Geografía. Historia. Inglés. Mientras hilan sin mirar atienden a la que explica. Hoy hablan de ecuaciones. Escriben las x sobre un pizarrín que les han mandado. Negro. Con su tiza blanca. Despejando incógnitas.

«Para el 14 de abril vamos a hacer una función. Y así celebramos los cumpleaños. Todo al tiempo». «¿Y qué preparamos? ¿Otra vez *El Danubio azul*?». «Por dios, no. Otra vez no. Hay que inventar algo nuevo». «¿El qué? No se me ocurre. No me quedan fuerzas». «Sí nos quedan, pero no para *El Danubio azul*. Busquemos una canción de moda». «¿Una canción de moda? ¿Y cómo sabemos cuál es la moda? Si la última moda que supe es de hace más de diez años. Estamos fuera de todo». «Vamos a decirles a Esperancita o a Reme. Ellas han caído hace poco, seguro que saben de alguna canción moderna y nos la

enseñan». «No tengo el cuerpo para tonterías». «No seas así, hay que hacer cosas, hay que hacer cosas…».

«Manolita, ustedes mataron a mi hermano. Mataron a mucha gente aquí en Segovia, en los pueblos. Ustedes también mataron. Todo el mundo paga por sus pecados». «Estoy segura de que nos equivocamos muchas veces, María Victoria. Que hicimos muchas cosas injustas, hechos que habría que juzgar y castigar. Juzgar a sus responsables, con una ley justa y trasparente. Pero eso fue al principio de la guerra, nunca con la legalidad republicana. A nosotras, que no hemos matado a nadie, que solo queremos democracia y libertad, también nos han querido matar. Ahora nos tienen presas, usted sabe mejor que nadie en qué condiciones. Usted es creyente, María Victoria. Yo no. Pero, por lo que sé, no creo que este comportamiento corresponda a las enseñanzas del cristianismo».

«Yo he aprendido mucho hablando con usted, Manolita. Y con sus compañeras. Yo no voy a entrar en si es justo o no que ustedes estén presas, pero un tribunal las ha juzgado y les ha impuesto una condena». «Un tribunal militar que no nos permitió ninguna defensa…». «Bueno, yo eso no lo sé, pero en lo que sí estoy de acuerdo con usted es en que el trato que se debe dar en las prisiones debe ser humano, cristiano, que ayude a la reclusión a rehacer su vida». «Para rehacer nuestra vida, nosotras solo necesitamos libertad. ¿Es que piensa que somos peligrosas?». «No lo sé, Manolita, pero ustedes no se arrepienten de nada». «Arrepentirse no es una palabra que nos sirva. No somos creyentes, usted lo sabe». «Lo que quiero decir es que ustedes no son unas santas, yo lo veo también entre sus compañeras. Las hay mejores y peores, ni ustedes son todas buenas ni nosotros todos malos. Todos cometemos errores».

Manoli se revuelve pero calla. Sonríe al mirarla, aun a riesgo de parecer llena de superioridad moral. Lo sabe, pero también sabe que es casi lo único que tienen. «Tiene razón, María Victoria. Todos cometemos errores. Algunos han sido terribles, y muchas cosas que yo no sé que han hecho mis camaradas y que seguro que han sido aún peores. Pero el mundo no se divide en buenos y malos, ojalá fuera así. Sería tan sencillo… El caso es que la vida es más compleja. Está llena de intereses, de gente que quiere mantener sus privilegios a costa de los demás, que quiere imponer sus ideas a costa de otras. Eso es lo que quiero decirle».

«Manolita, quiero que sepa que yo la aprecio, haré cuanto pueda por ayudarla. Y eso tiene un valor». «Claro que tiene valor, ¿se cree

que no lo sé? Claro que lo sabemos». «Por eso se lo digo, porque hay cosas por encima de nuestras ideas, Manolita. Somos seres humanos». «Pero eso son precisamente ideas. Ideas».

Ideas. También miradas. La forma de mantenerse erguida sobre el suelo. La manera de estar. El carácter. Esta conversación entre ellas no se interrumpirá nunca. Traspasará las rejas y los años. «Manolita, yo puedo perdonar, ¿por qué ustedes no?». «No hay generosidad en el perdón, sino desdén».

Cuando la funcionaria se aleja por el pasillo, la presa junta las manos sobre su barbilla. Años pensando que la gente iba a luchar por lo que necesitaba. Por mejor comer, por mejor trabajar. Por estudiar, por tener cultura. Por tener agua. Luchar por el agua. En este desierto que no acaba. Pero parece que la gente ya no lucha. Ni por el agua. Porque no tiene sed. Porque lo que robaron fue la sed.

«Doce cascabeles lleva mi caballo por la carretera. Y un par de claveles al pelo *prendío* lleva mi romera». Todas ríen. No como antes, pero se ríen. Amada hace de caballo, se encabrita, relincha, sube y baja. Detrás, como si fueran subidas en un carretón, Ceci, Pepita, Bene, Carmen, Juani que canta, que canta muy bien. Más atrás otras siguen como si fueran de romería. Las demás miran desde los lados. Un gran cortejo alrededor del váter, entran en las duchas, salen de nuevo al hueco donde se disponen los lavabos. Juani se sube a un lavabo y canta a voz en grito. Abajo, Amada relincha. Se ha puesto unas lanas como si fueran crines y da vueltas a la cabeza, las crines al viento, mientras relincha y relincha. «Pero eso no es relinchar, eso es rebuznar. ¡Que eres un caballo, no un pollino!». Sigue ahora haciendo muuuuu, y todas ríen casi hasta caer. Juani sigue cantando sobre el lavabo, repitiendo el estribillo y luego una letra que se han inventado, porque no sabe nadie la original.

«Ahora voy a cantar un cuplé». «Nooooo». «Sí, sí. Una hormiga sin pudor, me recorre sin cesar, por arriba, por abajo, por delante y por detrás». Aplauden. Saltan mientras Espe vigila en la puerta que no llegue nadie. Pero hoy el director no está, ni la Sacristán. Ni sor Josefina. Hacen la vista gorda. Ellas siguen. Son muchas. Pero ya no son doscientas. Ni siquiera cien. Ya van saliendo en libertad. Quedan menos. Más desanimadas. A la espera.

«Nadie nos va a liberar, ya. Pasaron todas las guerras y todas las guerrillas, aquí seguimos. Y de aquí hay que salir. Hay que salir. Hay que salir. Hay que salir vivas». Sí, hay que salir. No se puede seguir allí.

Querido Ángel. Echo mucho de menos tus cartas. Ahora solo puedo escribirte esta notita. Ojalá la semana que viene todo se regule. Hoy estoy triste. Tengo tantas ganas de salir. Hoy me he visto en el espejito que hay en la oficina, el que tiene el director. No me he reconocido. Tan delgada, con el pelo tan corto, esos uniformes grises que nos han puesto. ¿Dónde quedó aquella chica, aquella que te conoció hace trece años en aquel bar? Esto no acaba nunca, las buenas noticias no llegan, y tengo tantas notas de castigo que ningún indulto me alcanza. Veo cómo mis amigas al fin salen. Y me alegra mucho, pero nos quedamos solas. El tiempo pasa tan lento y tan rápido. Hoy estoy triste. Otros días no. Me miro por dentro y yo tampoco me reconozco. Todo iba a ser más rápido, pero ya ves, estos años tan grises, mis amigas con sus hijos ya crecidos que antes no tenían, mi madre muerta, mi propia hermana ya lejos con su niña. Me cuestan estos días como de azogue, como de plomo…

Relee la carta. Ella sigue trabajando en la oficina, a ratos también en los talleres. Así redime, claro. Relee la carta y la rompe. Comienza de nuevo. «Querido Ángel. ¿Cómo estás? Yo estoy muy bien, aunque echo mucho de menos tus noticias. Espero que la próxima semana podamos resolverlo. Hoy ha venido el fotógrafo y vamos a hacernos una foto en el taller. Ha pasado la Merced. Han entrado los niños, y me he alegrado tanto. Mariloli, la hija de mi prima María Luisa. Y Violeta, la hija de mi amiga Feli. Un bombón, ya tiene dos añitos. Le he hecho un vestido de ganchillo blanco. Lo hemos pasado muy bien…».

Se atusa el uniforme antes de levantarse. Se incorpora y traspasa la puerta. Manoli mira la sala a la que tiene que entrar. El taller de costura. Lo ve desde la esquina. La misma esquina donde está colocado el fotógrafo. Cuenta lentamente. Setenta y tres mujeres sentadas, algunas de pie. Al fondo, con sus grandes colas de caballo como guedejas está Lilian. Lilian McWeight Madariaga. Una muchacha de la alta burguesía. Está en la cárcel porque desplumó la caja fuerte de su tío Jaime para compartir el contenido con un chico que le gustaba. Es una presa común que vive con las políticas. Creyente, pero completamente descreída. Culta y liberal. Una anomalía del régimen, que la encerró. Al fondo, hilvana los uniformes. Más cerca, la primera, con su carita redonda, está Ceci. Frente a su máquina. Entró a fines de los cuarenta, rubita, pequeña.

Al otro lado del pasillo está Paquita. Lleva veinte años cosiendo. Desde la DGS han caminado juntas, salvo cuando estuvo en Málaga. Se irá muy pronto, sale ya en libertad, han aceptado su última petición de indulto. Volverá a Albacete. Cuánto la echará de menos. La

recuerda con su botijo en Gobernación, las dos hechas un guiñapo. La recuerda hace unos años, pocos, cuando la llamaron de la oficina central y ante sus ojos le dieron un papel. Recuerda cómo lo tomó, lo leyó, y se lo guardó en el pecho. Sobrecogida. Sin mirarla a ella, que estaba al lado. Se dio la vuelta y se fue pasillo adelante. La observó al irse y lo supo. Pero esperó. Esperó al timbre que concluía la jornada y la encontró a la puerta, esperándola demudada, pálida. «Le ha pasado algo a mi madre, ¿verdad?». No tuvo que aguardar la respuesta, lo supo desde que la vio arriba escondiendo el telegrama en su pecho. Cuando leyó el telegrama de su hermana ya sabía lo que ponía. Su madre muerta. Sin más. Cuarenta y nueve años tenía su madre. Le costó casi una vida conocerla. Imaginó que ejercería de abuela, que ejercería de suegra, que la acompañaría por mucho tiempo. Pero no. Se dio la vuelta y fue a la dirección. Quería un permiso para salir al entierro. Tenía que despedirse. Tenía que cerrar. El director la miró extrañado. «¿Un permiso? Manolita, usted es una presa peligrosa para el Estado. Es imposible tramitarlo». «Tramítelo». Supo que no iría. Por una carta larga de su hermana conoció el absurdo de esa despedida. Su madre se cayó del respaldo de un banco con tan mala suerte que se partió la nuca. Sin más, un derrame. La muerte inmediata.

Su hermana le dice: fue mala suerte, a nadie más le pasó nada. Su hermana le dice: no sufrió, murió al instante. Su hermana le dice: nunca salía, pero esa tarde la convencimos para que nos acompañara al baile de El Arenal. Su hermana le dijo: qué será de nosotras sin la amatxu. Su hermana le dice: la enterramos en Bilbao, no vino nadie de Carranza, solo tus amigas de aquí. Su hermana le dijo: mamá siempre te quiso más. Lo piensa ahora. Se compadece. De ella, de su madre, esa cocinera que no aprendió a leer, que parió hijos que se murieron, que la conoció cuando tenía diecinueve años, que la última vez que la vio en el locutorio de Ventas en el año 46 aún pensaba que el tiempo estaba cerca, el tiempo de la libertad, el tiempo de abrazar a su madre nueva, o casi nueva. Ahora llora en su celda triste con la nota en la mano, con Paquita a un lado, con Joseamalia al otro. «No me gusta este sentimiento de compasión por ella». Pero ¿de quién se compadece?

Mira el taller y recuerda buscar el consuelo en Ángel: *Prisión de Segovia, 24 de septiembre de 1950. Pero estoy triste, muy triste, no termino de dominar la enorme sensación de vacío que me abruma, no termino de creer que la amatxu ya no existe, que no la veré más, que todos nuestros planes no podrán ser, que pudiera disfrutar un poco de lo que en toda su vida ha carecido. Tengo necesidad de pensar en ella en alta voz*

entre estos muros, pues es terrible estar continuamente mandando callar todo lo que pugna por salir. Aunque las compañeras que me rodean tienen un comportamiento, como lo es siempre, magnífico. Estoy continuamente acompañada y rodeada de cariño…

Recuerda la carta. Recuerda a su madre cuando mira a Paquita. A Paquita, que se va. Joseamalia ya salió, por fin. Nada más llegar a Madrid le mandó unas agujas y un libro. Su preferido, *La montaña mágica*. El cura le dijo que no se lo daba. «Pero ¿por qué?». «Porque leo y leo y no entiendo nada. No puede ser bueno. Algo oculta. No se puede leer si yo no lo entiendo». María Victoria lo forró y se lo pasó a escondidas. «Por favor, Manolita, con mucho cuidado, que me la juego».

Suspendida en la esquina observa el suelo de damero de la sala del taller de costura. Blanco y negro. Hoy, para la visita del fotógrafo, todo está limpio, recogido, inmaculado. En medio del pasillo han colocado unas mesitas bajas y encima unas plantas. Como si fuera un taller ideal, el lugar soñado de esas mujeres que miran sus máquinas, los pantalones azules, los ojales de las chaquetas. Con sus uniformes de tela tan basta, esos uniformes que ellas mismas se hacen, los uniformes que les han dado ahora que son menos. Grises e idénticos. Color rata. Como está siendo esta época. Que no acaba.

Entra y se coloca para la foto. Se pone justo delante de Paquita. Se miran sonrientes. La envidia, porque se va. Paquita tiene ya cuarenta años. El novio que Ángel le buscó en Burgos y con el que se escribió durante cinco o seis años salió hace unos meses. Nunca vino a verla. Se esfumó. Ahora la mira de soslayo, tan rubia como una muñeca. Conserva su sonrisa inalterable. Le están haciendo un trajecito azul con los restos de los uniformes de aviación, para que salga guapa a la calle. Salir a la calle. Salir para sobrevivir. Para tomar calor.

El fotógrafo dispone su cámara sobre el trípode. «Miren, señoras. Miren hacia acá». El fotógrafo segoviano está acostumbrado a entrar y ganarse su vida en el recinto. Con la distancia óptima de su cámara se coloca detrás y observa. «Miren al objetivo, ahora». No se atreve a decir que sonrían. Congela la imagen de ese taller. Setenta y tres mujeres miran a la cámara. Solo miran. Por encima de él, más allá de él. Lo sabe y dispara otra vez. Para dejar constancia de una atmósfera. Algo que no está en los cuerpos. Algo que está en el aire.

Manoli se levanta de la silla del taller y regresa a su oficina. Gracias a los despistes de la dirección ha logrado que las nuevas salidas se adelanten unos meses. Cambios imperceptibles en los expedientes. Sus amigas se van. Ella se queda. Está contenta. Coge el

cuaderno de claves para dar cuenta de la muerte de Stalin. El informe que le ha llegado sobre un pueblo en lágrimas. Las nuevas orientaciones firmadas por Dolores. Sacrificio, lucha. Lo trascribe debajo de *Madreselva ovalado*. Se empieza con 8 puntos. 1 x (6) x 3. X(3)ll(3)x. 5. x (3) l (2) l (3) x Y así hasta 85. 3 (l3lp 2x) (l35x) lpl3lp (l3 5v) (lpl3-2v) l3. Fin de madreselva. Mira el cuaderno con nostalgia. Lo repasa antes de que se pase de celda en celda. Lentamente coge la pluma y apunta de memoria algo que la deslumbró en la última clase de literatura con Carmen Orozco. «No deben acabar con la paciencia los males que no tienen fuerza para acabar con la vida». Cervantes. Fin. Y a un ladito, como si fuera una debilidad, como si fuera un alegato: «¿Cuándo saldré…? ¡Qué ganitas tengo!». 20 de marzo de 1953.

20 de marzo de 1953. Es viernes.

Tiene una boca nueva.

Empezó a sangrar por las encías y aquello no paraba. Los dientes empezaron a caerse. Uno tras otro. Don Juan del Cañiz otra vez. «Hija, el director me ha dado permiso para traer un dentista de la calle. Ya lo tengo localizado. Es un buen colega. No te preocupes por el precio. Eso ya lo tengo arreglado». Mira la figura desaliñada del médico y se enternece. «Pero ¿qué tengo, don Juan, qué es esto?». «¿Qué va a ser, hija? Necesidad, hambre, años de cárcel. Pero no te apures, tendrá arreglo».

El médico trae al dentista. Es piorrea. Hay que sacar todos los dientes para parar la infección. Hay que hacerlo ya. Algunos se han caído por sí solos.

—¿Todos los dientes?

—Sí, no tenemos opciones. Hay que sacarlos todos. Afortunadamente hemos llegado a tiempo y el hueso no parece afectado. Además, le pondremos penicilina.

—¿De dónde voy a sacar la penicilina?

—Ahora de eso no se preocupe —interviene don Juan—. Tomemos decisiones.

Manoli mira a Mary sentada a su lado. Mary sonríe y afirma con la cabeza. Manoli se ve a sí misma en un espejo imaginario. Treinta y cinco años. Una mujer ya mayor. Ahora sin dientes. Baja la mirada y la levanta de nuevo. Mira al médico y al dentista. Afirma a su vez con la cabeza. «Pues nada. Al menos, problema con la comida aquí no hay. Para comer el rancho no se necesitan dientes». Se ríen todos y el dentista prepara la anestesia. Fuera, María Victoria, que ha escuchado,

decide entrar y preguntar si sería bueno tener hielo cerca. «Buena idea». «Se lo pediré a mi marido, que me lo traiga. Estará aquí en un rato».

«Bueno, ya está». Una semana después no queda un diente. Tiene la boca inflamada, muy inflamada. Está tirada en la celda, en la que por fin han puesto tres catres donde se colocan los petates. Lilian se acerca y le dice bajito, en su oreja. «Tengo el dinero para el aparato. No tienes de qué preocuparte». «Pero ¿cómo puede ser? ¿De dónde lo has sacado?». «De mi tío Jaime». «Pero no lo entiendo, si estás por él aquí. Si fue a él a quien robaste». «Bueno, en realidad no le robé, me pillaron antes. Pero sé muchas cosas. Y a su manera él me quiere. Y me debe mi silencio. Para él esto es una miseria. No te preocupes. Va a poner un giro al dentista, necesito la dirección». «Joseamalia, y Paquita, y Pili, todas las chicas que ya están fuera están juntando dinero, Lilian». «Pues que lo ocupen para ellas, que bien lo necesitan. Dame su dirección para el giro». «No estoy segura de que me parezca bien. Tu tío es un falangista, un hombre que…». «Pero qué dices, Manoli. No seas sectaria como buena comunista, que tú eres lista. Al contrario, esto es una recuperación. Un asalto de vuestras viejas guerrillas. Esto es una venganza. Y tendrás dentadura. ¿Te vas a ir a la calle sin dentadura? Ni Ángel estaría dispuesto a estar con una mellada, no seas agonías…».

Se ríen. Se ríen. «No me hagas reír, que me duele todo». «Te advierto que vas a estar más guapa con la dentadura nueva. Será perfecta». Se acuerda de la abuela Encarna, en la cárcel de Málaga. No va a morirse. No puede. Y tendrá una boca de anuncio. Sigue sonriendo.

Prisión de Segovia, 15 de marzo de 1956. Mi queridísimo Ángel. Quisiera explicarte cómo se desarrolla mi vida actual para que todas las horas del día sepas en qué me ocupo. Me levanto sobre las 7, enseguida me ducho en el agua helada. A las 8 aproximadamente ya estamos listas, y tomamos el desayuno, que siempre me quedo con hambre. Hasta las 9 que me marcho a trabajar a la oficina de la cárcel estoy en la celda o en el patio haciendo punto y con las primeras clases. A la 1.30 salgo de la oficina, comemos el rancho que nos dan y a las 2 empiezo la clase. Ahora tengo dieciséis alumnas, tres más salieron en libertad hace poco. A las 4.30 me vuelvo a la oficina y acabo alrededor de las 8, cuando cierran las funcionarias. Salimos y me voy a pasear un rato por el patio. A las 9.30 aquí me tienes, doy un ratito clase a una chica que no puede durante el día y luego seguimos haciendo labor y tenemos nuestras reuniones. Al final acabo

cansada, pero trato de estudiar cada noche, menos de lo que debería. Me quedo dormida a más de las 12, ya ves que no tenemos un momento libre. Te quiere siempre tu Manoli.

Burgos, Prisión Central, 12 de abril de 1956. Mi Manoli queridísima. Ahora repasaba tu carta última, son imprescindibles en mi vida estas cartas queridas. Siempre lo hago varias veces antes de empezar a escribirte y, como siempre, encuentro y adivino algo que no había percibido… Me alegra tu optimismo de hoy y de siempre por ese orden. Tienes toda la razón al entrever que una vez más podría alargarse nuestra salida más de lo que deseamos normalmente, teniendo en cuenta el posible desenvolvimiento de nuestra situación jurídica. Libertad que anhelamos con toda la fuerza de nuestra vida; parece que la estamos tocando. Ya no nos preocupa el pasado ni los sufrimientos que engendró; todos hemos sufrido por los sentimientos rencorosos que se suscitaron y ello contribuyó a prolongar el sufrimiento general, que es lo más doloroso. Nos interesa el futuro… Acaricio proyectos íntimos y queridos para nuestra vida conjunta. Te adora y besa tu siempre Ángel.

El patio de atrás está lleno de flores. Un verano leve. El sol castellano ha dejado vivas las plantas. Las mujeres salen al patio y lo decoran. Ponen unas cintas en el árbol, unas cintas de lana de colores. Los niños llegarán en breve. Entran de uno en uno, después de que las funcionarias o los guardias les estrujen con las manos las ropas, les registren cada bolsillo, cada pliegue de la tela. Casi nunca les encuentran nada. Todas las familias se han vuelto expertas. Los niños y las niñas también.

Mary abraza a su hijo Pepe. Ya tiene seis años. Ya está grande. Va de punta en blanco, como van siempre los hijos de los pobres. Lo besa y le mira la cara de travieso. Los ojos oscuros, tan vivos, frente a los suyos tan azules. Detrás de los ojos sobrevienen los recuerdos. Una sombra se interpone entre las miradas. Un manotazo de ella la ahuyenta. No es día de sombras.

—Pero qué grande estás. Estás enorme. Ven y dame un beso —le dice Manoli.

—Manoli, ¿y esta niña tan preciosa quién es? —pregunta Mary.

—Es Violeta, la hija de mi amiga Feli. Solo tiene tres añitos.

—Mira qué buena. Y qué nombre tan bonito. Una flor de la sierra.

—Es preciosa. Parece una muñeca.

La muñeca llevaba ocultos un par de cigarrillos. Rubios ingleses. En el dobladillo. Los guarda como una reliquia, sin decirle a nadie. La sobrina de Sole se acerca a Manoli. «Tengo algo para ti». «Dámelo

ahora que nadie mira». Lo coge. Un sobrecito. Una nota. Se la guarda debajo del uniforme. Luego será el tiempo.

La tarde pasa rápido. Los niños juegan con las mujeres. Las mujeres saltan y cantan y bailan. Es como cada vez. Pero cada vez es diferente. Cuando suena el timbre ya saben que tendrán que despedirse. Las familias esperan fuera, pero aún podrán comunicar quince minutos con ellos en el locutorio. Cuando los niños salgan. Se despiden en la puerta más próxima a la calle y los cerrojos comienzan a abrirse. A la entrada del locutorio, se repite el mismo ritual de siempre. Se mesan el pelo, se pellizcan las mejillas, se arreglan el uniforme. La sonrisa se cuelga. La puerta se abre y entran en tropel por los dos lados. Las familias gritan, tratan de distinguir en la oscuridad. Las mujeres avanzan hacia la bulla. Efervescentes.

—¿Qué tal estás? —pregunta Feli.

—Muy bien, muy bien. ¿Y vosotros?

—Nosotros también muy bien. Tienes muy buen aspecto. No se te nota nada lo de la dentadura.

—Bueno, es duro. Pero estoy bien. Todo va bien. La niña está preciosa. Y es muy buena.

—Menos mal. Será contigo. Porque no para… Te hemos dejado un paquete, también otro de tu prima Angelines. Y uno que nos llegó a casa de tus amigas de Coruña, de Lali. A ver si te los dan pronto. Por cierto, ¿viste eso?

Sonríe y asiente.

—Pero qué bien. Pero no hagáis estos esfuerzos. Bastante es venir desde Madrid y traer a la niña. Dad las gracias a todos. Pero que estén tranquilos. De verdad que estamos bien.

Feli y Manoli se miran con la complicidad que da saber. No olvidar su propia cárcel. Siempre bien. El ritual del bien. Cuando las funcionarias paseantes dan la voz se despiden a gritos. Todo es a gritos. Se vuelve cada quien hacia sus puertas. Las familias hacia la calle, las presas hacia la cárcel. Las mujeres entran en silencio hacia sus galerías. Luego se contarán las noticias frescas, pero ahora el silencio ayuda a pasar el trago. El mismo trago. Suben las escaleras hacia las celdas, las manos revoloteando en los pomos de hierro de las barandillas, las manos que se posan en el metal mientras ascienden. Ese gesto de cada día.

«Y ahora, ¿qué?». «Ahora, qué va a ser. La cena. El rancho. Hasta mañana no nos darán los paquetes ni las cartas». Manoli se dirige a su celda y se coloca al final mientras Juani y Mary entran. Saca de debajo la nota. Es la letra tan pequeña que casi no la ve. «Alcanzadme

una vela, no veo». Alumbra la hoja. Información importante parece. Pero no está en clave. Reconstruye el mensaje palabra a palabra. Lo digiere para imaginar. Para planear.

Cuando se vuelve, hay unas cuantas más asomadas a la puerta. Todas la miran. «¿Está en clave?». «No, no está en clave. Está escrito normal». «¿Algo importante? Nos tienes en ascuas».

Avanza hacia ellas y se pone el dedo índice sobre los labios. «Sí. Es importante. Es importante para nosotras». Apaga la vela y guarda la nota en el bolsillo. «Nos vamos de aquí».

Segovia, 2019

Lo miro en la pantalla del móvil. Visto desde arriba, el edificio se parece a dos haches unidas, en medio un gran botón de cristal oscuro. Dos haches embridadas, de tonos rojos. Como si un herrero las hubiera soldado con metal candente. Los cuatro huecos que dejan las haches entre sus brazos son eso, huecos. Cavidades. Parecen vacíos cuando acercas la imagen. Superficies planas sin vida. Grises. Miro de nuevo la imagen. Es una trampa para ratones. Doble. Dos trampas juntas. Una trampa mortal.

Llegamos los dos caminando por la calle en cuesta. El edificio impone, pero es mucho más pequeño que la memoria del relato ha dejado en mi cabeza. En el fondo gris de un cielo denso. Se destaca la puerta. Sobre ella un cartel con una gran C. Bajo la C pone *La Cárcel, centro de creación*. Unos carteles refieren los eventos. La exposición en las antiguas celdas.

Abrimos la puerta y solo es silencio. La puerta da al pasillo. El pasillo da al émbolo circular que está en medio de todo. Que da a las cuatro galerías. Que da a las cuatro escaleras de hierro. Que da hacia el cielo donde no hay nada. Solo plomo. Avanzamos por el pasillo y el frío nos encoge. Estamos en noviembre. Frío. Frío helado.

En el centro de la rotonda acristalada una muchacha nos sonríe. Abrigada, muy abrigada. Con guantes y bufanda. La mediadora cultural. Nos cuenta por dónde pasar. La parte rehabilitada. Dos galerías a cada lado, la galería derecha, la galería izquierda. Las otras dos en proceso de reconstrucción. Los patios cerrados. Las celdas de arriba abiertas, algunas de abajo.

Preguntamos por la celda 84. ¿Dónde estaba la celda 84? No sabe. Sé que esa celda estaba en la galería derecha. Era la cuarta galería. Entramos en ella atravesando la gran reja. Una reja de suelo a techo. La portezuela está abierta. Pasamos mirando el suelo. El suelo es gris, pero fue rojo. Es rojo y gris. Frente a nosotros la escalera, con el pomo esférico que remata la barandilla. El pomo metálico. Sé que tengo que

tocar con mis manos ese pomo. No tengo una experiencia mística. Solo dejo que el frío se introduzca entre mis dedos sin sabañones. El mismo frío.

Subimos lentamente las escaleras. Nosotros dos solos. En fila, uno tras otro. Son estrechas. La puerta de la celda a mi espalda está entornada. La puerta abruma. La puerta gris de hierro tiene tres enormes cerrojos. Una mirilla angosta. Tiramos de ella y entramos. Frente a mí, la luz. Una imagen inmensa de mi madre llena la pared posterior. Una imagen tan grande. Gigantesca. En blanco y negro. Una imagen de una mujer muy delgada vestida con un uniforme claro con botones negros y un cinturón negro que dibuja la cintura. Lleva el pelo corto oscuro algo rizado. Las manos ocultas a la espalda. Sonríe sin mirar a la cámara. Los ojos sonríen también. La nariz vasca destaca en la cara como una afirmación de hierro. La voz del vídeo dice su nombre y su biografía. Sobreimpreso aparece la fecha. 20 de abril de 1956. El día que cumplió 36 años. La voz repite los nombres de las cárceles por las que ha pasado. Parece un itinerario turístico por la península. Estoy tan asombrado que no soy capaz de moverme de la entrada. La imagen se disuelve y aparece otra cara. Josefina Amalia Villa. Con las gafas y las trenzas. Muy joven. Sigo envuelto en una sensación de irrealidad. Paralizado.

Cuando me vuelvo, las hormigas me corren por el cuerpo. Son hormigas metálicas, plateadas. Entran en mí sin compasión y sin daño. Hormigas que me abrazan. Me rodean los pies y las piernas, luego el tronco hasta los hombros. Descienden por los brazos hasta las manos. Me miro las palmas. Observo las hormigas metálicas recorriendo las líneas de las manos. Busco sus ojos. Pero son ciegas.

Reacciono a la voz tras de mí. Me vuelvo y sonrío a mi compañero. Nos abrazamos. Las hormigas se han ido de repente con el abrazo de calor. Salimos a recorrer las celdas, los pasillos, los corredores. Entramos y salimos en las minúsculas estancias. Vacías. Miro el ventano enrejado frente a la puerta. Está en alto, apenas una luz tenue se filtra. Los muros de cemento gris. Las humedades.

Hacemos fotos. Registramos algo que luego no aparecerá en las imágenes. Bajamos de nuevo las escaleras y nos dirigimos hacia la rotonda central. La mediadora nos mira. Asiente cuando le pedimos salir a los patios. «Son cuatro», me dice. «Me gustaría ver el de la capilla», contesto. Entramos. Una oquedad gris. Ventanas con rejas arriba y abajo. Un gran muro lo separa del exterior. Un exterior que no es posible imaginar. Saco la caja de metal de mi mochila. Extraigo las fotos. Las fotos de las mujeres con los niños el día de la Merced. O

las mujeres solas. Pongo las fotos frente a nuestros ojos para ubicar el lugar. Puede ser cualquier lugar. No-lugar. Solo mujeres y niños en un espacio sin fondo. Rejas. Paredes claras. Rostros que sonríen. La mediadora observa con curiosidad y pregunta. «¿Quiénes son?». Temo que pueda ver las hormigas entre las fotos. Pero no las ve. En las caras de las mujeres no llega el verano.

El patio de las cocinas está en obras. Es mayor. Las cocinas ya no existen. Solo son hangares. Saco un papel minúsculo para explicarle a la mediadora que querríamos ver el antiguo taller de costura. Dibujo un mapa. Ella me dice, «parece un dibujo de Copérnico». No, es una ruta a la sala del tesoro. La sala donde se fabricaba ropa. Para comprar luego alimentos en el economato. Calorías. Redención de las penas. La sala del expolio. Puedo escuchar las voces en penumbra. El gran debate a oscuras. La dirección general de prisiones decidió aliviar los castigos. Permitir que ellas, las peligrosas, pudieran redimir las penas con su trabajo. Quitarse días, semanas, meses. Trabajando como esclavas. Algunas, las más intransigentes, no querían. Era algo indigno. La dignidad. Coser para redimir. «Hay que salir. Hay que salir vivas». La discusión acaba. La vida mancha.

Nos quedamos en el borde del espacio. Junto al muro. Miro hacia arriba. Sé que en verano oteaban el cielo desde ese patio. Las noches sin luna. Antes del toque para entrar en celdas. Veían Altaír, Deneb y Vega. Altair, la más brillante. Mi madre me dijo que pensaron en llamarme Altair. Altair en árabe significa pájaro. Pero no lo hicieron. Por miedo. Ahora miro hacia arriba. Busco. Cielo encapotado. Nubes.

Subimos a la segunda galería. Donde estaba el taller. Una sala inmensa con suelo de baldosas en blanco y negro. Un ajedrez. Un damero. Las presas no jugaron al ajedrez. Compusieron tapices con escaques. Cada escaque, una posición diferente. Una posibilidad. Una ruta hacia fuera. Hacían uniformes del cuerpo de Aviación. Para una empresa que se llamaba Vestimenta. Diez horas. Cada día. La maquinista. Las ayudantas. Las clasificadoras. Las de los ojales. Las empaquetadoras. Por una chaqueta quince pesetas. Por un pantalón, cinco. Dinero falso. Peculio.

Todas las paredes están cubiertas de tela negra. Saco las fotos. Las mujeres cosiendo. Las caras que no me miran. Las pongo frente a nosotros para volver. Para escuchar. Las voces nos llegan. El tratratrá de las máquinas cosiendo. El frufrú de la tela. Miramos las sillas. Los atriles. «¿Qué es este sitio?». La mediadora se vuelve y sonríe. De nuevo. «La sala de ensayo de la Banda Sinfónica Tierra de Segovia».

Los jóvenes músicos llegan a ensayar. Pisamos con cuidado sobre el

damero. Escuchamos. *Fire*, de Brian Balamges. Sonidos sincopados nos acogen. La fuerza del fuego. El calor. Una energía que brota de donde estaban las máquinas de coser. Fácil parábola. Donde fue el expolio ahora es la música. Demasiado sencillo. Pero los acordes envuelven todo. Salimos de nuevo al pasillo de noviembre.

Bajamos al otro patio. La primera galería. Las comunes. Está por reformar. Pero se aprecian huellas imprecisas. Están pintando. Están cambiando suelos. «¿Por qué reconstruyen todo así?». «Para adecentarlo». «¿Adecentarlo?». No es posible que este lugar se vuelva decente. No hay lugar en el no-lugar. No hay. Por más que pinten, están ahí. La mierda. La humedad. Los sabañones. Los fluidos que han ido recorriendo las paredes desde las celdas de arriba. La sangre. El frío.

Los antiguos baños son espacios nuevos. Servirán para salas de exposiciones. Bien pensadas. Con un aire *grunge*. Apoteosis del feísmo. Belleza descarnada para colgar cuadros. Para *performance*. Para música contemporánea que no se puede oír. Algo disléxico. Atonal. En esos baños eran las representaciones ocultas. *El Danubio azul*. Las reuniones nocturnas. La sala de labores con la única bombilla. El sitio de los secretos. En la pared de la esquina una inscripción gastada. «La lectura es el viaje de los que no pueden tomar el tren». Libros. El viaje de las presas. A ninguna parte. Miro hacia arriba. Hacia el techo. Nada de bombillas. Luces led dejan un tono blanco. Una luz de cuchillo. Una luz helada.

Vamos a la tercera galería. Atravesamos por arriba. Cada celda es una propuesta artística diferente. Llegamos a la que se ha instalado con los cuadernos de claves. Tres aparatos martillean las diapositivas que están en los carros. Cada proyector saca imágenes de los cuadernos. Las instrucciones de las labores. Informaciones no legibles para nosotros. GLPG GLPGLLAPL-2V A (6P) GL (2P) (GLLA-4V). Tratamos de entender. Pero me veo en otro mundo. Lejos. Muy lejos. Ahora comprendo. Es un lenguaje de otra civilización. De otra cultura. Estará siempre oculta. No hay trascripción posible. La belleza de los signos lo contiene todo. Nos está vedada. Observamos un arte perdido.

Bajamos de nuevo. Hacia las celdas del castigo. Entramos para imaginar. La oscuridad. La luz taponada de las ventanas. El hueco en el suelo para mear. Para cagar. Una parte con azulejos blancos resquebrajados. El mapa de oquedades en las paredes. Las huellas. Los pasos. Trato de ver los pájaros. Porque sé que esta celda mi madre la llenó de pájaros. No queda ni una pluma. Ni un lejano crepitar de un

ala. Ni un piar. Nada.

Volvemos al centro. Desde esa burbuja central miro hacia todos lados. Es una rosa de los vientos. Una brújula humana. Al norte. Al sur. Al este. Al oeste. Veo las cuatro galerías. Las escaleras. Las puertas de las celdas. Veo las figuras que no existen ya. Con sus uniformes grises. Se mueven. Avanzan por los corredores. Ascienden los peldaños. Se agrupan alrededor para escuchar las misas con desprecio. Para gritar los cánticos de rigor con rabia. Con desidia. Con mofa. Veo las sombras que se marchan tras la misa. Escucho las risas desde mi espacio central. La risa. Siempre la risa.

Salimos a la calle. Las hormigas desaparecen de mis manos. De mis pupilas. Respiramos el frío de fuera. La ceniza del firmamento. Un cielo tan turbio pide una tormenta. Leemos el texto. «Moderna prisión celular de tipo panóptico, con una rotonda acristalada y poligonal desde la que los funcionarios vigilaban las cuatro grandes salas, de dos plantas. Inaugurado en 1924 como Reformatorio de Mujeres, posteriormente sería Hospital Asilo Penitenciario para ancianos y enfermos de tuberculosis. Con la guerra civil se vio abarrotado de presos políticos, que ya no abandonarían el edificio durante toda la dictadura. En 1946 se transformó en Prisión Central de Mujeres y, durante sus diez años de existencia, albergó al mayor contingente de luchadoras antifranquistas españolas, que convirtieron esta prisión en un centro de formación política y cultural clandestino. El papel que representó la cárcel de Burgos para los presos políticos lo constituyó Segovia para las políticas. Su impulso organizativo desarrolló y mantuvo redes de solidaridad que llevaron a declarar una huelga de hambre en enero de 1949».

Una lucha constante entre carceleros y presas. Años de plomo. Eso es. Nos abrazamos de nuevo antes de descender por la calzada. Para resistir. Al frío. Frío helado.

«Una no escoge el tiempo para venir al mundo; pero debe dejar huella de su tiempo. Nadie puede evadir su responsabilidad. Nadie puede taparse los ojos, los oídos, enmudecer y cortarse las manos».

GIOCONDA BELLI

8. Tortitas con nata en Manila. 1956. 1960. 1961

Aparece en toda su gloria al final del patio. Lo ven y no pueden contener la expresión de sorpresa. Va completamente de rojo, como si fuera vestido de noche. Sobre la gran sotana escarlata lleva una casulla blanca brocada. Avanza lentamente, bajo algo parecido a un paraguas, y las monjas carceleras, las funcionarias, las presas comunes, van arrodillándose a su paso. Una coreografía, con los movimientos lentos de la gente que sucumbe sobre el suelo. Tras el prelado, la guardia civil en traje de gala marcha con su banda de música. Las políticas, paradas al final del patio de la cárcel de Alcalá de Henares, apoyadas sobre la pared final del corredor, no pueden evitar la mirada. Mirada larga.

El cura ha estado días insistiendo. Tienen que rendir pleitesía a Eijo y Garay. «Pero ese tío que viene ¿quién es?». «Pero mujer, es el obispo de Madrid, es patriarca de las Indias Occidentales. Desde 1923. Es procurador en Cortes por la Falange. Un fascista. Despiadado. Siempre en contra nuestra». «Caray, ¿y a qué viene?». «¿A qué va venir? A salvarnos». «¿A nosotras?».

Juani se vuelve hacia el cura. «Mire, señor cura. Ese hombre viene a darnos su bendición. Es tarde para nosotras. Muy tarde. Nuestra única salvación a estas alturas se llama indulto». El cura la mira y calla. Si no se arrodillan las castigarán sin correspondencia y sin comunicación. Un mes al menos. Quizá más.

Llevan apenas tres meses aquí. Llegaron exactamente el 20 de abril de 1956. Manoli se acuerda bien, ese día cumplía treinta y seis años. Las trajeron en autobús directamente desde Segovia y atravesaron Madrid. No pudieron evitar la emoción al ver las calles. Tan iguales. Tan diferentes. La gente caminando por la ciudad de viernes. El autobús cargado con las presas políticas más peligrosas de España avanza anónimo por la Castellana hacia la avenida de Aragón. La ciudad está tomada por el sol. Todas miran como si se tratara de una película, de algo irreal. Los cristales de las ventanas que hablan. Las

funcionarias y los guardias que piden silencio. Son pocas, unas decenas, lo que queda de los inmensos años cuarenta y de la soledad de los cincuenta. Son pocas y lo saben. Se ven como un barco varado en una orilla que ya nadie mira.

La cárcel de Alcalá no tiene celdas. Solo inmensas galerías donde están las comunes con penas más largas. No consiguen que las pongan separadas y ocupan la parte final de una galería. Hay camas y entre las camas un estante. Allí se colocan, ponen sobre los colchones las maletas de cartón forradas de telas verdes y marrones a cuadros, sacan sus cosas, las disponen junto a la cama. Se sientan y se miran. Miran a su alrededor, las enormes ventanas que dan al patio arbolado. Las funcionarias y las monjas alrededor, vigilando. ¿Vigilando qué? Cuando tiene todo colocado Manoli se levanta y mira a Mary que está a su lado. La mira mientras ella coloca una foto de su hijo en el estante. La luz del sol apenas la deja ver. «Vamos a bajar a ver el patio. A ver si nos dejan». «No tengo ganas ahora. Mejor mañana». «Vamos ahora, vamos todas».

En el patio, una monja grande se acerca a ellas. «¿Quién es la vasca?». «Pues… yo soy la vasca. ¿Qué desea?». «Soy sor Vicenta. Soy de Irún. Sabía que usted venía. Ya somos dos vascas. Puede contar conmigo». Y sonríe. Manoli se queda sorprendida. Le da la mano que le ofrece. Con desconfianza.

Hoy, tres meses después, ve a sor Vicenta caminar detrás del cura, que camina detrás del obispo. Cuando llega al altar improvisado al final del patio, todas quedan a su alrededor. Ellas, las últimas, de pie bajo el sol de julio. Un sol denso. Observa más de cerca al obispo y le parece disfrazado. O parte de una ópera bufa, como gran señor. O payaso. Sus oropeles encarnados le deben asfixiar. Mira a la monja y se sonríe. También ella va con el hábito de gala, negro, amenazante, cerrado, con la toca gris. Rojo y negro.

He venido hoy a recordaros en loor de la Virgen del Carmen, patrona de la Guardia Civil. La verdadera España de la fe católica y del romano pontífice está hoy aquí y ha salido victoriosa. Es viejo ese obispo, lleva más de treinta años bajo el palio. Lee las hojas que lleva un curita joven en la mano, mientras otro le da aire con un gran abanico negro desde detrás. *Vengo a deciros que Dios ha devuelto a España a la fe, pobres pecadoras. Aquí estáis agradecidas porque os van a extirpar la simiente del mal. Arrepentíos, rezad, cumplid vuestras condenas. Rendid vuestro orgullo*. El obispo se seca el sudor del rostro con un delicado pañuelo de encaje. Cuando el curita de detrás trata de recogerlo y darle otro, le atiza un manotazo. Sin pudor. Algo le eriza la garganta,

aunque tiene una voz atiplada con un lejano acento. «Este tío es gallego como Franco, ¿no?». «Eso parece, y con mucha mala leche. Si se muerde la lengua, explota».

Hagamos honor y agradecimiento piadoso por estas autoridades que os acogen aquí en esta casa, a las civiles y a las militares, y a vuestro sacerdote y a estas religiosas pacientes y abnegadas. Recemos por ellos y por el Movimiento, grande, inmenso, por la magnitud regeneradora de la empresa que nos hemos dado y por la gigantesca del Caudillo que la preside. Recemos juntos. El obispo vuelve a quitarse el sudor del rostro, que ha pasado de estar rojo a estar cenizo, pálido. El cura desde atrás cada vez le abanica con más fuerza y el de delante sostiene las hojas temblón. De pronto, le tira las hojas de un manotazo y trata de gritar: *No oigo en este lugar los latidos del corazón creyente. Rezáis sin garra. Expulsad a Satanás. Abrid*… En ese momento, el obispo se tambalea, trastabilla con su larga capa y su larga falda escarlata. El jefe de la guardia civil, los curitas, el director de la prisión, las funcionarias, todos hacen un movimiento para sostenerlo. El murmullo entre las presas crece mientras la eminencia es trasladada por mitad del patio hasta el interior umbrío de la galería.

Las políticas se mantienen de pie, riéndose tanto por dentro que casi no lo pueden disimular por fuera. «Ya sé a quién me recordaba. A la pimpinela escarlata. A la pimpinela escarlata derrengada». Se ríen todas, ahora sí, mientras el sacerdote auxiliar de la cárcel con su cuerpo escuchimizado blande su sombrero negro. «¿De qué se ríen, de qué se ríen?». Viejas presas, en tono de mansedumbre, «¿reírnos nosotras? De nada. Todo sea a la mayor gloria de dios».

El grupo se va disolviendo y espera a un lado. La primera visita en Alcalá de los niños tiene que empezar y la ceremonia la está retrasando. «¿Esperas a alguien hoy, Manoli?». «A la hija pequeñita de mi prima María Luisa. Y espero que con ella entren unos cigarritos».

Las galerías no dejan espacio alguno a la discreción. Camas a cada lado, un gran pasillo en medio por donde pasean las funcionarias o las monjas a veces. Los baños al fondo.

—Pero ¿dónde podríamos vernos? ¿En los váteres?

—Siempre hay gente entrando y saliendo. Y no me fío de las comunes. Hay muchas chivatas.

—Bueno, no es que sean chivatas en su mayoría. Pero es que no estamos acostumbradas a estar juntas.

—Lo que sea. Pero en los váteres no podemos vernos.

—Tendrá que ser en el patio después de la comida. Llevaros algo

de labores.

—Pero yo estoy bordando un juego de sábanas.

—Pues llévate la almohada. Y sigues bordando. No le veas peros a todo, Mary.

Hace frío en Alcalá en marzo. Pero no es Segovia. Nada es como Segovia. Aunque la añoran. Añoran una rutina largamente construida. Añoran que ocupaban solas dos galerías. Añoran sobre todo que eran cientos. Que eran muchas. Extrañan también que al principio pensaban que el final estaba ya. Luego no. Luego todo se enredó. Luego supieron que estaban pegadas a un miasma del que no lograban despegarse. Que solo era esperar. Que la dictadura se había consolidado y que los años pasaban. Pero era como su territorio. Alcalá les parece de paso. De paso. En el patio lleno de árboles también parecen estar como de paso. Las cuatro mujeres se juntan bajo la acacia aún desnuda. Miran las ramas con los primeros brotes tempranos. Miran y se miran.

—Pero ¿qué te han dicho de tu solicitud de indulto? —dice Esperancita.

—De momento, nada de nada. Hay que esperar. Pero me ha dicho sor Vicenta que el director le ha dicho que van a aceptar la de Pepita. Si le reducen la pena, saldrá rápido.

—Pero ¿tú, Manoli?

—Las faltas en el expediente no ayudan.

—¿Has alegado que estás enferma, que sigues sangrando?

—Sí, claro, pero eso no sirve. Voy a tener que esperar a que se muera otro papa para que declaren otro indulto. Pero vamos a lo nuestro.

Sonríen. Y se disponen a tomar decisiones. Son la dirección del partido en la cárcel. Un grupo ya diminuto, pero con muchas voces, con muchos matices. Con mucha cárcel encima y muchos resquemores, muchos silencios, muchos agobios. Mucho tiempo.

«A ver. A las dos compañeras las han trasladado desde Guadalajara aquí con una nota en el expediente por actitud amoral. En resumen, dicen que han mantenido relaciones. Vienen aquí con esa marca y las han puesto en la galería de ingresos, pero muy separadas. Son camaradas militantes de toda la vida. ¿Qué hacemos, quién va a hablar con ellas?». «¿Cómo que qué hacemos? Lo de siempre. El partido no puede permitirse esos vicios». «A mí me parece que hay que sentarse a hablar con ellas, reconvenir su actuación, ponerlas bajo control, decir que su actitud no es de comunistas, pero no podemos apartarlas. Eso nos debilita». «Pero las comunistas no tenemos estos

vicios. Estos vicios no los podemos consentir». «Ya lo sé, pero no podemos permitirnos el lujo de perder gente, cada día somos menos. La dirección no nos tomará en serio». «Pero a mí me dan asco, asco. Esa gente me da asco. No se puede consentir». «Merche, por favor. Está siendo una época muy dura para nosotras. Estamos pocas, débiles, cada día más mayores, estamos en 1958, algunas llevamos aquí media vida. No podemos darnos golpes a nosotras mismas». «Pero esto es una inmoralidad. Si no aplicamos un castigo ejemplar, ¿qué va a decir de nosotras el partido?». «Pero qué mayor castigo que divisiones y separaciones. Además, todo son rumores, nada está probado. Muchas veces hemos sido muy sectarias. No podemos tomar decisiones sin escuchar a las camaradas. Nos ha costado mucho estar unidas y volver a vivir en comuna, como se debe. No podemos debilitarnos frente a la dirección. Y por nosotras mismas». «Para mí esas camaradas están podridas. Yo no pienso hablarles se decida lo que se decida». «Marga, no seas así. Tenemos que decidir y lo que se decida va a misa».

La conversación se hace eterna. Las eriza. Se levantan y caminan por el patio, vuelven a sentarse. El tiempo apremia. Están dolidas. Una angustia a flor de piel. La necesidad de agarrarse a principios, a alguna tabla que las salve. Algo para no naufragar. Se han juntado soledades, oquedades, malestares. «Entonces, quedamos de acuerdo. Vendrán a vivir a nuestra galería si la prisión lo concede. Y estarán bajo control especial. Hay que elegir a las dos camaradas que van a hacer el control. Una podría ser Mary. Y otra…». «No, yo no. Hay que elegir a otra. Yo no estoy dispuesta». «Bueno, lo decidimos mañana, ahora lo importante es comunicarles a ellas que estarán bajo control y antes negociar con la dirección. Manoli, ¿no será lo mejor que tú hables con sor Vicenta, que tanto te considera?».

Se levantan del suelo del patio. Carmen se acerca a Manoli, la toma del brazo. «No he querido decir una cosa para no echar más leña al fuego. Pero una cuestión. Ya sabes quién duerme en la cama de al lado mío. Como ahora estamos todas en galería se oye todo. Y algunas noches oigo ruidos. Ruidos… ya entiendes». «Me lo habían comentado». «¿Y qué hacemos? ¿Tendríamos que hablar con ella, no? Es una chica sin mucha formación, ya sabes. Pero no quiero decirlo en la célula, la gente anda nerviosa, nerviosa». «No sé qué decirte Carmen. Tú eres la maestra, la que más sabe. Yo no soy capaz de abordar esto, no sé cómo hacerlo». «Pero algo habría que hacer, ¿no?». «Sí, pero me da vergüenza».

Le dice a sor Vicenta que quiere hablar con ella después de que

salga de la oficina del economato. A las siete, si puede. Sor Vicenta la mira con sus ojos oscuros. «Claro. Cuando quiera. Nos vemos en la oficina de arriba, que no hay nadie». Asiente y vuelve la cara hacia los albaranes. Siguen robando a mansalva el dinero que llega a la dirección y luego no llega a las cocinas ni a las lavanderías, ni a las presas. Lo ve, lo ve porque se da cuenta de que llega material que luego sale por otro lado. Ya no es estraperlo, el racionamiento acabó en el 52. ¿Cómo lo desvían entonces? El caso es que entra producto que luego no se refleja en los albaranes de salida.

Coloca el lápiz sobre su sien y piensa. ¿Cómo usar la información? ¿Cómo averiguar más? Luego la cabeza se le va hacia otro lado, a la conversación con Carmen, hacia sí misma. La cárcel las ha convertido en monjas laicas. Parecen beatas. Algo le enturbia la cabeza, huye de pensarlo, de atreverse a pensarlo. Lleva dieciséis años metida en la cárcel y ahora que ya no espera el fin de la historia quiere el fin de su cautiverio.

No se reconoce. No se reconoce en los espejos ni en sí misma. «Me siento vieja. No me gusta sentirme vieja. No soy una vieja. ¿O sí lo soy? Se me va a agriar el carácter». Mira desde la mesa la ventana por la que se ve el patio con los árboles aún desnudos. Devuelve el lápiz a la mesa. «Voy a hacerme una copia de estos números».

Sor Vicenta es una vasca dura. Pero es verdad que se respetan. Incluso se aprecian. No es como con María Victoria, que se quedó en Segovia. Con ella llegó a trabar una amistad, así lo siente. Lejana, siempre de usted. Pero se portó muy bien. Ahora incluso se escriben. No sabe que se escribirán hasta el final, cuando ambas sean unas viejas. Pero sor Vicenta es más directa, más bruta, más recia. Le regala galletas, le mete la correspondencia. Lleva todo bajo el hábito y camina sin miedo por la prisión.

—Gracias por la leche y las galletas.

—A mandar, Manolita. ¿Y de qué quiere hablarme?

—Pues mire, quiero hacerle una propuesta. No me mire así, es algo muy sencillo. Pero habrá que negociarlo con la dirección. Las dos compañeras que están aún en la galería de ingresos… —Se para y observa la expresión de la monja, las cejas enarcadas.

—Ajá, ¿qué con ellas? —pregunta la monja.

—Queremos que las trasladen cuanto antes a nuestra galería y que las pongan al final, entre Esperanza y Carmen.

—Esas mujeres han llegado con una falta grave en el expediente. No lo pone directamente como tal, pero usted debe saber de qué se trata. —Cierra las manos sobre el hábito y mira al suelo.

—Sí, lo sé. Por eso queremos que estén a nuestro lado.

—No va a querer el director. Yo no podré hacer nada. No puedo ayudarla.

—Sí puede, hermana. Debe. Es por su salud, y por la nuestra. No podemos permitirnos desplantes entre nosotras, ya lo entenderá.

—Sí, pero… no sé cómo decirlo. Son vicios. Vicios nefandos.

—Qué palabros, hermana. No hace falta que me diga. Pero usted tiene poder y mano izquierda. Necesito que me ayude y que las traslade. Luego nosotras nos comprometemos a que no haya problemas, somos las primeras interesadas, ya puede imaginar. —Y ahora Manoli sí la mira intensamente a los ojos, como traspasándola.

—No estoy segura de que sea una buena idea.

—Mire lo que decía san Agustín. Aprueba a los buenos, tolera a los malos y ámalos a todos. Es también una prueba para usted.

—Es el colmo, Manolita. —Se vence hacia atrás y no puede evitar reírse—. ¡Que sea usted la que me traiga aquí a san Agustín! Veo que las enseñanzas de la Iglesia sirven en ustedes, me alegra —y vuelve a reírse.

—Ríase, ríase. Pero hagamos algo. Y que sepa, de san Agustín me habló una vieja republicana que era mi vecina, y mi maestra. Sira Landa Coronado, la tía de Matilde Landa, que usted sabrá quién es. Republicana, atea, sin bautizar. Los que no creemos, pues no creemos. Pero no despreciamos.

—Bueno, bueno. Pero no sé cómo voy a tratar esto con el director. Es muy duro, ya lo sabe, el señor cura no ayuda.

—Nunca ayuda a nada el señor cura, perdone que le diga. —Mete la mano en el bolsillo del uniforme y saca un par de hojas dobladas—. Pero tengo algo que quizá nos ayude. Mire esto. —Y se lo tiende a la monja.

La monja lo observa, frunce el ceño y levanta la vista con cara de no entender gran cosa.

—Perdone, Manolita. Pero estos garabatos nunca han sido mi fuerte. ¿Qué es esto?

—Son cruces entre albaranes de entrada y de salida. Nada de lo que ha ocurrido ha podido pasar sin el consentimiento de la dirección. Como mínimo.

Coge las hojas y le explica a la monja con detalle un robo sistemático durante meses en la Prisión Central de Mujeres de Alcalá de Henares. Se lanza a decírselo porque su instinto le sugiere que esa mujer no está implicada. Y que iba a escandalizarse. Que iba a quedarse muy sorprendida, porque en la dirección estaba su superiora.

Todo un muestrario de imágenes pasó por la cabeza bajo la toca. Se miraron sin más, y con la vista se entendieron.

—Manolita, déjelo de mi mano. En dos días tendrán allí a sus mujeres. Pero asegúreme que sin líos. —La mira para ver que la presa asiente con determinación—. ¿Hacia dónde va usted ahora?

—Al patio, hermana. Aún me queda un cuarto de hora de permiso y quiero que me dé el aire.

—Pues si no le importa, vamos juntas.

La monja es alta, tanto como la presa. Mujeres altas en un universo de bajitos. Ambas lo saben. Caminan muy tiesas. «Voy a hablar antes con mi superiora. Para que no arda Troya. Porque tanto el director como el cura están implicados, o lo consienten. Qué barbaridad». Se vuelve y baja la voz mientras caminan por el patio. «Le voy a contar algo. Mire, yo tengo un hermano que es así. Mi hermano pequeño». «¿Así cómo, hermana?». «Pues maripili… Invertido. De hecho, tuvo algo con ese cantante tan famoso que también es de Irún. Con Luis Mariano. Se enteró todo el mundo. Un escándalo. Nosotros que somos de una familia católica de toda la vida, nacionalista, es verdad, nada de franquito. Pero tan católica. Fue un escándalo. Pero yo lo quiero mucho a mi hermanito, aunque sea así». «¿Y qué ha sido de él?». «Pues a través de otro hermano lo pusieron en tratamiento hace unos años con un famoso psiquiatra de Madrid, muy católico, el doctor López-Ibor. ¿Le suena? ¿No? Pues lo cierto es que le hicieron de todo, pero yo creo que no mejoró. Se ha ido a vivir a Valencia. Pero yo lo quiero igual. Como usted dice con lo de san Agustín, hay que amar a todos. Bueno, Manolita. Le debo una, usted me ha hecho un favor con esa información, se lo digo de verdad». «No, sor Vicenta, es al revés». «No, no. Yo me entiendo. No sé si podré devolvérselo. No creo que pueda».

Pero sí podrá. Aunque ahora no lo sabe.

El telegrama llegó a mediodía. La voceadora no esperó a la comida. Se lanzó al taller y a la galería. Y se puso a gritarlo. Telegrama para Manolita. Telegrama para Manolita. Se lo llevó hasta la oficina, donde ella ya estaba levantada de la silla. Y las funcionarias también. Se lo alcanzó en la mano. Abierto y sellado por la censura. Era de Francisco, el sobrino de Ángel. Lo leyó en silencio: «Ángel indultado. Próximamente libertad». Cuatro palabras. Lo primero que pensó es que podría pasarlo sencillamente al libro de claves. Pero ya no usaban el libro de claves. La mirada expectante de sus compañeras que habían salido del taller para mirarla la sacó de su estado. «Que han indultado

a Ángel. Que va a salir ya en libertad». Se armó la tremolina, hasta las monjas salieron a felicitarla. Sor Vicenta le dio un abrazo. «Váyase, vaya con sus compañeras al patio. Queda poco para la hora de comer». Salieron al patio y parecía una fiesta para todas. Bajo el sol, todas leían el telegrama como si fuera un santito, un amuleto al que agarrarse y daban vueltas alrededor de ella. «¿Y ahora quién escribirá esas cartas tan bonitas que nos leías?». La risa de nuevo, como antídoto. Se reían y daban vueltas alrededor del patio. «Ya no queda nada. Verás. Ya no queda nada». Era 31 de marzo de 1960. Jueves.

Tres días después llegó otro telegrama. La voceadora se lo llevó rápidamente, pero ya sin gritos. Justo a la hora del rancho. Era de Ángel. Solo tres palabras. Tres. «Ya soy libre». Fue su primer acto al salir. Sus sobrinos Francisco, Gregorio y Amado fueron a buscarlo en la furgoneta de la leche a la puerta del penal de Burgos. Cuando estuvo ante el portón, tras abrazarlos por primera vez en diecinueve años, se volvió hacia atrás y miró la doble reja que daba paso a la cárcel. Los funcionarios y los guardias con tricornio miraban la escena. Él con la maleta en la mano vio por primera vez que sobre la gran puerta se abría un letrero. Prisión Central. Pensó que era el final. Que era el adiós. Que quizá volviera pero entraría por la puerta del locutorio para ver a los camaradas que aún estaban dentro. Que no traspasaría otra vez esa reja. Se despidió en su mente, pero también con la mano que tenía libre. Haciendo un saludo. Un adiós. Su intuición le parecía tan clara que era una certeza. No siempre las certezas se cumplen.

«Lo primero, parad el coche en una oficina de Correos. Tengo que mandar un telegrama a Manoli». «Pero primero vamos a desayunar, que tendrás hambre. Y nos espera un desayuno opíparo». «Pero después, por favor. Primero el telegrama». Había ensayado tantas veces esta escena. El texto del telegrama. Mil textos soñados. Breves. El viaje del penal a la ciudad lo mareó. Miraba esa ciudad apenas conocida mientras el runrún de la furgoneta con olor a leche le inquietaba. Cuando llegaron a la oficina de Correos frente a la catedral, las dos torres enormes le parecieron amenazas. Cruzó la plaza y mientras caminaba con sus sobrinos a los lados se veía torpe. Tantos pasos en esa plaza, muchos más de los que había dado seguidos desde… Desde nunca, parecía la primera vez. En el interior de la oficina, el encargado le preguntó qué quería enviar. Se quedó en blanco. Miró a su sobrino Francisco, luego sus manos. Y todo se resumió en esas tres palabras que le mandaba a su novia. Era el final de un cortejo interminable. Dos décadas de cortejo que parecían

culminar en ese acto. Su sobrino pagó y salieron. Volvió a mirar las agujas de la catedral.

—Vamos a desayunar. Que tendrás hambre.

—No creas. Tengo el estómago cerrado.

—Pero vas a ver cómo se te abre con lo que hemos preparado. Un desayuno de domingo. Porque hoy es domingo. Hoy es fiesta, tío Ángel.

El siguiente telegrama lo envió al llegar a Madrid. Desde la estación del Norte se fue directamente a la casa de Fernán González. Su cuñada Isabelita lo esperaba en la puerta. Entró en el piso. Ahora era muy distinto. Se había dividido en dos partes y algunas habitaciones estaban alquiladas a huéspedes. Pero vio los muebles que él mismo había comprado con Tina veinte años antes. La luz que entraba tenue por la ventana de la calle. El chirrido de sus pasos sobre la madera. Algo se conectaba en su cabeza. «Te he dispuesto esta habitación para ti. La que era la tuya ahora está en el otro piso, el de dentro. Pero aquí estarás bien. Te he hecho albóndigas para comer. Luego vendrán amigos para verte, Enrique el zapatero que sigue enfrente, Carmen, Maribel, Félix. A tomar café. Si te apetece. Y luego a descansar». «Muchas gracias, Isabelita. Luego quiero salir a comprarme una camisa. Todas las que me han dejado en Burgos me están grandes. Mañana voy a comunicar con Manoli en Alcalá. Me iré temprano. Aún me pierdo mucho, en realidad nunca he estado en Alcalá, no quiero perderme».

Se sienta en la butaca de la sala y mira frente a sí la foto de Tina. Le parece otra vida. Otra persona. Otra casa. Otra Tina. Cuando Isabelita le llena el vaso de vino, se lo acerca a la boca y se lo toma de un trago. Arde. Es rara la libertad. Se ve a través de un espejo, lejos. No era él. Es otro el que está sentado ahí, con el vaso entre las manos.

Manoli se pone una blusa clarita que le prestó Marga. Debajo del uniforme gris de la cárcel, lo único permitido. Para que saliera algo blanco por encima del cuello de la bata. Nada de pintura, el pelo castaño, apenas una melenita, cortado por una presa común que tenía buena tijera. No ha pegado ojo. Está más que dispuesta desde tres horas antes de la comunicación. Mary le da golpes en las mejillas cada tanto. «Estás pálida como una muerta». «Es que estoy nerviosa, déjame». Tiene cuarenta años, la última vez que lo vio tenía veintidós. Hacía una vida, dieciocho años. ¿Cómo la vería? Ya no es una jovencita. Pesa cuarenta kilos, es una espátula sin formas. Alta y larga. Lleva una dentadura perfecta y falsa. Es otra. Es la misma.

Cuando la voceadora grita su nombre, «¡a comunicar!», todas las políticas se ponen detrás de ella. Las pocas que ya quedan. Unas quince. La acompañan hasta la entrada del locutorio. Ese enorme corredor con rejas dobles, hoy vacío. Sor Vicenta estaba a la puerta. Junto a la funcionaria que estaría en medio, recorriendo el pasillo entre las rejas. «Quince minutos». «Ya lo sé, no hace falta que me lo recuerde». «Su marido ya ha entrado, está muy elegante». «Gracias». Sus compañeras asoman la cabeza y miran. Luego la empujan, la puerta se cierra tras ellas.

Lo mira sonriente mientras se acerca a su tramo de reja. Va con traje, corbata verde, camisa blanca. Elegante. Pero no lo reconoce. No era aquel, ni tampoco el de las fotos. El pelo lleno de canas. Sonriente, como ella. Los dos posan las manos en los barrotes, con el pasillo en medio. «Hola, estás muy bien, estás muy guapa». Y descubre una voz extraña. No estaba en sus registros. Era una voz nueva. La voz de un desconocido con el que lleva escribiéndose dieciocho años.

Los dos son otros. La larga ilusión del eterno noviazgo acaba aquí, en este cuarto de hora. Inventar qué decirse, tantas palabras que imaginaron, ahora con la funcionaria que pasea entre ellos. «Te he dejado un paquete. Te lo darán luego. Y he puesto tela para que puedas hacerte un vestido para salir. Porque seguro que saldrás muy pronto. Muy pronto. Yo estaré organizándolo para cuando salgas. Vendré lo permitido, una vez a la semana. Mientras tanto». Ella sonríe. Luego se ríe. «Estoy nerviosa, parezco tonta».

Quince minutos pasan muy rápido. «Tienen que despedirse», dice la funcionaria. «Volveré el viernes». «No te preocupes si no puedes». «Volveré el viernes». Se tiran besos por el aire, se vuelven, se giran ante cada una de las puertas. La de dentro, la de la calle.

—¿Cómo fue, cómo fue? ¿Qué te decía? —Mary la mira sonriendo.

—No sé. Bien. Tan poco tiempo. Estaba muy nerviosa.

—Es lo lógico. ¿Cómo ibas a estar? Seguro que él también. ¿Le has dicho que lo quieres?

—No, no me he acordado. No ha dado lugar. No había tiempo. Volverá el viernes. —Se queda pensando—. Tampoco él me ha dicho nada.

Hace sol en el patio de Alcalá. El sol de abril. No sabe cómo pensarse. Solo retumba en su cabeza. «Ya queda menos, será pronto, será pronto». Sonríe mientras las demás la miran. Sonríe. Y tiene miedo.

«Manoli sale enferma. No sé hasta cuánto te ha dicho, ya sabes que no

le gusta preocupar».

Esos quioscos de El Retiro son cálidos al atardecer de Madrid. Hay mucha gente, es jueves santo. Entre la gente se saben desapercibidos. Además es 14 de abril. Joseamalia enciende su cigarro Bisonte mientras él sirve la cerveza en ambos vasos. No se han vuelto a ver desde aquel día. La muchacha de la trenza y el hombre de la camisa falangista en la sala de espera de una parroquia. Pidiendo cita para casarse. Hace diecinueve años.

Ni Joseamalia lleva trenzas ni Ángel sombrero. Ni la camisa azul. Ella lleva el pelo largo sujeto en un moño y sigue estando muy delgada. Él también.

—Quién nos iba a decir que nos íbamos a volver a ver de nuevo. Desde aquel día. Fue uno de los peores días de mi vida. Yo sabía que a él lo habían pillado. Sabía que lo habían cogido y que no iba a hablar. Me preocupaba también como a ti qué podrían encontrar en su habitación. Pero no sabía dónde era. —Ella habla observando la ceniza del cigarrillo que se desprende.

—Sí. Aunque yo todavía tardé en caer. Durante años pensamos que el chivatazo lo dio Jiménez, el practicante de Lavapiés. Pero ahora ya no sé qué decirte. El caso es que la red que yo tenía no cayó. Todo fue raro. Nunca supe si no cayó porque no fueron capaces de localizarla, porque no creyeron que pudiese haber un grupo tan grande infiltrado en la Falange. O porque no estuvieron dispuestos a airearlo, era demasiado para ellos.

—Es posible. Aunque eran implacables. En esos tiempos hubieran liquidado sin piedad. Pero no lo sé. Yo apenas conocía nada más que a mi grupo de control. Quiñones a mí no me decía nada. Como puedes imaginar. Pese a lo que se dijo después, él era completamente leal. Duro como una piedra. En fin…

—¿Cómo te encuentras desde que saliste? ¿Cómo ves todo?

Joseamalia se reclina en la silla de madera de El Retiro. Fumando su cigarro, observa a un grupo de niños sentados en la arena cerca de ellos. ¿Cómo se encuentra? Rememorar le hace daño. Lleva desde que fusilaron a Quiñones bajo sospecha. Bajo control. Con la herencia a cuestas de las acusaciones sobre él, de agente doble, de miserable, de delator. Lleva años preguntándose por qué. Luego el partido adoptó las propuestas que él defendía. La unión nacional, la lucha por la democracia, la búsqueda de acuerdos. Él se atrevió a montar una organización con miles, en medio de la clandestinidad mientras la dirección estaba en el exilio, tragándose el estalinismo a dos carrillos. Esa indisciplina es lo que no pudieron aguantar. Y maltrataron a todos

los que estaban allí. Los obligaron a renegar. A ella no. El sabor amargo de la vida le quedó para siempre. Lo sabe. Lo calla.

—Cuidando a mis padres. Están muy mayores ya. Quedaron atrapados desde la guerra. La muerte de mi hermano. Mi padre también estuvo en la cárcel. Pero no me puedo quejar. No trabajo mal. Y sigo participando, claro. Ya te imaginarás. Pero no olvido. No olvido.

—Las condiciones fueron terribles. Todos nos vimos atrapados por el momento. Hicimos como mejor supimos.

—No te justifiques. No lo pretendo. Es a la gente de fuera a la que no voy a perdonar. No lo necesito. Ni ellos tampoco. Pero seré militante de mi causa hasta el final. Como mejor pueda. Pero prefiero no hablar más de esto. ¿Tú qué planes tienes?

—Pues esperar a que salga Manoli. Buscar donde vivir. Creo que empezaré muy pronto a trabajar y, bueno, de lo demás, pues adaptarme y seguir en la brega, ¿no? Pero cuando salga nos tomaremos unas vacaciones. Vivir un poco la vida. Ir viendo. A ver cómo se encuentra ella…

Joseamalia enciende otro cigarro y se vuelve hacia él. Cuando se pone a hablar ya no lo mira. Mira tras él, hacia ninguna parte. O hacia sí misma. «Manoli sale enferma. No sé hasta cuánto te ha dicho, ya sabes que no le gusta preocupar. Pero lleva sangrando dieciocho años, desde Gobernación. Tiene tuberculosis de riñón y estoy segura que algo más en el corazón. Es fuerte, ya lo sabes. Y lo parece. Además es una mujer alegre. Te digo estas cosas porque la conozco mejor que tú, he estado más de diez años con ella día a día. Nos conocemos bien. Muy bien. Ella no se va a quejar. Pero tienes que cuidarla. Eso es lo que te quería decir. No te lo tomes a mal. Simplemente ella sale con tantas ganas que hay que cuidarla. Yo ya tengo localizado a un médico amigo. El sangrado hay que resolverlo. Puede ser que tengan que extirparle la matriz. Para ella no será un plato de gusto. Cuando salga tendrá cuarenta años, ya lo sabes. Nunca ha perdido la esperanza de tener hijos, de tener una familia. La que nunca tuvo. Eso le ha pesado mucho. Cuando salga llevará casi diecinueve años allí dentro. Para vosotros los hombres es distinto. Cuando entró era casi una niña. Bueno, es injusto, en realidad no lo era. Pero era niña en el sentido de que no había tenido una pareja estable, un compañero. Otras sí lo tuvimos, vivimos la vida. Ella en ese sentido no. Vosotros todos habéis tenido vidas. Parejas, novias, esposas, líos. Salís de la cárcel y parece que el mundo os espera. A nosotras no nos espera nada, es como que la vida se haya marchado, como que se haya ido sin avisar. Cuántas se

han pasado la vida en la cárcel o a la puerta de la cárcel y luego el marido si te he visto no me acuerdo. No pongas esa cara, Ángel. Yo sé que la quieres, aunque ya no sea aquella chavala. Tampoco tú, si me permites que te lo recuerde. Pero por eso quiero avisarte de que tienes que cuidarla con esmero. Luego será lo que tenga que ser. Pero esta mujer necesita el cuidado que se merece. No puede sentir que este viaje es un naufragio. No tiene por qué serlo. No me mires así. Solo quiero recordarte que entre tus aspiraciones revolucionarias también está ella. Y no es una simple compañera de viaje. Nosotras tenemos vida propia. Vida propia. La nuestra. Y no vamos a perderla. Vamos a pelearla». Cuando acaba, entonces sí lo mira. Le sorprende encontrar en sus ojos lágrimas. «Soy muy llorón», dice él. «Perdona». «Vamos a dar un paseo hacia el otro lado de El Retiro si te apetece y comemos por Atocha. Algo. Para celebrar que hoy es el día de la República».

La ve tan delgada. Envejecida. Quiere preguntarle. «Dímelo, tú lo sabes. ¿Quién era Quiñones, de dónde venía? ¿Es verdad que era moldavo, cómo se llamaba? ¿Para qué estaba aquí?». Y deshacerse de una vez del misterio en el estómago. Pero calla, no se atreve. Sabe que nunca obtendrá respuesta. Lo que no imagina es que ella tampoco la tiene. No es consciente de que quizá no exista.

Cuando se levantan, los dos miran a todos los lados discretamente. Observan hacia atrás mientras empiezan a caminar. Ambos se miran y miran. Ambos saben.

Dos taxis estacionados a un lado de la calle de Santo Tomás de Alcalá de Henares. Junto a la verja que da al patinillo de la cárcel, cinco personas. Esperan desde las ocho de la mañana. Son casi las diez y no se detectan ruidos, movimientos. Nada. Están nerviosos. Joseamalia fuma un cigarro tras otro y aplasta en el suelo las colillas sin filtro. Ángel camina y escucha paciente a Angelines y a Justi. Desde el jueves saben que hoy es el día. Hoy es 11 de junio de 1960. Han previsto comer juntos en casa de Angelines en Santa Engracia. Pero quizá la comida preparada con mimo no pueda comerse. Sería la última treta. Esperar a la puerta de una cárcel que una presa salga. Y que no salga.

A las diez y cuarto por fin se abre la puerta de dentro. Una monja sale, asoma la cara y apenas una mano. Busca con la mirada alguna cara conocida. Cuando sor Vicenta por fin ve a Ángel le hace una seña con la mano, sonríe y mueve la palma arriba y abajo. Ángel mueve la boca para preguntar. «¿Pero qué pasa, qué pasa?». Y la monja musita: «Ya pronto». Se vuelve y cierra suavemente la puerta de dentro. Los dos guardias civiles siguen en sus posiciones como si nada hubieran

visto. Ya les dijeron que no se acercaran tanto. Ya les dijeron que se fueran y regresaran más tarde.

Son casi las once cuando la puerta vuelve a abrirse. Sor Vicenta precede a la mujer que coloca sus pies en el patinillo. Los que esperan se agolpan ante la reja. Las dos mujeres se abrazan y la presa, que ya no es presa, avanza hasta la reja. Los guardias civiles abren la verja y ella se para. Mira. Mira hacia atrás y se despide con la mano de la puerta que se cierra. Lleva un vestido de primavera de color azul cielo. Le queda grande. Es un vestido que corresponde a una moda pasada, que sus compañeras han cosido con primor. Lleva un bolso colgado en bandolera y una maleta de cuadros verdes en la mano. El pelo bastante corto, castaño, con algunas canas. Sigue siendo una mujer alta, y está muy erguida. Como estará siempre. Parece más esbelta aún porque pesa solo cuarenta kilos. Avanza a la acera y suelta la maleta. Todos esperan sin saber qué hacer. Quién debe ser el primero en abrazarla. Angelines mira a Ángel. «Te toca», parece decirle. Y por fin él la abraza. La besa y la abraza. No puede evitar llorar, aunque no quiere. Ella también llora. Se acuerda de la última vez que sintió su cuerpo junto al suyo, cuando le dijo «nos veremos pronto». Hace dieciocho años.

Se van abrazando uno a uno, la última Joseamalia. Están como perdidos. Viviendo una escena de novelita sentimental que no les gusta. «Vamos al taxi». Los dos taxistas están apoyados en las puertas. Ambos se acercan y la abrazan. Está como en una noria. ¿Por qué la abrazan los taxistas? «Son amigos», dice Ángel. Ellos dos se meten solos en el taxi. El resto se coloca en el otro. El coche se pone en marcha y enfila la carretera hacia Madrid. «¿Va muy deprisa, no? ¿O soy yo?». «Eres tú, pero puede ir más despacio». «No, no. Tengo que acostumbrarme». «Bueno, pero no a todo tienes que acostumbrarte hoy». La coge de la mano. «Te he traído un regalo». Y saca un colgantito de plata del bolsillo. «Un *pendentif*». «*¿Pendentif?*». «¿No se llama así? En francés es así. Pensé que también en castellano». «Es muy bonito». «Fue mi último trabajo en la cárcel».

Están incómodos. Cuando llegan al portal de Santa Engracia es un alivio. Manoli se baja y recorre la acera. Mira la boca de metro de Chamberí. Camina pasos cortos para un lado y para otro. «¿Nos tomamos un aperitivo en el bar de la plaza antes de subir?», dice Justi. Ella lo mira y le acaricia la cara sin decir nada. Van todos al bar y se ponen junto a la barra. Al entrar, los olores la invaden. A frito. A café y a orina y a papeles arrugados. «Vamos a tomar un vermú. ¿O quieres otra cosa?». «Está muy bien. Pero quiero un cigarro». Joseamalia lo

saca y dispone el mechero. Lo enciende y luego enciende el suyo. Ambas sueltan el humo armando una humareda. Es como un tranquilizante. Entre el humo mira y se mira. Está libre. Lo percibe entonces, rodeada del ruido del bar.

Por la tarde, la casa interior de Angelines se llena de gente. Llega Feli con sus niñas y con su hermana Manola. Parece que no hubiera pasado el tiempo, las chicas juntas en la misma casa. Pero ya no son chicas. Aparecen otras tantas liberadas. Pili, Toñi, Carmen, Isabelita. El teléfono suena y es Coruña. Lali, que sigue como el primer día. La abuela Encarna que la llama desde Barcelona. Paquita desde Albacete, anunciando su visita en unos días. Tantas emociones que cuando el atardecer comienza está agotada. Le duelen los pies, le duelen los brazos. Le duele algo por dentro. Sonríe y ríe y de repente se da cuenta de que echa de menos la galería. El patio. La cárcel. Un refugio. Joseamalia, que la mira, la entiende sin más, se acerca a ella y desciende hasta su oreja. «Date tiempo. No estás dentro. Estás fuera. Esto es la calle. Es ruidosa. Pero es la calle. No tengas miedo». La besa para despedirse y la casa se vacía. La mejor habitación está dispuesta para acogerla. Para acogerlos a los dos.

No sabe las costumbres. Las ha olvidado. No sabe cómo irse a la cama, cómo desnudarse, cómo disponerse. No sabe cómo dormir con un hombre, nunca antes lo ha hecho. Cómo confundirse con él. Miedo, vergüenza. Entra y sabe que es la hora. Se desnuda y se mete en la cama. Recuerda el poema, «solo deseo conocer la noche». Cuando él llega y la ve, simplemente la mira y cierra la puerta. «¡Tócame!, dijo, ¡conocerás la noche!».

Todo ha ido tan deprisa. Tan deprisa. Lo primero operarse. Cuando entró en el viejo Hospital General de Atocha le dio un respingo. Más que por la operación por el lugar. «Parece una cárcel enorme». El doctor Aguayo les había prevenido. Las torturas y luego la falta de tratamiento han dejado el útero en una situación pésima. Quizá no haya otra que extirparlo. Aunque ella se resiste, parece que la situación no deja lugar a rendijas. La tuberculosis en los riñones y la insuficiencia cardiaca no ayudan. Pero la operación sale mejor de lo previsto. En cuatro días está de nuevo en la habitación realquilada que tienen en el edificio de Angelines. Ahora es el tiempo de ir de vacaciones. Sin dinero, pero con tanta gente amiga. Van a Valencia a ver a su hermana. Regresan a Madrid para visitar al médico antes de ir a Santander, a Luena. El doctor Aguayo es claro: ha quedado muy bien para como estaba, no he tenido que extirpar, la situación está más o

menos resuelta.

—Y antes de que me pregunte, quiero decirle que es prácticamente imposible que se quede embarazada. Muy, muy difícil. Sería un milagro. Y permítame la broma, pero ustedes no son creyentes.

En tres meses engorda veinte kilos. Está casi gorda cuando regresan a Madrid después de dos meses en las montañas de Cantabria. Comienza la búsqueda de la vida en libertad. La calle se ha ido adueñando de su cabeza. Ahora ya no tiene miedo. Pero se sabe vigilada. Ha olvidado las reglas de perderse entre las calles para saber cómo encontrarse. La primera cita es en El Retiro, junto a la Casa de Fieras. Se siente tan insegura que la aborta. No sabe cómo tenerla.

En la segunda cita, se encuentran en el mercado de Olavide. Se acerca a ella una mujer. Elegante, discreta, la saluda tal cual está previsto. Con confianza, como si se conocieran de toda la vida. Cuando van a la cafetería cercana donde se sentarán, ya se siente tranquila. «Yo no soy tu enlace. El enlace será mañana, en casa de un colaborador. Pero queríamos comprobar si te siguen. Parece que no. Yo soy legal. Como tú, no puedes ocultar tu identidad en Madrid. Ni en ninguna parte, Manolita. Soy abogada, por eso quería además conocerte. Me llamo María Luisa Suárez y puedes contar conmigo. Sobre todo ante cualquier problema con la libertad condicional. ¿Cada cuándo tienes que presentarte en comisaría?». «Los primeros tres meses una vez a la semana. Como estuve con mi compañero de vacaciones en un pueblo perdido del valle del Pas, ahí me tocó con la guardia civil. Un tostón. Ahora voy cada quince días». «¿Y cómo te tratan?». «Educadamente». «Bueno, si me necesitas, te dejo todos mis datos, los de mi despacho. Espero que no sea necesario, pero no lo dudes».

Cuando se levantan no saben aún que se verán muchas veces en los próximos años. De momento, simplemente memoriza la dirección que le da para la cita de mañana. Y se separan al llegar a la calle Luchana.

Al día siguiente, la entrevista es en una casa del barrio de Salamanca. Entra directamente al ascensor del portal lujoso sin apenas saludar al portero y sube. Le abre la puerta una doncella que la introduce en un salón de lámparas de cristal y tela en las paredes. No le da tiempo a observar mucho cuando entra un hombre de gafas oscuras. Algo no le gusta, pero sonríe y le da un beso. Él le habla con condescendencia, pero con mucha autoridad. Demasiada. Se siente incómoda. Al final, las orientaciones son claras. Ha memorizado nombres de mujeres, las conoce casi a todas. Expresas, como ella. Ha memorizado la misión. Hay que organizar un grupo estable de

mujeres. Hay que ponerse en contacto con la asociación de mujeres universitarias. Hay que… «¿Alguna pregunta?». Está enfadada, pero no lo trasluce. «Dos cositas. La primera, tengo que encontrar trabajo para vivir. Tengo que encontrar casa con mi compañero, que acaba también de ponerse a trabajar, ya lo sabrás. A trabajar y a lo demás. No, no, en absoluto. No, perdona, no me interrumpas. No queremos el apoyo económico del partido, salvo para algo excepcional. Llevo presa diecinueve años, soy una adulta y quiero construir una vida. La segunda es que me has pedido un informe sobre la cárcel. Me sorprende, hemos hecho muchos. Sin mucho éxito. No creas que hemos recibido muchas respuestas, las mujeres siempre estamos al final. Pero además de ese informe, como vamos a vernos mujeres con mucha experiencia militante, también haremos una propuesta de trabajo. Quizá hay cosas que puedan servir». Él la mira tras los cristales oscuros y responde con frialdad. «Por supuesto, por supuesto…».

Cruza la plaza de España sin ver. La mirada se le pierde en los árboles pelados de los parterres apenas engalanados para la Navidad. La luz intensa del invierno le choca en la cara enrojecida. Siente calor. No solo en el rostro. En todo el cuerpo. Piensa en quitarse el abrigo, incluso la chaqueta, la blusa verde que lleva debajo. Quitarse todo para caminar por las calles y dejar que el sol la bañe. Que el aire le refresque el cuerpo.

Es una sensación tan extraña ese calor. Sube la Gran Vía rápida, observando las luces, los escaparates, tratando de fijar la mirada en los cartelones de los cines. Todo le resbala. Camina como si fuera sola. Recuerda la carta apresurada que le ha dejado a Ángel sobre la mesa del comedor antes de salir. No encontraba mejor forma de decirlo. Todavía prefiere escribir cartas al hombre con el que convive, con el que duerme. Las cartas de siempre. Ha escrito esta tarde a su marido para que cuando llegue de trabajar encuentre la nota en la ausencia de ella. No duda de la alegría que le producirá, pero prefiere pensarlo a distancia. Rumiarlo a solas. Cada uno. Sonríe al pensarlo. Lleva sonriendo todo el día. Este día de enero seco en que tiene calor. Calor, frente al frío.

Entra en el café Manila a través de las falsas palmeras de neón y busca con la mirada a sus amigas. Saluda con la mano y va hacia ellas. Abraza con fuerza a Joseamalia y a Pili. «Esta vasca está siempre llena de energías». «Más vas a tener ahora. Hemos pedido tortitas con nata, como si fuéramos duquesas. Para que nos critiquen en el partido, por

desclasadas». Las tres se ríen. Se sientan en la mesa y Manoli las mira sin saber cómo empezar. Se carcajea sola. Carraspea. «Necesito un pitillo». «¿Pero qué te pasa, que vienes así? ¿Te ha tocado la lotería?». Su voz mineral le sale del centro. «Uf, qué calor tengo. Pues sí, podríamos decirlo así, que me ha tocado la lotería. Chicas, lo que me pasa…». No sigue, vuelve a reírse nerviosa. No sigue, chupa con fuerza del cigarro, sigue mirando para continuar.

Pero ya no es necesario. Joseamalia la toma de la mano y se la aprieta. Casi se levanta de la silla. «¿De verdad, Manoli? Pero qué increíble, qué increíble… ¿Desde cuándo lo sabes?». «Desde esta mañana, tenía cita con el médico, aunque estaba casi segura. Por eso quería veros hoy a toda costa». «Manoli, es un regalo de Reyes. Menudo regalo. ¿Y qué ha dicho Ángel?». «No ha dicho nada, lo sabrá cuando llegue a casa del laboratorio. Le he dejado una cartita en el comedor». «¿Pero no le has comentado nada en estos días, no está sobre aviso?». «Claro que no. Prefería prevenir, no estamos ya para gestionar desilusiones».

Llegan las tortitas con la nata. Pili le lanza un pedazo de crema a la cara, ante la mirada sorprendida del camarero. Se la quita con el dedo y se relame. «Lo que me asombra es que le hayas dejado una carta. Una carta, en vez de decírselo tú, mujer. Para ver cómo reaccionaba. Para… no sé, para celebrar».

Ella se queda quieta mirándolas. Las primeras enteradas. Sus amigas. «Ya, lo pensé. Pero en nuestra vida las noticias, todas, las buenas, las malas, han llegado por carta. O por telegrama. Casi me hubiera gustado mandarle un telegrama. Me parecía que el hechizo se rompería con la voz. Las palabras escritas nos tienen que acompañar también ahora, como siempre. Cuando vuelva me lo encontraré emocionado. Es un desquite, chicas. Estoy tan contenta que no parece enero. Hoy no tengo frío, no hace frío para mí».

Querido mío. Hoy es jueves 5 de enero de 1961. Sabes bien lo feliz que soy con lo que estamos construyendo juntos. Sin más. Pero sabes también que, aunque no lo perseguíamos por temerario, tenía desde siempre un gran deseo. Ya ves, se ha cumplido. Vamos a tener un hijo. Todo está bien. Estoy muy contenta. Quién nos iba a decir que la vida era esto, romper todas las certezas que nos han impuesto…

Las tres mujeres siguen comiendo tortitas con nata. Celebran su propia noche de Reyes. Repuestas. «Es nuestra venganza, Manoli». «No me gusta esa palabra. Siento más bien que es nuestra reparación, nuestra recompensa. De todas. Es como si todas fuéramos a tener un hijo».

Mira las palmeritas de neón de la puerta iluminadas y la calle llena de gente. Gente que camina abrigada. «Sí, hacer que haga calor en enero. Ese es el desquite».

A la siguiente cita cuatro meses después lleva un amplio chaquetón. Es el final del invierno. Sube igual en el ascensor, entra en la sala tras la doncella, se quita el abrigo y, cuando entra él, saca del doble fondo del bolso el informe. Mientras lo hace él la mira sin despegar los labios y de repente habla. «Pero, pero…». Sonríe sin acabar. Ella también. «Pues sí, quién lo iba a decir. Estoy embarazada. Se me nota bastante, y solo estoy de cinco meses, ni siquiera. Pero estoy bien». «Muchas felicidades. Para los dos. Me imagino que será una gran alegría. Esto nos hace cambiar cosas». «Sí, mucha alegría. Ya ves. De padres viejos, hijos michinos, dicen. Veremos. Estoy muy bien, aunque me tengo que cuidar, lógico. Pero aquí está el informe de la cárcel y de viva voz te contaré lo de las mujeres, que es muy incipiente». Le sorprende la actitud de él, más cercana. «No tienes de qué preocuparte, lo primero es lo primero. Supongo que no habrás podido encontrar trabajo». «Claro que he encontrado, y casa también. Pensé que los sabrías, por el sitio en el que estoy, una jugarreta de la vida. Pero no te inquietes. Hasta que dé a luz, podré seguir sin problema. Luego iremos viendo». «Claro, mujer, estate tranquila. Y ¿dónde es que trabajas?».

Se acuerda de Valeriano veinte años atrás. De esa actitud condescendiente, ese punto de indulgencia que nadie pide. La irrita. Pero a Vale lo quería y este camarada no sabe quién es. Parece un tanque, piensa para sí. No se equivoca.

Después de que Joseamalia le dijera la posibilidad de ese trabajo, llamó a la cárcel a sor Vicenta. Se lo explicó por teléfono y ella se quedó callada, pero le contestó que haría todo lo que pudiera. «Hermana, este domingo voy a ir a Alcalá para comunicar con las chicas, con Mary, con Espe, con Juani. Si tiene un momento nos tomamos un café».

Joseamalia llevaba años trabajando entre médicos, como enfermera aunque no estuviera titulada. El partido tenía una red de médicos amigos. Pero esta posibilidad vino de carambola.

—¿Sabes quién es el doctor López-Ibor?

—Pues no tenía ni idea. Pero lo supe a través de la monja vasca de Alcalá. ¿Por qué?

—Porque con un poco de tiento y de ayuda podrías tener ahí un trabajo que no está mal. Con lo difícil que lo tienes mientras estés en libertad provisional, no es mal lugar. Está lejos. El problema es que es meterse en la bocaza del enemigo. Es un tío del régimen hasta la médula. Él no va mucho por su clínica, estarías en la sección de niños y jóvenes con alguna enfermedad mental. La cosa es conseguir alguna que otra recomendación. Discreta, claro. Que no cuente tu historial. —Se para y la mira—. ¿De qué te ríes?

—Para trabajar con loquitos y tengo que ocultar mi historial como si fuera una delincuente habitual. Y en la clínica de un franquista. Me río porque es de risa, ¿no?

La carta de sor Vicenta sirve perfectamente a la persona que la entrevista. Una monja de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl no resulta sospechosa. Le dan el puesto, pero no le hacen contrato. Comienza a trabajar desde muy tempano. Se ve rodeada de adolescentes de familias ricas que cada día dejan a sus hijos en el chalé de la calle Isaac Peral. Se retrotrae a veinte años atrás, en San Sebastián o en Coruña. Vuelve a estar oculta entre los descendientes del régimen. Ahora le producen ternura, a veces lástima. Vestidos con una especie de mandilón que cargan hasta el suelo, la cogen constantemente de la ropa reclamando caricias. La cogen de la tripa y le preguntan, colocan sus orejas para escuchar y le sonríen. Hay algo extraño en este cuidado. Algo contradictorio. Algo que le resuena en la cabeza.

Raramente ve a las familias de los jóvenes. En general, los choferes van llegando y ella baja con cada uno al jardín y se los entrega. Alguna vez llega alguna señora, la madre, la abuela. «¿Se ha portado bien mi niño?». «Por supuesto, se ha portado bien, ha comido bien. Está bien hoy». «¿Y han rezado?». «No lo sé, no está entre mis cometidos, si quiere le pregunto al doctor». Las madres se deshacen en agradecimientos y le preguntan por su evidente embarazo. «¿Cuántos hijos tiene ya?». «No, no, este es el primero…». A veces sigue hablando al ver sus ojos asombrados. «Me he casado muy tarde, por eso este es el primer embarazo…». Pero la mayor parte de las veces simplemente sonríe, con cara de despiste, como si no entendiera su expresión.

Cuando se da la vuelta y sube de nuevo a la clínica ya para irse, mientras se quita la bata y se cambia, sonríe para dentro. Como ha hecho siempre. Sí, ganaron. Ganaron y se los llevaron por delante. Ganaron y la cubrieron de sus santos y sus oraciones. De sus mierdas, sí. Pero no puede evitar pensarlo con satisfacción. «Estoy aquí, estoy

viva, aquí me tenéis cuidando a vuestros hijos, a los que tenéis escondidos como obras imperfectas de vuestro supuesto orden. Metida en medio. No podéis ni sospechar quién soy. Pero estoy aquí, he sobrevivido. Y voy a tener un hijo».

Cuando preguntó a la monja enfermera cuál era el uso de esos complicados enchufes, al principio se desentendió, pero al cabo de unos momentos musitó bajito. «Son electrochoques». Le suena. Le suena mal. Se calla. Tiene que preguntar. «¿Y para qué se usan?». «Es que se ponen muy violentos…». Su fino sentido del olfato le hace arrugar la nariz vasca.

Tarda más de una hora en llegar a la clínica cada día. La tripa le pesa y se le hinchan las piernas. Pero se siente liviana en general. Escuchó a Paqui, a Joseamalia, a Toñi, a Carmen, a Pili… las que le habían precedido. Esa enorme dificultad para adaptarse, esa sensación de no estar en el sitio correcto, en el momento correcto. Esa impresión de no entender. De echar de menos la celda, la rutina invariable, las amigas, el espacio reducido, el confinamiento. Lo piensa cada día cuando se baja de la camioneta después de andar un kilómetro, luego en el camino desde el metro hasta llegar a la clínica. Lo piensa y se siente algo culpable. Porque no le pasa. Circula por el metro como si nunca hubiera dejado de tomarlo y la ciudad tan nueva se vuelve hacia ella como si su mapa estuviera escondido en su cabeza. Mira la gente caminar a su lado y le parece que siempre ha estado allí, que nunca estuvo lejos. Observa su propia ropa, sus camisas anchas de embarazada, sus zapatos de poco tacón, su bolso grande, su pelo cortado a capas y cardado en la peluquería, como tantas mujeres que la rodean. Y le cuesta superponer la imagen de los piojos reventándole las trenzas, de las piernas hinchadas por el frío, de los sabañones. Pasea por lugares y los descubre como si fuera ayer que ha estado. Camina por la Puerta del Sol del brazo de Ángel y cuando él se contrae frente a la DGS, ella le aprieta el brazo. Se transporta también, pero algo la lleva al día de hoy. Y la alivia.

Solo no se ha atrevido a pasar por delante de aquella casa de la calle Almagro. Al recordarlo, pierde pie. Ahuyenta el pensamiento mientras camina hacia la clínica. Entra por la cancela y se dirige al vestuario. A la puerta, una de las monjas enfermeras le dice que ha llegado el doctor López-Ibor y que quiere conocerla. Se dirige inquieta a su despacho. Entra y le da la mano. Él la observa con una mirada neutra. Todo en él le parece átono: su bata blanca sobre el traje, la corbata oscura, las gafas negras, el pelo hacia atrás ralo y encanecido. Se pone en guardia de manera automática y sonríe.

—Me han dicho que quería hablar conmigo —dice mientras se abrocha su propia bata.

—Solamente quería saludarla. Me han hablado muy bien de su trabajo. Ya sé que está encinta y que pronto tendrá que irse. Aunque nuestra situación no nos permite otra cosa, quería decirle que trataremos de guardarle su puesto para cuando pueda reincorporarse. Que esperemos que sea lo antes posible. ¿Sabe usted ya la fecha?

—Creo que será a finales de julio o comienzos de agosto. Le agradezco que pueda mantener el trabajo. Para mí será de gran ayuda.

—Eso esperamos. De todos modos, permítame que le dé una gratificación, como usted se merece. La maternidad es la mejor garantía de la vida. Es un don de dios.

Ella sonríe sin más. No dice nada. Él se sienta en la mesa, coge un sobre ya preparado y toma una pluma con la que escribir algo en su envés. Mientras escribe, Manoli se fija en la pluma. Es una Parker 51. De capuchón de oro. Cuando él le entrega el sobre, ella lo guarda en el bolsillo de la bata, le da la mano y se despide. Cortés. Sale al pasillo de camino a las estancias donde están los jóvenes confinados. No puede evitar la risa. La risa por dentro.

La mira divertida. Abre la boca para decir algo, pero se calla. Son esos momentos en que nota que ha estado fuera demasiado tiempo. Fuera no, dentro. Y se descoloca.

—Hay varias cosas que no entiendo, Joseamalia. La primera es que la gente se ha vuelto medieval. Eso lo noté rápido al salir. Primero pensé que era una percepción falsa. O que yo me había vuelto una sectaria religiosa de tanto roce con las monjas en la cárcel. Pero no, es que la sociedad ha cambiado y no la reconozco. La gente se ha vuelto beata, antigua, meapilas. No sé.

—Pero ¿qué te creías? Es que nos ganaron la guerra. La guerra y la posguerra. Hace veintidós años que acabó la guerra, estamos en el 61. Ha sido una labor bien planificada, no han dejado nada a la improvisación. Es el fascismo. Y mira. Mira las mujeres, por ejemplo. Tú necesitas para todo el permiso de Ángel. Y yo el de mi padre, y tengo cuarenta y tres años… Claro que es una porquería todo esto. Una porquería. No dejan de cercarnos. Ya lo ves. Es lógico que lo veas más ahora. Los primeros meses todo es… no sé cómo decirlo.

—Para mí, los primeros meses han sido tratar de recuperar el tiempo —contesta Manoli—. Y no paras. Y no miras. Solo te dejas decir, te dejas celebrar. Te dejas abrazar. Incluso las dificultades tan tremendas que tenemos, vivir tan pobremente, se hacen menores. Pero

ahora me doy cuenta de que he salido de una cárcel y he entrado en otra. La gente se queja, se queja un poquito, se calla. ¿Sabes? La gente sigue sin saber que tiene sed. No tiene sed, nos la robaron. Cuando vuelva a sentir la boca seca, pues… Por eso no termino de entender el fondo de lo que quiere ese psiquiatra que me dices.

—Es un militante socialista de San Sebastián, ya te lo he dicho. Él trabajó también con López-Ibor, pero es seguidor del psicoanálisis. Estoy segura de que la bofia le sigue los pasos. Pero podría venir a la clínica. Le dejarían una sala y no levantaría sospechas. Aprovechando que viene Paquita de Albacete para el parto. Y que podría venir también Isabelita o quien digamos.

—Pues que se dé prisa, que me queda solo un mes. ¿Pero de qué es la investigación?

—Quiere hacer una investigación sobre las cárceles. Tiene también escrita una novela, que aún no le han publicado.

—De eso seguro que podemos contarle —se ríe—. Pues nada, que sea pronto.

Luis Martín-Santos es un hombre grande. Cuando abre la puerta, sonríe a las cuatro mujeres, se presenta, y decidido se dirige a ellas y las abraza. Una a una.

—¿Usted llega ahora de San Sebastián? —dice Joseamalia.

—Pero por dios, no me llames de usted —dice con una voz tronante—. Que no soy ningún viejo. —Y se ríe—. ¿Quién es la vasca?

—Soy yo. Pero no soy de San Sebastián. Soy de Bilbao —contesta Manoli.

—Bueno, bueno. Entonces… Eso son palabras mayores. ¿Tú eres la última en haber salido de la cárcel?

—Sí, solo llevo un año en libertad.

—Pues veo que te ha cundido. —Y se ríe de nuevo mientras le mira la gran barriga.

El hombre les explica quién es. A qué se dedica. Cómo trabajó ahí hace ya muchos años. Cómo la policía lo tiene confinado en San Sebastián y tiene que pedir permiso para moverse. Durante horas, mantienen una conversación en la que todas van hablando por orden. Él apunta con detalle lo que dicen. Su cara al principio sonriente va cambiando de tono. Se vuelve cárdena. Se vuelve oscura, al tiempo que la luz va disminuyendo en la sala. Manoli mira la hora y se da cuenta de que ya es muy tarde.

—Siento interrumpir. Es muy interesante. Pero vivo lejísimos y tardo mucho en llegar. Mañana tengo que volver temprano. Paquita

está de visita en mi casa. Tendríamos que salir ya.

—Perdonadme. Es verdad. No te preocupes. Yo te llevo a casa. Tengo el coche fuera. Lo menos que puedo hacer. Yo os llevo a todas. Pero os voy a pedir un gran favor. Querría continuar mañana un rato si podéis. Yo pasado mañana tengo que regresar a San Sebastián.

Al final, solo lleva a Paquita y a Manoli a casa de esta. Trata de explicarle cómo llegar, pero ella misma se lía. Dan vueltas con el coche para encontrar la carretera de Vicálvaro. Avanzan mientras hablan.

—Pues sí que está lejos, sí.

—Acabamos de mudarnos con mi marido. Vivíamos en una habitación realquilada en mi barrio de siempre, en Chamberí. Pero a través de unos grandes amigos, que por cierto son también socialistas como tú, hemos encontrado esta casa. Son bloques que ha construido un amigo suyo socialista para sus obreros. Y nos ha alquilado una. Es muy pequeñita, pero estamos encantados. El problema es que está muy lejos, en Canillejas, perdido del mundo. Imagínate, todo en medio de grandes descampados. Es como estar en medio del campo. Bueno, no. En medio de la nada. Todo es polvo o barro. Ni te imaginas.

—Me lo puedo imaginar. Yo viví en Madrid bastante tiempo. Y he escrito sobre ello. Sobre descampados precisamente, alrededor del arroyo Abroñigal y cosas así.

—Sí, nos lo contó Josefina Amalia. ¿Verdad, Paqui? Que estabas terminando una novela.

—Terminando no, está más que terminada. Ahora está en manos de la censura. A ver qué pasa. En este país de mierda nunca se sabe.

—Bueno, ojalá salga adelante. ¿Tiene título?

—Sí. Se llama *Tiempo de silencio*.

Y precisamente el silencio cae sobre el coche. Se adensa. Cada uno de los ocupantes queda sumergido en su cabeza. El título parece abrasarles. Ellas se retrotraen a la propia conversación de la tarde, que ha abierto las compuertas de su vida. Sin estridencias. Pero con ese dolor que todo lo impregna. Él también recuerda las palabras de ellas. Y rompe el hechizo.

—¿En la cárcel podíais leer?

—Hasta mediados largos de los cuarenta fue imposible. Ni la Biblia, con eso te digo todo —contesta Manoli—. Luego sí. Afortunadamente. Fue nuestra salvación. Leíamos en alto por las noches en las celdas o en las galerías o en los váteres. Eran momentos que nos hacían humanas. Había muchas veces que dejamos de ser seres humanos. No sé cómo explicarlo. La lectura nos hacía regresar

de ese lugar al que la cárcel conduce. Un lugar que es un hueco sin formas ni voces… ¡Anda, ya estamos! Es aquí, en esta callecita. Bueno, callecita. En este baldío. No te metas, déjanos aquí. Uy, perdona, no te he invitado a subir. Por supuesto que puedes subir a casa y cenar con nosotros si quieres. Mi marido es el encargado de las cenas.

—No, por favor. Estad tranquilas. Si acaso mañana subo un rato. Pero hoy es muy tarde. ¿Nos vemos mañana entonces en la clínica a la misma hora? Me alegro muchísimo de haber charlado con vosotras. Estoy todavía un poco impactado, me tenéis que perdonar. Pero es muy, muy interesante. Espero que para vosotras estas reflexiones no sean demasiado duras.

—Pues yo creo que sí lo son. El dentro y el fuera. Pero es nuestra vida… No tenemos otra.

Cuando caminan hacia el portal, de repente suena tras ella el ruido del claxon. El médico las llama desde la ventanilla. «Tengo aquí una parte de la novela. Una copia mecanografiada de cosas que me ha señalado la censura. Como decís que os gusta leer, si queréis os la dejo».

Ángel abre la puerta. La mesa está puesta. «Estaba preocupado. Es muy tarde». «Sí, se nos ha hecho tarde con este hombre que nos ha entrevistado. Una persona interesante. Nos ha traído a las dos en coche. Tenemos que hacer lo que sea para poner en casa un teléfono, si no, vamos a estar siempre muy nerviosos. Pero qué rica cena, has hecho berenjenas». «Pero qué va, lo ha hecho todo Paquita antes de irse, solo lo he calentado». Manoli se vuelve a Paqui y le aprieta la mano. La ve muy callada. Ella sí que se ha confinado de nuevo en la casa de su familia en Albacete. A cuidar. A su madre, a sus sobrinos. Un encierro pegajoso. Todo salió mal. Regresó a un tiempo que ya no era el suyo. Se acuerda del título de la novela.

Ya en la cama, no sabe cómo colocarse. La barriga enorme le molesta. Está cansada. Coge las hojas mecanografiadas y se pone a ojearlas.

—¿Qué es eso? —dice Ángel.

—Una novela que ha escrito este psiquiatra. Está todavía en manos de la censura. Me ha dejado una parte. Se llama *Tiempo de silencio*.

—Vaya nombrecito. Muy alegórico. Duérmete ya, que tienes cara de cansada. Yo también lo estoy.

—¿Qué tal el trabajo? —y lo dice a sabiendas de que la pregunta tiene mucho fondo.

—Estamos avanzando. Con mucho cuidado, tranquila. Pero estamos coordinando cosas. La gente está muy harta. Y aunque le

cuesta mucho a la gente entenderlo, el partido tiene razón. Tenemos que tomar sus aparatos sindicales. Con cautela, pero es el camino.

—Pero hay que extremar las precauciones, Ángel. Estoy a punto de dar a luz…

Deja caer su mirada sobre una página cualquiera. «Hay ciudades tan descabaladas, tan faltas de sustancia histórica, tan traídas y llevadas por gobernantes arbitrarios, tan caprichosamente edificadas en desiertos, tan parcamente pobladas por una continuidad aprehensible de familias, tan lejanas de un mar o de un río, tan ostentosas en el reparto de su menguada pobreza, tan favorecidas por un cielo espléndido que hace olvidar casi todos sus defectos…». Y se queda asombrada. Le dan ganas de salir a la ventana para mirar su no-calle. El descampado marrón. El campo cercado enfrente. Las dos motos aparcadas. Su casa de ladrillo rojo que es como una cajita de cerillas. Un agujero de treinta metros cuadrados. Llena de luz, eso sí. Como dice el párrafo. La luz de un cielo tan azul que todo parece perdonarse.

Recuerda sus palabras en la tarde, con Paquita, con Joseamalia, con Isabel. La pregunta del médico. ¿Mereció la pena? Sus miradas. Sus voces. ¿Mereció la pena? Ninguna contestó como tal. Ahora, varada en la cama con ese hombre que es su marido, esperando a su hijo que tendrá que llegar ya en medio de este calor que ofusca. Se siente una barca en un mar de polvo. Mira a su compañero ya durmiendo. Posa su mano sobre el pecho de él. Ese hombre conocido desconocido. Quisiera preguntarle a él. Ahora que, pese a todo, se siente tan plena, tan feliz. Ahora que, sin embargo, piensa si no ha sido todo un trayecto hacia el naufragio. Pero sabe que esto con él no lo puede hablar, que es mejor hacerlo con sus amigas. Sus amigas. Ellas lo entienden. Ellas saben qué dice cuando sobreviene la palabra naufragio.

Y se deja caer en el sueño.

El médico va hacia él desde el fondo del pasillo. No está solo. Lo rodean mujeres. Angelines, Joseamalia, Paquita, Feli. Pero el médico se dirige solo a Ángel y le dice: «Esto no pinta bien. Hay que hacer cesárea, tiene placenta previa. Por eso no se estaba dando el parto». «¿Y con esto qué me quiere decir?». «Que hay peligro, que no puedo asegurar detener una posible hemorragia, que hay que contar con ello. Bueno, la criatura la sacaremos. Pero me preocupa su mujer, con todas las dolencias que ha tenido y con un corazón insuficiente». «Es mucho más importante la vida de mi mujer. Tiene que centrarse en ella».

«Pero ya sabe usted lo que dice la deontología médica». «No me joda, doctor Aguayo. Me importa un rábano la deontología. Salve a mi mujer. Eso es lo principal. Déjese de trágalas. Lo importante es ella, niños podrá haber otros». Lo dice en un tono tan alto que ellas se enteran. Todo el pasillo del viejo edificio barroco de la Reverenda Orden Tercera. Parece que todo Madrid se entera. Paquita se agarra al brazo de Ángel, no se sabe si para apoyarle o para sostenerse. Son las cuatro de la tarde y hace un sol de justicia cuando salen al patio. Un sol de agosto que los aplana, que los deja hundidos sobre el asfalto. Observan desde el patinillo la cúpula cercana de San Francisco el Grande. Tienen las caras arrugadas. Como si no pudieran soportar más dolor, más incertidumbre. Quizá puedan. No quieren.

A las seis y media pasadas sale el médico. Sonríe en la sala a cuantos le miran. Pero nadie atiende a la sonrisa:

—Es un niño. Sano y grande. Ha pesado casi cuatro kilos.

—Pero ¿y mi mujer? ¿Cómo está ella?

—Muy cansada, pero la hemorragia está controlada. En unos minutos podrá pasar usted a verla. Y al niño. Tranquilos, todo va a salir bien. Aún no está fuera de peligro, pero la cosa está apañada.

Cuando entra a ver al niño, lo ve enorme. Lo coge entre sus brazos y lo mira por primera vez. El niño duerme con expresión de total tranquilidad. Una cara con calma infinita. Una cara sin sufrimiento. La monja matrona le sube la cabeza. «Mire qué cara de paz. Así son los nonatos. No saben qué es el dolor, no han pujado para salir». La mira sin entenderla. Sale hacia el pasillo y todas se abalanzan a mirarlo. «Madre mía, Ángel. Es tu copia. Es igualito que tú, qué barbaridad. Dicen que solo la madre es cierta, pero en este caso parece al revés». Se ríen. Parece que el niño es una isla en medio de cada deriva. El niño de todas. «Dulce venganza» dice Joseamalia. «¿Qué dices?». «Nada, nada».

Pasa a verla cuando le dejan. Está aún muy dormida de la anestesia. Tirada en la cama. Baja para darle un beso y ella se despierta un poco. «Es un niño precioso. Grande. Todo ha ido bien, Manoli». Y lo desciende hacia ella, que, como puede, intenta un beso en la nuca del bebé.

Acomoda al niño en el moisés junto a la cama. Él se sienta en la silla en la que pasará la noche. Piensa que el niño tiene la cabeza bendecida. Nunca tendrá problemas ahí, porque su madre le protegió la nuca. Lo piensa y se ríe de su propia liturgia mientras lo mira. Él, tan descreído, recuerda a su madre en Luena. A su madre que lo dejó con apenas ocho años. Ahora él va a cumplir cincuenta y cuatro.

Parecía que el tiempo se había acabado. Mira otra vez la cara nueva en su cunita. Durmiendo. «Qué niño tan tranquilo, para ser de unos padres tan alborotados». No sabe aún que dormir bien, algo que para él es un bien desconocido, no representa nada. No sabe, no sabrá nunca que esa tranquilidad es simple apariencia.

Han ido en autobús. Con el niño cargado en un moisés de paja. En una cesta llevan los biberones, picos de tela para cambiarlo, otra ropita por si acaso. Él lleva el moisés desde la estación hasta la puerta de la cárcel por todo Alcalá. Van con Pepito, que tiene ya doce años. Cuando llegan, se ponen en la misma cola de todos, niños de todas las edades esperando para ver a sus madres.

—Pepito. Tú ya eres mayor. El niño depende de ti. Cuídalo a la entrada y a la salida. Sobre todo cuando los guardias os registren. Y no dejes que registren debajo de la sábana del moisés, ya lo sabes.

—Que sí, Manoli. No seas pesada. Que estoy harto de entrar.

—Nada más entres, le das el niño a tu madre. Ella sabe de sobra qué tiene que hacer.

Cuando se abre la puerta para que vayan entrando, sor Vicenta asoma la cara. Sonríe al verlos y sale al zaguán. «Pero Manolita, déjeme ver a este vasquito. Pero por favor, qué hermosura, está enorme. Ángel, por dios, si es su copia, es igual que usted, no lo puede negar. Qué barbaridad. Esos genes montañeses van a ganar a los vascos. A ver, avancen, yo me voy a quedar con el niño mientras comunican con María Blázquez. Y las otras, que van a entrar todas al locutorio un momento». «¿Ah, sí, hermana? ¿Van a salir todas?». «Están como locas. Es el niño de todas, parece que llega el niño dios. Así que he hecho una excepción, por ser usted quien es».

En el locutorio efectivamente entran todas, las pocas que quedan. Doce presas políticas. Es el día de la Merced de 1961. Gritan como si fuera una fiesta. Todo son piropos. Los quince minutos no duran entre preguntas, admoniciones, risas. Cuando suena la sirena se despiden. Las mujeres regresan al patio donde las espera la monja con el niño en el moisés y Pepito a su lado. Mary se dirige a su hijo y lo abraza como siempre, pero rápida coge al bebé entre sus brazos antes de que las otras lo ahoguen. El niño está despierto, pero muy tranquilo. Entorna los ojos ante los gritos que lo rodean. Todas lo miran, él las mira a ellas.

—¿Dónde está el fotógrafo? ¿Dónde está?

Mary se sienta con el niño en brazos y Pepito se coloca a su lado. Al lado Josefa Beneyto y al otro lado Bene. El fotógrafo dispara

mientras todos miran a la cámara. Menos el bebé, que está tan fresco con su madrina y el chupete en la boca. Pronto lo llenan de ropita que le han hecho en la cárcel. Un ajuar primorosamente tejido y bordado. «Es nuestro niño», dice Mary al fotógrafo. «Su primer día en la cárcel. Espero que sea también el último. No es sitio este para un niño».

—Está enorme para solo tener un mes —dice Esperancita—. Ojalá pronto estemos todas fuera y lo veamos sentadas en un parque. Es verdad que no es lugar para niños. Que no tenga que volver a entrar. Esta criatura va a ser muy alta, como su madre. Muy alto, míralo.

Mary lo mira y recuerda la frase de Propercio que se repite en su libro preferido de Cronin. *Heu quantum per se candida forma valet!* «¡Ay, cuánto puede por sí misma la luminosa belleza!».

En nada aciertan. Nunca tuvieron dotes para imaginar lo que venía. No saben adivinar el futuro. Siempre lo sospecharon mejor de lo que fue.

Madrid, 2020

Confín. Lo busco en el diccionario. Línea real o imaginaria que marca los límites de un terreno, una región, un país y lo separa de otros. También punto más lejano que se alcanza con la vista. Ocupo mi tiempo en describir mi propio confín. Descubrir las cárceles en que estuvisteis metidas. Diseñar un día. Sobre una hoja. Cualquier día. Desde el toque que obligaba a levantarse a las mujeres de Segovia. A las siete de la mañana. Luego ir a la ducha. A esa ducha fría, solo alguna vez con agua caliente. ¿Por qué había que ducharse cada día de enero? «Por nosotras, por cuidarnos, por vernos bien, por rutina».

Rutina. Lo pienso ahora que estoy confinado recreando tu vida. Recreando. Coloco las fotos de tu tiempo frente a mí. Las pongo unas a continuación de otras. Las voy sacando de la caja de cartón.

Apenas hay de tu infancia. Un par de ellas. No te reconozco de niña. No logro encontrar rasgos que luego aparezcan en tu rostro.

Fotos de la guerra. Una con fusil en que pareces mayor. Otra subida a una azotea. Una falda larga. Una cara de niña grande. En todas estás seria. Muy seria. Con expresión hacia dentro. Como si algo estuviera aún por estallar.

En la posguerra, antes de la cárcel. Ya eres tú. Ya eres otra. Maquillada. Lo justo. Ataviada a la moda de los cuarenta. Sumergida en un nombre falso. En una identidad ficticia. Siempre sonriente.

Hay tantas de la cárcel. En muchas vuelve a estallarte la sonrisa. O la risa. Es como un ejercicio de evolución. Una joven vestida de blanco en la cárcel de Ventas. En Málaga, con una falda de lunares. Luego ya los uniformes. En Segovia, de gris. En Alcalá, tan delgada, con una muñeca. O con los niños que entraban a verte. Siempre rodeada de otras. Otras como tú. Con el mismo traje. Una amalgama de mujeres juntas en patios que no existen. Que hoy son ruinas. Mujeres. Mujeres a las que también conozco. A las que también investigo. A las que veo envejecer en las imágenes.

En las fotos a veces aparecen ellas. Las monjas. Las funcionarias.

Casi nunca sonríen. Están ahí. Miran al objetivo sin complejos. No son de hielo. Ocupan una imagen siempre en negativo. Una mancha. Sé que no es así.

No sé de qué te ríes tanto. Luego sigues riéndote. Cuando pones los pies en la calle. Pareces más joven. Pareces más alta. Siempre muy erguida. Podías mirar a muchos señores desde arriba. Eso fue una baza.

Una foto en que estamos juntos. La del vestido de flores. A ti nunca te gustó esa foto. A mí sí. Yo tendré unos dos años. Tú en esta ocasión no sonríes. Si acaso levemente. La he puesto en Facebook. La gente ha llenado la imagen de likes. La gente que te conocía y que se acuerda. También otros para los que eres una figura transportada desde otro lado. Una referencia. Referencia. No. Referente. Una señal. Una muesca. Un rasgo. Algo que queda.

Observo la vida sin ruido. Confinados en una pandemia. Se recordará. Será también un dato. El virus de 2020. Tomo tu libro favorito. Leo las primeras páginas de *La montaña mágica*. Cuando Hans Castorp empieza a aclimatarse al tiempo enfermizo del sanatorio. El sanatorio de la tuberculosis. Que invade todos los pulmones. Que distingue a unos de otros. A los habitantes tuberculosos en la Montaña. A los simples no distinguidos, los sanos del Valle. El bacilo de Koch norma las vidas de los personajes. Tanto como ahora este virus. Pero no como las cárceles.

Preparo las manos. Trato de desenterrar. No es una investigación de un detective. Es una exhumación. Cómo se llama al que exhuma. Sepulturero. No. Lo contrario. Cavador. No sé.

Voy recogiendo las fotos. Me detengo en una foto del taller de costura de Segovia. Tu voz de fulgor aparece en ella. *«¿Has mirado bien esta foto? ¿Has mirado bien las caras? No son caras abatidas ni rabiosas, tampoco de alegría. Apenas traslucen sentimientos. Son miradas detenidas. Están mirando más allá de sus verdugos. Y para que no se olvide»*.

Continúo la rutina. Hoy no llueve. Miro el firmamento más azul que de costumbre. El cielo de Madrid se vuelve sobre mí. Insólitamente íntimo y cercano.

Guardo la caja. Es como una muñeca rusa. Las caras de otras. Las tuyas. Confinadas. Extrañadas.

No olvido. No se desvanece. No cesa.

Donosti, 2019

No sabía si encontraría algo. Después de cincuenta y ocho años. Dónde habría quedado. Si se habría grabado. Si se habría apuntado. Si quedaría alguna nota. Algún papel. Algún cuaderno. Algo que imaginar. ¿Por qué querría aquel psiquiatra escribir sobre las cárceles? ¿Sería un asunto médico? ¿O sería una experiencia literaria?

Entro en la calle. Una calle angosta. Avanzo por ella mirando los números hasta el 16. El que me han indicado. Entro en el portal. Subo hasta el segundo piso. La sonrisa acogedora de quien me abre me libera de tensión. Entro en el estudio lleno de libros. Con una mesa grande abierta al ventanal que da a la calle. El color gris de Donosti se cuela apenas. Lo bastante para sentirme protegido. Sigo las indicaciones que me da ese hombre. «No te sientas forzado por el tiempo. Esos son los dos cuadernos. Bucea tranquilo. No tengas prisa. Ojalá te sirva. Suerte».

Me siento. Abro los cuadernos. Lo hago con el premioso cuidado que tengo con los archivos de los expedientes de la represión. Siento no tener guantes. Pero prefiero que mi piel se pose en las hojas. Como me pasa casi siempre. Cuando toco el papel manchado de tintas azules o negras me da la sensación de transportarme. De estar en otro sitio. Una parte pueril de mí sale por los poros. Algo que me emociona. Pero que no es auténtica emoción. Es blandura. Algo ñoño. No me gusta. Aunque por unos minutos me dejo suspender en ella. Luego, cuando leo, cuando mi cabeza se pone a ello, cuando escudriño las palabras, y detrás de las palabras, brota otro tipo de sentimiento. Algo más duro. Más identificable. Algo que no llora. Que dentro permanece. Algo con el color de la piedra. Así es. Así es la memoria.

En el primer cuaderno con letra picuda a mano no encuentro nada. La letra a veces se me pierde. Algunos subrayados. Apuntes de historias clínicas. Notas marginales que llevan a otras notas. Referencias de libros. Sigo avanzando hasta el final. Lo cierro. Abro el siguiente. Se repite la estructura. Algún pequeño dibujo. Una

entrevista con alguien. Habla de trasferencia. Lo leo con atención. Trasferencia. Sigo pasando páginas. Tampoco nada. Ni una mención. Nada de un viaje a Madrid. Nada que ver con entrevistas a presas.

Cierro el cuaderno y miro hacia el ventanal. Las ramas desnudas de los árboles se bambolean. Era buscar una aguja en un pajar. Observo la gran mesa. Toco los cuadernos acumulados al lado. En todos pone «Prácticas médicas». Tomo uno al azar, más por curiosidad que por pesquisa. Se suceden notas. Listados con horarios. Nombres de personas. Iniciales. Algunos apuntes de tratamientos. Lo cierro y cojo el siguiente. El esquema se repite. Avanzo rápido sus hojas. En la mitad aparece de repente un encabezamiento grande. Madrid, cárcel. Y me paro. Entonces leo. Ahí está. Diez páginas de notas apresuradas de lectura difícil. Al principio están los nombres. Alguna acotación biográfica. Nací, me crie, estudié o no estudié, milité. Los años de cárcel de las cuatro mujeres. Notas breves. Algún subrayado. Al margen, con letra roja, comentarios: indagar más, por qué en Salamanca, ¿pantalonera o sastra?, sin hijos…

Después aparecen ya las voces. Son las voces trascritas. Sin orden. No sé quién habla. Me digo: necesitaré otro libro. Otro tiempo para estudiar esto. Hago fotos. Pulso con furia sobre el teclado. Solo algunas frases. Las que me golpean. Las que se clavan.

«Lo peor era que no podíamos estar nunca solas. Siempre rodeadas de gente. No tenías un momento para ti. Para pensar sin estar rodeada. Al principio no hubo libros. Yo quería leer para poder huir. Lo cotidiano era tremendo porque todo parecía triste. Estábamos sufriendo. No teníamos cómo decirlo».

«Pero no estábamos tristes. No al principio».

«Fue muy importante poder estudiar. La cárcel fue para mí una escuela. Tienes que pensar por ti misma. Sé que eso me salvó. Ahora estoy aquí por eso, porque el esfuerzo me valió la pena. Aunque a veces estudiar era tan costoso. Yo puedo todavía recitar de memoria los poemas que aprendí. Los recito ahora que me paso el día cocinando».

Aparece una nota en rojo. Pone «hambre». Entre admiraciones. Solo hambre. Luego pone: *«C*uando pregunto por las torturas no hablan. Quizá debería hacer entrevistas a solas».

«Pronuncio en alto el nombre del hombre que nos torturó a las cuatro. Lo hago solo como liberación. Recuerdo esa sonrisa que tenía. Sus propios agentes le temían. Ellos que eran también torturadores. Si nos pusiéramos delante de él ahora, ¿nos reconocería?».

«¿Para qué sirve relatar ahora todo esto? Resistimos sin hablar.

Algunas no, y es lógico. Ahora lo sé. Pero estamos aquí».

Veo al final una anotación en rojo. Pequeña. Pone entre interrogaciones «violación». Luego más grande con mayúsculas «delación».

«Hay muchos momentos de desesperanza, claro. Quieres salir, salir. La calle, caminar por la calle, ponerte un vestido, cosas tontas. Al principio, todo parecía inminente. Pero luego no, luego ya no sabías, ya no sabíamos…».

«Tienes ganas de salir y miedo de salir. Luego sales y dices, pues vaya, ¿era esto?».

La letra cambia. Se hace más difícil. Pone «sexualidad» entre interrogaciones. Pone «pérdida de juventud» entre interrogaciones.

«No teníamos tiempo para pensar en eso. Teníamos tanto frío y tantas necesidades. No te acuerdas de eso».

El médico ha puesto en letras grandes «culpa». Y debajo pone «nada».

«¿Culpa? ¿Vosotras vivís con culpa? No sé, no lo he pensado así. La culpa es del franquismo. No sé…».

«No hay que hablar en pasado. Mientras esté Franco hay que hablar en presente. Que en las cárceles están nuestras compañeras, que yo acabo de salir. Y la vida tiene que seguir hasta que se vaya, que haya democracia, que haya libertad».

En rojo pone «tristeza». En rojo pone «hay que volver a entrevistar con magnetofón». En rojo pone «acabar hoy».

«Yo siempre le digo a mi sobrina: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir. Es de Cervantes. Lo repito mucho. El deseo de vivir. Para que no se nos olvide».«No queríamos la guerra ni la violencia. Pero todo lo hemos tenido. No hemos fracasado, porque estamos aquí. A veces me lo pregunto».

La última nota en rojo vuelve a poner: «Magnetofón. Seguir». Y una fecha. De 1961.

He hecho fotos de todo con el móvil. Dejo el cuaderno un rato entre mis manos. Lo acuno. Me levanto. Voy hacia el pasillo. Vuelve la misma sonrisa tranquilizadora. Le explico lo que he encontrado. «Quién iba a imaginar que estaba aquí. No, no hay cintas magnetofónicas guardadas, o yo no las tengo. No tengo ni idea de si volvieron a verse, o a hablarse de alguna manera. ¿Tú tampoco lo sabes? Cuántas historias que se quedan así, como suspendidas, ¿verdad? Nadie queda ya vivo. Es como caminar en la oscuridad. Sí, es verdad, en la oscuridad y entre escombros. Lo importante es que te

sirva. Que te sane. Que te salve. A todos».

Cuando salgo a la calle, llovizna. Voy hacia la bahía de Donosti. A la playa de la Concha. Frente al Cantábrico miro la arena tan blanca. La isla frente a mí. Imagino la huida por la playa. El policía detrás. Imagino los paseos de la joven con nombre supuesto. Con identidad escondida. Jamás regresó a esta ciudad del norte. De su tierra. Ahora yo busco entre los restos algo de aquello. En la oscuridad y entre escombros.

«Bienaventurados los pobres porque heredarán la Luna».

LEONEL RUGAMA

9. Castaños asustan en la carretera. 1963. 1969

Manoli con el niño en brazos y el gran bolso a sus pies. Mira hacia los lados y revive aquella primavera, la del 41. Se recuerda bajando del tren acompasando sus pasos a los del falangista que lleva su saco con la multicopista, el control militar que la buscaba. Su risa. Han pasado veintidós años. Hoy están colocadas en un extremo del andén de la estación. La misma estación y el mismo andén. Ellas, sus hijos, algunos otros familiares que han dejado pasar. Uno de esos días de primavera, medio nublado. El tren está dispuesto en la vía 6 y ellas en el borde, controladas por los guardias, esperando a que los presos lleguen desde Carabanchel. Alguien pregunta al comisario de paisano. «¿Cuándo está previsto que lleguen para el traslado?». «Ustedes esperen, ya llegarán».

Mira de nuevo a la puerta buscando el reloj. Con las agujas en sus ojos. Otra vez. Es 14 de abril de 1963. Otro aniversario de la República.

Deja al niño en el suelo para que juegue mientras Isabelita se agacha para entretenerlo. La policía aúlla de repente y les dice que se pongan firmes. Las mujeres, los niños, la gente que ha llegado a la estación no pueden evitar la risa. Que se pongan firmes. Los hombres comienzan a entrar por una puerta lateral. Avanzan en fila, uno tras otro, vestidos con un uniforme gris sobre la ropa, una maletita en la mano. Avanzan y miran a los lados hasta que las ven. Entonces comienzan a gritar y a saludar con el brazo libre. La estación se agita, las mujeres empujan para ponerse cerca de los vagones, los guardias aprietan para que nada se salga de su lugar. Los gritos aumentan y la gente desde el otro lado mira sorprendida. «¡Somos presos políticos, somos presos políticos!». La fila avanza y las mujeres por fin pueden ponerse más cerca. No tanto como para tocarlos porque los guardias se colocan en medio para impedir cualquier contacto. Pero se ven desde cerca, se miran, se sonríen. Parece un desfile. Si alguien lo mirara desde lejos diría que es una pequeña fiesta. Hombres que parten como

héroes despedidos por gente que los aclama. Desde lejos no se distinguen las palabras. «Tu madre no ha podido venir, pero te manda muchos besos». «Juan está trabajando y no le han dado permiso, pero irá cuando pueda a Burgos a verte». «Te mandaré un paquete con ropa para el frío. No, no te mandaré, que lo mismo sales antes». «Iremos a verte para el Carmen, que los niños puedan entrar, iremos a verte en el coche de línea».

Los hombres van subiendo al vagón asignado. Luego se agolpan en las ventanillas cerradas y saludan desde arriba. Abajo se mueven tras cada cara. Son quince presos, pero hay cien personas que los saludan. El tren se pone en marcha y un aliento fosforescente recorre el andén. Contención. Nadie quiere llorar. Nadie quiere. Joseamalia e Isabelita están a su lado. Sacuden las manos y tiran besos. Manoli coge al niño y se lo pone lo más arriba que puede. Sonríe y agita el brazo con su hijo en alto para que lo vea él.

Desde que detuvieron a Julián Grimau están con la mosca tras la oreja. Protegidos en una clandestinidad abrumadora, ni siquiera ella sabía bien qué labores estaba haciendo su marido en el partido. Ella seguía buscando apoyos entre las mujeres universitarias, pero lo hacía a plena luz, con el niño en brazos. Como si se tratara de encuentros habituales. Iba y venía a la clínica de López-Ibor, dejaba al niño unas horas con Manola, la portera, que se convirtió rápidamente en una amiga. Ángel iba a su trabajo, al Instituto Farmacológico Latino. Y ya está.

Pero cuando detienen a Grimau en noviembre de 1962 saben que hay que cuidarse. «¿Por qué no te vas unos días a Santander, a Luena? ¿O a Valencia con mi hermana?». «No te preocupes, Manoli. Está todo muy controlado, no es como antes. No va a pasar nada. Lo más, que me lleven un día a comisaría. Pero descuida, descuida». Pasan la Navidad en su pisito reciente de Canillejas. Con el primer teléfono del barrio recién instalado en su casa. El día de Nochevieja toman las uvas con Manola, Justino y sus hijas en la portería. «1963 será mejor». Brindan con sidra achampanada. «1963 será mejor».

No llegará el ejército aliado a liberar la ciudad tomada. Pero hay un montón de gente haciendo cosas. Una gavilla de gente joven metida entre las grietas. Lo piensa mientras organiza los regalos para su hijo. Ángel se ha empeñado en regalarle un jueguito de carpintero. Para un niño de un año. Se ríe mientras lo coloca debajo de la ventana, en el cuartito diminuto donde el niño duerme. Cuando suena el timbre de la puerta, se acerca y sin preguntar abre. Manola, como

cada noche. «Vengo a dar las buenas noches al niño». Y las dos se ríen al abrir el plato con los pestiños con miel que trae. Hace mucho frío, y esa cajita de cerillas que es la casa apenas se logra calentar con la estufa de gas. «Manola, tengo aquí los regalos de Reyes para tus niñas». Entonces suena la puerta de nuevo. Abre sin más. Solo verle la cara sabe. Sabe que no será una simple visita a comisaría. Sabe que no habrá escapatoria.

—¿Ángel Martínez Martínez vive aquí? ¿Está en casa?

—¿Qué desea? ¿Quién es usted?

—Soy un amigo del laboratorio. Quisiera verlo un momento.

—Una pena, ha salido.

—¿Y tardará mucho?

—No sé, puede que sí. Es noche de Reyes y este barrio está muy retirado. —Mientras habla, trata de recordar si hay algo en la casa, algo que ocultar y que él pudiera destruir, algo más que hacer. Retrasar, a sabiendas de que todo era una mueca inútil.

—Señora, deme paso entonces. Soy policía.

—¿Policía? ¿Cómo policía? Enséñeme su documentación.

Saca la placa con su nombre. Inspector García Salabert. Tras él aparecen otros cuatro guardias ocultos en el descansillo. Todos de paisano. Se abren paso entre ella y Manola, que sujeta al niño en sus brazos. En silencio. Ángel preparado, de pie en el comedor a dos pasos.

Es rápido. Sacan todo, registran cada cajón, piden la documentación a Manola, bajan a la portería a registrar también. Todo por los suelos, sobre la cama, sobre la mesa del comedor. «¿Adónde se lo llevan?». «Bien debería de saberlo usted. A Gobernación. A la Puerta del Sol, como siempre».

—No te preocupes. Será una diligencia —mientras la besa y besa al niño—. Pronto estaré aquí.

Se asoma a la ventana y ve los tres coches aparcados en el barro de la calle. Y lo corrobora. No será una diligencia. Con Manola recoge los despojos. El juego de carpintero tirado en el suelo. Noche de Reyes.

Cuando pasan los días sin información confirman que será duro. Una vez más. Cada día se encuentran en la Puerta del Sol para dejar paquetes en el rastrillo de entrada. Se los cogen, y les dan la ropa sucia. Solo verla antes de lavarla los pone en situación. Es como era. Igual. Algunas de las otras mujeres preguntan desde la impotencia. Ella lo sabe. Lo sabe y cada día regresa. Percibe poco a poco que no estamos en 1940. Que muchos conocidos se ponen en contacto. Que

cada día hay más gente que la espera en la boca de metro. Que los vecinos le preguntan y le dan ánimos. Se cuartea el país del miedo.

Al séptimo día la hacen entrar. «Si está un rato aquí, su marido al menos podrá verla a usted y a su niño, aunque sea de lejos». Se sienta en la silla incómoda del vestíbulo de las mazmorras de la DGS con el niño en brazos, que no para. Le da vueltas a su gorrito de lana para entretenerlo. Mira a los lados y solo ve los pasillos oscuros, unas puertas abiertas frente a ella, el corredor que da a los calabozos. Se le viene un gusto a hiel en la boca. Revive. Remuere. De repente algo le salta en la cabeza. Se levanta, dice adiós con su voz intensa y sale hacia la escalera. El guardia va tras ella. «¿Por qué se va? No se impaciente, en algún momento saldrá su marido». «Me voy, no quiero esperar más». El guardia entonces la toma del brazo. «Vuelva en una hora». No sabe qué hacer. Sale y llama a Isabelita desde un teléfono público para que venga. Cuando llega, las dos piensan lo mismo. Deja al niño con ella delante de La Mallorquina y regresa a Gobernación. El guardia la lleva delante de una reja alta que da a un calabozo. Lo ve entonces desde arriba. Tirado en el suelo. Hecho un guiñapo. Solo un momento. Grita su nombre pero él no la escucha. «Vuelva luego con el niño y lo verá mejor». Sale estrujada, se toma del brazo de Isabelita y se va a su casa. A Fernán González. Con el niño. Y no regresa. Sabe que no. Las dos lo saben.

A los dos días los detenidos siguen en Gobernación. Su contacto del partido le dice: «Hay que denunciar con abogados. La modificación de la ley de seguridad impide que un detenido esté más de cinco días. Y llevan más de diez. Te va a acompañar una abogada amiga». Cuando ve por la tarde a María Luisa Suárez se abrazan. Ella le explica cómo va a poner la denuncia. Le da un mensaje. «Ángel dice que está bien, que no te preocupes. Su principal preocupación es que le han dicho que tú estabas detenida también y que el niño iba a ser llevado a un asilo. Te vio hace tres días desde lejos con el niño sentada en un banco. Pero ya se lo hemos aclarado. Y está mejor. Está mejor, no estés preocupada». «Lo supe. Supe que querían chantajearlo. Por eso me fui. Pobrecito. Estarán todos hechos un desastre, ya lo sé. Pero Julián y él son los mayores, María Luisa. Los dos se han pasado media vida en la cárcel. Mira Antonia, la mujer de Julián, toda la vida a la puerta del penal. Y ahora esto». «Vamos a denunciar, a ver qué pasa».

No pasa nada. Sigue yendo cada día con las demás a Gobernación con el mismo ritual. El paquete, la ropa, la espera por si acaso, la solicitud de información. Las mujeres salen y se juntan de nuevo en un bar de la calle Arenal. Casi siempre se lleva al niño cargado. A veces

lo deja donde Isabelita, en Fernán González. «Mujer, déjalo conmigo, y vas más tranquila». «Es un escudo protector, por eso me lo llevo».

El día catorce de detención María Luisa las junta con Amandino, el abogado de Grimau. Sentadas todas en el bar hablan en clave. «No es mala idea abordar al director general de Seguridad. Una que vaya y trate de verlo. Conocemos sus horarios. Alguien que pueda subir a su despacho en un descuido». Deciden que vaya ella. Ella que lo conoce. Carlos Arias Navarro. *El carnicero de Málaga*. El de su propia detención. «Después de dejar el paquete sube, que sea como a las diez. A esa hora sale cada día a tomar café. Sube y a ver qué te dice».

Hace tanto frío fuera como dentro del patio de Gobernación. Al entrar con el niño en brazos piensa que el frío lleva acompañando su vida desde que se acuerda. La nariz roja, el dolor de cabeza. Detrás de ella va Antonia. Dejan el paquete, piden noticias sin hallar respuesta del guardia de la puerta, recogen el fardo de ropa. Van de nuevo hacia la salida y mientras Antonia sale con los bultos, ella avanza hacia la escalera central por detrás. Sube rápidamente sin que nadie lo perciba. El niño agarrado a su cuello entre sus brazos. Arriba tuerce a la derecha y se planta delante de la puerta donde pone Director General. Ve como en un *flash* la mesa con el ordenanza, el calendario manual que pone 19 de enero, viernes. El picaporte dorado en el centro de la doble puerta, la barandilla de la escalera a un lado. Sin más entra, y cuando el ordenanza y unos guardias la sujetan por detrás ya se ha introducido unos pasos. Lo ve de pie hablando con un policía. Calvo, macilento. El director se da la vuelta y ella habla. «Nuestros maridos llevan más de dos semanas aislados aquí, en contra de lo que dice su propia ley de seguridad en el artículo…». La agarran para que no entre más, ella sigue hablando y se resiste, con cuidado de no tirar al niño. Arias Navarro la mira y avanza hacia ella, que a su vez sale por la puerta arrastrada por los guardias. «¿Cuándo van a poner a disposición judicial a nuestros maridos que llevan ya…?». La amedrenta la cara de él, la mirada opaca de un mono, sin expresión, la boca apretada. Sabe por el gesto despreciativo de su mano que el peligro aumenta. «Debería estar agradecida de no tenerla aquí también. He tenido compasión por su hijo». «¿Qué compasión? Usted no tiene motivos, no tiene motivos para detenerme. Ustedes se saltan su propia ley…». Y no puede acabar porque la empujan hasta que pierde el equilibrio y cae escaleras abajo. No suelta al niño, y llega abajo sin el bolso y con la criatura colgada de su cuello. Treinta y seis escalones. Se levanta rápida y el niño comienza a llorar. Lo abraza, lo sube en sus brazos con cuidado, coge el bolso y camina por el patio de

la DGS. Se duele. Cuando llega a la puerta, el guardia la agarra por el brazo, pero se desase de un tirón. Las mujeres la esperan fuera. La ven salir con el niño gritando y con la ropa rota. Sangra un poco por la mejilla. La reciben en un círculo, la acogen, la tapan, la desaparecen entre sus cuerpos mientras se alejan. Un enjambre de mujeres rumbo a otro lugar.

Por fin trasladan a los detenidos. Cuando se ponen en fila de nuevo frente a la puerta del locutorio de la cárcel de Carabanchel siente náuseas. No es un arrechucho emocional. Náuseas reales. Se sienta en el bordillo de la acera y apoya la cabeza entre las manos. «¿Pero qué me pasa? No puedo entrar así». Cuando se levanta ya mejor, se apoya en Antonia y avanzan. El niño va de nuevo en brazos de ella y se pone a gritar cuando ve a su padre tras la doble reja. Ángel, encorvado y pálido, sonríe inmenso. El rito eterno de las pequeñas mentiras. «Estamos bien, muy bien. Te aseguro que no es como entonces, hay camas y estamos en mejores condiciones. No tienes que preocuparte». «Nosotros también estamos bien. Tu familia, ya sabes. Se ha portado muy bien. He tenido que dejar el trabajo, claro, pero nos arreglamos bien. He empezado a coser colchas y sábanas para fuera. Nos arreglamos bien». «Te veo tan pálida». «Algo me ha sentado hoy mal, será el desayuno. O la alegría de que nos veamos. He tenido una comunicación con Londres. Pero ya te lo contaré en otro momento. Con el paquete te he dejado una carta. De lo demás ya hablaremos».

De lo demás ya hablaremos. De vuelta a las cartas bajo censura. De vuelta a los canales clandestinos. Pero es verdad, no es como antes. Hay un montón de funcionarios, de oficiales, de gente de servicio que colabora. Meter las cartas se hace fácil. Ahora se puede llevar un abogado al juicio aunque sigan siendo tribunales militares. Algo ha cambiado. De Londres, el grupo de Amnistía Internacional le ha mandado un primer paquete con ropa de niño, una caja de galletas, una pluma y tinta verde. Nunca había visto la tinta verde. Le fascina. Le parece un hito. Un acontecimiento de buena suerte. Una lluvia de palabras en verde. En verde escribe una nota al abogado que le ha recomendado María Luisa. En verde se lo cuenta a su marido.

Querido mío. Aunque no lo creas, estamos bien. Para mí es una tranquilidad enorme saber que ya estás en Carabanchel. Al menos ahí todo será más fácil. Te escribo esto solo para decirte que va a llegar a visitarte José Jiménez de Parga. Es un abogado joven que está trabajando con un cura en una barriada de Madrid. Ten confianza total. Te asistirá en lo que pueda. Él y Montesinos son los encargados, pero Montesinos está a tiempo

completo con el juicio de Grimau, que será quizá antes del vuestro…

Es un médico nuevo al que no conoce. Un hombre del partido. La recibe en su consulta privada en el paseo de Rosales. La reconoce con cuidado. Ya no sangra, desde hace unos días. Casi desde que mandaron a Ángel a Carabanchel. La mira bien, la trata con mimo.

—Pero entonces, ¿has dejado de sangrar?

—Sí, ya no sangro. Pero me encuentro rara y se me ha retirado la regla desde hace tres meses. Yo creo que puede ser por tanta tensión con las detenciones, las visitas a Gobernación, no sé… Pero quizá tenga la menopausia adelantada, con tantos desarreglos en la cárcel, me avisaron de que podría pasarme esto.

—Lo que te pasa no tiene nada que ver con la menopausia, Manolita. ¿Cuántos años tienes?

—Voy a cumplir cuarenta y tres el próximo abril, dentro de un mes.

—Pues la vida fluye de muchas maneras. Lo que te pasa es que estás embarazada. Vas a tener otro niño.

—Pero, pero… madre mía. —Se echa la mano a la boca y se la tapa como si quisiera ocultar un pensamiento—. Madre mía…

Mira a su hijo colocado en el suelo junto a sus piernas, entretenido con un osito. Luego levanta la vista hacia el médico, aún sin capacidad para devolver alguna palabra. Un revoltijo en la cabeza. «En estas circunstancias, otro niño. ¿Cómo vamos a hacer? Es una locura. Pero bueno, es una buena señal. Ya ves. Es una locura, pero es lo que hay. Es lo que hay. Tengo que decírselo a Ángel. Habrá que pensar. No es para tanto. Un niño…».

Cuando mira de nuevo al médico ya puede sonreír.

—Nunca deja una de sorprenderse. Lo último que podría esperarme. Pero bueno, me encantan los niños. Mejor tener dos que uno solo. Así que, nada. Tendré que cuidarme. Pero las cosas se irán resolviendo.

—Bueno, lo importante ahora es hacerte un buen control. Tienes una historia que lo obliga. Y ese sangrado cuando te caíste por la escalera…

—No me caí, Luis…

—Cuando te tiraron… Por eso hay que mirarlo todo con cuidado. Debes estar de tres meses. Te veo segura, pero te lo digo también con toda confianza. ¿Quieres continuar?

—¿A qué te refieres?

—Con el embarazo, mujer…

Se le abre una sima. Es una posibilidad. No lo había pensado siquiera. ¿Qué es lo razonable? ¿Qué es lo conveniente? ¿En qué circunstancias vendrá ese niño al mundo? Y a esa edad. Con su padre en la cárcel. Con un país que sigue siendo una gran cárcel. Tiene un revoltijo. Algo que la revuelve por dentro. Lo que debe ser, lo que es.

—No hace falta decidir nada en este momento. Piensa en lo que te parezca más razonable para el futuro. No te preocupes por lo sanitario, porque todo se haría muy bien. No es que nos sobre el tiempo, pero podemos vernos en unos días —le dice el médico inquieto de sus propias palabras.

—No hace falta. Vamos a continuar. Si cada vez que hubiera tomado una decisión en mi vida lo razonable hubiera primado, no estaría ahora aquí sentada. Hubiera tenido otra vida. No te digo que peor. Pero la mía es esta. Es la que quiero. Vamos a seguir. Siempre quise tener hijos. Trataremos de que todo sea lo mejor posible, ¿verdad?

Cuando sale con el niño en brazos al paseo de Rosales, cruza la calle y se asoma a la grieta del río. La Casa de Campo frente a ella. Mira a los lados como siempre, por si la siguen. Pero le da igual. Deja al niño en el suelo cogido de su mano y rememora de repente ese mismo paisaje con el ruido de los obuses. «Qué desgracia para todos fue perder esa guerra». El viento del marzo madrileño le da en la cara. Las ramas de los árboles aún desnudas se bambolean. No sabe si es un movimiento de ánimo o de amenaza. Hace cuentas. Ese niño nacerá en septiembre. Con un poco de suerte antes de la Merced. Si Ángel sigue en Carabanchel para entonces tendrá dos hijos para ver. Si lo trasladan a Burgos ya verá cómo se arregla.

Mira al niño bajo ella y sonríe. Lo sube en brazos de nuevo y piensa. «Es un escudo, pero él no lo sabe». Le sujeta la bufanda y se pone a andar camino del metro.

Nota ruido en la escalera, pero no le da importancia. Está arreglando al niño para salir. Tienen una reunión con el procurador judicial. Al abrir la puerta, ve a los tres hombres. Primero piensa que simplemente vienen a hacer un registro, a amedrentar a los vecinos, a ponerla tensa. Pero le dicen que los acompañe sin más. Sin aspavientos. Casi amables. «Puede venir con su hijo». «Ni hablar, lo voy a dejar con la portera. ¿No dice usted que será solo un trámite?». El rostro mudo del guardia no le augura un buen día. «Hijo, pórtate bien con Manola». A ella le dice lacónica: «Ya sabes cómo es esto. Si no estoy aquí esta noche, llamad a mi cuñada Isabelita». Manola asiente muda, la toma

de las manos y se las aprieta. La mira solo para decir muy bajito: «Tranquila, tranquila. Todo irá bien».

Cuando llegan a Gobernación la bajan al vestíbulo de los sótanos. Le cubre el sudor todo el cuerpo. Se limpia discretamente el embozo mientras espera de pie junto a un banco. No quiere que se le adivine el miedo. Sabe que Manola habrá subido a su casa, habrá abierto con su propia llave y usará el teléfono para llamar a Isabelita y a Pepe Jiménez de Parga. Que todo se pondrá en marcha. Pero no puede evitar el miedo. Un miedo mucho mayor que veinte años atrás. Se consuela pensando que no puede ser lo mismo. Que no hay una sola prueba contra ella. Que solo quieren intimidar. Que el juicio de los hombres está cerca. La espera la entontece. Esa sensación de no tener ningún control. Se pone a recitar para sí misma, como ha hecho siempre. «Se equivocó la paloma. Se equivocaba. Creyó que el mar era el cielo, que la noche la mañana…».

«Pase conmigo. Tiene usted aquí muchos viejos conocidos que la recuerdan bien. La tratarán como se merece».

Lo sigue por un pasillo que conoce. Que es igual que entonces. Ve la puerta y detrás la oficina. Dentro hay dos escritorios, y una parte vacía en medio con una butaca destartalada que estuvo forrada de terciopelo rojo, hoy solo un resto pelado. Detrás los azulejos blancos igual de destrozados. Tras la mesa, lo ve. Más viejo, más calvo, con gafas, pero es él. Fumando, por encima de los cristales la mira y le sonríe. Ella no puede evitar el asco. Un asco que le produce una náusea. Ahora no, ahora no. No puede marearse ahora.

—Quién iba a decirte que estaríamos otra vez juntos. Espero que estés bien. ¿Qué pasa, se te ha comido la lengua el gato? ¿No te acuerdas de mí?

—El olvido es un lujo que no me puedo permitir. ¿A qué me ha traído aquí? ¿Estoy detenida? ¿Por qué?

—No me toques los cojones desde el principio. Si no estás detenida es porque nos das pena. Ahora que eres madre. Estás aquí porque me sale de los huevos. Y te vas a portar bien.

—No tiene ninguna razón para traerme aquí, ninguna. Y lo sabe. Solo quiere meternos miedo, a mi marido, a sus compañeros. Y a mí. Pero estamos curados de espanto.

—Mírala. Genio y figura. Yo he sabido siempre que la cárcel no os haría buenos. Con vosotros no hay manera. Pero se están volviendo unos blandos, si por mí fuera… No tenéis remedio, sois mala semilla. Encima criando hijos como conejos.

Se cruza los brazos sobre la tripa. Se la abraza. Para protegerse. No

sabe si decir que está embarazada o no. Pero esa sensación la atenaza.

—Pero será rápido si te portas bien. Mira, te voy a presentar a un compañero. Esta es la vasca, Manolo. Es VivaRusia.

—¿VivaRusia? A mí me confunde. Yo no soy VivaRusia.

—Tú eres la que decía Viva Rusia, ¿ya no te acuerdas?

—Nunca dije Viva Rusia. Se confunde.

—Y te gustaba fumar. ¿Quieres fumar ahora? —Y extiende su cajetilla de tabaco americano—. Cógelo, mujer. Es bueno. Es de la Base.

El otro poli, mucho más joven. Se ha colocado detrás de ella. Quisiera coger el cigarro, pero no lo hace. Escucha a su espalda el ruido de la puerta de la estancia al cerrarse. Se pone en guardia mientras el viejo inspector se quita las gafas.

Es casi de noche. Pero hay luz en el patio de la DGS y en la plaza cuando sale por la puerta que da a Sol. A la salida de Gobernación están Pepe Jiménez de Parga y María Luisa. Se dirige hacia ellos y Pepe, tan gordito, la acoge en un abrazo enorme. María Luisa por detrás le toma el bolso. «¿Cómo estás, cómo estás?». «Estoy bien, ha sido una rutina de meter miedo. Preguntas absurdas». «¿Y nada más?». «Siempre hay algo más, Pepe. Ya sabes que no pueden evitar darte porrazos. Pero ya ves, se me ha hecho corto». «Vamos a coger un taxi hacia casa de Isabelita». «Pero ¿y mi hijo? Lo dejé con Manola, la portera». «No te preocupes. Está en Fernán González donde Isabelita».

En la cocina, Isabel está preparando una sopa. «Estos cabrones. Pero ya estás aquí, ya estás aquí, vamos a tomar algo». El niño juega por el largo pasillo, camina y patea un muñeco de tela. La mira y corre hacia ella, se cae a mitad de camino. Ella intenta agacharse pero todo le duele. Pepe coge al niño y lo sube para que su madre lo bese. Se sienta y cuenta con más detalle. «Solo quieren meternos miedo. Y andan inquietos. Las redes internacionales están haciendo mucho ruido por la detención de Grimau. Y la huelga de Asturias los trae locos».

El teléfono no para de sonar. Con todos habla y los tranquiliza. Isabel sugiere: «Que no te mueves, el niño está fundido, mañana tiene que verte el médico, no seas cabezota. Y aquí estás más segura». Se ríe. «¿Más segura en Fernán González…? La policía debe tener hasta escuchas puestas en las paredes». Se acuesta en la cama grande sola. Con la escasa luz de la lamparita mira el techo y se da cuenta de que todo le duele. Se toca la tripa, se toca los muslos, la cara. El techo la mira a ella como si fuera el firmamento. Un firmamento hostil.

Extraño. Nunca ha dormido en esa cama. Se vuelve de lado para evitar el dolor de la espalda. Cuando va a apagar la luz, ve sobre la mesilla la foto de Tina. La toma en sus manos y la mira. Tan joven, con el pelo rizado recogido en una cinta. Los ojos divertidos. Debe ser una foto de la guerra. ¿Sería esta mujer realmente una delatora? La mira con lástima, pobre vida. La mala suerte de morir después de abortar. Algo la revuelve por dentro. Una sensación de malestar. Cuidadosamente posa el retrato boca abajo en la mesilla. Cierra los ojos e intenta dormir. Sin pensar.

Cuando se despierta de un pinchazo enorme y se lleva la mano a la tripa se da cuenta de que está toda mojada. Saca la mano, enciende la luz y ve que es mucha sangre. Se levanta y desde la puerta llama a Isabelita. Después, todo es rápido. Joseamalia llega al cabo de una hora con el médico Alberto Villa. La mira, la ausculta y le inyecta algo. Pone hielo, le sube las piernas. «Es una amenaza de aborto. Vamos a tratar de pararlo. Tienes que estar tranquila. Si la hemorragia no se para nos vamos al hospital rápido».

Isabelita observa desde un costado. Está como paralizada. Trae lo que le piden, va hacia un lado y hacia otro, prepara una cama para que Joseamalia también se acueste. Alberto se queda sentado al lado. Isabelita coloca agua en la mesilla. Ve entonces el retrato de su hermana Tina vuelto contra la madera. Lo coge sin decir nada y se lo lleva.

Al día siguiente llueve. Alberto, antes de irse, le indica con autoridad que tiene que quedarse dos días en reposo absoluto y luego ir al ginecólogo. Lo mira mientras piensa cómo arreglar la visita a la cárcel, la preparación del juicio. «Manoli, yo voy a ir a Carabanchel a ver a Ángel. Le voy a decir que estás con un gripazo y que volverás en un par de días. Lo primero es lo primero». Sigue en la cama, medio tumbada. La cabeza le bulle. Se ve el muslo morado, pero es de los golpes. No sangra, pero tiene la sensación de estar hueca. Como si esa visita a la DGS la hubiera socavado. Un túnel se le hubiera dispuesto por dentro. «En las entrañas», piensa, recordando que la palabra entrañas siempre le ha parecido de las que asustan.

Cuando llega de nuevo al paseo de Rosales, el doctor Castro la espera solo en la consulta. La ve pálida pero sonriente. La mira con respeto. Esa mujer tiene su edad, y no puede evitar pensar en la vida que lleva. Con un tacto casi religioso la ayuda a quitarse la ropa. Las huellas del último paso por Gobernación son evidentes. La trata con cuidado y empieza a palparla. Siente sobre él la mirada de ella. Inquisidora.

Demandante. Pero cuando levanta los ojos para verla los nota tranquilos. Un estanque calmo. Como si nada de lo que él pudiera decirle no lo supiera ya.

No puede evitar cierta emoción cuando habla con ella. Tanto, que se vuelve de soslayo. «No te preocupes, Luis. Ya lo intuía. Algo raro me noté por dentro. Dejé de tener movimientos y perdí centímetros en la cintura. Quizá es lo mejor, no sé qué decirte. Tengo demasiadas cosas encima para hundirme por esto. No te inquietes. Vamos a hacer lo que sea. Si el feto ha muerto, pues ya está». Ella sonríe cuando él se vuelve y él no puede evitar agacharse y apretarle la mano.

Sale con él a la calle y se deja acompañar hasta el metro. «Solo una cosa, Luis. No quiero que Ángel lo sepa. Ya se lo diré yo a su tiempo. Después del juicio. Ya iremos viendo». Le da un beso y baja lentamente las escaleras del metro. Ya en el andén le viene un sollozo desde dentro. Lo ahoga en la boca y sube al vagón.

Mary salió en libertad un mal día. Un muy mal día, hace apenas unas semanas. Manoli pensaba ir a recogerla a la cárcel de Alcalá con Pepito y una sobrina, y luego regresar en el taxi de un camarada. Pero Mary salió a la calle y frente a la puerta de la cárcel solo estaba el taxi. El taxista cogió la maleta y la puso detrás. Casi sin decirle palabra, más allá del saludo cariñoso entre desconocidos. Una vez dentro con el taxi en marcha puso sus ojos en ella a través del espejo retrovisor. «María, no te asustes. Quería estar dentro, protegidos para contarte. Te llevo directamente a casa de Manolita a Canillejas. Esta mañana he dejado allí a tu hijo. También está tu ahijado, el nene de Manolita. Manolita no sé si habrá llegado, ha estado toda la noche fuera. No, no te inquietes, no es que la hayan detenido. No. Es que esta madrugada estos criminales han fusilado a Grimau. Sí, María, esta mañana en Campamento. Cuando amanecía, como siempre. Imagínate. Después de tantos años. Lo juzgaron hace dos días, no sé si dentro de la cárcel os llegó la noticia. ¿Sí? Pues parecía imposible, lo condenaron por delitos de guerra, y estamos en 1963. La verdad es que pensamos que lo iban a conmutar. El otro día conmutaron la pena de un chaval anarquista que intentó matar a Franco en San Sebastián, Jordi Conill. Pensamos lo mismo. ¿Qué? Claro que se ha hecho de todo, ha habido muchísima repercusión internacional, a estas horas ya hay una manifestación en París, algunos países europeos han retirado los embajadores esta mañana. Pero lo han matado. ¿Qué? No sé qué decirte, Manolita te explicará mejor. Ha sido un escarmiento. Es por la Huelgona de Asturias del año pasado, por las huelgas, que se están

extendiendo. Manolita ha estado fuera toda la noche haciendo llamadas. Ya te lo contará ella cuando lleguemos».

Manoli ve desde la ventana que llega el taxi a la calle sin asfaltar y baja rápido con Pepito. Se ven con emoción. Mary no puede evitar que se le salten las lágrimas cuando se abraza a su hijo. Ella, que es tan dura. Entran al portal y Manola sale a su encuentro.

—Mira, Manola. Esta es Mary. Mary Blázquez. Es para mí como una hermana. Va a vivir con nosotros en casa, ya te había dicho. Con su hijo, ya lo conoces. Vamos para arriba, que tengo que terminar de hacer la comida.

Cuando llegan, suelta la maleta y le enseña la casa. La casa diminuta. Las dos habitaciones, el comedor chiquito. «Ya ves, treinta metros. Es una cajita de cerillas». «Está preciosa, Manoli. Está muy bien. Déjame que abra la maleta». La pone sobre la cama y saca un pañuelo bordado primorosamente. Con una M. «Muchas felicidades». Manoli le da un beso. «Mira qué día para cumplir años. Ni siquiera hemos podido montar algo para recibirte. Ha sido una noche infernal».

Ha sido una noche difícil. Y todo el día anterior. Empezaron en casa de María Luisa. Pepe Jiménez de Parga y un grupo de mujeres buscando firmas, complicidades, lo que fuera, para parar el fusilamiento. No estaban solos. En muchas otras casas se estaba en lo mismo. Al principio del día 19 pensaron que podrían conseguirlo, que podrían al menos aplazarlo. Manoli buscó a Menéndez Pidal, a Aleixandre, a los Baroja, a Laín Entralgo, a Dionisio Ridruejo. Todos firmaron, todos buscaron más contactos, hablar con la gente del régimen. Por la tarde, la sensación empezó a ponerse oscura. A Grimau lo trasladaron de la cárcel de Carabanchel al cuartel de Campamento y nada parecía moverse. Desde fuera, su partido movía los hilos. Se refugiaron en casa de Ruiz-Jiménez, un antiguo ministro de Franco. Desde ahí siguieron con las llamadas, lograron hablar con el cardenal Montini en Milán, con el secretario de Estado vaticano para que Juan XXIII moviera hilos. A todas partes se dio vuelta.

A las seis de la mañana, la noticia les llegó. Grimau se encaminaba hacia el campo de tiro. Franco no firmaría la conmutación. Un rato después supieron que solo quedaba un cadáver. El mundo empezó a dar vueltas. «Manolita, te llevo a casa, estás demasiado lejos». En el coche de Pepe, ella miraba las calles desiertas de la ciudad y sentía que no era suya. Extrañada. Expulsada. Mirando por la ventanilla hacía un esfuerzo por no caer. Por no pensar si todo no podría ser aún peor. Se sentía casi culpable de haberse instalado en una suerte de falsa felicidad que duró apenas unos meses. Ahora hacía recuento de

daños como después de una batalla y se sentía sin fuerzas. Sin fuerzas para lo que quedaba. Mary que salía hoy en libertad. Ángel recién trasladado al penal de Burgos. De nuevo condenado. A dieciséis años. Dieciséis años. Criar sola a su hijo después de perder otro. La sensación de ser Sísifo, esa roca que no afloja, que no se mueve. Buscaba algunas fuentes de esperanza. La convicción de que era distinto, que hasta el papa había intervenido, que el país estaba en llamas… Pero era como romper un huevo. Como pensar qué está pasando. Miraba por la ventanilla absorta, olvidada de la capacidad de las personas para prevalecer en los terrenos más inhóspitos.

—No sé ni en qué día estamos. Todo está muy vacío. ¿Qué día es, Manolita?

—Pues es sábado, Pepe. Sábado 20 de abril. —Y se volvió hacia él —. Hoy es mi cumpleaños. Hoy cumplo cuarenta y tres años.

Con Mary ya en casa preparan la comida. Le cuenta la noche. Le pregunta por su último día de prisión, pero tiene la cabeza en otro sitio. Se sientan en el comedor y saca una botella de vino blanco y dos vasos. Pepito, desde sus catorce años, observa mudo cómo su madre toma al niño pequeño y lo sienta en su regazo para tranquilizarlo.

Burgos, Prisión Central, 20 de abril de 1963. Mi esposa adorada y mi hijín de mi alma. Al fin puedo escribir y hoy es 20 de abril. Es posible, queridita mía, que en ocasión a este día y desde hace algunas decenas de años no dejaras de recibir a su debido tiempo el testimonio de mi amoroso recuerdo. Este año las circunstancias no me han dejado hacerlo. Aquí, en el silencio y la soledad del penal, tu imagen querida me ha acompañado constantemente. Son las ocho y doce minutos de la tarde y hace exactamente dos horas que me han entregado todas tus cartas. No me habían dado ninguna desde que me trasladaron de la prisión de Carabanchel hasta aquí. Yo me encuentro bien, lo mejor posible, hoy han terminado los días de aislamiento… No me mandes comida ya que no podré recibirla; pero no te preocupes en absoluto. No me mandes tampoco ropa, ya que he recibido una muda, tus sábanas, dos toallas, calcetines, etc. Considérame siempre a tu lado, compartiendo tus alegrías y preocupaciones, pero nunca tus amarguras, pues no quiero verte ni saberte triste… ¿Recuerdas aquellos «lindos rizos» de plata míos? Pues han sido víctimas de la máquina destructora, pero aparecerán otros. Y nada más sino mi amor infinito para ti y para nuestro hijo en un entrañable abrazo de vuestro Ángel.

Han caminado por la carretera que va de la barriada de Yagüe hasta la puerta del penal. Las mujeres van tras los niños, que corren delante jugando hasta llegar al depósito de agua, donde se esconden entre sus columnas mientras sus madres gritan. Cada encuentro es una fiesta para ellos. En verano, para el Carmen, antes o después de entrar a la cárcel a visitar a sus padres, se bañan en la acequia junto a la carretera. Las madres, sentadas entre los árboles, observan desde lejos y descansan. Al fondo, siempre está presente. El edificio blanco y negro, el ladrillo rojo. El penal de Burgos tiene una puerta grande en medio de su gran fachada. De óvalo redondo. A su lado ventanas también de medio punto. Entre piedras que asemejan piedras. Como cicatrices.

Hoy están todos ante la puerta, que no se abre. Es 24 de septiembre de 1964. El día de la Merced. La piadosa. El día que celebra la misericordia del cuerpo de prisiones y los niños pueden entrar a ver a sus padres presos. Pero la puerta está cerrada y son más de las diez. Los niños siguen jugando tras sus madres, entrando y saliendo de los bajos del depósito, en un escondite que no acaba. Las mujeres no saben qué pasa. Todo cerrado, los dos guardias civiles mudos delante de las garitas que custodian la puerta. Cuando ayer llegaron a comunicar con sus maridos ya les dijeron. Los presos Vicente Llopis y Vicente Cazcarra estaban castigados sin comunicación, porque se había hecho un plante para que se suspendiera la misa como obligación. Pero estaban seguros de que lo conseguirían y que, como siempre para la Merced, se levantaría el castigo. Nada nuevo. Nada distinto.

Insisten a los guardias civiles. «Pero ¿qué está pasando? ¿Por qué está todo cerrado? ¿A qué hora van a entrar nuestros hijos?». «Llevamos aquí casi dos horas, ¿cómo que no sabe nada? ¡Pues vaya a averiguar!». La tensión sube de tono, las mujeres se desparraman, gritan a sus hijos que no se alejen, sacan del bolso el termo con el café. Cuando se abre la puerta pequeña de la fachada, el funcionario responsable de ingresos asoma la cabeza. «Pueden ir entrando los niños con los paquetes de uno en uno, pero hay dos presos castigados. Los hijos de estos dos no pueden entrar». Lo que es un rumor se va convirtiendo en gritos. Gritos que además se acercan. «Los nuestros tampoco. No entra nadie. No entra nadie mientras no se levante el castigo». Don Virgilio, el funcionario, vuelve la cabeza y cierra la puerta. Los niños han vuelto y se agolpan junto a sus madres, los pequeños se agarran a sus piernas, las voces suben, las mujeres increpan a los guardias. «De aquí no nos vamos. Nos vamos a quedar

aquí hasta que tengamos una explicación».

Cuando la puerta se abre de nuevo, don Virgilio sale y vuelve a hablar. «Sus maridos han hecho un plante. Y no van a recibir a los niños. Si ustedes quieren vamos a decirles que los niños deben entrar y que ellos tienen que ser más comprensivos. No podemos hacer otra cosa». «Sabemos muy bien qué está pasando, no nos venga con cuentos. Siguen castigados porque no quieren ir a misa. Levanten el castigo y los niños entran. Si no, no nos vamos». Don Virgilio tiene a alguien detrás con el que habla. Avanza y esconde la cabeza. Saca el cuerpo entero, carraspea y las mira. «A ver, un momento. Vamos a ser razonables. Vamos a hablar con una de ustedes, a ver si llegamos a un acuerdo. Queremos hablar con Manuela del Arco, la esposa de Ángel Martínez». Las mujeres se miran en silencio. En apenas gestos, toman la decisión de intentarlo. Manoli deja al niño con Tomasa y va hacia él. «No, es mejor que coja al niño». Pero avanza y entra. Sola. Lo sigue hasta la oficina de paquetes, casi al lado de la puerta del locutorio.

—Mire, usted es una veterana. Usted es una mujer razonable. Su marido le envía un mensaje. Su marido me dice que su hijo pase. Que pase el niño, su marido no está castigado.

Ella no puede evitar sonreírle. Trata de sentirse indignada por la propuesta, pero no puede. Le da risa. Una cierta melancolía. Se recuerda a sí misma dentro. Dentro, ahora que está fuera.

—¿Así que mi marido quiere que el niño pase? Pues va a tener usted que decirle que no. Qué lástima.

—Pero es lo que él le manda a decir. Y él es su padre.

—Ya, ya. Me hago cargo. Pero el niño está conmigo, que soy su madre. Mire, avise a mi marido y que venga él directamente a decírmelo.

—Pero ¿qué me dice? Sea usted razonable. Usted sabe las normas de la prisión.

—Pues nada, no se preocupe. Yo ya me voy. Dígale a mi marido que el niño no va a entrar. Y al director puede decirle que hoy existe el derecho de visita de los niños a sus padres y que vamos a hacer todo lo que podamos para que se ejerza este derecho. Ustedes sabrán.

—Eso parece una amenaza. Y ¿qué piensan hacer? —dice en tono mucho más bajito, con una mirada que refleja desdén—. ¿Van a quejarse al obispo?

—Pues mire, a lo mejor no es una mala idea —dice mientras se levanta, toma el bolso grande del suelo y se da la vuelta.

Debajo del gran árbol junto al depósito de agua están todas reunidas. Ya han sabido por un recluta que pasa mensajes que están

todos los presos en el patio. No han entrado a la misa de la Merced y esperan que se levanten los castigos. La piadosa Merced. Las mujeres hablan en orden riguroso. Cuando se disponen hacia el camino, la decisión está sopesada y tomada. Tienen que darse prisa. Es casi mediodía.

Cuando el autobús las deja en la plaza de la catedral llevan ya escrita la carta que han elaborado en el trayecto. Nada más bajar, caminan casi en fila, mujeres y niños, hasta el palacio arzobispal. Cruzan dos calles y están a la puerta. El portón enorme no les impone, entran en tropel y un curilla sale a su encuentro en mitad del patio.

—Queremos hablar con Santiago García de la Sierra. Solo será un momento.

—¿Con el señor arzobispo? ¿Y ustedes quiénes son?

—Somos las mujeres de los presos políticos del penal de Burgos. Y sus hijos. Queremos entregarle esta carta al señor arzobispo. En mano.

—Su eminencia está muy ocupado.

—Inténtelo, por favor.

El cura sube las escaleras y entra por una puerta lateral. Las mujeres se colocan ocupando todo el patio, los niños se suben al pequeño altar que hay en un pozo. Desde abajo apenas se ve cuando la puerta se abre de nuevo, voces apagadas como en susurros, ruido de telas que se rozan. Baja el mismo cura con otro al lado. Ellas saben de sobra la respuesta, pero esperan mirando en silencio. Una corriente de aire mantiene la escena congelada. Los niños se han callado y parecen estatuas. Las miradas de ellas se concentran en los dos curas que, al pie de la escalinata, carraspean sin ponerse a hablar. Se miran entre sí, y las mujeres perciben que esos hombres les tienen miedo. Por eso siguen mirando haciendo la espera larga. Sin abrir la boca.

Cuando abandonan el palacio rumbo al paseo del Espolón, el brío las lleva. Hace sol en Burgos, el color del mediodía se filtra entre los falsos plátanos del paseo. Se ponen en filas de cuatro y van avanzando. Los niños más pequeños delante. Han hecho con unos folios unos letreros. Libertad. Para. Nuestros. Padres. Lentamente caminan. Primero apenas les salen unas palabras quedas. Luego se les escucha más. Amnistía para nuestros presos. Hijos con sus padres. Derechos para los presos. La gente mira atónita. Llegan a la estatua del Cid Campeador al final del paseo y se paran frente a ella. La prensa ya ha llegado. La gente observa desde la distancia. Los gritos siguen y algunos turistas, los primeros, se acercan a ellas y preguntan. Un grupo de ingleses se pone a hacer fotos y se une a ellas. Algunas mujeres burgalesas se aproximan, pocas, y con voces apenas audibles

les dan ánimo mientras les aprietan los brazos. Los niños, muy serios en su puesto de vanguardia, continúan con sus papeles enhiestos.

Cuando llega la policía, las mujeres ya caminan de nuevo rumbo a la plaza Mayor. Algo estremecedor dentro. Algo que las abraza. Mañana volverán a la cárcel con una sensación distinta. En Burgos, la vieja capital del régimen, no ha habido una manifestación así desde hace casi treinta años.

Es 24 de septiembre de 1964. Al día siguiente, la prensa española no informa de nada. Pero en Londres, en París, en Roma han salido esos niños en portada. Lo incesante puede cesar. Alguna vez.

«Una sola lágrima redime a un hombre». Eso pone justo en la pared de la galería que da al patio. Cuando entraba al principio no sabía leer. Preguntaba a su padre qué ponía en esas letras tan grandes. Ahora lo lee él solo cada vez que llega. Sigue sin entenderlo. Pero ya no pide que se lo expliquen, porque cuando se lo explican continúa sin comprender.

Han llegado ateridos a la puerta del penal. Hace tanto frío. El camino desde la barriada de Yagüe hasta la cárcel es una ruta de miedo. Los castaños tiesos amenazan con sus franjas blancas. Se agolpan a la puerta de la oficina de paquetes para que las madres dejen los encargos a don Virgilio. Luego, justo al lado del locutorio, se abre la primera cancela. Cada niño entra de uno en uno. Los funcionarios esperan en la sala. Don Virgilio aparece y cada niño se queda a solas. Siempre es igual. Él con los dos funcionarios y el viejo de los paquetes. Las mismas preguntas. «¿Cómo vas en el colegio, eres buen estudiante? Espero que sí, los niños tienen que estudiar. ¿Te sabes el Credo? Hay que rezar por tu papá también». Deja la carterita en un lado y hace lo que ya sabe. Se quita el gorrito con la borla, después la bufanda. Luego el abrigo. Se lo va tendiendo al funcionario que lo registra con detalle. Lo amasa con sus manos, lo despliega sobre la mesa. Sonríe condescendiente y pregunta. «No traerás nada aquí, ¿verdad? Nada escondido, claro». El ritual se repite cada vez, como congelado. Abre su carterita y saca los regalos que le trae a papá. Los dos dibujos que le ha hecho, uno con la figura del payaso del circo Price al que vio antes de Navidad. Otro, el del sauce llorón de Luena, que su padre le encargó en el verano, en la Merced, cuando se vieron la última vez. También saca las cuatro pinturas de colores. Azul, roja, amarilla y verde. Un cochecito pequeño al que se le abren las puertas, de metal.

Los funcionarios escudriñan la cartera. Cae una araña de plástico.

«¿Y esto qué es?». Él contesta que es de broma, para asustar a los presos, por los inocentes. Ya sabe que ahora don Virgilio se lo acerca entre las piernas y comienza a registrarlo. Con esmero. Busca y rebusca en los bolsillos del pantalón de invierno, le saca la camiseta de debajo del jersey y busca, le abre la cinturilla del pantalón y rebusca. Él lo sabe y mira hacia otro lado. Se pone rojo, no le gusta porque se da cuenta de que el funcionario lo nota. Lo nota y sigue buscando. No acaba nunca. Le da la vuelta y lo toca por detrás. «Bueno, pues ya puedes entrar. A ver qué te han traído los Reyes, si te has portado bien algo te habrán traído. Y cuando entres reza un padrenuestro. ¿Cuántos años tienes ya?». Ya ha cumplido cinco años. Se coloca de nuevo la ropa y se estira el jersey hacia abajo. Luego se pone otra vez el abrigo, la bufanda y coloca el gorro en el bolsillo. Sabe que la siguiente cancela se va a abrir, ya oye los cerrojos. Se vuelve y saluda. Como le han enseñado. En la siguiente estancia le espera el de siempre, un funcionario que se ríe mucho. Se ríe tanto que le da miedo. Parece un muñeco. «A ver, a ver. ¿A quién tenemos aquí? Has crecido mucho, seguro que eres muy comilón, ¿eh? A ver, que te apunto. Eres el hijo de Martínez, ¿no? De Ángel Martínez. Pues anda, pasa, que te están esperando. A ver qué te traen los Reyes».

Cuando se abre la última cancela, la que da al patio, se siente tranquilo. Como en un juego de pruebas. No le han encontrado lo que lleva. Nunca lo encuentran. Pero no se toca la costura en donde está porque se lo han repetido muchas veces. Se mira las manos. Le parece que se le han puesto de un color raro. Será el frío. Ahora llega el peor momento. El momento en que piensa que preferiría no haber venido. Es como desembocar en una zanja. Como caerse. Al menos, no llueve. Aunque sabe que el cielo es gris. Gris.

La puerta se abre y no le da tiempo a ver nada. Solo el ruido de los gritos de los hombres. Solo hombres. Si viera, si pudiera levantar la vista del suelo cuando sale a esa esquina del patio, podría observar ese corro de presos que esperan. Un corro de varias filas, apelmazadas, esperando que la puerta que se abre cada tres minutos escupa a un chaval. No los ve, porque mirar al suelo lo protege. Pero lo imagina. Un círculo compacto que grita, las manos que lo tocan desde arriba, su nombre repetido, un brazo que sale como un resorte de la masa, que lo coge, que lo salva. O que lo engulle. La mano de su padre. Un momento después su padre lo aprieta entre sus brazos. Su padre también de gris. Lo aprieta «mi chiquitín, mi chiquitín, ¿cómo está mi chinorri? Cada día estás más mayor. Ven, vamos, vamos. Ven, que todos te esperan».

—¿Y Claudia, papá? ¿Cómo está Claudia?

—Luego iremos a verla, más tarde.

Los presos rescataron en julio a una cigüeña enferma que se cayó de su nido en lo alto del tejado del penal. Estaba herida, un ala rota, alguna infección además. El nido abandonado. La pusieron en el patio de atrás, el que está junto a la enfermería. Le construyeron un refugio, la cuidaron con mimo a la espera de que pudiera volar. Cuando el maldito invierno de Burgos fue apareciendo le hicieron una casita. Allí seguía. Los niños la bautizaron Claudia cuando entraron en septiembre. Le hicieron canciones, le trajeron regalos. Ahora también Claudia tendría sus regalos de Reyes.

Suben a la galería. Las camas, una tras otra. Junto a las camas, unos armaritos. El niño sabe que de ese armarito saldrá algún regalo. Pero eso será luego. Ahora entra por la galería, ve de nuevo el letrero y lentamente lo lee en alto. Una sola lágrima redime a un hombre. Su padre sonríe y lo lleva hacia los baños, al final de la gran galería. Entran, la puerta se cierra y entonces el niño se quita el abrigo, señala la costura de la sisa, que el padre abre con su navajita, saca un tubito como de medicinas, sonríe de nuevo al niño, lo abraza, «¡qué valiente eres!» y salen de nuevo. Al lado de la cama el padre le da su primer regalo, un cuento ilustrado rojo, pequeño. «Oliver… ¿cómo se lee la w?». «Tuist, se lee tuist». Sentado sobre la cama abre el cuento y se pierde entre las letras y las imágenes. «No, ahora no, vamos al patio, que ya habrán entrado todos. Y para que saludes a los demás que quieren verte, vamos, vamos». Es un niño obediente, deja el libro sobre la cama y mira al padre. No sabe bien por qué su padre tiene el pelo tan blanco, cada vez más blanco. Lo mira con lejanía, lo mira a sabiendas de que ese hombre es el que no está. En el cole todo el mundo sabe que su padre está en la cárcel, a todo el mundo sabe que tiene que decir que su padre no ha hecho nada, que su padre es un preso político. El resto de niños le pregunta qué quiere decir. «Que quiere libertad y buena vida para todos». No dice más, pero lo miran y callan. A veces le preguntan desconocidos, entonces dice que su padre es profesor de idiomas y que está en el extranjero. A veces dice que está en Francia, a veces que está en África. A veces solo calla cuando le preguntan si es huérfano, y tiene ganas de decir que sí y acabar con eso. Pero si lo dice sabe que luego lo regañarán en casa su madre o su madrina. Y se cuida.

«Vamos a hacer un ratito de clase de francés». «No, papá, no. Quiero ir a ver a la cigüeña Claudia». «Será solo un ratito». Odia el francés. No sabe aún que muchos años después se arrepentirá de no

haberlo hablado más con su padre, de no haberlo aprendido como un nativo. Solo piensa en que habrá una fiesta, que él cantará con otros niños, han inventado una canción sobre la cigüeña. Y tendrán los regalos.

Cuando bajan al patio central, ya ha llegado el fotógrafo. Se dirigen al patio de atrás, el único que tiene árboles, donde está la cigüeña, y los hombres, afeitados, con sus corbatas puestas bajo el uniforme gris, se colocan con sus hijos, que van con los zapatos nuevos. Todos preguntan, todos ríen. Es el día de la gran mentira. Todos engañan. Los padres y los niños. Todos lo saben. Todos sonríen a la cámara del fotógrafo en el patio de la cárcel. Todos se cuentan lo bien que están. Se suprimen las malas noticias por decreto, el ritual de la misericordia. Una misericordia sin dios.

Los presos han preparado una gran chocolatada. Se han gastado sus pequeños ahorros en comprar chocolate y hacer un perol enorme en la cocina. Y picatostes, pan frito y churros que han traído de la calle. Es la gran fiesta de Reyes para los niños. Cuando acaban de comer sacan los regalos. Los que ellos mismos han hecho en los talleres. Los mecanos metálicos tan finamente pulidos y pintados. Los bolsos de piel para la escuela. Los rompecabezas de madera. Ángel le da a su hijo su puzle, un mapa de Europa hecho a mano, dibujado con esmero. Y un balón de reglamento, una pelota para fútbol que ha logrado encargar en el economato. El niño sonríe cariñoso y le da dos besos a su padre. «¿Te gusta de verdad, hijo?». «Sí papá, muchas gracias, me encanta». Obediente y educado. Odia el fútbol, nunca probará a jugar a la pelota. Luego le encantarán los rompecabezas, pero será demasiado tarde para recuperar el mapa.

Ángel coge a los niños y, con Julián y Jordi, se los lleva a ver a la cigüeña. Ha empezado a nevar, pero Claudia está a cubierto. Los niños llegan y se revuelve. Ya casi está bien. Ya pronto podrá volar. Se colocan delante y cantan. Los presos aplauden y los niños se inclinan para saludar. Cada vez nieva más. Poco a poco regresan al patio central. La jornada acaba. Les cuesta despedirse. Despedirse siempre es un hueco. Una cavidad que se abre ante los presos. Que se quedan dentro. Ocultan la emoción. Siguen mintiendo. Los niños ya quieren salir. Es 6 de enero y la luz se apaga tan temprano. Deambulan por la esquina del patio grande donde está la puerta de salida. Cada niño sabe cómo salir, otra vez los registros.

Ángel se ha llevado al niño a un lado de la galería. Ha cosido la sisa del abrigo puntada a puntada, después de meter dentro un rollito de papel. Le pone el abrigo a su hijo y lo toma de la mano para llegar

hasta la puerta.

—Papá. Se me olvidaba. Te traigo también un regalo de Reyes. Es de mamá y mío —sonríe, hablando muy bajito.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es? ¡Menos mal que te has acordado!

—Ven, agáchate.

El padre se agacha y pone su cara a la altura de su hijo. «Es un poema. Mamá me lo ha enseñado. Que por mayo era por mayo, cuando hace la calor, cuando los trigos encañan y están los campos en flor, cuando canta la calandria y responde el ruiseñor, cuando los enamorados van a servir al amor, sino yo, triste, cuitado, que vivo en esta prisión, que ni sé cuándo es de día, ni cuándo las noches son, sino por una avecilla que me cantaba al albor».

Cuando sale al otro lado, su madre lo acoge en sus brazos. «¿Qué tal, cómo lo has pasado, cómo está papá? Uy, qué de regalos, un balón… ¿Te gusta?». «Claro, mucho. Muy bien. Todo muy bien, lo hemos pasado muy bien». Lo coge de la mano y se ponen a andar con todo el grupo. El frío lóbrego de la carretera los absorbe. Los árboles asustan más ahora, pero el niño mientras camina solo mira hacia el suelo.

Burgos, Prisión Central. 23 de julio de 1964. Mi adorada esposa y mi hijín… Haz saber ahí a esas personas la anormalidad jurídica en la que fuimos juzgados, en la que el vocal del consejo de guerra que nos condenó ni era abogado ni reunía las mínimas condiciones legales, lo que, unido a los múltiples elementos que concurrieron en la condena, hacen que mi permanencia en la cárcel sea ilegal desde el punto de vista jurídico. Me encuentro anormalmente aquí, en situación de secuestro contra todo lo legal y humanamente establecido. Tampoco puedo hacer valer en mis cartas mi condición de preso político. Fui juzgado por un consejo de guerra por un delito político, por tener una concepción de la vida, un criterio sobre las cosas en el orden social, económico y político. Esto añade una anormalidad más a la situación. Por eso no te llegan mis cartas, pues no puedo dejar patente en las mismas mi propia personalidad que corresponde al delito por el que fui juzgado. Me encuentro bien, no te inquietes, solo deseo recibir noticias vuestras. Recuerdos y agradecimientos para todos. Para vosotros mi amor y mi alma en mil besos. Vuestro Ángel.

Pepe Jiménez de Parga la deja en la esquina de casa. Está tan embarrada la calle que es mejor no meterse. Camina por la estrecha acera tratando de no mancharse. Una gran tormenta de verano. Entra

en el portal y como siempre toca el cristal de la portería. Manola abre y la observa sonriente. «Estás muy guapa, qué vestido tan original. ¿Qué tal os ha ido?». Se ve reflejada en el cristal con el vestido verde y blanco. Se lo han mandado de Londres. El grupo de Amnistía Internacional está constantemente pendiente de ella. De enviar ropa, de mandar dinero. De hacer incesantes solicitudes, denuncias, artículos. La sensación de la compañía. De que no están solos.

«Pues Pla y Deniel es un personaje. Nos ha recibido con educación. Para ser el cardenal primado de España, el arzobispo de Toledo. Nos ha atendido, luego nos ha dado una charla. No hará nada. De todos los obispos y arzobispos que llevo viendo, era posiblemente el peor. Un franquista redomado. Pero cortés. Esa cortesía tan… No sé, cortesía de figurante. Al menos, te queda esa sensación de no ser tan pétreo». Se lo cuenta a Mary, que está sentada en el sillón negro con las piernas en alto, cogidas por las rodillas. El dolor se le filtra en los ojos, pero no dice nada. Está delgada, casi sin pelo, pero mirándola sentada hace el esfuerzo enorme de pulsar la vida, de agarrarse al día. «¿Cuántos obispos has visto ya, Manoli?». «Yo unos cuantos, la verdad. Y otras mujeres a otros. Yo he estado en Valencia, en Palencia, en Salamanca, en Oviedo, imagínate. Tomasa en Barcelona, Carmen en Bilbao y en San Sebastián. No hemos parado. Lo increíble es la cantidad de gente creyente que nos apoya, Mary. Todavía me acuerdo del día que saliste tú, cuando mataron a Grimau. Lo pudimos organizar todo gracias a gente como Ruiz-Jiménez. ¡Imagínate! Un antiguo ministro de Franco. Y nos apoyó Ridruejo, un tío que ha estado en la División Azul. Te quedas fría cuando lo piensas. Por eso me doy cuenta de que todo está evolucionando rápido. Que esto no puede durar. Que este tiempo ha de acabar». Mientras lo cuenta recoge las telas para cortinas esparcidas por el comedor. Las cortinas gracias a las que viven. Mira al niño entretenido en el suelo con un libro y mira el reloj. Es tarde. «Manoli, me llevas diciendo veinte años que el régimen va a caer, y ya ves cómo estamos». Se acerca al niño, le señala el reloj y va hacia la cocina. Desde lejos continúa. «No es verdad que yo sea una ingenua, Mary. Pero piensa cómo estábamos en Segovia hace diez años, aisladas, con la gente que estaba metida en su vida, alienada. Bueno, alienada no sé. Pero llena de un miedo que impregnaba todo. Ahora veo tanta gente joven diversa, gente que no ha vivido la guerra, que son hijos de los vencedores y que quieren libertad y democracia. Gente con sed, gente con sed otra vez. Y se la juegan. Tantos curas, Mary, dentro de tres días nos vamos a encerrar en Moratalaz, en la parroquia del padre Gamo. Eso estaba tan lejos, Mary. Esto está

cambiando… Hay que cenar, voy a terminar de hacer la cena. ¿A qué hora llega Pepito? ¿Te hago una tortillita?».

Mary mantiene los ojos entornados y la cabeza apoyada en el respaldo. Tiene un dolor que la deja exhausta. No ceja. No sabe rendirse. «¿Una tortilla, Mary?». «No tengo hambre, no me apetece nada». «Pero tienes que comer. Haz un esfuerzo». Mary se pone tiesa. «Ahora te ayudo, ahora enseguida». «Quédate quieta, no necesito que me ayudes. Descansa mientras hago la cena».

Saca tres huevos de la nevera. Uno para cada uno. Si viene Pepito, ya le hará algo cuando llegue. Piensa en él. Tiene dieciséis años. Cada vez que llega la abraza por la espalda. Nada está saliendo como debiera. Nació en la cárcel, se pasó la vida entrando y saliendo y cuando por fin su madre está en libertad, en esa precaria libertad, llega este cáncer. Se la está comiendo, se le agria el carácter de tanto dolor, lo paga con el hijo. Él la mira con los ojos como pantanos. Sin saber qué hacer. Sin saber qué decir. Desde lejos pide auxilio, mira a Manoli, ella tercia. Es como una cadena de tanto amor condensado en el tiempo y que no puede emerger. No puede salir porque ahora el dolor físico, la tristeza, la desesperanza ganan terreno. El muchacho se va. Se va, desaparece cada día. Manoli intuye, pero aleja el pensamiento de su cabeza. Es como su otro hijo, lo ve tan tierno y tan duro a la vez. Un muchacho que busca con sus enormes ojos oscuros. Su madre lo mira a veces en silencio. «Eres igual que tu padre». Lo dice con todo el amor. Manoli no sabe cómo advertirla. Que deje de decir eso. Su padre no existe, a su padre lo fusilaron antes de que él naciera. No necesita ser la imagen de su padre. Necesita que su madre lo mire con sus propios ojos.

Piensa mientras bate los huevos en el plato de peltre. Piensa que eso era la libertad condicional, la libertad vigilada, la libertad a medio gas en que están instaladas. Dos mujeres solas con sus hijos cosiendo cortinas por la noche. Una de ellas que cada día se encuentra más rota, destruida por el sarcoma. Han construido una malla de apoyos para pagar la bomba de cobalto que el doctor Castro ha aconsejado. Y con el dinero de las cortinas y las correcciones a máquina de libros que no faltan. «Qué mala suerte, pobre Mary». Pone los platos en la mesa del comedor. «Nene, recoge y ponte con tu madrina a cenar, que es tardísimo».

Mientras cenan, le cuenta con detalle la entrevista con Pla y Deniel. Cuando acaban, lleva al niño al cuarto de baño para que se lave los dientes. Mientras se pone el pijama, recoge la mesa. «No me apagues la luz, mamá». «Vale, pero solo un ratito, esto de la luz es un

cuento. No tengas miedo, la noche no da miedo».

Vuelve al comedor, saca un cigarrillo del bolso y lo enciende. Se sienta al lado de Mary y reposa. Se siente agotada, pero una energía por dentro la mantiene en pie. «¿Vas a ponerte a escribir ahora? Ya es muy tarde». «Sí, pero tengo que avanzar con esa corrección. Un par de horas al menos». Se levanta para poner la máquina de escribir en la mesa del comedor, arrima la silla y mira a Mary que la mira. La mira con sus ojos azules encendidos. La mira pidiendo algo. «¿Necesitas algo, cómo te encuentras?». Sin apenas moverse, entorna los ojos y sacude la cabeza.

Comienza entonces el tratratrá de los latidos de la máquina. Ha puesto las tres hojas con el papel carbón para cada copia. La tranquiliza escribir, ir rápido, como en una carrera. El sonido vertiginoso de la máquina, el carro dando vueltas, el papel que baja, las palabras que nacen como si fueran solas. Aislada en la escritura no oye a Mary al principio. Luego se vuelve y la acecha. Mary parece que habla sola. Pero habla con ella.

—Manoli, ¿tú crees que he sido una buena militante? ¿Que me he portado bien en la cárcel? ¿Y en la calle, ante la policía, con la gente? ¿He hecho lo que tenía que hacer, qué he hecho mal? —Es como una letanía mirando al suelo.

—Pero, Mary, ¿por qué me dices esto? Claro que has sido una buena militante. Mary, has estado más de dieciséis años en la cárcel, te han matado a dos compañeros, te has dejado la vida en ello. Has hecho con tus hijos todo lo que has podido. ¿Por qué te da por dudar de repente de todo esto?

—Pues porque yo tengo esta enfermedad, y… Si el partido quisiera me sacaría a París, como ha sacado a otras. Me sacaría y allí me curarían. Estoy segura de que allí me curarían. Si me quedo aquí no me van a cuidar bien, me van a dejar morir. Ahora que la vida empieza. No me lo explico.

—Pero, Mary, aquí se está haciendo todo lo posible. Te han operado dos veces, te dan tratamiento continuo…

—Pero no mejoro. Mírame cómo estoy, mírame cómo estoy. —Frunce la boca, aprieta los labios como si haciéndolo las fuerzas no se le escaparan—. Me voy a la cama.

—Ahora mismo voy a curarte.

Tendida en la cama, Mary se abre la bata y descubre las vendas. Manoli le retira las vendas y desvela la herida terrible que se esconde debajo. «Manoli, ¿no lo hueles? Huele a podrido, a podrido». «¿Qué dices, mujer? No te obsesiones. Lo que pasa es que tarda en curarse».

Cuando acaba, acaricia la cara de Mary, entorna la puerta y vuelve al salón. Se coloca frente a la máquina. No puede seguir. Coge un cigarro y lo enciende. Levanta la vista y mira hacia el exterior. Apenas se ve. Lo negro. Hay que sacar a Mary a París. Para nada, lo sabe. Pero tiene que intentarlo. ¿Será que todo lo bueno que teníamos por vivir ya lo vivimos? ¿Nunca volveremos a ser felices? ¿No habrá un momento de sosiego? ¿Un momento de calma al menos? ¿Si no esplendor, al menos descansar? Entra apenas una brisa cálida por la ventana. Se levanta, apaga el cigarro y va hacia la camita pequeña de su hijo que duerme boca abajo. Se apoya en el cabecero con las dos manos y deja caer la cabeza pensando en lo cansada que está. Se recuerda a sí misma durmiendo de niña. Todo ha sido un soplo.

Mary está sentada en el sillón de escay negro. Su hijo se despide abrazándola desde detrás, antes de salir para la estación. Manoli lo observa desde un lado y le parece la figura de la *Piedad*, al revés. Pepito que consuela el dolor de su madre, que la acoge y que quizá sabe que en ello se esconde una despedida. Bajan a la calle donde espera el taxi de Paco y se suben los cuatro. Manoli revisa de nuevo todo. Apenas han pasado unos días desde que se pusieron a organizarlo. Para conseguir un pasaporte falso a través del partido se necesitaba demasiado tiempo, pero a veces la suerte llega. Pidieron pasaportes legales en el Ministerio de Gobernación. A ella se lo denegaron inmediatamente. «Está usted en libertad provisional, no puede salir del país». Pero a Mary se lo dieron. Se lo dieron porque el sistema tiene grietas. Porque en su partida de nacimiento no se llama María, se llama Victorina. Y el sistema escupió un flamante documento. Lo mira y le viene a la mente el falangista que le trasladó la multicopista. La suerte, a veces, está echada, se dice. Echada durmiendo la siesta. Y se sonríe sola.

En la estación, la madre despide a Pepito, que se queda. «Aprovecha el verano para estudiar y sacar lo que te falta. No seas vago. Yo volveré después del verano y ya verás…». Queda en suspenso la promesa. Pepito mira a su madre. Ella se despide sin tener idea de la vida de ese adolescente de dieciséis años. Es la ceremonia de una ausencia. Desde abajo, el hijo mueve la mano con energía cuando el tren sale y su madre le tira besos desde arriba, con Manoli y el niño junto a ella. El tren se aleja y las figuras apenas permanecen en la vista.

El operativo está preparado. Llegan a Barcelona y van directamente a casa de Tomasa. Es casi de noche, suben a la casa

donde Tomasa ha dispuesto una cena en la terraza. El niño se cae de sueño y pronto lo acuestan. Ellas tres se quedan en la azotea, hablando del futuro. Hablando del pasado. Cuando Tomasa y Mary se encontraron por primera vez en la cárcel de Durango. «Madre mía, eso fue en el 40, no ha llovido…». De la huelga de Segovia, de cómo el cura le hacía la vida imposible y de cómo luego nació Pepito sano y grande. De los hombres, de cómo son viudas con marido, o viudas de verdad. De las cartas y las fotos que conservan. «Lástima que no tengo carrete en la máquina para hacernos unas fotos de recuerdo de esta noche». Tienen cigarros y vino. Y la noche que las envuelve pasa.

«Pero si son las seis, está amaneciendo». El coche que trasladará a Mary para cruzar la frontera está a punto de llegar. «Mary, antes de que salgas voy a curarte. Para que la herida esté limpia». Saca el agua oxigenada y la mercromina y los apósitos y las tijeras y es de repente consciente de que ese rito va a caerse. Luego, Mary va hasta la camita donde duerme el niño, se agacha y le da un beso. El niño se despierta. «Me voy, mi niño». Medio dormido, «Adiós, madrina. Adiós». Y sigue durmiendo. Las mujeres bajan porque los dos camaradas que han venido desde Perpiñán están ya aparcados en el coche. Con cuidado, disponen el asiento de atrás lleno de almohadas. Ahí irá medio tumbada hasta llegar a París. Se abrazan casi con prisas. Mary sonríe impaciente, está tan contenta de poder irse. «Os escribiré pronto, no os preocupéis, estaré bien y volveré nueva. Cuida de Pepito, que no deje de estudiar».

Cuando el coche se va, Manoli se coge del brazo de Tomasa y juntas vuelven al portal. «No me digas nada. Pero ha sido bueno. Es una mujer tan valiente. No creo que haya sido consciente, pero esta noche hemos velado su muerte. Con ella».

Coge el tintero y recarga su Parker. Con esa tinta verde que tanto le gusta que le envió la gente de Amnistía Internacional. La gente que ha llevado la campaña con el nombre de Ángel por todas partes. Lleva siete años escribiendo con esa tinta. Cada dos, cada tres días coge un folio y se pone. Es casi un gesto natural, lleva escribiendo cartas de esta manera desde hace casi treinta años. A la misma persona. A la cárcel.

Se dice a sí misma: es la última. Es la última. Mira a su hijo al otro lado de la mesa y le repite: «Pero escríbele algo a tu padre de una vez, no te lo digo más». Con la pluma ya cargada, comienza: *Sr. D. Ángel Martínez Martínez. Prisión Central. Sexta Brigada. Preso Político. Madrid, 19 de diciembre de 1968. Mi esposo querido. Esta es mi última carta a ese*

lugar que te ha tenido cautivo tanto, tanto tiempo, incluso mucho más del que suponíamos. Pero al fin ha llegado el momento. ¡Parece mentira! Nunca me pareció el tiempo tan largo como ahora, y mi estado nervioso tampoco fue nunca tan tremendo, ni siquiera cuando yo fui liberada y entonces fuiste tú a aguardarme. La verdad es que nos va a parecer mentira tenerte en casa y el niño muchas veces dice: «… Es que yo no recuerdo haber visto a papá en casa…». Y él como yo también está nervioso y excitado esperando ese momento. Me decía el otro día: «Mamá, te parecerá mentira ver a papá entero, porque como solo le ves un trocito en el locutorio…». El sábado vamos, ya tengo los billetes para las 9 de la mañana. Por la tarde te veremos. Hoy nada más. Aún tengo muchas cosas que hacer. Hasta el sábado, pues ya no te escribiré más. Recibe mi amor en muchos besos de tu Manoli.

—¿Tienes la carta para papá?

Querido papá. Estoy muy contento porque te faltan ocho días para salir y porque ya sé leer y escribir mejor. Hoy lo he pasado muy bien. Me voy a la cama y no te puedo escribir más. Muchos besos.

Sale primero el camión de la leche. Luego sale otro, y luego otro. El frío es el de siempre. Ese frío que no tiene contornos. El frío de diciembre en Burgos. Hay mucha gente a la puerta de la cárcel. La gente que va a comunicar. Y la gente que va a esperar a los hombres que van a salir en libertad. Dando golpes en el suelo con los pies para no sucumbir al hielo. O al espanto. Un nuevo ruido y sale don Virgilio. Se dirige a las mujeres con su sonrisa de beato. Llega hasta ellas, se detiene y calla. Sabe que consigue un efecto dramático inmediato, que todas, tras su gesto gélido, esconden un miedo profundo a las malas noticias. Prolonga su momento, y solo tras paladear esos segundos en que puede masticar la inquietud, habla. «Mucha suerte. Hoy es un día importante para ustedes. Les deseo que todo salga bien, pero eso depende de ustedes. Ya saben dónde encontrarme, aquí los espero con los brazos abiertos». Sin abandonar la sonrisa se da la vuelta y vuelve hacia el portón del penal. Solo cuando llega al zaguán escucha con nitidez una voz metálica, cortante. «Nunca más. Nunca. No nos volverá a ver. Pero sepa que nosotras también lo recordaremos siempre. Siempre. Por eso le deseamos suerte en ese futuro». Se vuelve rápido, con los labios apretados y solo encuentra una muralla humana de sonrisas idénticas. Que ya no lo miran a él. Que le trasparentan.

El portón de detrás por fin se ha abierto. Rodeando al funcionario salen cuatro hombres con sus pequeñas maletas en la mano. El rumor asciende y la masa, indefinida, informe, se dirige hacia ellos. Si se

pudiera ver desde arriba, solo se percibiría un grupo con brazos enmarañados. No se pueden evitar los ojos tiernos, las lágrimas. Discretas, como siempre. El rumor no adquiere la estatura del grito. El grupo se separa y se da la vuelta hacia el camino. Los castaños pelados asustan como siempre con sus manchas blancas y, a los lados, los coches esperan. Se van montando en ellos y la escena se diluye. Algunas vuelven sobre sus pasos para ir a comunicar. A ver a los presos que aún quedan dentro. Se vuelven para saludar a las manos que dicen adiós desde las ventanillas abiertas. Lentamente, los coches avanzan hacia el centro de la ciudad y se pierden.

Presos que no miran hacia atrás. Dejan el penal en medio del frío que no calla. Es un frío ensordecedor el frío de Burgos.

La calle se ha llenado de coches de policía. Esta vez no han querido ser discretos. Han rodeado la manzana a las ocho de la noche. Han puesto las sirenas en marcha y los grises se han colocado por la calle. Es sábado. Es febrero. Diez, doce policías entran en el portal número 6 de la calle Etruria en Canillejas y suben por las escaleras. Aporrean la puerta de la portería y la del primero. Cuando llegan al segundo, apenas tocan y la puerta se abre. Entran en la casa sin mediar palabra. No necesitan orden, no necesitan nada, ni mostrar la placa. Está declarado el estado de excepción desde hace más de un mes. Entran y salen de cada sitio buscando opositores. Pero no dan abasto.

La liturgia se repite ahora en medio de los gritos. Gritos al tiempo que abren armarios, sacan los libros de las estanterías y los tiran abajo, mueven los sillones, tiran comida de la nevera al suelo. No buscan nada. O quizá sí. Pero no lo encuentran.

—Sabemos que aquí está escondido Tranquilino Sánchez.

—Ustedes saben bien que no, porque Tranquilino está detenido por ustedes desde hace días.

—Pero ¿qué dice señora? ¿Y usted cómo lo sabe?

—Lo sé igual que usted. Tranqui está detenido.

—Yo no tengo esa misma información.

—Pues sus superiores lo tienen mal informado.

—Señora, que se calle.

Tiene el mismo miedo que siempre. Pero observa. Observa que ese despliegue ya no es el del terror callado. El que se filtra entre las grietas de las casas. El que deja a la gente paralizada. No. Ahora necesitan un ritual de luces. Ahora ellos también tienen miedo.

Ya saben la lógica. Pero con el estado de excepción puede variar. Con suerte, dejarán al niño con Manola y los llevarán un rato a la

comisaría de Ventas. Sin suerte…

Hace unos días mataron a Enrique Ruano. Un estudiante de Derecho. Su muerte ha puesto la universidad patas arriba. Lo tiraron por la ventana de su casa en la calle General Mola. Como hicieron con Grimau, que se salvó para morir luego fusilado. Siempre lo mismo. Luego insisten que ellos mismos se han tirado. Detrás, la acusación de cobardes. Detrás de cobardes, delatores. Pero qué más da si se tiraron ellos en medio de la tortura o los empujaron. Cuando salió en los periódicos, se acordaron de Matilde Landa, que se tiró desde la azotea del penal de Palma. Del doctor Recatero, que se tiró en la comisaría de Almagro. De María, que se ahorcó en Ventas. Pero cuando supo la noticia de Ruano se acordó sobre todo del pobre Luciano Sádaba, que querría haberlo hecho. ¿Qué habrá sido del niño de Luciano Sádaba? ¿Alguna vez su compañera habrá sabido en La Habana cómo murió su compañero? ¿Dónde quedó su memoria? ¿Sus restos? Siente como si fueran briznas de hierba que se agostan. Que se agostan y se olvidan.

Estos días se acuerda sobre todo de Pepito. Hace su vida. Viaja a Londres. Ella no se lo dice a Ángel. Ni a nadie. Percibe desde hace mucho que ese chico no es como los otros. Respira hondo y piensa que tiene que formular esa idea de otro modo. Se refiere a que a este chico no le gustan las chicas. Lo ve tan guapo, y tan cuarteado. Pero no le gustan las chicas, ya está. Lo cavila, pero desecha el pensamiento. Porque eso pone en cuestión a su propio hijo. Y se asusta.

Se acuerda de Pepito, porque tiene en mente la cara de Ruano. Manoli conoció a Ruano por casualidad. En el despacho de la calle La Cruz, con Jiménez de Parga. Le pareció también un chico tan guapo cuando lo vio. Tenían una reunión en aquel despacho para hablar del movimiento de mujeres. Le costaba conectar con las chicas más jóvenes. Las miraba con envidia, pero las veía lejos. Ella que siempre se había tenido por una avanzada, por una «republicana» frente a muchas de las mujeres en la cárcel que eran tan carcas. Pero ahora la sorprendían, todo lo contaban en público, hablaban de sexo en medio de una reunión política. Se ruborizaba. No podía evitarlo. Ella, que lo había descubierto tan tarde. Piensa en Ruano recordando cómo Pilar le dice que le haría un hijo mientras lo mira risueña, y él se reía, y luego ella seguía y le decía que tenía la boca preparada para él, y le señalaba la bragueta, y él se reía aún más, «que tengo novia», «ya lo sé, no soy celosa». Sacaba entonces un cigarro, lo encendía y se refugiaba bajo el humo.

Con Ruano y con las chicas hablaron de los sucesos de París el pasado mayo. Entre ellas discutieron con pasión. «Pero ahí no había ni

un obrero, todos eran estudiantes burguesitos». «Pero ¿qué dices?, no seas cateta. Lo que pasa es que el partido en Francia pensaba como tú, y puso a la gente de la Citroën contra sus estudiantes. ¡Contra sus hijos! Están locos esos viejos comunistas, son hijos de Stalin. Son unos sectarios, unos reaccionarios». «A ver si resulta que ahora los estudiantes son la vanguardia de la revolución, no me jodas». «Lo que pasa es que tienen otras preocupaciones. Estamos a finales del siglo, que si por vosotros fuera sería como en Praga, que mandáis los tanques cuando la libertad se pone en juego». La miran mientras ella calla. Se siente extraña, como dolida. Pero no se siente ajena. La escrutan para que hable. Es la veterana, es la republicana, es la presa. La presa.

Habla entonces. Despacio. «A mí lo de Checoslovaquia me duele mucho. Mucho. Ver a los tanques soviéticos apuntando contra el pueblo de Praga. Yo tengo amigas españolas exiliadas en Praga, y cada una lo ve de una manera. Pero cuando el pueblo se rebela, será por algo. Y no solo porque los tiempos cambian, que cambian, que ya lo veo. Y también os digo otra cosa. Creo que esas discusiones entre intelectuales y obreros, no sé, son eternas, desde que yo empecé. Tan eternas que me parecen baldías. Pero bueno, a mí me llevan llamando intelectual toda la vida, sin serlo».

¿Estarán a salvo estas chicas, se habrán puesto a buen recaudo? ¿Ellas y sus cosas? Le viene a la mente la risa de las chicas mientras escucha a Ángel contestar a la policía. La casa tomada y el policía que ladra.

—Pues andando, nos vamos.

—¿Cómo que andando? ¿Adónde vamos? A ver si nos van a arruinar el sábado, que hoy es sábado.

—Déjese de chistes. Pónganse algo y a la calle.

—Espere que busque ropa para mi hijo, que lo voy a dejar donde la portera.

Se vuelve y no ve que los dos policías de paisano se miran entre ellos. Una mirada torva. Sin excusas. El más alto se vuelve hacia el padre:

—Al niño póngale el abrigo que se viene con nosotros. Son las órdenes.

Ella sale del cuarto y le encara. «Ni lo sueñe. Otra vez no. Otra vez este niño no se viene. Ni hablar, ni a rastras, ya pueden ponerse a dar tiros. El niño no se viene. Y punto. Pueden matarnos aquí, a ver qué pasa. Pero este niño no sale de aquí, ya se lo digo…».

Silencio. Los dos policías de paisano vuelven a mirarse sin

palabras. El más bajito responde con voz queda: «tendremos que consultar». «Ya le digo que ni con toda esa tropa que se han traído van a sacarnos de aquí con el niño. Muchas veces lo han hecho, ni una más. Ángel, abre la ventana, que se enteren los vecinos. No saben ustedes lo que dicen…».

El niño cena esa noche, como tantas, donde Manola. Juega con su hija Tere como si no pasara nada. La policía se ha ido y Manola ya ha llamado a los abogados, como hace siempre. Primero a Jiménez de Parga, luego a María Luisa. «Sí, hace como una hora. Ni se imagina los que vinieron, eran un destacamento. Mucha gente, muchos policías de esos grises. Cuando al final los sacaron y los metieron en el coche, todos los vecinos se pusieron a dar golpes por las ventanas. Ellos miraban para arriba y sacaron las porras, pero no veían. Fue impresionante. Sí, claro, todo el mundo se dio cuenta. No, empezaron los del cuarto, pero después se sumó toda la manzana. Si es que aquí todos somos gente obrera. Bueno, ya le digo, hace como una hora, pero el niño esta vez está conmigo. No, no dijeron adónde iban, que yo le pregunté al policía del traje, que ya lo conozco. Pero Ángel le dijo a mi marido "No te preocupes Justino, que volveremos para la cena". Ya ve usted. Bueno, bueno, buenas noches. Buenas noches».

Buenas noches. Están en la DGS. En la Puerta del Sol. Los separan al llegar. Manoli mira a Ángel y piensa que no podría resistir otra detención. Que ahora sí está mayor. Que todo esto es el cuento de nunca acabar. Que siempre siguen, que es la vida. Entorna los ojos y le viene a la mente *Alicia en el País de las Maravillas*. No sabe de dónde, pero le llega. Mientras espera sola en el vestíbulo a que la llamen y ve cómo apenas han cambiado las cosas, los bancos, la pintura algo renovada, los marcos de las puertas repintados, los techos sucios que ahora tienen fluorescentes en vez de aquellas bombillas miserables. Y mira el suelo de baldosas rotas, que nunca le parecieron muy rojas, el suelo sucio, siempre pringoso. Mientras piensa en ello le viene a la cabeza la ilustración de Alicia. «De modo que ella, sentada con los ojos cerrados, casi se creía en el País de las Maravillas, aunque sabía que solo tenía que abrirlos para que todo se transformara en obtusa realidad».

Abre los ojos. No podía invertir el miedo, no podía evitarlo. Mucho más miedo que antes. Un miedo seco. Notaba las manos pegajosas sobre el bolso. La espalda rígida. Las piernas como entumecidas, como si le pesaran. Notaba también la boca. Pero no se movía pensando que alguien la miraba. O que podría mirarla. No podía enseñar el miedo. Lo sabía. Quería controlarlo. Olvidar esa sensación. Sabor a sangre en

la boca. Olor a mugre. A humedad. Un sonido que la cerca. Mierda. Mierda.

Cierra los ojos y piensa en Alicia. Alicia. Su madre.

Lavapiés, 2019

«No me acuerdo bien, pero creo que pensé que sería increíble. Por fin mi madre estaría libre, estaría en la calle, viviríamos juntos. No me acuerdo bien, pero quiero pensar que no podía ser de otra manera. Yo tenía catorce años, ella cuarenta y tres, o cuarenta y cuatro. Hubiera sido nuestra gran ocasión».

Pero no fue así. No fue un cuento feliz con moraleja. El hijo ahora ya no tiene catorce años, han pasado cincuenta y siete. La vida. Mary, su madre. Se quedó detenida en aquella edad. Se quedó en la cuarentena recién estrenada. Los ojos azules intensos. El pelo castaño. El gesto suave. Esa belleza por la que siempre era recordada/ envidiada/relegada.

Pepito. José sigue siendo tan elegante. Un señor apuesto. Lleno de humor. De chispa. Con los ojos de las fotos de la cárcel. Estamos sentados en una terraza. Una terraza de nuestro barrio. Compartiendo vino. Y rosas. No, rosas no. Como dos hermanos ligados por una corriente de aire y de truenos. Mirando para atrás, qué mierda. Nos cuesta no tener vergüenza. A veces. Vergüenza de supervivientes. De víctimas. De niños olvidadizos. Olvidados. Vergüenza de haber callado. O de haber dicho.

Habla mientras lo miro. Siempre me conmueve. Porque se emociona. Se emociona ahora. A sus setenta años. Cuando por fin se ha reconciliado con su madre. Con su memoria. Con la mía. Cuando por fin estamos los dos sentados en una terraza de Lavapiés. Buscando el hilo de lo que fue. Mira los papeles. Las fotos. Mira desde esa cara de actor italiano de la posguerra. O de la movida. Se parece mucho a su padre. Esto es un decir, porque de su padre solo tenemos unas cuantas fotos. Tenemos el dibujo de perfil que le hicieron en sus últimos días en la cárcel de Coruña. De perfil. Porque el tiro de la policía lo había dejado sin ojo. El dibujo a carboncillo. ¿Quién lo haría? Quien lo hizo nunca pudo imaginar que luego lo contemplaríamos en esta terraza. Que comprobaríamos de nuevo cuánto se parece a su hijo. Aunque él se murió sin imaginar que su hijo nacería. Que ahora miraría las huellas del lápiz. Y la dedicatoria,

el único homenaje público a su madre. «A mi adorada Mary, compañera y camarada de la que tanto aprendí y cuya última lección de amor y firmeza llenan de satisfacción y orgullo los últimos días de mi vida. Con el amor eterno de José Gómez Gayoso. En la prisión de Coruña». Otra letra pone al lado «septiembre de 1948». Y después el sello del archivo del PCE. Pero el dibujo no es de septiembre. Es de octubre. El juicio que lo condenó a muerte fue el 18 de octubre. La última vez que Mary y Gayoso se vieron. El 6 de noviembre lo mataron. Y ya.

«Pero ¿lo fusilaron o lo agarrotaron?». No lo sé, hay distintas versiones. Pero tu madre siempre pensó que murió por garrote vil. Era una forma de castigo ejemplar. Otras versiones dicen que simplemente lo fusilaron como a los demás. En el Campo de la Rata. Ahora hay un monumento allí. Nunca has ido. No sé si tu madre conoció este dibujo. Si vio la dedicatoria alguna vez. Ese dibujo está en el archivo del PCE. Ella no lo recibió en todo caso. Ella no lo guardó en su maleta de la cárcel. No te lo dejó en herencia. No sé si al menos pudo leerlo. Conmoverse con la única dedicatoria pública que él le hizo. A ella, con la que vivía. Porque las cartas que escribió desde la cárcel, las últimas, fueron para su legítima esposa. Que estaba en Cuba. No sé si tu madre leyó esas cartas. No lo sé. «Yo tampoco lo sé».

Tu madre era muy guapa. Quien la conoció, lo dice siempre. Era preciosa. Siempre fue preciosa. Ella se rebelaba por ello. No le gustaba. Eso decía. Que no quería que se lo dijeran. Era guapa como su hijo. Como tú, José. En las fotos de niño su hijo es un muñeco. Primero un muñequito recién nacido. En la maternal de Ventas. En la prisión de María Topete, ese ser sañudo. Pepe no se acuerda de Ventas. Estuvo ahí hasta los dieciséis meses. No puede acordarse. Miramos las fotos en el patio de Ventas, fotos como de propaganda. El niño precioso, su madre de blanco. Un mundo de ensueño. De náusea. Al niño lo sacaron con su tía. A su madre la mandaron a Málaga castigada. Estuvo allí más de un año. Lejos. Muy lejos, muy lejos. Sin verse. Sin olerse. Sin tocarse. Cuando el nuevo traslado fue a Segovia, empezó la infancia. ¿Te acuerdas? Durante cinco años ibas a Segovia. Ibas cuando tu tía podía llevarte. Entrabas a ver a tu madre. El día de la Merced. El día de Reyes. Están las fotos. Como un rastro indeleble. Tan pequeño al principio. Luego más alto, cada vez más alto.

«Me acuerdo sobre todo de Alcalá. Yo era mayor, más mayor. Y jugaba en el patio». Claro, jugabas en el patio. Tenías ya siete años. Ocho. Nueve. Diez. Once. Doce. Trece. Ya no podías entrar más, pese a que llevabas aún pantalones cortos. Ella seguía dentro. Ella parece

siempre igual. Detenida en el tiempo. Sin envejecer. Igual, eternamente joven. Como se fue.

Hay un olvido y un recuerdo. Él ahora recuerda más. Mucho tiempo olvidó. Olvidó, no. Dejó a un lado, para seguir. Vemos las fotos y recuerda. El niño precioso con cara de pillo. Con su madre, con mi madre. En los patios carcelarios. Que cambian de estación. Y de estatura. «No lo sé. El caso es que era hijo de un hombre que murió antes de que yo naciera. Cinco meses antes de que yo naciera. Un héroe. Un héroe pichabrava, que tenía hijos por todas partes. Bueno, por todas partes no. En Barcelona, en La Habana. Nos conocimos todos, solidaridad de héroe. Familia heroica. Luego mi madre era una presa. Pero yo viví muchos ratos de felicidad. En Valdeconejos, con mi tía, con mi prima. Mis otras madres. Me criaron. Algunas veces, a la cárcel a ver a mamá. Mi madre que me mimaba. Me cuidaba. Que me regañaba, que me exigía, que me ponía a estudiar. Había que ser un hombre de provecho, un hombre de provecho».

Pepe y su madre hablaron poco. O no. Lo justo. Hablaron lo que pudieron en los ratos que se vieron. Su madre mandaba cartas. Y él contestaba, claro. No hay huella. No dejaron rastro. «¿Dónde estarán? Ahora pienso, ¿tendría que haberlo conservado todo? ¿Para verlo ahora?». Era un peso, un peso muerto para seguir la vida. Para poder vivir.

Teníamos vergüenza. Vergüenza de ser hijos. Pero nos da vergüenza reconocerlo ahora. Ahora que no la tenemos. Que nos hemos cosido. Que ya no mostramos las costuras rotas. Iba a la cárcel a ver a su madre. Esperaba. El futuro era que ella saliera. ¿Cuándo saldría? ¿Cuándo saldría? «En la cárcel recuerdo que lo pasaba bien. Había más niños. Jugábamos. Mi madre me leía, pero me dejaba jugar, me preguntaba por la escuela, por los estudios, por la familia, por mi tía. Me contaba historias de mi padre. No sé qué me contaba. También de su familia, de su hermana exiliada en Francia. Pero la vida era el futuro. La calle. Salir».

Miramos las fotos. La evolución. Un adolescente en pantalón corto. Las fotos de los álbumes de su madre. También está mi primera foto. Mi primera foto fue en brazos de su madre. Era un 24 de septiembre. El día de la Merced de 1961. Yo tenía mes y medio. Entré a la cárcel de Alcalá con él, que tenía doce años. Aún no me odiaba.

Aún no me odiaba. Me odió luego. Es una manera de hablar. Su madre salió. «Salió» también es una manera de hablar. La pusieron en libertad el 20 de abril de 1963. Es un día importante en la mitología de la izquierda española. Y en la nuestra. Ese día el régimen fusiló a

Julián Grimau de madrugada. Al alba. Ese día mi madre cumplía cuarenta y tres años. Ese día mi madrina fue puesta en libertad. Llegó hasta mi casa. Esa casa minúscula en Canillejas. Llegó a vivir con su hijo. Con mi madre. Conmigo. Con su hijo que ahora me mira. Mi hermano de vergüenzas.

No funcionó. Su hijo tenía catorce años. Ya no era un niño. Arracimados vivíamos juntos. Una viuda sin reconocimiento. Una mujer de preso. Un mozalbete. Un niño de año y medio. No funcionó. Yo no lo recuerdo. Él sí. El recuerdo de su madre intransigente. De su madre férrea. De su madre incontestable. De su madre que lo adoraba pero que parecía un sargento. Testaruda, obstinada. Buscando un hombre de provecho. Su hijo, un hombre de provecho. Pero su hijo solo quería una madre. O no. No quería un hermanito inocente como yo que le hiciera sombra. Una escuela que no le gustaba. Un régimen de vida sin salida. Una conocida desconocida que se llamaba mamá.

«Mi madre quiso enderezarme. Era muy dura. Tu madre actuaba de bálsamo. Tú en medio eras una molestia». Su madre buscó ayuda. Alguien de confianza. Un club de juventud en el que estaba un viejo conocido del partido. Y allí conoció a ese hombre. Un «amigo ejemplar». Un treintón que le daba clases. «No hay que andarse con rodeos, él era un pederasta. Así hay que definirlo. Pero la vida es más compleja. Yo sabía bien a qué iba cuando entré en su casa. No puedo decir que me forzara, fue consentido. Pero él era un pederasta». Paradoja final, el tipo era un policía secreta del régimen. Un abusador furtivo. No imaginemos películas de miedo. No se exteriorizó el drama. Nadie se enteró. Y ahora es su recuerdo de iniciación.

¿Sabía ya entonces su madre que su hijo era maricón? ¿Lo sabía la mía? No de él. De mí cuando tuve la misma edad. «Las madres lo saben muy pronto, lo saben cuando nos miran». Lo dudo. Lo dudo mucho. Quizá ellas recelan. En 1963 o 1964 Mary dudaría. Pero no podía permitirse una respuesta afirmativa. Necesitaba un hombre de provecho. Su hijo era el hijo del amor de su vida. Y era el amor de su vida. Lo mejor que le había pasado.

«Cuando se murió, yo me regresé a casa de mi tía». Si los acontecimientos pueden torcerse, se tuercen. A veces. Esta vez sí. Se torcieron. Mary se descubrió el bulto al poco de salir de la cárcel. Mientras cosía cortinas como loca en casa. En mi casa, con mi madre. Mientras su hijo iba a estudiar para convertirse en un hombre de provecho. El bulto fue un sarcoma de mama. La destruyó en unos meses, la dejó destrozada. El dolor insoportable le agrió el carácter. La vida se convirtió en el horror. Su madre llegó y se fue de nuevo. No

volvió más. Ya no había futuro. Ya no «saldría».

Su madre no quería morirse. Tenía cuarenta y cinco años y tenía un hijo al que convertir en un pequeño héroe. Luchó por vivir. Luchó hasta extenuarse. Pepe no recuerda bien cuando su madre se fue a París. Era agosto de 1965, a primeros. Se iba para curarse y para regresar. Para hacer de su hijo un hombre de provecho. Pero no regresó. Sí, el cuento salió mal. Angelita, la viuda del fusilado Grimau, qué rara casualidad, la cuidó en el hospital. La vio irse. La vio irse con ruido. Con ruido, con ruido. No quería. Quería vivir. Desde que cumplió veinte años pasó dieciocho en la cárcel. Seis clandestina. Dos enferma. Y se fue. Una lápida ya desaparecida en un cementerio del extrarradio parisino. Una inscripción: tus camaradas no te olvidan. Una nota en el registro de Pantin. 17 de septiembre 1965. Número 4 167. División 149. Línea 16. Es lo que queda. No fue un buen final. Ni un buen principio.

Él ya no tiene vergüenza. Yo tampoco, pero lo mío fue mucho más fácil. Mucho más tarde. Pero no tenemos vergüenza. De ser hijos clandestinos. De haber corrido por los patios de las cárceles y no por los parques. De ser proyectos fallidos. De ser maricones. De ser rojos. De no ser hombres de provecho. De no ser titanes.

«No es un reproche. Mira, nosotros fuimos personajes secundarios de una historia donde los protagonistas fueron otros. Nosotros no ocupamos nunca el lugar principal. ¿Qué pasaría si les dieran a elegir entre su historia, su militancia, su partido, no sé… y nosotros sus hijos? No, no, no quiero que me respondas. Ya sé lo que me vas a responder. Ya lo sé. Es una pregunta retórica». Pero respondo. Sin dolor. Sé que la respuesta es sin sentido.

Se emociona aún al recordar. Lo que no hizo. ¿Le queda espacio para arrepentirse? ¿De qué? «Mi madre se fue a París y no regresó. Yo hice mi camino. Primero alejándome, poniendo distancia. Con ella, con su memoria. Con el hombre de provecho». Cuando no se puede pelear, la única manera de estar en paz es retirarse. Como en un cuento, pero al revés.

Durante años desapareció de nuestras vidas. Se esfumó. Como su madre. Mi madre lo buscó. Pero la búsqueda se volvió extraña. Reconocer al hijo de su amiga/hermana como algo que no cabía en su mirada estrecha. O sí. No sé. En mi memoria quedó el joven galán. Mi último encuentro cuando yo tenía nueve o diez años. Él vivía en Londres. Exótico, tan guapo. Era mi memoria. Y yo sí podía buscar. Busqué. Encontré. Encontré a un hombre de cincuenta años. Era mi vecino. En la calle de al lado. Nos recuperamos. «Mamá, una sorpresa,

mira quién está aquí». Y lo miró de frente. Me miró a mí. Dijo su nombre dudando. El nombre. El hijo de un héroe comunista, el hombre al que Alberti llamó Juan Panadero. El hijo de una mujer de ojos claros. Férrea. Mineral. Torneada por aquella vida. La vida con esquirlas. La vida con charneles. La que deja huella. No nos pongamos trágicos, mierda de vida. No. No.

Regresamos juntos del cuento. Levantamos los ojos de las fotos. De las mujeres bravas. Las que no querían morir. La sombra larga del héroe ejecutado. Los hijos. Nosotros. Sin hijos, sin descendencia. Tuvimos que elegir. Miro sus ojos oscuros. No fuimos los héroes que se demandaba. En sus pupilas veo la elección. Hubo que elegir. Entre ser gente/tener vida u otra cosa. Ser hombres de provecho. No nos morimos. Estamos aquí cultivando un amor heredado. Hermanos de cárcel. Tenemos una buena vida ahora. Una vida buena. Una vida de la que disfrutar. De la que reírse. Disfrutamos. Mucho. No nos engañamos. Amontonamos los trozos de lo que una vez fuimos. Para procurar construir con ellos una cotidianeidad habitable.

Estuvimos encerrados en una habitación oscura de la que nos parecía imposible salir. Buscábamos el interruptor en la oscuridad. Sin éxito. Pero aprendimos a abrir la puerta. Ahora llenamos el espacio de fuera de frases mordaces. De ironía. De risas. Risas. Podemos al fin hablar en presente. Cáusticos. Sin filtros. Mofarnos de nosotros mismos. Gozar. Era eso, ¿no?

El cuento no acababa mal. Ahora tomamos nuestra copa de vino en la terraza del barrio. El cuento no acabó. El relato sigue. No acababa mal. Acababa tarde. Sin más.

Madrid, 1972

Oigo los golpes en la puerta. Mi padre ya estaba en el vestíbulo con la luz encendida. Supongo que será Manola u otra vecina. Me extraña que no toquen al timbre. Mi padre no abre y espera. Los golpes se repiten. Oigo voces. Pero no me levanto. Sigo leyendo sobre el buró de mi cuarto.

Cuando se abre la puerta ya sé que es la policía. Ha llegado tantas veces. Algo hay en el ruido que generan que los hace reconocibles. Primero me quedo paralizado en la silla. Frente al cuento de Tintín. Luego trato de escuchar qué dicen. Y aunque gritan como siempre no me entero bien. Me levanto y abro la ventana. Miro la calle. Veo dos coches aparcados enfrente. Apoyado en uno, un hombre que me mira. O que creo que me mira. Es muy tarde y apenas hay luz. Me meto rápidamente. Espero. Espero, aunque tengo la boca llena de ese vómito que produce la angustia. O que produce el miedo. Un vómito que reconoceré siempre. Que sobreviene de repente ante situaciones que no controlo.

Sigo escuchando las voces que no distingo. Se abre la puerta. Un individuo joven entra en la habitación seguido atropelladamente por mi padre, que intenta impedirle el paso. Llegar antes que él, ponerse en medio. En esa casa tan pequeña apenas cabemos todos entre la puerta y la mesa. El tipo me dice: «¿Qué estás haciendo?». Lo miro sin emitir sonido alguno. Mi padre dice: «El niño está haciendo los deberes, está estudiando». Pero yo no estoy estudiando. Estoy leyendo un cuento. El tipo me separa. Mi padre me toma por los hombros. Como que me abrazara. El poli observa a su alrededor y se pone a mirar en las estanterías. Primero con cuidado, luego ya tirando las cosas al suelo. En el quicio de la puerta hay otro hombre que también mira, como yo, sin decir nada. El policía que está dentro me pregunta que dónde están los papeles de mis padres. Mi padre contesta que ahí no hay nada. Yo, escrutado por esa cara que solo son ojos y dientes, por fin digo algo. Algo simple, algo sin sentido. «Todas esas cosas son

mías».

Sigue rebuscando. Me abre los libros. Abre luego las puertas del pequeño armario. Revisa entre la ropa. Sin decir nada, muy rápido. Es como otras veces. Tocan, miran y no encuentran. Yo observo cómo miran. El que está detrás, fuera de foco, habla de repente. «Poneos los zapatos que nos vamos». Mi padre se vuelve hacia mí y me dice: «Ponte lo que sea, que te vas a quedar con Manola y Justino hasta que llegue tu madre de trabajar, yo no tardaré, no te preocupes». Y me aprieta el hombro.

El poli vuelve a hablar. «Nada de eso, nos acompañan los dos, y que su madre vaya a buscar a su hijo a la DGS».

—¿Van ustedes a detener a un niño de diez años?

—Aquí no vamos a detener a nadie, claro que no, ni al niño ni a usted. Es una simple comprobación voluntaria. Nos vamos a Sol para una rutina. Cuanto antes lo hagamos, mejor para todos. Pero nada de detención, que no somos animales. El niño se viene con usted para que no se quede solo. Y luego se vuelven a casa tan contentos.

—El niño con los vecinos de la portería no estará solo. Lo cuidan desde que era pequeño, vamos a dejarlo con ellos y yo me voy con ustedes.

—¡He dicho que no! Poneos lo que sea y nos vamos.

Salimos a la escalera. Los vecinos ya están todos allí. A la espera. Como tantas veces. Testigos. Empiezan a preguntar. A inquirir. A cogerme de las mangas. Los policías se ponen nerviosos. «Es una comprobación de rutina, métanse en sus casas, dejen de molestar». Pero siguen ahí. Bajan con nosotros hasta la calle. En el portal, Manola ya está con su hija Tere. Se encara a uno de los hombres. «El niño cenará en mi casa esta noche y luego se quedará a dormir hasta que lleguen sus padres». Pero el policía nos empuja y no le contesta. Mi padre alcanza a decir: «Avisa a Manoli». Y ya estamos en la calle. La puerta del coche abierta. Nosotros dentro. Mi padre me toma y me sienta entre sus piernas. Me acaricia la cabeza. «No te preocupes, en un rato volvemos».

El viaje en el coche se me hace eterno. Nadie dice nada. Casi llegando, el que conduce, al que no he visto la cara, habla de repente. «Debería darte vergüenza seguir metido en líos, como si no hubieras tenido bastante, y hacer pasar por eso a tu hijo, que no tiene culpa de cómo son sus padres». Mi padre no contesta. Me agarra más fuerte. Noto sus manos alrededor de mi cintura. No me vuelvo a verlo, porque tengo una sensación rara. De haberme pillado en renuncio. De estar haciendo algo mal. Pero me imagino que mi padre mira al frente.

Con una mirada sin expresión. Con los labios muy prietos.

El coche al fin se detiene y la puerta se abre. Estamos en un patio. Yo ya he estado en ese patio antes. Bajamos por una escalera y llegamos a un rellano. Nos quedamos parados. Mi padre todo el tiempo me lleva de la mano. Mi padre es pequeño. Tiene todo el pelo blanco y podría parecer frágil. Pero ahora que lo miro de soslayo lo siento fuerte. Veo su imagen con las piernas poderosas ancladas al suelo. No sé por qué, pero se me viene su imagen de cada mañana haciendo gimnasia. Torsionando el tronco hasta poner las manos en el suelo. Sin doblar las rodillas.

Sale un desconocido. Nos mira con expresión risueña. Una mueca rara. «Deje aquí al niño, que estará a buen recaudo y venga conmigo. Niño, tú quédate aquí esperando a tu padre».

—No te preocupes, hijo. Volveré enseguida. Estate tranquilo y haz caso a lo que te digan.

Me da un beso. Se incorpora y se pierde por el pasillo de la derecha. Entre sombras veo cómo se vuelve y hace como que sonríe. Yo no. Me quedo parado sin saber qué hacer. Tengo sobre todo un ataque de timidez. No sé cómo ponerme. Dónde colocarme. Cómo apoyarme en la pared. Hacia dónde mirar. El hombre que se ha quedado conmigo no me ve. Está fumando y mirando algo que lleva entre las manos. Ese hombre es un hombre policía. Yo lo sé. Y sé que no hay nada peor. Lo sé porque siempre me lo han dicho. Lo sé porque otra de las veces que me trajeron aquí me llenaron de pánico diciendo que iban a matar a mi madre.

Tengo como palillos en los ojos. Algo que los mantiene muy abiertos. Demasiado abiertos. Pero no sé adónde mirar. Tengo frío. Sobre todo en los pies. Siento ese olor húmedo que me baja hasta la garganta. Sé que tengo que esperar. Que es mejor pensar en algo que me entretenga. No se me ocurre nada. Por fin decido repasar cada uno de los personajes de mis cuentos de Tintín. Me los sé todos. Comienzo a pensar en la Castafiore. Luego en su ama de llaves que se llama Irma. Solo rememorar su imagen me tranquiliza. Por detrás oigo una voz que me sobresalta. Una voz imperiosa. Una voz que sale de un sitio que no había previsto. «Trae ya al niño».

Me doy la vuelta. El policía que estaba conmigo me da un empujón suave en el hombro. Con un gesto me comunica que lo siga. Vuelvo a ese estado de idiotez que tenía antes. De asombro. Y le pregunto tontamente. «¿Qué?». Luego, al pensarlo, tendré vergüenza. Vergüenza de parecer estúpido. «¡Que vengas, coño!».

Al final del pasillo está la puerta. Vislumbro la luz miserable de

dentro. Atravieso el quicio. Entro en lo que podría ser una oficina. Una oficina rara. Las paredes de azulejos blancos. Sucios. Rotos. Un cordel del que cuelgan corbatas viejas. Un mueble enorme con papeles amontonados. Hay dos mesas de escritorio. Unas sillas. Un hueco grande vacío con una especie de sillón. Raído, con una tapicería que fue de terciopelo rojo. Tras la mesa que está frente a mí hay un hombre. Un hombre policía. Un hombre viejo. Muy viejo y un poco calvo. Está también fumando. Un hombre vestido con una camisa clara y que lleva gafas. Estoy situado delante de él. No sé si tengo que mirarlo o no. Miro al suelo. Miro de soslayo a mi alrededor. Tras la otra mesa hay otro hombre. Joven. También con gafas. Apoyado en el borde del escritorio está otro poli. Medio calvo, de pelo más claro. Casi rubio.

Sigo mirando al suelo sin saber qué hacer. Recuerdo que mi madre me contaba que en la parte alta de la pared hay ventanas enrejadas que dan a la calle. Ventanas por las que se colaba el ruido y algo de luz. Cuando estaba detenida allí mismo. Hace treinta años. Tengo una sensación de ridículo. Como si me hubieran castigado en clase por hablar mucho. Se mueve la silla delante de mí. Levanto la cabeza. Veo sus brazos. Con las mangas de la camisa recogidas me parecen muy peludos. Sus gafas con unos ojos que no me miran. Aunque me miran. Oigo su voz clara entonces. «Así que tú eres el hijo de VivaRusia. Mira por dónde, vieja gallina. Pero tú te pareces a tu padre. Bueno, vamos a ver cómo tienes los huevos, a ver lo que aguantas. Vamos a hacer contigo lo que no hicimos con ellos. Porque siguen siendo unos cabrones. Vamos a ver si se te escucha o no…».

Y se levanta. Sé que me pongo tenso. Me preocupa sobre todo tener cara de bobo. No me da tiempo a estar aterrorizado. Cagado. Porque apenas puedo sentir lo que me pasa. Trato además de entender sus palabras. Se me aguza el sentido del oído. Y escucho cómo los otros dos también se levantan. Parezco vendado. Miro hacia delante como si hubiera algo que ver. Ya solo queda el hueco. El viejo llega detrás de mí y me coge por los hombros. Oigo muy bien el sonido de la puerta cerrándose. Los goznes que gritan. El golpe. Algo como una silla que se mueve.

—Te vas a enterar —dice, antes de soltar una risotada.

Ahora apenas lo oigo. Solo resuena en mí el sonido seco de la puerta. El chirriar metálico del pestillo. Todo cerrado, todo.

Es muy de noche cuando me dicen que me incorpore. Que nos vamos. Estoy sentado en una de las sillas del mismo despacho. Me ha costado

mucho vestirme. Tenía las manos paralizadas. No he sido capaz de atarme bien los zapatos. Tengo una herida en el codo. Me sale sangre. Aunque es pequeña. Profunda. Sé que tengo frío. Pero siento mis mejillas ardiendo. Como si tuviera fiebre.

—Vamos arriba, tus padres te esperan arriba. Diles, diles lo que te ha pasado, a ver si aprenden de una vez.

El que me lo dice es el rubio. El único que queda en el despacho. Pero cuando salgo al pasillo está otro. Me empuja por el hueco oscuro. Hacia la salida. Hacia la escalera. Hacia el patio. Hacia la calle. Voy como un autómata. Me da la sensación de que cojeo. Tengo mucho dolor. Un dolor intenso que me puede por dentro. Un dolor que no conocía. Por eso me parece que cojeo. Trato de ponerme muy derecho cuando subo las escaleras. Al llegar arriba veo a mi padre. A mi madre. A Pepe Jiménez de Parga, nuestro abogado. Mi madre se tira a mí. Se abalanza y me abraza. Me toca como si estuviera roto. Buscando las fracturas con las manos. Mi padre se pone por detrás. Los miro. Les digo lo mejor que puedo. «Estoy bien, no ha pasado nada». Escucho la pregunta absurda de mi madre. «¿Te han dado de cenar?». Y le digo que no. Pero que no tengo hambre.

Salimos. Estamos en la Puerta del Sol. Jiménez de Parga dice: «Mira, delante del kilómetro cero». Señala hacia el suelo. Mis padres me tienen cogido cada uno de cada mano. Me llevan cogido como si fuera a caerme. Me preguntan a borbotones. No hago más que repetir que estoy bien. Que he estado sentado en una silla todo el tiempo. Que me he adormilado.

Callar. Callar. Estoy adiestrado. En callar. En evitar contar la realidad. Para protegernos. Callar para sobrevivir. Ahora también. Llevaba un buen rato pensando qué iba a decir. Pensando en que estoy plantado en medio de la niñez como si fuera un árbol tierno. Un arbolito al que cada día se le pega un empellón para ver si se mantiene bien enraizado. Pensando en que a los otros niños, a los niños de mi clase, o a los niños de los cuentos que leo, les pasan cosas muy distintas que a mí. Yo no tengo cabida en esos cuentos. Rumio qué decir. Pienso que debo alejarme de esta niñez en la que he vivido. Que ya está bien. Que corro el peligro de hundirme en ella. Que han ocurrido muchas más cosas de las que me hubieran gustado para una sola infancia. Que preferiría ya estar en otro estado. Pero ¿qué estado?

El coche de Jiménez de Parga está cerca. Es diminuto. Mi padre se sienta delante con él. Mi madre y yo detrás. Me pone un pañuelo atado en el codo de donde sigue saliendo sangre. Sé que están azorados. Tensos. Yo trato de hacer como que no pasa nada. Que no

ha ocurrido nada. Que nunca ocurre nada. Disimular. Mi madre me abraza y me besa. Mi padre se vuelve y me sonríe. Me toca la cara con la mano. Como si la cara fuera una máscara. Tengo miedo de llegar a casa y tener que desnudarme. Porque me he visto sangre. Sangre por las piernas. Seguro que el calzoncillo también está manchado. Tengo que evitar que lo vean. No sé cómo. Mientras pienso en cómo ocultarme de ellos llegamos a casa. Pregunto qué hora es. Mi madre dice: «Muy tarde, hijo, casi la una». Tarde, sí. Eran las siete cuando nos sacaron de casa.

Entramos en el portal. La puerta de Manola y Justino se abre. Manola corre hacia mí y me abraza. Pregunta qué ha pasado. Qué ha pasado. Entonces tengo una buena idea.

—Me estoy haciendo caca, voy a entrar al váter de Manola.

—Claro que sí, niño. Entra ahora mismo y te voy a dar un colacao. Entra, entra.

Me meto en su baño. Me bajo el pantalón y el calzoncillo. El calzoncillo está manchado de rojo. Las piernas tienen huellas de sangre también. Me quito los zapatos para quitarme los pantalones y los calzones. Me lavo como puedo con papel higiénico. Para no dejar huella. Me guardo los calzoncillos en el bolsillo del abrigo. Esperando que luego nadie se dé cuenta. Me pongo el pantalón de nuevo y salgo. Me esperan con agua oxigenada y una pequeña venda. Para tapar la herida del codo. Me tomo el colacao caliente con unas galletas.

Subimos a casa. Jiménez de Parga me da un beso y un coscorrón. Como siempre. Me dice: «Eres un valiente». Le escruto la mirada. ¿Sabrá algo él? Saluda y se va.

Me vuelvo avergonzado. Sé que tengo que irme ya a la cama. Callar. Simular. Enmudecer. Me acuesto. Mi padre y mi madre llegan para abrazarme y besarme. Les digo que no apaguen aún la luz del pasillo. Que dejen la puerta abierta. Lo digo como lo digo otros muchos días. Esta vez consienten. En la tenue penumbra sé que tengo que levantarme. Para esconder en la cartera el calzoncillo manchado de sangre y poder tirarlo mañana. Y me pregunto qué diré. Cómo voy a continuar. Qué tengo que hacer en el futuro.

Pienso en qué ha ocurrido. Trato de situar los hechos. Me digo lo de siempre. Los hombres policías son hombres muy malos. Son perversos. Mis padres no tienen la culpa. No tienen nunca la culpa. Ni siquiera les he preguntado qué les ha pasado a ellos. He estado mudo. Los pensamientos me van invadiendo. No sé ponerles palabras. El lenguaje no me sirve. Me falta. Me faltan términos que conoceré luego. Me doy cuenta de que tengo rabia. O algo parecido a la rabia.

Como un niño de diez años delante de una puerta en medio de la oscuridad que no sabe si atravesarla o no. Que no sabe cómo diferenciar el día y la noche. Que no sabe distinguir qué pasa. Y de repente se tiene lástima. Y no le gusta tenerse lástima. El niño piensa que le gustaría irse. Que quisiera morirse. Que está harto de esta vida. Piensa también que no debería pensar esto. Que no lo va a pensar más. Nunca más. El niño piensa en cómo llorar porque le duele. Le duele mucho por dentro. Pero no sabe.

Me pongo de nuevo a pensar en los personajes de Tintín. Pero me cuesta. Me doy cuenta de que siento mucha vergüenza. Que no puedo compartirla. Como si hubiera hecho algo mal. Como si fuera responsable de algo. Como si me hubiera vuelto impuro. Y que estoy muy bien educado para ocultarlo. Que seré una tumba. Que mis padres no podrían soportar escuchar esta historia. Pienso en algo que me bloquea. Después de esto no podré casarme. Nunca podré casarme. No sé por qué he llegado a esta conclusión. Pero me parece evidente.

Tengo que dormir para ir al colegio. Y regreso a la Castafiore y a Hernández y Fernández. El castillo de Moulinsart me acoge de nuevo. Un lugar lleno de habitaciones donde podré esconder mi calzoncillo manchado de sangre. Sin que nadie lo encuentre. Un escondrijo. Para guardar la culpa.

Pongo mi mano sobre la venda del codo. Un corte inciso. Quedará una seña. Pequeña cicatriz. Pero no me duele. Lo demás no dejará huellas perceptibles. Cuando me duermo la luz aún permanece encendida. Protectora. No hay hombres policías. La puerta queda abierta. No se oye el sonido chirriante del pestillo al cerrarse. Es un sitio seguro. Mi propio castillo que no tiene llaves.

«¡El orden reina en Berlín! ¡Ah! ¡Estúpidos e insensatos verdugos! No os dais cuenta de que vuestro orden está levantado sobre arena».

ROSA LUXEMBURGO

10. Estado de sitio. 1976

El cielo está tan claro, tan azul. Enero. Atravesar la ciudad en llamas no es fácil. Van llegando en un orden preestablecido. Solos, en pareja, a veces tres o cuatro. Entran por las puertas laterales. Avanzan hacia el salón del fondo sin titubeos. Abren la puerta de madera y se meten.

La Standard lleva semanas en huelga. La Marconi. La Chrysler. La Perkins. La John Deere. El metro conducido por soldaditos de reemplazo, cagados, abriendo y cerrando puertas. Cada día hay concentraciones, saltos. Gente y gente que se despliega por el centro de la ciudad y se enfrenta a las cargas policiales. Ruido. Ruido permanente de botes de humo. De fierros. De balas. Franco ha muerto en su cama. Hace solo unas semanas. Y se ha abierto la caja de los truenos.

Ahora en ese restaurante, el Biarritz, están varados como en medio de una rebelión. Agazapados, a cubierto, en una trinchera.

Las dos mujeres observan desde un costado de la sala a la gente que entra. Algunas caras emergen desde una estancia abandonada hace veinte, treinta años. Sus compañeras sin uniforme, vestidas de luz.

—¿Qué te creías? Tú es que eres una descreída. Una pesimista. Pero escucha, mires por donde mires el país está en llamas. Aquí en Madrid. Pero no veas Bilbao, la ría. En todo el cinturón de Barcelona. En Sevilla, y el campo andaluz. Es una barbaridad. Una barbaridad.

—Si yo no es que no me lo crea. Lo que no sé es cómo diantres vamos a gestionar esto. Arias Navarro sigue al frente, el rey que nos han colocado ahí está. Que no se atan los perros con longanizas. ¿Tenemos respuesta para todo esto? —contesta Joseamalia.

—Mira el comunicado de ayer del partido… Es por fin la oportunidad. De ruptura, de acabar con el régimen. Lo deja bien claro.

—El partido, el partido… No me digas, Manoli. Esa gente que escribe desde París. Que no han pisado este país desde la guerra, no

me digas. No dicen más que sandeces.

—Pero que no mujer, que no. Que eso está escrito desde aquí. La gente de aquí. Somos miles, ¿no te das cuenta? Ya no es como fue. No estamos encerradas. No estamos en medio de la nada. La sed, la sed ha vuelto. ¿No lo ves? Tenemos voz y tenemos fuerza. Tenemos agua.

—No quiero parecer derrotista. Pero tengo desconfianza. Desconfianza también en la dirección de París. Como entonces. Acuérdate de entonces. Ellos impusieron sus ideas, que eran unas ideas que no valían. Y a nosotras nos costó cárcel. Cárcel, sangre, sudor y lágrimas.

—Pero estamos en 1976. Desde el 41 han pasado treinta y cinco años. Treinta y cinco años. ¿Sabes lo que es eso? Es otro mundo. Es una vida —dice Manoli.

—¿Pero cuánto tiempo te has pasado encerrada de esos años? Casi veinte, casi no lo cuentas.

—Pero estamos fuera. Hemos sobrevivido para contarlo. Míranos. Estamos vivas. Estamos aquí. Y la gente que podría ser nuestros hijos está en las calles, está parando el país.

—Tú por lo menos tienes un hijo. Eres una privilegiada. Pero bueno, hemos venido a celebrar. Por cierto, ¿dónde está tu niño?

—Vendrá más tarde, si es que viene. Se mete en líos que no quiero saber. Vivimos en un hilo, solo tiene catorce años. Pero qué le voy a decir… Además, lo aburrimos, le parecemos viejos pellejos.

Se ríen ambas. Con la misma fuerza. La risa. La risa que las ha mantenido en pie por cuatro décadas. Se vuelven hacia la gente que está parada alrededor de la mesa tomando aceitunas y cerveza. Brindando con vino. Abrazándose después de años sin verse. Observan desde su esquina y detienen la mirada en cada una. Se les ha puesto el pelo cano. Ha pasado un mundo por sus pieles.

Paquita llegó hace dos días desde Albacete. Ahora, apoyada en Isabelita, se ríe también. Joseamalia y Manoli se juntan con ellas. «Vosotras dos seguís fumando como carreteras». «Pues sí, pero ahora no tenemos que jugarnos el pescuezo para dar una calada a un pitillo. Fíjate lo que te digo, si no me dejaran fumar, si el médico me lo prohíbe, que me lo prohibirá, de todos modos voy a encender cada tanto un cigarro, solo encenderlo, y luego voy a verlo consumirse apoyado en el cenicero. No estoy dispuesta a que me vuelvan a quitar este placer. Ya no. Placeres feroces. Pero son mis placeres». Y la risa sigue.

La puerta se abre de nuevo y aparece una carita. «¡¡¡Esperancita, Espe!!!». Mientras se abrazan, ella musita: «¡Cuántos años, Manoli!».

«No te creas que son tantos. Diez, nada más, desde que saliste de Alcalá. Mira, con esta amiga, Mercedes, no me veía desde el año 1939. ¿Te lo imaginas? Nos vimos la última vez el día que nos soltaron de la comisaría de Almagro. El 30 de abril de 1939. Hace una vida». «Pero ¿os habéis encontrado por casualidad?». «No, mujer. Hemos tenido contacto. Pero no te creas que tanto…».

Ángel está apoyado en la pared con Julián y otros dos hombres. Cuatro hombres mayores. Se hablan uno a otro con la cortesía de una reunión. Vistos desde lejos, parece que la policía los pudiera observar, apenas se oye lo que dicen, alguna palabra suelta, alguna expresión en alto. El deje de la ausencia. «Qué buena idea reunirnos así en medio de la revuelta. La policía no va a preocuparse de nosotros. Bastante tiene con ocuparse de cómo está Madrid».

La puerta se abre de nuevo y entra Tomasa. Desde que su compañero Miguel salió de Burgos, ha estado clandestina en Barcelona. Otra vez. Hoy es una salida pública. Se arremolinan las otras mujeres cuando entra y empiezan a dar gritos y a carcajear. Tomasa suelta tacos uno tras otro y el resto hace como si se escandalizara. «A ver, a ver. A mí nada de cerveza. A mí dame vino, que soy alcarreña. Que os estáis volviendo niñas finas. Mira estos hombres. Que tienen cara de conspiración todo el rato. Pero chicos, que hemos venido a celebrar. A celebrar. Que Franco se ha muerto». Una voz repite como salmodia: «En cualquier momento se presenta aquí la brigada social y nos lleva a Gobernación como de costumbre. Que seguimos ilegales, que se os va la cabeza».

Las protestas son unánimes. «Pero si somos unos vejestorios, ya no nos quieren ni para darnos una tunda…». «Vejestorio lo serás tú». La risa de nuevo viene al rescate. Llega como siempre a morar un espacio de calma.

Es una reunión en estado de sitio. Retumba una explosión cada tanto. Botes de humo, cargas, pelotas de goma. Ruido que se mezcla con las voces. En los confines neutros de la ciudad, en los altos de la Dehesa de la Villa, donde fueron las líneas en la guerra, donde estaba el frente. Como si estuvieran celebrando una futura victoria desde una trinchera. Se ponen los laureles de un triunfo que no llegará, que no estará nunca en sus manos. Pero no lo saben. Hoy es una fiesta anticipada. La de estar vivos.

Se sientan todos a las mesas. «Cantamos, ¿no?». «Pero bajito». Entonan las primeras estrofas como si estuvieran en misa, levantan los vasos en el estribillo y brindan. Los camareros entran entonces y ponen los primeros platos. Hay un ruido aún contenido de voces que

no se distingue. La gente aún se saluda de mesa en mesa, descubriendo en aquella cara nueva la vieja conocida. Los años.

—Te he reconocido por la voz, Manoli. Esa voz de fulgor. Tienes la misma voz, como si fueras a doblar las ramas de los árboles.

—Ana, que no nos vemos desde Málaga. ¡Desde Málaga! Hace treinta años. ¡Y cómo me engañaste! Que tenías a tu compañero escondido en casa y no nos hemos enterado hasta hace dos semanas. ¡Qué bárbaro, más de treinta años escondido tu Manolo en Genalguacil! Eso sí que es un topo.

—¡Pero cómo te iba a decir, Manoli! No lo sabía nadie, solo mi madre, la pobrecita. Pero ya ves, aquí está, la mar de guapo. Y aquí seguimos, Manoli.

—¿En qué seguimos, Ana?

—Pues en lo de siempre, ¿no? Equivocándonos e insistiendo.

«Mira, tu chaval». El chico entra y observa quieto desde la puerta. Levanta tímido una mano saludando a sus padres. Luego avanza, pero las manos lo enlazan, le dan abrazos, le dan besos. Un largo camino hasta la silla, se detiene cada dos pasos, escucha la anécdota, el recuerdo que se pierde en su recuerdo. «La cigüeña Claudia…». «Tu madre tenía tu edad cuando la conocí». «Yo te cogí en brazos la primera vez que entraste a la cárcel. Eras una cosita de un mes… Madre mía». «Yo a tu padre lo conocí cuando llegó de Francia en la guerra, ¿no te ha hablado de mí?». «Eres igual que tu padre, igual, igual. Bueno, salvo que él no llevaba melenas». «Eres igual que tu madre de joven, cuando vivíamos en San Sebastián». Cuando se sientan le sirven vino. «Prefiero cerveza». «Hoy toma vino, coño, que Franco se ha muerto».

No es alto como vaticinaron. Y pasó en los patios de las cárceles algunos ratos más de los previstos. En esto también se equivocaron. Escucha los relatos. Se fija en cada historia que le cuentan. Trata de recordar nombres, fechas, lugares. Las que le va diciendo su madre cuando le presenta a cada una de sus amigas. A casi todas conoce. En medio del comedor, se siente un observador privilegiado. Pero aún no sabe que ese grupo será la clave de su propio derrotero. Que sin ellas, él tampoco tendrá futuro. Es su linaje. No lo sabe, no lo intuye. Solo mira. Habla poco, cuando le preguntan. Una vergüenza infinita se apodera de él a medida que las horas pasan y aprecia cómo la luz se diluye a través de las ventanas. Sigue observando y recupera la información que siempre ha sabido. Que luego no tendría que recordar, que luego sería mejor callar. Porque es mejor no reconocer las caras, no saber las fechas, no conocer los nombres.

—¿Y tú no te sabes estas canciones? ¿No te las han enseñado en casa?

—Sí. Me las sé. Me las sé todas. Pero son las vuestras, ¿no?

Ya es noche cerrada. Constantemente se escuchan los sonidos de una sirena lejana, y en la gran sala se hace el silencio. Pero solo por un momento. Luego de nuevo las voces emergen y se alzan. El niño que ya no es un niño se pregunta mientras observa. Repara en sus caras, en sus voces. Mira los trajes con corbata de muchos de ellos. Los vestidos de ellas, las blusas de colores. Los mira y los percibe viejos. Se pregunta. ¿Son la imagen de un fracaso? Se pregunta, ¿por qué luchaban? Se pregunta, ¿por qué dejaron morir al dictador en su cama? Se pregunta. ¿Si supieran de mí, qué pensarían? Se pregunta. ¿Quedan huecos, crece alguna brizna de vida entre las grietas? Se pregunta. ¿Se sienten satisfechos? Se pregunta mientras continúa sonriendo a un lado y a otro. Tratando de mostrar complicidad cuando solo desprende condescendencia.

La sombra de la noche se está colando por las ventanas. Ahora se perciben luces rojas. Incendios, hogueras por las calles que se ven desde lo alto. Hay algo inquietante en esa reunión clandestina montada en medio de una ciudad asediada. Como si estuvieran en una burbuja. O como si ellos en realidad fueran el estado mayor de una ofensiva que se produce a unos pasos. Protegidos por el humo y por el fuego. Se ha instalado la remembranza, con sus alas rotas. Como se instaló la cigüeña en el patio de la cárcel. Las voces han perdido el matiz agudo, el tono mate invade. Nombres de los que se fueron, los que no están, los que no son olvidados. Escucha nombres que conoce, los nombres de una larga estampida. Muertos, desaparecidos, fusilados, huidos. Caras que miran hacia el mantel, manos que se recrean en amontonar miguitas, en alisar la tela, en ordenar los vasos. Vacíos ahora. Son las mismas caras que en las Nocheviejas, mientras su padre estaba en la cárcel, se asían a un pequeño descosido por el que se colaba la posibilidad de un mañana. Las caras de reconocimiento de tanta derrota. De tanta pérdida. De tanta razón descolocada. De tanta falsedad. De tanto mito.

El tono ha bajado. El chico se levanta y va hacia el otro lado de la sala. Besa a su tía Isabelita, a Joseamalia, a Ceci, a Felisa. A Ana la de Genalguacil. A Amalia. Saluda e interrumpe. Del ojo derecho de Isabelita, que parecía sin color, surge una enorme lágrima. No deprisa, lentamente. Se desprende poco a poco, parece una gota enorme de sal blanca. Avanza por las arrugas de su cara hasta la barbilla, para caer sobre la mesa. Y diluirse como polvo. El ojo que lo mira ahora

recupera el color. Es el único gesto que ella se va a permitir.

Ya sabe que ahora vendrá la epifanía. Como siempre. Nunca ha entendido cómo era posible que en medio de ese camino trufado de señales de irrealidad, de precipicios a los que saltar, de fragmentos rotos, hayan encontrado en cada ocasión el hilo del que tirar para seguir adelante. Para no sucumbir a la tristeza. O solo a la tristeza. Para encontrar una ruta de salida, un camino después del umbral. La fuerza que les daba pensar como pensaban. Su imaginación no había contemplado la sucesión de derrotas, pero cuando temblaban los principios y las certezas, encontraban pese a todo un comienzo, un resorte en el que apoyarse.

—¿Qué estamos haciendo aquí juntas, chicas?

—Conspirar, como siempre.

«Las fotos, las fotos, ¿quién nos hace las fotos?». El chico coge la cámara que le alcanzan y espera que se coloquen. Todos juntos. Pero las mujeres dicen que no, que primero ellas solas. Entonces los hombres toman la delantera y se ponen al lado de la ventana. La ventana que hace de espejo. Toma la cámara y los mira por el objetivo. Serios, anochecidos. Hombres graves. Observa su gesto helado, cada uno en sí mismo, cada cuerpo separado. Miran a la cámara y sonríen apenas. Están celebrando. Severos, tan seguros. Sin piedad. Sus miradas sin capacidad para la compasión.

Mira por el objetivo y se ve a sí mismo reflejado en el cristal negro. El niño grabando la solemnidad. Posa la mirada ahí para ver sus gestos. Una imagen congelada. Pero solo se ve él reflejado. Solo en la oscuridad. Sin noche. Tras él, tras su propia imagen, solo se percibe el humo suspendido en el oscuro. Luego el azogue parece desvanecerse, vuelve a mirar el centelleo de las hogueras a lo lejos.

Acaba. Las mujeres se colocan al otro lado. Son más. Las mira una a una. Las mira a todas juntas. En dos filas, unidas por los brazos, por las manos. Se detiene en cada cara. Isabelita. Pili. Joseamalia. Carmen. Esperancita. Tomasita. Mercedes. Ana la de Genalguacil. Felisa. Sole. Juani. Paquita. Angustias. Anita. Pepita. Manoli… Las recuerda en una imagen de la playa cuando era pequeño. Dispuestas en hilera tras unas barcas. Orinando. De pie, orinando de pie todas al tiempo. Riéndose mientras mean en esa postura insólita sobre la arena. Indómitas. «Pero no tardes tanto, que nos vamos a cansar… que estamos chispas de tanto vino». Y se ríen al tiempo. La risa furiosa. Entonces dispara. Dispara a la risa.

Luego el gran grupo, todos juntos. Como en la cárcel. Las mujeres

arregladas, lo más arregladas posible, con los cuellos de las blusas claras. Ellos con corbata, con camisas blancas, bien afeitados. Con zapatos nuevos. Todos se repiten lo bien que están, lo bien que estarán. Hoy no es el día de la Merced. Hoy no. Hoy no parece todo mentira.

Es el final. Se abrazan. De nuevo. Se besan. Se aprietan las manos, los brazos. Se sonríen con la intención de recordarlo. Se miran con ese resplandor que esperan hace tanto. Con el mismo ardor con el que se han mirado muchas veces. «Esta vez es la ocasión. Ahora que ya no está el monstruo tiene que ser. No será el paraíso, pero no será este infierno». «Franco se ha muerto en su cama. Ahora ¿quién sabe?». «No nos arruines la despedida. Se puede, se puede mejorar un poco la vida de la gente. No desistir».

Salen de nuevo solos, en parejas, en grupos pequeños. Los coches llegan discretamente a la puerta. Todos se van montando. El fulgor de las hogueras a lo lejos. El olor del humo, de las ruedas quemadas. El chico se monta con sus padres en el taxi. A un lado. Abre la ventanilla. Aunque hace mucho frío. Hiela.

El taxi avanza. Por la ciudad incendiada. Atravesando parapetos, evitando los carros policiales. Entre las fogatas y las sirenas. Parece que todo va a estallar. A través del estruendo oye algo. Un graznido. Un alarido. Mira hacia el cielo negro. No se ve nada. Nada, ni estrellas. Podría ser la cigüeña. En su cabeza. Pero cuando se vuelve y los mira a ellos, juntos a su lado, sabe que no. Es ese pájaro de nombre raro el que ha llegado. ¿Cómo se llama? El del romance del presidiario. «¿Cómo se llama el pájaro del romance que os gusta tanto?».

La voz de su madre responde. Calandria. Se llama calandria.

Final, 2020

¿Has venido?

Claro que he venido. Siempre he venido cuando me lo has pedido. Nunca me he ido del todo.

¿Te alegras de verme?

Siempre me alegro de verte. Eres mi hijo. Mejor dicho, soy tu madre. Soy la protagonista de esto que has escrito. Este juego de pistas. Misterios. Pero no se puede vivir la historia dos veces, la vida dos veces.

Pero puede contarse dos veces, muchas veces.

No lo sé. La vida no nos mató. Tampoco nos dio la libertad. Sucedió, así fue. Fue tirar una piedra al río y que haga ondas.

Quedan muchas cosas por descubrir, madre. He salido al mundo a buscarlas. He desenterrado las historias como cuerpos desaparecidos en las cunetas. Y apenas he encontrado nada. Como si los enigmas fueran a quedar siempre ahí. Los relatos no se urden por inspiración. Las historias se heredan. Como si fueran alhajas fuera de sus joyeros. Al final, las claves siguen tan ocultas como en tu libro de claves.

Has salido al mundo pero quizá todo estaba aquí. Es un viaje circular. Todo está en las maletas. Debajo de tu cama, en la caja de las cartas. Los bordados, las labores. Las fotos. Saliste y todo estaba dentro.

No lo sé. No. Quizá sí. Vosotras elegisteis después de todo. ¿Mereció la pena el precio? Dímelo, madre, ¿mereció la pena? Esta respuesta es el único objeto de este trasiego. Averiguar esto. Al menos esto.

¿La pérdida de la juventud? ¿La muerte en masa de tus amigos? ¿Ver cómo se te escurría entre las manos la cotidianeidad como si fuera jabón en agua fría? ¿Este país que se llenó de coágulos de sangre, que era algo tan distinto de lo que habíamos soñado? ¿Las derrotas, el fin de las certezas? ¿A eso te refieres? ¿Y qué quieres que

te diga? Me doy cuenta. Pero las preguntas no son estas. Porque si las preguntas son estas la respuesta es simple. Trivial. Sabes que las preguntas eran otras, todavía lo son. ¿Cuáles eran las opciones? ¿Qué nos estaba dado hacer? ¿Cómo permanecer, cómo continuar sin sentirte un animalito, una nada, colillas tiradas en un cenicero? ¿Cómo vivir si no hay ninguna capacidad de elección? Yo creo que sí, que mereció la pena. Que todavía merece la pena. Con todos los matices. Pero aquí estamos. Aunque ya no estemos. Porque todas hemos muerto, lo sé. Sin ver lo que queríamos ver, lo sé. Yo estoy aquí porque soy tu invento, pones en mi boca tus palabras. Pero también son las mías. Al principio pensamos que el mundo iba a cambiar rápidamente. Con un esfuerzo grande, pero veloz. Luego nos dimos cuenta de que habíamos dedicado toda la vida a mover una roca pesadísima solo un centímetro. Solo un centímetro. Por eso solo si mucha gente se pone la hará mover. Pero es solo un centímetro. Tanto para tan poco. Pero necesitamos ese centímetro. Y ya. ¿Algo más?

No, mamá. Nada. Ya está todo. Todo está bien. Ya está. Mientras tanto.

Nota del autor

Esto es una obra de ficción. Pretende serlo. Un relato de un tiempo y de una gente. Una novela sobre la vida de mi madre y de sus amigas. También sobre mi padre. Una historia de gente invisible que protagonizó la resistencia antifranquista. Y que nunca se supo protagonista.

Con las primeras luces de este proyecto, me pareció que lo fundamental era describir los sucesos. Asépticamente. Como si se pudiera. Y para ello buscar las fuentes, sumergirme en archivos, en cartas, en legajos, en fotos. Acumulé tanta información que luego no supe qué hacer con ella. Al mismo tiempo, parecía no haber descubierto nada nuevo, nada que no supiera desde niño. Nada que no estuviera ligado a mis recuerdos. A recuerdos de los recuerdos de otras personas. Pero los grandes misterios seguían ahí. Igual de escondidos. Lejos de la luz.

De la «historia general» imposible que pretendía al principio apenas ha quedado un pedacito. El que mejor conocía. El que correspondía a mi entorno más cercano. Al íntimo. Ese grupo humano que me educó, que me cobijó de niño, que me atendió luego. El grupo de mujeres al que más tarde cuidé yo, mejor o peor, vi envejecer y enterré.

Un relato humilde. Distinto de lo pretendido. Pero más cierto. Un terreno pantanoso. Inseguro. Pero un terreno. Un cuarto propio. Como decía Clarice Lispector, «escribo como si fuese a salvar la vida de alguien. Probablemente mi propia vida».

En la medida de lo posible he buscado la precisión. De las fechas, de los datos, de las personas. Pero en lo que se refiere a lo que sentían y pensaban estas gentes, todo parece oculto. Embarrado. Olvidado. Para hacer arder las lumbres de lo cotidiano, muchas de las escenas de la vida de mi madre y de sus compañeras están «ficcionadas». Y, sin embargo, son reales. No sé explicarlo mejor. Todo ocurrió tal como aparece, todo es ficción. Nada hay falso en estas páginas, pero cada una de ellas es una elaboración fabulada.

¿Quiénes son las protagonistas? Esas mujeres encarceladas cosiendo durante décadas, ocultando señales en los cuadernos de

tejidos. La vida, decía Kafka, es un enigma del que hemos olvidado la clave. Esos paños, esas labores, parecen el lienzo de la memoria. Tejiendo, estas mujeres militantes encuentran en cada pespunte ámbitos comunes, reconstruyen conversaciones, recomponen las razones de su resistencia, sus trayectorias y la trayectoria de su lucha. Nos han fabricado una trama de tiempo que luego nosotras, nosotros, sus descendientes, habríamos de necesitar para culminar nuestra propia aventura.

Es una historia dura, pero no es una vida triste. Hay instalado en el imaginario colectivo una imagen que evoca a las militantes antifranquistas siempre con un rictus trágico en la boca y con los ojos velados de oscuridad. Pero reían, cantaban y bailaban. Risa como fuente de vida.

Este relato iba a llamarse «no desistir». Esa es su esencia. La insumisión, la rebeldía, el cuestionamiento del orden existente, la posibilidad de mejora, el cuidado, la lucha contra la ignorancia y la injusticia. La alegría como horizonte. Mujeres frágiles, mujeres inteligentes que, entre escombros, no dudaron en reiterar el gesto luminoso de la resistencia.

Agradecimientos

A los archivos que he consultado, y sobre todo para las personas que trabajan en el Archivo Histórico de la Defensa, el Archivo del Partido Comunista de España, el Archivo de la Fundación Pablo Iglesias, entre otros.

A las historiadoras e historiadores que, con muy insuficientes recursos, se ocupan de la resistencia a la dictadura franquista. Y fundamentalmente a mi amigo Fernando Hernández Holgado, por su compromiso y su pertinaz labor. Y por su desinteresada contribución.

A las personas que me han ayudado con sus sugerencias, su sabiduría, su cuidado. A Erich Hackl y a Georg Pichler en especial.

A Guillermo Roz, sin cuya atención, enseñanza y consejo, sin su cariño, este libro no existiría.

A mis queridas libreras de Traficantes de Sueños, de Sin Tarima, de Burma.

A mis editores de Hoja de Lata, la editorial soñada. A Daniel Álvarez, por su respaldo, su entusiasmo y su delicadeza.

A mi escasa familia de España. A mi amplia familia de Nicaragua.

A las hijas e hijos de presas y represaliadas. Sobre todo a mi hermano de vida José Gómez Blázquez, por su sentido amoroso de la existencia y su humor contagioso.

A mi padre, Ángel Martínez Martínez, que llegó para pasar unas semanas desde su París y se quedó peleando aquí toda su vida.

A las mujeres que son mi linaje. Mi madre, Manolita del Arco. Mary Blázquez, Paquita Molina, Manola y Feli Plaza, Josefina Amalia Villa, Isabelita Alvarado, Pili Claudín, Antonia López, Natalia Joga, Tomasa Cuevas, Lilian McWeight, Concha Santalla, Conchita del Río, Mercedes Zamaloa, Amalia Guerrero, Ana Trujillo, Encarnación Juárez, Juanita Doña, Esperanza Martínez, Manola de los Reyes, Felisa Arranz, Angustias Martínez, Toñi García, Petra Cuevas, Josefa Beneyto, Fina Cudeiro, Carmen Machado, Lali Cabañas y sus hermanas Tomasa y Pura, Margarita Sánchez, Mari Salvo, Carmen Orozco, Nieves Torres, Remedios y Amada Montero, Pura de la Aldea, Merche Gómez, Ceci Cerdeño, Pepita Medel, Soledad Real, Bene, Trini, Cloti, la abuela Brígida… Porque resistieron. Porque me cedieron el gozo de

la vida. Porque nos acompañan.

A mis amistades, muy especialmente. Mi auténtica familia. Cada quien lo sabe. Que me rodean de ternura y de inteligencia. De compromiso y alegría. También a las amistades que se fueron; y a las que se perdieron.

A mi compañero, por su apoyo, su confianza, su amor. Por hacerlo posible.

También en Hoja de Lata:

TEA ROOMS
MUJERES OBRERAS

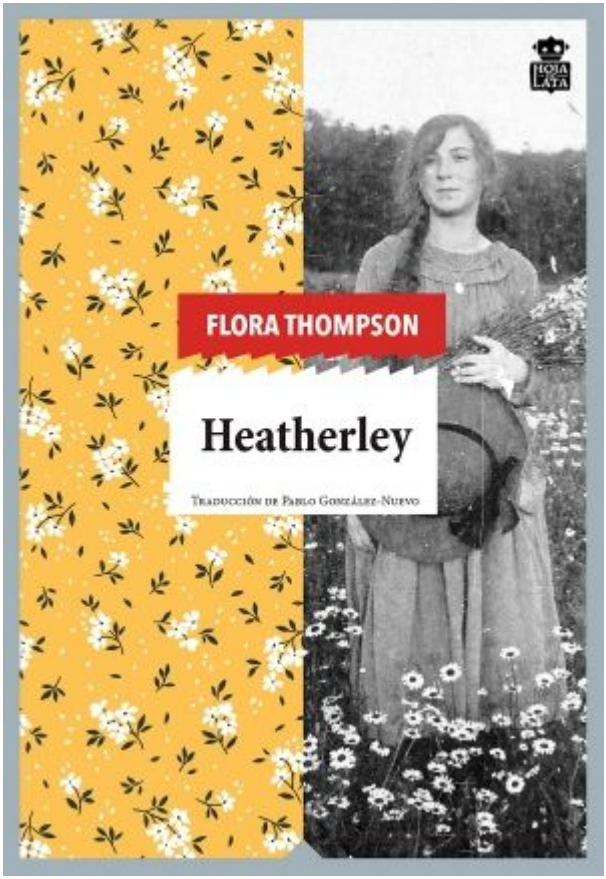
de Luisa Carnés
epílogo de Antonio Plaza

978-84-16537-11-2
256 páginas

18,90 €

Corren los años treinta en Madrid y las trabajadoras de un distinguido salón de té se preparan para una nueva jornada laboral. Antonia es la más veterana, aunque nunca nadie le ha reconocido su competencia. A la pequeña Marta la miseria la ha vuelto decidida y osada. Paca, treintañera y beata, pasa sus horas de ocio en un convento y Laurita, la ahijada del dueño, se tiene por una «chica moderna». Únicamente Matilde tiene ese «espíritu revoltoso» que se plantea una existencia diferente.

> «Con un siglo de retraso, a Luisa Carnés se la ha reconocido como la gran novelista de la Generación del 27.»»
>
> **Clara morales, *InfoLibre***


HOJA DE LATA
FLORA THOMPSON
Heatherley
Traducción de Pablo González-Nuevo

Heatherley

Thompson, Flora
9788418918193
210 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una cálida tarde de las postrimerías del siglo pasado, una muchacha de unos veinte años atravesaba los límites de Hampshire desde uno de sus condados limítrofes. Llevaba un vestido de lana de color marrón y un gorro de piel de castor adornado con dos pequeñas plumas de avestruz colocadas a ambos lados de su cabeza como signos de interrogación. Esa muchacha es Flora Thompson, alias Laura, y el pueblo en cuestión, Grayshott, donde Flora se estableció en 1898 como encargada de la oficina de correos. Un nuevo capítulo en la vida de esta maravillosa mujer, siempre dispuesta a contarnos, con una reconfortante serenidad, su entorno natural y sus gentes, pero también las diferencias de clase, los prejuicios contra las mujeres o los modernos «bohemios» del momento en un mundo rural cambiante que las nuevas cámaras Kodak empezaban a fotografiar para la posteridad.

Cómpralo y empieza a leer

JOSEPHINE TEY
La hija del tiempo
Traducción de Efrén del Valle
HOJA LATA

La hija del tiempo

Tey, Josephine
9788416537938
272 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Postrado en una cama de hospital, el inspector Alan Grant se aburre mortalmente. Ni las anémonas de la señora Tinker, su ama de llaves, ni el ruibarbo estofado de la enfermera Darroll logran animarlo. Pero un día llega su amiga, la actriz Marta Hallard, con una vieja postal de Ricardo III, y Grant queda fascinado por su enigmático rostro.

Ese no es el rostro de un monstruo jorobado, ni del supuesto asesino de niños que cuentan los libros de historia. Con la ayuda del joven y enamoradizo Brent Carradine, investigador del Museo Británico, Grant se zambulle en la Inglaterra de la guerra de las Dos Rosas, en pleno siglo xv, para desentrañar uno de los misterios más oscuros de la monarquía británica: ¿mató Ricardo III a sus sobrinos, los Príncipes de la Torre, para hacerse con el trono?

Cómpralo y empieza a leer

HOJA DE LATA
LUISA CARNÉS
Tea Rooms
Mujeres obreras
Epílogo de Antonio Plaza

Tea Rooms

Carnés, Luisa
9788416537365
272 Páginas

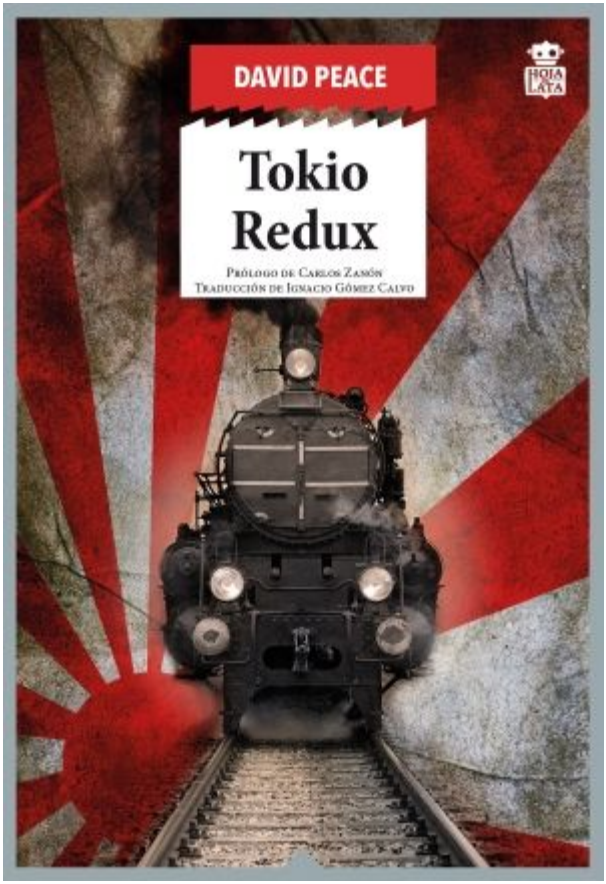
Cómpralo y empieza a leer

Corren los años treinta en Madrid y las trabajadoras de un distinguido salón de té cercano a la Puerta del Sol ajustan sus uniformes para comenzar una nueva jornada laboral. Antonia es la más veterana, aunque nunca nadie le ha reconocido su competencia.

A la pequeña Marta la miseria la ha vuelto decidida y osada. Paca, treintañera y beata, pasa sus horas de ocio en un convento y Laurita, la ahijada del dueño, se tiene por una "chica moderna". Pero únicamente Matilde tiene ese "espíritu revoltoso" que se plantea una existencia diferente.

Autora invisibilizada de la Generación del 27, Luisa Carnés escribió esta portentosa novela social rompiendo los esquemas narrativos de la época.

Cómpralo y empieza a leer


DAVID PEACE
Tokio Redux
Prólogo de Carlos Zanón
Traducción de Ignacio Gómez Calvo
HOJA DE LATA

Tokio Redux

Peace, David
9788416537372
464 Páginas

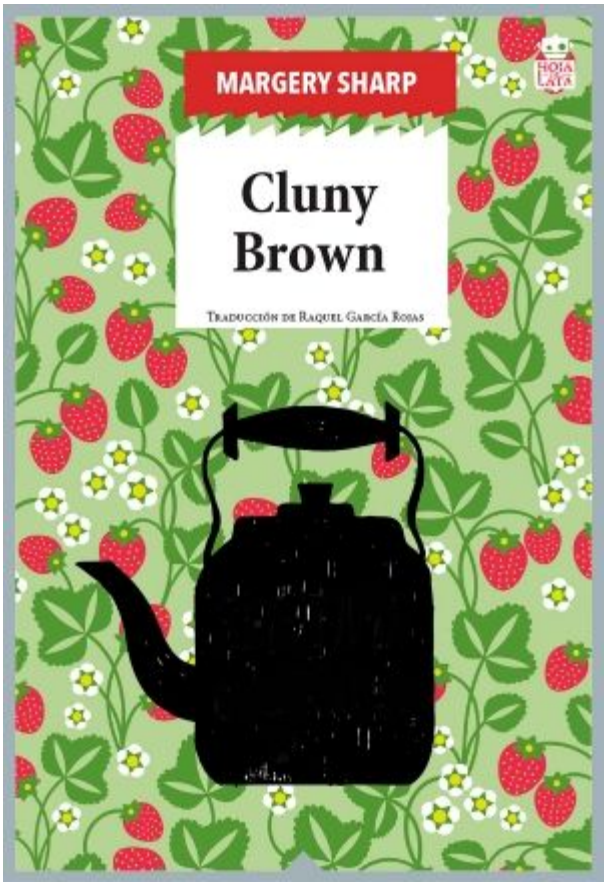
Cómpralo y empieza a leer

El 5 de julio de 1949 la Ocupación tenía resaca. El Japón ocupado militarmente por los Estados Unidos se despierta de los festejos del Cuatro de Julio con una preocupante noticia: Sadanori Shimoyama, el presidente de la Empresa Nacional de Ferrocarriles, el hombre que adora los trenes, ha desaparecido. Sobre él pesan amenazas de muerte tras anunciar cien mil despidos. Shimoyama es pieza clave para que todo siga funcionando bajo la Ocupación, para que el país ame a sus nuevos amos, para que no estalle la tercera guerra mundial. El general Willoughby, mano derecha del comandante supremo MacArthur, su fascista favorito, encarga al detective Harry Sweeney que centre todos los recursos disponibles en encontrar a Shimoyama.

En 1964, mientras el país prepara los Juegos Olímpicos, al expolicía Hideki Murota, le encargan averiguar qué ha sido de Roman Kuroda, escritor obsesionado con el misterio Shimoyama. Su editor le ha dado un cuantioso anticipo para que escriba el gran libro sobre el caso y el plazo del contrato está a punto de expirar.

Y en el otoño de 1988, mientras el emperador Hirohito agoniza, Donald Reichenbach, el prestigioso traductor estadounidense afincado en Japón, recibe la visita de una joven compatriota. Viene a exigirle información sobre los lejanos días en los que el joven Reichenbach trabajaba para el contraespionaje americano en el país del sol naciente.
Tokio Redux es la historia de tres hombres atrapados en la locura que envuelve el caso Shimoyama, una espectacular novela negra de corte clásico a la que David Peace ha dedicado diez años y que pone broche de oro a su Trilogía de Tokio.

Cómpralo y empieza a leer


MARGERY SHARP
Cluny Brown
Traducción de Raquel García Rojas
HOJA DE LATA

Cluny Brown

Sharp, Margery
9788416537907
280 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Año 1938. Arnold Porritt, un próspero fontanero londinense, ya no sabe qué hacer con las extravagancias de su sobrina Cluny. Después de frecuentar el Ritz como una gran señora y de dejarse seducir alegremente por un cliente, su tío decide mandarla como sirvienta a Friars Carmel, una encantadora mansión campestre.

Allí la esperan, entre otros, lady Carmel, su patrona, siempre metida entre sus flores; su hijo Andrew, que acaba de traerse de Londres a Adam Belinski, un prometedor escritor polaco supuestamente perseguido por los nazis; o el comedido Titus Wilson, boticario del pueblo y perfecto polo opuesto de Cluny. En ese apacible rincón de Inglaterra, el mundo se abre maravillosamente para Cluny Brown, y ella está más decidida que nunca a seguir haciendo lo que no se espera de ella.

Cómpralo y empieza a leer